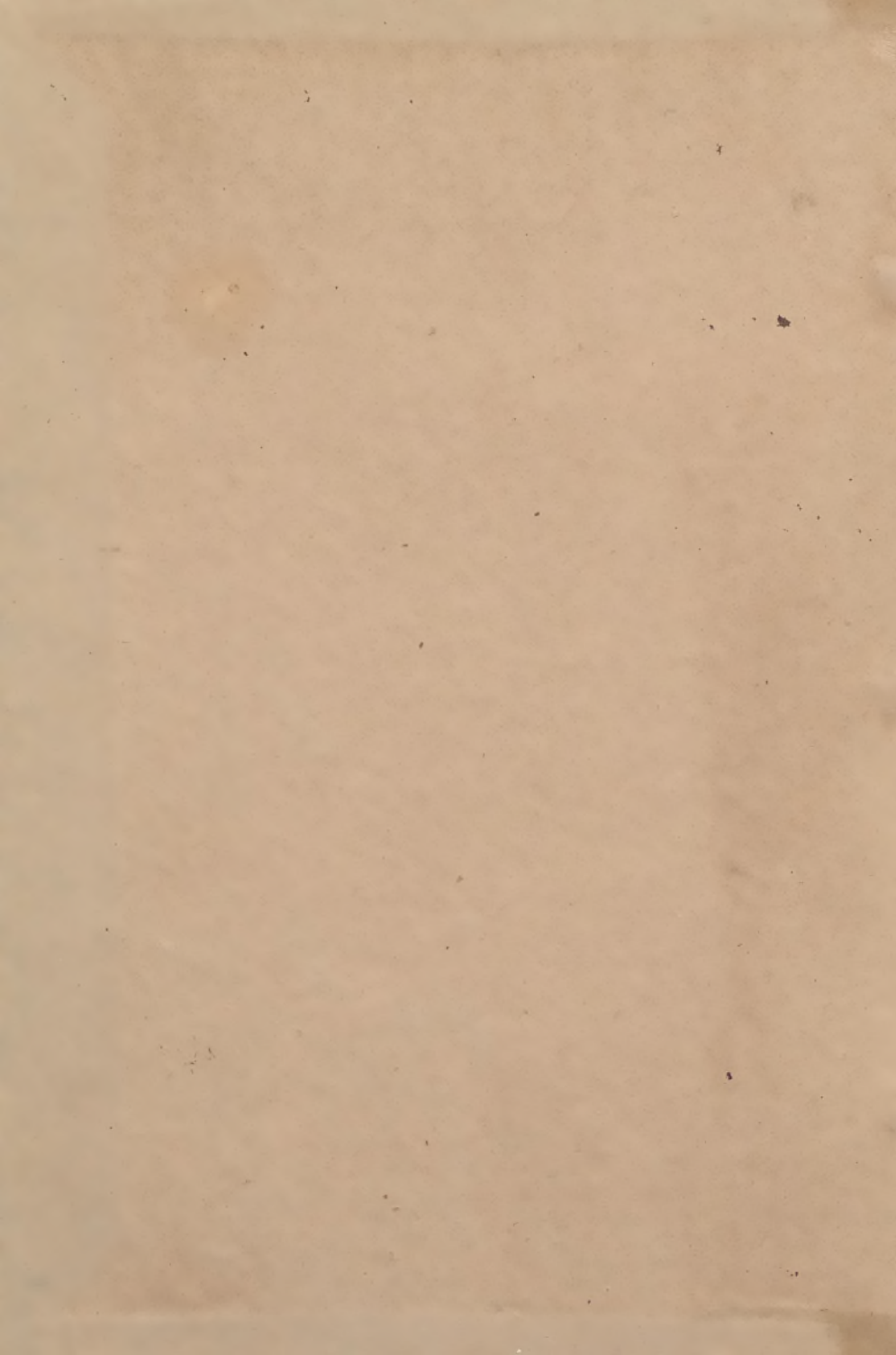






DGCL

A

+ 174380

C. 1226669

Fuigo M^o Lamana

LA

INQUISICION, EL REY

Y EL

NUEVO MUNDO

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.

TOMO II.



MADRID:

—
IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

INQUISICION, EL REY

7 DE

NUEVO MUNDO

NOVELA HISTORICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARRERO.

TOMO II.



MADRID:

IMPRESA DE T. FLORENCIO PARRERO, 40.

1883.



LA INQUISICION, EL REY



EL
NUEVO MUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Cuatro palabras sobre el tribunal de la Inquisicion, el rey, la época y los acontecimientos.—Causa del auto de fe.—Preliminares relativos al auto.

Es muy difícil comprender hoy la importancia, necesidad ó injusticia del célebre tribunal de la Inquisicion, que funcionaba en España durante el largo reinado de Felipe II. La sociedad actual ve las cosas de una manera contraria que nuestros antepasados del siglo xvi; se rige por leyes diversas; es gobernada de distinto modo, y no se halla, felizmente, amenazada de una de esas guerras que excitan el fanatismo religioso, que es el peor de los fanatismos, y por consiguiente, el que trae en pos mayores males. Es, pues, indispensable oír con mucha calma, sin preocupacion alguna y con ménos prevencion, si cabe, cuanto tenga relacion con el llamado *Santo Oficio*, para poder apreciar su importancia y comprender la validez de su autoridad, y si era más ó ménos justo en sus actos.

De no escuchar nuestras frases con juicio recto y desapasionado, habrá quien nos llame fanáticos, mientras que otros nos tildarán de profanos; y en verdad que no somos aquello ni esto. Meros cronistas, exponremos los hechos y emitiremos

remos nuestra opinion ingenua é imparcial, en cuanto nos sea dable. Nos tenemos por buenos católicos, y creemos que éstos ocupan el sitio intermedio que hay entre el ateo y el fanático.

Por todo lo cual, y en cumplimiento de la idea que nos hemos propuesto realizar, procuraremos que nuestras apreciaciones sean la consecuencia lógica de los sucesos, sin importarnos recaigan en perjuicio de esta ó la otra causa, con tal que sean exactas, verdaderas.

Sentado esto, entremos en materia.

Felipe II, rey austero, grave, de carácter sombrío y tétrico, heredó del emperador Carlos I su padre, una corona tan cargada de floronés, que era muy difícil si no imposible que la pudiera sostener la débil cabeza de un hombre. El gran César, con algun talento, mucho valor, suerte y esa ambicion innata en los de la casa de Austria, fué acumulando posesiones á su vasto imperio, concluyendo por ensancharlo de una manera sorprendente. Esto, unido á sus continuas guerras con Francia, Africa y otros países, le proporcionaron multitud de contrarios poderosos, cuya enemistad tuvo que aceptar mal de su grado Felipe II, al pisar las gradas del trono español.

El fuerte, el poderoso Carlos I, se vió obligado á abdicar en su hijo, el cual se hallaba á la sazón al lado de su esposa la reina de Inglaterra. Y como no era probable que Felipe pudiera influir á tan larga distancia en el ánimo de su padre, ni es verosímil tampoco que sus amigos residentes en la corte se atrevieran á inclinar el ánimo del César, puede asegurarse que la mencionada abdicacion fué libre, espontánea; y nosotros añadimos, que le impulsó á verificar tal cesion en su hijo, la carga de una corona que le abrumaba con su peso; retirándose él al monasterio de Yuste, en busca de una paz y tranquilidad de que no habia disfrutado nunca.

De lo expuesto se desprende, que si el gran hombre de la época flaqueaba bajo el sólio que le cubrió tantos años,

debía ser muy grave y dura la carga que de un modo libérrimo fijaba sobre los hombros de su hijo.

Felipe, obedeciendo la orden de su padre, vino á España y subió las gradas del trono, triste, meditabundo y sin aparentar otra cosa que resignacion. El entusiasmo, la alegría y los placeres de la vida, jamás tuvieron cabida en él; siendo muy rara la ocasion en que su semblante demostrase la impresion que recibia. Dicen que mató á su secretario ó gentil-hombre Santoyo con una mirada, y aseguran que jamás pudo arrancarle una sonrisa su festivo, agudo é ilustrado bufon.

En nuestro concepto, nunca se propuso otra cosa el tétrico monarca, que sostener las posesiones que heredó de su padre; lo cual no sólo era bastante, sino tambien superior á las fuerzas humanas.

Poco despues de su proclamacion, los enemigos del César, ahora suyos, quisieron saber lo que valia, y se vió acometido de todos ellos. Bien pronto los flamencos pretendieron tambien su independencia, y se sublevaron en los Países Bajos, sin dejar por eso de conspirar en Madrid; es más, en su propio alcázar, ganándole y haciendo jefe de la conjuracion á su hijo y heredero, el príncipe de Asturias. A la vez que esto sucedia, se insurreccionaron los moros de Granada; los africanos y rifeños atacaron nuestras posesiones de la Argelia, y la poderosa Turquía pretendió invadir á Europa, siendo el primer blanco que se presentaba á su arrogante mirada, el colosal poder de Felipe II.

Tanto enemigo fuera y dentro de sus estados, tanta guerra do quier y tales fueron las armas de que se valieron sus contrarios, que el soberano español tuvo necesariamente que hacerse más austero, grave, y de carácter más tétrico y sombrío. En una lucha noble y leal hubiera indudablemente sucumbido, vista la inmensidad de sus contrarios y la clase de armas de que se valian una gran parte de ellos. Felipe, pues, se defendió, y á su vez atacó en el mismo

terreno, con las mismas armas que veía delante. El turco, por ambicion, queria que España y sus dominios fuesen mahometanos; los flamencos, por una independendencia mal ó bien comprendida y peor aconsejados, pretendian que fuésemos protestantes; por odio y celos les ayudaba la Inglaterra, y por envidia y temor Francia y algunos estados de Alemania.

En tal conflicto creyó Felipe II que sus vasallos no debian ser mahometanos ni calvinistas, y dejó que la Inquisicion decapitara y quemase al que no profesara en sus dominios la religion católica; conceptuando que era esto preferible á la anarquía, guerras civiles, muerte y destruccion que veía en Francia é Inglaterra.

Hoy, que se habla de libertad de cultos, de libre cambio y de otras cosas análogas, y nadie se escandaliza al escuchar los elogios que se tributan á tales ideas, es muy difícil, repetimos, apreciar en su justo valor el gobierno de Felipe II, pues en su época no habia diez mil españoles que quisieran ni aún se atrevieran á oír hablar de las reformas que hoy defienden y elogian muchos hombres. Entónces anhelaban casi todos lo mismo que el rey; miraban con idéntico odio á los protestantes y á los mahometanos, y veían como delito penable con la hoguera el profesar las doctrinas mahometana, calvinista ó judaizante. Hipócritas se les llama por algunos á Felipe y á sus parciales, y no es cierto; la verdadera hipocresía era la de los moros de Granada y de las Alpujarras, que entraban en nuestros templos á darse fingidos golpes de pecho, para maldecir en su casa nuestra religion y costumbres, elogiando á la vez las fábulas del Koran. La hipocresía se mostraba en toda su hedionda magnitud en los hebreos de Sevilla y otros puntos, que aparentando haberse convertido, cometieron el nefando é incalificable crimen de imitar en una sagrada efigie del Redentor las atroces infamias llevadas á cabo por los sayones que atormentaron y crucificaron al Divino Señor, practicando acto tan horrible

y malvado, un Jueves Santo por la noche. La hipocresía llegaba á su colmo en los ateos, que declarándose partidarios de Lutero y de Calvino, comentaban, infundian en las masas las falsas creencias del monje perjuro, haciendo un arma de la biblia protestante, é instrumentos suyos á los fanáticos creyentes que conseguian alucinar y perder; y todo esto lo practicaban única y exclusivamente para saciar bastardas pasiones y loca ambicion.

No hemos pretendido nunca defender la conducta de Felipe II y de sus parciales, que eran casi todos los españoles, como dejamos dicho, ni los actos del tribunal de la Inquisicion, siendo así que unos y otros han abusado del poder, como todo el que ha cogido sus riendas; mas aún cuando pudiéramos prescindir del amor y respeto que profesamos á la religion católica, y de que eran nuestros abuelos los enemigos de los judíos, luteranos y sectarios de Mahoma, así y todo, preferiríamos y nos pondríamos del lado de los partidarios de Felipe, pues al fin éstos no renegaron nunca ni se envilecieron con crímenes tan nefandos como los que cometieron sus contrarios, que acabamos de citar.

Téngase muy en cuenta, que la mayor parte de los que han acriminado al tribunal de la Inquisicion; los que han pretendido horrorizarnos con estupendos acontecimientos que dicen tuvieron lugar en los calabozos, tormentos y braseros del *Santo Oficio*, han sido franceses é ingleses, intentando, al parecer, neutralizar, con las supuestas atrocidades de nuestra Inquisicion, los terribles efectos de los muchos crímenes cometidos durante las guerras que tuvieron en ambas naciones entre protestantes y católicos. ¡Como si fuera posible oscurecer los asesinatos que ordenaron y dirigieron Carlos IX y Catalina de Médicis en Francia, la noche de San Bartolomé; y los no ménos terribles de Enrique VIII é Isabel I de Inglaterra; con otros tantos como se perpetraron ántes y despues, durante esas fraticidas luchas, en las que tomaron parte reyes, príncipes, magnates y la ma-

yoría del pueblo! Manchas tan negras no se cubren con nada; y aún cuando la Inquisicion haya funcionado mal ó abusado de su poder, no por eso dejaria el mundo de recordar con horror las guerras religiosas de Inglaterra y de Francia, y la hipocresía, vileza y encono de unos y otros; pues en esos países se disputaban los más, quiénes habian de elevar más altas la infamia y la crueldad. Vilipendiar al extraño para cubrir el autor sus negros borrones, es arma tan peligrosa, que se vuelve contra el que intenta blandirla: la calumnia sólo puede herir al calumniador: el que echa en cara á otro su delito en público, siendo él criminal, sólo consigue que la multitud le recuerde sus olvidadas faltas, y que se mofe de sus palabras y aseveraciones.

20 Felipe II distinguió á sus muchos y poderosos enemigos en su propio alcázar; es más, entre los individuos de su familia, y los vió hacer uso de toda clase de armas de buena y mala ley; y los sacerdotes del culto católico contemplaron en Flandes y otros puntos, derribados los altares del Señor; echadas por tierra las sagradas imágenes; profanados los templos, y asesinados sus ministros; y ante tan grave mal, no era extraño que pusieran un remedio activo y tan eficaz, como grande era el daño que tenian que castigar y corregir. Si avanzaron mucho, si hicieron más de lo que debian, toda la culpa es de los hostigadores, que les obligaron á prender hogueras y á ocupar muchos hombres en tan terrible oficio; pues sabido es, que en las grandes reuniones no pueden ser buenos todos los que las componen, conduciendo el extravío de los malos á la exageracion de los buenos. Al excitar los calvinistas el fanatismo de sus correligionarios, debian necesariamente encender el de los católicos, sus contrarios. Por consiguiente, no nos cansaremos de repetirlo, los promovedores de la lucha son los verdaderos causantes de los daños cometidos por los unos y por los otros.

20 Creemos suficiente lo que dejamos expuesto, para que nuestros lectores puedan escucharnos sin prevencion alguna

al ocuparnos del auto de fe que vamos á describir y comentar con toda imparcialidad.

Usando la misma forma, por lo general, en todos estos grandes acontecimientos, no precisamos el auto ni la época, por ser indiferente para aquel que quiera conocer el modo que tenian de realizarlos. Prescindiendo de eso, que en nada afecta á la verdad histórica, nos concretaremos en lo demás á la exactitud de los hechos.

El cardenal-inquisidor general Valdés reunia, segun dijimos en el tomo I de esta novela, un fanatismo tan ciego, como grande era su energía. Nadie hubiera creído, al contemplarle encorvado, viejo y demacrado, que aquel semi-espectro fuese capaz de abrigar un alma tan apasionada y una intencion tan fija y terrible. Apoyado en su inseparable muleta; formando arco su cuerpo, y diez arrugas sus oscuras mejillas, parecia un cadáver galbanizado que se alzaba de la tumba, llevando en sus ojos todo el fuego del espíritu; pues no obstante su caducidad, brillaban aquellos como dos pequeñas ascuas.

Valdés creia, con la buena fe del fanático, que la religion católica debia defenderse exterminando al que se negara á obedecer sus preceptos; y esta era la única razon que le hacia aceptables todos los tormentos y hogueras posibles, contra los que él juzgaba enemigos de Dios.

El rey, algunos de sus colegas inquisitoriales y muchos respetables varones, le habian hablado del padre Alberto, á lo cual contestaba con pasmosa sangre fria:

—Sí, es un santo á medias; se salvará, mas no procurará nunca la salvacion de sus semejantes, el verdadero triunfo de la fe. ¡Oh! ¡si lo dejásemos, Dios sabe lo que sería de nosotros y de la causa del cielo! La bondad de ese militar, trocado en sacerdote, sólo tiene aplicacion con los reverendos siervos que moran con él en el convento de la Trinidad.

En este terreno era intransigente el inquisidor general,

habiendo llegado el caso de infundir miedo á sus mismos compañeros de inquisición, á los que solía decir á menudo: —Cuidado con la tibieza, señores; la indolencia ó frialdad en asuntos de fe merecen el fuego de una hoguera; y ya sabéis que el *Santo Oficio* no reconoce gerarquías sociales.

Tal amenaza hacia estremecer á los ménos tímidos, obligándoles á cerrar los ojos y ver las cosas por el prisma del intransigente octogenario. Se puede decir, que éste mandaba solo desde que regresó de Roma; pues ninguno se atrevía ya á contradecirle ni aún en las cosas más triviales. Su voluntad era omnipotente en aquellas lóbregas cárceles, y cuantos pertenecían á ellas se convirtieron en ciegos instrumentos suyos.

El buen Valdés, á pesar de sus opiniones sobre el padre Alberto, llegó á tener á éste y á los *invencibles* más miedo que al rey y que á todos los herejes del universo. Los Silvas, Osorio, Nuñez, los Navarros y Mendoza, se adelantaron á su época en tres siglos; pensaban, en consecuencia, de distinto modo que Valdés, y miraban el tribunal de la Inquisición como hoy lo vemos nosotros: por esta causa se oponían terminantemente á que el *Santo Oficio* vengara la causa de la Iglesia, quemando, dando garrote y azotando á los que profesaban diferentes dogmas, haciendo inclinar la balanza con su valor, poder é influencia.

El cardenal no temía á estos hombres como guerreros ni como poderosos; pero le hacia temblar la sola idea de que el pueblo pudiera escucharlos; pues comprendía perfectamente que eran ídolos á los cuales adoraban las masas, y en los que tenían ciega confianza.

—Una palabra de los *invencibles*—exclamaba á menudo con terror—ejerce más influjo entre ese pueblo ignorante, que cien sermones predicados por los hombres más doctos.

Las reflexiones que le sugería esta idea fueron causa de hacerlo más cauto, reservado, y de que reinase un profundo misterio en todo cuanto se llevaba á cabo en la Inquisición.

Así es, que sin apercibirse otros que aquellos de quienes se valia, y en los que tenía absoluta confianza, preparó lo necesario para que tuviera efecto el auto que juzgaba indispensable. Comenzó por arrancar al rey el permiso para su ejecucion, diciéndole, entre otras cosas, «que el descubrimiento de muchos reos en toda España, acusados y la mayor parte confesos, de judaismo, protestantismo y otros crímenes, era una prueba manifiesta del cielo, de cuán preciso era el antidoto de un auto contra tan contagioso veneno.»

Felipe, que odiaba á sus enemigos y pensaba continuamente en el motivo que le daban para desear su completo exterminio, no se hizo rogar y aprobó la idea, *lavándose las manos* y declinando en el fanático inquisidor toda la responsabilidad de un hecho, que en sus mientes juzgaba necesario y acaso justo.

Desde aquel momento principió Valdés á nombrar comisionarios para que se encargasen de la forma y fábrica del teatro; ¹ de preparar los estandartes y las arquillas donde debian ir las sentencias de los reos; de la designación de los familiares que, á caballo y con varas de justicia, habian de acompañar al consejo; de disponer el dosel, sillas, bufetillos, colgaduras, asientos y adornos del teatro; como asimismo la procesion de las cruces verde y blanca; eleccion de los ministros que irian en ella; repartimiento de bastones y velas; guarda del teatro; formacion y direccion de la soldadesca, ² compuesta de trabajadores de la villa, y reunion de los mayordomos pertenecientes á las congregaciones de San Pedro Mártir, de Madrid y Toledo, para el desempeño de su cometido; de convocar la comision que debia asistir y ayudar al despacho de las causas de fe, correccion de las sentencias; preparar los alojamientos de los reos que llegarían á Madrid de diferentes puntos; disponer vestuarios, hábitos penitenciales, estatuas, velas para los criminales, y

¹ Así llamaban á las gradas, palcos, etc., que construian para la ejecucion del auto.

² Nombre que se daba á la compañía de soldados de la fe, creada para solo este acto.

varillas de absolucion; nombramiento de la junta para redactar el juramento de S. M., y proporcionar el manual de abjuraciones y absolucion; y por último, á los que debían ocuparse del refresco para los señores y ministros, y dependientes del consejo supremo.

Suponemos que los asistentes á tan terrible acto harían algo más que refrescar, toda vez que mientras aquél duraba permanecían todos en la Plaza Mayor, y en los autos generales se invertía un día y parte de la noche.

El incansable Valdés ofició sin pérdida de tiempo á los tribunales de la Inquisición de varias ciudades, para que con la mayor reserva y sigilo mandasen á Madrid los presos que tuvieran en sus cárceles, convidando á los jueces á la asistencia de tan *solemne fiesta*.¹

Segun iban llegando los reos procedentes de Toledo, Valladolid, Granada, Extremadura y otras provincias, salían á recibirlos con carrozas herméticamente cerradas y escoltadas con el mayor cuidado por guardias, que impedían el que fuesen reconocidas por los curiosos; procurando además atravesasen Madrid á las altas horas de la noche, entrando por la puerta más próxima.

Todo lo tenía admirablemente dispuesto el enérgico cardenal, cuando fué sorprendido con la llegada del padre Alberto y de los *invencibles*. A pesar de este contratiempo, insistió en llevarlo á cabo; mas cuando supo que la grandeza, los nobles, el ejército de la corte y el pueblo entero felicitaban á los héroes de Dreux, Cambray y Malta, aplaudiéndoles con entusiasmo indecible, le asustó la idea de indisponerse con ellos, y de que éstos sublevaran la multitud, prevalidos de sus muchos triunfos, poder é incontrastable influjo entre las masas, y suspendió la ejecucion hasta tanto que se le presentara una ocasion favorable.

Bien pronto se la proporcionó el destino. Al siguiente día

¹ Así llamaban al auto.

los citó el inquisidor príncipe de Italia, despues que reconoció las cárceles. Reunido el tribunal debatieron todo el dia y parte de la noche, cerrando aquella discusion el superior trinitario, con las siguientes frases:

—Señores, es la última vez que puedo estar entre vosotros. Dios misericordioso me llama á otro lugar, y corro á obedecerle, ansioso de escuchar un perdon que yo he concedido en la tierra á mis enemigos y á cuantos infortunados me lo pidieron. Voy á morir; esta noche dejo de ser inquisidor; mi voz no volverá á resonar en vuestros oidos; mi poder cesó ya en el mundo; y al desaparecer vuestro compañero de tribunal, vuestro contrario en el modo de apreciar las cosas, huye para siempre de este valle de dolor el único, señores, el único amparo de esos desgraciados que en este instante atormentan mi corazon con lastimeros ayes que les arranca el cruel tormento que sufren. ¡Quedan huérfanos; infelices! En el cielo rogaré por ellos, si el Eterno se apiada de mí y me otorga la inefable gracia de que penetre en su reino. ¡Ay de vosotros, si comprendéis mal la caridad evangélica! Siempre imploraré la clemencia divina en favor de las víctimas; nunca en pro de los verdugos. Perdonando se sube al cielo; castigando se baja al infierno. El fanatismo, las ideas exageradas, la falta de templanza, la desnudez de caridad y de misericordia y sus necesarias consecuencias, son crímenes tan penables como la profanacion, el desacato y la violencia. Yo no aborrezco á nadie; os amo tambien á vosotros; me duelen vuestros errores, y quisiera, aún á costa del mayor sacrificio, enseñaros el camino que os cubre la pasion. «El que á hierro matare, á hierro morirá», dijo el Señor. No olvidad el axioma; ahogad vuestras pasiones, y oid sólo á vuestra conciencia. He hecho cuanto podia por vosotros y por las víctimas; ahora sólo me resta morir. Dios bondadoso y sublime os inspire en lo sucesivo.

El inclinando su venerable frente, desapareció de allí.

Los inquisidores, incluso Valdés, se miraron unos á otros

sin expresar frase alguna, subyugados aún por la influencia de las ideas y consejos del eminente varón que acababa de abandonarlos.

Así permanecieron cinco minutos, trascurridos los cuales exclamó el viejo cardenal:

—Alberto de Silva, señores, es un bendito, que tiene el corazón de niño y el alma de santo. Sus palabras seducen por el pronto, pues es imposible negarle gran talento y una bondad sin límites; mas bien comprendereis que no es aplicable lo que pretende, con intención que soy el primero en aplaudir, pero de resultados funestísimos si fuésemos tan débiles que intentáramos obedecerle ó ver las cosas del modo que él nos las ha bosquejado. Mucho sentiré su muerte; no obstante lo cual, y en el caso de que se halle, como dice, á las puertas del sepulcro, opino que algo habremos ganado y mucho perderán los herejes sus defendidos.

Nada hallaron que replicar los colegas de Valdés; vacilaban aún; pero era tal el temor que tenían á su jefe, que callaron, sin atreverse ninguno á contradecir ó defender las palabras del religioso trinitario, ni las del anciano cardenal. Este, comprendiendo el estado de sus compañeros, añadió:

—Llevamos todo el día en el *Santo Oficio*, sin haber hecho otra cosa que cuestionar sobre ideas aventuradas y sin aplicación; y veo con sentimiento, que si bien en el curso del debate participábamos todos de una misma opinion, se ha enfriado vuestra fe con los últimos augurios del bendito Silva. Retirémonos á descansar, preparándonos para emplear mejor el próximo día. La causa que defendemos es santa, y ya os he recordado en otras ocasiones, que la tibieza en cualquiera de nosotros debe ser castigada con la hoguera. Mañana veremos si alguno merece tan terrible castigo. Hasta las nueve, señores.

Y levantándose el octogenario inquisidor general, salió de allí sin esperar respuesta. Sus colegas fueron marchando también, tristes, meditabundos y con la cabeza inclinada,

pero sin atreverse á comunicar idea alguna. Las postreras frases de Alberto habian sido un dardo que les hirió el corazon; si bien participando todos del fanatismo que tanto sobresalia en Valdés, fué suficiente el corto espacio de la noche para sanar de la herida.

A las nueve de la siguiente mañana volvieron á reunirse en el salon de sesiones del tribunal, habiendo desaparecido de ellos la tibieza que notó la noche ántes el caduco jefe inquisitorial.

Poco despues tuvieron noticia de la muerte del padre Alberto; y léjos de sobrecogerlos esta confirmacion del anuncio del trinitario, quedaron, al parecer, como libres de un peso que les atormentaba. Ya conocemos las palabras que expresó Valdés, el cual comprendió admirablemente que el postrer suspiro de Silva inutilizaba al nuevo príncipe, compañeros y amigos.

—Puesto que me dejan el campo libre—dijo para sí—y asegurado el triunfo, no me quedará sin él.

Y desde este instante comenzaron á funcionar todos los dependientes de la Inquisicion. Valdés, cuya energia nos es conocida, dispuso se publicase el auto al dia siguiente, y que al octavo tuviese efecto la ejecucion del mismo. Lo habia preparado todo, por lo cual pudo comenzarse en aquel momento la construccion de las gradas, palcos, prisiones, etc. A la vez principiaron las imaginaciones ardientes de la córte á esparcir la noticia del auto, haciendo patente la necesidad de él, en vista de los tremendos delitos que suponian haber cometido los reos; sin dejar de influir poderosamente por estos medios en el ánimo de los sencillos y crédulos habitantes de Madrid.

El mismo dia se publicó el siguiente decreto: Manda el señor inquisidor general, que el inquisidor de esta córte D. M. A., haga notificar á los familiares de Madrid que formen parte en la congregacion de San Pedró Mártir; con apercibimiento al que dejase de hacerlo, de que no go-

zará del fuero y privilegios del Santo Oficio. También ordenará dicho inquisidor á los mencionados familiares y ministros de la congregacion, que lleven velas de cera de á dos libras, uniformes, y con las insignias de la Inquisicion.»

Todo se dispuso como lo habia acordado el anciano cardenal; y ministros, familiares, maestros y operarios, trabajaban ya con celo incansable en la realizacion de acto tan terrible.

Así continuaron hasta las tres de la tarde, en que apareció en el balcon del inquisidor general el estandarte de la congregacion de San Pedro Mártir. La fachada del edificio estaba vistosamente adornada con colgaduras de damasco carmesí, y por las ventanas inmediatas al estandarte, como tambien por toda la calle, se oian clarines y timbales que intentaban solemnizar la publicacion del auto, avisando á la vez á los curiosos para que asistiesen á la funcion.

Poco despues fueron llegando los familiares, congregantes, comisarios y restantes que debian formar el acompañamiento. Y á las cinco en punto de la tarde comenzaron á salir los ministros, á caballo y de dos en dos; á éstos seguian los familiares, notarios y comisarios del Santo Oficio, yendo vestidos con ricos trajes, sobre los que ostentaban el hábito de la Inquisicion. A continuacion iba el estandarte de la fe, que sostenia el mayordomo más antiguo del tribunal, en medio de dos congregantes, los cuales llevaban las borlas. Y cerraban el acompañamiento diferentes secretarios de corte y de otros tribunales del reino, que habian acudido á la invitacion de Valdés.

Se llamaba á los que componian esta procesion *escuadron de la fe*, ascendian al número de ciento cincuenta, y era tal el lujo que llevaban, que hasta las veneras presentaban brillantes y piedras de mucho valor. Despues se fueron uniendo á la extensa comitiva varios regidores, empleados, secretarios del rey y receptores, que acudian pretendiendo dar una prueba de su entusiasmo por la Inquisicion.

El objeto de tal publicacion era notificar á los habitantes de la córte la celebracion del auto, intentando darle una p6mpa y realce superiores á todo encarecimiento.

Antes de partir la procesion, y cuando estaban ya formados, leyó el pregonero el siguiente edicto:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta villa de Madrid, estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisicion celebra auto público de la fe en la plaza del Arrabal de esta córte, el día diez del presente mes y año; y que se les conceden las gracias é indulgencias otorgadas á los que acompañaren y ayudaran á dicho auto. Lo que se manda publicar para que venga á noticia de todos.»

Acto continuo partió el séquito en direccion de la plaza de Palacio, encaminándose despues á los sitios más concurridos de Madrid, en todos los cuales se repitió el pregon.

El pueblo entero, multitud de caballeros y algunos grandes corrieron á los parajes por donde pasaba la comitiva; y si bien ayudaria á esto la curiosidad, es lo cierto que muchos demostraban entusiasmo con aplausos y ovaciones tributados al acto y á los dependientes del tribunal.

Fueron tantos los carruajes y jinetes que acudieron, en union de las masas, que interrumpieron varias veces la procesion, hasta el punto de obligar al inquisidor Valdés á publicar un bando, prohibiendo que en la vispera y día del auto circularsen por las calles de Madrid caballos y coches.

Es indudable que los inquisidores y amigos del cardenal Valdés consiguieron sin gran trabajo hacer popular este auto, como lo habian sido los anteriores y casi todos los que tuvieron efecto despues. La razon que existia para esto, la hemos explicado anteriormente; no debiendo extrañar nadie que el entusiasmo del pueblo de Madrid llegase á su colmo á tan poca costa, siendo así que ent6nces se juzgaba al hereje mucho más criminal que hoy al asesino.

Recordemos lo que aconteció en la carrera por donde marchó al patíbulo un delincuente que fué ejecutado no há

mucho, y entregados al fuego sus restos mortales, y lo sucedido con otros criminales que antes y despues han espirado en cadalsos afrentosos, y comprenderemos fácilmente la conducta observada hace tres siglos, durante los autos, al pié del fatal brasero y en la carrera donde azotaban á algunos reos. El corazon humano ha sido siempre el mismo, sin otra diferencia en los efectos, que la consiguiente á la variacion que pueda existir en las causas. El cardenal Valdés era la representacion genuina de su época; Alberto de Silva, su hijo, compañeros de éste y algunos otros, que se adelantaron á su siglo, tenian ya nuestras ideas, formando un anacronismo de la época en que vivieron.

CAPÍTULO II.

Construccion del teatro.—Formacion de la soldadesca.—Presentacion al monarca del primer haz de leña.—Procesion de las cruces verde y blanca. La Inquisicion y el rey.

Para la construccion del llamado teatro, ó sea de la plaza artificial donde debia tener lugar el auto, se nombró una comision, segun dijimos anteriormente, la cual se ocupó en la formacion de la traza ó plano, el que sometió, cuando estuvo terminado, á la superior aprobacion del inquisidor general, pasando despues á la del rey. Aceptado por ambos, se expidió el siguiente decreto, dirigido al gobernador del consejo supremo:

«Ordenareis á la villa que mande hacer el tablado y vallas que son menester para la celebracion del auto de fe que tendrá lugar el dia diez de este mes, en la plaza del Arrabal, conforme al proyecto que está acordado; recomendando la brevedad posible para que se halle concluido antes del dia prefijado.»

El ayuntamiento nombró otra comision, compuesta de tres regidores y el mismo corregidor, los que se encargaron de disponer lo conveniente para que el teatro se levantase con la brevedad, solidez y belleza necesarias. Comenzaron por

reconocer las cuevas ó sótanos de las casas próximas; y ofreciendo aquellas la firmeza apetecida, principiaron á trabajar más de cien operarios.

Tal era ya el entusiasmo de que se hallaba poseído el pueblo de Madrid, que al segundo día se presentaron veinte maestros, con sus oficiales, herramientas y madera, anhelando ocuparse en las obras sin remuneracion. Aceptada la oferta por los comisarios, dieron principio á sus tareas, tomando sólo el tiempo indispensable para atender á las necesidades de la vida. Estos hombres trabajaban con tal ahinco, que sobresalian de sus restantes compañeros, daban continuamente vivas á la fe, concluyendo por exclamar:

—Terminaremos las obras pasado mañana; y si faltase madera, sabríamos deshacer nuestras casas para tan santo empleo.

Cumplieron su palabra, pues al quinto día vieron concluido el teatro.

Para que nuestros lectores puedan comprender lo que era esta plaza artificial, diremos, que tenía su planta doscientos pies de longitud por ciento quince de ancho, formando un paralelógramo, cuya planicie media bastante más de diez y nueve mil pies cuadrados. Desde el suelo al primer piso de la plaza habia tres varas próximamente, y se subia por dos anchas escaleras. En el plano del teatro se veían tres corredores que daban paso, uno al palco de S. M., otro al de los restantes palcos y gradas, y el último al de las prisiones de los reos. Habia altar, púlpito, varias mesas, cárceles, y dos enverjados que llamaban jaulas, destinadas á los condenados durante el tiempo que se leían sus causas y sentencias, y á las que eran trasladados desde sus encierros de la plaza. Tambien hicieron salon de descanso, con otro que servia de comedor, y varias habitaciones pequeñas para el predicador y sacerdote que debia officiar. En la planicie que formaba el paralelógramo construyeron dos patios, destinados, el uno á los soldados de la fe, y el otro á las fami-

lias de los inquisidores; y cerca de éstos colocaron bancos para los secretarios y otras personas de las que funcionaban durante el auto.

Para no hacer más pesada la descripción de esta plaza artificial, reasumiremos, diciendo: que en su frente principal, el cual miraba á Oriente, se veían cincuenta palcos; en el que daba al Sur, las prisiones de los reos, y las jaulas ó enverjados donde pasaban despues; en el de Levante, se hallaban las gradas; y el del Norte, cerrado con el tablado y valla correspondiente al primer patio, era el sitio destinado para que el pueblo pudiese ver el auto por los huecos que dejaban los soldados.

Habia dos tronos, uno para el rey y otro para el inquisidor general, forrados de damasco carmesí, con sus correspondientes sósios, almohadones, etc.

Cuando los operarios dieron por concluido el teatro, pasaron á él los tapiceros, que lo adornaron con vistosas colgadúras, cómodos asientos, y con cuanto les estaba prevenido y correspondia al sitio y acto que debia celebrarse. Luégo fué reconocido por los inquisidores, quedando satisfechos de la solidez y belleza que tenía, admirándoles la brevedad con que lo ejecutaron.

En tanto que se alzaba el terrible teatro, iban llegando los presos que mandaban de provincias, los ministros de otros tribunales, invitados á la asistencia del auto, y multitud de curiosos, fanáticos y partidarios del Santo Oficio, que corrían á Madrid con deseo de presenciar tan grande acontecimiento.

Valdés creía ver en aquel movimiento, animacion y algazara de los muchos forasteros y pueblo que transitaba por las calles de la corte, la señal inequívoca de que el cielo aplaudia el auto; y con ciego ó torpe fervor, pedía aún más víctimas para inmolarlas en aras de una fe tan exagerada entónces, como entibada hoy, por desgracia. Sus colegas le imitaban admirablemente, y Madrid entero, con

pocas excepciones, participaba del mismo deseo y creencia.

Ya hemos dicho que para este acto se formaba la llamada *soldadesca*, la cual se componia de una compañía de trabajadores voluntarios, con su capitan y alférez, elevándose al número de trescientos hombres. Esta gente se proveía de mosquetes, arcabuces, picas, partesanas y otros instrumentos mortíferos; presentándose en formacion con aseo y lujo. De lo cual deducimos nosotros, que iban vestidos y armados, sin orden y al capricho de cada uno de los alistados. Se encargaba de la breve instruccion de esta fuerza un jefe del ejército, por lo que suponemos que hasta el capitan y el alférez eran de la clase de paisanos.

En tal estado llegó el dia 9, vispera de la ejecucion del auto, y en verdad que nada faltaba para su celebracion. Como al mediodía salió de su casa-cuartel la improvisada compañía de soldados de la fe, dirigiéndose acto continuo á la puerta de Guadalajara, donde hallaron la leña con que debia quemarse á los relajados. Cada hombre cogió un haz, y se encaminaron al alcázar; el capitan pidió audiencia, y concedida que fué por Felipe, subió, presentándole su haz. El austero monarca miró la leña con marcado desden, diciéndole:

—Retírate y cumple tu mision.

Aquél bajó, y puesto al frente de la fuerza, marcharon al brasero construido á la izquierda del sitio que hoy ocupa la puerta de Fuencarral, donde dejaron, custodiada por un piquete, la leña que pasearon por Madrid.

Sabido es que el tribunal de la Inquisicion ostentaba por armas una cruz verde sobre campo negro, con un ramo de oliva á la derecha y una espada á la izquierda, cuyo blason iba marcado en las veneras y hábito de los dependientes del Santo Oficio. El dia antes del auto se sacaba en procesion este escudo, acompañado de una cruz blanca y de un precioso estandarte de tafetan carmesí, guarnecido de encajes de plata, con borlas del mismo metal, luciendo las armas

reales y las de la Inquisicion; y se le llamaba á este acto la procesion de las cruces verde y blanca, siendo de admirar el número, clase y suntuosidad del acompañamiento que la componia.

A las tres de la tarde se reunieron los calificadores, consultores, comisarios, notarios, familiares y convidados, en la iglesia donde estaba colocada la cruz verde. Y á las cinco comenzó á salir el lucido séquito que formaba la procesion. Marchaba delante el estandarte carmesí; seguia á éste la cruz blanca, y despues la verde, cubierta con velo negro. Grandes de España, títulos de Castilla, altos dignatarios, comunidades religiosas y los que hemos citado ántes, acompañaban las cruces y el estandarte, luciendo todos sus más ricos trajes. Tambien iban los niños de la doctrina, los desamparados y los hermanos de los hospitales. Precedian á la cruz verde los músicos y cantantes de la capilla real, entonando el salmo *Miserere*. La fuerza que seguia á esta procesion se componia de cincuenta alabarderos, lujosamente vestidos y armados á costa de un grande, cuya casa se declaró desde tiempo atrás protectora del Santo Oficio, en union de la compañía de la fe, que en varios sitios batió bandera é hizo descargas.

Por último, comenzó á marchar la procesion con el mayor orden, dirigiéndose primero al alcázar y luego á la plaza del Arrabal. Balcones, ventanas, tejados y las avenidas de la carrera que llevaba, se llenaron de gente de todas clases y condiciones. El pavoroso entusiasmo del pueblo crecia por momentos.

El inmenso séquito llegó al teatro, colocando acto continuo junto al altar la cruz verde, y entre ésta y la grada, el estandarte de la fe. Seguidamente cantaron los músicos de la capilla la oracion de la cruz, disolviéndose despues la procesion. Quedó para velar el altar la comunidad de dominicos, cuyos religiosos, dadas las doce de la noche, comenzaron á decir misas hasta las seis de la mañana, en que

dió principio el auto. Del resto de la plaza cuidaba un piquete compuesto de soldados de la fe. La cruz blanca, precedida de individuos de la llamada *soldadesca*, y seguida de los congregantes de San Pedro, fué llevada alobrasero, fijándola en un pedestal que alzaron sobre el testero de aquél. Mientras duró el acto batió la tropa su bandera, haciendo la última salva al terminar. Quedó también allí otro piquete, retirándose los restantes á sus respectivos alojamientos.

Poco á poco fué cesando el bullicio y algazara que reinaron durante el día. Las calles y plazas de Madrid, tan concurridas no há mucho con la inmensa muchedumbre que acudió de provincias y de los pueblos limítrofes, fueron quedando desiertas, llenándose las hosterías, posadas y cuantos hospedajes encerraba la coronada villa. Los curiosos se retiraban con la risa en los labios, la alegría en el semblante y el miedo en el corazón; pues no obstante la fe de nuestros antepasados, vivían en una época en que estremecía al más fanático el solo nombre de la Inquisición.

La noche enfutó la tierra, calló la gritería, y Madrid fué presa de pavorosa oscuridad y silencio. Unos dormían ya, otros se disponían á hacerlo, y muchos hablaban bajo, muy bajo, sobre los reos, el tribunal que los juzgaba y las sentencias que debían cumplirse al siguiente día.

Desde la Inquisición hasta la plaza donde iba á efectuarse el auto, ó de otro modo, todas las calles, plazas y callejones que desembocaban en la carrera que debían seguir los reos desde la prision al teatro, y desde éste al quemadero ó brasero de que hemos hablado antes, fueron cerrados con tablonés perfectamente unidos, haciendo sobre ellos una especie de nichos, donde los curiosos se colocaban para ver pasar la sangrienta, terrible y última procesion.

Se nos olvidaba decir, que los sentenciados remitidos de otros tribunales, fueron depositados en las casas de los familiares, para evitar aglomeracion en las prisiones del

Santo Oficio, y más principalmente, con objeto de que estuviesen separados y no pudieran comunicar unos con otros; mas concluida la procesion de las cruces, y desiertas ya las calles de Madrid, partieron las carrozas y soldados de la fe en busca de ellos, conduciéndolos con el mayor sigilo y entre las sombras de la noche á las cárceles secretas del tribunal. Reunidos todos en la Inquisición, se les dió de cenar, concluyendo este acto á las diez de la noche. Poco después cogió varias sentencias el inquisidor de corte más antiguo, y acompañado de un secretario y muchos familiares, bajó á los calabozos subterráneos donde se hallaban los presos condenados á relajar. Abierta la primera prision, penetraron en ella el inquisidor y el secretario, retirándose diez pasos de la puerta los familiares. Entónces deslió un papel el primero, y leyó, acercándose al reo: —

«Hermano, vuestra causa se ha visto y comunicado con personas doctas y de grandes letras y ciencia, y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejemplo de ellos se ha hallado y juzgado que mañana debéis de morir: preveníos y aperciбíos, y para que lo podais hacer como conviene, quedan aquí dos religiosos.» —

Salieron el inquisidor y el secretario, siendo reemplazados por dos frailes, que durante la noche trataron de reconciliar con la Iglesia católica al condenado á muerte. —

Los dependientes cerraron el calabozo, repitiéndose la misma operacion con todos los sentenciados á la última pena. A la puerta de cada prision de estas quedaban además dos familiares, con órden de facilitar á los reos ó á los frailes, si lo pedian, bizcochos, chocolate, dulces, y las bebidas que pudiesen necesitar.

Seguidamente se reunió el tribunal, presidido por el car-

* Insertamos íntegra esta sentencia, por creer que no debemos ni aun corregir la forma en que está redactada.

denal Valdés. Éste tendió una mirada sombría en torno de sus colegas, exclamando:

—Señores, es preciso que, siguiendo la costumbre establecida, paseis la noche en vela, por si os pidiera audiencia alguno ó algunos de los sentenciados. Bien quisiera acompañaros; mas un deber tan penoso y de tanta edificacion como el vuestro, me obliga á ausentarme. Al ser de dia me tendreis á vuestro lado, para no separarme ya hasta que termine el gran acontecimiento de mañana. Si creyereis indispensable mi presencia, buscadme en el real palacio ó en mi casa.

Los jueces ó inquisidores inclinaron la cabeza, quedando como mudas estátuas. Valdés les hizo una reverencia, y apoyado en su muleta, salió de allí, montó en su carroza, diciendo á uno de sus lacayos:

—Al real alcázar de S. M.

Y entre dos hachas de viento caminó el carruaje, hasta detenerse á la puerta principal de la régia morada.

Valdés subió con pausa y como ensimismado; preguntó por Felipe, y se hizo anunciar. Diez minutos despues entró en el despacho que ya conocemos; el monarca se hallaba trabajando, y nada contestó á la humilde reverencia del cardenal; ni lo miró, continuando segun estaba. El inquisidor general dejó caer la cabeza sobre el pecho, y esperó. Algo despues le dijo el monarca, sin dejar de escribir:

—Señor cardenal, es tarde, y sois muy anciano; sentaos en ese taburete.

—Gracias, señor—le contestó Valdés obedeciendo.

Felipe concluyó su escrito, y guardándolo cuidadosamente en un cajon que cerró con llave, se volvió hácia el caduco, preguntándole:

—¿Deseábais verme?

—Me era indispensable, gran señor; de no ser así, rehusaria molestar á V. M.

—¿Tanto os interesaba?

—Mucho.

—Noto, que os abruma algun pesar.

—Sólo á padecer vinimos á este valle de amargura.

—Ciertamente, cardenal; y cuando la conciencia punza con su agudo dardo, se hace más penosa la existencia que sostenemos sobre el fango de la tierra.

—No hay duda; pero la mia está siempre tranquila.

—No os hablaba de la vuestra; me referia á la de los pecadores.

—Perdonadme, señor, si he molestado á V. M.

—Dichoso vos, inquisidor general, que, imitando por lo visto la sublime conducta de mi tío el príncipe de Italia, aguardais el porvenir con la tranquilidad y sosiego de aquel santo, cuyo espíritu voló hace ocho dias á la mansion de los justos. Yo, misero pecador, no tengo mi conciencia en un estado tan apacible como vos presentais la vuestra.

Y clavó una mirada penetrante en el octogenario cardenal. Éste inclinó la cabeza y meditó; pero bien pronto la volvió á alzar, y con pasmosa indiferencia contestó:

—Estoy satisfecho de mí, seguro del presente, y espero lo porvenir sin miedo ni alegría.

El rey se mordió el labio inferior, pues creyendo aturdir al anciano, lo quedó él ante la energía y entereza demostradas por el inquisidor. El soberano se hallaba en uno de esos momentos de mal humor, durante los cuales se exacerbaba su peculiar intolerancia.

—¡Elástica teneis la conciencia! —dijo al fin con disgusto.

—Señor, no comprendo la frase.

—Pues dicen que no sois torpe.

—Ya ve V. M. que se equivocan.

—¿Qué deseábais, Valdés?

—La honra de hablar con V. M.

—Eso ya lo estais haciendo.

—Me trae un asunto grave...

—Muy grave debe ser en verdad, cuando venís á verme.

—Lo es, gran señor, y de no ser así, no molestaria á V. M.

— Os escucho.

— Católico y poderoso monarca, mañana tendrá lugar uno de esos acontecimientos en que se pone á prueba la fe de los cristianos, la energía de los buenos y la lealtad de vuestros vasallos.

— ¿Os referís al auto?

— Sí, señor.

— Ya os he dicho, que es vuestra toda la responsabilidad.

— La acepto por completo.

— Entónces, ¿qué pretendéis? ¿Por qué me habláis de eso?

— Señor, los grandes y poderosos de la tierra deben dar ejemplo á los pequeños; si V. M. preside el auto de mañana, la causa que defiende el Santo Oficio coronará su triunfo con el honor á que es acreedora.

— Presididlo vos, que sois el jefe único en Madrid del tribunal.

— V. M. manda en todas las corporaciones y tribunales.

— Por eso dispongo que vayais vos en mi lugar.

— Perdonadme, poderoso señor, si me atrevo á insistir. Ni un solo grande ó pequeño de los invitados á la asistencia del auto se ha negado á concurrir mañana; sólo V. M., que es el más fuerte, el que está más alto, el primer defensor de la fe, abandona á la Inquisición en el momento más solemne.

— Cardenal, son de mucho peso vuestras razones, y yo las aprecio en su justo valor; pero me prohíbe asistir á ese auto una causa más poderosa aún.

— Lo siento con todo mi corazón.

— Yo también; pero no es posible otra cosa.

Valdés hizo el postrer esfuerzo, empleando con suma habilidad el gran recurso que guardaba para el último instante; para aquel en que viera completamente negada la pretension. Su rostro demostró sentimiento y pesar; languideció su mirada, y con las manos cruzadas y la cabeza baja, exclamó con dolor:

— ¡Dios lo quiere así; cúmplase su voluntad! ¡Mañana pagarán sus crímenes los relapsos, los apóstatas, los herejes que halló la Inquisición! Pero, ¿y los que quedan en Madrid y en todos vuestros estados? No hay uno sólo que no sea enemigo de V. M., que no ansie arrancar la preciosa vida de su rey. ¡Villanos! Mañana, desconociendo la poderosa causa, de que ántes se dignó hablarme V. M., interpretarán á su antojo la falta de asistencia del católico monarca español, y repetirán que su señor tiene miedo á los *invencibles*; ¡á seis de sus vasallos!...

Valdés había adivinado la idea de Felipe, y la atravesó con el dardo de su astucia. El soberano se puso en pié, y abandonando su proverbial prudencia, lo interrumpió diciendo:

— ¡A eso se atreverían! ¡Insensatos! Iré á presenciarme el auto, y si es preciso, las ejecuciones que han de tener lugar en el brasero.

— Basta con lo primero, gran señor — le contestó el sagaz inquisidor levantándose.

— ¡Todo es posible en esa ruin canalla! Los *invencibles* son los primeros caudillos de mi ejército; los eminentes servicios que me han prestado los hacen acreedores á toda mi consideración y aprecio; mas ¿por eso los he de temer?

— Dicen, poderoso señor, que asusta á V. M. la influencia que tienen entre la tropa y el pueblo; y como son opuestos á que funcione el Santo Oficio, supondrán los herejes que su rey teme disgustar á esos seis vasallos, entregados hoy al dolor y la pena, é inútiles para todo lo demás. Ya en más de una ocasión se han dejado decir, que Julio de Silva era más poderoso que V. M.

— ¿A qué hora da principio el auto?

— Temprano, señor, pues será pesado. Si V. M. se digna llegar á las seis, honrará la fiesta desde el principio.

— Presidiré la función desde ese momento hasta la conclusión. ¿Deseabais algo más?

—Que V. M. me perdone la molestia que le he causado, y me dé su real permiso para retirarme.

—Id con Dios, señor cardenal.

—El cielo bondadoso premie el santo celo y virtudes de V. M.

Y el encorvado octogenario salió caminando hácia atrás hasta llegar á la antecámara, donde hizo una reverencia, se volvió, y anduvo en busca de su carroza. Cuando bajaba la escalera, decía para sí:

—Duro y rebelde lo hallé, por vida mia; pero la causa es santa, y tuvo que doblegarse ante ella. ¡La funcion será completa, completa!... Una herida mortal á los herejes é impíos, y otra dañina á los *invencibles*. Yo he de concluir con todos, si Dios me deja vivir algunos años más; con diez tengo bastante; y no es mucho pedir: otros cuentan más todavía, y no defienden como yo la causa de la fe.

Montó en la carroza, y llegando á su palacio, se metió en cama, ordenando que lo despertasen á las cuatro en punto. Eran las doce de la noche cuando los pajes lo desnudaban. Durmió algo, pero con desasosiego é intranquilidad, y se puso en pié antes del momento que habia señalado.

Al salir del regio despacho, llamó Felipe á su secretario Vazquez, que trabajaba en una estancia contigua, y le preguntó:

—¿Qué hacen los *invencibles*?

—El nuevo príncipe de Italia continúa enfermo de gravedad; y sus compañeros, parientes y amigos, velan por él, terriblemente afectados por la muerte del padre Alberto y por la del señor conde de Santomera.

—¿Tienen noticia del auto?

—No, señor.

—¿Cómo se explica eso?

—Los cinco rodean al príncipe; no hablan con nadie, ni se ocupan de otra cosa que de sus propias desgracias.

—¿Y sus esposas?

—Están en el mismo caso.

—¿Y el conde de Arahall y el marqués de Abella?

—Permanecen en el palacio de Silva, enfermos tambien.

—A las seis en punto de la mañana, seguido de la corte, estaré en la plaza del Arrabal para asistir al auto. Comunica la orden, y retírate.

El secretario obedeció; el rey, cayendo de rodillas al pié del reclinatorio, oró media hora, buscando luego su lecho. Tardó en dormirse, y lo hizo como Valdés, con desasosiego y malestar.

La noche seguía tranquila y serena, en tanto que los calabozos del Santo Oficio eran regados con abundantes lágrimas, hijas de la desesperación y de la amargura.

— Están en el mismo caso.

— ¿Y el conde de Arabal y el marqués de Abella?

— Permanecen en el palacio de Silva, enfermos también.

— A las seis en punto de la mañana, según de la corte,

estará en la plaza del Arabal para asistir al auto. Com-

nica la orden de retiro.

El secretario obedeció; el rey, cayendo de rodillas al pie

del trípode, oró media hora, buscando luego su lecho.

Tardó en dormirse, y lo hizo como Valdés, con desasosiego

y malestar.

La noche seguía tranquila y serena, en tanto que los ca-

laboxos del Santo Oficio eran regados con abundantes lá-

grimas, hijas de la desesperación y de la amargura.

CAPÍTULO III.

Los reos. — La carrera. — El auto. — El brasero. — Las víctimas.

Llegó por fin la madrugada del día en que el pueblo de Madrid iba á presenciar aquel auto tan descado por el cardenal Valdés, y tan temido por los que debían espirar en la hoguera ó en el patíbulo; pues ya hemos dicho, que no á todos los quemaban vivos; ántes al contrario, eran éstos los ménos por lo general.

A las tres, y cuando aún no había amanecido, entregaron á los reos los trajes que el tribunal tenía dispuestos há tiempo; y á las cuatro se hallaban cubiertos con ellos. Después los dieron de almorzar, invirtiéndose en este acto otra hora.

Comenzó á amanecer, y fueron llegando los familiares que no estuvieron de servicio aquella noche, y otros funcionarios de los muchos que formaban la comitiva; entrando por último el estandarte de la fe, retirado de la plaza por los cincuenta alabarderos que sostenia el grande, protector del Santo Oficio.

Los extensos salones de la Inquisicion se fueron llenando con los individuos que debían componer el acompañamiento;

la calle se cubrió de jinetes y de soldados de la fe, y cerca de dos mil personas aguardaron la última disposición del tribunal. Un cuarto de hora más tarde subió Valdés á su carroza, retirándose á su casa, situada en la misma carrera. Acto continuo se dejaron ver los inquisidores, dando la orden el más antiguo de sacar los reos, las estatuas y las arcas con los huesos.

Las sentencias de este tribunal se cumplian, áun cuando los causantes se hubieran muerto ó fugado. Empezada la causa del denunciado, seguia sus trámites, hasta que recaia la inapelable sentencia; y si el delincuente no podia ir al auto por muerte ó fuga, llevaban su estatua, y el arca con los huesos de los difuntos, quemando ambas, en el caso de que el individuo que representaban hubiera merecido tal castigo.

Cuando los presos estuvieron fuera de sus encierros, se dió la orden de partir en direccion de la plaza del Arrabal. Rompieron la marcha doscientos soldados de la fe, siguiendo á éstos, veinte estatuas, diez y ocho de las cuales sostenian otras tantas arcas, que encerraban los restos humanos de condenados que murieron en los calabozos del Santo Oficio. Las otras dos representaban reos fugados; y en las veinte se leia el nombre y apellido de la víctima, en grandes letras pintadas en el pecho. A derecha é izquierda iban los alcaides de la Inquisicion.

Detrás, y en medio cada uno de dos alguaciles, seguian treinta y dos *reconciliados*. Estos asistian al auto, y luégo recibian el castigo; estando unos condenados á llevar azotes, otros á galeras, y todos desterrados, con confiscacion de bienes y deshonor perpétua. Sus delitos variaban, siendo por lo comun el de embusteros, hipócritas, supersticiosos y casados dos ó más veces, yendo una mujer que contrajo hasta cuatro esponsales en poco más de dos años. Casi todos llevaban corozas, algunos sogas al cuello con tantos nudos como centenares de azotes debian sufrir, y en la mano una vela de cera apagada.

Continuaban ciento diez protestantes abjurados, llevando unos sambenito de media aspa y otros de aspa entera, y velas como los anteriores. Ninguno de estos debía morir; pero la mayor parte iban sentenciados á prision perpétua, y los restantes á trabajos forzados, confiscacion de bienes y la consiguiente deshonra.

Concluian la terrible hilera cincuenta sentenciados á muerte, cuyo aspecto, trajes y actitud infundian pavor á los más osados y valientes. Veintisiete iban á morir en garrote, siendo despues quemados, y los veintitres restantes arrojados vivos á las devoradoras llamas. Todos llevaban coraza y capotillos con llamas, si bien los pertinaces, ó sean los que debian espirar en la hoguera, tenian las manos atadas, mordazas en la boca, con dragones esparcidos en el traje. Al lado de cada uno de estos cincuenta, caminaban dos religiosos, que los exhortaban á bien morir.

El total de los reos, incluso los representados por estatua, ascendia á doscientos doce. Marchaban lentamente, con las frentes inclinadas, y como abrumados por el peso de una sentencia, que, además del castigo material, les imprimia el sello de la infamia y de la degradacion. Muchos sufrieron las amargas del tormento, el cual arrancó á los más, entre agudos dolores, la declaracion de sus delitos; por lo que resultaban convictos y confesos. Entre los cincuenta sentenciados á muerte, habia un pirata español renegado, dos árabes, seis judíos y cuarenta y un herejes ó protestantes. La mayor parte eran flamencos, algunos italianos, seis franceses y quince españoles, y entre todos no se contaban treinta artesanos ú hombres de condicion pobre, pues en general eran caballeros, nobles y letrados.

Detrás de los infelices sentenciados marchaban los individuos de la congregacion de San Pedro Mártir, conduciendo las arquillas, forradas de tela de oro, que encerraban las causas y sentencias de los doscientos doce penados.

Hasta aquí todos iban á pié, para mejor custodia y segu-

ridad de los reos. Continuaban luégo, cubiertos con lujosos trajes y sobre briosos caballos, los alguaciles de villa y córte; grandes de España y títulos de Castilla en su calidad de familiares, con otros de menos prosapia pertenecientes á la misma clase, é iban levantando las varas que llevaban en la mano, y luciendo los hábitos y veneras de la Inquisicion. Seguian notarios, comisarios y calificadores, montados en mulas con gualdrapas negras. Caminaban en pos los regidores de Madrid, y junto á éstos llevaban el estandarte de la fe dos fiscales del tribunal y el alcalde más antiguo de casa y córte. Continuaban los inquisidores de la régia villa y los que vinieron de provincias, mezclados con los alcaldes de córte y los individuos del consejo y cámara de Castilla; siendo los últimos el gobernador de dicho consejo y el cardenal Valdés, que á la mitad de la carrera se incorporó con él. Y cerraban el acompañamiento los cincuenta alabarderos con su jefe á la cabeza, que era el grande de España de que hemos hecho mencion.

Hombres y caballos iban engalanados de un modo sorprendente, y como pudieran hacerlo para asistir á la funcion donde tuvieran más deseo y necesidad de lucir sus trajes.

De este modo llegaron á la plaza artificial, ó sea á lo que llamaban el teatro. La multitud, apiñada en los sitios que se le tenía destinados, vió pasar los reos y su numeroso séquito; y léjos de aplaudir y gritar, como lo habia hecho durante las procesiones que tuvieron lugar anteriormente, se encontraron sin voz ni movimiento alguno. Reos, acompañantes y curiosos, demostraban en esta ocasion estar poseídos de un pánico que entorpecia todas sus facultades. Sólo se escuchaban las exhortaciones de los cien religiosos que llevaban en medio á los cincuenta sentenciados á morir. El noble, el hidalgo pueblo español, á pesar de la época y del consiguiente fanatismo, inclinaba su frente ante la desgracia de aquellos infelices, los cuales caminaban al suplicio con el dolor natural que les producía la afrenta y castigo á

que estaban condenados. Ahora no iba música alguna; nadie hablaba, ni se escuchaba otro ruido que el de las monótonas pisadas de dos mil personas próximamente, y el de las voces de los reverendos auxiliares. Callaron el encono, odio, enemistad y fanatismo, para dar lugar á una compasion no exenta de miedo, pues es indudable que aquel misterioso tribunal asustaba é imponia con su solo nombre.

El cardenal Valdés pasó á los calabozos de la Inquisicion en la madrugada de aquel dia; mas cuando vió que todo estaba dispuesto para la ejecucion del auto, volvió á su casa, se hizo vestir con un nuevo y lujoso traje, esperando á que el acompañamiento se detuviera á la puerta de su morada, en cuyo instante montó á caballo, y seguido de régia comitiva, se puso á la derecha del gobernador del consejo de Castilla.

De este modo penetraron en el teatro, echando pié á tierra un poco antes de llegar, los que iban montados. La procesion dió una vuelta por el extenso tablado de aquella plaza artificial, con el objeto de que pasasen los reos por debajo del palco real. En este instante se descorrieron las cortinas de aquél, y apareció Felipe con traje completamente negro y con semblante tan severo, que imponian hasta sus menores movimientos. Le acompañaban varios individuos de su córte, los que, situados á la espalda de su señor, permanecieron de pié y con los sombreros en la mano, durante el largo espacio que duró el auto.

El rey continuó impasible hasta que llegaron los reos al pié de la escalerilla de su palco, en cuyo instante se inclinó sobre la barandilla, fijándose en ellos y reconociéndolos uno á uno, segun iban pasando.

Cuando concluyeron de dar la vuelta, condujeron los sentenciados á las prisiones. Luégo se dirigió la comitiva al pié del altar, haciendo Valdés, que iba delante, un saludo á la cruz verde y otro al rey, los que fueron repetidos por todos los que le segnian; yendo acto continuo cada cual á ocupar el puesto que le estaba preparado.

Era tal la afición y deseo que había por ver estos terribles espectáculos, que, á pesar de lo imponente de ellos y del rigor que usaban la guardia española y tudesca que acompañó al monarca, y más aún los soldados de la fe, asaltaron muchos particulares y hombres del pueblo la plaza, sentándose tranquilamente en las gradas y sitios destinados á los actores y convidados al auto. Los cincuenta alabarderos, con su grande de España á la cabeza, trataron de despejar aquellos sitios reservados, no logrando del todo su intento; pues al ver la heroica resolución de los intrusos, temieron promover un escándalo, y se conformaron con echar á los que buenamente quisieron irse, que fueron los ménos.

Interin acontecía esto en las gradas, corrió la multitud hácia el incómodo sitio que le estaba destinado, formando una masa tan compacta y apiñada, que parecia imposible cupiesen en aquel pequeño espacio más de veinte mil seres de diferentes sexos y condiciones, que se juntaron allí.

A la vez se llenaron de gente los balcones, ventanas y tejados, pudiendo asegurarse, que en el llamado teatro y puntos elevados que lo dominaban, se hallaba en este día más de la mitad de los habitantes de Madrid. Hubo hombres que dieron un duro por mejorar de puesto; y si se tiene en cuenta que para ver todo el auto había que sufrir el ayuno y postura incómoda por espacio de quince horas, resultará un solemne mentís contra los que aseguran que tales actos no eran populares en España. Lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: hoy vemos la institución del Santo Oficio de una manera enteramente contraria á como la comprendían nuestros antepasados; no hallando en consecuencia nada más ridículo, que la formalidad con que algunos pretenden hacer creer que los españoles del siglo xvi apreciaban estos acontecimientos del mismo modo que nosotros, siendo así que todo era diferente, á excepcion de los apellidos y del suelo. Los que más encomian y pretenden patentizar los adelantos del siglo xix, las reformas progre-

sivas y la civilizacion á que hemos llegado, esos mismos nos dicen á renglon seguido, que los vasallos de Felipe II sufrían con dolor y amargura el terrible peso de la Inquisicion y el del brazo de hierro del indomable soberano, á quien no se cansan de llamar déspota y tirano, sin comprender la lastimosa contradiccion en que incurren. Aceptemos por un momento las injusticias, atropellos y carga fatal que se le suponen al Santo Oficio, como asimismo las decantadas crueldades y opresion de Felipe, y contéstesenos á la siguiente pregunta: Si hoy asaltara un intruso el trono de San Fernando, y pretendiera imitar al sucesor de Carlos I, rodeándose de inquisiciones y de tiranuelos, ¿conseguiria su intento? ¿lo toleraria el país?

No, y mil veces no — nos contestarán. — La nacion se levantaria como un solo hombre — añadirían — pulverizando al intruso déspota que pretendiera esclavizarnos.

Eso creemos nosotros tambien. Y si es cierto que nos alzaríamos todos contra tal estado de cosas, ¿por qué no lo hicieron nuestros antepasados, si pensaban como nosotros? ¿Fué por miedo, por cobardía? No, y mil veces no. Llamar cobardes ó tímidos á los que componian aquellos valerosos tercios que asombraron al mundo, es la mayor de las calumnias. Que respondan San Quintín, Italia, Malta, Flandes, la Argelia y Lepanto.

Lo toleraban, porque estaba en sus creencias, en sus opiniones, en la idea política de la época; porque era la consecuencia necesaria de los acontecimientos; del fanatismo religioso; de la maldad y vileza que usaban los moros de Granada y de las Alpujarras; los judaizantes de España y de sus estados; los renegados de Flandes, Alemania, Inglaterra y Francia, ó sean los protestantes de Europa, los partidarios del egoísta y perjuro Lutero.

Defender á nuestros abuelos diciendo que pensaban como nosotros, y á la vez que consentían unos males que ellos elevan á la fábula, es, en nuestro juicio, el mayor insulto

que se les puede hacer. Quien eso sostiene, ó no piensa lo que dice, ó léjos de ser español, es un enemigo de nuestra patria y de nuestros antepasados; de aquella patria ante la cual se humillaban los monarcas más poderosos de Europa, reconociendo en sus hijos modelos de bizarría, nobleza y valor, á quienes debia imitar el resto de los habitantes del globo.

Mientras cada uno de los asistentes al auto ocupaba su puesto, se arrodilló al pié del altar el cardenal Valdés, permaneciendo algunos minutos haciendo oracion; luégo se vistió de pontifical, mientras verificaban lo mismo su asistente mayor, los diáconos y los demás individuos que debian acompañarle para ministrar. Despues cogió uno de los que le servian una cruz de pórfido guarnecida de oro, otro el libro de los Evangelios, y en medio de ellos, y seguido de sus auxiliares, se dirigió el octogenario inquisidor general al palco del rey, con objeto de recibir el juramento que hacia S. M. en tales ocasiones. Llegado que hubo, se arrodillaron todos, á excepcion del soberano y de Valdés, que quedaron en pié y descubiertos, fijando el primero la mano sobre la cruz y los Evangelios. En el mismo instante exclamó el cardenal:

— « V. M. jura y promete, por su fe y palabra real, que
» como verdadero y católico monarca, puesto por la mano
» de Dios, defenderá con todo su poder la fe católica, que
» tiene y cree la Santa Madre Iglesia apostólica de Roma, y
» la conservacion y aumento de ella, y perseguirá, mandará
» perseguir á los herejes y apóstatas contrarios de la misma,
» y ordenará dar y prestará el favor y ayuda necesarios para
» el Santo Oficio de la Inquisicion y ministros de ella, para
» que los herejes perturbadores de nuestra religion sean
» presos y castigados conforme á los derechos y sacros cánones,
» sin que haya omision de parte de V. M., ni excepcion de persona alguna, de cualquier calidad que sea. »

Felipe le contestó:

—«Así lo juro y prometo, por mi fe y palabra real.»

Valdés añadió:

—«Haciéndolo V. M. así, como de su gran religion y
»cristiandad esperamos, ensalzará nuestro Señor en su santo
»servicio á V. M. y á todas sus reales acciones, y le dará
»tanta salud y larga vida como la cristiandad há menester.»

Concluido este acto se retiró Valdés á su palco ó trono, donde le quitaron la vestidura pontifical, quedando con el mismo traje que habia llevado.

Un silencio profundo y no interrumpido siguió al solemne juramento, expresado por el rey con voz firme y que todos pudieron oír. Ni las apiñadas masas, la tropa, los actores, los convidados ni los reos, hablaban ni aún se atrevían á moverse. Cuantos estaban en el extenso paralelogramo se sentaron, incluso los sentenciados, saliendo acto continuo un sacerdote, el cual comenzó el *introito* de la misa, sobre el altar donde se apoyaba la cruz verde. Concluido el primer Evangelio se sentó el celebrante, subiendo al púlpito el secretario más antiguo del tribunal, seguido de un capellan que le llevaba el misal y cruz. Aquél abrió el libro y comenzó á recitar el juramento del pueblo, con voz que todos pudieron oírle.

Con el objeto de ilustrar este relato en cuanto nos sea dable, continuaremos publicando aquellos documentos auténticos que creamos caracterizan estos grandes acontecimientos. En consecuencia, copiamos á continuacion el mencionado juramento del pueblo, por juzgarlo en aquel caso. Decía así:

«Nos, el regidor y alcaldes, alguaciles, caballeros, regidores y hombres buenos, vecinos y moradores de esta muy noble villa de Madrid, córte de S. M., arzobispado de Toledo y de otras cualesquiera ciudades, villas y lugares de estos reinos de Castilla, como verdaderos y fieles cristianos obedientes á la Santa Madre Iglesia.

»Juramos y prometemos por los santos cuatro Evangelios,

que delante de nos están puestos, que daremos y haremos tener, y guardaremos y haremos guardar, la santa fe de Jesucristo y lo que la santa Iglesia romana tiene, predica y manda; que esta santa fe con nuestras fuerzas todos defenderemos en tal manera, que los herejes y los que los creyeren, defendieren y recibieren y ampararen, sean prendidos y castigados; y asimismo los difamados y sospechosos del dicho delito de herejía y apostasía, perseguiremos, tomaremos y haremos tomar en cuanto pudiéremos y nuestras fuerzas bastaren, y que los acusaremos y denunciaremos á la Iglesia y á los inquisidores, donde supiéremos que ellos ó alguno de ellos estuvieren; no les daremos ni cometeremos ningun oficio ni beneficio á las dichas personas sospechosas y difamadas del dicho delito de herejía, y que no los recibiremos ni tendremos en nuestra familia, ni en nuestro servicio, ni tomaremos consejo de ellos ni de alguno de ellos sabidamente. Y si por ventura alguno de ellos con ignorancia hiciere lo contrario despues que á nuestra noticia viniere, luégo lo repeleremos y alcanzaremos al hereje de nos y de cada uno de nos, y que en todas las otras cosas que al oficio y ejercicio del Santo Oficio de la Inquisicion y ministros que de él pertenezcan y convengan, seremos obedientes á Dios Nuestro Señor, y á la Santa Madre Iglesia romana y al Santo Oficio de la Inquisicion, así con nuestros oficios como con nuestras personas, así nos ayude Dios y estos santos Evangelios, y la cruz que ante nos está; y si así lo hiciéremos, Dios Nuestro Señor, cuya es esta causa, nos ayude en este mundo los cuerpos y en el otro las almas, y lo contrario haciendo, él nos lo demande mal y caramamente como á malos cristianos que á sabiendas perjuran su santo nombre en vano.»

Cuantos estaban presentes contestaron en coro:

—«Amen.»

Bajó del púlpito el secretario del tribunal, y acto continuo avanzó el sacerdote que debia predicar, llegando al trono del

cardenal Valdés. El inquisidor general le echó la bendicion, encaminándose aquél al púlpito, desde el cual dirigió á su inmenso auditorio un hábil discurso, cuyo tema fué: primero, explicar la mision del santo tribunal; segundo, elogiar la cristiana fe de los españoles; y tercero, combatir los errores del judaizante, las falsas doctrinas de Mahoma, y la farsa y extravío de los protestantes; describiendo á grandes rasgos lo que fueron Lutero y Calvino. A la vez hablaba de la religion católica; pintaba admirablemente su excelencia, y encarecia la imperiosa necesidad de cobijarse bajo su manto celestial. Citas oportunas, consecuencias admirables y un interés creciente, elevaron este sermon á la altura de un sabio discurso.

El entendido predicador unia á su gran talento una voz sonora y simpática; así es, que atrajo con sus frases la atencion pública, hasta el punto de escucharle con gusto, desde el rey hasta una gran parte de los sentenciados; consiguiendo en breves instantes y á larga distancia, lo que no pudieron los inquisidores, de cerca y en mucho tiempo; esto es, convertir ó atraer al gremio católico á dos luteranos pertinaces de los sentenciados á ser pasto de las llamas, como veremos más adelante.

Concluido el sermon, se dió la órden para que comenzaran á leerse las causas y sentencias de los reos. Este acto se practicaba de la manera siguiente:

Ya hemos dicho que habian formado en medio del paralelógramo dos enverjados que llamaban jaulas, las que se elevaban del tablado más de tres varas, con el objeto de que todos vieran al sentenciado, cuya causa se leía. Estas jaulas se unian á las prisiones donde estaban los condenados, por dos pasillos hechos al efecto, con el fin de que un penado fuese por el primero y el otro volviera por el segundo, consiguiendo así que no pudieran encontrarse ni hablar; pues mientras duraba la lectura de una de aquellas, sólo su causante estaba en las jaulas.

Uno de los secretarios del tribunal sacaba los expedientes; otro se los iba entregando á los relatores, y éstos los leían desde el púlpito. Cuando la causa era larga ó el inquisidor general queria abreviar su lectura, movia una campanilla de oro que tenia al lado, y entónces el que estaba en el púlpito se concretaba á extractar algunos párrafos, concluyendo con el relato de la sentencia. De este modo fueron presentándose en las jaulas uno á uno todos los condenados, volviendo al sitio de donde salieron, del mismo modo que habian ido.

Cuando se aproximaba el término de tan dilatada lectura, dos sentenciados á relajar pidieron audiencia, siéndoles concedida en el acto. Los demandantes se valieron de uno de los religiosos que los asistia, el cual, entre varios alcaldes, los condujo á la prision secreta, hecha con este intento debajo del tablado. Despues les quitaron las mordazas y esposas, é inmediatamente pasó un inquisidor á saber lo que pretendian.

Eran dos protestantes que querian abjurar de sus errores, volviendo á entrar en la religion católica. El individuo del Santo Oficio se reunió con Valdés y sus demás compañeros, acordando libertarlos por entónces de la muerte, retirándolos á las cárceles de la Inquisicion, sin las insignias de muerte y degradacion con que habian ido al auto.

Continuó luégo la lectura, siendo de notar, que hasta las estatuas de los muertos y fugados las llevaban á las jaulas, leyéndoles las respectivas sentencias, concluyendo á las cinco de la tarde tan incómoda ocupación. En el mismo instante se procedió á la entrega de los sentenciados al patíbulo, á la justicia seglar, para que inmediatamente fuesen ejecutados.

La fórmula de este acto era la siguiente: Un secretario del tribunal presentaba los reos á la autoridad civil, leyéndoles el párrafo que insertamos á continuacion, escrito en el libro de orden de procesar del Santo Oficio. Decia así:

«Debemos relajar y relajamos la persona de N. N. á la justicia y brazo seglar, especialmente al señor corregidor y su lugarteniente en dicho oficio. A los cuales rogamos y encargamos muy afectuosamente, como de derecho mejor podemos, se hagan piadosa y benignamente con el reo.»

La autoridad civil se hizo cargo de las estatuas y de los condenados, y obligándolos á montar, en la forma ordinaria, los condujo al brasero, acompañada de un piquete de soldados de la fe y de un secretario del tribunal, el cual debía asistir á la ejecucion de las sentencias, para dar testimonio de ella.

Cuando los que caminaban en busca de la muerte hubieron salido del teatro ó plaza artificial, prosiguió el auto.

El cardenal Valdés, revestido otra vez de pontifical, se sentó en su trono; en tanto que los restantes sentenciados fueron conducidos al altar, se arrodillaron al pié de la cruz, é hicieron cada uno la abjuracion de sus errores. Estas eran de tres clases: la una se llamaba de *levi*, la otra de *vehementi*, y la última *en forma*. La primera se contrae á los delitos que inducen sospecha leve de herejía, ó sean á la práctica de actos contrarios á nuestra religion, como el que efectúa segundo matrimonio en vida de su consorte; hipócritas embusteros, celebrantes sin órdenes, y otros análogos. La segunda se refiere á aquellos que cometieron tan grave delito, que engendra vehemente sospecha de herejía, ó á los que fueron convictos y no confesos. Y la tercera se concreta á los convictos y confesos de herejía, que se arrepienten y vuelven al gremio católico, despues de haber probado, á juicio del tribunal, verdadera contriccion y propósito de enmienda.

Terminadas las abjuraciones, quedaron los reos de rodillas, y levantándose el inquisidor general, les fué preguntando los artículos de la fe, á los que contestaron afirmativamente. Luégo leyó el exorcismo y varias otras oraciones en latín, concluyendo por echarles la absolucion. A la vez hizo una salva

la compañía de la fe, la música de la capilla real entonó agradables melodías, y continuó la misa, oyéndola ya los reconciliados con las velas encendidas, que hasta aquel momento conservaron apagadas.

Con la misa finalizó el auto, retirándose todos á sus casas, á excepcion de los encargados de conducir nuevamente á los presos reconciliados á las prisiones del Santo Oficio, que se dirigieron con ellos á la Inquisicion. Al llegar allí les dieron una abundante cena, encerrándoles despues en sus respectivos calabozos, donde debian permanecer hasta el momento en que cada uno comenzase á cumplir la sentencia que le habia sido impuesta.

De este modo concluyó aquel auto, idéntico, ó muy parecido, á la mayor parte de los que se han celebrado en España.

CAPÍTULO IV.

Los sentenciados á muerte.—Descripción del brasero.—El suplicio de fuego.—
Cuadro terrible.—Los condenados á azotes y á la vergüenza pública.

Terminado el auto que tan detalladamente acabamos de describir, se llevó la comunidad de religiosos dominicos la cruz verde, los congregantes de San Pedro Mártir el estandarte de la fe, quedando á la media hora completamente desierto el teatro ó plaza artificial. A la mañana siguiente fué deshecho, existiendo sólo el lugar y recuerdo de tan gran acontecimiento.

Sepamos ahora del modo que concluian su vida los sentenciados á relajar.

Serian cerca de las cinco de la tarde, cuando montados, segun costumbre, los encaminaron al terrible brasero, el cual se hallaba situado, como dijimos anteriormente, á la izquierda del punto que ocupa hoy la puerta de Fuencarral, ó sea al N. de Madrid, en las afueras y muy cerca de la débil tapia que llamamos muralla.

Con anticipacion habia escrito el inquisidor general á la autoridad civil, para que tuviese dispuestos los palos con que formaban los patibulos, las argollas y el mayor número

que pudiesen reunir de verdugos, con objeto de que durase lo ménos posible acto tan sangriento.

Los reos marchaban uno á uno en medio de dos religiosos, y seguidos de otros tantos alguaciles.

El pueblo y la mayor parte de los que concurrieron al auto, viendo que éste se dividia en dos partes, dudaron, concluyendo por quedarse los más en la plaza del teatro, siguiendo no obstante á los sentenciados á relajar un número considerable de hombres y muy pocas mujeres, siendo los más fanáticos y ménos sensibles.

Durante esta nueva carrera se guardó mayor silencio aún que en la anterior, reinando en los curiosos doble temor, sin embargo de que eran los más atrevidos y dispuestos á contemplar la amargura de los que debian ser ajusticiados. En esta segunda y extensísima carrera estaban cerrados los balcones y ventanas, no atreviéndose á asomar la cabeza los pocos vecinos de Madrid que no se echaron á la calle, por parecerles sin duda demasiado terrible el cuadro hasta para visto.

De este modo llegaron las víctimas, los actores y los espectadores al sitio de la ejecucion.

Tenía el brasero donde iban á ser quemados aquellos infelices, ochenta y dos piés en cuadro, ocho de alto, y se subia á él por una escalera de fábrica de dos varas y media de ancho. Daban á este lugar de muerte y de fuego tan gran capacidad, para que pudiesen estar cerca de los reos los alguaciles y religiosos.

Coronaban el brasero los soldados de la fe, é interceptaban la escalera, con el fin de que no subieran otros que aquellos actores ó ejecutores del trágico drama; no obstante lo cual, el pueblo se encaramó á los bordes del brasero, y la soldadesca tuvo que transigir, temiendo se promoviera nuevo escándalo en momento tan angustioso y solemne.

Hablando un escritor contemporáneo de estos espectáculos como testigo ocular, dice:

«Era tan grande la diferencia que existia entre los reducidos y los pertinaces, que imitaban los primeros á los escogidos, y los segundos á los réprobos. Efectivamente, los conversos demostraban humildad, resignacion y una conformidad hija de espiritual alegría, mientras que los pertinaces llevaban el rostro contraído, rojo y horrible el color de su piel, turbada la mirada, y de sus ojos brotaban llamas, hasta el punto de creer muchos que estaban poseidos del demonio.»

Ya en poder de los verdugos, fueron agarrotando á los reducidos; luégo prendieron fuego á los haces de leña, echaron las estátuas y huesos, despues los cuerpos de los agarrotados, y vivos y muertos se confundieron entre las espesas nubes de humo que salian del fondo del brasero, oyéndose sólo el rechinar de dientes y los crujidos de la materia inflamada.

En nuestro concepto, los entregados vivos á las llamas morian asfixiados por el humo que despedia la terrible hoguera que tenian á sus piés. Esta opinion la hemos visto además consignada en autores que nos merecen el mayor crédito; siendo evidente que espiraban unos y otros antes de que sus carnes pudieran ser pasto de las llamas.

Tres de los pertinaces, al ir á atarlos, se arrojaron al fuego, demostrando con este hecho un fanatismo loco y repugnante.

La ejecucion, el voraz incendio y todo el acto, en fin, duró desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana siguiente.

Cuando la leña, los cadáveres, las estátuas y los huesos se hubieron convertido en ceniza, se reunieron al pié del brasero todos los soldados de la fe, retirando la cruz blanca á la iglesia de San Miguel, donde fué depositada. Los religiosos, el pueblo y los verdugos se habian marchado poco á poco, hasta quedar desierto el triste y angustioso lugar de la ejecucion.

No hemos querido detallar más esta última parte del auto,

por no atormentar á nuestros lectores con un relato que nada les enseñaría, causándoles por el contrario una angustia que juzgamos conveniente evitarles, corriendo un velo sobre el horripilante cuadro que deseamos no se vuelva á reproducir en nuestra amada patria.

Al día siguiente, y como á las once de la mañana, fueron sacados de las cárceles secretas de la Inquisición los que debían ser azotados y expuestos á la vergüenza pública. Iban uno á uno y entre dos familiares, que llevaban en la mano una vara levantada. Seguían despues el alguacil mayor y el secretario más antiguo de corte. Abrian la marcha cincuenta soldados de la fe, y la cerraban otros tantos. Poco antes de salir los reos se dió un pregon, mandando que el pueblo no embarazase la carrera ni tirase nada á los delinquentes, so pena de excomunion mayor.

Llevaban los sentenciados corozas, en que iban pintadas las insignias de sus delitos; á excepcion de cinco, que les pusieron delante sambenitos.

La concurrencia fué igual á la del día anterior, é iba un pregonero detrás de los soldados de la fe, el cual gritaba en los sitios más públicos, y en los que se detenía la comitiva:

«Esta es la justicia que manda hacer el Santo Oficio de la Inquisición con los hombres y mujeres que veis.

»A la primera se le castiga con vergüenza pública.

»A la segunda con trescientos azotes, por casada cuatro veces.

»Al tercero con doscientos, por revocante en cosa grave.

»Al cuarto con doscientos, por casado dos veces.

»Al quinto con doscientos, y cinco años de galeras, por embustero.

»Al sexto con trescientos, y siete años de galeras, por haber dicho misa y confesado sin órdenes.

»Al séptimo con doscientos, por embustero y supersatioso.»

Y así sucesivamente continuaba pregonando los delitos y

sentencias, hasta llegar al último. Despues de cumplida la justicia, regresaron todos á la Inquisicion.

Al tercer dia, y como á las cinco de la mañana, salieron del Santo Oficio los restantes penados, dirigiéndose entre alguaciles al punto donde cada cual debia sufrir su condena. En este mismo dia se disolvió la soldadesca, creada para sólo el auto general; con lo que finalizó el gran acontecimiento que acabamos de relatar.

La muerte del padre Alberto y la critica situacion de los *invencibles*, produjeron sus naturales consecuencias; proporcionando al intransigente cardenal Valdés un triunfo que debia amargarle el resto de su vida, segun veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO V.

El nuevo príncipe de Italia, el jóven duque del Imperio, el conde de Santomera y sus tres restantes compañeros.—Peligro inminente.—Flaviano, Valdés, el Hipócrates español y Felipe II.

Dejamos á los *invencibles* rodeados de todos sus parientes y amigos, acompañados del rey y compadecidos por la inmensa multitud del pueblo, que se apiñaba en la calle de Atocha y avenidas del palacio.

El estado de Julio de Silva fué agravándose por momentos, hasta el punto de perder la razon. Lo llevaron al lecho, y acto continuo se mandó llamar al primer médico de cámara para que lo asistiese.

Aun cuando no ofrecian tanto cuidado, tambien hubo que poner dos camas para el conde de Arahal, padre de Osorio, y para el marqués de Abella, que lo era de Mendoza; los que no pudieron partir á sus casas, quedándose por esta razon en el alcázar de Silva.

Llegó el entendido facultativo, y despues de haber reconocido á los tres enfermos con la minuciosidad que sus dolencias requerian, dijo, que peligraba la vida del príncipe, y que estaban amenazadas las de los dos ancianos generales.

Tan grave noticia sacó del letargo en que yacian á los cinco *invencibles* sanos, é individuos de sus familias; y á pesar del nuevo susto y dolor, se movieron por fin, andando de una cama á otra, concluyendo por disponer lo conveniente para la mejor asistencia y cuidado de los enfermos; siendo ellos los primeros que velaban á la cabecera de los tres pacientes.

El rey se retiró, despues de recomendar la mayor solicitud, y lo mismo fueron haciendo los amigos, parientes y conocidos de las víctimas, en vista de la órden terminante del médico, prohibiendo se hiciese el más leve ruido.

Solos ya los *invencibles*, esposas é individuos de sus respectivas familias, encargaron á los Zallas que despidieran al pueblo, toda vez que llegaban hasta la alcoba del príncipe los gritos que exhalaban en la calle. Los madrileños escucharon con honda pena la noticia del estado de Silva, é inclinaron la cabeza, retirándose sin desplegar sus labios.

Acto continuo bajaron al zaguan una mesa, papel, tintero, y sentándose un mayordomo al lado de aquella, quedó encargado de apuntar los nombres de las personas que llegasen, y de contestar á las preguntas que le hicieran; pero sin permitir que subieran otros que los habitantes del palacio, á cuyo fin situaron un centinela, de los pertenecientes al cuerpo de guardia, al pié de la escalera principal.

Pálido el príncipe, descompuesto su rostro y perdida la razon, parecia un cadáver que esperaba ser envuelto en el fatal sudario. Su esposa, amigos é individuos de su familia, rodeaban el triste lecho, con los ojos secos por haberse agotado las lágrimas; mientras que latiendo fuertemente sus corazones, eran presa del dolor más cruel, de la amargura más intensa. Al cuadro de muerte y espanto de por la mañana, reemplazó en la siguiente noche el de la afliccion y terribles angustias. El opulento alcázar donde há poco reinaba la dicha y el placer, encerrando lo más grande, noble y querido del reino, depositaba ahora lo más triste y

pesaroso que tenía Madrid. ¡Infelices! Cuando apenas acababan de libar la dicha, fueron heridos por el dolor más punzante y agudo; al ligero soplo de la felicidad humana siguió el huracan de la pena y sinsabores. ¡Las alas de Cupido desaparecieron ante el rayo asolador de Júpiter!

El príncipe de Italia volvió al conocimiento, pero no hablaba; dirigía la vista en torno, exhalaba un amargo suspiro, cruzaba las manos y solía tartamudear á menudo:

—Padre, señor, ¿por qué me dejas abandonado en este valle de amargura?

Su esposa le cogía las manos, y oprimiéndoselas fuertemente, le decía:

—Julio, me va á matar el dolor; si continuas de ese modo, espiraré antes que tú.

Silva se fijaba entónces en ella con angustia, pero nada la contestaba.

Luégo miraba al cielo, exclamando á media voz:

—¡La muerte! ¡Oh! ¡quién pudiera abandonar esta tierra donde tanto fructifica el mal, é ir al paraíso en que moran los justos! ¡Allí están Alberto y María!... ¡Padre, madre mía, llevadme, llevadme con vosotros!

Entrada la noche se encendió su rostro, quedando presa de una fiebre que concluyó de asustar al facultativo. Éste comenzó á aplicarle remedios activos, tan eficaces como los consejos que le daba; pero es lo cierto, que sólo él conocía el estado del enfermo, siendo el único que creía probable su salvacion.

Trascurrieron siete dias sin mejorar Silva, y habiendo encontrado alivio progresivo el conde de Arahall y marqués de Abella. No ofreciendo ya cuidado las dolencias de éstos, rodearon los cinco *invencibles* á su amigo Julio, prodigándole cuantas atenciones, desvelos é interés podia necesitar la salvacion de aquél, si bien se estrellaban todas al parecer ante el grave é invariable estado del paciente.

El palacio seguía incomunicado para todos, con las dos

excepciones del médico, que entraba y salía continuamente, y del secretario del rey, que se acercaba tres veces al día, de orden de su señor, al lecho del príncipe de Italia.

Llegó el instante de la ejecucion del auto, y sólo los *invencibles* y los parientes de que estaban rodeados, ignoraban la celebracion de aquél. Ninguno de los criados ó dependientes que entraban y salian, se atrevieron á decirles nada; concretándose á comentar el hecho entre ellos, con el sigilo y precauciones convenientes, para que la noticia no penetrase en los salones y alcobas del alcázar.

A las seis de la mañana del día que acabamos de citar, fué de parte del monarca su segundo médico de cámara, acompañado de los dos facultativos que tenian más reputacion en la coronada villa, con orden de verificar un detenido reconocimiento y exacto estudio de la enfermedad del príncipe; encerrándose despues en junta, para discutir y adoptar el medio más conducente á la salvacion de la víctima. Con este acto se proponia Felipe, además de lo expuesto, entretener á los *invencibles* para que no salieran á la calle en aquel día.

El inquisidor Valdés le dijo al rey, segun dejamos expuesto, lo que en realidad era; esto es, que el austero señor temia la influencia y poder de los seis caudillos, que tantas glorias acababan de legar á su país. Por esta razon, y á pesar de comprender Felipe el angustioso estado é inutilidad de los guerreros, todavía procuró, valiéndose de un medio hábil y discreto, entretenerlos mientras tenia efecto el terrible auto.

Llegaron, pues, los tres facultativos, y rodeándose de los cinco *invencibles* sanos, comenzaron á reconocer al príncipe, invirtiendo algunas horas en esta operacion, durante la cual se proponian principalmente ganar tiempo y complacer á su señor. Luégo se reunieron en junta, llevando en pos á los cinco jóvenes, los que, lejos de oponer resistencia, aceptaron con gusto la idea de presenciar un debate relativo á la en-

fermedad de un sér que amaban entrañablemente, favoreciendo de este modo la idea oculta de los médicos. Estos principiaron por ocuparse con fingida solicitud de la postracion de Julio, opinando los tres, que el enfermo padecia una pasion de ánimo, hija de la amarga y violenta impresion que recibió al ver espirar á su noble padre. Despues promovieron un acalorado debate sobre los medios que debian emplearse para combatir tan grave dolencia, con lo que se proponian entretener á los *invencibles*, obligándoles á que pasasen encerrados con ellos el resto del dia. Allí comieron, y hubieran conseguido su objeto, si una casualidad no viniera á arrancarles de su lado al hábil y astuto Flaviano.

El nuevo duque del Imperio, que amaba á Julio más aún que á su padre y esposa, veia acercarse á los bordes del sepulcro á su querido amigo y compañero, y andaba desesperado al contemplar que ni él ni la ciencia hallaban un remedio capaz de salvar al príncipe.

—Mi vida — exclamaba para sí continuamente — daria yo por quitar á Julio esa terrible enfermedad; mas desconozco el arte de curar, y en tan horrible trance no puedo hacer otra cosa que sufrir tanto como él, llorar y entregarme al dolor más acerbo.

Por fin, el valeroso y entendido jóven comprendió, oyendo el debate de los médicos, que la dolencia del príncipe no desapareceria con medicamentos materiales; y dejando de escuchar las palabras de aquellos, se dijo:

—Esto ya es otra cosa; si Julio padece una afeccion moral, sólo puede arrancársela el talento de un hombre que le ame tanto como yo. Ignoro si bastará la inteligencia que el cielo me otorgó; pero sé que me sobra cariño, y voy á intentarlo.

El jóven se ensimismó, trazó su plan, y buscando un pretexto tan hábil como todo lo que maduraba su privilegiada imaginacion, salió de la junta sin que ninguno pudiera comprender la verdadera causa que lo alejaba de allí. Sin

detenerse llegó á la alcoba del paciente, se sentó á la cabecera del lecho, principiando por tender una mirada cariñosa sobre su esposa, la princesa de Italia, Aurea Navarro, Elisa de Utiel y la griega Syra; las que rodeaban la cama, retratándose en sus angustiados semblantes la pena y el sentimiento más profundo.

Seguidamente se fijó el duque en el rostro del príncipe; despues le cogió una mano, y oprimiéndosela fuertemente, le preguntó:

—Julio, hermano mio, ¿te sientes mejor? ¿notas algun alivio?

El enfermo movió la cabeza con disgusto, pero nada contestó:

Aquél le dijo:

—En este momento se ocupan de tu dolencia tres de los primeros facultativos de España; pon de tu parte lo que puedas, y cuenta, hermano mio, que tu muerte ocasionaria la de Elvira y la de todos nosotros.

El príncipe exhaló un suspiro débil y como escapado del corazon, y volvió á mover la cabeza, continuando sin desplegar los labios.

El duque le estrechó la mano nuevamente, añadiendo:

—Julio, los desgraciados de Madrid no tienen padre; la Inquisicion funciona; los enemigos de tu patria, al contemplar inútiles las seis espadas vencedoras en Malta, se aprestan á la lucha; cunde la traicion; medra la villanía, y tú, el noble caudillo castellano, permaneces postrado en el lecho, mientras que tus cinco hermanos se ven obligados á cumplir el juramento que hicieron de seguir tu misma suerte.

El sagaz Osorio marcó mucho sus palabras. El enfermo abrió los ojos, le miró con asombro, y haciendo un esfuerzo sobre sí, tartamudeó:

—Evítalo tú... Que te ayuden mis hermanos; yo no necesito de vosotros.

Y calló, uniendo otra vez los párpados. Flaviano dejó

asomar á sus labios una sonrisa llena de esperanza. Acto continuo prosiguió:

—El pueblo suspira por el héroe Silva, le llama, le alarga sus débiles brazos, y concluye maldiciendo su suerte. El país grita: «¡Ay de la patria si los *invencibles* continúan en la inaccion! ¡ay de nosotros si ellos nos abandonan! ¡ay de España sin Alberto y sin Julio de Silva!» Oir estas voces y permanecer tranquilo, es el más cruel de los tormentos. ¡Morir cuando tantos millones de seres fijan en nosotros su ansiosa mirada, y nos ruegan les conservemos una paz, ventura y grandeza que ven amenazadas por la infamia, el dolo y la traicion, es terrible, muy terrible! ¡Ay, Julio! contigo moriremos los cinco, y con los seis se hundirá la patria.

Las damas alzaron la frente, y el enfermo trató vanamente de incorporarse; mas haciendo nuevo esfuerzo, exclamó con voz ménos fatigosa:

—Corred, hermanos; corred; vuestras esposas y la mia cuidarán de mí. Yo no puedo, ¡ay! ¡Ya ves que me es imposible!

Osorio, cada vez con más intencion, añadió:

—Moriremos contigo, ó nos salvaremos contigo. Eso hemos jurado, y ante tan sagrada promesa inclinaremos las frentes, por más que partan nuestros corazones las voces de la patria, los suspiros de nuestros conciudadanos.

—Flaviano, hermano mio, no ofendas á Dios; no abandones á ese mísero pueblo que te tiende los brazos.

El príncipe consiguió incorporarse un poco, demostrando en estos instantes una ansiedad y ánimo de que careció durante su enfermedad. Las cinco hermosas damas que rodeaban el lecho se habian levantado, y miraban ahora con asombro al paciente y al duque; la bella Elvira cogió una mano de Osorio y se la oprimia fuertemente, intentando decirle de este modo, que continuase su diálogo. Aquél la obedeció, prosiguiendo:

— Es á tí, príncipe de Italia, al que llama; eres tú el que ofendes á la Providencia, negándote á prolongar tu vida unos cuantos años más sobre este valle de lágrimas. «Hijo — exclamó Alberto de Silva, aquel sublime modelo de caridad y de abnegacion — hijo, usa mi título de príncipe, imita mis acciones, y si te es posible, supera á tu padre, que en el cielo hay recompensas para todas las virtudes.» Esto dijo el santo, espiró, y quedamos nosotros, pobres y débiles mortales, que no valemos los seis lo que un solo cabello del inimitable autor de tus días.

El enfermo se sentó sobre el lecho, y mirando con asombro á Flaviano, le dijo:

— Me faltan las fuerzas, pero me sobra ánimo... ¡Ay! ¡Dios mio, Dios mio, cuánto me resta aún que sufrir!

— Calla, príncipe; tus frases demuestran un egoismo que no debe haber en tí, que no quiero creer existe en el heredero de Silva.

— Caldo, Elvira, una taza de caldo al instante — exclamó Julio.

— Lo han prohibido los médicos.

— Caldo, Adela — dijo Flaviano á su esposa — venga al instante.

— Sí — añadió Silva. — Dios quiere que viva; y si es así, acataré su soberana voluntad.

El enfermo no pudo sostenerse por más tiempo sentado; pero al caer sobre la almohada interpuso Flaviano su brazo izquierdo, y dejó en él recostado al doliente; despues limpió el sudor que bañaba su rostro, y estrechándolo contra su pecho, le dijo:

— Descansa sobre mí, que te amo tanto como tú al sublime trinitario; y decide, hermano, si continuamos en este mundo, ó nos hemos de ir al sitio que Dios destina á los egoistas y pobres de espíritu.

— Me resigno á lo que la Providencia disponga.

En este instante llegó Adela con la taza de caldo; su esposo

la cogió, é hizo que el enfermo bebiese el sustancioso liquido poco á poco; lo que efectuó con ménos trabajo del que todos creían.

—Dejadme ahora—exclamó el príncipe—y procurad que nadie interrumpa mi sueño si consigo dormirme.

Flaviano sacó el brazo, tapó al enfermo, y unido á las cinco damas, se retiró á un lado, desde el cual observó al paciente.

Diez minutos despues, era aquél presa de tranquilo sueño. Entónces salieron los seis de la alcoba, y ya en medio del salon contiguo, se rodeó Flaviano de las cinco sobrecogidas damas, diciéndolas:

—Hijas, voy á salvar al príncipe. ¿Teneis confianza en mí?

—Sí, sí—le contestaron todas.

Elvira añadió:

—Flaviano, estás haciendo un milagro; ¡no te detengas, por el amor de Dios!

—Calla, hermana—le replicó Osorio—le amo tanto como tú; daria mi vida por la suya, y estoy seguro de salvarlo, si vosotras me ayudais.

Las cinco contestaron á la vez:

—Te obedeceremos sumisas. Manda, dispon; tu voluntad se llevará á cabo.

—Bien, hijas, muy bien. Voy á salir, y es preciso que todos ignoren mi ausencia. Mientras esté fuera, dais á Julio una taza de caldo cada tres horas; suprimís los medicamentos, y, dispongan los médicos lo que quieran, que no tome otra cosa. Para evitar contratiempos, os encerrais vosotras cuatro en la alcoba; y tú, Elvira, como esposa del príncipe y dueña del palacio, te quedas á la puerta de este salon, prohibiendo á todos la entrada. Disculpas el hecho, diciendo que el enfermo se halla descansando; y en último caso, haces uso de toda tu autoridad en esta morada. Esperadme tranquilas, que corro en busca de nuevas armas para

combatir la pasión de ánimo, única enfermedad que aflige á nuestro hermano.

—¿Volverás pronto?—le preguntaron ellas.

—Lo antes que pueda.

—No tardes.

—¿Me obedecereis?

—Ciegamente.

—Hijas, hasta luego.

—Dios, Nuestro Señor, te acompañe y proteja.

El hidalgo y generoso Flaviano corrió á su estancia, y se hizo engalanar como para ir á la corte; luego se embozó en una capa de grana, cubrió su cabeza con gorra de terciopelo negro, en la cual lucía una preciosa pluma encarnada, sujeta por una presilla de oro y brillantes, y volviéndose á sus criados les dijo:

—Sin lengua quedareis esta noche, si alguno sabe que salgo de palacio.

Y partió por una puerta excusada, cubierto hasta los ojos con la grana de su manto.

Eran las cuatro de la tarde, hora en que se leían en la plaza del Arrabal las sentencias de los reos conducidos al auto. Reinaba un gran silencio dentro y fuera del imponente teatro ó plaza artificial, percibiéndose únicamente á intervalos y á muy corta distancia, los ecos de la siniestra voz del relator que leía las causas. Flaviano iba desde la calle de Atocha, donde vivía, al real alcázar, y tenía necesariamente que pasar por el sitio en que se celebraba el auto.

Cubierto, según hemos dicho, ensimismado y pesaroso, continuaba su marcha el valeroso jóven, sin notar el cuadro que tenía á cuarenta varas. De este modo llegó á la apiñada masa sin ver ni oír, y hasta tal punto distraído, que hubo de tropezar con la gente que se agrupaba en torno del teatro.

—¡Atrás!—le gritó la multitud.

—¡Paso!—exclamó el guerrero, dejando caer su embozo.

—¡El general Flaviano! ¡El invencible! ¡Paso, paso!

Repitió el pueblo, y uniéndose más y más, le abrieron una estrecha calle, por donde podia llegar al paralelógramo. El sorprendido Osorio miró en torno, luego de frente, preguntando:

—¿Qué es esto, señores? ¿Qué motiva tal reunion? ¿Qué acontece?

—El auto, señor; el auto que se celebra hoy—le contestaron.

—¡Un auto de fe!

Dijo el jóven duque oprimiendo los puños, contraído el semblante, y demostrando una ira y enojo que sobrecogieron á los que le veían.

—¡Un auto—repitió—á los ocho dias de haber muerto el principe de Italia!

La multitud miraba á Flaviano con temor y asombro. Se habian descubierto al reconocerle; y en este instante, comprendiendo todos lo que expresaban las últimas palabras de aquél, se hallaban aterrorizados.

Debió llegar una nueva idea á la mente de Osorio, pues se serenó de pronto; y asomando á sus labios una sonrisa entre amarga y placentera, dijo á los que le abrieron calle:

—Gracias, señores; seguid viendo el auto, ya que son tan de vuestro agrado esos espectáculos.

Y continuó caminando hasta llegar á la escalerilla, por la cual subió al tablado, y luego á la extensa grada del teatro. Al pisar el segundo escalon fué detenido por los soldados de la fe; mas descubierto á uno de ellos, le acompañó éste hasta dejarlo sentado entre dos familiares del Santo Oficio.

Confundido con la muchedumbre que ocupaba la grada, pudo el sagaz poeta pasar desapercibido para la mayor parte de los que asistían á la funcion. Su rostro estaba ya sereno, su mirada era tranquila, demostrando únicamente la curiosidad que expresaban los demás. Primero se fijó en Felipe y en los que le rodeaban; despues en el inquisidor general é individuos que componian su séquito, y últimamente en

los reos; pero bien pronto apartó la vista con horror de aquel lugar donde sólo distinguia caras afligidas, que revelaban pena y dolor; corozas, sambenitos, llamas, dragones é insignias de muerte, degradacion y castigo; y volvió á fijarse en el austero monarca, el cual estaba en aquellos momentos como absorto por una idea muy diferente de la que le tenia en aquel sitio. El jóven se decia para sí:

— El cuadro que tengo delante aflige mi alma, oprime mi corazon y me violenta en sumo grado; mas su descripcion me ayudará grandemente á combatir la pasion de ánimo que consume y aniquila á mi hermano Julio; sin perjuicio de que un dia no lejano, le recuerde al buen Valdés el rato que me está proporcionando en estos instantes.

Y juzgando el valeroso caudillo que podria sacar mucho partido del acto que presenciaba, siguió observando cuanto acontecia en el paralelógramo, sin demostrar otra cosa que curiosidad.

Era el único embozado que existia en tan magna reunion; mas apenas repararon veinte hombres en él, y oyendo éstos su nombre nada dijeron, creyendo que al valeroso caudillo se le podia dispensar el manto de grana, por lo mucho que valia el que lo llevaba, y por lo temerario de hacer objeciones al que ceñia una espada invencible. Esto, unido al interés creciente del auto, hizo que los más no reparasen en él, y los ménos no se cuidasen de que hubiera uno con capa entre los muchos que se apiñaban en la extensa grada de la terrible plaza.

Media hora más tarde entregó la justicia eclesiástica á la seglar los sentenciados á muerte; y comprendiendo Flaviano que aquellos caminaban en direccion del brasero, se echó fuera del teatro, y confundiéndose con los de la comitiva que seguian á los reos, caminó en pos hasta llegar al sitio de la ejecucion.

Sin bajar su embozo, atento á cuanto pasaba en el círculo de fuego que tenia delante, vió agarrotar á los reconciliados,

y caer luégo sobre las llamas los cadáveres de éstos, las estatuas, huesos, y á los vivos sentenciados á morir quemados.

No obstante el indomable valor del jóven caudillo, apartó la vista horrorizado, exclamando:

— ¡Basta de presenciar iniquidades! Por primera vez de mi vida siento terror, inquietud y un mal estar que me abruma.

Luégo miró á la apiñada masa que contemplaba la hoguera, y añadió:

— Pueblo infeliz, ¡hasta cuándo te adormecerá la ignorancia, te empujará el fanatismo y te arrollará la pasión! ¡Imposible parece que aplaudan y admiren á los *invencibles*, los que miran con esa sangre fría, con ese estoicismo, el garrote, la hoguera y el verdugo!

Y volviendo la espalda á la trágica escena, entró en Madrid, seguido de muchos curiosos que abandonaban como él la horripilante vista del tremendo brasero.

Eran las diez de la noche; el auto habia terminado, y á excepcion de los que permanecian en torno del *quemadero*, los demás se habian ido retirando á sus casas, quedando las calles de Madrid tristes, desiertas y oscuras. Flaviano caminaba en direccion del real alcázar, despacio, para no tropezar en los estorbos que á cada paso le presentaba el desigual terreno por donde andaba, y tan ensimismado, que en nada se parecia en esta ocasion al audaz guerrero y festivo poeta de antes. Cruzó por delante de la Inquisicion, sin reparar en ella; mas habiendo atravesado algunas otras calles, se detuvo cerca de un gran edificio, cuyo anchuroso zaguan se hallaba profusamente alumbrado.

— ¡Ahí vive Valdés! — exclamó. — ¡En ese palacio mora el octogenario cardenal, cuyo caduco acento ha elevado el teatro de la plaza del Arrabal, y encendido esa funesta hoguera que consume á tanta víctima! Su fanatismo es ya un delirio que inspira compasion, pero que cuesta muchas vidas

y un rio de lágrimas. ¡Cuántos hombres se mueren á los sesenta, setenta y ochenta años, mientras que la existencia de éste parece prolongarse tanto ó más que la de Matusalen! Mal rato me ha dado esta tarde; mas si yo puedo, se lo he de devolver antes de poco. Paciencia por hoy; mañana será otra cosa.

En este instante se presentaron á la puerta del extenso edificio dos pajes con hachas de viento, y detrás, muy embozado y con su inseparable muleta, el caduco señor, que parecia haber escuchado la invocacion de Flaviano, y á su voz abandonaba las dulzuras del hogar para contestarle.

Amo y sirvientes tomaron la direccion contraria á la que llevaba Osorio, por cuya razon se hallaron frente á frente un segundo despues.

— ¡Paso, al excelentísimo señor cardenal Valdés! — gritaron los pajes, viendo que un embozado les interrumpia la marcha.

— ¡Paso, al general Flaviano de Osorio! — exclamó este, atravesando con altanería por medio de los sirvientes del inquisidor general, quedando parado junto á él. El anciano se estremeció al escuchar la voz del *invencible*, se echó atrás, le hizo una reverencia, y con fingida amabilidad le dijo:

— Buenas noches, Flaviano. No esperaba tener el gusto de veros á estas horas y á la puerta de mi palacio. ¿Por qué no habeis subido si deseabais verme?

— No abrigaba semejante pretension — le contestó el joven — pero ya que la casualidad me proporciona el placer de encontraros, me permitireis que os dé las gracias por el buen rato que acabais de proporcionarme.

— No os comprendo, hijo amado.

— Vengo, mi querido padre, del brasero, donde se achicharran en este momento las carnes de muchos impios.

— Sí, allí queman ahora á los herejes, que el brazo seglar castiga con la hoguera.

—No, mi respetable señor; son reos que la Inquisicion ha condenado á morir entre llamas.

—Mucho amarga á mi existencia la sola idea de tales ejecuciones; pero ¡ay! son tan malos los hombres, que se hizo indispensable el castigo de sus crímenes, del modo que concluís de ver. Yo os hacia en el palacio de Silva, velando por la preciosa vida de vuestro amigo y compañero, el príncipe de Italia. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor cardenal. Mis restantes compañeros y los médicos de S. M. lo asisten, en tanto que yo tomo datos para que, al entrar en lo porvenir, nos sea fácil amenguar los males que sufren esas pobres gentes, que con tanta justicia os han aplaudido hoy.

—No os comprendo, general Flaviano. ¿Suponeis, por ventura, que el Santo Oficio ha podido equivocarse?

—Señor inquisidor, no soy aficionado á suposiciones; aguardad un poco, y acaso me será fácil manifestaros explícitamente la opinion que me pedís ahora.

—Hablad, hijo, hablad; ¿qué os detiene? Ya sabeis cuánto os aprecio y distingo.

—Gracias, padre mio; pero aún no es tiempo.

—¿Cuándo lo será?

—A los ocho dias de haber muerto el príncipe de Italia, consumasteis el sacrificio; pues bien, tomaremos otros tantos, su hijo, mis compañeros y yo, para llevar á cabo nuestra idea.

—Dicen que sois valiente como pocos, y atrevido sin igual. Veamos si es ó no cierto; si exageran ó hablan con fundamento: ¿qué vais á hacer al trascurrir ese plazo?

—Ya que creéis en mi fama, fuerza será sostenerla; si bien la prueba de osado y franco que me pedís, no me proporciona sacrificio alguno. Antes ó al terminar esos ocho dias, pretendo ó pretendemos conseguiros una tranquilidad que os roba vuestro elevado y santo ministerio.

—¿De qué modo?

- Eso ya es pedir más de lo razonable.
- ¿Y la franqueza y osadía que pregona vuestra fama?
- ¿Os parece poco lo que os acabo de decir?
- Casi nada.
- Entonces, escuchad: dice el vulgo, señor inquisidor general, que no os prueban las heladas brisas del Guadarrama.
- ¡Quién fia en dichos de la plebe! Los vientos de Madrid me rejuvenecen y ensanchan el espíritu.
- ¿Con que os sienta bien el frío?
- Perfectamente.
- Me alegro: influiré para que un médico de elevada alcurnia os recete las finas auras de los Alpes.
- Está muy lejos, voy entrando en años, y ya comprendereis que sería una temeridad exponerse á las consecuencias de viaje tan largo.
- ¿No vinisteis hace poco de Roma?
- Sí, pero no pienso volver á salir de la corte.
- No lo dudo; mas pensar es una cosa, y obedecer es otra.
- ¡Ay del médico que dictara tal precepto!
- Con la pluma de aquel á quien yo me refiero, y seis espadas que ya conoceis, se trasladan hombres, se arrollan ejércitos, y no hay valla en el mundo que anule ó modifique tal receta.
- Existe un puente que sólo es dado atravesar al cardenal Valdés, y éste se halla al extremo opuesto de donde vos estais.
- Sed vos tambien atrevido.
- Lo seré.
- ¿Cómo se llama ese puente?
- La Inquisicion.
- Murió el padre Alberto, señor cardenal.
- Por esa misma razon, señor *invencible*.
- Los militares, venerable anciano, rechazamos la fuerza

con la fuerza; es costumbre innata en nosotros; y cuando no hay quien nos lo impida, como ahora acontece...

—¡Os atreveriais!...

—¡A un hombre en quien reconocéis temeridad y suprema osadía, haceis esa pregunta!

—Si doy una voz, acudirán cien soldados de la fe; y ya habeis visto esta noche lo que acontece en el brasero.

—Si doy yo otra, vendrán en mi ayuda el ejército y pueblo de Madrid.

—Que acatarán mi orden.

—Que obedecerán ciegamente al ídolo que les da gloria, prez y nombre.

—No soy aficionado á escándalos, pues de lo contrario... Pero vos no os atreveriais...

—A todo, señor, á todo: ¡si ha muerto ya el padre Alberto!

—¿Me odiais?

—No; os compadezco.

—¡Terrible insulto!

—¡Algo valdrá el que os lo hace, cuando se lo tolera el que tanto puede!

—Por esta noche.

—Mañana será otro día. ¿Aceptais el reto?

—En breve os contestarán los acontecimientos.

—¿Hacia dónde caminais, señor cardenal?

—Voy á la Inquisicion. ¿Y vos?

—Al real alcázar.

—Marchamos en contrarias direcciones.

—Sí; pero al final nos hallaremos frente á frente, como ahora.

—¡Ay de los hombres que, como vos, carecen de fe!

—Os han engañado, mi octogenario señor; es tan grande mi fe, que os veo ya caminar en busca de los nevados Alpes.

—¿Y si os equivocais?

— Moriré en mi puesto, luchando con mis enemigos, hasta exhalar el último aliento.

— Pudiera acontecer otra cosa.

— Intentadlo.

— Voy á la Inquisicion.

— Y yo á palacio.

— Hasta mañana.

— Hasta pasados ocho dias.

— Pienso veros antes.

— Peor para vos.

— Ello dirá.

— Pues ello dirá.

— ¡Adelante, pajes! — dijo el inquisidor á los de las ha-
chas, los cuales se hallaban á una respetable distancia; y
amo y sirvientes continuaron hácia la calle de la Inquisi-
cion, hoy de Isabel la Católica, en la forma que salieron del
palacio del cardenal. Éste iba temblando de ira y tan fuera
de sí, que cuanto malo se le ocurría contra los *invencibles*,
todo le parecia poco. El diálogo que sostuvo con Osorio, le
hizo más daño que el tormento dispuesto por él para los que
se negaban á declarar en los calabozos del Santo Oficio.

Flaviano se echó el embozo, lanzó una mirada siniestra
al inquisidor, y viéndolo partir, exclamó:

— Te arrojé el guante, y por Dios que no lo he de recoger.
O tú cerca de los Alpes, ó yo en el cementerio.

Luégo sonrió del mismo modo que cuando se disponía á
vencer á sus enemigos, encaminándose al real alcázar, al
cual llegó diez minutos más tarde.

El audaz guerrero halló al célebre Valdés en los momen-
tos en que tenía su alma despedazada por el recuerdo del
terrible cuadro que acababa de presenciar, y ésta fué la
causa de no estar en la anterior escena tan astuto y sagaz
como en otras ocasiones. La hiel que probó en la plaza del
Arrabal y al pié del brasero quedó entre sus labios, y no
pudiendo contenerse, la arrojó al rostro del anciano inqui-

sidor. Éste, herido en lo más hondo de su corazón, no pensaba perdonar tal desacato ni esperar mucho tiempo para la realización del pensamiento que concibió al separarse de Osorio, si bien comprendían ambos lo que cada cual meditaba en la lucha á que iban á dar principio.

El nuevo y valeroso duque del Imperio, se paró frente á la puerta principal de palacio, y después de meditar algunos instantes, exclamó, mirando en torno:

—La serpiente que hallé en mi camino esta noche ha de pretender mordirme, á cuyo fin dispondrá lo conveniente para que al salir del alcázar me cierren el paso; y en verdad que ni me es posible hablar ahora con mis amigos, por la distancia y hora, ni veo una persona con quien pudiera avisarlos. ¡Maldito encuentro! No importa; llevo cotá interior, espada, y como no pasen de veinte...

Y el joven se quitó el embozo, arregló su gorra y banda de general, y con su peculiar gallardía entró en palacio, subiendo la ancha escalera que conducía á la régia morada.

Además de la gerarquía militar á que habia ascendido el arrogante general, era grande de España y gentil-hombre del rey; por cuya razon se dirigió, sin impedimento, á la antecámara de S. M., desde la cual pensaba anunciarse y ser recibido por el monarca; más á los pocos pasos que dió en el ancho pasillo que conducía á la saleta, fué detenido por un hombre, que le preguntó:

—¿Cómo abandonais á nuestro amado enfermo?

El que acababa de hablar tenía una voz dulce, simpática, y en su ancha y hermosa frente se retrataba el saber en su grado más elevado. Era Francisco Vallés, primer médico de cámara del rey, el de cabecera de Julio, y el facultativo más célebre de su época. Hoy se le llama por algunos el Hipócrates español, y por otros el divino Vallés; y fué indudablemente uno de los sabios que consiguieron elevar la ciencia médica, en épocas en que se ignoraba más que hoy. El Galeno unia á su gran talento una honradez y conciencia

extremadas; lo distinguia el austero Felipe, le consideraba la corte y lo admiraba el mundo.

Flaviano le contestó:

— Visto, mi sabio amigo, que vos no quisisteis hoy favorecerlo con vuestra visita, vengo en busca de un medicamento que le sanará, Dios mediante.

— El príncipe de Italia no necesitaba de mis cuidados, por cuya razon accedí al deseo que demostró S. M., de que no saliera del alcázar; no obstante lo cual, me dirijo en este momento á vuestro palacio. Contad con que fui amigo de Alberto de Silva, y quiero y admiro á su elevado hijo.

— No es posible dudar de la sabiduría de Vallés ni de la ingenuidad de sus palabras; mas estoy quejoso de vos.

— Ignoro la causa, señor duque. Sepámos lo que es, y os daré cumplida satisfaccion; que eso y más mereceis de mí.

— Permitidme que os haga ántes una pregunta: ¿teneis conocimiento de la junta que por orden del soberano se ha efectuado cerca del príncipe?

— Sí; me dijo ayer S. M. que hoy mandaria tres facultativos, con el objeto de escuchar opiniones diversas sobre la enfermedad de su ilustre primo.

— Pues bien, señor de Vallés; esa reunion diagnosticó por unanimidad, que Julio de Silva padece una pasion de ánimo, hija de la terrible impresion que recibió al espirar su padre.

— No es posible, señor duque; tal juicio es indigno de hombres científicos.

Flaviano miró con asombro á Vallés, pues sabía que éste no podia engañarle, y que tenía más talento y conocimiento del arte de curar que los tres á quienes se referia.

— ¡Extraña opinion! —añadió— y de ser exacta, no puedo haceros cargo alguno.

— No importa. Decidme vuestra queja.

— Profano á vuestra ciencia, y vos tan reservado como

sabio, nada os pregunté sobre la enfermedad que sufre Julio; le veía morir, padecía más que él y respetaba vuestro silencio, creyendo que era hijo de la poca esperanza que teniais de salvarlo. En tal estado, se reunieron vuestros compañeros y diagnosticaron, delante de mí, lo que os he dicho antes. Entónces comprendí que sólo yo podía sanarlo, toda vez que la causa era moral; y sin comunicar á nadie la idea, salí de la junta, me encerré con el enfermo, y conociéndolo mejor que vos y cuantos le rodean, le hablé y conseguí que me contestara, sacándolo por último de ese terrible letargo en que yace por espacio de ocho dias, y el que suponíamos, sin razon, auguraba su muerte. Mis palabras conmovieron su espíritu; dieron color á su semblante; animaron sus ojos, y con embriagadora dicha contemplé que la tumba se abría, y el héroe, despojándose del blanco sudario, reaparecía en el mundo con la vida que quiso acabar al morir el príncipe su padre. En la creencia de que era una pasion de ánimo lo que Silva padecía, y en vuestra reserva, sabiendo vos que yo podía ayudaros á sanarlo, fundaba mi queja.

El sabio inclinó la frente, meditando algunos instantes; luégo preguntó á Flaviano:

—¿A qué hora se reunieron los facultativos?

—Muy poco despues de salir el sol.

—¿Cuándo terminaron?

—Lo ignoro; yo salí á las cuatro de la tarde, y aún quedaban allí.

—Comprendiendo vos que el paciente sufría una pasion de ánimo, ¿qué determinasteis?

—Lo que ya os he dicho; despues le administré una taza de caldo, que me pidió, disponiendo le diesen otras con prudentes intervalos. Luégo se quedó dormido tranquilamente, cerraron la puerta de su alcoba, y entónces dispuse no dejasen entrar á nadie; absolutamente á nadie, ni aún á mis cuatro amigos.

Vallés volvió á meditar; su frente se plegó, y haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo:

— Muerto el príncipe de Italia, todo el amor que tenía á tan noble y generoso varon, recae en su hijo y heredero. Por nada faltaria á mi deber, mucho ménos tratándose de un Silva. Oid vos, su mejor amigo: esa junta no ha reconocido al enfermo; ha diagnosticado lo primero que se le ha ocurrido, y no me queda duda alguna de que há ido allí con otra idea muy diferente de la que todos hemos creído.

— ¡Maldicion! — exclamó Osorio desesperado. — ¡Segun eso, no podré yo salvar á Julio!

— La curacion del enfermo la haremos entre vos y yo; opino que sanará, y nada debeis temer por él; mas esto es diferente del objeto que ha reunido en vuestro palacio á esos tres médicos.

— Gracias, sabio amigo — añadió Flaviano, cogiendo la diestra del nuevo Hipócrates y estrechándosela con efusion: — Me devolveis más que la vida, la dicha, la felicidad. ¡Oh! permitidme que deje correr estas dos lágrimas que se agolparon á mis ojos.

— ¡Alma noble y generosa — exclamó Vallés, oprimiendo la mano de Osorio — no negais la sangre del conde de Arahal, la educacion que os dió Alberto de Silva ni los consejos del nuevo príncipe de Italia! ¡Bien hizo el que os cedió el ducado del Imperio, tan gloriosamente conquistado en los campos de batalla!

— Os agradezco tan lisonjeras frases — dijo Flaviano, teniendo ya enjutos los ojos — mas hablemos de esa junta. ¿Sabeis vos la causa que motiva la reunion de los facultativos?

— Creo adivinarla.

— ¿Me la quereis decir?

— Con mucho gusto: es la misma que me ha retenido hoy en este alcázar.

—Explicaos.

—Dicen, que se celebraba un auto de fe; y acaso S. M. haya creído que ni vosotros ni yo debíamos presenciario, ni aún hablar de ese terrible acto durante su ejecucion.

—Teneis razon, sabio amigo mio; nuestras espadas, influencia, y vuestra opinion, respetada por todos, se juzgaron peligrosas hoy, y fueron arrestadas de un modo hábil. Entónces estoy aqui demás, y os acompaño á nuestro palacio.

—No. Os he dicho que entre los dos podiamos salvar al príncipe; y en verdad que creo vuestra ayuda indispensable, ahora que comienzo á dominar la enfermedad física que padece aquél. Os enteraré en cuatro palabras de lo que he hecho, para que podais comprender lo que resta y la parte que dejó á vuestro innegable talento: el príncipe de Italia, hombre robusto, de constitucion fuerte y de una potencia moral inapreciable, no puede ser dominado por una pasion de ánimo; esa enfermedad sólo la sienten algunas mujeres ú hombres de temperamento nervioso, débiles, raquíticos y pusilánimes. Cuando acabado de morir el padre, me llamasteis para que viera al hijo, se hallaba éste con los primeros síntomas de una completa enajenacion mental.

—¡Loco! —exclamó Osorio estremeciéndose.

—En eso hubiera concluido; en una demencia, hija de las terribles impresiones que acababa de sufrir y del gran talento que Dios se dignó depositar en su cabeza.

—¿Cómo pudisteis, sabio incomparable, combatir la enfermedad que descomponia el cerebro más perfecto?

—Fácilmente; con la intoxicacion del eléboro negro.

—¡Un envenenamiento! —exclamó horrorizado Osorio.

—Sí—le contestó el nuevo Hipócrates con la mayor tranquilidad—una intoxicacion que le produjo la enfermedad que sufre, y que, gracias á Dios, tengo ya dominada.

—¿Le habrán podido perjudicar los caldos?

—No; en esta ocasion acertasteis por casualidad.

—¿Y decis que puedo ayudaros?

— Ciertamente.

— No comprendo.

— El príncipe, amigo mío, estará bueno antes de ocho días; mas queda muy predispuesto á recaer, y entónces no respondo de su cura.

— ¿Qué he de hacer yo?

— Valiéndoo de los medios que empleasteis esta tarde, es indispensable sacarlo de Madrid; llevarlo lejos, muy lejos; á ser posible, que vaya á América; que cruce dilatados mares; que emprenda guerras sangrientas, y por último, que se abstraiga completamente de esa terrible idea que puede otra vez descomponer su cerebro. Ved al rey, rogadle que os ayude á realizar la idea, y contad conmigo para todo; mi escaso talento, influencia y poder están á vuestra disposicion.

— Sereis obedecido.

— Ganad tiempo; S. M. quedaba solo.

— ¿Vais á ver al príncipe?

— Sí; probablemente pasará la noche á su lado.

— Aguardad un poco.

Osorio sacó lápiz, trazando en un papel:

«Mi querida Elvira: Obedece al sabio Vallés, en cuanto ordene respecto de Julio. Tu hermano — Flaviano.»

— Tomad este escrito para la princesa, pues al disponer que no dejase pasar á nadie á la alcoba del enfermo, no hice excepcion alguna.

El médico sonrió, y guardándose el papel, le alargó la mano, diciendo:

— El cielo os proteja y ayude, mi valeroso amigo.

— Gracias, sabio Hipócrates... ¡Ah! ¿Querriais hacerme un favor?...

— Con mucho gusto, señor duque; disponed de mí en cuanto me sea dable complaceros.

— Gracias; pero es el caso, amigo mío, que hallé hace poco al inquisidor Valdés; cuestionamos, le amenacé, y es

lo probable que pretenda estorbarme el paso al salir del alcázar.

—Tenedlo por seguro; el intransigente cardenal no olvida ni perdona; y es tan enérgico, que si le habeis disgustado mucho, os habrá mandado ya un ejército de familiares.

—Si no pasaran de veinte, poco me importaria; mas por si exceden de este número, como es lo probable, os agradeceré que al llegar á nuestro palacio, conteis á mis cuatro amigos sanos, las sospechas que tenemos.

—Lo haré con tanto más gusto, cuanto que, como ya sabeis, siento pocas simpatías por esos señores de la venera.

—¿Nos estarán escuchando?...

—No; conozco bien el alcázar, y la casualidad ha hecho que nos detengamos en sitio á propósito.

—Referid á mis nobles hermanos y esposa nuestro plan, y la seguridad que ofrece el enfermo. Ya es tiempo de que se acerque el placer á esos infelices, que cuentan ocho días entre tormentos horribles.

—Tambien lo haré.

Ambos dejaron de estrecharse las manos, partiendo el uno en direccion del palacio de Silva, y penetrando el otro en la antecámara real.

Flaviano arrojó sobre un sillón la capa y gorra, y despues de contestar á las preguntas que le hicieron los individuos de la servidumbre, que estaban de guardia, relativas al príncipe, á su padre y al marqués de Abella, se hizo anunciar.

Poco despues le recibió Felipe II, sentado, demostrando un poco de sorpresa y ménos severidad de la que usaba con la generalidad de los que llegaban hasta él.

Flaviano se acercó pausadamente, le hizo una reverencia, y en actitud tan grave como el caso requeria, esperó á que el rey le hablase, presentando su semblante una palidez hija del dolor y sufrimiento, pero que hacia más interesante aquel rostro tan perfecto y simpático.

El tétrico señor clavó en él una profunda mirada, que

nada le explicó, y ocultando la sorpresa dió á su acento fingida amabilidad, preguntándole:

—¿Cómo sigue el príncipe mi primo? Me han dicho que continuaba lo mismo.

—Muy grave, señor, muy grave es su dolencia; mas con vuestra proteccion y la ayuda del cielo creo que sanará. Esa es además la opinion del sabio Vallés.

—¿Qué han diagnosticado los tres facultativos que yo mandé esta mañana?

—Un delirio, gran señor; estuvieron tan poco acertados, que, en mi concepto, llevaban otra idea muy diferente de la que demostraron.

El rey se inmutó; mas disimulando la sorpresa, le preguntó:

—¿En qué os fundais?

—Creo, señor, que gastaron un tiempo inútil, no pudiendo yo adivinar la causa, pues me ví obligado á abandonarlos y salir del palacio.

—¿Adónde fuisteis?

—A la plaza del Arrabal; al quemadero; después á la calle de la Inquisicion, y luego al real alcázar.

—¿Con que estuvisteis en el auto!

—Tuve el honor de ver á V. M. presidiéndolo.

El rey palideció más de lo que estaba; pero hizo otro esfuerzo sobre sí, y mudando de conversacion, le dijo:

—Mañana pasaré á ver al príncipe, á vuestro padre y al marqués de Abella. ¿Cómo siguen los últimos?

—Muy bien; si V. M. les hace ese honor, es probable que los encuentre levantados.

—Me alegro, pues deseo que lo ántes posible se ocupe vuestro padre de los asuntos de Estado; y Mendoza, que reemplazará al conde de Santomera, de los de la guerra. No quiero prescindir de ninguno de vosotros; y hasta deseo hallar recompensas con que pagaros los eminentes servicios que me prestais continuamente.

—Cumplimos con nuestro deber, por lo cual agradecemos á V. M. la suma bondad con que nos distingue.

—Ya os mandé vuestro título de duque, ratificando la cesion del príncipe mi tío; y en verdad que tal herencia me complace, toda vez que recae en un jóven tan leal, valiente y entendido:

—Señor, ya he probado y seguiré demostrando, que me hallo dispuesto á combatir día y noche en defensa de la causa de V. M. La lealtad de los Osorios es igual á la de los Silvas.

—Lo sé.

—Pues no piensan lo mismo todos, señor.

—No escuchad la voz de la maledicencia.

—Es que hay hombres tan malos, ó tan ignorantes, que hasta piensan hacer armas contra nosotros.

—Quien tal osara, pagará con la vida su criminal intento.

—Veo, gran señor, como no podia ménos de acontecer, que V. M. hace justicia á nuestro amor y fidelidad.

—Ciertamente; ¿y quién se atreve á atentar contra vosotros?

—Lo ignoro; mas me consta que la vil calumnia se ceba de un modo cruel en los padres é hijos de los mejores vasallos que tiene V. M. Dicen que somos muy osados, torpes, hombres sin fe y hasta faltos de religion.

—Mentira infame; villania que sabré castigar.

—Y añaden, que darán fin de todos nosotros.

—¿Qué prueben!

—Ama V. M. á su dignísimo primo; éste á nosotros, y eso les basta.

—Y bien, ¿qué pensais hacer vosotros? Supongo que os sobra valor...

—En cuanto á eso, tenemos alguno; lo suficiente para acallar á la maledicencia, y en caso necesario defendernos y hasta humillar á nuestros enemigos. Mas es tal nuestra fidelidad y respeto, que sentiríamos disgustar á V. M. si

nos pusieran en el duro trance de rechazar la fuerza con la fuerza.

—No, hijo, no; hasta la justicia divina, que nos dió el instinto de conservacion, nos aconseja la defensa en casos dados.

—¡Los diferentes tribunales del reino; las leyes del país!...

—Sois muy joven aún, mi querido Flaviano, y no me extraña penseis de ese modo. Vuestros padres y aún vosotros ocupais los puestos más encumbrados de la elevada jerarquía; y aún cuando estais debajo de mí, os escudo yo y os hallais sobre todos los demás.

—Yo ignoraba eso, gran señor. En consecuencia, sólo ruego á V. M. que nos deje arreglar el asunto en el caso de atreverse...

—Concedido; ¡pero no osarán!...

—Quién sabe, señor; se han atrevido á decir que no tenemos fe.

—¡El hijo, los discípulos, los herederos del padre Alberto! ¡No debeis tolerar tal calumnia!

—Nos sacrificaremos, señor, si es preciso, ántes que consentir se repita una afrenta que pretende mancillar el honor del ilustre primo y vasallos más leales de V. M.

El astuto Felipe II habia caído en la bien tejida red que le tendió el inimitable Osorio; es verdad que aquel hermoso rostro de veintitres años no demostraba el gran talento, la agudeza que el cielo añadió á sus bellezas físicas. El niño quedaba facultado para atropellar al mismo Valdés; y si antes de tener bula real solia arrollar cuantos estorbos hallaba á su paso, conseguida ésta, no es fácil prever hasta qué punto acreceria la temeridad del terrible guerrero. Poco há le amargaba el recuerdo del inquisidor; ahora lo saboreaba como delicioso néctar. Pronto, muy pronto debia comprender Felipe II la imprudencia que cometió al entregar á Osorio aquel salvo-conducto.

Satisfecho el rey viendo que los *invencibles* tenían cono-

cimiento del auto y no le lanzaban un solo reproche, concluyó por demostrar cierta expansion no exenta de alegría, preguntando al sagaz guerrero:

—¿Sólo eso os trajo á mi alcázar á hora tan avanzada?

—No, señor; ni áun pensaba hablar á V. M. en esta ocasion de tal asunto. No recuerdo por qué causa recayó la conversacion sobre un punto, que en verdad no era yo el que debiera exponerlo á V. M., sino vuestro elevado primo.

El monarca creyó nuevamente que iba á tratar del auto, y contrayéndose otra vez su rostro, volvió á interrogarle:

—¡Pues qué causa ha podido!...

—Señor, una especial, santa.

El parecido de santa con *santo tribunal* hizo estremecer al rey, obligándole á exclamar con disgusto:

—Os repito que no comprendo...

—La preciosa vida del héroe, príncipe de Italia.

—¡Ah! Decid cuanto gustéis; siendo en provecho de Julio, pasaré en vela el resto de la noche con el mayor placer.

—¡Qué bondadoso es V. M.!

—Sentaos; que áun cuando estais delante de vuestro rey, sois tan bueno, que merecis tal honra.

—De lo cual deduzco, que no debe extrañar al mundo maten muchos iconoclastas, turcos, protestantes, y enemigos, en fin, de mi soberano, los seis hombres que tantas mercedes le deben.

Y cogiendo un sillón, se arrellanó en él, con la mayor calma y sangre fria.

—¿Qué deciais de mi primo?

—Expongo, señor, que está en manos de V. M. su salvacion.

—Entonces, lo curaremos. Hablad.

—Julio, gran señor, necesita, segun opina el infalible Vallés, salir de España; cruzar los mares; arrostrar peligros, amortiguando de este modo la idea que descompone su cerebro.

—Lo mismo me ha dicho mi primer médico de cámara; y si bien merece el pensamiento mi aprobacion y apoyo, ignoro los medios de que me he de valer para hacer salir del reino á un hombre, que todo lo abandonó por espacio de algunos meses, para ir á guerrear dia y noche por la patria y por su rey. Dejó á su esposa, parientes y amigos; trabajó como visteis, y hace diez dias solamente que regresó á Madrid.

—El príncipe, gran señor, tiene el alma tan noble como era la del santo; ama á V. M. y á su patria; decidle que ésta peligra; que en Cuba, Méjico, el Perú, Santo Domingo ó la India ha sido arrollado el pabellon español, escarnecido el nombre de V. M. ó atropellados sus derechos, y Silva, unido á sus inseparables hermanos, volará como el águila, vencerá como el genio.

—¿Tambien vosotros abandonareis nuevamente á vuestras esposas?...

—¡Qué hemos de hacer, señor! Ya sabe V. M. que los seis formamos un solo sér.

El rey, admirando, como no podia ménos, la nobleza, generosidad y abnegacion de los *invencibles*, se dijo para sí:

—¡Qué diferencia de estos hombres á ese intransigente Valdés! ¡Como vuelva á verme!...

Y alzando la voz, añadió:

—Mañana mismo cumpliré vuestro deseo, que es el mio; preparad vosotros al enfermo. ¿Solicitabais algo más?

—Que V. M. me permita retirarme.

—Id con Dios, y cuidado con tolerar calumnias, propias sólo de gente ruin y miserable.

—Obedeceremos á V. M.

—Esperadme á las tres.

—Gracias, señor.

Flaviano besó la angusta mano, anduvo hácia atrás, llegó á la antecámara, se dejó poner la capa, y despidiéndose de la servidumbre, se encaminó á la saleta.

CAPÍTULO VI.

Los familiares.—Efectos que produce la bula real.—Socorro oportuno.—
Visita régia.

Felipe II vió salir á Osorio, quedando altamente satisfecho de la audiencia que acababa de concederle. No obstante su carácter tétrico y sombrío, su glacial indiferencia y su escasez de entusiasmo, admiraba á aquellos seis valerosos jóvenes, mirándose pequeño ante la nobleza de alma é hidalguía de sus acciones; es más, sentia ya vivas simpatías por ellos, y los juzgaba indispensables en la azarosa época que atravesaba.

Cuando se halló solo y meditó con calma en el permiso y aún en el consejo que concluía de dar á Flaviano, exclamó:

—Esos valientes excitan la envidia, y no me extraña que la calumnia pretenda cebarse en ellos. El permiso que les he concedido dará lugar á alguna calaverada propia de su altivez y osadía; pero todo es disculpable en quienes tanto valen. Lo más malo sería que se pusieran frente á Valdés, en cuyo caso me lavaré las manos, toda vez que no puedo ni debo castigar á los unos, y el otro... Ese anciano es terrible... Ya no me hace falta, y en último caso, yo encontraré un medio de evitar la contienda.

Poco despues oyó el monarca algunas voces lejanas, y áun le pareció percibir el ruido que producian varias carreras y el choque de aceros. Entónces se levantó, y abriendo un balcon que daba á la plaza de Palacio, quedó escuchando.

De pronto lo cerró, y oprimiendo un timbre, le dijo al palaciego que se presentó en la cámara:

— En esa plaza acontece algo; mas no quiero que mis criados ni la guardia se mezclen en tales alborotos. Trasmítid la órden, y retiraos, pues deseo descansar sin que nadie me moleste hasta las siete de la mañana. No perdais tiempo.

El palaciego se inclinó, partiendo de allí.

En cuanto al soberano, con la mayor calma se dirigió en busca del lecho, sin cuidarse para nada de lo que habia visto ú oido en la plaza de Palacio.

Sepamos ahora si el inquisidor Valdés dejó ó no llegar á Flaviano al sitio á que se encaminaba.

El atrevido, pero sagaz y entendido duque, quedó parado al concluir de cruzar la saleta, en paraje donde nadie le veía. Allí arregló su plan y se echó el embozo, entrando en el ancho pasillo en que fué detenido ántes por Francisco Vallés. En el mismo sitio que le paró el moderno Hipócrates, vió dos embozados en manto negro, con gorra y pluma del mismo color, y los que él presumió le estaban esperando. Así era efectivamente, pues uno de ellos se adelantó cuatro pasos, y llegando frente á Osorio, le dijo muy quedo:

— Perdonad, caballero; mas en cumplimiento de una órden sagrada, me veo obligado á deteneros: é invítaros á que me sigais.

— ¿Quién la ha extendido y dónde está escrita? — le preguntó Flaviano.

El embozado corrió un poco su manto, y le enseñó aquella terrible venera con la cruz, el ramo de oliva y la espada, que, pendiente de un cordon verde, usaban los familiares del Santo Oficio. El duque la cogió, y arrancándosela de un tirón, le dijo:

—Esto no es orden ni otra cosa que una insignia, la cual pienso reconocer en la calle. Si sois caballero, si teneis sangre española, seguidme y os daré cumplida satisfaccion.

Y le volvió la espalda sin esperar respuesta.

A los dos pasos halló al otro embozado, que fué á hablarle; mas antes de que expresara la primera frase, lo separó, empujándole hácia la pared, y en dos saltos llegó á la escalera, descendió, y un minuto despues se encontró al aire libre.

Los embozados quedaron atónitos; se miraron el uno al otro, sin hallar otra cosa que comunicarse, que el sonrojo y vergüenza que asomaba al rostro de ambos.

El duque desenvainó la espada, cubriendo la hoja con su capa de grana; luégo tosió de un modo que pudiera darse á conocer, en el caso de estar cerca alguno de sus compañeros, continuando por en medio de la plaza de Palacio. A cien pasos distinguió varios bultos que le cerraban su camino; miró á los costados y vió otros muchos, sin poder reconocer á ninguno; mas siguió adelante hasta llegar á los primeros, en cuyo instante se halló como por encanto rodeado de cincuenta encubiertos. El valeroso jóven se echó el embozo derecho á la espalda, gritando con voz sonora y arrogante:

—¡Paso al duque del Imperio!

Y á la vez cogió la espada con la diestra. De este modo se aproximó á los que formaban el círculo. Todos descubrieron sus pechos, indicándole con el índice la venera que ostentaban. A la vez le dijeron varios:

—Seguidnos.

—¿Adónde, gente ruin?

—Adonde os manda ir aquel á quien todos obedecen; cuya ley no exceptúa clase ni condicion.

—Paso, ú os atravieso el pecho. Al duque del Imperio no hay quien le prenda, pero sí quien pueda matarlo. Sois cuarenta ó más; con todos me atrevo. ¡En guardia, vive Dios, ú os escupiré en el rostro!

Ninguno desnudó la espada ni se dió por aludido. Uno de ellos, de gran prosapia, familiar, y que tuteaba á Osorio, se acercó y le dijo:

—Grande soy; tu amigo íntimo; te quiero como mereces; por lo mismo, te aconsejó que no agraves tu posición; en vaina el acero y vente conmigo.

El círculo se iba estrechando por momentos, comprendiendo Flaviano, que si continuaba parado llegaría el caso de no poderse mover. En tal conflicto, hizo dar una vuelta al que acababa de hablarle, dirigiendo una cuchillada al que tenía más cerca de los que le cerraban el paso. En el mismo instante, otro familiar le quiso sujetar por la espalda; mas un encubierto que estaba á su lado le empujó, haciéndole rodar; á la vez se oyeron varios golpes que recibieron en el rostro algunos de los encargados de prender á Osorio, y seguidamente la voz de:

—¡Malta y á ellos!

—Y brillando siete aceros rompieron el círculo que rodeaba al duque.

El que derribó en tierra al que quería sujetar á Flaviano era Alvaro Zalla, que, unido á sus dos hermanos, luego á los cuatro *invencibles*, y seguidamente al quinto, comenzaron á acuchillar, á la voz de Malta, á los cincuenta embozados, entre los cuales, y pasando por compañeros, habían permanecido hasta aquel momento. Se descubrieron golpeando el rostro de los que tenían á su lado, para obligarles á batirse; y no siendo esto suficiente, les dieron de plano con las hojas de sus espadas.

—Entre los encubiertos habia muchos que manejaban bien el acero; y al verse castigados de aquel modo trataron de defenderse y aun de atacar, pues en verdad que era vergonzoso huir cincuenta hombres, con dos más que acudieron despues, ante ocho que los desafiaban, llenándolos á la vez de mengua y baldon.

Los más tímidos desnudaron tambien las espadas, y pues-

tos detrás de sus atrevidos compañeros, pretendian ayudarles, sin dejar de pedir socorro á la guardia del alcázar.

En ala los cinco *invencibles* y tres Zallas, permitieron á sus contrarios prepararse, cayendo despues sobre ellos como rayos asoladores. Su destreza, ímpetu, valor y hasta fuerza, particularmente de los cinco primeros, eran incontrastables. A los seis minutos ya tenian derribados en tierra siete; algo despues otros cuatro; y á los diez minutos corrian en completa desbandada y en direccion de la puerta principal de palacio, los cuarenta y uno restantes, entre los que iban algunos heridos y contusos.

Los *invencibles* llamaron á los Zallas, que seguian detrás de aquellos acuchillándolos; y reunidos los ocho, gritó el vizconde de Jana, conde ya de Santomera:

—Huyamos de aquí, puesto que ahuyentamos al milano.

—¡Alto! —exclamó Osorio. —Toda vez que tenemos permiso de S. M. para defendernos, sin respetar clase ni condición, caso de ser acometidos, esperemos un poco.

—¡Bravo! —dijeron los siete restantes.

—Entónces —añadió uno de los Zallas — demos fin de todos.

—No —replicó Flaviano. —Para leccion basta ya.

Y retirándose del sitio donde tuvo lugar el combate, quedaron mirando al regio alcázar.

Los cuarenta y uno, más espantados que corridos de vergüenza, quisieron penetrar en palacio; pero un momento antes de llegar se cerraron las puertas, sin que la guardia tudesca y española ni los criados de la real casa demostrasen oír las alarmantes voces de los familiares. Estos, llenos de asombro y de terror, corrieron hácia la derecha, precipitándose en direccion de la calle de la Inquisicion.

Los Navarros, Mauro, Mendoza y los Zallas, veian confirmada con placer la noticia que concluia de darles el atrevido Osorio.

—Tú haces milagros, Flaviano —le dijo Nuñez de Lara.

—¿Por qué?—le preguntó el duque.

—Pardiez, ¿no has visto lo que acaba de suceder á los familiares?

—No te extrañe, hermano—replicó aquél.—Nuestro amado señor nos va conociendo.

—Ya han desaparecido todos; ¿nos vamos?

—Esperad, que tiempo nos queda para descansar. ¿Cómo sigue Julio?

—Muy bien; durmió tranquilamente, y al despertar preguntó varias veces por tí. Luégo llegó Vallés, nos enteró de cuanto le encargaste, y sabiendo que la vida del príncipe no peligraba ya, corrimos en tu busca, ¡con unas intenciones!...

—Poca cosa, Flaviano—dijo Mendoza—con ánimo de batirnos sin contar el número, clase, condicion, ¡y con unos deseos de mover los brazos!...

—Nada hemos hecho.

—Mucho, amigos míos; si la noticia corre por Madrid, ya vereis lo que se cuenta mañana de nosotros.

—¿Crees tú que se hará pública?

—Eso es lo que esperamos saber; tened un poco de paciencia, que no tardaremos en averiguarlo, con algunas otras cosas más que nos interesan.

—Estando el príncipe bien, podemos aguardar lo que tú quieras.

Y replegándose los ocho hacía el ángulo izquierdo del alcázar, quedaron escondidos entre las sombras de la noche.

Media hora despues vieron llegar á varios enmascarados conduciendo camillas, y acercándose al sitio donde tuvo lugar el combate, fueron depositando en ellas los once, entre muertos y gravemente heridos, que besaban la tierra, desapareciendo de allí inmediatamente.

Algo más tarde sintieron venir una carroza en direccion del alcázar, y no tardaron mucho en verla aproximarse, entre dos hachas de viento.

Flaviano cambió su capa y gorra con uno de sus compañeros, que las llevaba completamente negras, y deslizándose sin hacer ruido alguno, llegó hasta colocarse detrás del carruaje, no siendo visto ni oído de los que iban dentro y fuera de aquél.

La carroza paró á la puerta de palacio; bajó un lacayo, y abriendo la portezuela, asomó la temblorosa cabeza del anciano Valdés, el cual fué poco á poco descendiendo. Ya en el suelo, le dijo á uno de los pajes:

—Llama.

El sirviente obedeció, pero la guardia y porteros permanecieron mudos.

—Da tres golpes—repitió el cardenal.

Un minuto más tarde exclamó desde adentro una voz ronca:

—Retiraos, que ni se abre á nadie ni se oyen razones.

—Soy...

—No me importa; volved mañana, y ¡guay si desobedeceis la órden de S. M.!

—¿Quién eres?

—El jefe de la guardia tudesca. Agur.

Valdés insistió todavía, pero nadie le contestó; y en alas de terrible desesperacion, volvió la espalda, intentando subir al carruaje. En el mismo instante apareció un embozado, que, cogiéndole de un brazo, le ayudó á entrar en el coche. El anciano supuso que era su lacayo, y aceptó sin reparar el indispensable apoyo de aquella mano generosa que le dejó sentado sobre el blando almohadon de la carroza.

—Al palacio—dijo, creyendo aún que tenía delante uno de sus sirvientes.

—Cuidaos más, señor cardenal—le contestó Osorio bajando el embozo.—Parece imposible que á vuestra edad seais tan poco reflexivo. El relente de la noche; el desaire de esas grandes puertas que os cerraron, y las finas auras de los Alpes, os van á matar, don Fernando. Perdonad; mas me interesais tanto...

El cardenal tembló de ira; hizo por contenerse, y conseguido en parte, le contestó con acento balbuciente:

—La noche pasará en breve; mañana será otro día.

—El precedente es fatal, excelentísimo señor, y temo que arrecie la tormenta y os siga calando el aguacero.

—¡Sois un hereje!

—Vuestro insulto merece una insolencia: mentís; soy un hombre que ama á Dios, sobre todo lo que existe; que venera y respeta la religion católica, mejor que vos; que la defiende con su sangre; que acosa y destruye á sus enemigos, y se ríe del diablo, segun estais viendo.

Y soltó una carcajada.

—¡Mañana sabrá el pueblo de Madrid quién sois!

—¡Ay de vos si tal hicieseis! Nadie ignora en la corte que mi espada se embotó cien veces en la sangre de los herejes é impíos; ninguno desconoce la fe y nobleza que heredé del que un día se apellidó como yo, duque del Imperio. Callaos, ocultad lo que os aconteció poco há, y por respeto á vuestras canas os perdonaré la criminal idea que concebisteis esta noche. Bueno que pretendais castigar á herejes; ¡pero á un hombre de mis creencias, de mi conducta, de mis servicios, quererlo quemar! No desprestigiéis de ese modo un poder que no debió empuñar nunca vuestra caduca mano. ¿Se igualan vuestros restantes actos de justicia al que queriais practicar ahora conmigo? Os vencí en todos los terrenos, á pesar de vuestros ochenta años, no teniendo yo veinticinco todavía. ¡Ay de vos si desconoceis mañana la superioridad, y os arrojais de nuevo al proceloso mar donde os estrellasteis esta noche!

—Por hoy, señor general, estoy vencido; callaré la derrota, porque así conviene á mis intentos; pero al asomar el alba me volveré á ocupar de vos.

—Pues hasta mañana.

Y el jóven desapareció de allí, en tanto que un lacayo cerraba la portezuela, y por orden de su amo se dirigía la

carroza al palacio del cardenal. Éste sufría tan horrible desesperacion, que no se cuidó en el anterior diálogo de si podrian ó no escucharle sus criados; siendo en este punto más cauto el duque, no obstante que nada debia importarle que le oyesen aquellos.

Valdés iba formando castillos en el aire. Osorio se unió á sus compañeros, y comenzó á referirles detalladamente lo que le habia ocurrido en el auto, brasero, con Vallés, Felipe II y el inquisidor; mientras, con calma y aplaudiendo todos la conducta del jóven, se dirigian los ocho al palacio de la calle de Atocha.

Llegaron, dieron las órdenes convenientes para no ser sorprendidos por Valdés, y despues de estrechar al príncipe, gozosos de verlo sanar por momentos, se retiraron á descansar. Flaviano, durante aquellas azarosas noches, dormia en la misma alcoba que su padre, al cual refirió tambien minuciosamente los acontecimientos que acababan de tener lugar.

Media hora despues dormian la mayor parte. A la cabecera del principe quedaron Elvira, que rara vez se separaba, y el sabio Vallés, que quiso observar detenidamente los prodigiosos efectos de su admirable cura. En la cámara contigua velaba uno de los Zallas y dos doncellas de la princesa. La paz y tranquilidad reaparecian por fin en aquella morada, donde tantas lágrimas se habian derramado, tanta amargura se sufrió, tanta pena y dolor se padecieron.

El cardenal Valdés pasó la noche fraguando planes, hasta que, hallando uno que cuadraba á su intento, trató de realizarlo con su proverbial energía.

A la mañana siguiente, y poco despues de romper el alba, se vistió Flaviano, encaminándose acto continuo á la alcoba del príncipe. Dejaba dormido á su padre; y lo mismo éste que el marqués de Abella, se hallaban en el mejor estado; por cuya razon les dió permiso el sabio Vallés para vestirse, comer y andar por el palacio.

Antes de llegar Osorio al lecho de Julio, entró en un ancho pasillo, y atravesando varias habitaciones, tocó el resorte de una puerta secreta, y se halló á cuatro pasos de la cama donde descansaba su bella esposa, Adela de Montiel. El jóven contempló con placer aquel perfecto y hermosísimo rostro, y estampando en él un beso lleno de amor, exclamó para sí:

—¡Infeliz! Otra vez te verás abandonada; pero jamás tendrás rival ni motivo de queja. Tú sola reinarás en mi corazón.

La encantadora jóven abrió los ojos al sentir el ósculo amoroso, sonrió, y alargando la mano á su esposo, le preguntó:

—¿Qué hora es, Flaviano?

—Las cinco—le contestó aquél.

—¿No has dormido?

—Sí.

—Poco habrá sido.

—Cerca de tres horas.

—¿Qué acontece?

—Nada que deba inquietarte; voy únicamente á cuidar del príncipe.

—¡Cuánto le amas!

—Un poquito ménos que á tí.

—Se salvó su vida, y todos vamos á ser felices.

—Sí; mas para que no vuelva á recaer, para que no se resienta nuevamente su privilegiada cabeza, tenemos que hacer todos otro sacrificio.

—¡Todavía más, Flaviano!

—Es el último; terminado éste, seremos dichosos. Hasta luégo, ángel mio.

—Llama á mis doncellas, que quiero acompañarte.

—No, Adela; llevas nueve noches durmiendo muy poco; descansa hasta las nueve.

—Más has velado tú durante ese tiempo. Déjame que te siga.

— Yo soy más fuerte, y mi materia está acostumbrada al insomnio y la fatiga. Duerme, que me entristece ver debajo de tus ojos esa sombra oscura que señalan el sufrimiento y el dolor. Descansa, y vuelvan á recobrar tus mejillas el carmin que hace pálido el de las rosas. Adios, que me llama el deber.

Ambos juntaron sus labios, desapareciendo el duque por la misma puerta secreta que habia entrado. La preciosa dama exclamó:

— ¡Ay! ¡cuánto le amo y cuánto le temo á la vez! ¡Es tan seductor!... Dios nos protegerá.

Y volviendo á unir sus largas, negras y abrigantadas pestañas, se quedó dormida, murmurando frases amorosas dirigidas al más bello de los *invencibles*, á su leal esposo.

Éste halló en la cámara contigua á la alcoba del príncipe, á Alvaro Zalla paseando tranquilamente, y á su esposa Syra recostada y dormida en un sofá, entre dos doncellas de Elvira, las cuales velaban el sueño de la griega, esperando obedecer á su señora.

Flaviano estrechó la mano de su jóven protegido, preguntándole:

— ¿Cómo sigue el príncipe?

— Perfectamente; toma alimento y medicina de hora en hora, y se le nota un alivio progresivo.

— Está bien. Retiraos á descansar con vuestra esposa; que reemplacen á esas doncellas otras dos, y que venga vuestro hermano Andrés.

Y el jóven penetró en el aposento del príncipe, hallando á éste dormido, á Vallés observando, y á Elvira estrechándole una mano. Saludó al facultativo y á la princesa, bastando el sonido de sus frases para que el enfermo abriera sus negros y rasgados ojos.

— ¿Cómo te sientes, Julio?— le preguntó el duque del Imperio.

El enfermo dirigió la vista en torno, é incorporándose un

poco, besó la mano de Elvira; luégo estrechó la de Vallés, y fijándose en Flaviano, le dijo:

—Me encuentro muy bien. He dejado de verte bastantes horas, mi querido Osorio.

—Sí, salí del palacio y anduve ocupado.

—¿Te acompañaron nuestros cuatro hermanos?

—No; partieron despues que yo, si bien regresamos juntos.

—Cuando entrasteis esta noche, no comprendia como ahora; mi inteligencia se hallaba aún débil y como enfermiza; pero recuerdo que noté en vosotros algo extraño.

—Veniamos de batirnos, y es muy posible que mi rostro no lo disimulara.

—Quisiera saber lo que os ha sucedido.

—Si Vallés no opone dificultad...

—Ninguna — contestó el médico. — El príncipe puede escuchar cuanto le digais. Que siga tomando caldos y de ese medicamento que le dejo preparado. Y con vuestro permiso me retiro hasta la noche, partiendo altamente satisfecho del estado del paciente.

Vallés estrechó á Flaviano, y despidiéndose de Elvira y de Julio, salió de palacio, siendo acompañado de Osorio hasta cerca de la escalera, encargándole por el camino hiciese por sacar á Silva de Madrid lo ántes posible.

El jóven duque regresó á la alcoba de su amigo, y obligando á la princesa á que se retirase á descansar, quedó sentado á la cabecera del enfermo.

—¿Cómo siguen tu padre y el marqués de Abella? — le preguntó el príncipe.

—Muy bien; hoy se levantarán y vendrán á verte.

—¿Qué os aconteció anoche?

—Hermano mio, el cardenal Valdés nos obligó ayer á batirnos con más de cincuenta familiares.

—¿Qué hicisteis con ellos?

—Derribamos en tierra á once, y espantamos á los restantes.

—¿Estais alguno herido?

—No.

—¿Qué pretendian de vosotros?

—Prenderme.

—¿Con qué objeto?

—Pardiez, supongo que querrian condenarme á morir entre llamas.

—¿Has faltado á tus deberes como católico é hijo de un Dios á quien debes amar sobre todo lo que existe?

—No, á fe mia.

—¿Qué hiciste?

—Nada que merezca castigo.

—Entónces no te comprendo, Flaviano.

—Yo te lo explicaré, mi querido Julio, y no extrañarás lo ocurrido. Mientras vivió tu padre y fué inquisidor, se convertia á los herejes, los tormentos no funcionaban, ni ardía la leña en el *quemadero* fatal. Murió el santo, y á los ocho dias dispuso el fanático Valdés se celebrase un auto.

—¿Tuvo efecto?—preguntó el principe con asombro.

—Sí.

—¿Lo viste tú?

—¡Ay, Julio! Salí del palacio, ignorando que tenía lugar ese acontecimiento, cuando vino á presentarse á mis ojos el terrible cuadro de muerte y de degradacion que presentaba ayer la plaza del Arrabal. Presidia el rey, dirigia Valdés, y en torno de más de doscientos desgraciados cubiertos con sambenitos y corozas, ví parte de la grandeza, multitud de nobles, y un pueblo inmenso que asistia al acto con un entusiasmo que heló la sangre de mis venas.

—¿Qué hiciste, duque del Imperio?

—Solo entre más de veinte mil almas, me contraje á observar lo que acontecia, y no satisfecho del golpe de vista que ofrecia la plaza, seguí á los condenados á sufrir la última pena, llegué al brasero, y miré achicharrar en él á cincuenta hombres.

—¿Pudiste contemplar con calma tan horrible espectáculo?

—Con calma no, que ardía mi sangre también y se me saltaban las sienes; pero es lo cierto, que fui testigo de acto tan inhumano.

El rostro del príncipe se sombreó de púrpura, se animaron sus ojos, pidió una taza de caldo, y cuando hubo concluido de beberla, tornó á preguntar:

—¿Cuál fué tu resolución al retirarte de allí?

—Ninguna.

—¿Temias?...

—Sólo á Dios.

—¿Luego fuiste un simple espectador?

—Así es la verdad.

—¿No te reconocieron las masas? ¿se olvidó el pueblo de nosotros?

—No; mas ¿qué había de hacer?

Segun avivaba el príncipe su lenguaje y demostraba más impaciencia y hasta enojo, fingia Osorio más indiferencia y calma. El astuto jóven queria infiltrar poco á poco en la sangre de su amigo Julio todo el ardor que tenía la suya, y en su corazon el coraje y despecho que acibararon su vida el día ántes. De este modo se proponia sacarlo del letargo en que estuvo hasta hace poco, y á la vez prepararle para que al llegar Felipe II tratara de conseguir el destierro que le había ofrecido á Valdés.

El noble, generoso é hidalgo Silva cruzó las manos, y alzando la vista al cielo, exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio, apiádate de tus hijos!

—Bueno será, no obstante —añadió Flaviano— que nosotros hagamos algo; pues te advierto, mi querido Julio, que la Inquisicion se ocupa ya de tus cinco hermanos.

—Continúa tu relato, duque.

—¿Te sientes bien?

—No te cuides de mi enfermedad; sigue, sin omitir detalle alguno.

—Abandoné el brasero, me dirigia á la córte con el corazón comprimido y el alma despedazada, cuando se me ocurrió presentarme al rey, y exponerle mi opinion sobre el angustioso cuadro que dejaba atrás.

—Bien hecho.

—Eran las diez, y la noche estaba oscura y tan triste como un cementerio. De pronto ví luces, escuchando una arrogante voz que me dijo: « ¡Paso, al excelentísimo señor cardenal Valdés! » Y algunos segundos más tarde me hallé por casualidad frente al terrible inquisidor.

—¿Qué le dijiste?

—Comprendiendo que era él solo la causa de cuanto yo acababa de ver, y teniendo en cuenta su estado y edad, le ofrecí un destierro que merece há mucho tiempo.

—¿Qué te contestó?

—Se burló de mi amenaza, y á su vez me prometió obligarme á seguir el camino que llevan los reos condenados á muerte, fundado en que, dudando de él, se carece de fe.

—¿Te amedrentó?

—¿Tú me haces esa pregunta?

—Es verdad; continúa.

—Ambos nos arrojamós un guante, que á la vez recogimos; él se marchó á la Inquisicion, y yo á palacio.

—¿Te recibió Felipe?

—Sí.

—¿Estuvo severo contigo?

—No.

¿Qué le dijiste?

—Le expuse mi opinion, y lo preparé para que tú, hoy á las tres, que vendrá á verte, le hagas firmar el destierro del cardenal.

Julio meditó algunos instantes, exclamando luégo:

—Enfermo como estoy é inútil para todo, no me va á hacer caso el monarca.

—No lo creas, hermano; sabe por Vallés que en breve

dejarás el lecho; necesita de nosotros; y ya consumado el auto, no le hace falta el cardenal.

—¿Viene sólo á enterarse del estado en que me hallo?

—Pienso, y es sólo una presuncion mia, que pretende saber cuándo le será dable disponer de tí, y si puede ó no contar con todos nosotros.

—¿Dices que le hacemos falta?

—Infiero que sí.

—Pues si no sale Valdés de España, nos iremos nosotros á Roma, para no volver á Madrid.

—No te será difícil conseguirlo; mas procura que me encarguen á mí el cumplimiento de la orden.

—¿Qué sucedió despues?

—Suponiendo yo que el cardenal no perderia tiempo, participé á mis hermanos las sospechas que abrigaba, por medio de Vallés, al que felizmente ví en palacio. Ocurrió segun habia previsto; se echaron sobre mí más de cincuenta familiares; pero con mis cuatro hermanos y los tres Zallas, me fué facilísimo espantar á aquel enjambre de abejas.

—Sí; pero cuando el rey haya sabido lo que hicisteis á la puerta de su palacio...

—No continúes, Julio; como yo supuse el caso, preparé á S. M.; y debí hacerlo con tal acierto, que cuando los familiares quisieron refugiarse en el alcázar, les cerraron las puertas; y cuando Valdés le fué con el cuento, se halló con que ni aún los tudescos querian oirle.

—Estará desesperado.

—La víbora, Julio, no pica hasta tanto que se siente con coraje.

—No salid de palacio.

—No pierdas tú la ocasion que hoy te se presenta.

—Reforzad la guardia, incomunicaos con todo el mundo, y no oid cita alguna, y ménos aún reto ó provocacion, sea quien quiera el autor.

Los dos amigos continuaron hablando, sintiéndose el

príncipe cada instante más aliviado. Poco despues fueron entrando Mauro, los Navarros, Mendoza y algunos otros individuos de sus familias, cuyos pálidos semblantes iban adquiriendo vida y animacion, segun aumentaba el alivio de Silva.

El conde de Arahall y el marqués de Abella recibieron el alta, y debian abandonar el lecho en este dia, segun dijimos. Enterado el primero por su hijo de los acontecimientos de la noche anterior, aguardó á que aquél se levantara para hacer él lo mismo, con cautela y sin comunicar á nadie su intento. Ya en pié, y encontrándose con fuerzas suficientes para moverse y hacer algo, llamó á uno de los criados en quien tenia toda su confianza, y le dijo:

—Con la mayor reserva penetras en las habitaciones donde descansan los jefes y oficiales que vinieron de Malta con el príncipe, y les dices de mi parte, que se vistan al momento, y uno á uno que vayan entrando y me esperen en el paralelógramo que servia de despacho á Julio. Si alguno los encuentra en las estancias que han de atravesar, pueden fingir un pretexto, primero que decir el objeto que les reúne en el sitio indicado. Marcha.

El criado salió, mientras que el conde se dejó caer sobre un sillón, quedando en actitud de meditar.

El padre de Osorio fué siempre tan sagaz como su hijo lo era ya; y lo mismo en la guerra, donde adquirió un renombre que pocos alcanzan, que en medio de la córte, cerca de Felipe II, de quien era secretario, pasaba por hombre de gran talento y de una habilidad extremada. Desde que Flaviano le enteró del estado de los asuntos del dia, concibió la idea de terciar en la cuestion, é inclinar con su talento la balanza en favor de su hijo y compañeros de éste. Así es, que en tal momento adivinaba el pensamiento de Valdés; y comprendiendo de todo lo que era capaz el intransigente inquisidor, se dispuso á destruir los planes con que aquél intentaria envolver á sus defendidos.

Cuando el conde hubo meditado lo suficiente, se dirigió al paralelógramo, en el cual le esperaban ya los individuos que citó. Rodeado de todos ellos, despues de saludarles uno á uno, les dijo:

—Señores, el príncipe de Italia no ofrece cuidado alguno; en cambio, mi hijo y sus restantes compañeros se hallan sitiados por un poder que pretende quitarles la vida. Es, pues, indispensable que me ayudeis á salvarlos.

Sólo una voz se oyó, lanzada por aquellos valientes, los cuales amaban tanto á Silva como á los demás *invencibles*.

—Señor —exclamaron—disponed de nuestras vidas, de cuanto tenemos.

—Gracias, hijos; no esperaba otra cosa de vuestra lealtad y valor. Oidme todos: ayer presencié Madrid uno de esos actos inquisitoriales que, bien ó mal llevados á cabo, son contrarios á las creencias y modo de pensar de vuestros jefes. Mi hijo ignoraba tal acontecimiento; mas tuvo que salir, lo vió, y lleno de indignacion hubo de disgustar al cardenal Valdés, al que halló por casualidad en medio de la calle. Ese hombre fanático y vengativo dispuso en el acto su prision, siendo obedecido por una parte considerable del ejército de familiares de que dispone. Flaviano previó el caso; se reunieron los cinco amigos sanos y los tres Zallas; y aún cuando los enemigos pasaban de cincuenta, cayeron sobre ellos, derribaron once y espantaron á los demás.

—¡Bravo! —exclamaron los jefes y oficiales.

—Reasumiendo: la Inquisicion y los *invencibles* están en lucha abierta, mientras que el rey se muestra neutral.

—¡Que vengan, que vengan aquí! —repitieron en coro los que rodeaban á D. Alvaro.

—Vendrán, hijos, vendrán en breve; pero no vayais á creer que traen la pretension de asaltar este inexpugnable edificio. Pretenderán entrar como amigos, y tratarán con toda la habilidad de que son capaces, de sacar de aquí á vuestros jefes, con el objeto de que caigan en la emboscada

que ya les tendrán preparada. Querrán provocarlos, y hasta se atreverán á llenarlos de insultos, á fin de atraerlos á orillas del abismo para empujarles despues; pero esto lo podeis evitar vosotros, posesionándoos del zaguan y no dejando penetrar á nadie, á excepcion del rey, que debe venir hoy. Valeos del pretexto que os agrade; mas no salid ninguno del edificio, ni permitais subir tampoco á nadie, absolutamente á nadie. Si vieraís que uno ó más caballeros querian de buena fe medir sus armas con las de vuestros jefes, las vuestras ó las mias, que pase ó que pasen al jardin, y allí conseguirán su objeto; que á tal honra no cabe desaire. ¿Lo habeis comprendido?

—Descuidad, señor conde—dijo uno á nombre de todos—que no subirá ninguno de ellos, ni saldrán los *invencibles* ni nosotros.

El padre de Osorio estrechó las manos de aquellos valientes, partiendo éstos al zaguan, lanzando votos y juramentos contra los que daban por hecho que llegarían en breve.

El conde esperó á que se vistiera el marqués de Abella, y cogido á su brazo, entraron en la alcoba del príncipe, donde se hallaban reunidos los seis *invencibles* y todos los individuos de sus respectivas familias. No habia un solo semblante en cuantos séres rodeaban la cama del enfermo, que no presentase la huella del dolor que le causó la muerte del bondadoso trinitario; si bien ya en este dia se vislumbra la esperanza y un átomo de alegría en sus pálidos rostros; llegaron á creer que moria tambien el nuevo príncipe; y al encontrarse con que se habian equivocado en la mitad de la pérdida, amenguó su amargura, abriéndose á la vez para ellos la puerta de la conformidad.

Los jefes y oficiales posesionados del zaguan se armaron de pistolas y otros instrumentos mortíferos, echaron de allí al mayordomo que cuidaba de la lista, y declarando en estado de sitio el palacio, se dispusieron á defenderlo del modo

que aquellos bravos solian hacerlo cuando se trataba de recibir ó atacar al enemigo. Aceptaron como jefe al capitán D. Alvaro Zalla, cerraron las grandes puertas del edificio, y esperaron.

A las siete de la mañana se presentaron dos grandes, seguidos de varios caballeros. Los del palacio dejaron que entrasen los primeros; volvieron á cerrar, y los rodearon, preguntándoles Zalla:

—¿Qué queréis?

—Ver á vuestros jefes.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no reciben á nadie mientras el príncipe se halle de cuidado.

—Somos dos amigos íntimos...

—Aun cuando fueseis parientes.

—Caballero, nos trae aquí un caso de honra...

—Aquí sobra de ella; podeis llevarlo á otra parte.

—Sois un capitán del ejército, y debierais comprender la gravedad de tal asunto.

—¿Queréis batiros?

—Tenemos necesidad de hacerlo.

—Pues entónces pasad al jardín, y elegid uno solo de los que habitamos este palacio, y ese os matará á los dos.

—Nosotros peleamos siempre uno contra otro.

—Pues nosotros, uno contra dos ó contra diez, y rara vez con uno solo.

—Mucho exagerais vuestro denuedo.

—Seguidme, y os probaré que me he quedado corto.

—Yo no me bato con quien no me iguala en posición.

—Pues salid de aquí al momento, ú os siento á los dos la mano en el rostro.

—¡Miserable!...

Apenas acabó el recién venido de expresar la frase, ya tenía la mano de Zalla sobre su faz.

—¿Y ahora, os batis?—le preguntó.

—No.

—¡Pues entónces, á la calle, á la calle!—gritaron los del zaguan, y empujándoles hácia una puerta excusada del palacio, les hicieron salir por ella, cerrándola luégo; y volviendo al sitio que ocupaban ántes, esperaron vanamente la llegada de nuevos emisarios.

En tal estado, dieron las tres de la tarde, deteniéndose poco despues delante del edificio la carroza de Felipe II.

Las grandes puertas del palacio se abrieron, entró el carruaje, se volvieron á cerrar aquellas, y el austero señor subió solo, segun habia venido, á las habitaciones del piso principal. Iba vestido de negro, y con una dósis de severidad en su semblante capaz de imponer á otros que no hubieran sido los *invencibles*.

Al llegar el coche, gritó un jefe:

—S. M. el rey nuestro señor.

Esta voz corrió por todos los salones, é instantáneamente cubrió la servidumbre la escalera del alcázar.

Al pisar Felipe el primer salon, halló á los cinco *invencibles*; luégo á las esposas de éstos, y despues á los restantes individuos de sus familias, estando los últimos el conde de Arahál y el marqués de Abella. El rey fué contestando á los saludos que le hacian, dirigiendo á Flaviano una penetrante y significativa mirada. Preguntó al padre de éste y al de Mendoza por el estado de su salud, siendo seguido por todos hasta la puerta de la estancia del principe. Allí se volvió y tornando á mirarles dijo:

—Vos, conde de Arahál, entrad conmigo; vosotros podeis retiraros.

Y obedecido que fué, penetró en la alcoba, y alargándole la mano á Julio, exclamó:

—Bien se os conoce la grave enfermedad que habeis sufrido. ¿Cómo os encontrais?

—Bien, señor —le contestó Silva.

El conde de Arahál le acercó un sillón, que Felipe aceptó, sentándose en él. Luégo dijo al anciano :

— Haced vos lo mismo, Osorio.

Y ambos quedaron arrellanados en dos sillones. El enfermo se incorporó cuanto pudo, y apoyando su espalda en los almohadones de la cama, consiguió sentarse, aunque con algun trabajo.

El rey y su primo cambiaron una mirada tan profunda como indagadora; el primero comprendió que el cerebro de Silva no sufría ya desorganización alguna, y el segundo que Flaviano no le había engañado en nada de cuanto le dijo por la mañana.

— Mucho me hizo sufrir vuestro mal, primo mío— continuó el monarca— pero gracias al Todopoderoso, os veo ya fuera de cuidado.

— Os agradezco, señor, tan inmerecida honra— le respondió el príncipe.

— Si os molesta la postura, echaos; los enfermos están dispensados de etiqueta.

— Me encuentro bien, gran señor.

— ¿Se os resiente la cabeza?

— No, señor; puede decirme V. M. cuanto tenga á bien.

— Supongo, amado primo, que la infausta muerte del príncipe vuestro padre y mi tío, no será causa para que me vea privado de vuestro genio, valor y saber.

— Me teneis en mucho, señor, y valgo bien poco. En consecuencia, agradecería infinito á V. M. prescindiera de este desgraciado huérfano.

— Mientras yo viva no debeis apellidaros así; si perdisteis un padre, otro os queda en el mundo, Julio.

— Gracias, señor; vuestra bondad me colma de honores á que no soy acreedor.

— Os tengo, príncipe, por un buen hijo, y no espero ingratitud de vos para con la patria vuestra madre, ni para con el rey vuestro padre. Acontecimientos altamente graves

os obligan á abandonar hoy una modestia que os honra tanto como nos estorba ahora.

—Si llegamos á tal extremo, mi vida y cuanto tengo pertenecen á V. M.; mas creed, señor, que sería dichoso si os fuese dable prescindir de mí. ¡Me hallo cansado, y tan deseoso de una tranquilidad que no tuve jamás!... Pasé mis juveniles años siempre entre guerras, lucha y exterminio; y cuando creí que mi corazon se hallaba endurecido é insensible, me lo parte el destino y presenta más blando y sensible que nunca. ¡Ay, señor, llevo sufrido tanto!

—Os quejais con razon, Julio; mas si yo hubiera de hablar de penas, amargura y dolor, me faltarian frases con que expresar lo que contiene el cáliz que constantemente acerca el destino á mis labios. Príncipe, vinimos al mundo á llenar una mision difícil y atormentadora, y es indispensable resignarse y cumplirla. Cuanto más elevado está el hombre, más padece; fijaos en vuestro rey, y os podrá consolar su mayor número de males.

—Si tan necesario me creéis, disponed de mí; ya sabe V. M. que la lealtad de los Silvas no puede envidiar á ninguna otra.

—Por esa razon, y teniendo en cuenta vuestro parentesco y cariño hácia mí, prescindo de vuestro estado y de otras consideraciones, para hablaros de asuntos impropios de la situacion en que os encontrais.

El rey calló, fijándose en Silva; éste inclinó la frente, cruzó los brazos y quedó como meditando.

—Hijo—añadió Felipe—á los eminentes servicios que acabais de prestarme, es indispensable que vuestro genio añada otros con la premura que os permitan vuestros males. Es tan vasto nuestro imperio y tantos los enemigos que nos asedian, que nos han puesto en el caso de declararnos vencidos, y dejar á la madre patria entregada á miserables bandidos que despedazarán su seno, ó tendremos que luchar no sólo en lo que llamamos España, si que tambien en apar-

tadas regiones, que aún cuando muy lejanas, forman un solo pueblo, dividido de Castilla única y exclusivamente por la distancia. Ya sabeis que en nuestros estados no se pone jamás el sol, y tambien comprendereis la imperiosa necesidad que tenemos de conservar lo que el cielo se dignó encomendar á nuestro cuidado y defensa. Tenemos posesiones en la mayor parte de Europa, en Africa, en la Argelia, en el mar índico, en el Océano atlántico, en el equinoccial, en el septentrional, en el de las Antillas, y donde quiera que alcanza la vista del hombre, allí ó muy cerca se ve ondear la bandera española. Debemos amar y amamos á todos nuestros leales vasallos que cerca de nosotros ó á la parte allá de los mares continúan fieles y nos ayudan á mantener incólume el gran imperio que la Providencia nos ordena sostener. Gracias á vuestro valor y claro entendimiento, el turco desistió por ahora de incomodarnos; los iconoclastas de Alemania callaron tambien, y en la Argelia, Granada y las Alpujarras no se desnuda ya la espada musulmana que no há mucho nos amenazaba. Pero tended vuestra mirada algo más allá; que atraviase el inmenso Océano, y ved la tierra y mares que se extienden desde Méjico á Patagonia, desde el Perú á Guayanas. En ese mundo nuevo, debido en su origen al genio de Cristóbal Colon, tenemos un suelo vírgen, cuyos habitantes hallamos sumidos en la ignorancia; sus trajes, usos y costumbres se parecian al de los primeros habitantes del globo; y más desgraciados aún que los hijos de Adán y de Noé, rendian culto al sol, ignorando en su ciega idolatría la existencia del sublime y bondadoso Hacedor del universo. La cruz del Redentor, seguida de nuestros soldados, llevó á aquellos infelices la ventura de que carecian, la ilustracion que ignoraban; pero no todos los españoles que atravesaron el Océano comprendieron su mision en el nuevo mundo, y prevalidos de la distancia que los separa de su rey y de las dificultades con que hay que luchar para conocerlos y castigarlos, se han sublevado

muchos, han humillado nuestra autoridad, mancillado el nombre español, y léjos de educar y contener á aquel pueblo ignorante, lo están precipitando al abismo, donde son ellos impelidos por Satanás.

Calló el monarca, miró al príncipe y continuó:

—En el Perú, centro de esas colonias que el cielo puso á nuestro cuidado, necesita la patria seis hombres, cuyo genio y valor equivalgan á un ejército numeroso que no puedo mandar. El virey príncipe de Italia y los cinco generales que se apellidan sus hermanos, humillarían á los malvados, extenderían la savia de una religion que perfecciona y hace dichosos á los séres, y sin sacrificio alguno para el país llenaríamos la difícil mision que el cielo se dignó confiarnos en aquellas apartadas regiones. Mucho me duele separarme de un hombre como vos, Julio de Silva; de unos caudillos como vuestros hermanos; es tristísimo arrancaros del hogar doméstico donde moran vuestras esposas, y en el que comenzabais á disfrutar de una paz y ventura que no se encuentran en los campos de batalla ni en el azaroso camino de la guerra; mas cuando el deber habla, el hombre queda mudo y sin otra accion que la impuesta por ese brazo que la impele, guia y dirige. Príncipe de Italia, os nombro virey del Perú, representante mio, y con amplias facultades, tan amplias como cuadre á vuestro deseo; os mando, os ruego que partais inmediatamente al lado opuesto del Océano atlántico equinoccial.

Felipe II acababa de cumplir de un modo admirable la palabra que dió la noche ántes al duque del Imperio. Era su primo, se habian educado juntos, le conquistó glorias y laureles sin cuento, lo veia enfermo, desgraciado, y expuesta á una demencia la hermosa cabeza que él admiraba y aplaudia el mundo, y en esta ocasion prescindió Felipe de su carácter y añejos resentimientos, para procurar el bien de un hombre al que amaba ahora del modo que podia hacerlo tan severo y tétrico señor. Mas como Julio de Silva no es-

taba en el secreto ni le era dable adivinar la intencion de su augusto primo, juzgó que se trataba de otra cosa muy diferente, y con el alma dolorida exclamó:

—Señor, ¡qué os he hecho yo, qué os han hecho mis hermanos para que nos desterreis, cuando el destino acaba de cebarse con nosotros de un modo tan cruel! ¡Qué males os han causado esas cuatro infelices damas, que há muchos meses cuentan los dias de su vida por el raudal de lágrimas que vierten!

—Julio, hijo mio, no interpretes mis intenciones de un modo tan contrario á la verdad—le dijo el rey, estrechándole una mano con efusion.—Quiero tu dicha y la de mis pueblos. Olvida mis palabras, y haz únicamente lo que opine, lo que crea necesario el conde de Arahall. Hablad, noble anciano; vos, el amigo íntimo de Alberto de Silva, decid al hijo si su rey le quiere mal; si pretende desterrarlo.

Osorio, que comprendió perfectamente la intencion del monarca, agradecido al austero señor, que tanto interés demostraba por Julio, exclamó con placer:

—Príncipe, hijo mio, ya sabes cuánto os amo á tí, á Flaviano y á sus cuatro compañeros restantes; esta marcha acabará de destrozar mi corazon y el de mi anciana esposa; mas te juro por el honor sin mancilla que heredé de mi padre y que conservo tan puro como lo recibí, que es indispensable vayas al Perú, como ha dicho S. M.; no hay objecion alguna cuando habla el deber; el que nació caballero inclina la frente al escuchar su incontrastable voz, se resigna, calla y obedece. Vé á América, hijo amado, y marcha lo antes posible.

Silva no podia dudar de las frases de un hombre que lo amaba tanto como su padre; mas comprendiendo los males que traeria consigo aquella ausencia, añadió, fijándose en el rey:

—Señor, iré al Perú el mismo dia que el médico me dé de alta; mas prescindid de mis cinco amigos; yo os ruego

los dejeis en Madrid; y si es cierto que basta con los seis, yo haré solo cuanto pudiéramos entre todos.

—No sigas, Julio—dijo Arahall.—Mi hijo Flaviano y sus cuatro compañeros han jurado seguirte á todas partes, y primero se atravesarian el corazon que abandonarte, que dejar de cumplir su promesa.

El principe se halló sitiado y sin medio alguno de defensa, y pensó en capitular, sacando el partido posible de su triste posicion. Incluyó, pues, su todavía enferma cabeza, y permaneció meditando cinco minutos. Al finalizar éstos, se fijó en Felipe, y marcando mucho sus palabras, le dijo:

—Partiremos los seis, y todo se hará como desea V. M.; pero tales sacrificios de nuestra parte, merecen siquiera uno de parte de V. M. Pretendo, señor, una sola recompensa por lo que hemos hecho, por lo que vamos á hacer.

—Hablad, primo, que á ser posible la obtendreis.

—Tranquilizadas vuestras posesiones ultramarinas, quiero pasar á Venecia y dar una leccion, en nombre de V. M., al aristocrático senado que, con el nombre de gobierno republicano, atropella, mata y asesina al infeliz pueblo veneciano.

—Si no es más que eso, te lo concedo con placer; pues tengo tu misma opinion respecto de ese gobierno sanguinario y cruel.

—Deseo además que mandeis de embajador á Roma al cardenal D. Fernando Valdés; y quisiera que saliese esta noche de Madrid, escoltado por el duque del Imperio.

—¿Qué os proponeis, Julio?

—Que se respete en el Santo Oficio la memoria de mi padre, y que sólo se castigue á los verdaderos herejes; pero no á hombres como mis hermanos, que tienen más religion que Valdés.

—Se negará á salir de Madrid, y el Padre Santo apoyará su deseo.

—Osorio le hará ir; y en cuanto á Su Santidad, yo me

encargo de convencerle y de que retenga á ese anciano en Roma el resto de su vida. Sé que me estima el Padre comun de los fieles, y estoy seguro que no me negará lo primero que le pido.

— ¡Grave cosa me exigis, Julio!

— No lo es ménos mi embarque y abandono de mi esposa, familia y tranquilidad.

— ¿Estás decidido?

— Tanto, señor, que si me negaseis esta gracia no respondo de mí.

— Te la concedo.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo. Disponed tiros sin pérdida de tiempo; entregaré al duque la orden, y esta misma noche saldrá Valdés.

Oido esto por el conde de Arahál, pidió permiso al rey para abandonar la alcoba; y cuando lo hubo obtenido, enteró á su hijo de lo que acontecia, dispuso que inmediatamente apostasen caballos hasta Alicante, ordenando despues cuanto creyó oportuno para la marcha del cardenal. Luégo entró nuevamente en la estancia donde se hallaba el enfermo, le dió á éste el medicamento que le correspondia, y volvió á sentarse por mandato del soberano.

Era ya cerca de anohecido cuando Felipe se levantó con ánimo de marcharse. Habian pasado desde las tres hasta las seis hablando de lo que hemos oido, y ocupándose más tarde de los asuntos de Estado; el monarca escuchaba la opinion de Julio como á un oráculo; y en verdad que sentia extraordinariamente que causa tan poderosa le arrancase de su lado á un hombre que habia desconocido hasta entónces, pero que ya iba comprendiendo lo que valia.

— Príncipe—le dijo estrechando una de sus manos— restableceos pronto y partid al Perú. Quisiera que no os separaseis de mi lado, que me aconsejaseis dia y noche y me ayuderais á sostener la terrible carga que pesa sobre mí.

Es indispensable esa marcha, y me resigno; pero deseo que volvais lo más pronto posible, para que no os alejeis otra vez. Voy conociendoos, y por Dios que crece la estimacion que os tengo, segun voy levantando la cabeza para poder contemplar vuestra elevada frente. Adios, primo; puesto que lo quereis así, saldrá esta noche Valdés; mas no de embajador, sino desterrado. Indicadme el que le ha de reemplazar, y lo propondré á la Santa Sede.

Julio besó con efusion la régia mano, diciendo al rey:

—Gracias, poderoso señor; vuestra bondad me obliga y encadena de un modo que no acierto á definir, pero que sabré probar.

El soberano le hizo otro saludo y marchó de allí, encontrando, como al entrar, dos filas de personas, á cuya cabeza estaban los *invencibles*, esposas y parientes; luego los caballeros de la escolta del príncipe, y despues los mayordomos, ujieres, pajes, etc., que venian á concluir al pié de la carroza.

Felipe cruzó algunas frases cariñosas con la princesa, saludó á sus amigas, y viendo á los *invencibles*, quedó parado frente al atrevido Flaviano.

—Pienso, duque—le dijo en voz alta—que sabeis tanto como vuestro padre.

—Soy discípulo de Julio de Silva, señor—le contestó Osorio.

—Pero con la conciencia más elástica.

—Tengo ménos edad, y los pocos años...

—¿Qué uso hicisteis del permiso que os otorgué anoche?

—Señor, por obedeceros me sacrificué.

—¿De qué modo?

—Teniendo que hacer armas en defensa propia, contra los dependientes del Santo Oficio.

—¿Cuántos eran?

—Más de cincuenta.

—¿Y vosotros?

—Ocho.

— ¡Qué vergüenza! ¿Matasteis once?

— Esos cayeron en tierra; como la noche estaba oscura, no pude averiguar si espiraron allí ó más léjos.

— ¿Os atacaron al salir de palacio?

— A veinte pasos de la régia morada.

— ¿Quiénes os ayudaron?

— Mis cuatro hermanos presentes y los tres Zallas.

— ¡Luego cuando entrasteis á verme, os hallabais ya preparado!

— Señor, son tan malos esa clase de calumniadores, que no nos fué difícil prever el caso.

— Y vos tan sagaz y tan hábil como pocos. Veo que el príncipe mi primo no exagera al hablar de vos.

— Todos me desconocen, señor. Se han empeñado en llamar á las calaveradas propias de mi edad, hechos heróicos guiados por la astucia, el talento...

— ¿Es esta bella dama la griega que arrancasteis á Mustafá?

El monarca se habia fijado en Syra, y no obstante su austeridad, hubo de llamarle la atencion la hermosura de la odalisca; por lo cual anduvo dos pasos, quedando frente á ella.

— Sí, señor — le contestó la esposa de Zalla.

— ¿Fué tambien una calaverada — preguntó el rey al duque — la adquisicion de esta perla?

— Seguramente, gran señor; me mandó el príncipe á pescar, y como desconocia el arte, maté turcos y me traje ese precioso brillante que hallé en medio del Mediterráneo.

— Me refirieron el hecho, y es digno de vuestra privilegiada cabeza y heróico valor. Veo, efectivamente, que no mienten al hablar de las bellezas de esta dama.

— Señor — repuso la griega — en España son tan galantes los hombres, que cuanto hacen y dicen en obsequio de una mujer, y más todavía de una extranjera, todo les parece poco. Hé aquí la prueba: V. M. se digna ocuparse de mí,

siendo la que ménos vale, física y moralmente, de cuantas damas os rodean en este momento.

La indirecta paró al rey, el cual no pudo ménos de contestarla:

— Muy bien; unís á vuestros encantos, talento y discrecion. Dad la enhorabuena de mi parte á vuestro valiente esposo.

Y volviéndose nuevamente á Osorio, añadió:

— Duque, despedios de vuestra esposa, padres, amigos, y seguidme.

Y el rey, despues de saludar á los restantes *invencibles*, continuó por aquella larga hilera de guerreros y sirvientes, que terminaba junto á su carruaje. Caminaba dirigiendo la mirada y saludos á derecha é izquierda, exclamando para sí:

— ¡Qué rostros, qué altanería, qué hombres estos! Hasta los pajes demuestran osadía y valor en sus semblantes.

Flaviano dió un ligero apretón de manos á su esposa, padres y hermanos, y corrió en pos del rey, llegando á la vez que él al pié de la carroza. Ambos subieron, é inmediatamente partió el carruaje en direccion del alcázar.

En el mismo instante mandó el conde de Arahál reconocer las avenidas del palacio, sabiendo con disgusto que en todas ellas habia embozados, pertenecientes sin duda á la policia del cardenal Valdés. En tal estado, se reunió con los Navarros, Mendoza y Mauro, en el paralelógramo de Julio.

— Hijos — exclamó — es indispensable os armeis inmediatamente, y seguidos de quince oficiales, corraís al palacio real. Estamos sitiados; mas embozándoos bien, entraís en el convento por esa puerta secreta, saliendo á la calle por la excusada que hallareis detrás de la celda que sirvió al inolvidable Alberto de Silva. Flaviano lleva el encargo de prender á Valdés y conducirlo fuera de España; por consiguiente, es necesario ayudarle, toda vez que el terrible anciano probablemente se negará al cumplimiento de dicha orden. No

perdais tiempo; procurando regresar cuando hayais dejado fuera de Madrid al cardenal, á mi hijo y á dos Zallas, todos los que se dirigen á Alicante.

El conde les enteró despues de algunos pormenores relativos á la prision de Valdés, é inmediatamente fué obedecido, saliendo del palacio los diez y nueve hombres que hemos indicado.

El padre de Osorio, tranquilo ya por el aspecto que presentaba el asunto, y habiendo hecho cuanto podia en pro de los suyos, se dirigió á la cama del enfermo, sentándose á la cabecera, con la calma que residia en todos los actos y situaciones de su vida.

—¿Partió Flaviano?—le preguntó el príncipe con interés.

—Sí, al lado del rey; y en pos corren tus cuatro hermanos restantes y quince oficiales, entre los cuales van Andrés y Alvaro Zalla.

—¿Dispusisteis tiros?

—Hace tiempo que mandé los suficientes; y en mi calidad de secretario de Estado, despaché un correo para que el gobernador de Alicante tenga listo un buque, en el que deberá hacerse á la vela, poco despues de su llegada, el terrible inquisidor.

Julio, el conde de Arahall, el marquès de Abella y las cuatro esposas de los *invencibles*, continuaron hablando del destierro de Valdés. El primero discurría ya como antes de morir su padre, sintiéndose cada vez más fuerte y aliviado de la enfermedad física que le habia creado la intoxicacion dispuesta por el sabio Vallés.

Las puertas y postigos del palacio continuaban cerrados, y sobre las armas los soldados y oficiales que habian quedado.

En tal estado anocheció; el número de sitiadores que rodeaban la morada de Silva se aumentaba considerablemente, viéndose en torno del palacio multitud de embozados, que, tristes y silenciosos, parecían una terrible bandada de

esas aves nocturnas que á veces suele invadir el espacio. Se hablaban continuamente al oído, comunicándose el santo y seña que les habian dado. Iban de caza; pero las reses eran tan astutas y fieras, que debian proporcionarles más de un disgusto, como única recompensa á tan servil subordinacion y sanguinario intento.

Sepamos ahora en dónde se hallaba y qué hacia el intran-
sigiente inquisidor general.

CAPÍTULO VII.

Prision y destierro.—Resignacion de un fanático.—La calle de Atocha.—
Nuevo llanto.—Roch en campaña.

La régia carroza llegó al alcázar, descendió primero Flaviano, luego S. M., y ambos se encaminaron al modesto despacho de Felipe II.

El monarca se sentó, y oprimiendo un timbre, dijo al palaciego que acababa de entrar:

—¿Quiénes esperan?

—El embajador de Francia, el de Roma, el duque de Alba y el marqués de Feria. Debo hacer presente á V. M., que el señor cardenal Valdés ha estado tres veces, con vehemente deseo de hablar á V. M.

—Avisadle que ya he llegado; y en el momento que venga, puede pasar al salon verde del piso bajo, donde esperará mis órdenes. Los demás que aguarden.

Salíó el gentil-hombre, y dirigiéndose el monarca á Flaviano, le dijo:

—Cumplí la palabra que os he dado anoche; el príncipe, acompañado de vosotros cinco, partirá en breve al Perú, donde hallará, por desgracia, el guerrero entretenimiento

que le ha recetado Vallés. Y para que todos quedeis completamente satisfechos, voy á extender la orden á fin de que esta noche salga desterrado de España el inquisidor Valdés. Lo llevais á Alicante; que elija allí el punto donde quiere residir, y á vuestra presencia que se haga á la vela en un buque de la marina real. Infero que no tendreis queja alguna de mi.

—Antes por el contrario, agradecemos la bondad con que nos honra V. M., y los seis nos hallamos dispuestos á todo cuanto exija de nosotros tan magnánimo señor.

—Eso está bien, duque; pero anoche...

—Señor, me atacaron, y V. M. no hubiera visto con agrado que me dejase prender y encerrar en los calabozos de la Inquisicion, donde probablemente me atormentarian hasta verme espirar. Soy un general de V. M., que en nada ha faltado á su rey, patria y religion.

—Aun cuando yo os hubiera sacado de esos calabozos, no veo del todo mal que os defendierais de un modo que tan alto habla de vuestro valor; lo que no he olvidado, y suele causarme algun disgusto, son vuestras frases. Todavía contaís pocos años, y en verdad que anoche me envolvisteis en una intriga tan hábil como endiablada.

—Señor, siento mucho haber ofendido á V. M.; y si es posible reparar el daño, me encuentro dispuesto á cumplir lo que V. M. exija, aun cuando tenga que entregarme á los esbirros de la Inquisicion.

—¡Esbirros, esbirros! ¿Dónde fuisteis á buscar la frase?

—Me equivoqué, gran señor; quise decir familiares ó dependientes del Santo Oficio.

—Eso ya es otra cosa. Así me gustais, duque; francos y leales para conmigo; intrigantes y fieros contra los malvados que nos asedian. Pedid sin ambajes, y os concederé sin reparo; pero deseo que no tengais secretos para mí. Mucho valeis; mas vuestro rey os conoce, os aprecia como mereceis, y fuera ingrato é impropio de vuestra nobleza no acercaros

á vuestro señor del modo que os acabo de indicar. En adelante ved en mí á mi tío Alberto de Silva.

—También nosotros, poderoso señor—contestó Flaviano con entusiasmo y placer—desconocimos á V. M. Yo acepto la bondadosa mano que hoy se digna tendernos, con el reconocimiento y gratitud que merece. Hablad, señor, hablad; y ¡ay del que no se humille ante el elevado acento del soberano español! Los seis formamos un solo hombre; pero éste se convertirá desde hoy en incontrastable dique, que sostendrá el trono donde se sienta el más noble de los reyes.

—Lo creo, y cuento con vosotros. Valdés no tardará; voy á extender las órdenes para que no le hagais esperar mucho tiempo.

Y Felipe escribió de su puño y letra dos pliegos, concluidos los cuales firmó, diciéndole al duque:

—Oid, para que tengais conocimiento del contenido de las órdenes que vais á llevar á cabo. Dice la primera:

«Señor cardenal Valdés: En el acto de leer este escrito, acompañareis á mi valiente general duque del Imperio al sitio que os lleva de orden mia. Subireis á una carroza de mi real casa, y os tendré por rebelde si oponéis la menor resistencia. En el camino os entregará el mencionado general otro pliego; en él vereis lo que pienso y dispongo de vos.—Yo el rey.»

—Dice la segunda:

«Señor cardenal Valdés: Vuestro excesivo celo en el desempeño de los asuntos que os están encomendados, y la exageracion de vuestras ideas, son incompatibles con la tranquilidad y reposo de mis pueblos. Creo que con ménos dureza se puede conseguir mucho más, por cuya razon es indispensable salgais de todos mis Estados, si bien os conducirá al punto del extranjero que designeis, un navío de la marina real. Si contravinieseis á esta orden ó mostraseis la menor resistencia, os trataré como á reo de lesa majestad; encargando desde ahora al general duque del

Imperio, castigue como merece tan grave delito. — Yo el rey. »

—¿Estais satisfecho?

—Completamente; es un acto de justicia que honra á la entereza y elevado talento de V. M.

Felipe cerró, lacró y selló las órdenes, entregándoselas acto continuo á Flaviano de Osorio. Luégo continuó hablando con él hasta el momento en que, presentándose en el regio despacho un gentil-hombre, exclamó :

—¿Señor?

—¿Qué acontece?

—Su eminencia el cardenal Valdés aguarda en el salon verde del piso bajo, las órdenes que V. M. se digne comunicarle.

—Que pongan á la puerta del alcázar y á disposicion del general Osorio, un carruaje de camino. Que abrevien, pues deberá salir de Madrid antes de media hora.

Marchó el cortesano; y el monarca, dirigiéndose á Flaviano, continuó :

—Sin ruido, disgustos ni alarma, llenad vuestro cometido; regresando lo ántes posible, para que emprendais vuestra marcha al Perú. Anhele veros volver de Ultramar, para que no os separeis de mi lado, á no exigirlo alguna circunstancia grave. Mucho vale el príncipe, bastante vos, y algo vuestros compañeros. No perdais tiempo. Hé aquí mi mano.

Flaviano besó la diestra real, demostró nuevamente al monarca su reconocimiento y se despidió, saliendo de la cámara. En la saleta se puso la capa de grana y chambergo con pluma negra, arregló sus bigotes y banda, y empuñando con la mano izquierda el cetro ó pequeño baston de general, se embozó, dirigiéndose al salon verde, donde esperaba de pié, impaciente y con ceño adusto, el ex-inquisidor general.

Iba Osorio alegre, satisfecho del rey, de sí mismo, y con la gallardía y gentileza que le eran tan peculiares.

De este modo llegó al piso bajo, y haciendo retirar á los porteros y ujieres situados cerca de donde estaba Valdés, avanzó hasta encontrarse frente á frente del caduco cardenal. Flaviano se bajó el embozo, y enseñándole su banda y cetro, le dijo:

—Perdonadme, eminentísimo señor, si no descubro mi cabeza; estoy de servicio, y el sombrero forma parte de mi uniforme.

Valdés reconoció al duque, retrocediendo dos pasos asombrado, perplejo y sin acertar á comprender lo que significaba la inesperada presencia de su enemigo. Fué á hablar y le faltó la voz; tembló de ira y coraje, y haciendo un esfuerzo sobre sí, exclamó:

—¡Qué pretendéis, mal hereje!

—Serenaos, excelentísimo señor, y podreis hablar con más propiedad. Si hay malos herejes, es indudable que deben existir buenos; y como yo no conozco á éstos ni tengo noticia de que los haya, os ruego aprendais el idioma castellano, en el caso de que presumais de español. Mas si tal fuese vuestra erudicion que ignoraseis esa lengua, habladme en latin, en italiano, en francés, en aleman, en árabe, en turco y en maltés; poseo esos idiomas, y en todos os comprenderé si os expresais en alguno con propiedad.

—¿Quién fué el atrevido que osó permitiros llegar hasta aquí?

—S. M. el rey, vuestro señor: os repito que estoy de servicio.

—¡Mentís!

—Las canas no autorizan insultos; os digo, por última vez, que me hallo representando á S. M.; y si continuais expresándoos de ese modo, concluiré por encerraros en un calabozo, del cual no saldreis vivo, señor Valdés.

—¡En una prision! ¡á mí!

—A vos. *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.* ¿Conoceis el refran?

—Estais delirando, señor Osorio.

—No lo creais, Valdés; recordad lo que aconteció anoche en la plaza de Palacio; las tres visitas inútiles que hicisteis hoy á S. M.; todos vuestros esfuerzos estrellados bajo la planta de este jóven imberbe, y comprendereis fácilmente que los *invencibles* no amenazan nunca, pero que jamás dejan de cumplir lo que ofrecen. Me llenaron de indignacion vuestros instintos sanguinarios; os arrojé un guante; tuvisteis la imprudencia de recogerlo, y al obrar de ese modo os conquistasteis un puesto al otro lado de los Alpes.

—¡Seriais capaz!...

—¿Por qué no?

—¡Osariais!...

—¡Hubiera perdido la vida primero que faltar al cumplimiento de mi palabra! Nací, cardenal, entre el fragor de las batallas; abrí los ojos delante de los enemigos de mi patria; á los diez años de edad tiraba tanto como mi padre; á los catorce me batí, avanzando tanto como el primero, y á los veinticuatro años cuento veintisiete combates, treinta desafíos y un arroyo de sangre bajo mis piés. Humillé príncipes, grandes, poderosos, nobles y plebeyos, sin que nadie me hubiera vencido á mí. Prodigué mi vida como el oro; guardé la honra como mi único bien, y no era dable que viniera á sucumbir bajo esas plantas débiles y caducas, el original del retrato que os acabo de ofrecer. Me desconocisteis, y al que obró como vos, le costó muy caro, Valdés.

—Todo eso son frases que podrán decir mucho, pero que no hacen efecto, Osorio.

—Entónces, usaré de otra cosa mejor.

Y sacando la primera orden que le leyó el rey, se la entregó, diciendo:

—Reconoced el sello, letra y rúbrica, y obedeced; de lo contrario, os encierro en una mazmorra, y mañana os ahorcan.

Valdés tembló como un azogado, y mirando el sobre,

retrocedió cada vez más asombrado. Luégo leyó el escrito, se lo guardó sin saber qué hacia, y cayó sobre un sillón, exclamando:

— ¡Me vencieron, y se atreven á castigarme! ¡Qué iniquidad!

Y cubriéndose el rostro con las manos, ocultó la ira y sonrojo que le produjeron las fatales líneas que acababa de ver. De este modo permaneció más de diez minutos. Al poco tiempo entró un gentil-hombre, y saludando al duque con el mayor respeto, le dijo:

— Señor general, á la puerta del real alcázar espera un carruaje de S. M., dispuesto para vos.

— Está bien; decid al rey que me apresuro á cumplir sus órdenes.

El palaciego volvió á inclinarse, desapareciendo de allí.

A la vez se levantó el cardenal, y con voz ronca le dijo:

— Cuando gustéis.

Osorio se acercó á él, y le respondió:

— Tengo la costumbre de alargar la mano á los vencidos; podeis apoyaros en mi brazo, si gustais.

Valdés le echó una mirada terrible, replicando:

— No quiero nada de vos ni de los vuestros; prefiero mi muleta.

Y comenzó á andar en direccion de la salida de palacio; el duque iba detrás contemplándole con desden.

Era ya de noche; muy cerca del regio zaguan se hallaba efectivamente un carruaje de camino, con las armas reales. Tenía su correspondiente cochero sentado en el pescante, y al lado de la portezuela dos lacayos que esperaban obedecer al duque. En torno se veian diez y nueve embozados, cuatro en mantos de grana, con gorras y plumas encarnadas, y quince con capas negras, chambergos y plumas del color de sus mantos.

Valdés llegó al coche, subiendo á él ayudado por los lacayos; despues lo efectuó Osorio, sentándose ambos en la

testera; pero á la vez entraron dos de los embozados y se colocaron enfrente. Eran Andrés y Alvaro Zalla. Seguidamente le alargaron á Osorio cuatro manos, que él estrechó con cariño, sin que los unos ni el otro pronunciasen una palabra. Eran estos cuatro los que se hallaban cubiertos con mantos de grana, ó sean el conde de Santomera, su hermano Roberto, Mauro y Rogelio. Acto continuo se retiraron, sin bajar una línea el embozo.

Osorio sacó la cabeza fuera de la portezuela, saludó á los restantes encubiertos, que le contestaron quitándose los sombreros é inclinando la frente, y acercando sus labios al oído de un lacayo, le dijo muy quedo:

—Despacio hasta salir de Madrid; ya en el campo, corred cuanto podais en direccion de Alicante, adonde quiero llegar con la brevedad posible. Teneis tiros apostados, y es preciso ganar tiempo.

La portezuela se cerró, y sentándose los lacayos á derecha é izquierda del cochero, partió la carroza, yendo detrás y á una respetable distancia los diez y siete embozados amigos y subordinados del duque.

Eran las ocho de la noche cuando el carruaje atravesó los muros de Madrid, deteniéndose á doscientos pasos de la puerta.

—¡A escape!—gritó el duque del Imperio.

—Adios, Flaviano—dijeron los cuatro embozados en mantos de grana; aquél les contestó con otro saludo, y el coche, arrastrado por briosos corceles, desapareció por el camino de Alicante. Los encubiertos continuaron inmóviles hasta perderlo de vista. Cuando ya no percibían ni aún el ruido de sus ruedas, se descubrió el conde de Santomera, y haciendo aproximarse á un oficial de los que le acompañaban, le dijo:

—Adelantaos, Marin; entrad por el convento, segun hemos salido, penetrad en el palacio, abrid todas las puertas, y que aparezca el zaguán profusamente alumbrado.

El oficial obedeció, y los cuatro *invencibles*, seguidos siempre de los diez y seis embozados, se dirigieron á la calle de Atocha. Iban despacio, recatados sus rostros como anteriormente, y hablando entre sí.

— En vista, señores, de la conducta observada por S. M. — decia el conde de Santomera á sus tres amigos — conviene espantar al enjambre de aves nocturnas que rodean el palacio, sin escándalo ni ruido alguno. Son pobres gentes, tan fanáticas como Valdés y tan escasas de espíritu, que inspiran compasion.

Los cuatro convinieron con esta idea, y arreglando su plan, penetraron en la calle de Atocha.

El oficial que se habia adelantado llegó á la puerta secreta, que un tiempo sirvió al padre Alberto para salir á practicar la caridad, de que tanto gustaba, y hallándola entornada, pudo entrar en el palacio sin ser reconocido por nadie. Acto continuo bajó al zaguán, comunicó á sus compañeros la orden que acababa de recibir, é inmediatamente se alumbró el portal, abriéndose las grandes puertas de aquel sitiado edificio.

No obstante los esfuerzos del cardenal Valdés, sólo consiguió que rodeasen el palacio de Silva unos ochenta hombres, siendo así que pasarian de cuatro mil los que tenía afiliados á su terrible ejército. Dejaron de ir los más, porque conociendo la influencia y poder de los seis guerreros, temian indisponerse con la generalidad de los madrileños; no juzgándose por otra parte con suficiente valor para arrostrar las iras de unos caudillos que la fama llamaba *invencibles*, y á quienes no se les conocia rival. Resultaba, pues, que la masa sitiadora se componia, en general, de hombres con una dosis tan excesiva de fanatismo, como escasos de inteligencia y arrojo. Durante la tarde recibieron varias órdenes contradictorias algunas de otras; pero últimamente se presentó el sobrino de Valdés, diciéndoles, que en el momento que las puertas se abriesen debian penetrar todos, yendo él

á la cabeza. Algunos de los presentes tenían noticia de lo ocurrido la noche anterior; vieron luego entrar y salir la carroza de S. M.; y aún cuando no pudieron distinguir á los que iban dentro, dieron por hecho que sería el monarca ó algun individuo de la real familia; y estas circunstancias enfriaron un fanatismo que pugnaba ya con el instinto de conservacion. No obstante lo cual, permanecieron cerca del sobrino del célebre cardenal los ochenta encubiertos que estaban desde por la tarde.

Al notar estos hombres que se abrian las puertas del espléndido palacio, se arremolinaron; corrieron; hablaron entre sí; dictó medidas el jóven Valdés, consiguiendo rodearse de los suyos, y á la vez de multitud de paisanos que acudieron en torno de ellos.

Los familiares echaron abajo sus embozos, y acercándose á dos varas de la fila de guerreros que defendian la entrada del palacio, exclamó el sobrino de Valdés, que iba delante:

— ¡Abrid paso al Santo Oficio de la Inquisicion!

Nadie le contestó; pero asomaron instantáneamente las puntas de veinte aceros, formando una línea recta de un extremo al otro del zaguan. Luego aparecieron quince mechas, y un instante despues respondió el jefe de la guardia:

— Si podeis entrar, hacedlo; mas os sería conveniente no intentarlo.

En el momento que los paisanos comprendieron quiénes eran los misteriosos embozados que vigilaban la morada de Silva, se echaron atrás, quedando no obstante á una respectable distancia, anhelando saber qué acontecia entre los *invencibles* y los de la venera.

A las palabras del jefe de la guardia sucedió un profundo silencio; los familiares se hablaron al oído, y un segundo más tarde se oyó un grito exhalado por más de cuarenta espectadores, que acabó de helar la sangre de los dependientes de la Inquisicion.

— ¡Los *invencibles*!... ¡Vivan los *invencibles*!— gritaron.

Eran ellos efectivamente, que llegaban por la parte Occidente de la calle. Al aproximarse á los paisanos se echaron atrás el embozo derecho del manto, y yendo delante los dos Navarros, Mauro, Mendoza, y en pos los doce oficiales que les seguian, fueron penetrando hasta el centro del semicírculo que formaban los sitiadores.

— ¡Aquí están! — exclamaron aquellos — y les abrieron paso, rodeándolos instantáneamente.

— ¡Aquí estamos! — repitió el conde de Santomera, lanzando una desdeñosa mirada sobre ellos.

— ¡Seguidnos, seguidnos! — repitieron los de la venera.

— No — les dijo Odon — basta con la leccion que os hemos dado anoche.

El pueblo, que observaba la escena, al oir esas voces y comprender que la Inquisicion y los *invencibles* se hallaban en pugna, lanzó nuevos vivas á los héroes de Malta, desechó su primitiva timidez, y más de cincuenta hombres se lanzaron detrás de los caudillos españoles, gritando:

— ¡Vivan los *invencibles*! los hijos del santo! los que jamás delinquieron! ¡Ay de sus enemigos!

— ¡Silencio! — exclamó Mauro, dirigiéndose á las masas. Estas callaron; pero continuaron unos avanzando hasta llegar junto á los oficiales de aquél, y otros en actitud amenazadora rodearon á los familiares, cerrándoles el paso é impidiéndoles que pudiera retirarse ninguno.

Los curiosos se aumentaban; los que llegaron ántes enteraban á los recién venidos de lo que acontecia, y declarándose todos en favor de los *invencibles*, fueron llenándose los alrededores del palacio de Silva de nobles y plebeyos en número considerable.

El sobrino de Valdés y sus *satélites* estaban perdidos; una sola voz de cualquiera de los cuatro *invencibles*, bastaba para que más de trescientos hombres, entre militares y paisanos, dieran fin de todos.

Ante el acento imperativo de Mauro dejaron de dar vivas

y gritar; pero se escuchaba ese rumor de cien y cien personas que hablaban á la vez, amenazando unos, votando otros y murmurando los más.

La voz del conde de Santomera volvió á oirse, callaron las masas, fijando su atencion con religioso silencio.

—Retiraos de aquí—dijo á los familiares—que en ese palacio ni á su puerta hay otros herejes que vosotros, los cuales, convertidos en ciegos y torpes instrumentos, consentisteis en degradaros hasta el punto de pretender profanar la morada del invicto príncipe de Italia, primo de S. M. el rey. Vuestro jefe comienza ya á sufrir las consecuencias de su villano intento, y en este instante, preso por el duque del Imperio, corre léjos de estos reinos, en los que no volverá á entrar.

—¡Viva el rey!

—¡Viva el príncipe de Italia!

—¡Viva el duque del Imperio!

—¡Vivan los *invencibles*, los héroes!

Exclamó nuevamente el pueblo.

—¡Silencio!—repitió el conde de Santomera; y dirigiéndose á los familiares, añadió:—Huid de aquí; y si no teneis otra cosa en que entreteneros, pedid una rueca é imitad á vuestras abuelas. ¡Soldados!—gritó á los del palacio—haced despejar los alrededores de mi casa.

La guardia quiso obedecer; mas las aves nocturnas se desbandaron instantáneamente, entre los gritos, silbas y carcajadas de la multitud; de aquellos que no há mucho les aplaudian al verlos acompañar las terribles procesiones de que hemos hablado ántes.

¡Ay de los que se convierten en ídolos! Pronto el huracan popular mina la base por sus cimientos, y rueda el pedestal, arrollando al desgraciado que se creia seguro sobre la cúspide de una eminencia formada de papel.

Los *invencibles* y cuantos les acompañaban entraron en su espléndida morada, sin dignarse volver la vista atrás; y los

soldados que se lanzaron á la calle, no hallando más que curiosos entretenidos en aplaudir á los unos y en silbar á los otros, los dispersaron tambien con palabras, fundados en que el ruido y las voces que daban perjudicarian al príncipe de Italia.

Volvió á quedar la calle de Atocha y zaguan del palacio de Silva en completa tranquilidad y silencio.

Los cuatro *invencibles* enteraron al príncipe y personas que le rodeaban de todo lo acontecido, brillando ya en los semblantes de aquellos seres una satisfaccion que ahogaron hasta entónces la muerte del trinitario y la enfermedad del hijo. Sólo el conde de Arahal se hallaba ensimismado, triste y como luchando con una idea desagradable. De pronto alzó la frente, y demostrando haber adoptado por fin una resolucion extrema, exclamó:

—Hijos, ya que Julio se halla tan aliviado, y toda vez que pueden quedar en su compañía la condesa de Monterubio, la esposa de Mendoza y la mia, os invito á que cenemos juntos esta noche.

Silva apoyó la idea, y los restantes no encontraron objecion alguna que oponer. En consecuencia, se levantaron, y cogidos del brazo Arahal y Abella, en pos las cuatro damas, y detrás Mauro, Odon, Roberto y Rogelio, se dirigieron al comedor; mas al pasar por la cámara de estudio de la princesa se detuvieron los dos que rompian la marcha, diciendo el padre de Osorio:

—Entremos aquí, pues deseo que ántes de cenar hablemos sobre un asunto que á todos interesa.

Las damas se miraron unas á otras, sin comprender la causa de aquella inusitada entrevista; pero obedeciendo al anciano conde, penetraron en la estancia y se fueron sentando, como los restantes, en torno de una mesa redonda que habia en el centro de aquel saloncito.

Arahal oprimió un timbre, diciendo al paje que se presentó:

—Dí á la esposa del capitan Zalla, que la esperamos en esta habitacion. Luégo que llegue, cierras esa puerta y os retirais todos al comedor.

El sirviente desapareció, volviendo á los pocos instantes acompañando á la bella griega, la cual se sentó tambien entre la princesa y Adela Montiel.

El conde hizo otro esfuerzo sobre sí, y fijándose en las damas, dijo:

—Hijas, os ruego me prestéis toda vuestra atencion, y comprendiendo bien mis frases, os dispongais á hacer un nuevo sacrificio, el cual es de todo punto indispensable, como á su tiempo os demostraré. Sensible es, tras un padecer tan continuo, ver éste prolongarse, cuando parecia llegado su término; pero, hijas mias, así lo quiere el destino, y fuerza es resignarse; pues si es cierto que os acerca á los labios continuamente el cáliz de amargura, no lo es ménos que la Providencia os otorgó un talento y fuerza de espíritu capaces de arrostrar con brio los males con que suele castigarnos. Dios es misericordioso, y acaso sea este el último trance amargo que hallemos en el camino de la vida. Tened confianza en su innegable bondad y en las súplicas que en favor nuestro estará ya haciendo el padre Alberto, nuestra egida en este mundo y en el otro.

Calló el anciano, y las cinco damas se fijaron en él, sorprendidas, confusas y sin acertar á comprender qué vendria detrás de tan terrible exordio. Sus rostros, sonrosados ya con el carmin que matizaba sus hermosas mejillas, demostraban un asombro que las embellecia más aún. En cuanto á los *invencibles*, adivinaron el asunto de que se iba á tratar, y se presentaban indiferentes ante el daño que se proponia anunciarles el viejo Osorio. Éste, no queriendo impacientar á aquellas, añadió:

—Hijas mias, al morir el príncipe de Italia, perdió la razon su noble hijo, y hubiera muerto loco á no haber hecho un milagro la ciencia de Vallés. Pero es el caso, que Julio

ha quedado tan predispuesto á la demencia por algun tiempo, que si continúa en Madrid y en la inaccion, tornará á enloquecer, y el infeliz seguirá de ese modo hasta su muerte. Para evitar esta nueva y terrible catástrofe, es indispensable que salga inmediatamente de España, y en lejanas tierras, venciendo á los enemigos de su patria y orlando de nuevo su frente con inmarcesible gloria, olvide ó al ménos amortigüe la idea que descompone su cerebro. Sería una iniquidad dejarlo partir solo, como él queria; una ingratitud que no tiene cabida en mi hijo, en sus cuatro amigos restantes ni en ninguna de vosotras. Entre el rey, Vallés, Flaviano y yo, ocultando al príncipe la verdadera causa, le hemos obligado á que se decida y marche al Perú; mas irán con él sus cinco hermanos y los tres Zallas; á no ser que vosotras os opusierais, juzgándoos incapaces de un sacrificio que no es dado arrostrar á todos los seres.

Calló el conde; la princesa se cubrió el rostro con las manos, para disimular el llanto que se agolpó á sus ojos, y Aurea, Elisa, Adela y Syra, se limpiaron prontamente las lágrimas que llegaron á sus párpados, y con entereza y firme resolucion contestaron al conde:

—Que vayan nuestros esposos; que rodeen noche y dia á nuestro hermano Julio, y si consiguen que éste sane, nos tendremos por dichosas.

—Gracias, hermanas—exclamó Elvira levantándose y abriéndoles los brazos, quedando unidas las cinco, formando un precioso grupo, donde sobresalía más el valor y la sublime abnegacion, que los mil encantos de sus perfectos rostros.

—Hijas—añadió Arahall enternecido—dignas sois de los esposos que el cielo os concedió.

—Yo lo creo—replicó el marqués de Abella—es indudable que la sangre de los héroes circula ya por las venas de esas amazonas.

—Si os parece, marchemos al comedor—exclamó uno

de los *invencibles*, enternecido como el conde de Arahal y los cuatro restantes que le acompañaban.

Y los once se sentaron poco despues á la mesa, notándose en los semblantes de las damas una alegría forzada, pero sublime por la causa y valor que la sostenia.

Mientras ellos hablaron y cenaban ahora con buen ó mal apetito, tenía lugar otra escena en la alcoba del príncipe, no tan patética, pero interesante tambien.

Quedó el enfermo é inimitable caudillo, sentado sobre la cama, hablando con su madre política la condesa de Montarubio, y las esposas de Arahal y Abella.

Cuando hubieron cruzado algunas frases callaron los cuatro, exclamando al poco tiempo Silva:

—Se me ha ocurrido una idea, y con vuestro permiso quisiera realizarla.

—Con mucho gusto, hijo mio — le contestó la condesa — siempre que no te violentes ni perjudique al notable alivio que sientes.

—Descuidad, madre mia; me encuentro bien, y no es asunto que pueda alterarme. Hacedme el favor de ver si hay alguno en el salon contiguo, y en caso afirmativo, decidle de mi parte que haga llegar hasta aquí al patron Roch, si, como presumo, está en el palacio.

La condesa salió, transmitió la órden, y cinco minutos despues apareció la grave figura del entendido contramaestre. El célebre marino hizo una reverencia, quedando parado á la puerta por no atreverse á pasar adelante.

—Entrad, amigo mio — le dijo el príncipe — sentaos en ese sillón, junto á la cabecera de mi cama. ¿Cómo no habeis venido ántes á verme?

Y le alargó la mano. Roch cayó de rodillas al pié del lecho, cogió la diestra de Julio entre las suyas, y cubriéndola de besos y de lágrimas, le contestó:

—Señor, anhelaba veros más que el vivir; pero durante vuestra grave enfermedad no me atreví á pasar de la cámara

contigua. Tambien yo he estado enfermo, como el señor conde de Arahall y el señor marqués de Abella; si bien no hice cama ni otra cosa que suspirar por la muerte del santo, y llorar por la causa que os retenia en el lecho.

—Alzad, noble marino— le dijo Silva— sentaos á mi lado; así; ya sé que me amais, y no me es desconocida la hidalguía que encierra vuestro corazon.

—¿Os sentís bien, mi noble señor?

—Perfectamente, amigo mio; me hallo casi en la convalecencia, y pronto, Dios mediante, cruzaremos juntos el inmenso Océano.

—¡Qué intentais, señor! Pensad en curaros bien, y luégo en descansar; harto habeis hecho ya por una patria que os debe más que á ningun otro español.

—Eso me lo decis á mí, pero vos no seriais capaz de verificarlo. Todo cuanto el hombre practique en pro de su país, es poco para lo que éste merece. Léjos, muy léjos nos llama el deber, nos impele la voz de nuestra patria; y allí, Roch, iremos á vencer ó á morir como buenos españoles. Supongo que puedo contar con vos.

—¡Quién lo duda! Mi mayor dicha será atravesar los mares en vuestra compañía.

—Decid, ¿habeis estado en el Perú?

—Llegué dos veces hasta el istmo de Panamá, y una á Lima.

—¿Luego conoceis bien esa travesía?

—Perfectamente.

—Me alegro. El rey ha puesto á mi disposicion los buques que quiera elegir de la marina real, para emprender ese viaje; mas pretendo que en esta ocasion no le cueste al Estado un solo maravedí los servicios que vamos á prestarle; por consiguiente, marchareis mañana á Cádiz; adquirid el navío que reuna mejores condiciones y ofrezca más seguridades; armadlo con diez cañones; reunid en él una tripulación inteligente y laboriosa, poniendo en conocimiento mio

el día en que podremos hacernos á la vela; no perdiendo de vista, que urge mucho nuestra presencia en Lima. Mis mayordomos os darán letra abierta contra el comercio de Cádiz; llevais el sueldo que os agrade, y amplias facultades para gastar cuanto necesiteis. No economizad el oro, pero contad los minutos.

—¿Engancho artilleros?

—No; la gente de armas nos seguirá á nosotros. ¿Quereis llevar el nombramiento de alférez de la marina real?

—No es necesario; si á la vuelta me hace falta, ya os rogaré se lo pidais al rey.

—¿Podreis salir mañana para Cádiz?

—Al ser de día partiré.

—Pues estrechad mi mano, hablad con mis mayordomos, y retiraos á descansar.

—Lo haré así, gran señor.

—No dejeis de mandar un correo con anticipacion.

—Procuraré abreviar y avisaros.

—Buen viaje, y hasta que nos veamos en Cádiz.

Roch se despidió del príncipe y de las tres damas que le acompañaban, pidió permiso para saludar á los *invencibles*, padres y esposas, que aún permanecían en el comedor, y verificado esto, comenzó á cumplir las órdenes del príncipe con inteligencia, celo y energía, cualidades que tanto distinguían al valeroso y experto marino catalán.

Las puertas del palacio se cerraron, los centinelas quedaron en sus puestos, mientras sus compañeros se entregaban al descanso, vestidos y en la forma acostumbrada en los que se hallan de servicio.

Una hora despues dormían Julio, los *invencibles*, sus padres y la mayor parte de los individuos que componían la servidumbre; y velaban, en el salón contiguo á la alcoba del enfermo, un oficial y dos doncellas de la princesa, únicos que permitió Silva se quedasen para cuidarlo.

Las cinco damas, que tan valerosas se mostraron en el

gabinete de estudio de Elvira, cada una en su respectivo lecho, bañaban con abundantes lágrimas los almohadones de las camas. Solas y entregadas á un nuevo y amargo dolor, pasaron la noche entre ahogados suspiros que exhalaban sus corazones. Sin perjuicio de lo cual se levantaron al día siguiente, demostrando, como poco ántes, una satisfaccion exterior que se confundia con la verdadera.

Este era otro sacrificio que las infelices se veian obligadas á hacer, pues no sabian fingir, y tenian que violentarse mucho para aparentar una alegría que no pasaba de sus finos labios.

CAPÍTULO VIII.

Decaimiento. — La carrera. — Llegada á Alicante. — Regreso.

Cuando el cardenal Valdés se halló fuera de Madrid en un estrecho carruaje y entre tres hombres, cuya arrogante mirada imponía al más osado, sintió el decaimiento propio de su estado y aflicción. Por momentos fué notando que desaparecía aquella fuerza moral, aquella energía que lo elevaron y sostuvieron en una de las posiciones más encumbradas del reino. El audaz y afortunado Flaviano de Osorio le hirió en el corazón, y la consiguiente fiebre lo consumía y devoraba.

Durante las tres primeras horas de camino, concibió ideas atrevidas; formó planes dignos de su anterior ardimiento, y cual experto general disponía la batalla, donde pensaba confundir á todos sus enemigos; mas el ambiente de la noche, mezclado con el aliento del general Osorio y de sus dos valerosos capitanes, chocaba en su frente, refrescaba sus ideas, y entónces veía tal como eran los castillos que había formado sobre el aire. La época, el carácter de Felipe II y el valimiento y poder de los *invencibles*, se presentaban á sus

ojos cual gigantescas torres, sobre las que se estrellaban sus planes y cálculos.

Al llegar aquí inclinó la cabeza sobre el mullido forro del carruaje, y entre ahogados suspiros, que no se le escapaban á Flaviano, exclamaba para sí:

— ¡ Todo acabó ! Terminaré mis días en la oscuridad y en el olvido. ¡ Y si fuera eso lo peor !

Y Valdés comenzaba á sentir los dolores que le producía el agudo dardo del remordimiento.

El triunfo del duque enfrió su fanatismo, haciéndole dudar hasta de aquello que creía más santo. Y entónces se le presentaban en lontananza las pálidas y horripilantes figuras de los condenados por él á relajar, los cuales se abrian paso al través de las entrañas de la tierra, y entre llamas infernales le pedían cuenta de las ejecuciones que les arrancó la vida, sin darles el tiempo suficiente para reconocer su error, y postrados á los piés del Eterno, demandarle perdon por sus faltas y extravíos anteriores.

Esto hacia sufrir al octogenario más que la prision y triunfo de su jóven y entendido rival. Cuando se hallaba en lo más terrible de sus meditaciones, se detuvo el carruaje; y abriendo la portezuela un lacayo, exclamó:

— Cena, señor, si gustais tomarla.

— Sí, pardiez; haz que la dispongan inmediatamente con la esplendidez posible.

El sirviente desapareció, mientras que el general Osorio se volvió á Valdés y le dijo:

— Señor cardenal, va encargado de vos un caballero, que sentiria extraordinariamente dejar de complaceros, en cuanto sea compatible con el cumplimiento de la órden que le ha dado S. M. Pedid cuanto querais; si gustais cenar á mi lado, no hallo inconveniente alguno en que lo verifiqueis; si preferís que os la sirvan en el carruaje, mis capitanes lo harán con mucho gusto, y aún yo mismo, si lo exigierais; que vais preso, mas vuestros carceleros son hidalgos.

—Gracias—le contestó Valdés.—Sólo deseo un vaso de agua.

—¿Queréis permanecer solo ó acompañado en el carruaje?

—Me es igual.

—¡Zallas!—añadió el duque—vamos á cenar.

Y los tres echaron pié á tierra, dirigiéndose á la hostería que tenían á cuatro pasos. Cinco minutos despues volvieron al coche los dos capitanes; el uno abrió la portezuela, y el otro presentó al cardenal una bandeja, donde iban dos copas con agua y varios bizcochos y dulces. Valdés bebió el contenido de una de ellas, exclamando:

—Gracias; no quiero más.

La portezuela tornó á cerrarse, y obligando Osorio á los Zallas á que se sentasen á su lado, comenzaron á comer con buen apetito, y sin cuidarse para nada de su elevado prisionero.

Tres cuartos de hora más tarde subieron al coche, gritando el duque:

—Adelante, obligando á esos caballos cuanto sea posible; tienen buena sangre, y si los castigais un poco correrán bien.

Partió el coche; Flaviano se cogió á un tirante, apoyó su cabeza en el brazo izquierdo, y á la media hora quedó profundamente dormido. Poco despues le imitaron los Zallas, sin que le fuera dado hacer lo mismo al anciano cardenal.

El carruaje continuaba atravesando los extensos llanos de la Mancha; mudaban á menudo de tiro, y castigando continuamente á los caballos, pretendian imitar en su carrera á nuestras modernas diligencias.

Al reflejo de los dos faroles que el coche llevaba, distinguia Valdés los rostros de sus tres carceleros, envidiándoles aquel sueño y tranquilidad de que estaban poseídos.

—La conciencia de estos hombres—decia—no está aguijoneada por el remordimiento, mientras que la mia comienza á asaltarme de un modo terrible. O ellos ó yo nos equivocamos.

mos; los unos ó el otro comprendemos las cosas al contrario de lo que son; y como si fuera poco la humillacion y castigo que voy recibiendo, viene á atormentarme más y más la fria tranquilidad de esos hombres y los punzantes recuerdos que llegan á mí; pues parecen decirme que soy yo el equivocado.

Y el anciano pretendia nuevamente dormir; pero léjos de conseguirlo, volvian á presentarse ante su vista hombres ensambenitados, con coraza y mordaza, otros con sogas al cuello, y algunos entre llamas de un color encendido y repugnante; y todos en actitud amenazadora, y como haciéndole cargo por la prematura muerte á que les condenó.

Y el anciano abandonaba aquella postura, abria los ojos y miraba hácia el campo, pretendiendo huir de los fantasmas que se le aparecian al cerrar los párpados.

De este modo trascurrió toda la noche, dudando Valdés de lo que con tanta fe creyó no há mucho, admirando de paso el profundo sueño y calma de sus tres compañeros de viaje.

A la salida del sol despertaron Osorio y los dos Zallas. El primero arregló su manto, enderezó un poco la pluma de su sombrero, y miró á los dos capitanes y al cardenal. Éste lo contempló á su vez, sin ira ya ni enojo, y hasta se atrevió á decirle:

—Bien habeis dormido, señor duque.

—Perfectamente, mi querido prisionero; ¿no hicisteis vos lo mismo?

—No, ni comprendo cómo pueda conseguirse con un movimiento tan fuerte y continuado.

—¿Eso os extraña? Ya se conoce, cardenal, que vuestra mision en el mundo fué diferente á la mia; nosotros, los educados y crecidos en el campo de batalla, nos acostumbramos desde muy niños al insomnio, al hambre y la fatiga; pasamos dias sin comer, dormir ni descansar; y poco á poco conseguimos dominar la materia, con la misma facilidad

que á nuestros enemigos en la guerra. En cambio, cuando hay tiempo y no existe peligro, nos basta decir: quiero dormir, para que se apodere de nosotros el más tranquilo sueño; y esto lo hacemos á caballo, sobre el duro suelo, y á veces encima del fango y el agua. Comemos un pedazo de pan, duro é insípido, y acompañado de un vaso de agua, que tiene á veces más tierra y cal que hidrógeno y oxígeno; y tan *suculento* manjar nos satisface, y hasta parece más sabroso que las viandas servidas en nuestros espléndidos palacios.

—Imposible parece—exclamó el cardenal admirado—que un grande de España, hijo y heredero del general conde de Arahál, haya podido habituarse á tales privaciones y trabajos.

—Por esa razon, y porque soy más fuerte y sufrido que todos los soldados que mando, me conceptúo grande de España. Desde el momento en que yo hubiera visto un hombre de ménos posicion que yo, capaz de aventajarme en lo que llevo dicho ó en generosidad, valor y nobleza de alma, dejaria de ser lo que todos me creen, ó me atravesaria el corazon de una estocada. Sólo de este modo he podido igualarme al autor de mis dias, ántes de cumplir veinticinco años. Unicamente reconozco superioridad en el príncipe de Italia, al cual otorgó la Providencia un genio igual al de su inolvidable padre, y el que pocas veces llega á ostentar un sér humano. A los demás, incluso el conde de Arahál, comencé imitándoles con la pretension de concluir sobre ellos. O la muerte ó el sitio más elevado, me dije, y hasta ahora huyó de mi garganta la terrible guadaña, como los enemigos que acosé en España, Francia, Italia y Malta.

—Un hombre de pensamientos tan elevados no debió nunca odiarme; en mi concepto, podia ser mi amigo—exclamó el cardenal con sentimiento.

—No me conoceis, Valdés—añadió el duque—jamás di cabida en mi pecho á esas pasiones que tan indignos nos

hacen de los elevados puestos que ocupamos. Tengo voluntad propia, y ésta la convierto en absoluta y despótica, cuando se me presenta la verdad y creo en ella. Desde aquel momento ha de ser lo que cuadra á mis convicciones, ó he de perecer en la demanda. Vuestro estado, clase y condicion, son dignos del mayor respeto; y yo me prosternaria ante ellos, si no os hubiera visto abusar de tan santo y elevado ministerio. Creo que á los enemigos de nuestra patria y religion, se les reta; y ya en el campo, vida por vida, se les mata ó se sucumbe en lucha igual. Esto sólo tiene relacion con los hombres de mi carrera; en cuanto á vosotros, venerables siervos de Dios, tengo la conviccion de que no habeis venido al mundo á formar parte de tribunales que sentencian á la degradacion, el tormento y la muerte. Todos los hombres deben ser hijos vuestros, y *la obligacion del pastor es atraer á su rebaño las ovejas descarriadas, y guiarlas luego hácia los pastos de las celestiales delicias*. En una palabra, sólo comprendo la Inquisicion dirigida por hombres de las ideas, creencias y admirable conducta del inimitable Alberto de Silva. Conozco perfectamente que la época es fatal; terribles los acontecimientos; perversos los enemigos de la religion católica; mas somos nosotros, por desgracia, los encargados de castigarlos, y si es preciso de confundirlos. Vos, representante de la caridad evangélica, debeis tender la mano á unos y á otros, convencer desde la cátedra, perdonar en el confesonario, y guiarnos y dirigirnos á todos por el camino del bien. Tanto como admiro, respeto y amo á San Pedro extendiendo la luz divina por el universo, y pereciendo luego como un mártir entre los idólatras que adoraban los treinta mil dioses del panteon romano, me repugna y estremece la figura de Valdés, condenando á muerte á los herejes; pero á herejes que el inspirado apóstol hubiera convertido y acercado á la mansion divina. Acaso el mísero pescador, que concluyó presentándonos el gran tipo de humildad y abnegacion, creyó en un principio lo contrario, cuando en el

huerto de Gethsemaní desnudó su espada, y acometiendo á Malcho, le cortó una oreja, con ánimo, sin duda, de defender al Redentor y dar fin de los sayones que intentaban prenderle; pero el Divino Maestro cogió la oreja, la colocó en el sitio de donde habia sido arrancada, sanando de este modo á uno de sus execrables verdugos. San Pedro comprendió entónces cuál era su mision en el mundo, y desde aquel instante fué un discípulo digno del Señor. Ahora bien, cardenal: en mi opinion, la leccion dada por Dios, no se contraia únicamente á Simon Pedro, sino á todos los que desde entónces hasta el fin de los siglos debian apellidarse sus discípulos.

Calló el entendido duque, mientras que Valdés inclinaba la cabeza, quedando como anonadado ante las razones de un simple militar, el cual llegó á adquirir la nota de libertino.

—La misma teoría del padre Alberto—exclamó el anciano—de ese santo, que, en mi juicio, pecaba de exceso de bondad.

—La verdad, Valdés, es sólo una; y jamás se ve tan clara y terminante como cuando aparece en los labios de un elegido de Dios.

El cardenal, no obstante su ciego fanatismo, dudó, se confundia, concluyendo por cruzar los brazos y pasar muchas horas meditando. Osorio guardó un profundo silencio, con el objeto de ver si podia conseguir que Valdés le comprendiera, y abandonara su alma la exageracion y fanatismo que há tiempo la poseia.

Durante la travesía de Madrid á Alicante, debatieron el jóven y el caduco; concluyendo siempre el primero por vencer al segundo. Éste pasó veinticuatro horas sin probar bocado; despues tomó un poco de alimento sin bajar del carruaje, concluyendo por aceptar el brazo y mesa que su generoso enemigo le ofrecia. Poco ántes de acercarse al término de su viaje, ya no veia el ex-inquisidor un enemigo

en el valiente guerrero, que habia causado una revolucion en sus ideas y aún en sus creencias; le solia llamar hijo, y resignado con su suerte, comenzaba á demostrar esa grandeza de alma que tanto distingue en el infortunio á los hombres elevados.

Les faltaba media legua para llegar á Alicante, cuando oyeron una arrogante voz que detuvo el coche. Flaviano asomó la cabeza, viendo á su íntimo amigo el gobernador de aquella plaza, que, al frente de numerosa escolta, salia á recibirle. Echó pié á tierra, y despues de estrecharse ambos, saludó el recién venido al cardenal y á los Zallas, diciendo á Flaviano:

—Mi querido duque, de orden de S. M., y con gran satisfaccion por mi parte, pongo á vuestra disposicion mi persona y autoridad, añadiendo casa y hacienda.

—Gracias, gobernador—le contestó Osorio.—sólo quiero vuestra amistad y cuatro habitaciones de vuestro palacio; la mejor de ellas para que la ocupe el eminentísimo señor cardenal Valdés.

—Me complace aceptar tal honra; y cuando querais partiremos.

—Lo ántes posible.

—¡A escape!—gritó el gobernador; él se puso al estribo, y la comitiva siguió al carruaje.

Poco despues entraron en la morada del gobernador. Flaviano dió orden al cochero para que regresase á Madrid si lo est maba conveniente; envió un correo con pliegos para S. M. y para su padre, quedando instalados los cuatro en el alcázar del jefe militar.

Dos horas despues habia corrido la voz de que se hallaba en la ciudad uno de los héroes de Dreux, Cambray y Malta, y siendo su nombre muy conocido del pueblo alicantino, pasó la nobleza á felicitarle, y las masas comenzaron á victorearle y aplaudirlo en torno del palacio donde se encontraba. Varios eclesiásticos fueron tambien á saludar al

cardenal, pues léjos de incomunicarlo Osorio, le invitó á que saliese y entrara cuando y como quisiera; poniendo á su disposicion la carroza que le habia ofrecido el dueño de aquella morada. Por la noche se reunieron éste, Flaviano y Valdés, diciendo el último al segundo:

—Hemos llegado á Alicante: ¿podreis decirme adónde voy ahora? Supongo que sería una broma aquello de los Alpes.

—Teneis razon, señor cardenal; se me olvidaba entregaros esta segunda orden que me dió el rey para vos.

Y se la alargó, leyéndola acto continuo el caduco señor.

En el contenido de aquel regio escrito no podia ver Valdés contradiccion alguna, siendo así que, bien por sus miras particulares, ó por no conceder el monarca al fanático inquisidor la gran importancia que en realidad tenía, constantemente se mostró hostil, al ménos en la apariencia, á los actos de un tribunal que en su interior creia necesario, útil, y al que cada dia otorgaba más preeminencias y poder, pero siempre aparentando hacerlo con disgusto y hasta contra su voluntad. De modo es, que el cardenal creyó al terminar la lectura de la real orden que lo echaba de España, que su excesivo celo y exageradas ideas habian contribuido poderosamente á que el severo Felipe tomase medida tan contraria á su conveniencia y posicion; y estas reflexiones aumentaron la resignacion del anciano, el cual inclinó la frente, exclamando:

—Ya está hecho, y habrá de cumplirse la voluntad de S. M. No pudiendo residir en Madrid, quiero acabar mis dias en Roma, cerca de Su Santidad.

—¿Cuándo deseais partir?—le preguntó Osorio.

—Me es indiferente, con tal de que al llegar vos á Madrid entregueis á mis mayordomos las órdenes que os daré por la mañana, con el objeto de que queden arreglados mis asuntos en la corte de España, y se traslade mi sobrino Eugenio á Roma con algunos objetos que me son allí necesarios.

—Lo haré con mucho gusto.

—En ese caso, disponed mi viaje para mañana mismo, y os evitaré nuevas molestias.

—¿Teneis buque dispuesto?—preguntó Flaviano al gobernador.

—Sí—le contestó éste—lo llevará el navío *Felipe*, que ofrece las seguridades y comodidad necesarias.

—Entonces—replicó el duque—haced llegar hasta vos al capitán de ese buque, y decidle que si el tiempo abona deberá levar ancla á las diez de la mañana próxima, por quererlo así el señor cardenal Valdés, y mandárselo yo en nombre de S. M. Respecto de vuestros asuntos, venerable anciano—prosiguió el jóven—podeis ordenar cuanto tengais á bien, seguro de que á mi presencia será cumplida vuestra voluntad.

—Gracias, hijo mio; os he conocido tarde, pero ya no tiene remedio; así lo quiso la suerte, y ante ella me inclino y obedezco.

Los tres cruzaron todavía algunas frases, cenaron después juntos, retirándose luego á sus respectivas habitaciones.

El gobernador se puso á cumplimentar el mandato de Osorio; Valdés á escribir, y Flaviano entró en su gabinete, éntonando un ária con aquella magnífica voz de tenor que le envidiaban los hombres y admiraban las mujeres.

Sobre dos sillones se hallaban tranquilamente sentados los Zallas, que al verle se pusieron de pié, quitándose los sombreros.

—¿Qué hay, amigos míos?—les preguntó el duque con su peculiar buen humor.

—Venimos de correr por Alicante—le contestó Alvaro—y hemos notado únicamente mucho entusiasmo por el héroe de Malta D. Flaviano de Osorio. Por cierto que entre el sinnúmero de aplausos y vítores que os prodigan, también nos han tocado á nosotros unos cuantos.

—No me extraña; el pueblo español es agradecido, noble

y generoso; y en cuanto á nosotros, debiéramos callarlo; pero en gracia á la verdad, hicimos allí, ¡voto al demonio!... lo que en todas partes. Hemos comprendido que al nacer, lleva el hombre grabado en su vida el término de ella; y como no ha de ser ni ántes ni despues, trinchamos como buenos españoles. Ya se ve, con tales creencias no es posible tener miedo.

—Es verdad, señor; pero hace mucho la buena sangre, y la vuestra es magnífica.

—Sí, porque se calienta pronto; ¿es cierto?

—Arde, señor, arde; pero os respeta á vos y abrasa á vuestros enemigos.

—Una especie de aceite hirviendo, que quema.

—Una lanza, señor, destreza y sangre, que se acercan mucho á las del señor príncipe de Italia.

—Alvaro —le dijo Flaviano con gravedad— si no quereis perder nunca mi estimacion, jamás me antepongais á ninguno de mis hermanos. Por cualquiera de ellos doy mi vida y creo que hasta mi honra; porque si me viera sin ésta, me pasaba el corazon de una estocada, y punto concluido.

—Perdonad, señor, si os he podido ofender; mas no he pretendido posponer á ninguno de nuestros cuatro restantes protectores. Os comparé con el príncipe, porque os creo en idénticas circunstancias que á los otros.

—¡Buena salida, Alvaro! Me doy por vencido ante ese modo de razonar. Hace algunos dias que empezais á discurrir de un modo admirable; sois el menor de los tres hermanos, y vais creciéndoos sobre todos ellos. Estoy creyendo que vuestra esposa ha tomado la revancha, y es ella ahora la que os enseña.

—Aseguradlo, señor, aseguradlo, que así es la verdad.

—Y veo con placer que os ama cada dia más.

—Tambien es cierto, y yo la adoro; y todo lo debo á vos.

—Pues de todo me alegro. Y ya que los dos estamos tan enamorados de nuestras esposas, retiraos á descansar, de-

jando elegidos tres buenos caballos, en los cuales comenzaremos á correr en busca de ellas mañana á las doce.

—¿Os vais á acostar ya, señor duque?

—Ahora mismo, amigos míos.

—Entonces, si nos lo permitís, reemplazaremos á vuestro criado Ros, desnudándoos.

—¡Callad, insensatos! ¡dos capitanes del ejército español haciendo de sirvientes! Muchas gracias; esperad á que sea monarca, y aceptaré vuestra oferta.

—Sois nuestro general, nuestro protector, y ya sabéis que há dos años éramos labradores.

—Pero hoy sois dignidades del ejército, y yo jamás rebajo á nadie, y ménos á personas á quienes estimo tanto como á vosotros; no habiendo motivo, por otra parte, para desairarle al señor gobernador los dos pajes que ha puesto á mis órdenes. En consecuencia, retiraos, y que entren aquellos á desnudarme.

Los Zallas obedecieron, buscando el lecho acto continuo el afortunado duque.

—¿Apagamos la araña, señor?—le preguntaron los pajes cuando ya estaba acostado.

—Sí, todas las luces; dejadme completamente á oscuras.

—¿Cerramos las puertas?

—No; que aún cuando el demonio está cerca, no le tengo miedo.

Y el jóven, ya solo en su alcoba, comenzó á rezar con tanta devocion como el más religioso. A la media hora de su ascético entretenimiento le sorprendió el sueño, dejándolo profundamente dormido; permaneciendo así hasta las siete de la mañana que abrió los ojos, llamó á los pajes, é hizo que lo vistieran inmediatamente. Acto continuo pasó á la habitacion de Valdés, en donde encontró á éste y al gobernador hablando sobre la marcha del primero, la cual no hallaba dificultad alguna que impidiera su realizacion á la hora convenida.

— Ya sé, duque amigo— le dijo la autoridad alicantina— que vos tambien partís hoy mismo; á cuyo fin he puesto á disposicion de vuestros capitanes mis tres mejores caballos. Si deseais escolta, decidme el número y clase de individuos, para que estén dispuestos á las doce.

— Gracias, amigo mio, por lo primero; en cuanto á lo segundo, ya comprendereis que bastamos con los tres.

— Si se tratase de alguna emboscada, lo estimaria así; sois tres que valeis por ciento; mas en España no hay felizmente quien se atreva á hacer armas contra uno solo de los seis *invencibles*; pero vuestra jerarquía, el cambio de caballos...

— Gobernador, quiero correr, y que no me sirva de rémora la mucha gente.

Concluido este diálogo, entregó el cardenal Valdés á Osorio varias órdenes que dirigia á sus mayordomos; otra para su sobrino Eugenio, con algunas instrucciones relativas á la venta del palacio y muebles del anciano.

Osorio tomó aquellos documentos que Valdés le habia dado abiertos, por delicadeza, y cogiendo un pedazo de lacre, los fué cerrando á su presencia y guardándolos en la escarcela. Cuando hubo concluido, preguntó al cardenal:

— ¿Anhelais algo más? Os he dicho y repito, que haré con mucho gusto cuanto pretendais de mí.

— Gracias, noble duque; sólo eso necesito de vos; y creed que es todo cuanto deseaba se hiciera en Madrid en mi obsequio. Me resta añadir únicamente, que protejais con vuestro poder é influencia la marcha de mi sobrino, el cual pudiera muy bien desconocer su situacion y la mia, y haber cometido alguna falta, disculpable á su edad y en vista de su excesivo cariño hácia mí.

— Os lo mandaré á Roma, amparado por mí.

— Entónces, señores, me hallo completamente á vuestra disposicion.

— ¿Necesitais ropa, oro...

—Gracias, señor duque; de lo primero me han mandado ya mis amigos de Alicante; y en cuanto á lo segundo, llevo conmigo lo suficiente hasta que reciba en Roma lo que me pertenece.

—Si no os ofendierais, me atreveria á ofrecer os mil ducados en oro que he traído de Madrid, y que yo para nada necesito.

—No os quiero desairar; que si empezasteis de un modo terrible, concluís como yo no esperaba. Dádmelos, y pondré una órden para que os los devuelva mi sobrino.

Flaviano le entregó la suma, añadiendo:

—Cuando esteis en Roma, y os sobre tiempo y dinero, entregareis esa cantidad al Padre comun de los fieles, en nombre de Alberto de Silva, para que la distribuya entre los desgraciados á quienes continuamente socorre.

—Perdonad, duque; mas el padre Alberto murió, y...

—Y dejó seis hijos, en los cuales quedaron su caridad, nobleza de alma y filantropía; su espíritu, en fin, que se reflejará en todas nuestras acciones.

—Así lo ha de escuchar, si Dios me conserva la vida, su amigo el Padre Santo.

—Gracias. Podeis añadirle, y os lo estimaré mucho, que los seis malas cabezas á quienes tanto ama y distingue, porque fueron ahijados del santo, sin duda, continúan haciéndose dignos de su elevada benevolencia. Y que hombres, espadas y fortunas, están siempre dispuestas á sacrificarse por lo que es, por lo que representa. Ahora almorcemos, señores, si lo teneis á bien, y marchemos al puerto.

Poco despues comian los tres, reinando en aquella última reunion una confianza ilimitada. Valdés dejaba de ser inquisidor general de Madrid, pero nadie podia arrancarle su roquete de cardenal; éste le daba una gran posicion; el golpe que recibió de Flaviano destruyó su fanatismo; iba á un pueblo de más importancia que la corte de España, donde tenía numerosos amigos y mucho prestigio; todo lo cual,

unido á que no podia ser otra cosa, le hizo mirar con agrado aquel cambio de domicilio, y ya en este momento demostraba alegría y jovialidad.

—Perdono—le decia á Osorio—vuestra terrible travesura, y en lo sucesivo me abstendré de indisponerme con hombres que tengan rostro de ángel y cabeza de...

—La frase, cardenal—contestó Flaviano sonriendo.—Yo lo oigo todo con gusto, saliendo de labios tan respetables.

—Pues bien, hijo; rostro de ángel, cabeza de Maquiavelo y corazon de leon.

—No participan de vuestras ideas las bellas á quienes tuve la dicha de enamorar. Dijeron todas que soy paloma sin hiel.

—¿Y vuestros enemigos, qué contestan á eso?

—Nada, señor; los que tuvieron la galantería de presentármese como tales, se murieron, y nada han podido hablar; y por desgracia no conozco á los restantes.

—Y el gobernador, ¿qué concepto ha formado de vos?

—Yo, señores, declaro y sostengo en todas partes, que el duque del Imperio es uno de mis leales amigos; el más cumplido caballero que conozco; noble é hidalgo como muy pocos, y tan valiente y entendido, que no me juzgo suficiente para apreciar tan elevadas cualidades.

—Gracias, amigo mio; ese elogio es digno de vuestro cariño; impropio, dirigiéndose á mí, que no lo merezco, y lisonjero, porque lo dice un hombre que no sabe adular; pero aún sería más estimable en boca de mi enemigo Valdés.

—Lo acepto como mio, señor duque. Ayer creí lo contrario, porque os desconocia y caminaba extraviado; hoy os veo lo mismo que el señor gobernador.

—Os lo agradezco, noble anciano; no pretendia elogios, de que me creo indigno; anhelaba sólo escucharos que érais mi amigo, para serlo vuestro, alargáros mi mano y añadir: por culpa mia vais á Roma; si desistís de vuestra conducta anterior, ántes de un mes regresareis á Madrid. Mis cinco

hermanos y yo se lo rogaremos á S. M., que no dudo se apresurará á complacernos.

Valdés miró á Flaviano con asombro; dudó, y con los ojos húmedos, le dijo:

— ¡Qué nobleza de alma! y ¡qué mal os conocí! Tan insignificante torpeza merece el castigo del destierro; quiero morir en Roma.

— Mal hecho; si gustais acabar vuestros dias en la capital de España, el cumplimiento de lo que os he ofrecido en nada me violenta; léjos de eso, me halaga y satisface. Antes de diez dias saldrá de Alicante otro navio de guerra en busca de vos, señor inquisidor general.

— No, hijo mio, eso jamás; no puedo ya ser inquisidor, ni habitar en un pueblo de donde acabo de salir desterrado. Dejadme tranquilo en Roma, donde pienso estudiar muy detenidamente la historia de San Pedro y el acto de cortar la oreja á Malcho; causasteis una revolucion en mis ideas; voy creyendo que era yo el que se habia equivocado, y siendo así, pretendo vivir, para alcanzar en el mundo un perdon que tranquilice mi alma y la lleve serena al tribunal de Dios. Quién sabe, duque del Imperio; acaso, acaso no me hayais humillado vos, sino la Providencia, que al fin se apiadó de este mísero mortal. Y no sería extraño, toda vez que hizo de vos un instrumento tan digno.

Valdés enjugó sus ojos, y mirando á Flaviano con ternura paternal, se puso en pié añadiendo:

— Puesto que el almuerzo ha terminado y la hora se acerca, estrechadme ambos por primera y única vez, recibid mi bendicion, y que el cielo os haga más dichosos que lo fuí yo hasta ahora.

Los dos abrazaron al cardenal, y luégo se arrodillaron á sus plantas, mientras el venerable sacerdote los bendecía.

— Alzad, hijos, alzad, y con vuestro permiso corro á cumplir la voz de mi destino.

— No — exclamó el duque. — Deseamos la honra de acom-

pañaros hasta el navío, como vuestros dos mejores amigos.

—Siento mucho que os molesteis por mí, mas acepto con placer tan insignie favor.

Algo más tarde subieron á la carroza del gobernador, llegando al puerto, donde ya esperaban al cardenal las dignidades religiosas de Alicante. Echaron pié á tierra los tres; aquél fué abrazando á los veinte prelados que lo despedían, saltando acto continuo á un hermoso bote del navío *Felipe*, el cual iba tripulado por doce marineros de la escuadra real. El duque se colocó á la derecha, el cardenal enmedio, y el gobernador á la izquierda, comenzando á volar por la superficie del Mediterráneo la ligera lancha.

El navío *Felipe* los recibió luégo, haciéndoles los honores debidos á su clase. La tropa formó sobre cubierta, y la oficialidad llegaba desde el primero hasta el último peldaño de la escalera.

Los tres subieron al buque, yendo Valdés apoyado en Osorio, y detrás el gobernador. Luégo bajaron á la cámara de popa, seguidos siempre de los oficiales del navío. El duque hizo sentar al anciano cardenal, diciendo á los marinos que le rodeaban:

—Señores, en nombre de S. M. el rey, os encargo lleveis al punto de desembarque que elija en las costas de Italia, su excelencia el eminentísimo señor cardenal D. Fernando Valdés. No va preso ni áun desterrado; tendreis con su señoría todas las consideraciones, cuidado y miramientos que merece por su elevada clase, edad y venerable estado, y le obedecereis en todo cuanto no se oponga á vuestra ciencia y deber.

Los oficiales se inclinaron, y el duque, abriendo los brazos, continuó:

—Cardenal, padre mio, perdonadme si os ofendí; es la primera vez que dirijo esa palabra á un hombre...

—¡Hijo mio!—gritó el anciano, estrechándolo contra su pecho.—¡Perdon me pide, y le debo el conocimiento de un

mundo que ignoraba! Yo soy el que reclamo vuestra indulgencia, ofreciéndooos eterna gratitud.

Y permanecieron abrazados un minuto.

El duque se separó del cardenal, dejando su puesto al gobernador, que tambien lo estrechó, y ambos salieron de la cámara, haciendo desde la escalera una postrer reverencia al anciano, que, anegado en lágrimas, elogiaba y bendecía á su poderoso y noble amigo.

Los dos jefes militares subieron á cubierta, acompañados de una parte de la oficialidad, saltando despues á otro bote, propio del gobernador, el cual habia seguido al que los condujo al navío; despidiéndooles éste del mismo modo que los recibió. Llegaron al muelle, despues al palacio de la autoridad alicantina, donde Osorio se despidió de su amigo y de algunos nobles, que le esperaban con este fin. Luégo montó en un magnífico potro alazán tostado, de raza árabe, fuerte como los hijos del Desierto; y en medio de los Zallas, picó espuelas, desapareciendo los tres con la rapidez de una exhalacion.

A la ida tardaron cinco dias; en regresar invirtieron ménos de tres, llegando á Madrid sin impedimento alguno á las dos de la tarde; bien es verdad que iban cambiando caballos de seis en seis leguas, y no dejaban de correr.

Al entrar en la córte dijo Osorio á Andrés Zalla:

—Partid á casa, amigo mio; enterad á mi padre de lo ocurrido, y mandad inmediatamente á la puerta del alcázar real á mi criado Ros.

Y unido á Alvaro, continuó hasta llegar á la morada de Felipe, donde echó pié á tierra, diciendo al otro Zalla:

—Esperad aquí á que venga mi sirviente; que coja despues el caballo, y retiraos los dos, diciendo á mi familia que si tardo no pase cuidado por mí, toda vez que me hallo ocupado en asuntos del servicio de S. M., que no ofrecen peligro alguno.

Y dando el jóven las riendas de su potro á Alvaro, subió

la ancha escalera del alcázar, penetrando hasta la antecámara real; donde enterado de que S. M. se hallaba comiendo, esperó á que concluyera y se dignase recibirlo.

Contra su costumbre, se presentaba en la corte el elegante duque con el traje estropeado y roto, conservando señales del polvo que cogió en su larga carrera. Llevaba además descompuestos los bigotes, crecida la barba, quebrada la pluma de su sombrero, y arrugada la banda que ceñía. En alas de su innata pulcritud se arregló lo mejor que pudo, ayudado por los servidores de Felipe; se sentó en un sitio, y comenzó á hablar tranquilamente con los palaciegos que tenía en torno. Por ellos supo con placer, que el príncipe de Italia se habia levantado ya; que su padre y el marqués de Abella despachaban diariamente con S. M., y que el monarca continuaba prodigando á los *invencibles* una consideracion y afecto que solia esconder para el resto del género humano.

CAPÍTULO IX.

Un bufon digno del austero Felipe.—Explicaciones de Flaviano.—El palacio de Valdés.—La morada de los *invencibles*.

Trascurrió un cuarto de hora. El duque del Imperio permanecía sentado en su taburete, y los palaciegos seguían adulándole, cuando se presentó en la antecámara real un hombre con tan extraño traje y rara figura, que excitó con solo su llegada la hilaridad de los que allí estaban, á excepción de Flaviano, que se puso en pié, y con la mayor cortesanía y gravedad le alargó la mano.

Era el recién venido el célebre Morata, bufon del austero Felipe II.¹ Llevaba sobre la cabeza un bonete de tres puntas,

¹ El personaje á que nos referimos es histórico también; mas como parece inverosímil tuviera á su lado un rey tan austero y enemigo de chistes, uno de esos seres que sólo han servido para divertir á ociosos, insertamos á continuación algunas líneas, escritas por el entendido y verídico Valladares y Garriga, relativas á este bufon, del cual ya nos ocupamos en la primera parte de nuestra novela; pues no queremos que la verdad se confunda con la fábula.

Dice así Valladares:

«El austero y grave Felipe II, no sólo siguió la costumbre de todos los monarcas de su tiempo, que consideraban como indispensables á la autoridad de sus palacios y persona tener á su lado y en su séquito esta clase de hombres degradados, para entretenerlos con sus agudezas ó chocarrerías en sus ratos de ocio, sino que, como Francisco I y su mismo padre el emperador, toleraba de sus bufones ú hombres de

abigarrado, que tenía los colores amarillo, azul y encarnado, que eran los de las casas reales de España y Francia; cruzaban en rayas horizontales exagerados gregüescos á la italiana, con un jubon de peto á la francesa que completaba su traje, galoneado con pasamanería de oro tan rica como extravagante. Sin embargo del oficio que ejercía, demostraba su rostro gravedad, sin que le abandonase nunca un tinte sombrío y melancólico. Tenía gran talento, amaba á los *invencibles*, y se reía y burlaba de la multitud de necios que veía en las reales habitaciones.

Morata lanzó una mirada desdeñosa sobre aquellos que acababan de reirse, estrechó la diestra que le alargó Osorio,

placer, como los llama el padre Sigüenza, libertades y confianzas que en un rey tan grave y austero como Felipe, y tan celoso de la autoridad y decoro real, nos parecerían imposibles, si la fuerza de las costumbres de la época no nos explicara esta aparente contradicción de carácter, que acredita además y nos ha transmitido la historia. Sabido es por todos el célebre dicho que se atribuye á este mismo bufon Morata, que acabamos de introducir en escena en nuestra historia. Cuéntase de él, que hallándose toda la corte reunida en palacio un día de Jueves Santo, para salir con el rey á visitar públicamente las Estaciones, comenzó á circular entre los cortesanos la nueva de que acababa de fugarse aquel mismo día, de su rigurosa y larga prision, el famoso secretario Antonio Perez. Tenía aún el antiguo favorito muchos amigos en la corte, y no pocos indiferentes, que compadeciendo la rigurosa prision y tormentos que por tan largo tiempo habia padecido, se unían á ellos para alegrarse y felicitarse, aunque disimuladamente y en voz baja, de que el desgraciado secretario hubiese logrado al fin sustraerse á la implacable justicia ó venganza del rey, cuya crueldad con su antiguo confidente, y toda su conducta en este tenebroso asunto, preciso es confesar que han dejado sobre su fama de prudente y de justiciero, el único borron verdaderamente indeleble de tantos otros con que la envidia y la calumnia ha querido mancharla. Hablábase, pues, y se murmuraba en varios corros tratando del asunto, cuando de repente todos los labios enmudecieron, helándose en ellos las sonrisas de satisfaccion que los amigos de Perez mutuamente se cambiaban. El rey acababa de entrar en la estancia, y su austero semblante, que los años y los padecimientos habian convertido ya en adusto y tétrico, más sombrío y ceñudo aquel día que nunca, dejaba ver harto claro su mal humor. La flexible turba de cortesanos, como era natural, compuso al momento el suyo por el del soberano, afectando un pesaroso silencio; y únicamente el bufon Morata, que andaba por allí viendo y oyéndolo todo, se acercó resueltamente al temido Felipe, y le dijo con singular audacia: «Dime, rey, ¿qué hombre es ese que tenías preso y que se ha escapado? No debía ser muy justa su prision, cuando todos se alegran de su fuga. Alégrate tú tambien como todos.»

Hemos creído deber llamar la atencion sobre este hecho histórico, para disculpar la inverosimilitud que sin su conocimiento pudieran hallar nuestros lectores en la escena que vamos pintando.

y teniéndola entre las suyas, le preguntó con la mayor gravedad y mesura:

—¿Venís bueno, mi respetable duque?

—Sí, Morata, gracias á Dios. Y vos, ¿disfrutais de buena salud?

—Pocos dias me favorece, señor; no obstante lo cual, he aplaudido con frenesí vuestras glorias de Dreux, Cambray y Malta. Lloré luégo la muerte del santo, suspiré por la vida del príncipe, vuestro digno amigo, y torné á aplaudir vuestro triunfo sobre Valdés. Sólo á uno de vosotros, incomparables atletas, reservaba la Providencia la gloria de arrancar de España un hombre tan *travieso é intencionado*. Lo malo es, mi querido señor, que quedan tantos sabios metidos á tontos, y tales tontos con pretensiones de sabios...—el bufon soltó una carcajada, miró á los palaciegos, continuando:—y tanta polilla roedora, carcomida y carcomedora; y muchos, muchísimos insectos de gran tamaño y de diminuta frente; de gran abdómen, bolsillo y manos, y de tan pequeña espada, que estarían tan bien, tan perfectamente en Roma, como nuestro excelentísimo y eminentísimo señor inquisidor general... Alcide sois que venció al gigante; lástima que no fuerais huracan que barriera la corte, donde tantas telarañas os dejasteis olvidadas.

Los palaciegos rieron del chiste; Flaviano miró al bufon con asombro, y éste continuó:

—Venid, mi amado señor; este lugar de *espera, caza y pesca*, no es para los guerreros como vos.

Y tirándole de la mano, lo entró en el despacho de Felipe II. Ya allí, le miró con placentera sonrisa, y desapareciendo por un momento de su semblante la gravedad y melancolía que parecían innatas en él; le dijo muy quedo:

—Bien, señor general; dichoso vos que podeis arrostrar toda clase de peligros, y defendiendo siempre la justicia, hundís en el abismo á los más grandes *réprobos* de la corte. Yo, pobre y mísero bufon, reducido á oír, ver y burlarme

del género humano, como única recompensa á la befa y escarnio que lanza sobre mí, os amo á los seis, os admiro, y sería capaz de dar por vosotros hasta la última gota de mi sangre.

En este instante se oyó un ligero roce, y variando completamente la fisonomía, aspecto y hasta la voz de Morata, prosiguió:

—Pero no hagas caso de mis bromas, señor *invencible*...

Las cortinas se descorrieron, presentándose en el dintel de la puerta la severa faz del tétrico monarca. Ambos le hicieron una reverencia, grave la del general, y grotesca la del bufon. Felipe miró al primero, avanzó, y alargándole una mano, le dijo:

—Pronto habeis dado la vuelta, duque del Imperio.

El jóven dobló una rodilla, besó la diestra real, contestando al soberano:

—Así lo deseaba V. M.; por cuya razon corrí cuanto pude.

—¿Y Valdés?

—Camina para Roma.

—¿Se queja de su suerte?

—No, señor; le ofrecí en Alicante rogar á V. M. le hiciera regresar á Madrid, y no aceptó la propuesta.

—¡Os odiará mucho!

—Me despidió anegado en lágrimas, y con amorosas frases me llamó su hijo y su mejor amigo.

—¡Me culpa á mí de todo!

—No, señor; bendice su destierro, y da gracias á la Providencia por habérselo impuesto.

—¡Hipócrita!

—No escuché nunca palabras más sinceras y leales.

Felipe miró á Flaviano con asombro y disgusto; Morata con sorpresa é incredulidad, y ambos exclamaron á la vez:

—¡Imposible!

—Señor, ni mi maestro Silva ni mi padre me enseñaron á mentir.

—No lo dudo—añadió el rey—mas eso de Valdés es, por lo ménos, inverosímil.

—¿Y por qué, gran señor? Los hombres de talento, como el cardenal, se crecen y hasta varían completamente en el infortunio.

—Cada vez os comprendo ménos, duque. La defensa que estais improvisando al ex-inquisidor, es la antítesis del retrato que no há mucho me hicisteis de él.

—Antes y despues he dicho la verdad. Si V. M. me permitiera explicarme...

—Lo deseo; hablad.

—Ese anciano, al que le sobran talento y discrecion, fué arrollado, como tantos otros, por el huracan de la época y de acontecimientos que no es dado á todos los hombres estudiar y comprender con la cordura, calma y sensatez necesarias. Su alma ardiente y poderosa, pasó de la creencia al fanatismo, ó sea de la verdad á la exageracion. De este modo fué poco á poco embotando su talento, hasta que, completamente amortiguada la luz de su inteligencia, llegó un dia en que sólo vió por el prisma de sus pasiones. Y ya en alas de ciego fanatismo se hizo cruel, sanguinario, y en mi concepto hasta criminal. Así lo encontré, gran señor; nos aborrecimos, y frente á frente quiso luchar conmigo. Cual feroz tigre se me abalanzó á la garganta, y sus afiladas uñas buscaron con ansia las arterias de un leon que, sacudió la melena, y lo arrojó lejos de sí; muy lejos, señor. Desde la cúspide del poder fué rodando hasta el abismo del destierro; mas yo bajé detrás, y compadecido de su torpeza, edad y estado, le alargué una mano que en vano pretendió desairar. Huyó Satanás de entre ambos; la Providencia, que jamás me abandona, prendió en él su radiante luz, y Valdés comenzó á ver sus errores y á estremecerle su pasado. Debatimos, señor; y como ya no le cegaban la vanidad, el orgullo ni la adulacion, se alzó en su infortunio y principió á ser grande. Destruí la mentira, le enseñé la verdad y lo

venci nuevamente. Dios misericordioso se apiadó de él, le dió arrepentimiento, lágrimas, y en alas del bien le vi partir hácia Roma, venerable por su estado y edad, y digno de respeto por lo edificante de sus ideas, calma y creencias. ¿Lo comprende ahora V. M.?

El rey y Morata devoraban con sus ojos al bello jóven, que les ofrecia un milagro pasmoso, increíble, pero el que no era posible combatir. Las frases de Osorio fueron la expresion genuina de la verdad, y nada parecia suficiente á hacer dudar de ellas. Felipe meditó algunos instantes, exclamando despues:

— Pensé que entre los seis *invencibles* sólo existia un sabio, mi primo Julio; pero veo que me he equivocado, pues hay dos.

— Gracias á Dios que los vas conociendo, Felipito — le dijo el bufon con alegría.

— Señor — añadió el duque — V. M. me honra más de lo que yo merezco.

— No, hijo mio, no — replicó Morata — mi amo anduvo torpe con vosotros, y recibe ahora el castigo á su ciego error; déjalo que te adule; harto deprimió á los únicos hombres que valen y le aman de veras.

— Calla, bellaco.

— No quiero, amo mio; te he de obligar á que me otorgues la razon. ¿Recuerdas los golpes que me diste cuando debajo de esa mesa te decia: Felipito, hijo, que pierdes el compás; los *invencibles* y sus padres valen tanto como tu trono? ¡Anteponer á ellos á la tuerta de Éboli!...

— ¡Silencio, mentecato! — Señor duque, me hallo satisfecho de vos, y deseo llegue la ocasion en que pueda demostraros la estimacion que os tengo.

— Gracias, bondadoso señor.

— ¿Deseais algo?

— Vuestro permiso para retirarme, y una orden á fin de que Eugenio Valdés pueda seguir á su tio.

—Extendedla á mi nombre, concediendo á ese jóven lo que os agrade.

—¡Oh! ¡cuánto le agradezco á V. M. esa gracia! ¿Me dais vuestra mano?

—Estrechadla. ¡Alzad!... Id con Dios, envidiable jóven.

El duque anduvo hácia atrás, hasta tropezar con Morata, que habiéndose adelantado le separó la cortina, gritando á los de la cámara contigua:

—¡Paso á la alteza del valor y del heroismo! Retiraos, pobre gente, que vais á enredaros en el aliento del gigante, y rompereis con vuestros cráneos, al rodar por el suelo, las alfombras del rey mi señor.

El duque se embozó en su estropeado manto de grana, caló su arrugado sombrero, y saliendo del alcázar real se dirigió acto continuo al palacio de Valdés. Aquél seguía silencioso, triste, y aún cuando en su ancho zaguan existían lacayos y sirvientes, se hallaban cabizbajos, pesarosos, y revelando en sus semblantes la desgracia acontecida á su amo y señor. Al ver á Flaviano abrieron calle, y le miraron con sorpresa.

—Eugenio Valdés y los mayordomos del cardenal vuestro señor, que vengan á mi presencia.

Dijo Osorio, subió la escalera principal, y esperó en el estrado.

Ninguno de los habitantes de aquel edificio ignoraba que el valiente guerrero había conducido preso al cardenal Valdés, y aún sospechaban, y muchos de ellos daban por hecho, que tal destierro se lo debía el anciano á la influencia y poder de los *invencibles*. De modo es, que en el instante en que el duque entró en el salón principal, corrieron de un lado para otro, comentaron la inesperada visita, concluyendo por suponer que les amenazaba otra nueva desgracia. Enteraron al sobrino del cardenal; y éste, reuniendo á los mayordomos, discutió con ellos si debían ó no presentarse ante el audaz enemigo que les acababa de arrancar dicha, ventura y tran-

quilidad; pero si bien temian hallarse á cuatro pasos del poderoso guerrero, más les asustaba aún la idea de desobedecer su mandato; decidiendo por unanimidad pasar á verle, con ánimo de no agravar la posicion del cardenal y la suya propia. En tres minutos se pusieron algunas galas, y corrieron al estrado.

El duque del Imperio seguia con su sombrero flamenco calado hasta las orejas, echado el embozo de su capa, y de este modo paseaba por el salon, cuando se halló frente á frente del jóven Valdés y de tres viejos mayordomos, que al verle quedaron cual frias estatuas, sin aliento para despegar los labios.

Flaviano se acercó á ellos, y comprendiendo el pánico de que estaban poseidos, bajó el embozo, se quitó el sombrero, y con acento cariñoso les dijo:

—Nada temed; vengo en paz, y desde este momento me constituyo protector de todo cuanto pertenezca á mi amigo el cardenal Valdés.

El sobrino y los mayordomos le miraron, no ya con sorpresa, si con asombro; mas no pudiendo dudar de las frases de un hombre tan noble y caballero, respiraron con tranquilidad, asomando á sus pálidos semblantes una ráfaga de esperanza que les dió animacion y más vida.

—Señor duque—se atrevió á decir Eugenio—es cierto que por orden del Santo Oficio pasé á vuestro palacio, y seguido de algunos familiares...

—Basta, amigo mio—contestó el general, interrumpiéndole—yo os perdono cuanto hayais hecho que pudiera ofenderme; era entónces enemigo de vuestro tio, y obrasteis bien; hoy, segun os he dicho ya, me tengo por uno de sus verdaderos amigos; en vista de lo cual sólo deseo complaceros, á cuyo fin traigo orden de S. M. para otorgaros en su nombre lo que necesiteis.

—Desearia, ante todo, saber dónde y como se halla mi tio.

—El cardenal se encontraba bueno hace tres días; y no queriendo regresar á la corte, como le ofrecí, se ha embarcado para Roma, adonde debereis seguirle inmediatamente.

Y abriendo la cicla, sacó los documentos que le entregó el anciano, y se los dió, prosiguiendo:

—Enteraos de lo que dice vuestro tío. Tomad, vosotros, y cumplid con la brevedad posible la voluntad de vuestro señor.

Uno y otros pasaron la vista por aquellos papeles, hallando confirmado en ellos cuanto acababa de manifestarles el duque.

El jóven y los viejos ignoraban la causa de la amistad entre tan poderosos rivales; pero viendo desaparecer por completo el nuevo peligro de que se creyeron amenazados, se alegraron, concretándose ahora únicamente á creer en tan agradable nueva. Flaviano continuó:

—Deseo, señores, que nada entorpezca la realizacion de lo que ordena mi amigo Valdés; por consiguiente, me hallo dispuesto á destruir cuantas dificultades se opongan. Vos, Eugenio, preparad la partida, y en union de los que formen vuestro acompañamiento, os embarcais para Roma en un navío de la escuadra real. Id á mi palacio por la órden, y á verme para recoger cuanto necesiteis de mí. ¡Cuidad que sea obedecido en todo mi amigo Valdés! ¡Ay de vosotros si no lo hicierais así! Eugenio, hé aquí mi mano.

El jóven estrechó con efusion la diestra del duque, corriendo los mayordomos delante, con objeto de abrir puertas y levantar cortinas á la salida de aquél.

No obstante las poderosas razones que tuvo el duque del Imperio para obrar del modo que lo hizo contra su enemigo Valdés, sintió tristeza y pesar al abandonar aquel palacio, tan animado y favorecido no há mucho, como abandonado y solitario ahora.

Volvió á calarse su sombrero, á echarse el embozo, y se encaminó á su rico alcázar, esquivando las miradas de los curiosos y con cuanta rapidez le fué posible.

Llegó á la calle de Atocha, y entrando en su zaguan, gritó un centinela:

— ¡El señor duque del Imperio!

El jóven subió la ancha escalera de mármol en cinco saltos; y cuál sería su sorpresa al ver á la conclusion de aquella al príncipe de Italia, que salia á recibirle con los brazos abiertos, pálido y flaco, es cierto, mas despidiendo ya sus ojos el irresistible fuego de ántes.

— ¡Hermano!...

Exclamaron los dos á la vez, formando un solo bulto, pero tan tierno y cariñoso, que parecia estar alentado por un solo corazon y una voluntad.

Así permanecieron algunos segundos, dirigiéndose luégo abrazados á la cámara ó salon donde esperaban al recién venido sus padres, los marqueses de Abella, los restantes *invencibles*, su esposa y las de sus compañeros, y algunos otros parientes, allegados y amigos íntimos.

— ¡Padre, hijo, hermano!

Exclamaron, y hombres y mujeres fueron estrechando con ternura y afecto al venturoso guerrero. Éste se sentó entre su esposa y Julio, dejando que cada uno le cogiese la mano que tenía más cerca.

— ¿Cómo te encuentras, hermano mio? — le preguntó al príncipe.

— Muy bien, Flaviano.

— Ya lo veo; pues vuelve á abrasar el fuego de tus ojos, se hace irresistible otra vez tu mirada, y el genio del saber y de la gloria reaparecen de nuevo en tu envidiable frente.

— ¡Adulador!...

— ¿Y qué te extraña? Te amo más que á mí mismo; gozo viéndote sano, y creo participar de los dones que, pródigo el cielo, tuvo á bien concederte.

— Vaya si le ama; más que á mí — dijo su esposa, fijando en él una mirada tierna y seductora.

— No, esposa mia — exclamó el duque — es otra clase de

cariño, y ni éste ni el mucho que te profeso á ti se pueden medir ni pesar.

Después de felicitar los presentes á Flaviano por su feliz regreso, les refirió éste cuanto le habia acontecido con Valdés, desde el momento en que salieron de Madrid hasta el en que le dejaron en el navío *Felipe*. El cambio del cardenal, su conducta y completa metamorfosis, llenaron de admiracion á los presentes, y muy particularmente al príncipe, el cual, fijándose en el conde de Arahall, le dijo:

—Pienso, mi querido señor, que vuestro hijo Flaviano tiene ya más talento que vos.

—Hace tiempo que opino lo mismo, príncipe; pero aún le falta mucho para llegar á vos.

—Me juzgais con pasion—prosiguió el príncipe—creyendo que heredé el inimitable genio de mi padre. Algo aprendí á su lado; ¡mas estoy tan distante de él!...

Y Silva dejó caer la cabeza, asomando á sus ojos dos lágrimas, hijas del recuerdo que acababa de llegar á su mente. Flaviano se apresuró á distraerle, diciendo:

—Sostengo y puedo probar, mi querido Julio, que el talento ni se pesa tampoco ni se mide; por consiguiente, no hablemos más de eso, toda vez que á nada conduce. Ya sabrás que he visto á nuestro cariñoso monarca Felipe II. Por cierto que el buen Morata estuvo feliz con nosotros, y más aún con las personas que se hallaban cerca de S. M.

Julio le hizo algunas preguntas, con lo cual consiguió el astuto poeta arrancarle aquella idea que tanto temia se apoderase de él. Los presentes le ayudaron, luégo se entretuvo en improvisar algunos epigramas y varios chistes, sin cesar hasta que vió llegar á los labios del grave príncipe algunas sonrisas.

Concluido, marcharon al comedor; y últimamente acordaron los seis *invencibles* trasladarse á Cádiz, pasado el siguiente dia.

Convencidas sus esposas, y aún Syra, de la imperiosa

necesidad que tenía el príncipe de atravesar los mares y arrostrar peligros, fué debilitándose en ellas el sentimiento que les causaba la nueva ausencia, concluyendo por demostrar una satisfaccion de la cual iban ya participando.

Tornaron, pues, á desaparecer de aquella morada el dolor, la angustia y el tormento; Flaviano se esforzaba en distraer al príncipe, para lo cual hacia uso continuamente de chistes con que satirizaba á Mendoza hijo y á algunos de los que constantemente entraban á verlos. Y todos reian ya, mirando el porvenir seguido de un halago que juzgaron imposible no há mucho.

Las peripecias de la vida humana no respetan clase ni condicion; y los *invencibles*, séres privilegiados en cuanto al talento, valor y otras dotes no ménos estimables, sufrian tambien los golpes de esa mudable fortuna, que lo mismo al grande que al chico presenta continuamente su faz de rosa ó de azabache, alternando en el cambio con la rapidez que tiene de costumbre. Hoy reimos, mañana lloramos; volverá la alegría á nosotros, y tornará á desaparecer; pues la misma facilidad con que el hombre recibe la impresion desagradable y da cabida al más agudo dolor, le aconseja olvidar la causa y sus consecuencias.

Sigamos no obstante sin enojo á nuestros héroes, pues vamos creyendo que por mucho tiempo les ha de sonreír la suerte, ó al ménos se alejará de ellos el cáliz de la amargura, que apuraron hasta las heces.

CAPITULO X.

Despedida.—Marcha.—A Cádiz.—Embarque.

A la mañana siguiente se vistieron los seis *invencibles*, y cubiertos de negro desde los piés á la cabeza, se dirigieron en dos carrozas tiradas por magníficos corceles al palacio de S. M. el rey. Iban en la primera Rogelio Mendoza, Roberto Navarro y Mauro Nuñez de Lara, y en la segunda el príncipe de Italia, el duque del Imperio y el conde de Santomera.

A la puerta del real alcázar echaron pié á tierra, subiendo acto continuo á las habitaciones interiores. No llevaban insignia alguna militar, ni ostentaban otra cosa que un luto riguroso, del cual participaban tambien sus cocheros y lacayos, y hasta los caballos de los carruajes.

Porteros, ujieres, pajes, mayordomos y gentiles-hombres les abrieron paso con el mayor respeto y consideracion, dejándolos llegar á la antecámara. Hasta aquellos hombres avezados á la murmuracion y la crítica; á morder y envenenar como la víbora, se decian al oído, viendo entrar juntos y con severo aspecto á los indomables guerreros:

—Ahí va el mejor ejército de la tierra; los seis primeros hombres de España.

Felipe aguardaba la visita, y en el acto que tuvo conocimiento de la llegada de su primo y amigos de éste, les hizo pasar.

Se hallaba el rey despachando con el conde de Arahall y el marqués de Abella, y detrás estaba tendido, como un lebrél, el bufon Morata, restablecido completamente de una enfermedad que le retuvo en cama más de dos meses.

El príncipe entró delante, después el duque, siguió á éste el conde de Santomera, y á continuación los tres restantes.

Felipe estrechó cordialmente á Silva, y dió á besar su mano á los otros cinco, oprimiendo á la vez la de Flaviano.

—Que me place, primo mío—exclamó—veros ya sano y casi restablecido.

En este instante se levantó el bufon, cogió la diestra del príncipe y comenzó á besarla, diciendo:

—Te amo, señor, te amo tanto como á tu padre. ¡La misma frente, igual mirada, idéntica bondad!

Y asomaron á sus ojos dos lágrimas que le arrancaron la alegría, al ver bueno á su querido príncipe.

—¡Es extraño!—dijo el rey mirando á Morata.—Vosotros hacéis llorar á mi bufon, mientras que mis restantes vasallos sólo le inspiran risa, burla y epigramas.

El payaso se alzó de pronto, le hizo al rey dos extravagantes reverencias, replicando:

—No te extrañe, Felipito; estos son muy buenos; los otros muy malos; valen los unos, para nada sirven los otros; los que ves producen, los que ahora no miras cuestan; y como yo te quiero hasta el punto de aborrecer á todos los insectos que corroe en tu casa, amo á los *invencibles*, tus únicos amigos, y desprecio y me burlo de la falanje roedora, carcomida y carcomedora.

El monarca separó con el brazo izquierdo á su bufon, y rodeado ya de los seis guerreros, les dijo:

—Sé que venís á despediros, y que marcháis mañana. El cielo os acompañe y os traiga pronto á mi lado, con

toda felicidad. Es mi único deseo. Ahora pedidme cuanto querais; todo os lo concedo.

—Gracias, señor—respondió el duque.—Mañana partiremos efectivamente, si V. M. nos lo permite.

—Lo quiero, príncipe.

—Entonces saldremos á la madrugada, siendo de nuestra cuenta y riesgo el buque en que nos embarquemos, cuanto se gaste en viaje y gente que nos acompañe, y hasta con los soldados y operaciones que enganchemos y practiquemos en el Perú y Venecia. Y la única gracia que pretendemos de V. M., es que nos permita no gravar al tesoro en un solo maravedí.

—Ya sé, primo mío, que las riquezas de Mustafá aumentaron considerablemente las vuestras; tambien comprendo lo que me amais...

—¡Gracias á Dios!—exclamó Morata desde el rincón donde se habia retirado.

El rey prosiguió:

—Y no desconozco vuestro patriotismo; por todo lo cual acepto con placer vuestra generosa oferta. Esta noche os entregará el conde de Arahál el nombramiento de representante mío, con amplias facultades para hacer y deshacer en todos mis estados cuanto estimeis conveniente. No os detenga consideracion alguna; sois el rey allí, y á nadie debeis consultar ni obedecer. Reservaos en cuanto os sea dable, y volved á la corte para no separaros de mi lado jamás.

—¡Gracias á Dios!—volvió á exclamar el bufon, desapareciendo por entre unas cortinas que tenía á la derecha.

—Nos da V. M. su real permiso para retirarnos.

—¿Tan pronto os marchais?

—Estamos siempre á las órdenes de V. M.

—No; partid, si el deber os llama á otra parte. Siento sólo que nada me pidais.

El príncipe fué á doblar la rodilla izquierda; mas le contrajo Felipe, diciéndole:

—Eso no, que sois mi primo y os quiero mucho.

Y lo estrechó entre sus brazos, siendo esta una de las pocas veces que el monarca se sintió conmovido, durante su largo reinado.

Luégo alargó la diestra á los cinco *invencibles* restantes, que la iban besando, mientras él oprimia las de ellos con cariñoso afán. Despues anduvieron hácia atrás, y haciendo la última reverencia, desaparecieron.

El monarca se dejó caer sobre un sillon, exclamando:

—¡Qué nobleza de alma! ¡Qué hijos teneis, conde de Arahál, marqués de Abella!

Y continuó despachando con los dos á quienes acababa de dirigir las anteriores frases, demostrando una emocion que aquellos elogiaban en su interior.

Los *invencibles* llegaron á la escalera y fueron á bajar; mas detuvo al príncipe la voz de Morata, que apareciendo le dijo:

—Gran señor, la bondadosa mano de Dios os proteja y guie; detenga el ímpetu de los mares, y permita que vuestro genio brille como el sol, destruya como la muerte, venza y aniquile como los huracanes. ¿Me permitís que os bese la mano?

—No, amigo mio—le contestó Julio—abrázanos á los seis, y continúa rogando al Todopoderoso por nosotros, que al fin somos débiles mortales como el resto de sus hijos.

Y el bufon, con los ojos húmedos, fué estrechando á sus seis ídolos, permaneciendo en la escalera hasta que los perdió de vista.

Aquellos entraron en sus carruajes, ocupando casi todo el dia en visitar á las muchas familias que durante el duelo habian ido cuotidianamente á su palacio. Despues regresaron á su espléndida morada, hallando á sus esposas, los cuatro que la tenian, tan enlutadas como ellos; bien es verdad, que á excepcion de los individuos del cuerpo de guardia, todos los demás del alcázar estaban cubiertos de negro.

Era la primera ausencia que no arrancaba á las damas una sola lágrima en público; ántes por el contrario, aparentaban una alegría y satisfaccion que en algunos momentos era impropia por lo exagerada. Las infelices sentian amargamente separarse otra vez de unos esposos á quienes tanto amaban; mas peligraba la razon del príncipe de Italia, y contribuian en cuanto les era dable al restablecimiento y conservacion de aquél.

El rey les devolvió la visita aquella noche, y casi todos los individuos de la grandeza concurrieron tambien al alcázar.

Cuando se quedaron solos cenaron, rogando el príncipe al conde de Arahál, al marqués de Abella y á la condesa de Monterubio, se fueran á habitar su palacio en compañía de las cuatro damas que dejaban abandonadas; cuya proposicion fué aceptada con placer y llevada á cabo en el acto por los invitados.

Despues durmieron; al ser de día se despidieron de sus padres y esposas, y montando en briosos caballos se dirigieron á Cádiz. Hasta en momento tan angustioso conservaron las cuatro esposas una entereza y voluntad sorprendentes; abrazaron á los seis guerreros, y se desprendieron de ellos sin verter una lágrima, sin exhalar un suspiro, y hasta sin palidecer su sonrosada epidermis. Syra las imitó admirablemente; y unidas las cinco como hermanas, quedaron tranquilas, y al parecer satisfechas, entre el conde de Arahál, el marqués de Abella y la condesa de Monterubio.

¡Pobres gacelas! ¡cuánta amargura, pena y dolor esconden bajo aquel velo formado por una satisfaccion y alegría tan ficticias como ciertos los suspiros que exhalaban sus corazones! Cubiertas las cinco de terciopelo negro, siendo del mismo color los adornos y hasta los diminutos alfileres que usaban, eran sus trajes ménos negros todavía que el dolor interior en que se mecian sus abatidos espíritus. Pero como en este mundo se ven obligados á fingir, aun aquellos seres

que no mintieron jamás, las cinco damas, obedeciendo tan terrible ley, continuaron aparentando lo contrario de lo que sentían sus almas; no obstante lo cual, por la noche y á solas, cada una bañaba con abundante llanto la fina batista, encajes y aún damasco de sus mullidos almohadones, sobre los que pasaban muchas horas dando rienda suelta á la angustia que por el día reconcentraban en sus corazones.

El rey sintió también la ausencia de los *invencibles*, y el famoso Vallés se alegró extraordinariamente, pues estaba persuadido que aquel viaje aseguraría la admirable cura que acababa de hacer. Fué el único que ántes de amanecer se presentó á ver al príncipe, con deseos, segun dijo, de despedirlo; pero con intencion de observar su estado, el cual halló satisfactorio.

Se nos olvidaba decir, que por indicacion del príncipe propuso el rey á Su Santidad para el nombramiento de inquisidor general al cardenal Espinosa, hombre de carácter templado, costumbres morigeradas, tierno, afable y de un talento nada vulgar. Fué amigo del padre Alberto, y era el que más se le parecia de cuantos le trataron. Con lo cual consiguió Julio de Silva destruir en la Inquisicion, el fanatismo y rigor introducidos por Valdés. El sobrino de éste partió á Alicante en la forma que le ofreció Flaviano, después que á presencia del duque dejó arreglados los asuntos que su tío le encargó.

La corte, la grandeza y el pueblo supieron la marcha de los *invencibles*, y se alegraron mucho, pues suponían que su estancia en América acallaría las bastardas pasiones que tantos males estaban causando, confundiendo á los que rehusasen entrar en el buen camino. Atravesar en aquella época el temible Océano, era empresa que sólo se juzgaba á propósito para gente temeraria, para perdidos, que en alas de un deseo de riquezas que no les era dable conquistar en Europa, corrian al suelo americano en busca de ellas, con perjuicio á veces del buen nombre español. No extrañó sin

embargo ver partir hácia Ultramar á los seis hombres cuyo valor y talento eran proverbiales, y cuya abnegacion no tenía límites.

—Esos héroes—decian—no van á América por oro, riquezas ni honores; les lleva únicamente el deseo de destruir los males que sembraron indignos españoles, elevando nuevamente de este modo á su querida patria, y haciendo que el nombre español aparezca en los dos hemisferios tan puro y radiante como la luz del sol.

Sigamos ahora á los seis valerosos caudillos.

El día ántes de partir ellos mandaron á Cádiz, con bagajes donde llevaban armas, equipo y cuanto creyeron necesario, un mayordomo y cuatro pajes del príncipe; y al amanecer del siguiente salió el amo, acompañado de sus cinco hermanos, tres Zallas, nueve criados y quince artilleros. Iban delante el príncipe y sus amigos, los que demostrando una jovialidad poco comun en ellos, procuraban distraer á Julio, haciéndole olvidar la idea que descomponia su cerebro; en pos marchaban los Zallas, y á veinte pasos, mezclados pero en el mayor orden, caminaban los artilleros, los seis sirvientes de los *invencibles* y los tres de los Zallas, pues desde el momento en que ascendieron á capitanes cada uno tomó su correspondiente criado, de entre aquellos valientes que en Malta se batieron á su lado.

Seguian, pues, al príncipe treinta y dos hombres, en los que no existia un solo tímido ni cobarde; ántes al contrario, se conceptuaban capaces de atacar y vencer á un pequeño ejército.

Al principio hicieron jornadas cortas, para no violentar al convaleciente; pero cuando vieron que éste comia bien y que se hallaba tan fuerte como sus hermanos, comenzaron poco á poco á abreviar su marcha, concluyendo por caminar á escape, interrumpido únicamente por indispensables paradas. De este modo cruzaron la Mancha, el puerto de Despeñaperros, y luégo los reinos de Córdoba y de Sevilla.

Generalmente se detenian para descansar y comer en pueblos pequeños ó ventas aisladas, rehuendo de este modo ovaciones y motivos de entretenimiento. Ya en Alcalá de Guadaira, se dirigieron á Cádiz por Utrera, Jerez y los puertos, sin tocar en Sevilla; llegando por último al duodécimo día de su salida de Madrid.

El príncipe y sus acompañantes, no obstante lo acostumbrados que estaban á ver hermosas ciudades en España y en el extranjero, quedaron agradablemente sorprendidos al mirar la encantadora Cádiz. Este precioso pueblo, fundado por los tirios y conquistado por los romanos doscientos seis años ántes de la era cristiana, admira efectivamente, pues se halla construido sobre las peñas en que rompe el Océano, y á muy poca elevacion del nivel de sus aguas. Sus calles son estrechas, pero limpias, y do quier se contemplan suntuosos edificios que dan al casco de la ciudad una altanería y severidad prodigiosas. La rodea una ancha muralla que no tiene ménos de siete mil quinientas varas, salpicada de baluartes y castillos. Presenta una cortadura en el istmo ó lengua de tierra, con la que comunica con España; y á las muchas defensas que acumularon sus habitantes, se une la escabrosidad de un terreno sumamente escarpado al Sur de la costa, y muchos escollos y bancos de arena del Norte al Oeste, todo lo cual la hace inexpugnable.

Sus habitantes son tan finos, atentos y corteses como los del pueblo más ilustrado de Europa; y en la época que pasa nuestra historia le da tal importancia el comercio que empieza entre las Américas y la madre patria, que puede competir con el primer puerto del mundo.

Los *invencibles* y su séquito, guardando el más riguroso incógnito, penetraron en Cádiz, siendo recibidos en la puerta por el patron Roch, el cual les tenía buscado alojamiento; y precedidos de éste se dirigieron á la mejor hostería de la ciudad, que era el sitio designado por el valiente marino. Allí encontraron muchas y extensas habitaciones, buena

mesa y cuadras para los treinta y tres caballos que llevaban. Se posesionaron, pues, de todo el local que el hostelero tenía á disposicion del público, comieron, y ya de sobre-mesa preguntó el príncipe al marino Roch:

—¿Estais satisfecho del navío que habeis comprado, y para el que no escaseais elogios en la carta que me dirigisteis á Madrid?

—Completamente, señor. Llegué á Cádiz en los momentos en que, segun me anunciaron, se iba á botar al agua. Pasé al astillero, lo examiné detenidamente, y prendado de su magnífica construccion, hice proposiciones despues que lo ví surcar las aguas del extenso Océano, dirigido por mí; pero mi oferta fué desechada, toda vez que una compañía de mercaderes gaditanos lo queria, para emprender con él la travesía de España al nuevo archipiélago que hemos descubierto en el mar índico, ó sean nuestras posesiones Filipinas. Hubiera sido lástima perder la ocasion, pues buque de mejores condiciones dificilmente atravesará los mares. En tal conflicto reuní al armador y á los comerciantes que tenian ajustado el barco, diciéndoles:— Esa hermosa nave que tenemos delante la necesito yo, no para especular con ella, trasportar mercancías ni para cambiar el oro por la azúcar y el cacao; la quiero, señores, para cosa más grande, útil y necesaria; en ella, si el uno me la vende y los otros me la cedeis, irán á América los seis héroes de Dreux, Cambray y Malta; esos que llaman *invencibles*, y que son la gloria de su país, el dique incontrastable de nuestra querida patria. En una palabra, no soy yo, pobre y misero marino, el que tiene la pretension de compraros un barco, cuyo importe no he visto todavía reunido; es el príncipe de Italia, primo de S. M. el rey, el cual, unido á sus dignos compañeros, lo necesita para llegar en él al ítsmo de Panamá, continuando luégo al Perú.— Los traficantes hablaron entre sí, y puestos de acuerdo, me contestaron en nombre del comercio de esta plaza:— Patron Roch, cedemos gustosos ese bajel

á S. E. el príncipe de Italia, y con más gusto aún se lo regaláramos si fuese nuestro. — Y vos, ¿qué decís? — pregunté al patron. Sin vacilar me contestó: — Que tasen hoy mismo mi barco; decidle lo que contesten los peritos, y añadid que me dé lo que quiera, con tal de que sea él el que me lo pague. — Así se efectuó; mandé poner en la proa de la nave el leon de Castilla, sujetando con una garra la esfera y con la otra vuestro escudo de armas; se hizo la prueba; lo bauticé, llamándole *Leon*, y quedó anclado cerca del astillero, donde aguarda la orden de su señor para volar sobre esa dilatada superficie. Es, señor príncipe, un hermoso galeon de alto bordo, sólido, ligero para la mole que presenta, no dejando que desear nada, absolutamente nada, su construccion.

— ¿Decís que se tasó?

— Sí, señor, y muy barato teniendo en cuenta lo que el buque vale. Como era para vos...

— ¿Cuándo le veremos?

— Mañana á las ocho nos aguarda su dueño, para daros posesion de él.

— ¿Le pagasteis?

— Ha puesto por única condicion que ha de recibir el dinero de vuestra mano.

— Y de marineros, grumetes y demás tripulantes, ¿enganchasteis los necesarios?

— Sí señor.

— ¿Estais satisfecho del personal?

— Los elegí uno por uno, les hice trabajar á mi presencia, y puedo aseguraros que es gente diestra y laboriosa. Me enteré además de la conducta que observaron anteriormente, recibiendo los mejores informes.

— Muy bien; daré por el barco la suma á que ascienda la tasacion, y quinientos ducados más que quiero regalar á ese armador. Dad las gracias en mi nombre á los mercaderes que tan galantes fueron conmigo, y venios mañana al salir

el sol, para que juntos tomemos posesion de nuestro buque. Traed las letras necesarias para su pago, y el regalo de que os hablé ántes.

Roch se despidió de los *invencibles*, retirándose acto continuo, con el objeto de preparar lo necesario para el reconocimiento del siguiente dia. El célebre marino aprovechó admirablemente el tiempo que llevaba en Cádiz, como veremos más adelante.

El príncipe, sus amigos y los Zallas continuaron hablando hasta las nueve de la noche, hora en que buscaron el lecho, con deseo de hallar el descanso indispensable á la fatiga de doce dias de viaje.

Poco despues, todos eran presa del más tranquilo sueño. El príncipe de Italia fué el primero que cerró los ojos, debilitado como estaba, y sucumbiendo por consiguiente al cansancio y la enfermedad que acababa de sufrir. El sabio Vallés no se habia equivocado; la vida errante y aventurera, las emociones de los viajes, y la distraccion, cansancio y molestias del camino, eran un magnífico antidoto contra la destructora idea que pugnaba por descomponer aquel privilegiado cerebro.

Rezando se quedó dormido el poderoso caudillo, doblegándose esta vez su voluntad é inteligencia ante el inflexible poder de la materia, que concluyó por vencerlas.

A las cinco de la mañana vistieron á nuestros héroes, hallándose Julio tan ágil y fuerte como en sus mejores tiempos. Poco despues llegó Roch, y saludado que hubo á los seis amigos, dijo al príncipe:

—Señor, en el muelle espera el mejor bote de mi hermoso galeon, tripulado por catorce marineros pertenecientes á nuestra gente de mar. Ellos y yo aguardamos las órdenes de V. E.

—Es cierto—le contestó Silva—que mi augusto primo me otorgó ese tratamiento al espirar mi inolvidable padre; pero no lo es ménos que me disgusta el que vos me lo deis.

— Gracias, mi noble señor.

Media hora despues los seis amigos siguieron á Roch, el cual los encaminó al bote que tenía atracado junto á una de las escalerillas del muelle.

Imitando al galeon, tenía el esquife un leoncito dorado en su proa, con la esfera y el escudo de armas de los Silvas. Los marineros vestian uniforme con colores de la casa del príncipe, llevando un letrero en los sombreros, que decia: *El Leon*. Y se parecian á los individuos de la marina real, si bien iban más engalanados y vistosos.

Julio sonrió, viendo ya en todo aquello la hábil mano de su inteligente y diestro marino. Luégo saltaron al bote, y cogiéndose Roch al timon, preguntó:

— ¿Adónde vamos, señor?

— A bordo del *Leon* — le contestó el príncipe.

— Listo: ¡á los palos! — añadió el marino; y el esbelto esquife comenzó á cruzar la bahía de Cádiz, llamando la atencion de los muchos marineros que lo veian alejarse, por la ligereza y brio con que cortaba el agua.

De este modo llegaron á la cadena del galeon, siendo agradablemente sorprendidos por la extension, belleza y solidez de la hermosa nave. Un grumete que estaba en la popa, gritó al ver el bote:

— ¡El patron!

Y puesta la tripulacion en movimiento, corrió á la escalera á recibir á su jefe.

Tenía el *Leon* diez cañones sobre cubierta, un hermoso toldo, varios asientos, y cuatro camarotes para el capitan, pilotos y contramaestre. Se bajaba luégo una escalerilla de caracol con barandilla de bronce, llegando á la cámara de popa, la cual era tan espaciosa como permitian las dimensiones del buque. Estaba rodeada de un divan que podia servir de asiento y hasta de lecho, con una mesa en medio para comer; y frente á la popa, debajo de la escalera que acabamos de citar, existian seis pequeños camarotes, conte-

niendo cada uno su estrecha cama de hierro, percha, mesa con escritorio, gradita para la colocacion de algunos libros, un candelero, y lo necesario para que pudiera servir la diminuta habitacion de alcoba y gabinete á un solo hombre. Recibia la luz por un agujero con cristal y madera; y todo cuanto allí se veia estaba sujeto, para evitar que los grandes vaivenes hicieran pedazos los objetos ó vertieran la tinta, agua, etc.

Cada camarote tenía á la puerta el apellido de un *invencible*, y eran iguales, á excepcion del destinado al príncipe, que aumentaba un poco su extension. Cerca de estos habia uno con tres camas para los Zallas, y detrás, en otro más grande, se veian las nueve de los criados.

La cámara de proa no presentaba camarotes, pero tenía lo suficiente para el descanso de los artilleros y de los individuos de la tripulacion que no estuviesen de servicio.

Seguian despues la cocina, almacenes de víveres, depósito de equipajes y de armas, habitacion para el mayordomo y los pajes del príncipe, departamento para la pólvora y balas; presentándose todo admirablemente dispuesto y ordenado, pues hasta las bodegas eran anchas y hermosas.

— Muy bien — exclamó el príncipe cuando hubo concluido su reconocimiento — nada falta á este palacio flotante para hacernos llevadera la larga travesía que vamos á emprender. La habilidad y destreza de que tantas pruebas me habeis dado ya, señor Roch, las veo ahora en su grado más elevado. Quedo altamente satisfecho del desempeño de vuestro encargo, y doy gracias á Dios que me ha proporcionado un hombre de vuestro mérito y saber.

— Sois tan bueno, señor, que me elogiáis de un modo tan innmerecido como grato.

— Dejaos de modestias, y corramos en busca de ese armador, pues deseo que este buque sea nuestro lo ántes posible.

Y saltando nuevamente al bote, se dirigieron adonde

estaba el propietario del galeon. Aquél los recibió con gran entusiasmo, tomó de mano del príncipe el importe de su nave, aceptó el obsequio, firmaron la escritura de venta, exclamando por último el cesionario:

—Con mucho placer os he vendido mi barco, gran señor, pero con más todavía os lo hubiera regalado; que la honra de que navegasen en él los primeros caudillos del mundo, es superior al oro y riquezas.

—Gracias—le contestaron los seis amigos.

—Si me permitieseis al ménos que hiciera público el hecho...

—No hallo inconveniente—le respondió el príncipe—con tal que esperéis á que hayamos abandonado la bahía de Cádiz.

—Señor, todos los habitantes de la ciudad saben ya que debéis embarcaros aquí; ¡y si vieseis con qué entusiasmo os aguardan! Corrió además la noticia de la única condicion que yo puse para efectuar la venta, y lo voy á pasar mal si no hago pública vuestra llegada.

—Decid al hidalgo pueblo gaditano que yo os lo he prohibido, teniendo al efecto razones muy poderosas para no presentarme ante él, como desearia.

—¿Y si lo averiguasen?

—No es lo probable, pues segun mis noticias, aguardan á que las autoridades pasen á visitarme, creyendo al presente que somos parte del acompañamiento que se ha adelantado á nosotros. Si Dios nos permite regresar con bien, entónces nos daremos á conocer, admitiendo gustosos los obsequios del noble vecindario gaditano.

—No insisto, bien á pesar mio—dijo el armador—toda vez que demostrais ese empeño.

Despues se despidieron de él los *invencibles*, partiendo desde el astillero á Cádiz. Al saltar en tierra volvieron á recatarse los rostros, diciendo el príncipe á Roch:

—Esta noche arribarán mis mayordomos y pajes con el

equipo, armas y municiones; si llegan á tiempo, embarcadlos con todo lo que traen, en union de los artilleros; si entrasen tarde, verificadlo mañana. Durante el dia vended los caballos que hemos traído; haced provision de agua, vinos y alimentos; y puesto que al barco le sobra capacidad, comprad con abundancia. Encerrados en la hostería aguardamos con ánsia la hora de hacernos á la vela. ¿Qué os parece el tiempo?

—Bueno; si continúa así, podremos marcharnos despues de pasado mañana.

—No perdais un minuto.

El marino se despidió, y los *invencibles* se retiraron á su posada, donde permanecieron aquel dia y los dos siguientes sin tener noticia alguna de Roch ni del arribo de los equipajes.

Serian las ocho de la noche cuando por fin vieron aparecer al inteligente marino. La ansiedad se retrataba en los semblantes de los nueve guerreros que estaban en el salon principal de la hostería. El príncipe exclamó:

—¡Gracias á Dios que os veo, señor Roch!

—No he querido molestaros, siendo así que á nada bueno conducia, y me quitaba por otra parte un tiempo precioso, que he empleado en cumplir vuestros deseos.

—¿Llegaron mis criados y equipajes?

—A bordo los tengo.

—¿Hicisteis provisiones?

—Con abundancia.

—¿Embarcasteis oro?

—Veinte mil ducados guarda ya vuestro mayordomo.

—¿Qué falta?

—Levar ancla y á la mar.

—¿Ayuda el tiempo?

—Sopla un Norte que hará volar á mi buque como ligera paloma.

—¿Podrá variar esta noche?

—No es lo probable, ni hay señal alguna que lo indique.

—Al ser de día que espere un bote en el muelle, pues quisiera zarpar ántes de salir el sol.

—No hallo inconveniente, con tal que esta noche veais á las autoridades militares y os pongan en regla esos documentos. Yo no he querido llevárselos, con el fin de que no descubriesen vuestro incógnito.

—Está bien—añadió el príncipe, tomando los papeles que le daba el marino.—Veré al gobernador, y haré que nos dejen salir al romper el alba.

Poco despues se despidió y marchó Roch, y á las nueve en punto el príncipe de Italia y el duque del Imperio se encaminaron al palacio del jefe gaditano, al que llegaron cinco minutos más tarde. Se hallaba aquél cenando, cuando un paje le dijo:

—Señor, dos embozados que parecen nobles y que mandan á lo príncipe, desean veros con toda urgencia.

—¿Les has dicho que estoy sentado á la mesa?

—No, señor. Me apresuré á entraros el recado, pues aún cuando no ví sus rostros, juzgo que son hombres de gran valimiento.

—¿Pasaron al estrado?

—Sí señor.

—Vé y diles que al momento tendré la honra de recibirlos.

El gobernador abrevió la cena, pasando acto continuo al salon donde estaban los recién venidos.

El príncipe bajó su embozo al ver á la primera autoridad de Cádiz; éste se descubrió, y con el mayor respeto le dijo:

—Os esperaba, gran señor, con anhelante deseo, suponiendo que vuestra excelencia y cinco elevados compañeros honrariais mi casa, á cuyo fin tengo preparadas las principales habitaciones.

—Lo siento, señor gobernador; mas hace cuatro días que llegamos, guardando el más riguroso incógnito, y saldremos

al rayar el alba. Sé que todos me aguardabais; pero de darme á conocer, no hubiera podido marchar mañana; por cuya razon evacué en secreto cuanto tenía que hacer en Cádiz, restándome sólo despedirme de vos. Es urgente mi partida, y no he debido consentir que se dilate una sola hora.

—Recibí un correo de S. M. previniéndome que os recibiera y despidiese como á príncipe real, lo cual hubiera realizado con gran honra y placer. De todos modos, me hallo completamente á vuestra disposicion.

Julio, el duque del Imperio y el gobernador se sentaron, y permanecieron hablando tres cuartos de hora. El primero alargó al último los documentos que le dió Roch, encargándole que los hiciera poner corrientes aquella noche, y que los entregase luégo al oficial que debería facilitarles la salida del puerto. Despues se despidieron de la autoridad gaditana, marchando á su alojamiento, donde los nueve buscaron el lecho con ánimo de levantarse ántes de amanecer, segun advirtieron á los criados.

Así lo verificaron efectivamente. Alvaro Zalla pagó al hostelero, y cogiendo los sirvientes las ropas que sus amos tenían allí de repuesto, partieron los diez y ocho en direccion del muelle. Al acercarse á la puerta de salida se incorporó con ellos el gobernador, que há tiempo les aguardaba.

—¿Para qué os habeis molestado?—le preguntó el príncipe.

—Deseaba tener el honor de despediros; y en verdad que no me violenté, pues esta noche anduve bastante ocupado y no he dormido nada.

Luégo mandó abrir la puerta, y los acompañó hasta la escalerilla donde estaba atracado el bote que les esperaba.

Los seis *invencibles* estrecharon á la autoridad gaditana; recibieron los documentos que le entregaron la noche ántes, y dándole el príncipe un despacho para el rey y otro muy abultado para el conde de Arahal, le dijo:

—Mandad un correo á Madrid que entregue estas cartas,

en las cuales nos despedimos por última vez del rey, de nuestras esposas y parientes allegados. Ahora, amigo mio, estrechad mi mano, y hasta la eternidad, ó hasta que el cielo quiera dejarnos volver á nuestra querida patria.

Amos y criados saltaron al bote, y éste desapareció, perdiéndose entre las ondas del mar y las sombras de una noche que veia llegar su término, herida por los opacos resplandores de la aurora que empezaba á asomar por Oriente.

El gobernador los vió alejarse triste y pesaroso. Luégo se volvió, dió varias órdenes á algunos oficiales que le esperaban cerca de allí, notándose poco despues y ántes del toque de diana bastante movimiento en los individuos que guardaban los castillos y baterías de la plaza.

Un cuarto de hora más tarde comenzaron á oírse salvas de artillería en todos los fuertes de la ciudad. La bandera española tremoló en los edificios públicos, y el gobernador de Cádiz, en fin, obedecía las órdenes del rey, haciendo á Julio de Silva los honores de príncipe real; y en verdad que lo estaba verificando con exageracion. Es cierto que ni al llegar, ni durante su permanencia, le fué posible cumplir el mandato de S. M., que era á la vez su deseo; pues á fuer de valeroso militar, admiraba y queria á los *invencibles*. En cambio procuraba desquitarse en la despedida que llevaba á cabo en tales momentos.

—Que no dejen de hacer salvas—dijo—interin permanezca en la bahía el galeon del príncipe de Italia. Si no son suficientes cien detonaciones, disponed quinientos ó mil disparos.

Los habitantes de la plaza, nobles y plebeyos, despertaron al ruido atronador de los cañones, y comenzaron á echarse á la calle, ansiando saber la causa de tales descargas. Corrió la voz de que los *invencibles* acababan de llegar, y en el mismo instante habian pasado á bordo del *Leon*, en el cual se hacian á la vela aquella madrugada.

La hermosa bahía de Cádiz, una de las primeras del mundo, rival de la de Génova, se cubrió instantáneamente de buques, grandes y pequeños, los que iban conduciendo á la mitad de los habitantes de Cádiz, hasta acercarlos al galeon; mientras los restantes se apiñaban sobre los muros, fijos unos y otros en la nave de Silva. Se hallaba ésta anclada próxima á la ciudad, y los gaditanos podian percibir fácilmente la mayor parte de sus movimientos.

Eran las seis de la mañana. El sol comenzó á dorar la superficie del Océano, mientras un viento Norte, fresco y agradable, rizaba las azuladas aguas, jugando al parecer con ellas. Veinte mil personas, aprovechando la claridad del dia, miraban con avidez al *Leon*, que salia de entre las ondas cual gigantesca matrona, reina de los mares. Sólo se distinguia sobre cubierta á algunos individuos de la tripulacion, que andaban de un lado para otro preparando el velámen, para en el momento que el patron les mandase maniobrar, verificarlo sin entorpecimiento alguno.

Diez minutos más tarde se llenó la cubierta de gente; quince artilleros prepararon los diez cañones del buque, luciendo en seguida otras tantas mechas. Salió un piloto, el contraamaestre, marineros, grumetes, y una tripulacion, en fin, extensa, lucida, ligera y hábil. El patron, jefe principal de la nave, ocupó su puesto, y principió á dar voces de mando, igualándose al entendido general que al frente de sus aguerridas huestes dispone los movimientos que preceden á la batalla.

Se alzó la escalera; los grumetes treparon cual ligeras arpillas; se desplegaron las velas; el barco comenzó á moverse; levaron anclas; y todo listo, volvió á oirse la voz del capitán ó patron, que indicaba al piloto la direccion que debía dar al buque.

Las murallas de Cádiz seguian cuajadas de gente; la bahía cubierta de lanchas y botes; éstos llenos de hombres; y no obstante la inmensa reunion de espectadores, reinaba

un profundo silencio, interrumpido á intervalos por las continuas descargas de la plaza.

En este instante aparecieron sobre la barandilla de popa los seis *invencibles*, vestidos completamente de negro, si bien todos ellos ceñían la banda de general. Se presentaron descubiertos, sujetando cada uno en su diestra una gorra negra con pluma del mismo color, saludando con aquella al inmenso público, que al verlos rompió el silencio con vítores, aplausos y entusiastas demostraciones, ahogando tan atroz cúmulo de voces hasta el atronador ruido de las descargas.

— ¡Fuego! — gritó el conde de Santomera, y sonó el cañonazo de leva.

El galeon comenzó á virar á la derecha, haciendo un semi-círculo completo para quedar frente al Sur. El hermoso leon dorado de su proa, su rica madera y la admirable construcción que le dió sér, aparecieron cual nunca. El galeon se movía con tal regularidad y exactitud, que imitaba á nuestras modernas embarcaciones. Pasó lo más cerca posible de la plaza, y devolviéndole á ésta con sus cañones los saludos que le hacía, puso su proa á Sur y su popa á Norte, y comenzó á cortar el agua con una gallardía y rapidez admirables. Sus flotantes y blancas velas, encorvadas por el cuerpo del aire que se apoyaba en ellas, temblaban á cada instante, como si pretendieran jugar con el viento que las mecía.

Los espectadores continuaban atronando el espacio con sus vítores y aplausos; los *invencibles* no cesaban de mover los pañuelos con que habían reemplazado á las gorras; la plaza seguía practicando sus descargas, y el *Leon* contestando á ellas á cañonazo por minuto.

De este modo fué alejándose de la vista de los gaditanos el famoso buque, que se llevaba á Ultramar á los seis primeros caudillos de la madre patria.

El galeon iba desapareciendo por momentos, hasta convertirse en un ave marítima de blanca pluma y rápido curso.

Poco despues sólo vieron una sombra que se perdía en lontananza; quedando un punto visto sólo á intervalos, y el que por fin se desvaneció entre la union de cielo y agua que á lo léjos se confunden y parecen juntarse.

Los cañones callaron; cesó la ovacion, y los gaditanos, tristes y cabizbajos, se fueron retirando á sus hogares, comentando con enojo la causa que alejaba de España á aquellos hombres invencibles, y tan nobles y queridos de sus ciudadanos; conduciéndolos á merced de las olas, al capricho de los vendabales y al rigor de la tormenta.

Media hora despues volvió Cádiz á su estado normal; pero no habia uno solo de sus hijos, al que no le doliera la ausencia de los seis generales.

Poco después sólo viene una sombra que se pierde en las
nieblas; quedando en el fondo sólo el silencio y el
vacío que ha sido destruido antes de haberse creado y que
a los ojos se manifiesta y se siente como un
— Los caminos cubiertos por la nieve y los caminos
barridos y cubiertos de nieve, cubiertos de nieve y cubiertos
manteniendo con ellos la misma forma, la misma
barridos, cubiertos y cubiertos, y cubiertos de nieve y cubiertos
cubiertos; cubiertos cubiertos cubiertos de nieve, al cubiertos
de los cubiertos y al cubiertos de nieve.
— Me ha dado la idea de escribir esto y me ha dado la idea
no haber una sola de las ideas, al cubiertos de nieve, al
sombra de las ideas cubiertas.

CAPÍTULO XI.

Despedida de la madre patria.—Canarias.—Cielo y agua.—Abordaje.

Los *invencibles*, cogidos á la barandilla de popa, saludaron hasta que concluyeron de ver las figuras humanas de sus entusiastas admiradores. Entónces cubrieron sus cabezas con las gorras, guardaron los pañuelos, y con el corazon latiente, ávida la mirada y oprimido el pecho, permanecieron contemplando con interés, sorpresa y sentimiento el panorama que dejaban atrás. Los hombres se habian convertido en una masa negra que no podia definirse; la hermosa Cádiz parecia salir de entre las ondas del mar, cual gigantesca mole salpicada de castillos, torres, palacios y blanquísimas casas que formaban un conjunto encantador, abrigado ahora por los rayos del sol que la bañaba. Su extensa bahía, cuajada de buques desde el más alto bordo hasta el diminuto bote, sostenia y daba impulso á la inmensa bandada de palomas que corrian de Norte á Sur y de Poniente á Levante, pues tales parecian á vista de pájaro la variedad de embarcaciones que anclaban, levaban áncora, viraban y cortaban el agua sin tregua ni descanso.

Todo fué desapareciendo de la mirada de nuestros guer-

reros. Su velero y rápido bajel se alejaba por momentos de la querida costa, y la ciudad, la bahía, los castillos, las torres, las embarcaciones y la playa confundidas y oscuras, parecían ya una ráfaga azulada, una sombra esparcida en medio del Océano.

Hasta este momento habían permanecido silenciosos los seis caudillos españoles. Mas de pronto se quitó la gorra el príncipe de Italia, y con voz tierna y cariñosa exclamó:

— ¡Adios, patria mia! Al desaparecer de mi vista, late el corazón, tiembla la mano y se comprime el espíritu. Tú encierras y guardas la esposa querida, el padre adorado, lo que es, los restos de lo que fué. Aplaude, patria mia, á estos errantes viajeros; conserva nuestros nombres en mármoles ó aceros; por tí dimos nuestra sangre; en tu seno mora lo que amamos, y el que espirará bendiciéndote, merece siquiera un recuerdo de los hijos que quedan en tu suelo. Caminamos hácia el otro lado de los mares; la distancia es larga y peligrosa; tendremos que luchar con las olas, el huracán y la tormenta, y es lo probable que no volvamos á verte, patria mia; lo más seguro es que, pasado de los peces, concluya nuestra vida en ese piélago inmenso donde tantos y tantos de tus hijos quedaron sepultados hasta la consumación de los siglos. Patria mia, nunca te se ama tanto como al desaparecer de tu privilegiado suelo; jamás te se admira como al perderte de vista; ahora comprendo lo que eres, lo que vales. Bien haya el que derramó su sangre por tí, el que murió peleando por España. Adios, patria mia; mi penúltimo suspiro será para tí; el postrero para el bondadoso Dios, á quien amo más aún que á tu inolvidable seno.

Calló la voz del héroe; sus hermanos, los Zallas, sirvientes y tripulación, que lo oyeron con santo recogimiento, cubrieron las cabezas, y no viendo otra cosa que cielo y agua, continuaron unos sus interrumpidas operaciones, y otros comenzaron á andar al compás de los vaivenes del buque.

Todos estaban sobre cubierta, menos el duque del Imperio, el cual habia desaparecido, ignorándose cuándo, y dónde se hallaba.

— ¡Flaviano! ¿Dónde se encuentra?

Preguntó el príncipe con interés; pero todos se encogieron de hombros, sin acertar ninguno á contestarle. Julio quiso precipitarse por la escalerilla de popa, seguido de sus hermanos, quedando los cinco cogidos á la barandilla de bronce. Les detuvieron los armoniosos acordes de una lira, manejada por mano tan hábil, que sólo podia ser la del afortunado y consumado artista Flaviano de Osorio.

— ¡Silencio! — exclamó el príncipe. — Va á cantar; escuchemos el mágico acento de ese poeta, y sabremos cómo elevan su voz los ángeles en el cielo.

Y los cinco generales continuaron en la escotilla; detrás de éstos se agruparon los Zallas, sirvientes y parte de la tripulación, y todos quedaron pendientes de los dulcísimos preludios de la lira que pulsaba el valiente raptor de la bella griega.

Cinco minutos despues se dejó oír la voz del entendido músico, la que subiendo á cubierta parecia extenderse por el espacio como la de una mágica y arrobadora sirena. En esta ocasion tenía algo de tristeza, bastante melancolía, y sus vibraciones y puntos agudos herian el corazon del que los escuchaba, infiltrando en él la tierna emocion del inspirado vate.

Oigamos las estrofas que cantaba :

Tierra donde caminé
de dicha y placer en pos,
bellas á quien adoré,
encantos que tanto amé,
adios para siempre, adios.

Destino infausto me aleja
de vuestro suelo querido;

y tal desdicha me aqueja,
que mi dolor se asemeja
¡ay cielos! al más temido.

Suspiros del alma son
los ayes que lleva el viento;
le sobran pena y razon
á mi pobre corazon
para morir de tormento.

El inimitable cantor exhaló un nuevo suspiro, y continuó moviendo su lira con la maestría que tenía de costumbre.

El príncipe, sus amigos, el patron, los marineros, y cuantos iban, en fin, á bordo del *Leon*, quedaron suspensos y como arrobados por aquella sublime voz, la melodía de las notas que daba, y más que todo por su expresion de sentimiento.

Al abandonar la madre patria para cruzar el dilatado Océano, no hay español que deje de experimentar el punzante dolor que produce la ausencia de un pueblo en el que dejamos la epopeya de nuestro pasado. Así es, que cuantos iban en el galeon recibieron esa impresion de tristeza que aflige y atormenta al ver perdido lo que más se quiere; pero el canto de Flaviano aumentó de un modo indescriptible la pena de cuantos le oyeron, hasta el punto de arrancar abundantes lágrimas en los hombres avezados á los azares del mar, y acostumbrados por consiguiente al abandono que tanto les angustiaba en estos instantes. El canto de Osorio conmovia, impresionaba y seducia como pudiera hacerlo la fabulosa sirena que nos pintan algunas fantásticas imaginaciones; en aquellos momentos era la voz del duque la de la mencionada sirena, que encantaba y atraía con su mágico acento. Así lo comprendía el vanidoso poeta, por cuya razon prosiguió entonando las estrofas siguientes:

Todo lo perdi en un dia,
patria, grandezas, honores;

adios, placer, alegría,
que quiso la suerte mia
cebar en mí sus rigores.

Por el aura embriagadora;
por la celestial mirada
de mujer encantadora;
por el ósculo que implora
alma ardiente, enamorada,
encontraré blanca espuma,
rugientes olas, vaivenes,
aquilones, densa bruma,
la ausencia y la pena en suma,
sin hogar, patria ni bienes.

Mis valles serán la mar,
mis cantares el placer;
lo que veo mi penar,
y un continuo padecer
lo que no puedo mirar.

Patria, tu suelo divino
irá bendiciendo en pos
de su cruênto destino,
el errante peregrino,
que te da su último adios.

Flaviano sentia lo que expresaba; y atormentado por un mal estar creciente que le afligia demasiado, dejó la lira, cortó su cancion, y arrojando la gorra con que cubria su cabeza, subió la escalerilla de popa, y abandonando la escotilla trató de buscar un ambiente que refrescara sus sienes y le ayudase á desechar unas ideas que tanto le molestaban. Entónces pudo ver el terrible efecto que habian causado en sus oyentes las estrofas que acababa de cantar. Luégo miró al Norte, pero únicamente vió cielo y agua. La hermosa Cádiz, las montañas, verjeles y valles de Andalucía desapa-

recieron por completo, y lo mismo al Sur que á Levante y Occidente distinguia sólo el extenso Océano y el firmamento, que unido al agua parecia esconder el universo entero.

Comprendiendo el jóven que no era posible retroceder ni conveniente el entregarse á la amargura de la ausencia, se reunió á sus compañeros y trató de distraerlos, á lo cual se prestaron ellos gustosos, por participar de las mismas ideas que el valeroso duque. Hablaron, pues, del magnífico buque que los conducia, de la habilidad de sus tripulantes, incorporándose luégo con el patron Roch, que desde el castillo de proa observaba á su gente, dirigia el rumbo, y si bien algunas veces habia corrido á popa, dado instrucciones al timonero y órdenes terminantes al contramaestre, en este instante se hallaba en el extremo del mencionado castillo de proa, gozando con la ligereza y buena construccion del buque que mandaba; esta idea le embargaba hasta el punto de hacerle olvidar su patria y los objetos queridos que dejaba en ella.

—Me complace veros tan satisfecho, señor Roch.

Le dijo el príncipe, acercándose á él en medio de los restantes *invencibles*.

—Gracias, señor—le contestó el patron.—Voy efectivamente contento, pues dirijo un barco que no tiene rival. Es cierto que recibe el viento por la popa; pero notad la regularidad de sus movimientos y la ligereza con que obedece á los embates del aire. En este bajel se puede cruzar el Océano con toda seguridad.

—Hay tormentas, huracanes y piratas en el mar—le dijo Mauro—para los cuales suponen muy poco estas débiles tablas, por bien unidas que estén.

—No lo creais, señor general—replicó Roch—contra los últimos llevo en mi galeon seis hombres que el mundo apellida con justicia *invencibles*. Para los otros, la fortaleza, buena construccion del barco y mi experiencia, nos librarán fácilmente.

—Hay, patron, golpes de mar que arrancan de cuajo un palo trinquete, el de mesana y hasta el mayor.

—Teneis razon; en una travesía igual á la presente, desarbolaron la galera donde yo iba, llevándose todo el aparejo y hasta parte de la obra muerta. Pero la tormenta pasó, calmaron las olas, se repuso la mayor parte de lo que habíamos perdido, y llegamos á Cuba con toda felicidad.

—¿Y si el oleaje hubiese continuado?

—Entónces seríamos pasto de los peces, ó seguiríamos algunas horas más sirviendo de inocente juguete á las rugientes y destructoras olas. No obstante que en el mar no se pueden rehuir á veces, y ménos prever tales percances, tengo íntima conviccion de que arribaremos al lado opuesto del Océano.

—¿En qué os fundais, Roch?—le preguntó el príncipe.

—En el viento que sopla, en la temperatura, en los signos que vos no conoceis y yo veo en el firmamento, y en mi instinto marino.

—Cuando hayamos andado quinientas millas será otra la temperatura, contrario el viento y diferentes los signos.

—Podrá ser, mas entónces nos encerraremos en el primer castillo flotante que se apoya en esta movible superficie, y continuaremos nuestra ruta.

—Antes tan desconfiado, os hallo ahora crédulo en demasía.

—Señor, perdonadme si cometo una indiscrecion; mas ¿sería posible que los valientes sin rival, los *invencibles* en tierra, temiesen en la mar?

—Ya os lo demostramos dos de nosotros en el sparonaro que nos llevó á Malta.

—Allí continuasteis siendo héroes.

—Y aquí como en todas partes seremos hombres.

Los seis generales y el patron permanecieron hablando, almorzaron á las doce y comieron á las seis, quedando luégo de sobremesa hasta las nueve de la noche, en que se retira-

ron á descansar. Llevaban criados, pajes y cuantas comodidades les fué posible embarcar, por cuya razon carecian únicamente de aquellas cosas que no hubo medio de trasportar al galeon.

Ya hemos dicho que los movimientos del buque eran regulares, se dirigian al Sur, continuaba soplando Norte, y los *invencibles*, Zallas, criados y restantes dependientes consiguieron dormir hasta las cinco de la madrugada, en que todos se levantaron y subieron sobre cubierta, á disfrutar del grandioso espectáculo que ofrece la salida del sol por entre el firmamento y las ondas del mar.

El Océano se hallaba tranquilo; el aire seguia fresco, y su ligero soplo rizaba las velas del *Leon* y movia la superficie del inmenso piélago. Las sombras de la noche se extendian aún por el espacio; mas de pronto apareció en Oriente una ráfaga, que poco á poco fué ensanchando, adquiriendo brillo hasta que comenzó á dorar las azuladas aguas. Algunos instantes despues asomó la severa faz del rey de los astros por entre los mares y el cielo, multiplicándose é hiriendo sus luminosos rayos las intranquilas olas. La noche desapareció al fin, parte del globo se inundó de luz, dejaron de verse las estrellas, y el segundo día de embarque para los *invencibles*, principió sereno y apacible.

Como todo se olvida en el mundo, tambien en los pasajeros y tripulantes del galeon se fué amortiguando el recuerdo de la madre patria; y ocupados unos en la direccion del buque, y otros en contemplar las aves marítimas que cruzaban á menudo por entre los palos del bajel, abandonaron la tristeza que tanto les molestaba el día anterior, asomando por último en sus semblantes la alegría de que carecieron ántes. No eran cobardes, y despreciaban por consiguiente los azares de la peligrosa ruta que emprendieron en la ciudad de Cádiz.

El principe de Italia iba desechando por completo la destructora idea que ya una vez le condujo á la demencia; se

habia resignado con su suerte, y se encontraba satisfecho y expansivo. Reunidos los seis, á los cuales seguian siempre los tres Zallas, se sentaban en taburetes fijos en la toldilla, y oian con placer las explicaciones que les hacia Julio sobre los fenómenos marítimos que se presentaban á la vista. Sus oyentes miraban en su genio y vasta instruccion al inimitable trinitario; Silva se parecia á su padre en todo, hasta en el modo de accionar y de expresar las ideas. O el hijo estudió al autor de sus dias y procuraba imitarle sin olvidar ni aún los menores movimientos de aquél, ó se habia reproducido en él con exactitud sorprendente, el sabio y bondadoso sér que aplaudió el mundo durante su vida.

Julio describia y comentaba con una verdad y acierto que no dejaban duda alguna; y los que le escuchaban, no obstante el talento que la Providencia se dignó concederles, jamás hallaban motivo ni causa para combatir ó cuestionar sobre los dilemas del príncipe. Cuando éste dejaba de hablar, se apresuraba á tomar la palabra el festivo duque del Imperio, y entónces variaba completamente la escena; á la ciencia é ideas elevadas de Silva, seguian los chistes, los epigramas y la risa que arrancaba el hábil y jovial Flaviano con su claro ingenio é inimitable agudeza.

De este modo pasaban las horas los nueve guerreros que conducia el rápido galeon.

Roch solia tomar parte en la conversacion de aquellos, en los ratos que le dejaba libre la direccion de su barco; pues hombre de ciencia y de gran práctica, no obstante tener á sus órdenes un personal completo y lucido, hacia de contramaestre y de piloto continuamente, dando lecciones á los marinos más experimentados.

Al quinto dia de cruzar el Océano descubrieron las islas Canarias, que rebasaron la misma noche, sin detenerse un solo instante, virando siempre al Sur, pero inclinándose ahora hácia Levante.

El buque seguia sureando el Océano con prodigiosa rapi-

dez, el viento favorecia su marcha, y los *invencibles* se alejaban de Europa, aproximándose por instantes al suelo americano.

Todos los pasajeros andaban ya perfectamente sobre la insegura cubierta del bajel; se habian acostumbrado á aquella vida monótona, á las largas horas del ocio y al columpio de las olas, y se hallaban bien en el nuevo palacio flotante en que la suerte les impelia á tan lejanas tierras.

La cosa más pueril é insignificante les servia á veces de agradable entretenimiento; el enjambre de tortugas que se dejan ver en los mares de Canarias; los diferentes fenómenos marítimos y atmosféricos que continuamente se presentan al viajero en esa travesía; las bandadas de preciosas aves marítimas que llegaban desde los trópicos; la vela de un buque que alcanzaban á distinguir, perdida en la inmensidad del Océano; la galera de corsarios berberiscos que se acercaba al *Leon* y huía con rapidez pasmosa al percibir sus bronceados cañones, formaban intermedios agradables, en la conversacion á que se entregaban los ilustres pasajeros.

El vizconde de Jana, conde de Santomera, quiso probar al octavo dia de su viaje, si su acertada puntería en tierra, tenía aplicacion en un barco, cuyos vaivenes no cesaban un solo instante. Eran las cinco y media de la madrugada, cuando les pareció distinguir entre la bruma un buque de alto bordo que pretendia darles alcance. Roch dió la voz de *alerta*, la cubierta se llenó con todos los pasajeros y tripulantes, y el entendido Odon dispuso que sus artilleros esperasen al pié de los cañones la órden de hacer fuego; y cogiéndose al brazo de Roch, le dijo:

—Amigo mio, ese bulto que se percibe en lontananza podrá ser muy bien un corsario que pretenda abordar nuestro barco.

—Creo lo mismo, señor conde—le respondió el marino.

—Pues bien—añadió Santomera—si no nos hemos equi-

vocado, os ruego me ayudeis á dirigirle unos cuantos saludos con las bocas de los cañones; deseo ver mi habilidad ó torpeza en esta clase de castillos nuevos para mí.

—Sereis servido; no separaos de mi lado, y conseguireis vuestro intento.

Y Roch comenzó á dar voces de mando, hasta que el *Leon* quedó al *paíro*, sin movimiento alguno y como enclavado en el agua. El buque que creían distinguir andaba de Norte á Sur, yendo por consiguiente su proa en direccion de la popa del galeon; pero Roch, ántes de poner su embarcacion al *paíro*, mandó virar á Oeste, presentando el costado de estribor al bajel que venia siguiéndolos. De este modo podia el conde de Santomera disparar cinco cañonazos en el instante que reconocieran al corsario. Los restantes *invencibles* aprobaron la idea de Odon, y todos esperaron el momento de los disparos, fijas sus miradas en el bulto flotante que se acercaba á ellos.

Como el *Leon* estaba parado, y el otro buque seguia viento en popa, pronto se acortó el espacio que los separaba; pero la bruma de la madrugada era densa, y no obstante hallarse á la distancia próximamente de quinientas brazas, no pudieron conocer unos ni otros los medios de ataque y defensa de que disponia su contrario. Quedó tambien al *paíro* el navío sospechoso, y esto hizo comprender á Roch, de un modo positivo, que tenía cerca un corsario berberisco.

Quince minutos despues rasgó el sol el negro manto de la noche, y comenzó á desaparecer la bruma de la mañana.

En el mismo instante vieron que el barco enemigo era una galera, la cual llevaba la negra insignia de pirata. Su cubierta se hallaba cuajada de moros y africanos, los que observaban al hermoso galeon del príncipe de Italia. Luégo maniobraron los tripulantes corsarios, y viento en popa salió la galera dirigiéndose al *Leon*. No tardaron los *invencibles* en escuchar la gritería de aquellos bandidos de mar, distinguiendo á la vez los garfios, hachas, pías y demás

instrumentos que enarbolaban, disponiéndose al abordaje; mas percibieron los cañones del galeon, cesaron de gritar, dando el jefe corsario la orden de virar á Oeste. En aquel momento se oyó una detonacion, y al través de la nube de humo que arrojó la boca del cañon que acababa de disparar, vieron los guerreros castellanos roto el palo trinquete de la galera. La bala dió en el nacimiento de la cofa; por consiguiente, la puntería del conde de Santomera fué acertada, pero alta, y no del gran resultado que esperaban, por efecto sin duda del continuo vaiven del buque. Volvió á oirse otro cañonazo, cuya bala entró por la parte babor de proa, atravesó la obra muerta y derribó tres hombres, deshaciendo parte del castillo.

Se apoderó el espanto de los piratas berberiscos; exhaláron un grito espantoso, y cogiendo los remos trataron de huir, ayudando con aquellos al empuje del aire que chocaba en el aparejo que aún se mantenía intacto.

Sonó el tercer cañonazo, y penetrando la bala por entre dos puertas de luz, causó gran destrozo en la cámara de popa. Se oyó el cuarto, y el palo mesana fué tambien trinchado. Y por último, salió la quinta bala, pasando á una cuarta del costado estribor del navio corsario.

La puntería del vizconde de Jana era tan acertada en la mar como en tierra; su infalible golpe de vista tenía igual aplicacion; pues si una de las veces fué alta la puntería y otra un poco desviada, lo causaron el continuo movimiento de ambos buques; pero acertar un neófito tres de sus cinco disparos, era igualarse á los primeros artilleros marinos.

Destrozada la galera y en el mayor espanto sus tripulantes, desaparecieron de aquel sitio dando terribles alaridos.

El príncipe de Italia, el duque del Imperio y sus tres hermanos restantes felicitaron al conde, siendo en aquel instante objeto de admiracion de los demás pasajeros y tripulantes del *Leon*.

El jóven *invencible* mandó cargar nuevamente sus cañones;

Roch dió la orden de continuar su derrota, y el galeon prosiguió andando como anteriormente.

Reunidos nuevamente los seis amigos y tres Zallas, comentaron la actitud de los corsarios y la leccion que acababan de llevar, siguiendo otra vez entregados á sus entretenimientos favoritos, de los que hemos hablado ántes. Sufriendo algunos dias los consiguientes golpes de mar que los alejaba de la cubierta; otros las cortas jornadas á que les condenaba un viento flojo, y que no siempre soplabá por la popa, cruzaron el Océano septentrional, llegando al trópico á los veintiocho dias de haber salido de Cádiz.

De este modo continuaron hasta aproximarse á las islas Martinica y Santa Lucía, por entre las cuales debian pasar para entrar en el mar de las Antillas.

Distaban del punto que acabamos de mencionar unas veinte millas escasamente; pues cruzaron el trópico y llegaron al Océano Atlántico, siendo aquel viaje uno de los más felices que se habian hecho hasta entónces.

—Pronto entraremos en las Antillas—les decia Roch—y casi costeano nos aproximaremos á Panamá; de lo cual podeis deducir, que desaparece todo peligro, y que las tempestades y aquilones de que me hablabais al principio, respetan á nuestro magnífico galeon. Pienso, si no me ordenais otra cosa, no echar el ancla hasta que lleguemos á Porto-Belo, toda vez que nos sobran agua y alimentos.

—Opino lo mismo—dijo el príncipe—pues deseo arribar lo ántes posible á la ciudad de Lima.

Y en verdad que Julio y sus restantes compañeros se iban cansando ya de aquella vida monótona y pesada. En los veintiocho dias que llevaban de navegar, habian estudiado cuantos fenómenos se presentaron á su vista, y hablado de ciencias, artes y literatura; pero ya ni el pez monstruo, ni las aves de cien colores, ni el aerolito, ni nada, en fin, excitaba su curiosidad, habiéndoseles agotado además los temas de las conversaciones que les entretuvieron hasta en-

tónces. Llegó la noche del mencionado día, y mucho ántes de las nueve todos buscaron el lecho; el barco iba perdiendo por instantes el movimiento que lo agitó anteriormente, y pudieron dormir sin que les molestase nada; pero al abrir los ojos á la mañana siguiente, se hallaron con que el *Leon* estaba parado en medio del mar.

—¿Qué acontece?—preguntó el príncipe á Roch, que le esperaba en la cámara de popa.

—Calma, señor; una calma—dijo el marino—que nos ha enclavado en el agua.

—¿Y creéis que durará mucho tiempo?—le preguntó Mauro, que llegaba en aquel instante seguido de los restantes *invencibles*.

—Estamos en un sitio—respondió el patron—tan propenso á borrascas como á calmas, las cuales suelen durar cuatro ó más días. El mar parece una tabla; el viento es nulo, y no veo señal alguna que indique un cambio favorable á nuestro deseo.

—¿Y qué haremos, patron?—le interrogó Mendoza, con señales inequívocas de impaciencia.

—Esperar, señor; no hay otro remedio.

—Pues aguardemos—añadió el príncipe—que al fin es un mal preferible á las tormentas y huracanes.

Y subieron todos sobre cubierta, viendo desde allí confirmado lo que les habia dicho Roch. La mar parecia efectivamente un inmenso cristal sin movimiento, y en el que reflejaban los rayos del ardiente sol tropical; el calor subia á 34°, y la calma era tan completa, que no se percibia el más leve soplo de aire. El hermoso bajel salia de entre las azuladas aguas, las que formaban ahora el extenso y lucido pedestal de aquel gigante de los mares. La vela mayor, la de trinquete, el velacho, el sobrejuanete, la de gavia, el foque, la de estay ni otra alguna, servian para otra cosa que para hacer sombra á los *invencibles*, que, guarecidos con ellas de los rayos del sol, contemplaban tristes y pesaro-

los la terrible tranquilidad del viento por que suspiraban.

Pasó el día y la próxima noche en el mismo estado, y llegó el siguiente continuando de igual modo; trascurriendo por último dos más sin mejorar el tiempo. La calma y el calor sofocante parecían haberse apoderado del mar que servía de avanzada á las Antillas.

Todos iban ya perdiendo la paciencia; la desesperacion crecía, y el viento no escuchaba sus ruegos ni sus votos.

En tal estado se sentaron á la mesa los *invencibles*, los tres Zallas y Roch, tristes, cabizbajos y sin gana ninguno de ellos de desplegar los labios. El patron se hallaba más ensimismado que los otros, absorto al parecer por una idea que le tenía há tiempo embargado. Concluyó el almuerzo, y notando el duque del Imperio la actitud del marino, le preguntó:

—¿Encontrais medio de hacer andar á vuestro buque, mi estimado Roch?

—No pensaba en eso, mi respetable señor—le contestó aquél.—El *Leon* sólo puede moverse ayudado por el aire, y éste, ¡por Barrabás! parece haber desaparecido del sitio donde nos hallamos.

—¿No teneis esperanza de que cambie el tiempo?

—Sí; creo que mañana reinará algun viento.

Y volvió á ensimismarse como lo estaba anteriormente. El príncipe de Italia observó detenidamente su fisonomía, concluyendo por preguntarle:

—Sois presa de una idea desagradable; ¿quereis decirme si tiene relacion con nosotros?

—Mucha, mi general. He visto al asomar la aurora una galera, y luégo varias canoas, cuyos tripulantes han debido reconocer esta noche nuestro buque.

—¿Y qué deducís de eso, patron?

—Anda por estos mares un pirata llamado Abancay, peruano, hombre de gran valor y de una inteligencia privilegiada. Hace cuatro años apresó una galera portuguesa

anclada en Chagre, se hizo corsario, y seguido de doscientos indios tan feroces como él, ejerce su terrible oficio con una suerte loca. Es jóven, nació marino, adiestró á sus parciales, y dirige un buque movido por remos y velámen. Generalmente aprovecha las calmas ó tormentas que menden en este mar, para caer de improviso sobre el desgraciado barco que queda como el nuestro, ó indefenso y á merced de las olas durante la mencionada tormenta.

—Con el *Leon* no se atreverá.

—Abancay es tan temerario como diestro; acecha la ocasion, y se lanza al enemigo sin contar el número ni calidad del que ataca. Si la galera que creo haber distinguido en la madrugada de hoy, y las canoas ó botes que ví desaparecer, eran las suyas, indudablemente abordará esta noche nuestro bajel.

—Pues durmamos hoy, velemos al espirar el dia, y que venga cuando quiera—dijo Roberto Navarro.

—En eso estaba pensando—añadió Roch—cuando me interrogó el señor duque.

Concluido este diálogo subió á cubierta el hábil marino, se apoyó en el trinquete, y desde allí observó el resto del dia, fija siempre su vista en direccion de las Antillas. Sin embargo de los abrasadores rayos del sol, no se movió para otra cosa que para rogar á Silva adelantase una hora el momento de la comida. Llegado este instante, dió algunas instrucciones al piloto, y dejándole en su lugar, pasó al comedor.

A las cinco en punto se sentaron á la mesa, donde permanecieron hasta despues de las seis.

—¿Qué habeis conseguido con vuestras observaciones de hoy?—preguntó Julio á Roch.

—He distinguido una canoa que tiene de avanzada la galera que creí ver esta mañana. Es indudable que nos ha reconocido Abancay, nos espía, y probablemente querrá asesinarlos esta noche.

—¿Luego insistís en que se halla ese temerario á pocas millas de nosotros?

—Sí, señor.

—Pues bien; encargaos vos de evitar el que seamos sorprendidos, que nosotros cuidaremos de recibirlo dignamente. Siendo, como decís, el terror de estos mares, conviene destruir su galera y dar fin de esa horda de piratas salvajes. Así comenzaremos á prestar servicios á la humanidad ántes de llegar al Perú. En caso de que vuestras sospechas se realizasen, avisad con tiempo; pero dejando que llegue la galera y nos aborden esos bandidos.

Roch puso á disposicion del príncipe toda la gente que tenía en su tripulacion útil para la guerra; encerró los restantes en la cámara de proa, y quedó solo sobre el castillo, observando como anteriormente.

Mauro, Odon, Roberto, Mendoza y Osorio se ciñeron cotas, cubriendo sus cabezas con sólidos cascos; lo mismo hicieron los Zallas, mientras que el príncipe armaba é instruía á los criados, artilleros y gente de mar, puesta á sus órdenes.

Cerca de anochecido se hallaban en la extensa cámara de popa los defensores del *Leon*, provistos unos de mosquetes, otros con picas, varios con espadas, y todos llevando en sus cinturas terribles hachas de abordaje. Sólo el príncipe de Italia permanecía cubierto con traje de seda, gorra de terciopelo, y sin otra arma que la espada que pendia de su cinto; pero daba órdenes, disponia y preparaba á los suyos para que recibieran como convenia el feroz ataque que les habia anunciado Roch.

Llegó la noche, y todo continuó en el mismo estado. Sepamos ahora qué hacia el entendido y valiente patron.

En la extensa cubierta del galeon sólo se veia la inmóvil figura del atrevido marino, el cual siguió observando mientras se lo permitió la luz del dia. Luégo se proveyó de un par de pistolas, de una hacha, y fijo en el extremo de

la proa, aplicó el oído, prosiguiendo así largo tiempo.

En este instante subieron algunos marineros, colocando seis faroles en los palos del navío, con lo cual quedó alumbrada su cubierta. Acto continuo volvieron á bajar, sin decir nada al patron. Éste comprendió la idea del príncipe, asomando á sus labios una sonrisa siniestra; mas prosiguió escuchando.

Nadie hablaba ya en el *Leon*, ni se sentia ruido alguno; todos esperaban, pero únicamente Roch adivinaba cuándo y cómo debian ser visitados por los piratas indios.

Cerca de la media noche creyó percibir el sabio marino el choque de algunos remos que hábilmente y con precaucion se iban acercando á su barco. Fijó su vista en el sitio por donde suponía que llegaban, y á los pocos instantes vió, al resplandor de las luces que tenía su barco, una canoa movida por dos palos, y en la cual se aproximaban ocho indios. Estos llegaron al centro del estribor del galeon, cesaron de remar, pegándose al casco del navío la débil lancha en que venian. Luégo se puso uno de pié; otro trepó sobre aquél; el tercero sobre el segundo, y así formaron una escalera de carne humana por la cual subió ligero y hábil el jefe de aquellos hombres, quedando apoyado en el borde de la obra muerta del *Leon*. Desde allí escudriñó detenidamente la cubierta, sin ver otra cosa que pudiera llamar su atencion, que al marino Roch, el cual tendido en el castillo aparentaba hallarse tranquilamente dormido.

El indio que espiaba de aquel modo tendria treinta años de edad; su color era amarillento como el de toda su raza; mas su fisonomía no presentaba deformidad alguna; tenía la frente despejada, y su musculatura parecia la de un hércules. Llevaba simplemente un tapa-rabo, pendientes en las orejas, y un cordon que sujetaba su pelo lo más cerca posible del nacimiento. Y era efectivamente el célebre pirata Abancay. Este hombre extraordinario se habia educado entre los españoles que residian en Lima; aprendió de ellos

cuanto convenia á sus feroces instintos, y en alas del odio y rencor que profesaba á sus conquistadores, se hizo pirata, del modo que refirió á los *invencibles* el patron Roch. Teniendo en cuenta su clase y condicion, era sin duda alguna un marino notable por su talento, destreza y práctica. Siempre en aquellos mares, ejercia el oficio de pirata, retirándose luego á los desiertos que aún existian en San Martin, Antioya, la Martinica, Barbada y demás islas situadas á la entrada del mar de las Antillas. Durante el invierno solia el terrible pirata cruzar, bien disfrazado, el istmo de Panamá, y fingiéndose comerciante brasileño, se dirigia al Perú, donde pasaba uno ó más meses entre los amigos y parientes que tenia al pié de las heladas montañas peruanas; y con los que solia repartir el oro y riquezas que continuamente robaba á los desgraciados navegantes que caian en su poder.

Tal era el hombre que, creyendo real y efectivo el sueño de Roch, saltó al *Leon*, y arrastrándose como una culebra, fué reconociendo las escotillas y demás agujeros que daban paso á las cámaras.

Reinaba en el buque un silencio sepulcral; nadie dormia, pero todos aparentaban hacerlo; así es, que Abancay, concluido su espionaje, sonrió de un modo terrible, murmurando para sí:

— ¡Son presa del más tranquilo sueño! ¡Oh, morirán todos, me apoderaré de sus riquezas, y tendré el buque más grande y hermoso que ha cruzado los mares! ¡Palo mayor, mesana, trinquete, bauprés, diez cañones, y todo nuevo!... No he visto nada más grandioso que este alcázar flotante. ¡Será mio, mio, mio!...

Y sin hacer el más leve ruido corrió de un lado para otro, trepó luego hasta la cofa mayor y con más ligereza que la ardilla, descendió de aquel sitio, y bajando por la escalera de carne que le esperaba al estribor del buque, llegó á la canoa, diciendo á los suyos:

—A la galera; remad aprisa; más; ménos choque; inclínad los palos; así.

Y se perdió entre las sombras de la noche.

En el mismo instante se levantó el astuto y entendido Roch, vió la retirada de los piratas, y acercándose á la escalerilla de popa, exclamó:

—Señor, Abancay el pirata ha reconocido el *Leon*, llegando su temeridad, hasta penetrar en el sitio donde yo estoy. Antes de una hora volverá con su galera, abordando al galeón.

Y el marino tornó al castillo de proa, donde quedó nuevamente observando.

La calma continuaba sin interrupcion; el calor se dejaba sentir de un modo terrible, y el silencio de la noche seguia inalterable. La mar, teñida con el negro matiz de las sombras nocturnas, parecia un extenso paño funerario clavado en la tierra; en tanto que la muerte se acercaba fria, severa y cruel al galeón del príncipe de Italia.

Poco despues de haberse retirado Roch al castillo, subieron los *invencibles* y cuantos les acompañaban, provistos de armas y atavíos guerreros. Por órden de Silva se colgaron los seis faroles que habia sobre cubierta, á bastante altura y en sitios convenientes; siendo en el acto distribuida la fuerza de un modo estratégico y tan sabio como todo lo que emanaba del héroe príncipe de Italia. Sobre las cofas se colocaron varios mosqueteros; y dividido el resto de los defensores del *Leon* en el alcázar de popa, la toldilla, el castillo y los camarotes de cubierta, puesto cada general al frente de un peloton, esperaron, tanto la llegada de los piratas, como las voces de Silva mandándoles atacar.

Suponian que el enemigo se acercaria por el costado estribor, y al efecto amarraron una gruesa cadena en aquel lado, con un tremendo garfio que debia sujetar la galera corsaria al galeón, de modo que no pudiese escapar pirata alguno á no arrojarse al mar.

— ¡Ellos ó nosotros! — dijo el general en jefe, y todos se dispusieron á morir ó vencer.

Escondidos los unos en las cofas, otros en los camarotes y jardines, y tendidos los restantes sobre el extremo babor de la cubierta, guardaron el mayor silencio.

Todos iban defendidos con cotas, cascos, y algunos con corazas, á excepcion del principe, al que no consiguieron hacer cambiar su traje de seda y gorra de terciopelo con pluma. Para el ataque prepararon las armas que ya dijimos, y varias pistolas que llevaban los *invencibles*, Roch y los Zallas; Julio dió las suyas á su criado, quedando por consiguiente con su sola espada.

El patron continuaba observando; los demás, admirablemente situados, sin desplegar ninguno sus labios, todavía esperaron media hora.

Por fin interrumpió Roch aquel continuado silencio, exclamando á media voz:

— La galera pirata se acerca; no la veo, pero oigo el choque de sus remos.

Nadie le contestó ni se movieron. Pasó algun tiempo, y aquél añadió:

— Distingo el barco enemigo; trae doscientos hombres armados, está á ciento cincuenta brazas, y marcha con bastante rapidez.

A estas frases siguió un pavoroso silencio, interrumpido por el suave choque de cien remos movidos con habilidad y precaucion. Cinco minutos despues quedaron unidos el *Leon* y la galera corsaria, el costado babor de ésta con el estribor de aquella.

Hasta este momento los piratas habian navegado con la mayor cautela y silencio posible; pero al juntarse los barcos echaron una sola amarra, y dando gritos espantosos abor-daron el galeon, armados con hachas, picas y cuchillos. Iba á la cabeza de ellos el terrible Abancay, el cual gritó á los doscientos hombres que le obedecian:

— ¡A las cámaras! Matadlos á todos, y luégo nos repar-tiremos el botín.

Y divididos en dos mitades, corrieron los unos á la esco-tilla de proa, y los otros á la de popa.

En el mismo instante exclamó el príncipe de Italia:

— ¡Fuego!

Y se oyeron treinta detonaciones de mosquetes y pistolas, que derribaron otros tantos indios.

Julio añadió:

— ¡Coged el estribor, cortad la retirada, y herid!

Los *invencibles*, sus criados, los Zallas, Roch, el piloto, el contramaestre, los quince artilleros y veintinueve marine-ros, obedeciendo la órden de Silva, se corrieron al costado derecho del *Leon*, y comenzaron á matar piratas, impidién-doles á la vez el paso á la galera.

Abancay, aquel intrépido peruano que hasta este momento habia sorprendido siempre y vencido á sus contrarios, se hallaba cogido con todos los suyos en una sangrienta red, donde debian dejar sus vidas. Comprendió que eran espa-ñoles los que dirigian la emboscada, vió claramente el valor y decision de sus contrarios, y en brazos del más acerbo despecho enarboló su hacha y comenzó á blandirla, sin dejar por eso de arengar á los suyos.

La cubierta del galeon se convirtió de pronto en un campo de batalla; los unos atacaban con heroismo castellano, los otros se defendian con valor salvaje. Mendoza derribaba indios sin cuento; Osorio, Mauro, Odon, Roberto, los Zallas y Roch llevaban la muerte en la punta de sus aceros, que movian con rapidez pasmosa; mientras que el príncipe de Italia, desde lo alto de la toldilla, dirigia, ordenaba y hasta parecia prestar su poderoso aliento á los intrépidos españo-les. En cuanto al iracundo Abancay, saltaba como una pantera, corria de un lado para otro, impelia á su gente al combate, atacaba, esquivaba los golpes que le dirigian sus contrarios, y siempre hábil, ligero y valeroso, representaba

él solo tanta fuerza y poder como todos sus parciales juntos. Recibió dos heridas; su amarillenta piel se hallaba enrojecida por la sangre; pero léjos de debilitarse ó sentir pavor, acrecían su enojo, destreza y temeridad; mas, bien á pesar suyo, se veía obligado á retroceder, costándole cada paso que daba hácia atrás una veintena de sus defensores. No se le ocultó á su clara inteligencia la imposibilidad de vencer á aquella clase de hombres forrados de acero, y que sabían herir mejor que él; y esto le sugirió la idea de buscar una retirada que librase de morir á los indios que todavía se mantenían en pié, salvando á la vez la galera, que le era indispensable para llevar á cabo su infame oficio. A este fin saltó por encima de sus contrarios, consiguiendo llegar á su barco; desde allí llamó á los piratas; pero éstos se encontraban encerrados en un semi-círculo de hierro, y no les fué posible obedecer la orden del jefe pirata. Abancay pretendió soltar la amarra que unía su galera al *Leon*, con el objeto de ver si conseguía ponerla al costado babor de aquél, y trasbordar de este modo á algunos de los suyos; pero bien pronto distinguió la cadena y garfio, asegurado por Mendoza, y desde aquel instante comprendió que todo se había perdido. Negra su piel, centelleante su mirada, cárdenos los labios, y en brazos de la más grande desesperacion, tornó á saltar por encima de sus enemigos y á ocupar su puesto, que no debió abandonar nunca. Intentó rehacer sus debilitadas huestes, con ánimo de perecer matando; pero era ya tarde: bastaron los ocho minutos que él permaneció fuera del combate, para que se acabase de debilitar la fuerza moral de los indios, y comenzaran unos á rendirse, y otros á arrojarse al mar desde el castillo de proa, único sitio por donde no estaban cercados.

Durante aquella sangrienta lucha habia continuado el príncipe de Italia en lo alto de la toldilla, dando órdenes y dirigiendo á los suyos, pero sin desnudar la espada y ménos tomar parte en la contienda; mas llegado el instante en que

vió humillados á algunos de sus enemigos, y buscando los restantes la salvacion en el negro abismo que tenian bajo sus piés, se compadeció de aquellos desgraciados, bajó al castillo de popa, y separando á los suyos, gritó con ronca voz:

— Perdonad al que se rinda; que aún cuando piratas, son hijos de Dios.

Los *invencibles*, Zallas y restantes defensores del galeon bajaron sus armas al escuchar la voz del príncipe.

Abancay comprendió que el que acababa de hablar era el jefe superior de sus contrarios, y ardiendo en ira tiró el hacha, sacó la daga, corrió, y dando un terrible salto, fué á caer sobre Julio, al que indudablemente hubiera muerto, si el valiente Perez, que jamás perdía á su amo de vista, no conservara de propio intento una de sus pistolas cargada y hubiera detenido el salto del indio, dándole un balazo en el hombro derecho. Abancay recibió la cuarta herida, cayendo entre Odon Navarro y su hermano Roberto, los cuales se separaron para reconocerle y ver si estaba muerto; pero el feroz indio apenas llegó al suelo cuando se incorporó, dió otro rápido salto, ganó el castillo de proa, y desde allí se arrojó al mar.

Ya en el agua, nadó, y reuniendo á varios piratas de los que se tiraron ántes que él, se dirigió con ellos á la galera, cogió una canoa de las que habia llevado, y desapareció, perdiéndose entre las sombras de la noche. Sólo él, que iba cubierto de sangre desde los piés á la cabeza, y siete hombres que le acompañaban, pudieron huir y salvar sus vidas. Los demás murieron unos, otros cayeron prisioneros, y los restantes sirvieron de pasto á los muchos tiburones que abundan en el Océano, próximo á las Antillas.

La cubierta del *Leon* se hallaba cuajada de cadáveres y heridos, que nadaban en su propia sangre.

De los doscientos que abordaron el galeon, perecieron más de cincuenta; habia setenta y ocho heridos, veintisiete prisioneros, componiendo el resto los que se arrojaron al mar.



J. VALLEJO, dib.^o y lit.^o

Lit. de J. DONON, Madrid.

— Perdonad al que se rinda que aun cuando piratas son
hijos de Dios.

El príncipe de Italia contaba tres marineros y dos criados de los Zallas cadáveres, y hasta once heridos más ó ménos levemente; siendo pocos españoles los que no recibieron algun golpe de aquellas panteras que pretendieron cebarse en ellos. Grande era la cubierta del *Leon*; mas desde el alcázar de popa hasta el castillo de proa corria la sangre, viéndose en todas partes señales de la sangrienta lucha que acababa de terminar.

Duró el combate más de tres cuartos de hora, en cuyo tiempo se batieron los *invencibles* con el heroismo de siempre, y con mucho valor los restantes. El servicio que concluian de prestar á la humanidad era inapreciable, pues Abancay y los doscientos asesinos que le acompañaban, fueron por espacio de cuatro años el terror de aquellos mares. Mataban y robaban sobre el agua, y lo mismo hacian en las islas Antillas cuando el tiempo ó la ocasion no les permitian ejercer sus feroces instintos en el Océano Atlántico. Abancay se salvó; pero áun cuando sanara de sus cuatro heridas, con la pérdida de la gente y barco, quedaba impotente para continuar su terrible oficio.

El restablecimiento del príncipe de Italia comenzaba esta noche á producir felices resultados para los buenos, terribles consecuencias para los malos.

Por orden de Julio de Silva se desarmó á los prisioneros, siendo inmediatamente encerrados en una de las prisiones del *Leon*. Luégo se subieron á cubierta cuantas luces existian en el barco, se curó á los españoles heridos, despues á los indios, y últimamente se arrojaron al mar los muertos. Los primeros fueron trasladados á una cámara aseada, y cómoda de popa, y los segundos á una de proa, quedando custodiados por seis artilleros.

La galera apresada, con las canoas que tenía, fué echada á pique; se limpió la sangre que corria por la cubierta y la mucha que habia llegado á las cámaras, quedando el *Leon* como ántes de haber empezado la lucha.

Los guerreros cambiaron de traje, y hallándose próxima la madrugada, determinaron aguardarla en vela, pues en los camarotes no podían sufrir el calor que se experimentaba. Cansados de los esfuerzos que hicieron y de los golpes que habían llevado, se sentaron los jefes en el alcázar de popa, mientras los restantes se tendieron sobre la cubierta de proa.

En este instante se acercó á los *invencibles* el patron Roch, y con marcada alegría les dijo:

— Señores, el tiempo comienza á variar, y creo que ántes de dos horas podremos continuar nuestro derrotero.

— ¿En qué os fundais para opinar de ese modo? — le preguntó el conde de Santomera — pues yo acabo de reconocer el espacio, y en verdad que no hallé señal alguna que justifique vuestro aserto.

El marino señaló á los *invencibles* una de las luces que ardía cerca de ellos al aire libre, añadiendo:

— Ved la llama de esa vela; no notais sus continuas oscilaciones?

— Sí — le contestaron.

— Pues bien, la imperceptible brisa que mueve esa luz irá aumentando á cada instante; en breve refrescará la atmósfera, y ántes de dos horas andará mi barco á impulsó de un Noroeste, que nos acercará en pocas horas al mar de las Antillas.

— ¿Estais seguro, Roch?

— Es lo probable, gran señor.

— ¡Quiera el cielo que no os equivoqueis!

— ¿No percibis aún el soplo de la brisa?

— No.

— Eso prueba que no sois marinos.

— ¿Limpiaron el *Leon*?

— Sí, señor.

— ¿Notasteis algun desperfecto en la cubierta?

— En la obra muerta hallé siete agujeros hechos con bala

de mosquete; pero en breve se repararán esas pequeñas averías.

Y despues de tomar el patron la vénia del príncipe, dispuso lo conveniente para que el galeon comenzase á andar en el instante que le ayudara el viento.

Los *invencibles*, fijos en la luz que les indicó Roch, la veían oscilar, notando con placer que por momentos aumentaba la causa que la impelia. No tardaron en sentir la frescura de un viento que comenzaba á chocar agradablemente en sus ardientes rostros. Más tarde vieron á gran altura unas nubecitas que se corrian de Noroeste á Sudoeste, y una hora despues recibieron la agradable impresion de un aire que podia muy bien empujar al *Leon*. Seguros ya de emprender nuevamente su ruta, se retiraron á los respectivos camarotes, en busca de un sueño que no tardó en apoderarse de ellos.

Los pasajeros restantes dormian ya todos sobre cubierta, y sólo los tripulantes se hallaban en pié, esperando las órdenes del patron para obedecerlas.

La calma y tranquilidad volvió á reinar en los ánimos de cuantos séres llevaba á bordo el hermoso galeon. Sólo los heridos y prisioneros suspiraban, sufriendo las consecuencias del fatal abordaje que no há mucho tuvo lugar.

CAPÍTULO XII.

Las Antillas. — Porto-Belo. — Chagre. — Istmo de Panamá.

El inteligente Roch, que era marino por vocacion, y aprendió cuanto fué posible, reunia á sus conocimientos científicos un instinto que equivalia á veces á la adivinacion. Desde el dia anterior auguró la llegada del viento, que en estos instantes le favorecia en la forma y modo que él previó, llenando de admiracion á cuantos escucharon su vaticinio. En tierra era un hombre de bien, reservado, cauto, pero que sólo hubiera servido para hacer la felicidad de una mujer que amase y de los hijos que pudiera tener; en la mar, por el contrario, era una excepcion necesaria y que no tenía equivalente. Como hombre de ciencia, dirigia un barco con acierto admirable; como práctico, daba lecciones desde el piloto hasta el último grumete; ya hemos visto que todo lo preveia; y con el hacha y las pistolas se presentaba, por último, en los combates marítimos, valiente y tan diestro como pocos.

Cuando los *invencibles* se retiraron á sus camarotes en busca del descanso necesario á las fatigas de la noche, reunió él á su piloto y contramaestre, diciéndoles:

— El viento continuará refrescando, por lo cual seguiremos nuestra ruta ántes de una hora. Ved la aguja, y dejad listo el *Leon* en el ménos tiempo posible.

El contraamaestre llamó á la gente, y sin perder un instante puso en práctica la órden que concluía de recibir.

Roch entró en su camarote, despertó á un grumete que le servía de criado, y cambió el traje que llevaba por otro que no estaba manchado de sangre. Se habia batido al lado de los *invencibles*, recibió dos golpes en el brazo izquierdo, sacando su ropa estropeada y rota. Luégo visitó á los heridos españoles, y sin cuidarse para nada de los indios, subió á cubierta, donde ya le estaba esperando la tripulacion de su barco.

El viento arreciaba; iban creciendo las marejadas, y un sol claro y radiante asomaba por Oriente su majestuosa faz. El hábil patron vió que todo estaba listo, y acto continuo se enteró de si la caña del timon se hallaba á sotavento ó á barlovento; precaucion que tomaba siempre que tenía que navegar de bolina, para saber cómo gobernaba aquella. Despues reconoció si las brazas de barlovento estaban prolongadas, cobrados los senos de las escotas y amuras de revés, gente á estos cabos, á las escotas de los foques, á las de las velas de estay, á los palanquines de las mayores, á las bolinas, en las cofas para echar por la cara de popa los volantes de barlovento, y enfrente del palo los de sotavento. Satisfecho de su reconocimiento, gritó:

— ¡Orza á la banda, arría escotas de foques!

Fué obedecido, y el barco comenzó á moverse, hasta que el viento principió á herir directamente las relingas de las velas redondas; en cuyo instante volvió á exclamar:

— ¡Levanta amuras!

Hecha esta operacion, mandó cambiar al medio, despues á la via el timon, dió otro cambio á proa, y afirmando á barlovento, quedó terminada la difícil maniobra; y ciñendo el viento de la amura á babor con la proa al Sudoeste,

partió el galeon como una flecha, en direccion de las Antillas.

Cuatro horas despues decia á Roch el príncipe de Italia:

—Veo con placer, amigo mio, que adivinais; y cada dia me felicito más de haber hallado un hombre como vos.

—Gracias, señor—contestó el marino con modestia.—V. E. me honra como yo no merezco.

—No lo creais, patron; sois tan necesario en la mar, que en un buque dirigido por vos se camina sin temor alguno. Aun cuando profano, aprendí algo á vuestro lado, y cada dia os voy conociendo mejor.

—Vuestro genio, mi amado señor, os hace superior á los hombres y á la ciencia; bien claramente lo demostrasteis en las costas de Italia, salvando al sparono, que conseguisteis encerrar, como por milagro, entre los escollos de la isla Passaro.

—Fué la Providencia, Roch, la que dirigió entónces el timon de aquellas débiles y estropeadas tablas.

—Vuestra mano, mi elevado señor; por más que estuviérais inspirado por Dios, como en general os sucede, en mi concepto.

—Crecen las olas; aumenta el viento, y el espacio se cubre de nubes; ¿seguirá á la calma la tormenta?—preguntó el príncipe al patron.

—Creo que no, señor; pero aún cuando la hubiese, nos cogerá á alguna distancia de ella.

Poco despues se reunieron con Silva y Roch los restantes *invencibles* y los tres Zallas, los que pasaron hablando más de cuatro horas.

Luégo almorzaron, y al volver á subir á cubierta pudieron distinguir la isla Martinica, por cerca de la cual debian pasar; y como á las tres de la tarde penetraron en el mar de las Antillas, con viento flojo y mar llena. Los generales habian visto, á los treinta y siete dias de navegar y á media milla de distancia, el ardiente suelo americano, sus frondo-

sas arboledas y admirable vegetacion. Aquellas lejanas tierras presentaban para ellos un panorama que pretendian devorar con incansable mirada. Elevados montes, dilatados rios y un extenso verdor que parecia no tener fin, se presentó á la vista de los ilustres viajeros, causándoles asombro y placer. Cual mudas estátuas permanecieron sobre la toldilla de estribor, hasta que la noche se interpuso entre ellos y la preciosa isla que contemplaban.

Despues se sentaron á la mesa y comieron, hablando, cuando terminó aquel acto, del efecto que habia producido en cada uno la agradable impresion de ver tierra al cabo de tantos dias que sólo miraban cielo y agua. Así prosiguieron hasta las once de la noche, en cuyo instante visitaron á los heridos y se retiraron á sus camarotes á descansar.

A la mañana siguiente se levantaron muy temprano y corrieron á cubierta, dirigiendo ansiosa mirada en busca de nuevas tierras que no distinguieron. El galeon cruzaba las Antillas á trece millas de la isla más cercana; por consiguiente, sólo veian, como ántes, cielo y agua. El rápido curso del *Leon* declinó mucho, pues aún cuando no les faltaba viento, era éste tan flojo, que no les permitia andar como anteriormente.

De este modo cruzaron por frente de la Margarita, luégo de Curazao, y continuaron hasta llegar á Porto-Belo. En la travesía de las Antillas emplearon catorce dias, anclando en dicho puerto á los cincuenta y dos de navegacion, durante los cuales anduvieron mil novecientas leguas de mar.

Porto-Belo era poblacion de alguna importancia en la época que pasa nuestra historia; pertenecia á Panamá, y ésta á Nueva-Granada, cuyo reino parece enclavado entre Venezuela y el Ecuador.

Los valerosos generales sintieron, al hallarse delante de Porto-Belo, otra impresion agradable, contemplando la tierra por que suspiraban há tantos dias. «La mar se ha hecho para los peces,» decia un escritor antiguo, y sin duda por

esta razon se cansa el hombre de navegar al poco tiempo de haberse embarcado; contrayéndose su anhelo á ver la tierra donde pueda fijar su planta y correr con la seguridad y espacio á que se acostumbró desde la infancia. El sentimiento que se experimenta al abandonar la madre patria, se iguala únicamente á la alegría que nos embarga cuando vemos de nuevo una península, isla ó pedazo cualquiera de tierra. En ella nacimos, y no es posible olvidarla ni vivir léjos mucho tiempo sin suspirar por ella.

El príncipe de Italia, comprendiendo que pretendian los que le acompañaban lo mismo que él, les permitió que desembarcasen y le siguieran. Ninguno rehusó la oferta, y en el momento que el galeon fué reconocido y concedida la entrada á sus pasajeros en la poblacion, se llenaron las lanchas del navío y saltaron á tierra los *invencibles*, Zallas, servidumbre, artilleros y parte de los individuos de la tripulacion. Unos y otros pasearon por las calles de Porto-Belo, admirando despues sus magníficos alrededores. Todo era nuevo para el príncipe y los que le acompañaban. El coco, la piña, el plátano, guayaba, chirimolla, palta y cuantos árboles tenian delante les eran desconocidos, aumentando tan agradable sorpresa la corpulencia y grandiosidad de aquella vegetacion.

Cansados de andar por calles y arboledas, y satisfecho en parte su primer deseo, se hospedaron en la mejor posada de la poblacion, regresando al navío el piloto y marineros que habian saltado en tierra con los generales españoles.

Julio, amigos y sirvientes comieron, volviendo otra vez á salir, ansiosos todavía de contemplar los espesos bosques, dilatados campos y elevadas montañas.

De este modo, y exceptuando el tiempo que pasaban durmiendo ó sentados á la mesa, trascurrieron cuarenta y ocho horas, terminadas las cuales vieron entrar á Roch.

—Gran señor—le dijo al príncipe—he entregado á la autoridad de Porto-Belo los heridos y prisioneros indios,

enterándole del combate que tuvimos con tan miserables piratas.

—¿Qué os han dicho?

—Aplaudieron la accion, y se han alegrado mucho del resultado.

—¿Qué más hicisteis?

—Embarqué agua, algunas frutas del país, puse en regla los papeles, y quedo esperando vuestras órdenes.

—¿Dónde vamos ahora?

—A Chagre, que dista de aquí doce leguas. En aquel puerto dejaremos anclado el *Leon* y al cuidado del piloto, contramaestre y gente de mar, mientras nosotros atravesamos el istmo, y llegando á Panamá, nos reembarcamos en la primer galera que hallemos y quiera conducirnos al Callao de Lima.

—¿Por qué abandonais el galeon?

—Señor, vais á pelear en tierra, y deseo partir con vos los azares de la guerra. Anclado mi buque, para nada necesita de mí.

—¿Estais decidido?

—Sí, señor.

—¿Cuándo nos dirigimos á Chagre?

—Si lo teneis á bien, en la próxima madrugada.

—En ese caso, deberemos pasar la noche en el *Leon*.

—Lo juzgo indispensable.

—Pues partamos inmediatamente.

Y Roch, el príncipe y cuantos le seguian se dirigieron al muelle, saltaron á los botes, y poco despues pisaron la cubierta del galeon.

A las cinco de la mañana siguiente levaron ancla y navegaron hácia el puerto de Chagre, al que arribaron á las tres de la tarde. Roch eligió el sitio más resguardado y á propósito, y entrando en él dejó anclado y seguro el hermoso bajel.

Cerca de anochecido efectuaron el desembarque de los

pasajeros, y á la mañana siguiente el de los equipajes, pertrechos y armas. En aquel día y próxima noche, dió Roch las instrucciones convenientes al piloto y contramaestre de su barco, y dejó listas varias canoas, en las que debian atravesar el istmo de Panamá, por el rio Chagre. Durmieron todos, y al amanecer se embarcaron de la manera que dejamos expuesto, llegando al tercer día á Cruces, donde abandonaron las canoas, yendo por tierra á Panamá, en cuya corta travesía sólo invirtieron siete horas.

En esta ciudad se vieron obligados á detenerse nuevamente dos días que tardó Roch en fletar una galera que los llevase al puerto del Callao. Distaban de Lima cuatrocientas doce leguas; por consiguiente, les restaba todavía que atravesar un gran trecho del Océano equinoccial. Cuando todo estuvo corriente y embarcados los equipajes, armas, provisiones y criados, dijo el patron al príncipe de Italia:

—Gran señor, la galera que nos aguarda es algo pesada, pero sólida, y nos ofrece las seguridades apetecidas para llegar al Perú.

—¿Quién la dirige?

—Yo; entró en el ajuste esa indispensable condicion.

—¿Qué clase de buque es ese?

—Es una galera chata, movida por cincuenta remos y dos velas que ayudarán muy poco; pertenece al sistema antiguo, pero su madera es buena; tiene en la popa cámara y camarotes cómodos; y aunque con trabajo, creo que podremos arribar á Lima en veinte días.

—¿Qué decís!

—Señor, estos buques americanos en nada se parecen á nuestro galeon.

—Roch—dijo el príncipe con sentimiento—he visitado hoy al gobernador de Panamá, y he deducido de su relato, que el estado del Perú reclama nuestra presencia sin pérdida de tiempo. Se sabe aquí, que aumenta la insurreccion en el ejército, hasta el punto de haber sido desobedecida y burlada

la autoridad del virey; el robo y el pillaje medran entre los sublevados, habiendo convertido ese precioso país en un caos donde no se respeta el honor, la virtud ni la propiedad.

El patron oyó á Silva, meditó algunos instantes, contestando despues:

—No hay otro remedio entónces que añadir veinte remos á la galera, aumentar el personal de la tripulacion, y caminar dia y noche sin descanso.

—¿Podrá ser eso?

—Sí, señor; mas perderemos el dia de hoy.

—Con tal que luégo ganemos muchos...

—Haré lo posible; yo velaré de noche, cuidando vos, mientras yo duermo de dia, que la gente no descanse un momento.

—Partid inmediatamente.

—Estad dispuestos, por si nos fuera dable hacernos á la vela ántes de la noche.

—No salimos hasta que volvais.

Marchó el patron, quedando el príncipe rodeado de sus amigos y de los Zallas. El primero meditó algunos instantes, refiriendo luégo á sus compañeros la situacion del Perú con todos los detalles que le habia relatado el gobernador de Panamá. Los *invencibles* se alegraban interiormente de encontrar en aquel estado el país que iban á visitar, pues era cuanto les hacia falta para que, entretenido Silva con las luchas á que daria lugar tal situacion, pudiera olvidar por completo la idea que aún solia arrancarle algunas lágrimas. Julio veia en todas partes la inanimada y noble figura de su difunto padre, y era preciso hacerle sentir grandes emociones entre guerras y acontecimientos, para desterrar del todo la destructora causa que todavía pretendia cebarse en el cerebro del sabio príncipe de Italia. Éste disimulaba cuanto le era posible; pero el sagaz Flaviano le espiaba continuamente y lo habia visto llorar más de una vez. Por esta razon se aumentaba la alegría de los cinco *invencibles*,

segun les referia el sexto el calamitoso estado del Perú.

A las cinco de la tarde regresó Roch, diciéndoles:

—La galera tiene veinte palos más; cuarenta remeros, los más robustos que he encontrado, y nos aguarda á los diez.

—Pues partamos ahora mismo.

E inmediatamente salieron para el puerto, subieron á los botes y se embarcaron en la galera *Paula*, que era la fletada por el diestro marino.

Dos horas más tarde andaba aquella movida por setenta remos y dos velas, que, como dijo el patron, le daban poco impulso.

Los *invencibles* reconocieron los camarotes, que en nada se parecían á los de su hermoso galeon, y volvieron otra vez sobre cubierta, donde quedaron hasta que, entrada la noche, se encerraron en la cámara de popa, aguardando allí la hora de retirarse á descansar.

Para evitar el que Roch fuera desobedecido por aquella falanje de indios que componian la tripulacion de la galera, armó á los quince artilleros y á cinco de sus criados, dando órden de que noche y dia estuviesen diez sobre cubierta, mandados por uno de los Zallas; siendo uno y otros relevados por los restantes, cada seis horas.

Llevaba la galera un solo piloto, once marineros y ciento cuarenta remeros, los cuales alternaban cambiándose cada dos horas. El inteligente y enérgico patron les observaba continuamente, ofrecia recompensas, estimulándolos, en fin, á que hiciesen grandes esfuerzos. Ejercitados los indios en el manejo del remo, robustos y aptos para el cargo que desempeñaban, obedecian á su nuevo jefe; y no obstante la construccion y pesadez de la galera, es lo cierto que aquella navegaba con velocidad desconocida en tales buques.

De este modo trascurrieron la tarde y noche del primer dia de embarque. En la madrugada del siguiente se presentó el duque del Imperio sobre cubierta, y obligó á Roch á que

se retirase á descansar. Poco despues llegó el príncipe, con el mismo objeto, pero vió que se le habia adelantado Flaviano, el cual reemplazaba dignamente al famoso patron.

Algo más tarde se reunieron los seis amigos, y paseando de popa á proa estimulaban á los remeros, disponian planes que pensaban llevar á cabo en el Perú, sin dejar de admirar la vecina costa que distinguian en lontananza, á babor de la *Paula*.

Navegaban efectivamente á poco más de media milla del suelo americano; y no podian ménos de llamar su atencion, las inmensas arboledas y magnífica vegetacion de aquellos privilegiados países. Segun avanzaban iban ensanchando la distancia y tierra que los separaba del trópico, y sentian, como es natural, una brisa parecida á las frescas auras del Guadarrama, que les saludó en su infancia.

Dia y noche continuaron de ese modo, sin cesar de remar, favorecidos por el viento, y andando la galera el doble de millas por hora que las que tenía de costumbre.

Atravesaron Nueva-Granada, llegando frente al Ecuador, y prosiguieron así alejándose unas veces de la costa, para huir de escollos, y acercándose otras, en cuyos periodos recreaban la vista los seis generales. Éstos, entre espesos bosques, elevados árboles y altas montañas, vieron á Choco, con su magnífica bahía, á Guascama, Atacames; doblaron el cabo de San Francisco, el de San Lorenzo, atravesaron el golfo de Guayaquil, distinguieron perfectamente á Payta, y dieron frente al reino del Perú. Cruzaron por delante de Caxamar, Trujillo, Santa María, Guacho, y á los quince dias de haber salido de Panamá anclaron en el puerto del Callao, distante dos leguas tierra adentro de Lima, capital del Perú.

Desde que entraron en el mar de las Antillas hasta aquel momento, vieron constantemente los *invencibles* con noble orgullo, ondear la bandera española en los barcos, pueblos, ciudades, bahías y puertos. En todas partes distinguian los

colores amarillo y encarnado, como dueños y señores de dos mundos y de infinitos mares.

¿Qué nos queda de aquello? El dulce recuerdo, que nosotros, con satisfaccion por el pasado y sentimiento por el presente, procuramos traer á la memoria de nuestros lectores, para que, olvidándose del desgraciado *hoy*, gocen con el *ayer* que tanto sonrió á nuestros antepasados.

CAPÍTULO XIII.

El Callao.—Perú.—Lima.—El convento.—Los treinta y cinco.—
La revolucion.

La galera *Paula* ancló en el puerto del Callao á las seis y media de la tarde; en torno se veian varios buques de guerra españoles, reinando en la pequeña poblacion que tenian enfrente, un silencio y tranquilidad que hubieron de llamar la atencion del príncipe de Italia. No transitaba gente por las calles, á nadie se veia en el muelle, y hasta los navios anclados parecian castillos desiertos.

—Algo extraordinario — decia Julio — debe ocurrir en el Perú, cuando su primer puerto se halla tan triste y solitario.

Por fin vieron llegar una lancha con bandera española, la cual se detuvo, quedando unida á la galera. Conducia á los empleados de sanidad, que, segun costumbre, pasaban á examinar los documentos que llevaba Roch. Concluido el reconocimiento se retiraron, sin que los del buque les preguntasen nada, ni ellos tratasen de averiguar otra cosa, que lo escrito en la patente que aquellos le enseñaron.

Desde que llegó la *Paula* hasta este momento, sólo se presentaron sobre cubierta los tripulantes y remeros, con objeto

de que nadie pudiese descubrir la clase y condicion de los pasajeros.

Cuando hubo oscurecido, les dijo el príncipe á sus amigos y á los Zallas :

— Permaneced en la cámara ínterin yo regreso. Tú, Flaviano, ponte una cota de malla, chambergo, capa negra, y sígueme.

Y despues que ambos se vistieron del modo que acababa de indicar Silva, guardó éste varios papeles, saltaron á un bote impulsado por cuatro remeros, y se dirigieron al muelle, donde al poco tiempo saltaron á tierra.

Eran las ocho y media de la noche; la luna extendia su pálida luz, permitiendo distinguir las calles y edificios del Callao, que, condenado al silencio y abandono, parecia un pueblo deshabitado. El príncipe de Italia y Flaviano de Osorio dejaron la lancha, segun hemos dicho; mas al poner el pié sobre la escalerilla del muelle se les presentó un indio armado con una larga pica, y blandiéndola con su diestra, les dijo:

— ¡Atrás! A estas horas no se puede desembarcar.

Silva avanzó hasta que fué detenido por la terrible moharra. Aquél añadió:

— ¡Si andas, te mato!

En el mismo instante cayó el duque sobre el que amenazaba de aquel modo á su elevado amigo, y arrojándolo al suelo lo desarmó, golpeándole en el pecho. El indio gritó; á sus voces acudieron varios compañeros, y en pos un español, que demostraba ejercer autoridad en aquel sitio.

— ¿Quiénes sois y qué pretendéis?— preguntó á Julio y á Flaviano.

El primero, léjos de contestarle, le interrogó á su vez:

— ¿Quién eres tú?

Y clavó en él su irresistible mirada. El otro dudó, concluyendo por replicar:

— Soy el capitan del puerto.

—Ved esa órden, devolviéndomela inmediatamente.

Cogió el papel el sorprendido jefe, entró en la caseta más próxima, lo leyó, volviendo más admirado que ántes. Luégo reconoció al príncipe, y descubriéndose, le dijo con humildad:

—Representais á S. M.; os conozco, y á fuer de noble y de leal, anhelo, gran señor, obedecer á V. E. en todo cuanto tenga á bien ordenarme.

—Que despejen esos indios.

—Ya estamos solos.

—Cubrios.

—Gracias, señor.

—¿Dónde se halla el virey?

—En Lima, encerrado en el fuerte de San Pablo.

—¿Qué acontece en el Perú?

—Señor, cosas tan graves...

—Hablad sin temor; y ¡ay de vos! si me ocultais algo.

—Parte del ejército de Lima ha enarbolado la bandera de rebelion; el virey, puesto al frente de las tropas que permanecian fieles á S. M., trató de perseguirlos; mas tuvo que huir, viéndose obligado á retirarse al castillo que acabo de citar. Desde aquel instante cundió la rebelion, saquearon algunas casas, presenciando la capital del Perú escenas que repugna recordar. A los soldados se unieron algunos paisanos y multitud de indios, con los que han formado una division compuesta de seis á siete mil hombres.

—¿Quién es el jefe de los sublevados?

—El capitan Zamorano.

—¿Cuántos soldados le siguen?

—Cerca de dos mil.

—¿Se ha extendido la rebelion fuera de Lima?

—Creo que les han secundado en Janja y en algunas otras poblaciones de importancia.

—¿Qué hace el virey?

—Continúa encerrado en San Pablo; y afirman, que por

falta de víveres se verá obligado en breve á capitular ó á entregarse á discrecion.

—¿Cuántos soldados permanecen fieles á S. M.?

—En Lima, tres mil próximamente.

—¿Están todos con la autoridad superior?

—No, señor; se hallan divididos en varios fuertes.

—¿Qué hacen?

—Lo ignoro, señor.

—¡Maldicion!... ¿Hay enemigos en el Callao?

—No tengo noticia de ninguno. Acaso les contenga la escuadra.

—Comprendo. ¿Teneis algo más que decirme?

—Señor, las últimas noticias que se han recibido de la capital son tan graves, que...

—Os he dicho, y repito, que no me ocultéis nada.

—Refieren algunos leales españoles que acaban de llegar, huyendo de los infames revolucionarios, que éstos piensan mañana saquear las casas de los que no han tomado parte con ellos, empezando por el convento de Santiago, cuya abadesa es prima del anterior virey.

—¡Miserables!...

Y el príncipe quedó meditando algunos instantes. Luégo añadió:

—Necesito inmediatamente, cuesten lo que quieran, treinta y cinco caballos.

—Los tendrá V. E. mañana.

—Los queria esta noche.

—En ese caso, disponed de ellos ántes de la madrugada.

—Será preciso que me acompañéis á Lima, y que me cedais, por el pronto, algunas habitaciones de vuestra casa.

—Soy soltero, tengo el mejor edificio del Callao, y acepto gustosísimo la señalada honra con que V. E. me distingue, al tomar posesion de mi morada. En cuanto á mi humilde persona, dejaré en mi lugar al primer ayudante del puerto, y os seguiré, gran señor, á donde tengais á bien conducirme.

Me tengo por buen español, y me hallo dispuesto á perecer por mi patria.

—Veo que no sois cobarde, y era cuanto deseaba. No perdamos un momento; callad mi nombre; poned aquí gente para que ayuden al desembarque y lleven á vuestra casa el equipo y armas. Luégo comprais los caballos que os he encargado, teniendo en cuenta que es indispensable entremos en Lima ántes de amanecer.

Y despidiéndose el príncipe y Flaviano del capitán del puerto, se dirigieron nuevamente á la galera, mientras aquél llevaba á cabo con laudable celo y presteza las órdenes que concluía de recibir.

Los dos españoles subieron á la cubierta de la *Paula*, é incorporándose con Roch, exclamó Silva:

—Patron, echad inmediatamente al agua todos los botes, desembarcando el equipo, armas y cuanto hemos traído de España. Despues saltaremos en tierra, y todos, sin excepcion alguna, correremos al combate. En el muelle encontrareis hombres que conducirán á casa del capitán del puerto los efectos é individuos que vayais sacando de aquí. Pueden marchar tambien mis mayordomos y pajes. No perdais un instante.

Roch puso en movimiento la gente de mar, y comenzó el desembarco con la rapidez que Silva deseaba. Éste bajó á la cámara de popa, y reuniendo á sus cinco amigos y Zallas, les dijo:

Señores, cuanto nos habian dicho sobre el calamitoso estado del Perú, era cierto. Tenía razon mi primo Felipe en desear que viniésemos á este país. Hijos espúrcos de nuestra querida patria, hombres renegados, sin fe, honor, é indignos del nombre que llevan, pretenden asolar el reino peruano, robando cuanto hallan á su paso, sin respetar vidas, ni nada, en fin, de cuanto existe. Mañana pretenden saquear á Lima, y en su terrible delirio darán principio asaltando un convento de monjas, y profanando el templo de Dios.

Armémonos inmediatamente, corramos á la capital, y sin contar el número de esos cobardes asesinos, caigamos sobre ellos, y muramos ó acabemos de una vez con todos. Nos acompañarán los quince artilleros y nuestros criados; que se cubran con armaduras, y partamos sin pérdida de tiempo.

A los ocho á quienes arengaba el noble y elevado príncipe, causó alegría la confirmacion del desastroso estado de aquel desgraciado reino; pues veían en la guerra que iban á emprender, un remedio eficaz contra el aguijon que pretendia cebarse en el cerebro mejor organizado de cuantos se conocían; pero á la vez sintieron sus hidalgos corazones el mismo enojo, ira y deseo de destruccion que Silva, contra aquella falanje de perversos. Conseguido ya su anhelo, no pensaban en otra cosa que en ayudar á Julio á combatir, sin importarles la clase y número de sus contrarios.

Los Zallas reemplazaron á sus dos criados, muertos en el galeon, con dos intrépidos marineros de aquel buque; con lo cual consiguió Silva reunir treinta y cuatro combatientes, que eran: los seis generales, tres capitanes, nueve sirvientes, quince artilleros y Roch, con más el jefe del puerto. Diminuto ejército, compuesto en gran parte de generales, pero que todos ellos se batían cuando llegaba la ocasion, como simples soldados y con heroismo sin igual.

Una hora despues lucían todos preciosas corazas, cascos, y terribles armas, que pronto debían embotarse en la sangre de los que ya juzgaban sus enemigos.

El patron terminó algo más tarde el desembarque de cuantos efectos llevaban los *invencibles*; y cambiando el hacha de abordaje, la aguja y el timon por la lanza, el casco y la coraza, se presentó armado, diciendo al príncipe:

—Hé aquí un marino convertido en soldado de tierra. Queda concluida mi mision sobre el agua; nos aguardan cuatro botes, y podemos marchar á la pelea cuando lo disponga mi general en jefe.

Silva estrechó su mano, admirando la bravura y disposi-

cion para todo del patron. Despues saltaron á las lanchas, llegaron al muelle, pasaron á tierra sin impedimento alguno, dirigiéndose acto continuo á la morada del capitán del puerto, precedidos de un ayudante del mismo. Allí encontraron al mayordomo, pajes y efectos desembarcados, y las habitaciones como los criados á su disposicion. Paseando por el estrado aguardaron el regreso del jefe superior del muelle.

Sería la una de la noche cuando aquél se presentó, y dijo al príncipe:

—Gran señor, en el patio de esta casa de V. E. esperan los treinta y cinco caballos que deseabais; son los mejores que hay en el Callao; la mayor parte no me los han querido vender; me los han prestado.

Julio le contestó:

—Mi mayordomo tiene orden de entregaros la cantidad que le pidais; y os advierto, que éste, mis pajes y equipo deberán quedar aquí hasta que hayamos sofocado la rebelion en Lima.

Los *invencibles* reconocieron los potros que acababan de presentarles, hicieron la distribucion, y sin pérdida de tiempo, entre sus criados y los dependientes del capitán del puerto, pusieron las sillas y arreos trasportados desde Madrid. Luégo esperaron á que se armara el mencionado capitán, montando y saliendo, por último, los treinta y cinco guerreros.

Serian poco más de las dos; la luna continuaba clara, y un silencio no interrumpido reinaba en el Callao y campos que atravesaban nuestros valientes.

El príncipe, á la derecha del capitán del puerto, y ambos delante de los que les seguian, caminaban á escape tendido, yendo en pos los cinco *invencibles*, detrás Roch y los Zallas, y últimamente los criados y artilleros.

Distaba Lima del Callao dos leguas, las que aquellos anduvieron en poco más de una hora; dando vista á la muralla de la capital á las tres y media de la madrugada. Las puer-

tas estaban cerradas y en poder de los rebeldes. Julio y los suyos se unieron, y aproximándose cuanto les fué posible á la mencionada puerta, golpeó en ella fuertemente con el regaton de su lanza el príncipe de Italia. Varias voces le preguntaron á la vez:

—¿Quiénes sois?

—Un destacamento—les contestó Silva—que venimos en busca del capitán Zamorano.

—Del general, querreis decir—replicaron los de adentro.

—Eso es—añadió Julio.

—¿Sois de los que siguen nuestra bandera?

—Venimos á entendernos con vuestros jefes.

—Veamos ántes quiénes sois.

La puerta se entreabrió, y asomaron los rostros de varios soldados. En el mismo instante, gritó el príncipe:

—¡A escape!

Y empujando el medio porton, se precipitaron, atropellando como era consiguiente á algunos de los guardas. Éstos los vieron cruzar como rápidas exhalaciones; mas notando que no llegaban á cuarenta hombres, volvieron á cerrar la puerta, levantaron á los que habian caído en tierra, y determinaron no dar parte de la entrada de aquellos jinetes, teniendo en cuenta los pocos que eran y la imprudencia que cometieron al entreabrir la puerta.

El príncipe y sus amigos hallaron á Lima tan silenciosa y solitaria como dejaban el Callao. Poco despues de penetrar, le dijo Silva al capitán del puerto:

—Llebadme á ese convento que piensan asaltar los revolucionarios.

Lima era una ciudad que debia su existencia al conquistador del Perú, Francisco Pizarro. Sus calles eran rectas, los edificios nuevos, y siguiendo la costumbre de la época, se veian por todas partes castillos y fuertes, cuya mayoría estaba en poder de los rebeldes. Estos, despues que recibieron por la noche la orden de hallarse dispuestos á las

cinco de la mañana, para el saqueo que Zamorano les habia ofrecido, se entregaron al descanso, con la sola excepcion de aquellos que se encontraban de servicio; mas ni tenian patrullas, retenes ni otra fuerza sobre las armas, que la indispensable en los cuerpos de guardia. Vencido el enemigo, encerrado y sin medio de encontrar auxilio, esperaban que se rindiese á discrecion, obligado por el hambre y la debilidad.

Por esta causa, triunfante la revolucion, se hallaban sus secuaces entregados al sueño y la inercia, creyendo que nada debian temer.

El príncipe de Italia y los que le seguian llegaron al convento, sin ver un sér viviente en las calles que atravesaron.

Inmediatamente reconocieron por fuera la morada de aquellas vírgenes, quedando parados junto á una pequeña puerta que tenía el jardin. Silva mandó echar pié á tierra, y acto continuo dijo á Mendoza:

—Rogelio, haciendo el ménos ruido posible, ábrenos esa puerta.

El gigante dió el caballo á su criado, miró la cerradura, y notando que no habia candado ni cerrojo, fijó el hombro derecho, hizo un gran esfuerzo, y torciendo el pasador que movia la llave, dejó expedita la entrada.

—Penetremos.

Dijo Silva, efectuándolo los treinta y cinco. Luégo añadió:

—Ved si hay medio de volver á cerrar la puerta.

Mendoza enderezó el pestillo y lo corrió con los dedos.

Julio dejó á sus compañeros, encargándoles que no alterasen la tranquilidad que reinaba allí; entregó su lanza y caballo á Perez, dirigiéndose solo á la única puerta del jardin que tenía comunicacion con el convento. Desde aquel sitio escuchó las voces de veinte vírgenes que elevaban sus preces al cielo en demanda de proteccion. Las infelices sabian la injusta sentencia á que les condenaba la revolucion,

y reunidas todas en el coro vertían abundantes lágrimas, pidiendo á su divino Esposo un auxilio que las librara de tan nefando atropello.

Silva escuchó con recogimiento el religioso canto, y comprendiendo la causa que lo motivaba, exclamó:

— Rogais al cielo, y bondadosa la Providencia me manda en vuestro auxilio. ¡Dichoso mil veces si muero defendiendo causa tan santa!

Y seguidamente golpeó con el pomo de su espada en la puerta que tenía delante. El ruido que hizo atravesó los claustros, llegando al coro; las monjas juzgaron que eran los asesinos, cayeron de rodillas, y levantando sus manos al cielo, exclamaron:

— ¡Dios mío, sálvanos!

Nuevos golpes resonaron en los ámbitos del convento, oyéndose una voz varonil, que dijo:

— Abrid la puerta del jardín; el príncipe de Italia os lo suplica.

La abadesa se puso en pie y vaciló; las vírgenes la rodearon, preguntándole en coro:

— Madre, ¿quién será?

— Nuestros asesinos — contestó aquella — ó el protector que nos manda el cielo. ¡Yo he oído pronunciar ese nombre! Sí, recuerdo haber escuchado su historia en Madrid, durante mi infancia. Es un héroe que llevó prisionero al rey de Francia. ¡Oh, si esa voz no miente, nos hemos salvado! Hijas, el príncipe de Italia es el hombre más noble y generoso que existió jamás. Madre tornera — añadió la abadesa con resolución — abrid la puerta, y que éntre ese caballero ó esos malvados que se anuncian usurpando un nombre digno de respeto. Y vosotras, hijas mías, orad en tanto, por si llegase la muerte, que nos sorprenda como á verdaderas siervas de Dios.

Y volviendo á caer de rodillas, inclinaron sus frentes, y la comunidad entera esperó el resultado.

El convento de Santiago de Lima, fué fundado por el emperador Carlos V, mandando á él veinte jóvenes religiosas pertenecientes á las primeras familias de España. Todas, como igualmente las que profesaron despues, eran comendadoras de la órden de Santiago, y por consiguiente, tenía el monasterio pingües rentas; siendo, por otra parte, el que encerraba alhajas de más estima y valor. Esta era la verdadera causa de ser el primer blanco, en el próximo dia, para aquellos feroces revolucionarios, que, ya en brazos del crimen, hubieran empezado por robar, concluyendo por degollar, segun costumbre, á sus inocentes víctimas.

Veinte minutos despues de salir la tornera, regresó, quedando parada á la puerta del coro. La infeliz marchó trémula, y volvía demostrando en su semblante gran satisfaccion y alegría.

Vista por la abadesa y restantes monjas, corrieron adonde estaba, preguntándole todas á la vez:

—¿Es el príncipe?

—Madre superiora — contestó la tornera, falta de aliento por las grandes emociones que acababa de sufrir y carrera que habia dado. — Madre, con un miedo que no podeis figuraros, corrí á la portería; pero no era allí donde llamaban, ni en la puerta de la iglesia: era en la del jardin. Esta circunstancia aumentó más mi terror, pues creí que los revolucionarios habrian saltado la tapia y querian entrar por ese sitio, para sorprendernos con más facilidad. Quise obedecerlos; temblé más que nunca, y no encontrando la llave...

—¡Por Dios, madre tornera, sacadnos de la impaciencia en que estamos!

—Sí; al instante. Por fin abrí la puerta, cayendo á la vez easi sin sentido; pero un guerrero, alto, de noble presencia, y que lleva como nosotras la cruz de Santiago en su blanca coraza, me alargó la mano, y levantándome, exclamó: «No temais, hija mía; la Providencia me ha encaminado aquí, y vengo á salvaros del peligro que os amenaza.» Quise con-

testarle, mas no pude; se me trabó la lengua, y temblaba de un modo... El caballero me dirigió una mirada tan tierna y bondadosa, que pareció reanimarme, devolviéndome las fuerzas de que carecia. Entónces le dije: «Señor, la madre abadesa me manda preguntaros quién sois, y qué quereis.» «Decidla — me contestó — que en el jardin de su convento se hallan el príncipe de Italia, primo de S. M. el rey, el duque del Imperio, el conde de Santomera, tres generales más y varios otros guerreros, que han desembarcado esta noche en el Callao, y vienen á defenderos y á velar por vosotras.» Mientras hablaba, ví entre los árboles muchos hombres como él, y algunos llevaban en el pecho la misma cruz. Tiene cada uno su caballo, y no dicen nada, ni se mueven, ni hacen ruido alguno.

—¿Dónde está el señor príncipe?

—Avanzó un poco para alargarme la mano; pero luégo retrocedió, quedando á la parte afuera del jardin.

—Seguidme, tornera — exclamó la superiora con viveza. — Vosotras, hijas mias, dad gracias á Dios, pues infiero que, al oir nuestro ruego, se apiadó y nos manda el auxilio que le pediamos.

La comunidad volvió al coro, cayendo todas de rodillas; pero embargadas por la alegría, no les fué posible expresar frase alguna. En consecuencia, concluyeron por levantarse y seguir á la superiora á una respetable distancia. Ésta mandó encender luces en una celda próxima al jardin, é hizo que Julio penetrara inmediatamente.

Silva entró, é inclinándose, quedó parado frente á la abadesa. Ésta fijó ansiosa su mirada en el rostro de aquél, y satisfecha de su reconocimiento, le preguntó:

—¿Sois el príncipe de Italia, primo de S. M. el rey?

—Sí, señora.

—Habreis heredado ese ilustre título de otro príncipe que yo conocí en Madrid; de un hombre á quien el mundo apelidaba héroe, y trajo un rey prisionero desde Italia.

—Ciertamente, madre superiora —replicó Silva, asomando dos lágrimas á sus ojos.—Ese que vos conocisteis era mi inolvidable padre, que murió poco há.

Y Julio inclinó la cabeza, atormentado por la terrible idea que tan en cuidado ponía á los *invencibles*. La abadesa comprendió que aquel guerrero no mentía, y se apresuró á decirle:

—Señor, la Providencia inspira esta noche á V. A. Dios, nuestro Señor, sea siempre con vos y os premie el bien que pensais hacer á sus humildes siervas. Esa cruz que ostenta vuestro pecho, os da entrada en este sagrado asilo. ¿Qué deseais de estas desgraciadas?

—Madre—repuso Silva—en breve llegará, con ánimo de profanar este santuario, una turba de malhechores.

—Ya lo sabiamos, señor.

—Pues bien, no temais; permaneced todas en el piso alto del convento, sin que os asuste nada de cuanto escucheis. Si escondisteis las alhajas que adornaban las efigies del templo, ponedlas en su sitio; que mientras yo viva, nadie osará fijar en ellas su mano. En nombre del rey, á quien represento aquí, y en el de una causa santa, tomo posesion, con vuestro permiso, de la parte baja del monasterio. Continuad vuestros rezos y ocupaciones ordinarias; pero que no baje ninguna monja ni se asome á los patios. Eso os mando como virey del Perú; eso os ruego como hombre que ama á Dios, y respeta, acata y venera á sus vírgenes.

—¡Se va á exponer V. A. por estas infelices!...

—Cumpló con mi deber, y al obrar de ese modo no hago sacrificio alguno.

—¿No bastará con los soldados que tiene V. A. en el jardín?

—Madre abadesa, S. M. el rey sólo me ha otorgado el tratamiento de excelencia; mas deseo no escuchar ninguno de vos. Sean ó no suficientes los guerreros que me siguen, mi lanza será hoy la primera que castigue á esos miserables.

—No os contradigo, gran señor, pues aquí sois el rey. ¿Cómo habeis podido entrar en el jardín sin hacer ruido?... Perdonad si soy indiscreta.

—No. Los mios abrieron la puerta, la han vuelto á cerrar, y continúan guardando el silencio que merece el paraje donde se hallan.

Julio distinguió en este momento á las monjas, que, con la cabeza baja y las manos cruzadas, quedaron á la puerta de aquella estancia, ansiando oir las frases del generoso campeón, que llegaba milagrosamente á tiempo de protegerlas y salvarlas.

—Avanzad, hijas mias; conozco los estatutos de vuestra orden, y podeis acercaros á mí sin faltar á la regla.

Les dijo el príncipe, comprendiendo la ansiedad de las vírgenes.

—No temais —añadió.— Me manda la Providencia en socorro vuestro, demostrando así, que os ampara su poderosa diestra.

Nada le contestaron, contrayéndose únicamente á hacerle una reverencia, y á mirar con timidez la noble figura del protector que el cielo les enviaba.

Silva les dió cuantas seguridades creyó convenientes, y notando que el día se aproximaba, les rogó se retirasen á la parte alta del convento, segun encargó anteriormente á la abadesa; lo que efectuaron todas, demostrándole ántes su gratitud y reconocimiento. Quedó, pues, el piso bajo á disposicion del príncipe, y el templo, las muchas alhajas que encerraba y las vírgenes, bajo su poderosa guarda.

Los restantes *invencibles*, soldados y sirvientes, permanecian en el jardín, cogidos á las riendas; y hombres y caballos guardaban el silencio que en aquellos momentos les era tan conveniente.

Cuando Julio de Silva comprendió que las comendadoras se habian encerrado en el sitio designado por él, tomó las llaves que le dejaron sobre una mesa, reconociendo acto

continuo la parte baja del monasterio: éste presentaba únicamente dos puertas que comunicaban con la calle, la de la portería y la del templo. Halló las dos perfectamente cerradas; pero dejó la primera con solo un cerrojo echado, de los tres que tenía. Vió con placer que en la portería sobraba espacio para que pudiesen esperar allí los treinta y cuatro jinetes que le obedecian; y previendo ya el resultado de la terrible lucha que debia emprender muy en breve, pasó nuevamente á la iglesia, y postrándose delante del Señor, oró cerca de media hora. Luégo salió al jardin, y uniéndose á los suyos, penetraron hombres y caballos en el convento, siguiendo hasta llegar á la portería.

Habia amanecido; el sol comenzaba á dorar la tierra, y al silencio de la noche reemplazaban ya las carreras, ruido de armas y voces de los revolucionarios que iban llegando á la plaza de Santiago, en la cual estaba situado el convento que le daba nombre.

Los habitantes de Lima, que no eran revolucionarios, se hallaban encerrados en sus casas, aguardando la gran catástrofe que les habian anunciado el dia anterior. No era la primera que presenciaron; conocian bien los feroces instintos de los aventureros europeos y de los salvajes indios; y los hombres temblaban, las mujeres vertian lágrimas, y los niños buscaban el regazo materno, asustados con los relatos que escuchaban á sus padres.

Dieron las seis de la mañana; se oyeron los tambores y trompetas tocar generala; sonaron varios tiros de arcabuz, y algunas campanas de la capital anunciaron tambien el momento del saqueo, muerte y destruccion. Siguieron muchas carreras, se dieron algunos vivas al cabecilla Zamorano, elevado á general por sí mismo, y la gran plaza de Santiago se llenó con los secuaces de tan infame sublevacion.

Los *invencibles* y restantes guerreros encerrados en el convento, se hallaban en la extensa portería, todos á caballo

y dispuestos á obedecer á su general, el cual, montado también, miraba desde una celosía que daba á la plaza, la actitud y movimientos de sus enemigos. Cada voz, cada exclamación de *viva* ó *muera* que escuchaban nuestros valientes, encendía su sangre, aumentaba el enojo, y los impelia á caer sobre sus contrarios con más ira y valor que lo verificaron hasta entónces.

De pronto dejó el príncipe el sitio desde donde observaba, atravesó por medio de los suyos, se puso al frente, y dándoles las instrucciones que juzgó necesarias, esperó.

Cinco minutos más tarde llamaron á la puerta que guardaban los *invencibles*.

—¿Quién es?—les preguntó Silva.

—¡Abrid, ó tiramos la puerta!—contestaron los asesinos.

—Empujad y os dará paso; sólo tiene echado un débil cerrojo.

—¿Sois cura?—le interrogaron los de fuera.

—No.

—¿Quién sois?

—¡La muerte para vosotros, miserables bandidos!

—¡Mueran, mueran!—gritaron aquellos.

El vocerío fué creciendo por instantes, hasta que, cual feroces tigres, enarbolaron las hachas y golpearon, rompiendo el cerrojo que sujetaba los gruesos maderos. Quedó la entrada de la portería del convento á medio abrir, intentando precipitarse por el hueco, cuantos habia en la plaza. Los últimos empujaron á los primeros; éstos corrieron, viniendo á caer atropellados por los de atrás, muchos de los que estaban delante. Los agudos extremos de las lanzas que empuñaban nuestros valientes se embotaron en los pechos de los que querían penetrar. Al esfuerzo que hicieron se abrieron las puertas de par en par, y los malvados pudieron distinguir, aún aquellos que estaban más léjos, las lucientes armaduras de los *invencibles* y restantes guerreros que les seguían.

—¡Mueran!— exclamó la multitud.—¡Viva el caudillo Zamorano! ¡A ellos!

Y se arremolinaron, avanzando con temor.

—¡Viva el rey!—gritó Julio de Silva.

—¡Viva!—le contestaron los suyos, y añadieron:—¡Viva el príncipe de Italia! ¡Viva España! ¡Mueran los traidores!

Y avanzaron tambien, haciendo retroceder á sus contrarios.

Quedaron delante de la puerta del convento Roch y cuatro artilleros, mientras los treinta restantes se abrieron paso á lanzazos, por entre la masa enemiga, sembrando la muerte y el terror.

Habia con los revolucionarios algunos oficiales y soldados españoles, que conocian á nuestros héroes, los cuales comenzaron á gritar desaforadamente:

—¡Los *invencibles*! ¡Huyamos, huyamos!

Y corrieron muchos, esparciendo el temor, que, apoderado de otros varios, les obligó á desaparecer de allí.

En este instante llegó á la plaza de Santiago el capitán Zamorano, y notando que unos cuantos guerreros dispersaban sus apiñadas filas, matando é hiriendo á los más osados, tiró de su espada, rehizo á los suyos, y comenzó de nuevo la sangrienta lucha, que, sin su presencia, pronto hubieran terminado el valor, destreza y coraje de los castellanos, y el pánico, asombro y sorpresa de aquellos asesinos.

Era no obstante lo que deseaba el príncipe de Italia. Al ver que le hacian frente sus mal defendidos contrarios, dió algunas voces de mando, y obedecido que fué, se volvió al convento, acompañado únicamente del capitán del puerto; llamó á la madre tornera, é hizo que cerrase la puerta, con el objeto de que Roch y los cuatro artilleros que la guardaban, pudieran seguir tomando parte en tan terrible batalla. Luégo se puso al frente de los seis, salió de la plaza, á través varias calles, entrando en una que desembocaba á retaguardia del enemigo.

— Vos, capitán del puerto — exclamó — vos que conoceis al miserable cabecilla, matadlo. Y vosotros, en ala, seguid conmigo hasta que nos juntemos con nuestros compañeros.

Y cayeron por la espalda de sus contrarios, cogiéndolos entre dos fuegos.

El príncipe anunció su llegada, derribando de dos tiros á otros tantos oficiales que parecían jefes de la revolucion. Habia conservado cargadas sus pistolas hasta aquel momento y para este fin; luégo se abrió paso, en union de los que le acompañaban, y comenzó á mover su inimitable lanza como simple soldado, pero que equivalia en tales instantes á un pequeño ejército.

Los treinta y cinco guerreros se esparcieron por la plaza de Santiago, y sin tregua ni descanso prosiguieron acometiendo y matando de un modo indescriptible. Eran pocos, mas se presentaron forrados de hierro, sorprendieron á sus contrarios, y empezaron la lucha aturdiendo y ganando terreno. Los otros eran muchos, pero no usaban acero que les resguardase de los botes de lanza que llovian sobre ellos, estaban desprevenidos, y morian los más valientes, sin comprender cómo treinta y cinco hombres arrollaban y vencian de aquella manera.

— ¡No son los *invencibles*! — gritaba el jefe de la rebelion. — ¡A ellos, valientes españoles y peruanos, que son pocos y están asesinando á vuestros compañeros!

El príncipe de Italia, el duque del Imperio, Mauro, Odon, su hermano Roberto y el gigante Mendoza, contestaban á aquellos gritos con las puntas de sus lanzas, cuyos mortíferos y continuados golpes resonaban en los ámbitos de la ciudad. Sin desplegar los labios ninguno, heridos sus caballos y algunos de ellos en las piernas, arrollaban, destruian, y juntos ó separados se batian con cuantos osaban hacerles frente. Sus criados y artilleros, sin tanta destreza, los imitaban admirablemente. Roch, con ménos habilidad y un valor heróico, seguia al príncipe y mataba sin compasion

ni tregua. Y por último, el capitán del puerto demostraba en aquellos instantes, que Silva no se había equivocado al juzgarle y depositar en él su confianza; solo, separado un gran trecho de los treinta y cuatro, se fué abriendo paso hasta llegar cerca del capitán Zamorano. Su camino se distinguía por el reguero de sangre y hombres derribados en tierra que dejaba atrás. Era valiente, se ejercitó mucho en el manejo de las armas, y se estaba haciendo digno en tales momentos de obedecer y seguir al príncipe de Italia.

Había transcurrido una hora y la batalla continuaba. Los siete mil revolucionarios acudieron á la plaza de Santiago; los valientes quedaron en ella, y los cobardes fueron poco á poco desapareciendo. Los caballos y jinetes de los que salieron del convento, vertían sangre; el suelo se veía cubierto de cadáveres que obstruían el paso; el fragor del combate se escuchaba en toda la población, y al cabo de este tiempo todavía parecía indeciso el triunfo de tan sangrienta lucha, si bien desde un principio la tropa sublevada rehuía atacar á los *invencibles*.

Nadie comprendía la causa de aquella pelea, á excepcion de los seis generales y de los que les acompañaban; muchos de los amotinados llegaron á creer que había algo de sobrenatural en la inusitada presencia de unos hombres, cuyos principales caudillos se batían como ellos no vieron jamás. Los habitantes de Lima que continuaban encerrados en sus casas, cayeron de rodillas é imploraban la clemencia del cielo, sin adivinar tampoco qué motivaba el horrible estruendo que sentían en la plaza de Santiago; las monjas de este convento oraban, y la abadesa, aconsejada por el interés y agradecimiento, miraba á los defensores del monasterio desde una celosía, y rogaba á Dios por ellos con los ojos empapados en lágrimas, trémula y con el corazón comprimido.

En este instante se oyó un grito espantoso, y casi á la vez un golpe que llamó la atención de los *invencibles*. El ca-

pitán Zamorano, jefe y promovedor de la rebelion, habia sido herido mortalmente por un bote de lanza que le dirigió D. Leonardo Alcalá, capitan del puerto del Callao, cuyo caballo fué á la vez muerto por la estocada que le dió un alferez que acompañaba al cabecilla espirante. Cincuenta sublevados fueron á caer sobre el valeroso Alcalá; pero el príncipe de Italia, que no lo perdía de vista, llegó al mismo tiempo y lo defendió heroicamente, dando lugar á que se acercasen Roch y los cuatro artilleros que le seguian. El capitan del puerto se levantó, y tirando de la espada, comenzó á batirse á pié, con un valor y destreza que elogió mucho Silva.

Zamorano espiró; y corriendo la noticia como chispazo eléctrico por entre los amedrentados y vacilantes afiliados, comenzaron á huir los indios y los limeños, mientras los soldados alzaron las armas y principiaron á victorear al rey, al príncipe de Italia y á los *invencibles*.

—¡Cuartel!—exclamó Silva.—Los que hubieran sido engañados y quieran defender á su patria, que me sigan.

Los sublevados que quedaban en la plaza contestaron con otro viva al monarca español, y diez al príncipe y á los restantes generales.

—Nos han engañado, señor—decian.—¡Viva España! ¡Mueran los revolucionarios!

Y á los cinco minutos se reforzó el pequeño ejército de Julio con mil seiscientos hombres, de los que no há mucho habia arrastrado á la revolucion y capitaneaba el difunto Zamorano.

El príncipe de Italia reconoció á los suyos; y si bien halló rotas las espesas cotas con que cubrian sus piernas, todos los caballos heridos y algunos de los primeros presentando lesiones, ninguna era de gravedad, no obstante la sangre que vertian.

—¡Al palacio del virey!—gritó Julio.

Y en medio de sus amigos, y seguido de su comitiva y

de los mil seiscientos soldados que se le unieron, corrió hácia el sitio indicado, atravesando las calles principales de Lima.

Los que se le habian pasado permanecian victoreándole, como igualmente al rey y á los demás *invencibles*. Los habitantes de la ciudad se atrevieron por fin á abrir los balcones; mas no adivinaban quiénes eran aquellos guerreros ni cómo vencieron á tanto revolucionario.

El príncipe y los suyos tomaron posesion del magnífico palacio destinado á los vireyes del Perú, el cual halló perfectamente amueblado y con las comodidades necesarias para él y sus amigos. Mandó que curasen las lesiones que recibieron sus parciales, y que descansasen mientras él dictaba las indispensables órdenes en aquellos críticos momentos, en que debia asegurar el triunfo que acababa de obtener á costa de su propia sangre y de la de sus compañeros. Encerrado luégo con Mauro, Flaviano y el intrépido capitan del puerto, dijo á éste:

—Leonardo Alcalá, en vista de vuestro valor, talento y decision por la causa de España, os nombro gobernador de Lima. Vuestro heroismo de hoy os hace acreedor á tal recompensa.

—Señor—respondió el capitan con modestia—sólo he cumplido con mi deber, y no hallo mérito ni me creo apto para recibir ese galardón; ántes al contrario, os debo la vida, y...

—Basta, Leonardo; aquí represento al rey, y mientras permanezca en el Perú seré inexorable con los infames; generoso y hasta espléndido con hombres como vos.

Acto continuo redactó el siguiente bando:

«El Excmo. señor príncipe de Italia, virey del Perú, generalísimo de los ejércitos de S. M. el rey nuestro señor, manda:—Artículo 1.º Todo español ó peruano de los que seguian la bandera del rebelde Zamorano, que en el término de dos dias despues de publicado este edicto, no deponga las

armas y se presente á la autoridad respectiva, sufrirá la última pena, tres horas despues de haber caido en poder de las tropas encargadas de su persecucion.—Artículo 2.º Será perdonado el que cumpla con lo dispuesto en el artículo anterior.—Artículo 3.º Queda instalado un consejo de guerra, que juzgará inmediatamente á los jefes, oficiales y soldados que continúen rebeldes, y á los que, teniendo más en cuenta su propia conservacion que el honor y defensa de su patria, léjos de sofocar la revolucion, toleraron su incremento encerrándose en los fuertes y castillos donde debieron aprisionar á sus enemigos.—Artículo 4.º Los pacíficos habitantes de Lima podrán entregarse sin cuidado á sus faenas ordinarias, seguros de hallar en mi autoridad la proteccion y amparo á que se hagan acreedores.—Artículo 5.º Las personas que hubiesen padecido en sus intereses por efecto de la rebellion, serán al momento que lo soliciten indemnizadas de las pérdidas que justifiquen, con los fondos del Estado.—Lima etc.—Julio de Silva, principe de Italia.»

Cuando hubo concluido de escribir, entregó el bando al nuevo gobernador, diciéndole:

—Haced que inmediatamente se pregone ese edicto, fijándose además en las esquinas de la capital: instalad vuestro ministerio en las casas consistoriales, y disponed que formen esta tarde delante de mi palacio las tropas que permanecen leales, los rebeldes que se nos pasaron, y los que ingresen en vista de ese indulto: que se me presenten el ex-virey, las principales autoridades y los jefes superiores de la guarnicion: que vengan mi mayordomo y pajes, con los efectos que quedaron en vuestra casa: proponedme el nombramiento del capitan que os ha de reemplazar en el puerto del Callao; con todo lo demás que juzgueis útil y conveniente á la tranquilidad y prosperidad de Lima.

Salió D. Leonardo de Alcalá, y dirigiéndose el principe á Flaviano y á Mauro, les dijo:

—En cuanto vuestros tres hermanos estén curados, for-

mad los cinco un consejo de guerra, y juzgad, con sujecion á mi bando y á nuestros estatutos militares, á los que permanezcan rebeldes y caigan en poder de las tropas leales, y á los que no han sabido contener una revolucion, para la cual han bastado treinta y cinco hombres. Sed inexorables con los fuertes; generosos y caritativos con los débiles. Encargad á nuestros criados dispongan lo conveniente para que podamos almorzar, comer y dormir esta noche, si ántes no ha venido mi mayordomo.

Dos horas despues transitaba la gente por las calles de Lima, victoreaban al rey, al príncipe y á los *invencibles*, y al espanto y destruccion reemplazaron la algazara y vocerío de un pueblo que obsequiaba á sus salvadores con indecible entusiasmo.

CAPÍTULO XIV.

Consecuencias de la llegada de los *invencibles*.—El nuevo gobernador de Lima.—El ex-virey y las autoridades de la capital.

Leonardo de Alcalá cumplió en el acto cuantas órdenes se dignó comunicarle el generoso príncipe, que tan alto concluía de elevarle. Era en extremo agradecido, y recibió su nombramiento con los ojos húmedos y latiente el corazón. Conocido y aún amigo de las personas más notables de Lima, le detenían á cada paso, preguntándole la causa y nombres de los vencedores que acababan de llevar á cabo lucha tan sangrienta; y el buen Leonardo con breves palabras les refería lo acontecido, encomiando como era justo las cualidades del príncipe y las de sus valerosos compañeros. La historia que les contaba el gobernador corría de boca en boca, hasta que todos los habitantes de la ciudad quedaron enterados de quiénes eran y qué habían hecho los ilustres guerreros que llegaron no há mucho. El entusiasmo popular se excitó con la honra de tener en Lima á un primo del rey de España, las seis primeras espadas que se conocían, y esto dió lugar á que recibieran los vencedores una ovacion tan grande como merecida. Se llenaron de gente la plaza del palacio real y

las calles circunvecinas, y no cesó la multitud de aplaudir y dar vivas, hasta que, saliendo el príncipe á un balcon, pronunció un corto y sentido discurso, concluyendo por rogar al pueblo se retirase y entregara al trabajo y la quietud.

La multitud le obedeció, marchando de allí; mas en vez de dedicarse á sus tareas ordinarias, se esparció por la capital, victoreando al rey, á los generales, y fulminando denuestos contra los vencidos. De éstos, los que no se querian acoger al indulto del generalísimo, habian desaparecido en direccion de Jauja y restantes ciudades que continuaban sublevadas.

Antes que llegaran el mayordomo y pajes del príncipe, se presentó uno de los Zallas y le dijo á aquél, que le esperaba en la mesa un espléndido almuerzo, hecho y mandado por las comendadoras de Santiago.

Cuando los restantes *invencibles*, Roch y los criados curaron sus lesiones, se pusieron á almorzar los amos, en union de los Zallas y del patron, servidos por los nueve guerreros que poco há se batieron á su lado é imitaron en lo posible á sus jefes. Unos andaban cojos, dos llevaban los brazos vendados; pero alegres y satisfechos, iban de la cocina al comedor, con la misma agilidad y presteza que se movian en los campos de batalla. Era época en que tales criados tenian más de militares que de humildes sirvientes.

Concluido el almuerzo se instaló el consejo de guerra, y acto continuo se dirigió el príncipe al estrado, seguido de los Zallas y de sus pajes, que llegaron no há mucho. Esperaban sus órdenes en los salones contiguos, el licenciado D. Lope García de Castro, octavo virey del Perú; las principales autoridades, y los jefes de la guarnicion. El primero recibió como los otros la orden del nuevo gobernador, para que se presentase ante el príncipe; mas temió ir solo, y esperó á que se le adelantaran los demás. Todos ellos fueron entrando en los momentos que Silva almorzaba, por

cuya razon tuvieron que esperar á que el caudillo terminara aquel acto.

Media hora despues avisaba un paje á D. Lope que pasase al estrado. El ex-virey aguardaba solo en un saloncito próximo al en que se hallaba Silva; y comprendiendo que le llamaba su juez, se revistió del ánimo y gravedad que le fueron posible, y con paso mesurado llegó ante Julio, hizo una reverencia, y esperó á que aquél le preguntase. En este momento demostraba altanería, mas interiormente sufría las consecuencias de la crítica posicion en que los acontecimientos le habian colocado.

Por el contrario el magnánimo Silva, se hallaba en su estado normal, que era el de meditabundo y triste. Recibió sentado en regio sillón al altanero D. Lope; á la derecha tenía una mesa con recado de escribir, y en torno de ésta permanecian de pié los tres capitanes Alvaro, Fermin y Andrés Zalla.

Julio alzó la cabeza, miró á García de Castro, y le dijo:

—Acercaos.

Aquél obedeció con disgusto. Silva añadió:

—Capitan D. Alvaro, leed á este caballero esa orden de S. M.

Y le indicó uno de los papeles doblados que habia sobre la mesa. Zalla lo deslió, leyendo un escrito, por el cual Felipe II nombraba á su primo, el príncipe de Italia, virey del Perú y representante suyo, dándole amplias facultades para que en su nombre dispusiera cuanto creyese conveniente, aprobando de antemano todos sus actos.

D. Lope palideció; Julio le dijo:

—Caballero, desde el momento que pisasteis el Perú, comenzó en él la revolucion y la anarquía; vinisteis á gobernar, y al llegar yo he hallado el reino en el estado más lastimoso. Todas las autoridades las encontré huyendo en cobarde desbandada; vos estabais encerrado en un fuerte, y la ciudad de Lima amenazada de la más espantosa catás-

trofe. ¿Os sentís dispuesto á darme cuenta de todos vuestros actos?

—No—le contestó secamente García de Castro.

—¿Qué razon teneis?

—S. M. me nombró virey; ahora me releva de ese cargo; cuando llegue á Madrid, á él solo referiré lo acontecido en este país.

—Siento que no hayais comprendido el escrito que os acaban de leer—le dijo el principe.—S. M. os nombró efectivamente virey del Perú; mas soy yo el que os destituye de ese cargo. Como representante del rey, vengo á tranquilizar el Perú, volviéndome inmediatamente á Europa; por consiguiente, dejaré en breve que funcionen todas las autoridades, como ántes de llegar yo. He arribado, por último, con ánimo y encargo expreso de S. M., de castigar á los malvados, premiando á la vez á los que sean dignos de recompensa. Hechas estas salvedades, os vuelvo á preguntar: ¿Quereis darme cuenta de vuestra conducta como virey del Perú?

—A vos, nunca; al rey, en el momento que llegue á Madrid.

—Me estais faltando, caballero; en ese documento que os han leído, se me da el tratamiento de excelencia.

—No lo recordaba.

—Por lo visto, anda en vos la memoria tan escasa como el valor.

—¿Me insultais, principe de Italia?

—Repetid las frases, meditándolas bien.

—¿Me insulta V. E.?

—D. Lope, treinta y cinco hombres acaban de vencer á los rebeldes, destruyendo la revolucion. Para este hecho les ha bastado dos horas: ¿qué hacian en tanto los tres mil cobardes que se titulaban defensores del rey?

—Os he dicho...

—Que os mando sacar la lengua, D. Lope.

—Dije á V. E., que sólo al rey daría cuenta de mis actos.

—Más os valiera morir, que intentar justificaros ante nadie. Los hombres de honor se atraviesan el corazón, primero que sufrir tal sonrojo. Oídme: érais individuo del consejo de Indias, y en vez de aplicar vuestro innegable talento al bien y prosperidad de vuestra patria, lo empleasteis en intrigas y torpes manejos, hasta que conseguisteis satisfacer vuestra desmedida ambición. Engañando al rey, á vuestros compañeros de consejo y á la corte toda, os hicisteis nombrar virey del Perú, aparentando un valor y conocimiento de este país, que estabais muy lejos de tener. Los efectos correspondieron á la causa: venís aquí, desprestigiais el nombre español, y dejándoos arrollar y vencer por un puñado de miserables conspiradores, humillais vuestra autoridad, concluyendo por observar la conducta de una tímida y débil mujer. No quereis vindicaros ante mí ni lo hareis ante S. M., porque vuestra conducta no tenía defensa posible ántes de llegar los treinta y cinco, de que os he hablado, y mucho ménos ahora. Os dije, y repito, que he venido al Perú á castigar á los que tan cobardemente faltaron á su deber, y á recompensar á los que se hayan hecho dignos de la real munificencia. Y como no basta el que vos no querais dar explicaciones, yo os obligaré á contestar en breve ante un consejo de guerra, formado por cinco generales, que se llaman, duque del Imperio, conde de Santomera, Roberto Navarro, Mauro Nuñez de Lara y Rogelio Mendoza. Si éstos acuerdan vuestra sentencia de muerte, la firmaré, y mañana sereis decapitado en la plaza pública. Esto os ofrece el monarca del Perú; ese nombre me dió mi augusto primo Felipe, en el momento de despedirme.

La altanería de D. Lope se ahogó en el mar de su miedo y cobardía; palideció nuevamente, y con voz trémula contestó:

—Juzgar un virey á otro, no se vió jamás; yo ruego á V. E. evite el escándalo que esto ha de producir.

—Aquí no hay virey alguno, señor García de Castro; vos

fuisteis destituido por mí, que represento en este sitio á S. M. Quise oiros y juzgaros, para evitar al ex-virey la terrible sentencia de un tribunal recto y severo; mas toda vez que os atrevisteis á erguir la frente ante mí, cuando debierais besar la planta de quien os salvó esta mañana vida y honra, desdeñando al mismo tiempo la templanza y generosidad de vuestro señor, ¿sereis presentado en este momento al consejo, que reunido ya, espera la llegada de los reos.

—¿Quién me acusa?—preguntó D. Lope con ánimo decaído.

—Vuestro delito.

—Señor, os juro por mi fe de caballero, que hice cuanto pude por evitar la revolucion.

—¿Os obedecian cerca de tres mil guerreros?

—Sí, señor.

—Con solos treinta y cuatro vencí yo á los sublevados, cuando la rebellion llegaba á su más alto grado de poderío.

—En ese número se contaban seis *invencibles*, que representan la fuerza de un ejército.

—García de Castro, no injurieis á los valientes que han permanecido leales á su patria y á su rey; ni hagais uso de vulgaridades, que sientan mal en boca de un magistrado. Los seis generales á quienes habeis aludido, son hombres como vos, vencibles como otro cualquiera; que sólo Dios es omnipotente. Lo que no cabe duda es, que si uno de ellos hubiera estado en vuestro lugar, solo ó seguido de los que os acompañaban, y sin contar el número de sus contrarios, se lanzaria á la pelea hasta perecer ó arrollar á los malvados, como os han demostrado poco há. Generales de ese patriotismo, valor y abnegacion, pueden aspirar al puesto que vos, débil y asustadizo, no debisteis aceptar nunca, y ménos intrigar para obtenerlo.

—Yo no he faltado á S. M.; y si no hice más, fué porque mis fuerzas no alcanzaron.

—Cuando pretendiais ser virey del Perú, pudisteis com-

prender, que para mandar soldados españoles y gobernar un pueblo, es indispensable tener un valor de que careceis, unas dotes que os negó el cielo. Sois causa de la revolucion que tantas vidas é intereses ha costado, y vuestra torpe ambicion merece la muerte, á que no dudo os sentenciará el consejo.

D. Lope tembló nuevamente, palideció más que nunca, y con la mayor humildad dijo:

—Señor, si he delinquido, desearia ser juzgado por el príncipe de Italia; que al fin tiene sangre real en sus venas, y tanta nobleza de alma como su anciano y venerable padre.

Julio inclinó la cabeza, retratándose en su rostro aquella tristeza que se apoderaba de él en el momento que le recordaban al autor de sus días.

—¡Sublime talisman acaba de asomar á vuestros labios! Mi padre murió, y basta que me compareis con él, que invoqueis su nombre, para que yo os perdone. Libre estais; partid á España, y en lo sucesivo ahogad vuestra loca ambicion. Para lo que valeis, os sobra, señor licenciado, con el cargo de consejero de Indias. Marchad.

—Gracias, poderoso señor —tartamudeó D. Lope.—El cielo os premie la bondad con que me tratais.

Hizo una reverencia, y desapareció de allí.

—Que entren las autoridades y jefes de la guarnicion de Lima.

Gritó el príncipe; sus pajes repitieron la órden, y un minuto despues se hallaban en el salon los magistrados, jueces y autoridades todas, civiles y militares. Al penetrar se inclinaron ante el príncipe, cuyos hechos de armas conocian en parte, como igualmente su gran talento y poder.

Julio mandó que se aproximasen, y fué examinando una por una las frentes de aquellos personajes. Luégo, sin moverse de su sillón, y con la gravedad que tomaba cuando se dirigia á los grandes de la tierra, les dijo:

—¿Sabeis todos que represento aquí á mi augusto primo, y que para vosotros soy el mismo rey?

—Sí, Excmo. señor — le contestaron varios.

—¿Llegó á vuestra noticia que empleé los años de mi vida alargando una mano al desgraciado, y confundiendo con la otra á los fuertes y poderosos que no seguian por el camino de su deber?

—Sí, señor — replicaron los más.

—¿Comprendisteis que al alejaros de vuestra patria, al venir al Perú, vuestra mision era la más grande y difícil? ¿Apreciasteis la importancia de hallaros en tan apartadas regiones, sosteniendo incólume el poder de la nacion española?

—Sí — tartamudearon.

—Entónces, ¿cómo habeis consentido que medre la revolucion en este infortunado país; que se pisotee la bandera nacional; que se asesine al débil; que se robe al rico, y que triunfen, por último, la infamia y la maldad?

Todos inclinaron la frente, á excepcion de un maestre de campo, que anduvo dos pasos, y con mesura preguntó:

—¿Me permite V. E.?...

—Sí; hablad.

—Gran señor, sé que tengo la honra de dirigir mis humildes frases á un héroe; por lo mismo cobro aliento y me dispongo á decirle la verdad, seguro de que me hará justicia. Señor, cuantos estamos presentes, yo lo he visto y no mentí jamás, supimos en su dia, que el cabecilla Zamorano y algunos otros indignos españoles, en brazos de bastarda ambicion, conspiraban contra su patria. Nos reunimos, hablamos al virey, nos ofrecimos para cortar el mal, pero nuestras palabras y esfuerzos se estrellaron ante la debilidad de don Lope García de Castro. Sé lo grave de la acusacion que estoy formulando; comprendo lo terrible de mi posicion en este instante; mas es llegado el momento de decir la verdad, me hallo delante de un príncipe que nos hará justicia, y todo lo sacrifico, todo lo arrostro, ántes que pasar por meneguado y cobarde. La conjuracion tomó incremento; se unie-

ron los ambiciosos y descontentos, que abundan en todas partes; dieron el grito de rebelion; se lanzaron á la calle, y nos vencieron. Sólo era yo alférez, gran señor, cuando tuve el honor de pelear á vuestro lado en San Quintin, y no obstante que seguia á un héroe é iba entre los primeros valientes de Europa, no me quedé atrás, á pesar de haber recibido tres heridas y estarme batiendo cinco horas. ¿No recordais, señor, al alférez Velasco, á quien por último salvó la vida ese dia un niño llamado Flaviano de Osorio?

—Sí; continuad.

—Caí en tierra, rodeado por tres franceses, despues de haber muerto á otros tantos. Mi compañero Flaviano mató á los restantes, librándome de perecer.

—Recuerdo muy bien quién sois, y no necesitais justificar vuestro valor. Concretaos al asunto que os tiene delante de mí.

—Os obedezco, Excmo. señor. Llegué á maestre de campo, como V. E. sabe, ganando ese título con la punta de mi espada; y no obstante lo que el mundo dice de mí, lo que V. E. ha visto y comprende, fui vencido por esa turba de malhechores; y en union de cuantos soldados estamos aquí, corrí delante de ellos, como los franceses, alemanes y turcos delante de V. E. Los rebeldes eran muchos, pero cobardes; nosotros ménos, pero valientes; mi batallon solo podia dar fin de todos; esta mañana lo han confirmado treinta y cinco españoles en la plaza de Santiago. Nos mandaron huir, gran señor, y corrimos; nuestra lealtad se igualó ese dia á nuestra abnegacion; nos hallábamos léjos de nuestra amada España, y todo era preferible al dictado de rebeldes. Obedecíamos al virey, que representaba á S. M., y acatamos sus órdenes, como era nuestro deber; nos atrevimos á aconsejarle; cumplió su voluntad, y ya ha visto V. E. las consecuencias. Pero creedme, gran señor, yo os lo ruego; ni estos respetables magistrados, autoridades de Lima, jefes, ni los oficiales y soldados que han permanecido fieles y se

hallan fuera de aquí, han tenido culpa de nada; nuestro único pecado es la lealtad y sumision con que hemos obedecido y acatado los mandatos del representante de S. M., del virey del Perú, D. Lope García de Castro.

Calló el maestre de campo, y fijándose el príncipe en los restantes, les dijo:

—Un consejo de guerra se ocupa ya de averiguar las causas, motores y hombres, en fin, que han tomado parte, promovido, ayudado, y no evitaron la revolucion; como asimismo de dictar las sentencias que merecen los malvados, proponiéndome á la vez las gracias á que son acreedores los leales. En breve firmaré las primeras y otorgaré las últimas; mas yo he querido ántes de que el consejo os llame, saber de vosotros cuanto juzgueis conveniente decirme. En consecuencia, ¿teneis algo que añadir á lo expuesto por el maestre Velasco?

—No, señor—contestaron todos.

—¿Podeis probar lo que ha dicho?

—Sí, señor.

—Pensadlo bien; me hallo dispuesto en este instante á perdonar; mañana me concretaré á firmar las sentencias de un tribunal recto y severo.

—Demostraremos, sin vacilar, cuanto ha elevado á V. E. el maestre Velasco.

—Está bien; continuad en vuestros cargos hasta que decida el consejo. ¡Quiera el cielo que no me vea obligado á imponeros castigo alguno! Obedeced las órdenes del nuevo gobernador; y si resultaseis inocentes, procurad, en el tiempo que permanezca en el Perú, proponerme cuantas reformas juzgueis necesarias y útiles á este infortunado país; al entrar en él sólo veo desgracias y calamidades; al salir quiero dejarlo próspero, dichoso, y á todos contentos. No he venido á gozar del poder; llegué únicamente con intento de aplicar la savia de un gobierno justo y paternal. Yo os ruego hagais lo posible, que me ayudeis, en fin, para llevar á cabo tan

noble idea, pues deseo regresar á Europa lo ántes posible. D. Lope García de Castro reasumia en sí tres autoridades; yo he delegado el gobierno de Lima en el entendido, valiente y leal D. Leonardo Alcalá, y la de presidente de la audiencia en el magistrado más antiguo. A mi salida dejaré un virey interino, cuidando proponer á S. M. el nombramiento de otro en propiedad, que sea digno de mandar en el Perú. Podeis retiraros.

Todos se inclinaron ante el magnánimo y sabio príncipe, saliendo de allí orgullosos de encontrar al frente de los destinos del reino un hombre tan justo y digno de ocupar aquel elevado puesto.

Julio inclinó la cabeza, meditó algunos instantes, y la volvió á alzar, demostrando tanta satisfaccion por el estado en que se hallaban los asuntos peruanos, como sentimiento experimentó al entrar y comprender la anarquía que reinaba en tan desventurado país. La revolucion, sin embargo, no estaba terminada. Desapareció de Lima para alzarse potente en Jauja, Santa Cruz y otras ciudades del interior. En este instante corona el triunfo los primeros esfuerzos de los *invencibles*; pero aún les resta mucho que hacer y sufrir, en un país donde fué asesinado su conquistador Francisco Pizarro, y en el que quedó desde entónces el foco de una revolucion que se amortiguaba para levantar la cabeza más imponente que nunca. Para llevar á cabo la noble idea que se ha propuesto Silva, tendrán los seis generales que hacer uso de todo su heroismo, valor y abnegacion; habrán de inundar con sangre el suelo peruano, y de no perecer algunos de ellos, les auguramos por lo ménos terribles sufrimientos.

El duque del Imperio, el conde de Santomera, Roberto Navarro, Mauro Nuñez de Lara y Rogelio Mendoza, curados ya, vestidos con trajes de terciopelo y seda, y descansados de las fatigas anteriores, se reunieron, formaron el consejo, y ya en estos instantes instruian el expediente relativo á las

causas, móviles, etc. de la revolucion. Roch se curaba á sí propio y cuidaba de las heridas de sus compañeros de armas; el gobernador de Lima, con incansable celo, cumplimentaba las órdenes del príncipe; secundaba los esfuerzos del consejo de guerra, y estaba en todo, pues para todo servia el ex-capitan del puerto, que tan admirablemente comprendió el príncipe de Italia. La ciudad seguia demostrando á los héroes su entusiasmo por ellos, y el odio que profesaba á las vandálicas huestes del difunto Zamorano. Y por último, los indios sublevados, algunos criollos y varios españoles, huían á las provincias del interior, mientras los restantes deponian sus armas, y en fiel observancia del edicto del príncipe, se presentaban al gobernador é ingresaban en las filas que no debieron abandonar jamás.

CAPÍTULO XV.

Revista.—Alocucion.—Estado de Lima.—La revolucion en provincias.

Cuando el príncipe de Italia se halló solo y juzgó que las autoridades civiles y militares de Lima habian salido de su palacio, entónces se vistió como lo estaban sus amigos, si bien lucia la preciosa banda de generalísimo. Luégo llamó á su mayordomo, y le encargó aumentase el número de criados y pajes, con todo lo demás que juzgase necesario al servicio de los seis generales; pero llegaba tarde la órden; el activo gobernador le habia mandado ya cuanto pudiera hacerles falta. Los treinta y cuatro caballos heridos, fueron reemplazados por ochenta fogosos corceles; tenian sus cocheras dos magnificas carrozas, con el servicio indispensable para ellas; el mejor médico de la capital se habia hecho cargo de los heridos y contusos que habitaban aquella morada; diez y siete oficiales de los más entendidos y leales, pertenecientes á la guarnicion de Lima, esperaban las órdenes del príncipe, formando ya su estado mayor, y hasta cien soldados que debian componer su régia comitiva. Y por último, en el espléndido alcázar, lujosamente amueblado de

antemano, se veían ujieres, porteros y lacayos. D. Leonardo Alcalá demostraba á Silva que no nació ingrato.

Dieron las cinco de la tarde, y el ruido de los tambores y restantes instrumentos guerreros, le hizo comprender al príncipe que era llegado el momento de pasar la revista que habia ordenado.

— ¡Zallas! — exclamó — vestíos, que ensillen los caballos, y salgamos de aquí ántes de media hora.

Mientras era obedecido, dictó algunas órdenes por escrito, y se las mandó al gobernador. Poco ántes de concluir penetraron los tres capitanes, diciéndole Alvaro:

— Señor, la escolta y caballos esperan, y es la hora designada por V. E. para pasar la revista.

— Capitan — le contestó Julio — sólo admito el tratamiento de los que neciamente pretenden estar elevados.

— Perdonad, mi amado señor; no intenté ofenderos.

— ¡A caballo!

Y los cuatro se dirigieron al patio principal del alcázar, montando inmediatamente.

Julio examinó los oficiales y soldados que le habia mandado el gobernador, y ya en medio de los Zallas y de don Leonardo Alcalá, que llegaba en aquel momento, salieron á la gran plaza, donde le esperaba el ejército formado en batalla y el pueblo de Lima. Balcones, ventanas y calles circunvecinas se hallaban cuajadas de hombres y mujeres, pertenecientes á las diferentes clases de la sociedad y á las tres razas española, criolla é india.

Al aparecer el príncipe, la tropa batió marcha real, agitaron mil pañuelos, y treinta mil voces exclamaron:

— ¡Viva el príncipe de Italia, nuestro amado virey!

Julio se quitó la gorra de terciopelo negro, con pluma del mismo color, saludando cortesmente á la multitud. Su rostro, teñido siempre con el matiz de su innata modestia, demostraba la gravedad que tan bien cuadraba á su talento y posicion. No experimentó sensacion alguna al recibir la

merecida ovacion, ni aún supo fingir la alegría que otros sienten al oír los aplausos que les dirige la multitud, ansiosa siempre de victorear á sus héroes.

Llegó á la cabeza del ejército, movió su espada, y cesaron de tocar marcha real; mas el pueblo continuó sus vivas, y las campanas comenzaron á tocar á vuelo.

De los cinco mil hombres de que se componia la guarnicion de Lima, perecieron en la plaza de Santiago cerca de cien, y hasta quinientos se habian ausentado; los restantes, ó sean cuatro mil quinientos, con la artillería é individuos correspondientes á otros cuerpos facultativos del ejército, se hallaban formados en la plaza de palacio.

El príncipe se volvió á los Zallas, y les dijo:

—Que partan varios individuos de la escolta, y manden cesar ese ruido de campanas; que rueguen además de mi parte al pueblo, suspenda su algazara y voces.

Y comenzó á revistar escrupulosamente la fuerza que tenía delante. A cada momento fruncia la frente el sabio general; la mayoría de los hombres que examinaba eran aventureros que habian ido al Perú en busca de fortuna, distando mucho de parecerse á aquellos soldados que le siguieron á Francia, Alemania, Malta y otros puntos. En una palabra, formaban la antítesis de la gente que mandó hasta entonces en disciplina, valor, decision y entusiasmo.

Poco á poco fué cesando el ruido de campanas y vítores de la multitud, viniendo á quedar la plaza de palacio en un silencio impropio de tantas almas como se aglomeraban en ella; pero esto era lo que convenia al príncipe, siendo así que pensaba arengar á los soldados que tan cerca tenía.

Concluido el reconocimiento mandó practicar varias evoluciones, quedando tan poco satisfecho de la instruccion de aquellos hombres como lo estaba del aspecto que presentaban.

—Estos no son militares—decia para sí—son, en general, hordas aventureras, que se batirán mal, siempre que no

hallen, como recompensa á sus fatigas, el saqueo y el robo. Mientras esté yo aquí, acallarán su ambicion; mas ¡y cuando me marche! Es indispensable estudiar mucho á esta gente, hasta hallar un medio de convertirla en soldados. Probemos.

El príncipe dispuso nuevas evoluciones, formando la tropa, al concluir, un perfecto y reducido cuadro. En medio de éste quedó el generalísimo, acompañado únicamente del gobernador y de los tres Zallas, pues los diez y siete oficiales y cien individuos de su escolta habian tomado parte en la evolucion, y se hallaban ocupando sus puestos.

En tal estado envainó Silva su espada y se descubrió, sujetando con la mano izquierda las bridas del caballo y el pequeño cetro ó baston de mando, y con la derecha su gorra de terciopelo.

El traje del generalísimo era completamente negro, á excepcion de la golilla y de la banda.

Luégo se separó un poco de los cuatro que le acompañaban, y dió á su fisonomía aquel aspecto grave y severo que adoptaba en los momentos críticos. Su recta frente parecia prolongarse; y quedando caballo y jinete como estatua de mármol, se dispuso á hablar.

Jefes, oficiales y soldados se habian descubierto tambien, y fijos en la arrogante figura del príncipe, atentos y silenciosos, ansiaban escuchar su clara y simpática voz.

El cuadro que formaba la tropa era pequeño, segun hemos dicho, y Silva ocupaba el punto más céntrico, por cuya razon todos podian oirle perfectamente. Por último, exclamó:

—Españoles: á dos mil cuatrocientas leguas del Perú hay una nacion poderosa, cuyos hijos dirigen su mirada hácia vosotros con temor y esperanza. Son vuestros padres, hermanos, parientes, amigos y compatriotas. España extendió su poder por el mundo conocido, no tanto con el deseo de conquista, como por interés en llevar la religion católica y la civilizacion á los rincones más apartados de Europa. Por eso os

mandó aquí, como fueron otros á Cuba, Méjico, Santo Domingo, Filipinas y demás puntos donde se ve ondear la bandera encarnada y amarilla, que el orbe respeta y acata. Vuestra lealtad, valor y decision elevan á la madre patria; la maldad, ambicion y torpeza de sus hijos espúreos, la humillan, deshonoran y avergüenzan. Todo español que ame el suelo donde nació, los séres que le rodearon durante su infancia, los conciudadanos que llevan su apellido y su sangre, al abandonar su país para venir á tan distantes regiones, debe ser un modelo que puedan estudiar é imitar los míseros indigenas que le contemplan con asombro. No habeis venido aquí por oro ni riquezas; os ha mandado vuestra patria á que presteis á esos desgraciados indios el tesoro de vuestra religion, el caudal de la civilizacion que trajisteis de España. Debemos ser para el pueblo peruano, la Providencia que fecundice sus campos, que ilustre sus hijos; jamás los vampiros que chupen la sangre de los sencillos y atrasados habitantes de esta parte de la América meridional.

Julio calló, y obligando á su caballo á que diese poco á poco la vuelta, fué observando el efecto que habian hecho sus palabras entre aquella soldadesca. Cuando terminó su reconocimiento, movió la cabeza con disgusto, se contrajo su rostro, y continuó:

—Españoles: me he dirigido al Perú en los momentos en que sólo deseaba el descanso y quietud, tan necesarios al que vivió quince años entre continuos combates. Vertí mi sangre en España, Africa, Italia, Francia, Alemania y en la isla de Malta; y justo era que al terminar las últimas luchas en que me hallé, al regalar á mi patria tanta gloria y esplendor, reposara algun tiempo, para adquirir fuerzas y volver á sacrificarme por ella. Y ya veis que léjos de ser así, tuve que dejar la quietud, que abandonar á mi esposa y objetos más queridos, que cruzar los mares, y sin otra recompensa que la satisfaccion de ser útil á nuestro país, llegué entre vosotros, al mismo tiempo que comencé á ba-

tirme contra vosotros. Debí ser recibido por hijos, por hermanos; y me salieron al encuentro tigres, á quienes tuve que humillar como á los turcos, alémanes y franceses; como á los enemigos, en fin, de mi patria. ¡Qué cuadro presentabais al llegar entre vosotros el príncipe de Italia, el primo de vuestro soberano! Los unos me querian asesinar; los otros, encerrados como tímidas mujeres, escuchaban el fragor del combate, permitiendo que miles de panteras devorasen á los treinta y cinco hermanos que venian á abrazarlos. ¡Maldicion sobre los rebeldes, sobre los hijos espúreos de la madre patria! ¡Ay de los hombres que se convierten en rebaño de inofensivas ovejas!

Otra vez calló el sabio general, y dando nueva vuelta á su caballo, observó. En esta ocasion quedó más satisfecho de su reconocimiento; notó con placer que se retrataba la vergüenza en los semblantes de los jefes, oficiales y mayoría de los soldados; vió que algunos lloraban, y que todos inclinaban la cabeza, demostrando reconocer su falta. El príncipe continuó:

— Hijos míos: yo os perdono á todos; me olvido de lo acontecido hasta este momento; miro en vosotros un pedazo de la nacion española que se extiende en el Perú, impregnando en él la savia de nuestra veneranda religion; las sanas costumbres de nuestros mayores; la ilustracion de un país que camina á la cabeza de la civilizacion del mundo. Ayudadme á sembrar aquí la dicha, prosperidad y ventura; elevemos á nuestra amada é inolvidable España en todos los rincones de la tierra, y correspondamos, por último, á los tiernos suspiros, á las esperanzas que exhalan ó fundan en nosotros nuestros hermanos de la parte opuesta del Océano atlántico. ¡Ay del que se haga indigno del nombre español! ¡Ay de los ambiciosos, vampiros, apóstatas y malvados! Desde mañana se alzarán cien patíbulos para los perversos; desde este instante tiende sus brazos á los leales, su hermano el príncipe de Italia. Españoles, ¡viva el rey! ¡viva España!

La tropa y el pueblo, que hasta aquel momento habian guardado un profundo silencio, se desbordaron como un torrente, que comprimido por el dique, rompe éste y se extiende por todas partes.

— ¡Viva el rey! ¡Viva España! ¡Viva el héroe, príncipe de Italia!

Repetian los soldados y la multitud, con entusiasmo indecible. Las frases de Silva hicieron pensar como él á cuantos le escucharon; en los indígenas hombres y mujeres, rayaba en delirio su desmedida alegría.

La música y tambores tocaron marcha real; se abrió el cuadro, y fué á dirigirse el generalísimo á su palacio; pero en el mismo instante se agolparon en torno de él los limeños, le sacaron del caballo, y sin escuchar sus ruegos le llevaron en triunfo hasta el zaguan de su morada, donde fueron detenidos por los *invencibles*, criados y artilleros, los que, alarmados por las voces y tumulto, se precipitaban, espada en mano, en defensa del príncipe.

Reunidos los seis amigos, se asomaron á un balcon del alcázar, por bajo del cual desfiló la tropa, retirándose á sus cuarteles. Los cinco generales continuaron actuando; Julio pasó á la capilla del palacio, y el pueblo fué poco á poco retirándose, comentando las nobles frases, régia apostura y elevado talento del ilustre generalísimo.

Cerca de anochecido comieron los seis amigos, en union de Roch, el gobernador y los Zallas. Concluido este acto, dijo el príncipe á los que formaban el consejo:

— Reasumid en lo posible el expediente que estais instruyendo; concretaos sólo á averiguar si las autoridades y jefes militares de Lima deben ó no continuar desempeñando los cargos que tuvieron hasta aquí; fijaos luégo en los puntos, elementos y desarrollo de la revolucion en provincias, y no levantaos del sillón hasta que termineis ese trabajo. Que os auxilie y ayude el gobernador, poniendo á vuestra disposicion cuanto necesiteis. Pasaré la noche en vela; por

consiguiente, aguardo en mi despacho la presentacion de ese expediente. Seguidme, Alvaro; los demás podrán retirarse á descansar cuando gusten.

Y se encerró con Zalla, segun acababa de decir, ocupando el resto de la noche en dictar órdenes y medidas que extendia el jóven capitan, esposo de Syra.

Como sabio legislador, redactó algunas leyes que tendian á la dicha y prosperidad del Perú. Como experto y entendido militar, dispuso que la soldadesca ocupase el dia en mejorar su instruccion, y parte de la noche en aprender varios artículos que escribió, en forma de ordenanza, y con los cuales se propuso que la disciplina militar fuese una verdad entre aquella gente aventurera. Y como sagaz político, creaba, por decreto de aquel dia, una especie de milicia ciudadana, compuesta de propietarios y hombres enemigos de la revolucion; les hizo un reglamento; y aún cuando era voluntaria la incorporacion en las filas, encarecia tanto la necesidad de que la gente pacífica formase parte de ella, que fueron muy pocos los que se negaron á pertenecer á tan útil y benefícosa institucion.

Toda la noche permaneció abierto el alcázar, en el cual entraron y salieron los muchos jefes, autoridades y hombres que el consejo estimaba conveniente oír. Y á las ocho de la mañana dieron por terminado el expediente, pasando los cinco generales al despacho del príncipe. Éste concluía en aquel instante de dictar á Alvaro Zalla, firmó la última orden, y encargó al capitan que se las entregase todas al gobernador, para que fuesen cumplimentadas inmediatamente. Luégo se rodeó de sus amigos, dejó sobre la mesa el expediente que le alargaban, y sentado en medio de ellos, les dijo:

—Deseo ante todo saber lo que arroja el sumario que concluís de formar.

Los cinco amigos se pusieron de acuerdo, contestándole Flaviano:

—Las autoridades y jefes militares de Lima han probado suficientemente, que la revolucion no se cortó á tiempo por la debilidad y supremacia del ex-virey. Con sus descabelladas órdenes les obligó á obedecer, sin hacer caso de sus reflexiones, dejando en cambio á los sublevados en disposicion de desarrollar su perversa idea. La lealtad les condujo á la humillacion; pero ese acto lo justifican y defienden, en vista de los mandatos terminantes y hasta amenazas de don Lope García de Castro. A todos ellos los juzgamos dignos de continuar desempeñando sus respectivos cargos. El origen de la sublevacion es el mismo que el de todas las que ha habido y ocurrirán en América: unos cuantos ambiciosos, sedientos de oro y riquezas, se reunieron y conspiraron; pagaron su criminal intento, ofrecieron, engañaron, y entre amenazas, dádivas y mentiras, pudieron reunir seis mil ochocientos hombres, la mayor parte seducidos por promesas y falacias; y ya sabes lo que hicieron despues. El cabecilla y cinco jefes fueron muertos en la plaza de Santiago; cuatro que cayeron heridos, han sido condenados á muerte; y ahí tienes sus sentencias, que deberás firmar para que en el acto sean puestos en capilla. En la mencionada plaza de Santiago quedaron tendidos ciento sesenta y siete hombres, la mayor parte heridos, los restantes cadáveres. A los unos se les dió sepultura, y á los otros se les condujo al hospital. Los indígenas indios y criollos revolucionarios se desbandaron en direccion de Jauja; la tropa se nos pasó, con la sola excepcion de ciento ochenta individuos, tres alféreces y un capitan; los que, en union de los peruanos, se encaminan tambien hácia el interior. Lima permanece tranquila; pero el último parte que nos ha entregado el gobernador, relativo á los sublevados de fuera, pinta en gran conmocion dos provincias del E. y S. Es posible que, llegada allí la noticia de nuestro arribo, de la muerte del cabecilla y del desastre sufrido aquí por los revolucionarios, éntre el desaliento y sea muy fácil cortar los progresos del mal, y aún exterminar.

narlo en poco tiempo. Opinamos los cinco que nuestra permanencia en el Perú podrá prolongarse á poco más de un mes.

Silva oyó á Osorio, entregándose luégo á profunda meditacion. Cuando hubo terminado alzó la frente, y dijo á sus dignos compañeros:

—Hermanos, ya que hemos atravesado los mares y llegado aquí con toda felicidad, no debemos concretarnos, en mi concepto, á sólo contener la revolucion; es preciso cortarla de raíz, y dejar este mísero pueblo en la mayor dicha y prosperidad que nos sea dable; si no basta un mes, estémonos dos, tres ó cuatro; pero que nadie pueda decir de nosotros, que hacemos las cosas á medias. Dios recompensará nuestros desvelos, llevándonos á Venecia y luégo á Madrid sin peligro. ¿Sois de mi opinion?

—Sí — exclamaron todos.

—¿Sentenciasteis al ex-virey?

—No; supimos que tú le habias perdonado, y sobreseimos su causa.

—Creo que está en el Callao, esperando la órden para que un buque de la escuadra lo conduzca á Panamá. Soy de parecer que le acompañen en calidad de presos, hasta llegar á España, esos cuatro que habeis sentenciado á muerte. Perdonemos hoy; pero desde mañana en adelante, es indispensable usar de mucho rigor; pues os advierto, que á excepcion de unos pocos, no tenemos en Lima soldados; son aventureros que vinieron al Perú en busca de oro y riquezas. En consecuencia, es preciso que al partir dejemos un ejército bien organizado y disciplinado, y un pueblo regido por leyes que tiendan á la felicidad. Mientras yo me entero del carácter, usos y costumbres de los peruanos, y de las necesidades del país, cuyos destinos están en nuestras manos, visitad vosotros continuamente los cuarteles; asistid á las instrucciones; disciplinadlos; organizad la nueva milicia ciudadana, y ayudad al gobernador á plantear las leyes y

disposiciones que yo añadiré á las que ya he dictado. Tened entendido que estamos entre un pueblo y en un suelo virgenes, susceptibles por lo tanto de mejoras, progresos y adelantos. Sobran brazos, la vegetacion es magnífica, y hay ricas minas de oro y plata; de lo cual deducireis, que este privilegiado país puede quedar á nuestra salida nadando en prosperidad, sirviendo de modelo al resto de la América meridional. Cuando hayamos concluido de crear en Lima, correremos á las provincias sublevadas; y á la vez que cortamos la revolucion, podremos estudiar los campos, pueblos y necesidades todas del Perú. Despues regresaremos, dictaremos las últimas medidas, y nos reembarcaremos para Europa.

—Me ha dicho esta madrugada—añadió Flaviano—un compañero de las guerras de Francia, el alférez Velasco, hoy maestre de campo, que es efectivamente admirable la vegetacion de este país; asegura, que lo mismo fructifica la plantacion de Europa que la de América, formando una vista agradable el naranjo y la encina, entre la caña dulce, el ébano y la piña. Creo efectivamente, que reuniendo á un suelo tan privilegiado, hombres de costumbres sencillas y buena índole, no será difícil crear y fomentar en él la prosperidad, en el caso de que podamos vencer á los indios del Norte, pues aquellos difieren bastante de los del resto del Perú; son valientes, tercos y de condicion perversa. Escondidos entre la nieve y la aspereza de sus montañas, se han hecho indomables; y sería tan útil sujetarlos é impedir el robo y asesinato á que se entregan continuamente, como costoso conseguirlo. Es gente que continúa como ántes de ocupar el trono peruano su primer rey Mancocapac. Adoran al Pachakamak — el sol — y sólo respetan las órdenes de una jóven y hermosa india que pertenece á la familia de los Incas, que por tantos años dominaron el Perú. Reconocen como reina á esta mujer extraordinaria, y se dice que los avasalla y dirige con valor impropio de su sexo.

—¿No oiste — le preguntó el príncipe — si han penetrado algunos españoles?

—Sí, llegaron varias partidas; pero el frío y la escabrosidad del terreno los alejó de allí, picándoles la retaguardia un diluvio de dardos, lanzados con las flechas de los feroces montañeses.

—¡Es decir, que los habitantes de los famosos Andes están sin conquistar!

—Ciertamente. Si me lo permites, me comprometo á dominar esas montañas, obligando á sus hijos á que se sometan al gobierno de Felipe II.

—¿Qué cuentan de la hermosura de la Inca? — preguntó Julio con intencion.

—¡Oh, dicen que es bellísima! mujer perfecta, en fin, que anda casi en cueros, segun costumbre de aquellos indígenas, montaraces y selvícolas. A excepcion del tapa-rabo y de los muchos adornos que lleva, cubre el resto de sus carnes con solo el manto real, que es una finísima capa blanca de tela de lana.

—Muy enterado estás, Flaviano.

—Me lo dijo Velasco, que consiguió acercarse á ella. Añade, que no ha visto en Europa mujer más encantadora.

—Esas hijas del Norte, criadas entre nieve, suelen ser efectivamente hermosas.

—Sí; cuenta el maestro, que son muy bellas; y como andan desnudas, se pueden admirar sus buenas formas.

—Duque del Imperio — exclamó el príncipe, sorprendiendo á Osorio — apruebo la idea, y se emprenderá la conquista de ese país.

—Me alegro; cuando quieras, me hallo dispuesto á partir.

—No, hijo, no; perdona, pero son el conde de Santomera y Roberto Navarro los que destino á tal empresa; tú irás conmigo al Sur, y Mauro y Mendoza á Levante, sin perjuicio de reunirnos los seis al concluir, en un punto dado.

—¿Desconfías de mí, despues de la prueba que te he dado en Malta?

—No es desconfianza, mi querido hermano; es simplemente un medio de evitar el que, recordando las muchas leguas que el mar te separa de Adela, te olvides de ella. El Parnaso debe estar al Sur, y esas montañas se hallan al Norte.

—Me es igual; si deseaba el desempeño de tal empresa, era porque la juzgué más difícil y expuesta.

—Nueva razon para que se la confie á los Navarros, toda vez que son solteros y huérfanos; no teniendo, por consiguiente, esposas y padres como tú, que me pidan cuenta de lo que he hecho con ellos.

—Podia arreglarse de otro modo; yo iria á las órdenes de Odon, y Roberto á las tuyas.

—¿No quieres venir á mi lado?

—Sí; mas preferiria la conquista, á batirme con esos cobardes revolucionarios.

—Pues, hijo, lo siento; pero no puede ser. Si el sueño no os molesta, podeis almorzar, y dedicaros luégo al desempeño de los asuntos que os he encargado ántes; no cuidaos de mí para nada; carezco de apetito, y deseo descansar algunas horas.

Los *invencibles* se despidieron, dirigiéndose acto continuo al comedor. El príncipe apoyó la frente en la mano derecha, permaneciendo así breves instantes. Le dolia la cabeza, el costado derecho, sintiéndose á la vez molestado por la fiebre. No pudiendo continuar en aquel estado, llamó á su criado Perez, diciéndole:

—Trae al momento agua en un vaso y en otra vasija grande; esta última templada; luégo hilas, un apósito, y el bálsamo que tanto nos recomendaba mi padre.

El sirviente miró á su amo, y notando que, contra su costumbre, tenía encendidas las mejillas, movió la cabeza con disgusto, exclamando:

—Os pregunté si estabais herido, y nada me contestasteis; repetí la pregunta, sin resultado. ¡Voto á!...

—¿Quieres que te mande sacar la lengua?

—Deseo que no hagais calaveradas, impropias de vuestro gran talento y...

—Perez, me estoy abrasando, y no me das agua.

El criado salió de allí, lanzando votos que, felizmente para él, no oyó Silva. Cinco minutos despues regresó, diciendo:

—Aquí está todo; bebed.

—Gracias.

—Ahora venid y os desnudaré.

Y ambos se dirigieron á la alcoba, principiando el leal servidor á quitarle la ropa.

—Cuidado con ese brazo.

—Ya veo la sangre; ¡maldicion!... Corrió hasta abajo. ¡Os hirieron metiendo la espada por entre la coraza y el brazalete!...

—Bueno, hombre, bueno; no te apures, que no es nada.

—¡Por qué no os habiais de curar cuando todos lo hicimos! ¿Veis las consecuencias? Se pegó la camisa, y se inflamó el costado. ¡Maldicion!...

—Cura y calla, Perez.

—Sí, sí; buen rato me estais dando.

El sirviente, cuando hubo desnudado á su señor, le hizo echar sobre el lado izquierdo, y seguidamente comenzó á humedecer el lienzo que se hallaba pegado. Luégo que lo separó de la herida lavó ésta, empapó las hilas en el bálsamo, colocando el apósito con la misma destreza que pudiera hacerlo un facultativo.

—¿Estais bien?—le preguntó.

—Sí.

—¿Qué más quereis?

—Que cierres los balcones y me dejes dormir.

—¡Llamaré al médico?

—No.

—¿Quién os va á curar la fiebre?

—Mi naturaleza. Hoy no tomaré más que caldos; mañana estaré bueno. Sal y aguarda cerca de aquí.

Perez desapareció, dejando á oscuras la alcoba de su amo. Éste se durmió al poco tiempo, murmurando:

—Padre mio, ¡cuándo conseguireis del Señor que me lleve á vuestro lado! Rogádselo; pero no; ¡qué sería de mi pobre Elvira si muriese! ¡qué de este mísero pueblo, si hubiera dejado de existir en los momentos que se lo pedia al cielo y me hallaba tan cerca de la tumba! Dios mio, Dios mio, nada deseo; nada os pido; sólo anhelo que se cumpla vuestra omnipotente voluntad.

Cerró los ojos, se apoderó el sueño de él, y no obstante la fiebre y el dolor que sentía en el costado y cabeza, quedó profundamente dormido.

Trabajó toda la noche y el día anterior, sin cuidarse para nada de su herida ni del individuo; era allí la suprema autoridad, y por lo mismo creyó que no debía descansar un solo instante, dedicando su talento y esfuerzos á procurar la felicidad de sus gobernados.

Si todos los que mandan obrasen lo mismo, más dichosas serian las naciones y ménos revoluciones habria.

CAPÍTULO XVI.

Tranquilidad de Lima.—Efectos del paternal gobierno del príncipe de Italia.—
Las tres divisiones.—Los dos Navarros.—Indios pasados á cuchillo.—
Odon y Abancay.

Quince días despues de aquel en que dejamos al príncipe descansando de los dolores y fiebre producidos por la herida que recibió en la plaza de Santiago, se notaba en el palacio una animacion, ruido y algazara desconocidas há mucho tiempo. Tres mil quinientos hombres se hallaban formados en la puerta del palacio, y dispuestos á obedecer las órdenes del generalísimo; en los patios piafaban multitud de caballos, y los ayudantes y criados corrian de un lado para otro, mientras el gobernador y autoridades superiores de Lima recibian las últimas instrucciones del virey y lo despedian, en union de los cinco *invencibles* restantes. Media hora despues montaron á caballo los generales, tres Zallas, criados, setenta entre jefes y oficiales, y cuatrocientos jinetes más de la clase de soldados. Ya á caballo, se abrazaron por última vez los seis amigos, y formando tres divisiones distintas, con la tropa que habia dentro y fuera del palacio, partieron unos hácia el Norte, otros á Levante, y los demás al Sur.

La primera columna, compuesta de mil quinientos peones y ciento cincuenta jinetes, la mandaban los generales conde de Santomera y Roberto Navarro, y secundaban á éstos, el maestre Velasco, Andrés Zalla y varios otros capitanes. La segunda reunia mil infantes, cien caballos, é iba á las órdenes de los *invencibles* Mauro Nuñez de Lara y Rogelio Mendoza, secundados por Fermin Zalla y otros jefes de su misma graduacion. Y la tercera, á las órdenes del príncipe de Italia y de Flaviano de Osorio, contaba mil soldados de á pié, cien jinetes y la escolta del generalísimo, á cuyo frente iba Alvaro Zalla.

Los seis generales llevaban además sus respectivos criados, equipajes, y todo lo necesario, en fin, para la corta campaña que pensaban emprender. Les seguian indios leales, y prácticos en el terreno sobre que debian operar; y con el objeto de hacer más ligeras las marchas, no usaban armaduras, si bien los jefes cubrian la cabeza con un ligero casco, é iban forrados interiormente con tupidas cotas de malla.

De este modo continuaron su marcha, con el fin de llevar á cabo el pensamiento de Julio de Silva, expuesto en el capítulo anterior.

Lima quedaba tranquila; la gobernaba Leonardo de Alcalá, y se hallaban á sus órdenes mil soldados españoles y cuatro batallones compuestos de ciudadanos limeños, con los que podia contar el ex-capitan del puerto á todas horas y contra todo conato de revolucion; por consiguiente, al dejar la capital los *invencibles*, lo verificaron con entera seguridad. Las leyes, disposiciones y sistema, en fin, planteado por el príncipe, producian ya sus naturales consecuencias. Las autoridades se disputaban el celo y amor á la justicia; y el pueblo limeño seguia victoreando al rey, y bendiciendo al generalísimo.

Tambien habia cambiado mucho el aspecto de la tropa; los *invencibles* quisieron á todo trance hacer soldados á los

individuos de aquella horda de aventureros, y primero instruyéndolos y aconsejándoles, y luego pasando por las armas á ocho y echando á galeras á veinte, con algunos otros castigos ménos duros, consiguieron disciplinar y atraer á la obediencia á los restantes; infiltrando á la vez en ellos el amor á la patria comun, y el respeto y consideracion debidos á la autoridad.

El ex-virey y los cuatro sentenciados á muerte partieron á Panamá, en un buque de guerra, con orden de entregarlos al jefe de esta provincia, para que los trasportara á Chagre, y desde allí los reembarcase para España.

Las comendadoras de Santiago imploraban diariamente la proteccion divina en favor del príncipe y treinta y cuatro guerreros restantes que tan valerosamente las defendieron.

Y por último, la capital del Perú presentaba una faz enteramente distinta de aquella que vió Julio al arribar al Callao.

En cambio, algunas provincias se hallaban en un estado lastimoso; en Jauja triunfaba y adquiria prosélitos la revolucion; al Sur sucedia lo mismo, y los fieros montañeses del Norte, en comunicacion directa con los sublevados, formaron un pequeño ejército, proclamaron la independencia del país, y corrian en busca de los rebeldes, para ayudarles á destruir el poder español, sentando luego en el trono de Cuzco á la hermosa Inca que elevaron á reina.

Tal estado de cosas, obligaron á los *invencibles* á partir ántes del dia que tenian prefijado. Mauro y Mendoza debian cortar la revolucion al Este; Julio y Osorio al Mediodía, y los dos Navarros, saliendo al encuentro de los montañeses y selvícolas indios, tenian que batirlos, vencerlos, empezando luego la conquista de aquella parte del Perú, que aún permanecia en su primitivo estado salvaje.

En la imposibilidad de seguir á las tres divisiones, nos concretaremos por ahora á aquella que debe luchar con más dificultades y costarles más caro el triunfo. En consecuen-

cia, incorporémonos á la columna que mandan los hermanos conde de Santomera y Roberto Navarro, y continuemos con ellos.

Los dos *invencibles*, ligados por el sagrado vínculo fraternal y por haber estado siempre juntos, partiendo los azares y la gloria de las batallas, se amaban entrañablemente. Muerto el general Navarro, su anciano padre, creció en ellos el mútuo cariño, respeto y consideracion que siempre tuvieron á su sobrino el príncipe de Italia. En éste veían al autor de sus días, y en ellos un solo sér con una voluntad. Pronto, no obstante, debia un hermoso diablo sin faldas romper tan perfecta union, áun cuando fuese por poco tiempo; pero no adelantemos el discurso.

Al frente de su division marchaban los dos hermanos, en medio de Velasco y de Andrés Zalla, con la ligereza que el mal terreno permitia á sus mil quinientos peones y cuatro guías, que tambien caminaban desmontados.

Todos iban satisfechos, pues se dirigian á un país desconocido en su mayor extension por los españoles, y del que se contaban muchas verdades y algunas fábulas tan poéticas como inverosímiles.

Los fieros montañeses y selvícolas, á quienes se proponian domeñar, habitaban una parte de los Andes, montes de gran altura, y en los que se veían los célebres picos de Sorata y de Illimani, de siete mil novecientos metros de elevacion el primero, y de siete mil cuatrocientos cincuenta el segundo. Sus eminencias, como las de las montañas circunvecinas, se hallaban cubiertas de nieve, mientras que en las faldas y valles que se extendían á sus piés, se veían inmensos bosques de ébanos y otros árboles, cuyas maderas son las más estimadas, entre plátanos, guayabas, paltas y toda clase de frutas de cuantas se conocían en el interior del Perú.

Los Andes, al Norte del bajo Perú, que es la parte de ellos á que nos referimos, presentan sus mayores alturas, y en la época que pasa nuestra historia se veían varios volcanes,

encontrándose tambien ricas minas de plata y abundantes granos de oro, entre la arena de sus rios. Hombres y mujeres eran fornidos, de gran estatura, robustos, y llevaban sus carnes casi al aire, segun habia dicho Osorio. Acostumbrados á una independencia proverbial, rara vez se sujetaban al dominio de los Incas, y esto hacia muy dificil, si no imposible, la empresa de los dos *invencibles*.

El color de estos montañeses y selvícolas no se parecia al amarillento de la raza india ó americana; eran unos mucho más blancos, hasta el punto de confundirse con los europeos; mientras que el de otros era cobrizo, y el de algunos verdoso. Sus fisonomías, sin distar mucho de la perfeccion, presentaban no obstante una fiera que los hacia antipáticos y desagradables; por eso las mujeres gustaban tanto á los españoles, siendo así que en ellas no existia ese tinte feroz de los varones. Habitaban en chozas y casas de madera, que los ponía á cubierto del rigor de la intemperie; y se mantenian de la caza, frutas silvestres y abundantes peces, que se hallaban en los muchos lagos y rios que tenian sus valles.

A los siete dias de marcha distinguieron los dos *invencibles* los elevados Andes; allí descansaron veinticuatro horas, mandando dos de sus guias en averiguacion del punto adonde se dirigia el ejército de montañeses que pensaban unirse á los revolucionarios. Al terminar las veinticuatro horas mencionadas, se presentaron diciendo, que el enemigo se hallaba á seis leguas, llevando contraria ruta á la de ellos; por lo que debian encontrarse muy pronto frente á frente.

La noticia satisfizo á Odon, el cual dispuso marchar inmediatamente.

Los indios salvajes venian atravesando los valles por cerca de la falda de los Andes, por cuya razon mandaron hacer alto los *invencibles* tres horas despues. Sin pérdida de tiempo emboscaron la caballería en un llano cubierto de árboles, los peones los escondieron en la espesura que se

extendia en la falda del monte, dejando únicamente cincuenta arcabuceros y otros tantos peones con picas, frente al camino que traian sus contrarios, para que los detuviesen, cogiéndoles por el flanco derecho, vanguardia y retaguardia.

Colocada la gente, esperaron la llegada de los indios.

Trascurridas dos horas oyeron una horrible gritería, distinguiendo despues, de tres á cuatro mil montañeses y selvícolas, que, medio desnudos y en el mayor desorden, se dirigian hácia ellos. Iban todos á pié, á excepcion de uno solo, y sus armas eran el dardo y la flecha, llevando además un palo, de cuyo extremo salia un pedazo de hierro groseramente labrado. Delante caminaba á caballo, armado con daga y pica, lleno su cuerpo de cicatrices, el pirata Abancay, paisano de ellos y de gran prestigio entre sus fieros compatriotas.

El terrible indio escapó, segun vimos, en una canoa; con ella y sus siete compañeros llegó á la isla de Santa Lucía, donde se detuvo cuatro dias que tardó en sentirse aliviado de las heridas que habia recibido. Despues cogió el dinero y alhajas que poseia allí, embarcándose inmediatamente para Venezuela, seguido de sus siete compañeros. Cuando hubo desembarcado compró un caballo, y se dirigió por tierra al Ecuador, y desde éste corrió á los Andes, donde arribó dos dias despues que los *invencibles* á Lima. Su fuerte musculatura, carácter indomable y fiero valor, le ayudaron en una travesía tan dilatada y penosa; travesía que en tal época sólo hombres de su temple, fortaleza y conocimiento del terreno podrian hacer.

Ya entre los suyos, y habiendo llegado hasta él varios emisarios de los indios de Lima y del interior, invitando á los montañeses á que se unieran á ellos, concibió un plan, y haciendo uso de su influencia entre los hijos del monte y de la selva, reunió cerca de cuatro mil, con los cuales pensaba ayudar á la independencia del Perú, sentar en el trono de Cuzco á la Inca, pidiéndole, como premio á sus servicios,

se uniera á él, más que por gobernar, por tener á su lado á una mujer á quien há tiempo queria en secreto.

Vencido en el mar, y comprendiendo lo difícil que le sería proporcionarse gente y otra galera, sin exponerse á ser reconocido y muerto por los españoles, se decidió por pelear en tierra, segun hemos dicho, impulsándole además el cariño que profesaba á la Inca. Era, por otra parte, esta mujer el único sér á quien queria y respetaba.

Serian las dos de la tarde cuando Abancay y los suyos distinguieron á los cien españoles que Odon les puso de frente. El vencido pirata mandó hacer alto y avanzó solo; á la vez hicieron lo mismo los arcabuceros y peones, los que, reconocidos por aquél, y creyendo que sólo disponian de la fuerza que tenía delante, se volvió atrás y mandó á los suyos preparar las flechas; pero en el mismo instante se oyeron varias descargas de mosquetería, cayendo poco despues sobre el ejército salvaje mil quinientos infantes y ciento cincuenta jinetes, los que atacaron el frente, retaguardia y flanco derecho de su enemigo.

No eran cobardes los montañeses y selvícolas; llegando su valor, en la mayoría de ellos, hasta la ferocidad; mas el estruendo de los mosquetes, el brillo de los aceros, la sorpresa y el encontrarse cogidos por tres partes, los aturdió, tiraron las armas y comenzaron á dar horribles alaridos, concluyendo por desbandarse, sin haber hecho otra cosa que disparar sus flechas. Abancay y tres de los caciques quisieron contener la sin igual dispersion, á cuyo fin les gritaban, poniéndose delante; mas fueron arrollados en el acto, sin lograr siquiera hacerse oír, perdiéndose sus voces entre la baraunda que formaban sus espantados compañeros.

El instinto encaminó á los hijos de los Andes en direccion de sus queridas montañas; pero Odon, Roberto, Zalla y Velasco habian previsto el caso, y les salieron al encuentro por aquella parte, cogiéndoles entre ochocientos peones y los ciento cincuenta jinetes que venian acosándolos por la espalda.

—El completo exterminio de estos bárbaros nos asegura la conquista y dominio de sus valles, montes y familias. ¡Matad, matad!

Esto dijo el conde de Santomera; sus palabras fueron repetidas por los restantes jefes españoles, cargando sin tregua ni compasion sobre los indefensos indios, que, aturdidos y sin comprender lo que miraban, caian á centenares, despeñándose otros, y atravesándose el corazon algunos con las agudas puntas de hierro que sujetaban los palos que acababan de tirar y recogian de nuevo para este fin.

Cansados de matar los españoles, y esparcidos por el monte y valles los indígenas que pudieron escapar, dispuso Odon, que la caballería continuase por el llano y los peones por las faldas de las sierras, persiguiendo á aquellos y regresando despues al sitio donde ahora se hallaban.

Cerca de anochecido volvieron á reunirse todos, dejando el suelo cubierto de heridos y cadáveres.

—¡Horrible mortandad se ha hecho!—decia Odon á su hermano Roberto. —En vez de feroces tigres, acometimos un rebaño de ovejas. La gloria de esta jornada debe borrarse de nuestra memoria; sólo la necesidad ha podido obligarnos á herir de ese modo.

—En cambio—le contestó aquél—hemos ganado tiempo, tenemos la conquista y dominio asegurados, y dificilmente se volverá en los Andes á derramar sangre de los nuestros. Los salvajes montañeses han visto demonios en nuestros soldados, el infierno en los mosquetes y arma blanca, y no obstante su decantada ferocidad, ni aún se atrevian á mirarnos. Los pocos que se han escapado sembrarán el terror y espanto entre sus compañeros, y cuando lleguemos ante la Inca no habrá uno que pretenda defenderla.

Así era ciertamente. Cuando los Navarros tuvieron reunida la fuerza, avanzaron hasta perder de vista el terrible cuadro de muerte y desolacion que dejaban atrás. A un cuarto de legua acamparon, encendieron grandes hogueras,

y ya de noche comieron, echándose la mayor parte sobre hojas de árboles que hallaron en abundancia. Para los jefes fijaron tiendas de campaña, y dos horas despues descansaban todos, con la sola excepcion de los centinelas y de veinte individuos que, por órden del general, se dirigieron al pueblo más inmediato, para obligar á sus vecinos á que recogiesen los heridos y diesen sepultura ó quemasen á los muertos; cuya operacion debia practicarse aquella misma noche.

Hemos dicho y repetimos, que Odon y Roberto Navarro se profesaban entrañable cariño; no obstante lo cual, en asuntos de guerra y de familia, cuando no se hallaba presente el príncipe de Italia, obedecia el segundo al primero, ó sea el menor al mayor; por consiguiente, á pesar de tener la misma graduacion é idénticas preeminencias, mandaba ahora en jefe el conde de Santomera, siendo el primero en obedecerle su hermano Roberto.

Situaron en una altura la tienda de Odon, pusieron en ella la bandera española, y veinte hombres daban la guardia, segun correspondia al general en jefe. El valeroso conde, cuidándose muy poco de tales consideraciones, se despojó de alguna de sus vestiduras, y buscó el sueño en una sencilla hamaca que le colgaron dentro de la tienda. Cuando hubo arreglado sus pequeñas almohadas y se acomodó lo mejor que pudo, dijo á su criado:

— Descansa cerca de aquí, despertándome al asomar el crepúsculo.

Diez minutos más tarde dormian profundamente él y su sirviente.

Como á las cuatro y media de la madrugada entreabrió las lonas un centinela, y llamando al criado, le dijo:

— Levanta, que va á amanecer.

— ¿Puedo ya despertar al señor conde?

— Sí.

Aquél encendió una linterna y se acercó á la hamaca, exclamando:

— Señor, es la hora en que me mandasteis os avisara.

Odon se incorporó, diciendo:

— Ponme la cota.

Y se fué dejando vestir. Luégo pidió su capa negra, se cubrió con ella y un casco, saliendo al momento de la tienda, armado únicamente con una preciosa daga que heredó de su padre.

Embozado hasta los ojos, y á la escasísima luz de los primeros albores matinales, fué reconociendo el campamento, pues no obstante la disciplina militar á que consiguieron sujetar los *invencibles* el ejército que hallaron en Lima, no tenía en él absoluta confianza el entendido general. Su hermano practicó la misma inspeccion á media noche, y él se habia reservado hacerlo en aquel instante. Ambos hallaron á su gente durmiendo sobre hojas de árboles que les prestaban blandura y frescor, sin encontrar motivo alguno de reprension ni de queja.

Cuando terminó, quiso dirigirse á su tienda; mas distinguiendo á la izquierda, fuera ya del trecho que ocupaba el campamento, un extenso y precioso valle, se encaminó hácia él, diciendo ántes á un alférez que estaba de servicio:

— En pasando media hora que toquen diana, forme la columna y se disponga á partir.

No todos los indios habian huido durante la tarde anterior. Uno, el más valiente, entendido y feroz, fué arrollado é impedido por los pocos que pudieron escapar; pero al verse libre de los fieros españoles, quedó parado, y subiéndose á la copa de un árbol, observó desde allí la persecucion verificada contra los suyos, y la horrible matanza que hacian los contrarios. Saltando de un árbol á otro, é imitando al mono, se aproximó cuanto pudo al sitio que ocupaba el ejército vencedor. Cuando éste hubo marchado, dejó la enramada, siguiéndole hasta el lugar donde acampó; mas percibiendo despues, al resplandor de las hogueras, la tienda en que ondeaba la bandera española, juzgó que dormiría allí el

general en jefe; y sacando un hermoso puñal que llevaba en el cinto, sonrió de un modo terrible, exclamando:

—Sólo quiero atravesar contigo el corazon de un hombre; y puesto que ya veo el sitio en que se oculta, corramos en su busca, que ni á mí me faltan fuerzas y brio, ni á tí el temple necesario para romper el pecho de ese maldito por pachakamak.¹

Y arrastrándose como la culebra, dió la vuelta al campamento, hasta llegar junto á la tienda de Odon. Los veinte soldados que ésta tenía en torno disgustaron al asesino, pues creyó por el pronto frustrado su intento. Guardó en consecuencia el puñal, meditó algunos instantes, y juzgando que durante la noche ó en la próxima madrugada hallaria ocasion, se subió á otro árbol, y oculto entre las hojas esperó, fija su vista de lince en la entrada de la tienda.

Siete horas trascurrieron, conservando la misma postura el indio; no apartaba la mirada del sitio donde la dirigió al principio, pero tampoco dejó de percibir al centinela que defendia la entrada, y á diez y nueve hombres más que, junto á las lonas, dormian unos, y otros paseaban, guardando el sueño de su general.

Salió por fin el conde, y adivinando el asesino quién era, trepó á la copa del árbol donde se hallaba, y desde allí procuró seguir con la vista el bulto negro que pretendia espiar. Mientras Navarro permaneció entre sus soldados, el indio no se movió de su sitio; pero al ver que salia del campamento, sonrió otra vez; la sangre se le agolpó á las sienes, y descolgándose sin hacer ruido alguno, corrió, puñal en mano, en busca de su víctima.

El conde de Santomera fué poco á poco internándose en el hermoso valle que tanto llamó su atencion. A la naciente

¹ Pachakamak es un compuesto de dos palabras indias: *pacha*, quiere decir universo; y *kamak*, alma; y nombraban con ambas al sol, que adoraban, reconociéndole como dueño y creador de la materia y del espíritu; del mundo que veían, y de cuanto sentían y comprendían que no podían ver.

luz del sol veía y admiraba en torno corpulentos árboles que le eran desconocidos; flores que no miró jamás, y frutas, en fin, cuyo agradable aroma le convidaba á endulzar y humedecer su paladar.

— No me pesará nunca haber venido al Perú — decia Navarro. — Este delicioso país se parece al eden de que nos habla la Escritura. Tenía razon mi querido poeta Flaviano en pretender llegar hasta aquí; pues no he visto nada más encantador.

Y continuó adelante, deteniéndose debajo de una enramada, con ánimo de coger por su mano y probar algunas frutas de aquellas que le invitaban con su exquisita fragancia. Tiró, pues, la capa, y se volvió de pronto. A veinte pasos de él vió á un indio que, puñal en mano, lo acechaba, enseñándole sus blancos dientes y delgados labios, que se contraían para presentar la horrible sonrisa del asesino.

— ¡Abancay!

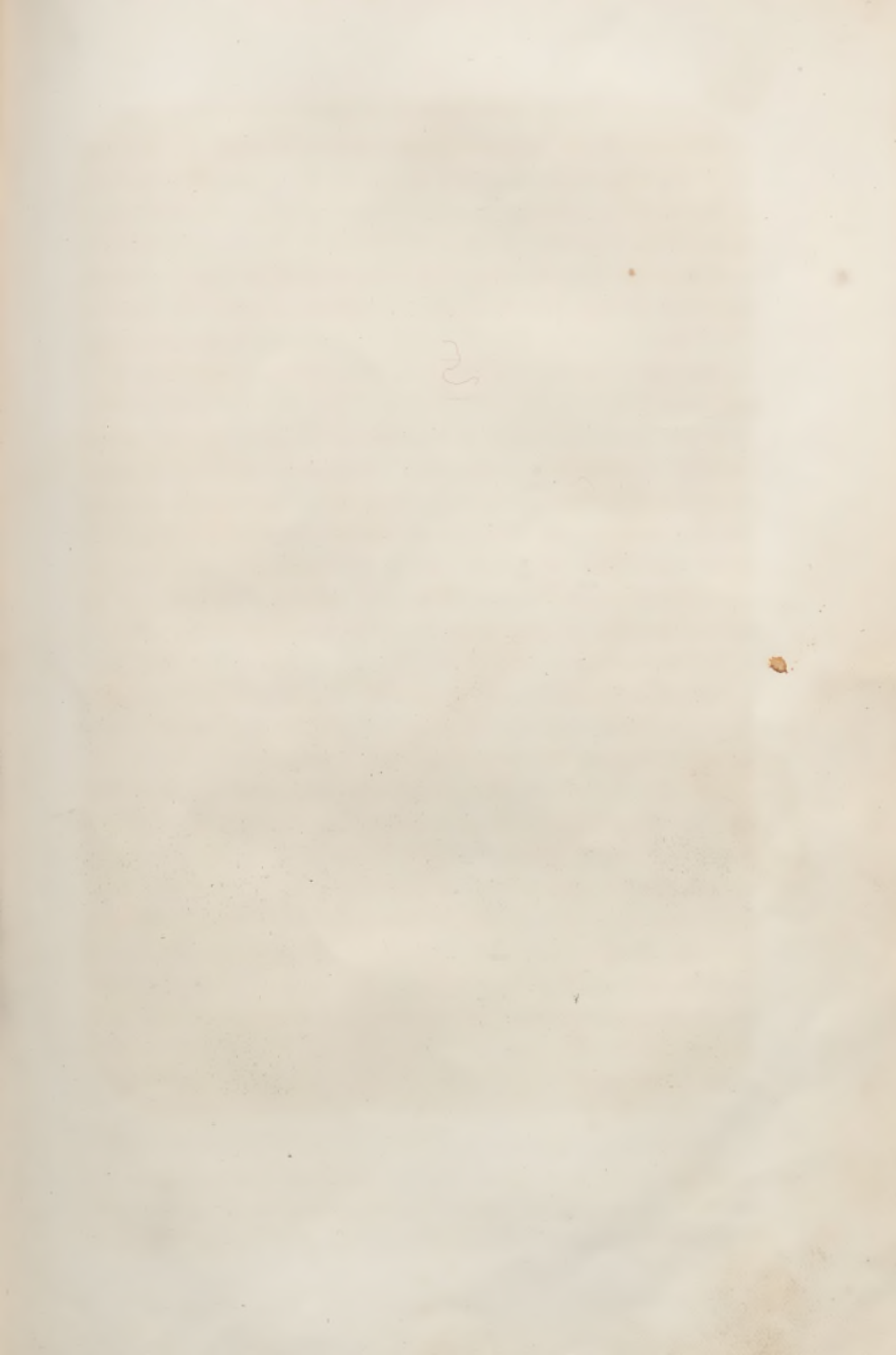
Exclamó Odon reconociendo al pirata. Y tirando de la daga que llevaba pendiente de su cinturón, le esperó, dispuesto á batirse con él y á matarlo ó morir.

El indio soltó una carcajada infernal; alzó su acero, y anduvo hasta encontrarse á cuatro pasos de distancia del conde. Volvió á mirarlo, lanzó otra diabólica risa, y dando un salto, parecido al de la pantera, cayó sobre Navarro; pero éste aprendió á pelear con toda clase de hombres, y lejos de sorprenderle Abancay, paró el golpe, cogiendo el brazo izquierdo del indio. Enlazados de este modo, se reducía la lucha á clavar ambos sus armas, pereciendo uno, cuando no los dos.

— ¡Muere!

— ¡Muere!

Exclamaron casi á la vez; se oyeron dos golpes; corrió la sangre, y los combatientes se juntaron hasta chocar sus cuerpos. Luego cayó uno en tierra, mientras el otro miraba exánime á su contrario. Abancay clavó el puñal al conde,





J. VALLEJO, dib.^a y lit.^a

Lit. de J. DONOVI, Madrid

— ¡Muere !
— ¡Muere !

quedando embotada su punta entre la espesa cota de malla y el hueso de la cadera, gracias á un movimiento de éste, por el cual libró el costado, apagó la fuerza del arma, recibiendo sólo un pequeño arañazo. Su daga en cambio atravesó el pecho del asesino, deshizo sus pulmones, y nadando en un mar de sangre, espiró al minuto de caer al suelo.

Odon le miró con desprecio, y sin cuidarse para nada del golpe que acababa de recibir, abandonó aquel sitio, comió una chirimolla, y embozándose nuevamente en la capa, continuó reconociendo el pintoresco valle.

Poco despues oyó el toque de diana, y pausadamente se dirigió al campamento. Cuando llegó á la tienda, halló en la puerta á su hermano y al maestro Velasco.

—¿Recuerdas, Roberto—preguntó al primero—el pirata que hirió Perez á bordo de nuestro galeon, la noche del abordaje?

—Sí, el jefe Abancay, segun dijo Roch, que cayó entre ambos herido de un balazo, cuando pretendia asesinar á nuestro hermano Julio.

—Pues te advierto, que á pesar de las muchas heridas que llevaba, se salvó, curando además de todas ellas.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Creí reconocerlo ayer tarde, y aún me pareció que iba mandando á los montañeses que pasamos á cuchillo.

—Entónces, Dios le haya perdonado.

—Estás en un error; ayer salió ileso.

—Por lo visto tiene siete vidas, como se dice de algunos animales.

—Hay, no obstante, heridas que dan fin de todas ellas; pues os participo, señores, que acabo de verle espirar.

—¿Te has batido con él?—preguntó Roberto sorprendido.

—Sí. Hace ménos de un cuarto de hora que le maté.

—¿Te ha tocado con su puñal?—añadió aquél con más ansiedad.

—Quiso hacerlo, y sin embargo de su destreza en saltar

y rehuir los golpes, murió, consiguiendo sólo romper mi cota y arañarme.

Roberto desembozó á su hermano, lo reconoció, y notando con placer que el golpe del indio sólo arrancó al conde una gota de sangre, hizo á éste que le relatase los pormenores del terrible duelo.

Cuando Odon hubo concluido, mandó levantar el campo, dirigiéndose acto continuo hácia los montes donde habitaban las familias de los individuos que componian el ejército destruido. Iban despacio, pues la mayor parte de las caballerías en que llevaban el equipo, repuesto de armas, víveres y municiones, eran unos cuadrúpedos del país nombrados *llamas*, los cuales se parecen al camello, siendo mucho más pequeños, y á los que sólo podian cargarles el peso de cuatro arrobas; pues excediendo algo se tienden, y no hay medio de obligarles á andar. También compraron carneros del país, semejantes en la figura á los llamas, que ayudaban á llevar el equipaje, y concluian por servir de alimento á la tropa.

Dos dias despues se detuvieron al pié de los montes donde residia la reina Tolopalca, de la familia de los Incas, soberana de aquellas montañas, valles, lugares y gentes; sobre los que no pesaba todavía la poderosa mano del conquistador europeo.

CAPÍTULO XVII.

Los Andes.—Valles y rios.—Observaciones.—Actitud de los indios.—

Leones y reptiles.

A los doce dias de salir el conde de Santomera de Lima, ó sea de la Ciudad de los Reyes, pues así se llamaba entonces, llegó con su columna al pié de las montañas que debia conquistar. Durante la travesía cruzó por cerca de muchos rios, por medio de los valles, y por un país que á cada momento le presentaba un panorama diferente y bello; mas el sitio donde acababa de detenerse era infinitamente más poético y grandioso que cuanto dejaba atrás. Montes cubiertos de palmeras americanas, cedros, ébanos, plátanos, y cien árboles, en fin, diferentes en tamaño, clase y aspecto. Entre estos montes existian dilatadas campiñas, espesas selvas, lagos inmensos, y tal variacion en la temperatura, que subiendo á las cimas de las montañas, se pasaba de una deliciosa primavera á un riguroso invierno. Desde allí se veia el famoso pico de Sorata, que, como hemos dicho, era el más elevado de todos los de la América meridional; y al Este de tales montañas corria el famoso rio conocido hoy con el nombre de las Amazonas, el cual

presenta por algunas partes una legua de anchura y enorme profundidad. Entre sus aguas se encuentran peces de todas clases, viéndose con abundancia los famosos caimanes, que no tienen rival en corpulencia y ferocidad.

Y todo este conjunto de deliciosos valles, poéticas montañas, preciosas riberas y frondosas márgenes, se hallaban cubiertas de chozas y casas de madera, en las que habitaban veinte mil familias de indígenas.

Desde Francisco Pizarro hasta el octavo virey, D. Lope García de Castro, se habia intentado varias veces la conquista y dominio de aquel país, donde se decia con fundamento que existian ricas minas de plata, y cuyas arenas, á orilla de los rios, escondian el oro en gran cantidad; pero los soldados que llegaron hasta entónces, no miraron otra cosa que su interés particular; y su sed de oro y riquezas, unida á la aspereza del terreno y completa ignorancia de él, los presentaba sin orden ni concierto entre los feroces montañeses, que los acribillaban con descargas de dardos emponzoñados. Se acercaban quinientos; perecian una gran parte de ellos, y los restantes se volvian á Lima, llevando algunas alhajas, oro en grano, y el dulce recuerdo de haber dejado el Norte de los Andes en el mismo estado salvaje y de independencia que lo encontraron. La gloria de la conquista de estos lugares y gentes, se la reservaba la suerte, más que á Odon Navarro, á su hermano Roberto, como más adelante veremos.

Corrian sobre tan dilatada cordillera manadas de quinientos y más cerdos silvestres, seguidos de sus lechoncillos; habia leones, feroces tigres, la culebra boa, la de cascabel, varias otras fieras y multitud de reptiles é insectos venenosos; perteneciendo á éstos una especie de hormiga del tamaño del escarabajo, y cuya mordedura emponzoñaba, causando fiebre y la consiguiente enfermedad. Lo mismo acontecia con las arañas negras, del tamaño de una nuez.

Sobre muchos rios construian los indios puentes, que en

nada se parecían á los de Europa; los formaban con raíces flexibles, parecidas á maromas, que tejían con arte; las que sujetaban perfectamente á los extremos, pasando por encima como por una tabla que les ofrecía gran seguridad; mas era preciso saber andar sobre ellas, toda vez que no presentando igualdad, el que no estaba acostumbrado á marchar por la sinuosidad que tenían, se iba al fondo, donde solían esperarle los terribles colmillos de algun caiman; pero esto acontecía sólo á los europeos; los montañeses corrían sobre sus puentes como por el terreno más llano y accesible.

Además de las frutas, pesca y caza que con tanta abundancia tenían, fabricaban pan, hecho con una especie de maíz silvestre que machacaban, y formando tortas las cocían sobre ascuas.

El conde de Santomera y su hermano Roberto quedaron asombrados ante el grandioso aspecto que presentaban aquellos montes.

—Es indispensable—decía el primero—apoderarnos de estas deliciosas montañas; pero lo creo más difícil de lo que imaginé al principio. Probemos, no obstante, y vencidos ó vencedores, abreviemos en lo posible.

Acto continuo mandó acampar en sitio conveniente. Y á pié, acompañado de Velasco, de cuarenta soldados conocedores del terreno y de los guías que llevaba, comenzó á reconocer aquellos lugares, dejando encargado el mando del ejército á su hermano Roberto, al que advirtió no estuviere con cuidado aún cuando tardase tres ó cuatro días; pues no quería regresar sin adquirir los datos necesarios para emprender con seguridad la conquista y dominio de aquellas montañas.

Se estrecharon tiernamente los dos Navarros, y luego partió el conde al frente de los cuarenta guerreros y en pos de los guías. Los dos jefes llevaban espada, daga y pistolas, mientras que los soldados iban armados con largos puñales y terribles picas. Detrás de todos marchaban los criados de

Navarro y de Velasco, conduciendo en llamas y carneros, víveres, algunos instrumentos necesarios y la tienda de campaña del general.

De este modo comenzaron á atravesar montes, valles, sitios deliciosos y otros escarpados, por los cuales trepaban con gran dificultad.

El entendido conde estudiaba detenidamente el grandioso cuadro que se presentaba á su vista, tomaba apuntes, y á cada momento solia exclamar, dirigiéndose á Velasco:

—Maestre, no he contemplado nada más encantador que esos valles, aquellas montañas, los bosques que miro al Sur, y el conjunto, en fin, de esas alturas, declives, hondonadas y llanos.

Acostumbrados los indios á que los pocos españoles que llegaron hasta allí, usasen con ellos el rigor de fieros conquistadores, abandonaban sus chozas y casas de madera, y desde el cacique hasta el último indígena corrían delante de nuestros guerreros, llevando consigo sus alhajas y lo poco que tenían. Desde la cima de las montañas observaban al conde y á su comitiva, quedando admirados de que no entrasen en sus viviendas, y más aún de verlos caminar juntos y casi en perfecta formacion. Y no es extraño, pues los antecesores en conquista andaban y se batían á la desbandada, con ánimo cada cual de coger los despojos de sus víctimas.

A las nueve de la mañana hicieron alto el conde y los suyos, y almorzaron, continuando despues; á las tres comieron, y á las ocho, en un sitio elegido por el general, levantaron su tienda, y en ella entraron éste, Velasco y dos criados. La tropa y guías aproximaron hojas de árboles, sujetaron las llamas y carneros, y despues de cenar se entregaron todos al descanso, á excepcion de dos centinelas que, desde una altura, guardaban el sueño de sus compañeros, hasta media noche en que fueron relevados por otros.

Al amanecer se levantaron, prosiguiendo su marcha como el dia anterior. Segun avanzaban, los árboles eran más cor-

pulentos, el terreno más llanó, y el conjunto más variado y pintoresco. Las chozas y casas de madera que el día anterior escaseaban mucho, menudeaban ahora, aconteciendo lo que respecto de las anteriores; esto es, que los montañeses y selvícolas las abandonaban inmediatamente, subiéndose á las cimas, temerosos de que los europeos los mataran.

El conde de Santomera oía sus gritos, contemplaba las amenazas que le hacían, y no obstante conocer la causa, continuaba adelante, estudiando el terreno, tomando apuntes y admirando la variedad de panoramas que se presentaban á sus ojos.

Como el día anterior almorzaron este, comieron y descansaron, siendo á las cinco de la tarde sorprendidos por uno de los espectáculos más sublimes que presenta la naturaleza. Atravesaron un inmenso bosque, y comenzaron á subir una pendiente de cerca de media legua; cuando llegaron á su mayor altura, vieron un terreno dilatadísimo, salpicado, al Sur, de valles tan frondosos y agradables, que superaban en belleza á cuantos hallaron hasta entónces; al Norte, tenían multitud de montes de forma cónica, cubiertos de casas de madera y divididos por arboledas, de entre las cuales parecían salir aquellas viviendas; detrás, y á la distancia de dos leguas, se elevaba el imponente pico de Sorata, cuya parte superior, blanca por la nieve que tenía, formaba extraño y delicioso contraste con el verdor que presentaban los inmensos bosques que desde su falda se prolongaban hasta cerca de los hielos; y al Este, miraban un declive salpicado de plátanos, cañas, cedros y ébanos, extendiéndose, al concluir éstos, el río de las Amazonas, lleno de cascadas, plantas acuáticas, y tan ancho, que distaba más de una legua una orilla de otra. Las mencionadas cascadas las formaban varias rocas que, naciendo debajo del agua, se prolongaban en su lecho, presentando canales divididos por las islas que se agrupaban en medio de las cascadas.

La superficie de estos montecillos se veía también decorada por selvas, cuyas plantas y árboles parecían elevarse hasta el cielo. El agua de tan inmenso río presentaba una preciosa variedad de colores; por unos sitios aparecía la blanquísima espuma de las cascadas; en otros, herida por los rayos del sol, azotada por el viento ó sombreada por las nubes, se levantaba en borbotones de oro; más allá, reflejándose en ella el color de los árboles, tenía un tinte verde que se desvanecía en el azul que el cielo prestaba al resto de aquella inmensa y cristalina superficie.

En la márgen izquierda de las Amazonas descubrían árboles con hojas y flores, unos de pie y otros medio caídos, entre los cuales se enredaba el cáñamo silvestre, la hiedra y otras plantas, formando el conjunto un espectáculo maravilloso. También distinguían al tranquilo búfalo y al ligero corzo; apacible y sosegado el primero, y saltando el segundo por la deliciosa orilla del río.

Cuando el conde de Santomera salió del éxtasis que le produjo el magnífico cuadro, vino á llamar su atención el enjambre de montañeses y selvícolas que, armados con flecha y palo, como los que no há mucho acuchilló su gente, se hallaban agrupados en un monte de los que estaban situados al Norte. Aquellos salvaje-guerreros no gritaban ni hacían demostración alguna hostil; por el contrario, permanecían juntos, miraban al sitio en que se encontraban los españoles, y léjos de hacer alarde de fuerza, era su actitud tranquila y respetuosa.

—Explicadme—dijo el general á Velasco—por qué se ha reunido esa multitud de indios sobre aquella eminencia, y jefes y soldados continúan tan sosegados, no obstante ser los que he visto mejor armados y vestidos.

—Así es—contestó el maestro.—Distingo varios caciques que, como los demás, ni aún se atreven á hablar; mas ese silencio y actitud especial, los motivan el encontrarse cerca de su reina, la Inca Tolopalca. Mirad á la izquierda;

fijaos en la eminencia, y vereis una gran casa construida de piedra; no tiene mármol ni jaspe como nuestros palacios de Europa; pero admira el que hayan podido labrar, sin herramientas á propósito, la dura y brillante piedra de que se componen sus paredes. Es un trabajo de diez años, en el cual se ocuparon más de mil hombres.

—La distingo efectivamente—replicó Navarro.—¿Entrasteis vos en ese semi-palacio?

—No; pero llegué tan cerca, que pude estudiarlo por fuera.

—¿Os vencieron los salvajes?

—Poco ménos. Se desbandó mi gente, y tuve que tocar retirada, pues de lo contrario nos hubieran muerto asaeteados. Los montañeses y selvícolas dirigen bien el dardo, y todos envenenan la punta.

—Presumo, no obstante, que en esta ocasion nos permitirá de grado ó por fuerza que veamos su morada, la poderosa señora de estas tierras.

—Algo costará, mas no dudo que lo consigais.

—Le oí decir al duque del Imperio, que llegasteis á ver á Tolopalca.

—Sí, aunque no pude acercarme á ella tanto como deseaba.

—¿Y es efectivamente tan hermosa como supone Osorio?

—No he mirado nunca mujer más digna de ocupar un trono por su belleza.

—¿Suponeis que será peligroso acampar esta noche aquí?

—Tanto, que de seguro no volveriamos uno á Lima.

—¿Son traidores los vasallos de esa soberana?

—Mi querido conde, son salvajes, que acechan la ocasion y la aprovechan.

—¿No habrá influido en ellos la mortandad que hicimos entre sus compañeros?

—Opino que sí; pero somos muy pocos, y si llegaran á comprender que dormiamos, vengarian á sus hermanos de un modo horrible.

— Es decir, que nos vemos obligados á regresar inmediatamente.

— Lo conceptúo prudente y acertado.

— ¿Nos seguirán?

— Es posible; pero no se atreverán á atacarnos de noche, no pudiendo sorprendernos.

El experto general, despues de haberse enterado bien de cuantas noticias le pudieron suministrar Velasco y los guias, tomó los apuntes que creyó necesarios, comieron unos fiambres, y acto continuo se retiraron por el mismo camino que habian llevado.

Al descender la pendiente de media legua, que subieron no há mucho, miraron atrás, distinguiendo la multitud de indios que dejaron al pié del palacio ó casa de la Inca, los que, tranquilos y silenciosos, habian avanzado hasta la eminencia que ellos acababan de abandonar. Anduvieron otra milla, percibiendo á los salvajes á la misma distancia. De este modo siguieron hasta que, entrada la noche, dejaron de ver otra cosa que los árboles cercanos y los montes que pisaban.

Poco á poco fué aumentando la oscuridad, haciéndose imposible aquella marcha sin exponerse á morir despeñados. En tal apuro encendieron una hoguera, á cuyo resplandor vieron un llano al Sur; en el mismo instante apagaron la lumbre, dirigiéndose á aquel sitio con ánimo de esperar allí la llegada del próximo dia.

— Ya estamos en paraje conveniente — dijo el conde. — Recostaos en el suelo, pero no hablad; y si podeis dominar el sueño, no entregaos á él.

Así lo hicieron todos, permaneciendo desvelados.

Cubierto el espacio de negras nubes, oscureció hasta el extremo de no percibirse los objetos á dos varas de distancia. De haber llegado los indios, era imposible toda defensa; no obstante lo cual ninguno de nuestros guerreros se atrevió á cerrar los ojos, ni á abandonar la terrible pica que sujetaba cuidadosamente.

Trascurrieron dos horas, cuyos largos minutos contaban uno á uno los cuarenta y ocho españoles. De pronto oyeron muchas pisadas que se acercaban hácia ellos, pero nada pudieron distinguir, efecto de la gran oscuridad que reinaba. Fijaron más su atencion, y sintieron próximo el choque de varios cuerpos sobre la yerba y hojas secas que habia en el suelo. Nuestros valientes temieron; mas en el mismo instante cesaron de oir aquel ruido. Una brisa casi imperceptible refrescaba la noche; pero su movimiento era tan débil, que no se sentia; no obstante lo cual, continuaban los españoles pendientes de los pasos que escucharon ántes.

Seguia el silencio; los guerreros dudaron de lo que habian creído oir; y ya daban por hecho que se equivocaron, cuando sonó un trueno desgarrador, al cual siguieron tres muy parecidos. Los cóncavos de los montes repitieron sus ecos; tembló la tierra; se estremecieron los árboles, y los españoles quedaron sin accion ni movimiento; hasta el conde de Santomera sintió por primera vez una impresion desagradable, parecida á la que causan el temor y sobresalto.

Los llamas y carneros que conducian, y que dejaron cerca de ellos, se precipitaron instintivamente hácia el monte; á la carrera de estos animales siguió el estrépito de otra, producida por muchos hombres ó fieras que se aproximaban á los guerreros.

Pasado el primer sobresalto, comprendió el general Navarro lo que habia motivado tan inexplicable ruido, exclamando á media voz:

— ¡No aturdíos, ó vamos á perecer todos! Juntad los hombros; haced un círculo, y formad una muralla de acero con las picas; más deprisa; ¡maldicion! El espantoso ruido que acabais de escuchar lo han causado los rugidos de leones, y esas carreras que oís son de ellos; unios más; cuanto podais; sujetad las picas con el cuerpo, y que no quede trecho por el que puedan penetrar las fieras.

Sabido es el terrible efecto que causa en el desierto el

rugido del leon; es una especie de trueno que se prolonga y repiten casi á la vez los cóncavos de los montes; la tierra parece estremecerse, y el hombre siente por el pronto un pánico que le domina y enerva de un modo inexplicable y fatal.

Por esta causa se encontraban torpes los cuarenta y siete españoles, en el crítico momento en que debian apresurarse á obedecer el mandato de su general. Este, comprendiendo, por lo que sentia él mismo, lo que acontecia á sus subordinados, hizo entrar en el círculo á Velasco, á los guias y sirvientes que no tenian picas, y casi á tientas arregló aquella rueda, formando una muralla entre ellos y las fieras con las agudas puntas de las lanzas. Despues hizo encender las linternas que llevaban de prevencion, y cogiendo dos, dirigió sus luces al sitio donde percibia las carreras.

Al escuchar los tremendos rugidos, huyeron y se desbandaron los llamas y carneros que conducian los del conde; y esto les libró indudablemente de perecer en aquellos primeros instantes en que quedaron sin accion ni movimiento, pues las fieras corrieron tras de los carneros y llamas, y en este momento los estaban devorando.

Odon Navarro vió á gran distancia los leones, y le asustó su número y formidable corpulencia. Se hallaba en una selva, de la que habian desaparecido al escuchar los bramidos, cuantos restantes cuadrúpedos habia en ella, presentándose en cambio multitud de reptiles é insectos dañinos, en busca sin duda de los despojos que abandonasen las fieras. Dos de los cuarenta soldados se quejaban ya de dolores producidos por mordeduras venenosas, por lo cual dispuso el conde fuesen reemplazados por los sirvientes, entrando aquellos en el círculo. Luégo, y para librarse de los mencionados reptiles, mandó á los cuatro guias encendiesen hogueras alrededor de la rueda; pero, bien fuese porque los leones hubieran concluido de devorar los llamas y carneros, ó bien porque llamasen su atencion las luces y frases de

Navarro, es lo cierto, que siete ú ocho se dirigieron al círculo dando rugidos terribles.

Otro soldado fué herido por un áspid. El conflicto no podía ser mayor; los que formaban el círculo se hallaban sitiados por las fieras más bravas del monte y por multitud de animales ponzoñosos. El general vió decaer el ánimo de su gente, y gritó:

—Sujetad bien las picas; juntaos más, y no temed; pues no es posible que los leones rompan esa muralla de acero. Que éntre el soldado herido y sea reemplazado por un guía.

Ni aún el mismo Odon participaba por un momento de las seguridades con que intentaba prestar aliento á sus compañeros de desgracias. Y era tan cierto, que apenas acababa de hablar cuando ocho terribles fieras, repitiendo los rugidos, llegaron á la rueda y quisieron avanzar. Navarro, Velasco y los tres guías ayudaron á sujetar las lanzas, por el lado que estaban los leones, mientras que los soldados se unieron en lo posible, y sacando fuerzas de flaqueza, sostuvieron el arma con tenacidad increíble.

El rey de la selva se sintió herido, y sus rugidos se hicieron oír á una milla de distancia; diez moharras aparecieron ensangrentadas, y á esfuerzo tan supremo retrocedieron los leones, bramaron, y volviendo á avanzar con ímpetu irresistible, se oyó el crujido de una pica, luego el de otra, y por último, tres de ellas cayeron hechas pedazos. Los infelices españoles se unieron más y más, para cubrir el hueco que dejaban las lanzas rotas; pero en el mismo instante se vieron rodeados por todas partes de varios otros leones que acudieron á los rugidos de sus compañeros. Ya no eran ocho, sino treinta, los que amenazaban sus vidas. Decayó del todo el ánimo; las fuerzas desaparecieron, y encomendándose á Dios, se dispusieron á morir entre las feroces garras que tan cerca veían.

—¡Valor, hijos míos, valor!—exclamó el conde—resistamos hasta el último momento.

Las fieras avanzaron; se sintieron algunas heridas; bramaron, y cayendo sobre los soldados con fuerza y ferocidad sorprendentes, comenzaron á crujir las picas y á caer echas pedazos, quedando algunas moharras clavadas en el pecho de los animales.

Llegó el trance fatal; apareció la muerte en el círculo, que, roto ya y debilitado, apenas resistía. ¡Sólo la Providencia podía salvarlos!

Los leones, terribles como nunca, acabaron de romper la muralla de acero y se abalanzaron á dos soldados.

El conde, más valiente que las fieras y que todos los que le rodeaban, saltó fuera del círculo, descargó sus pistolas á boca de jarro, y tirando de su espada, exclamó:

— Si he de perecer, ¡vive Dios que no será encerrado ahí!

Velasco quiso imitarle; sacó el acero, y se puso á su lado; pero ya era tarde: las fieras oyeron las detonaciones, y sobrecogiéndoles aquel ruido que no conocían, huyeron en direccion del monte.

— ¡Fuego! — gritó Navarro. — Encended hogueras al momento; sólo la lumbre puede salvarnos.

Y dando él y el maestro el ejemplo, buscaron á la luz de los faroles yerbas, musgo, lianas y mantillo de vegetales secos, cortaron ramas de árboles, y encendieron multitud de hogueras que les pusieron al abrigo de los leones y de los reptiles.

Si los primeros intentaron volver, es indudable que les contuvo la inmensa llama que brillaba en torno de los españoles; y en cuanto á los segundos, desaparecieron instantáneamente, en union de los insectos que tambien acudieron á aquel lugar de espanto y desolacion. Un círculo de fuego, cuyo combustible se renovaba á menudo, les libró el resto de la noche de una muerte que por tanto tiempo les habia amenazado. Se hallaban, no obstante, ocho soldados tendidos en el suelo, tres heridos por las garras de leones, y cinco por mordeduras del áspid y otros reptiles; los infelices se que-

jaban amargamente, sin que en tal sitio y á aquella hora fuera posible prestarles otro auxilio que el de agua, con la cual mitigaron la sed que les excitaba la ardiente fiebre que tenían. Desapareció el peligro, pero quedó el tormento producido por los ayes de aquellos ocho desgraciados.

— ¡Horrible noche! — exclamaba el conde. — La primera vez de mi vida que me escondí del enemigo, ha sido en la que he estado más expuesto á morir. Por Dios que no volveré á hacerlo. Julio y Flaviano tienen razon; su axioma es infalible: no deben buscarse enemigos; pero de hallarlos, no se puede volver la espalda ni esconderse, sea cual fuere el número de ellos.

Sin dormir ninguno, ni aún sentarse, y siempre entre fuego, vieron por fin desaparecer la noche, siendo reemplazada por la aurora de un día que empezaba sereno y tranquilo.

El conde procuró lo primero algun remedio para los ocho heridos; y como más inteligentes en el terreno, confió á los guías el reconocimiento y cura de aquellos; lo cual verificaron con zumo de plantas que buscaron en la selva, aplicándolo á las heridas, y aún dándoles en el agua algunas gotas; con lo que, apoyados en el brazo de sus compañeros, pudieron ponerse en marcha, si bien con gran trabajo.

De este modo volvieron á emprender su regreso los cuarenta y ocho, pero teniendo que conducir ellos la carga que hasta entónces confiaron á los llamas y carneros devorados por los leones. Además de estos animales perdieron aquella noche nueve lanzas que habian sido rotas, y parte de los alimentos, que fueron reemplazados con frutas silvestres.

Odon Navarro reconoció el terreno, notando con placer que habian desaparecido los indios que les seguian la noche ántes; por cuya razon continuaron adelante sin impedimento alguno, si bien á poco más de media legua se encontró con que los heridos no podian andar. Entónces mandó construir, con lanzas y la lona de su tienda, ocho parihuelas,

obligando al resto de la tropa á que llevase á sus compañeros, en cuya operacion alternaban además los criados y guías.

A las nueve se detuvieron á almorzar; comieron á las tres, descansando varias veces; y viendo que se aproximaba la noche, tomaron posesion de cuatro casas que los indios les abandonaron, pasando en ellas hasta el amanecer del día siguiente.

Los guías cuidaban de los heridos, los curaban á menudo, y á las veinticuatro horas se notaba en ellos un alivio progresivo. Los leones no consiguieron cebar las garras en sus tres víctimas, ni los heridos por reptiles sufrieron la mordedura de la culebra de cascabel, ni de otra alguna que pudiera causarles la muerte, auxiliados como fueron por hombres prácticos en el terreno que pisaban.

Aunque con alguna incomodidad, durmieron los cuarenta y ocho aquella noche sobre el duro suelo, pero al abrigo de las fieras y de la intemperie. El conde mandó á los enfermos las almohadas, hamaca y cuanto llevaban él, Velasco y sus criados, con objeto de hacer ménos sensibles los padecimientos á aquellos infelices. Acostumbrado el general á vivir en los campos de batalla atormentado por el hambre, la sed, el insomnio y toda clase de privaciones, no era nuevo para él descansar sobre la tierra, ni esta fué una razon para que dejase de dormir desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana.

Llegado el instante, se pusieron otra vez en marcha, continuando el resto del día como el anterior. Los indios seguian huyendo en el momento que los veian; y aunque con más pausa, por el mayor peso que llevaban, regresaron por el mismo camino que fueron y con iguales accidentes.

Empezó á oscurecer cuando se encontraban á dos leguas del resto de la columna; y no pareciéndole conveniente al conde pasar otra noche léjos de su hermano, mandó encender los faroles, y á la escasa luz que éstos les prestaban, y

guiados por los prácticos, prosiguieron hasta las once que llegaron al campamento español.

Roberto Navarro se hallaba levantado y sufriendo mortal ansiedad, cuando la voz de los centinelas le indicó la aproximación del conde; corrió á su encuentro, se estrecharon ambos, y dando orden de depositar los heridos en una tienda y de que descansasen los restantes, se encerraron los dos generales entre las lonas del menor. En el campamento no habia ocurrido novedad alguna ni fueron molestados por nadie; ambos hablaron del viaje que acababa de terminar Odon; de las observaciones hechas por éste; de la conquista y dominio del Norte de los Andes, y por último, se dispusieron á descansar, hallando el sueño en sus estrechas hamacas.

Al amanecer del segundo día revistó el incansable general en jefe su diminuto ejército: los heridos estaban bien, y el resto de la tropa en el mejor estado; y en vista de que aquellos podian continuar la marcha á caballo, dispuso emprenderla inmediatamente.

En consecuencia, se hizo el último rancho, almorzaron todos, se levantó el campamento, y á las diez de la mañana los mil quinientos infantes y los ciento cincuenta jinetes se dirigieron al sitio de donde acababa de regresar el conde. Todos iban á pié, llevando los caballos del diestro, á excepcion de los ocho heridos que no podian andar, y de Odon, Roberto y Velasco, que montaban en los llanos y parajes que el terreno lo permitia.

De este modo, haciendo jornadas cortas y descansando en sitios convenientes, llegaron, á los tres días de camino, á la altura desde la cual se veia la casa ó palacio de la Inca Topolpalca. La pendiente era accesible para la caballería, y al terminar existia en lo alto, terreno llano y suficiente para que acampasen todos.

El monte vecino y algunos otros se volvieron á cubrir de indios blancos, cobrizos y verdosos; su actitud era idéntica

á la que presentaron anteriormente, si bien ahora andaban algunos de un lado para otro, se movían los caciques, notándose más animación que cuando distinguieron á Odon y cuarenta y siete que le acompañaron ántes. Aquél disponía ahora de mil setecientos hombres próximamente; la reina de las elevadas montañas, preciosos valles y extensas selvas que veían, de quince mil indios que se agrupaban, como hemos dicho, en dos ó tres montes de los que rodeaban el semi-alcázar de los Incas.

Al amanecer del segundo día revisó el incensable general en jefe su ejército: los heridos estaban bien, y el resto de la tropa en el mejor estado; y en vista de que aquellos podían continuar la marcha á caballo, dispuso emprenderla inmediatamente.

En consecuencia, se hizo el último rancho, almorzaron todos, se levantó el campamento, y á las diez de la mañana los mil quinientos infantes y los ciento cincuenta jinetes se dirigieron al sitio de donde acababa de regresar el conde. Todos iban á pie, llevando los caballos del diestro á excepción de los ocho heridos que no podían andar, y de Odon, Roberto y Velasco, que montaban en los llanos y parajes que el terreno lo permitía.

De este modo, haciendo jornadas cortas y descansando en sitios convenientes, llegaron á los tres días de camino, á la altura desde la cual se veía la casa ó palacio de la Inca Topalca. La pendiente era accesible para la caballería, y al terminar existía en lo alto, terreno llano y suficiente para que acampasen todos.

El monte vecino y algunos otros se volvieron á cubrir de indios blancos, cobizos y voraces; su actitud era idéntica

CAPITULO XVIII.

Reconocimiento.—La reina Tolopalca.—Batalla y dispersion.—El templo del diablo.—La segunda edicion de Flaviano.

Dos horas despues de haber acampado el ejército español en tan deliciosa altura, mandó formar el conde, pronunciando un discurso, en el cual recordaba á sus soldados las penas impuestas por el generalísimo, en la ordenanza que ya regía en todo el ejército peruano; añadiendo, que mientras permaneciesen en los Andes sería pasado por las armas el que faltase á las prescripciones de aquella.

—Los soldados que me siguen no pueden ser bandidos—les decia—ni les es dado volver la espalda al enemigo sin sufrir en el acto la última pena. Somos españoles en donde nos hallemos, y en todas partes es preciso probarlo. El botín cogido á nuestros contrarios pertenece al que os paga. Portaos como buenos, y sereis recompensados con esplendidez; ganadlo, y se os dará; pero no intentéis cogerlo, porque os costará la vida.

Acto continuo dió algunas órdenes á su hermano, y seguido únicamente de Velasco, se dirigió, sin temor á las flechas enemigas, hácia el sitio donde estaban los salvajes.

Iban ambos sobre fuertes y ligeros caballos, que saltaban arroyos, subían con facilidad empinadas cuestas, y descendían sin trabajo largas pendientes. No se concretaron nuestros guerreros á medir la distancia que separaba al ejército español de las masas salvajes; cruzaron del Este á Oeste y de Sur á Norte; y cuando reconocieron las llanuras, montes vecinos, ríos, y todo el terreno, en fin, que se extendía en el dilatado espacio que tenía á sus piés el campamento cristiano, se aproximaron, á tiro de fusil, á los indios que había más cerca. Se detuvieron en consecuencia al pié del monte, en cuya cima se elevaba el palacio de la Inca, del cual les separaba una distancia de mil varas. Desde la falda hasta el mencionado edificio se hallaba todo cubierto de árboles, flores, yerba, y por entre unos y otros distinguían perfectamente á los caciques, montañeses y selvícolas.

Es indudable que, reconocidos por los salvajes los españoles que acuchillaron á los indios capitaneados por Abancay, se encontraban poseídos de un temor, acrecido por el mayor número de enemigos que miraron hasta entónces, y el orden, union y disciplina que usaban. Acostumbrados á ver pocos, y á que éstos se batiesen en desbandada, cuidando más del botín que de someter y domeñar á sus contrarios, creían que éstos eran otra clase de hombres, pues ya tenían noticia de que no asaltaban las viviendas ni cogían más que las frutas silvestres halladas á su paso.

Los caciques hablaron entre sí, discutieron luégo con Tolopalca, que permanecía encastillada, concluyendo por decidirse á permanecer á la defensiva, toda vez que el enemigo era tan fiero y dudaban de poder vencer á hombres á quienes suponían algunos hijos del sol.

Cuando distinguieron al conde y á Velasco solos y á tan corta distancia, creyeron que venían de embajada, determinando mandarles otros dos, uno de los cuales conocía el idioma español. Dieron cuenta á la Inca, ésta aprobó la idea, y en el mismo instante corrieron hácia el conde los emisarios.

— Dice Tolopalca — exclamó el uno — que manifestéis vuestro deseo. Si venís en paz, no os haremos la guerra; pero si quereis matarnos, nos defenderemos. Somos muchos, nuestros dardos y lanzas tienen ponzoña, y sostendremos á la Inca hasta perecer todos ó dar fin de vosotros.

— Contestad á Tolopalca, que un rey muy poderoso, dueño de Cuzco y del Perú, me manda aquí para obligaros á que le prestéis obediencia. Si os ordena verificarlo así y vosotros la obedecéis, no os haré guerra ni sereis ofendidos en vuestras personas y alhajas. El gran Felipe, mi rey, á quien obedecen dos mundos, quiere la paz en sus estados; pero me encarga mate al que no se someta á su sábia y benéfica ley; y todos dejareis de existir mañana, si ántes del mediodía no accede la Inca y vosotros á mis ruegos. Marchad, y no olvidéis nada de cuanto os he dicho. Si alguno quisiese hablarme, que pregunte por el conde de Santomera, seguro de que lo llevarán á mi presencia sin que nadie le moleste.

Partieron los dos indios; los españoles volvieron grupa, regresando entre los suyos cerca de anochecido.

La formacion se deshizo, comieron todos, y circunvalado que fué el campamento con hogueras que renovaban, y que elevando sus llamas de trecho en trecho prestaban la claridad suficiente para no ser sorprendidos, se retiraron á descansar, á excepcion de los que estaban de servicio. El conde y su hermano penetraron en su casa de lona, y discutieron largo rato. Habian dispuesto que de las dos tiendas hiciesen una, dividida en alcoba y sala; de este modo pasaban juntos la noche y disponian de más espacio.

Concluyeron de dictar algunas medidas, hablaron todavía de la conquista, y cuando ya se iban á acostar, fueron interrumpidos por un alférez, que llegando hasta ellos, les dijo:

— Dos indios montañeses desean hablar al señor conde, de parte de la reina Tolopalca.

— Traedlos al instante, y que nadie les ofenda.

Diez minutos despues se presentaron nuevamente á Odon los emisarios que hablaron con él poco ántes. El uno de ellos, único que le dirigia la palabra, le alargó un rollito de pergamino, sujeto con una tira de hoja de caña, que imitaba perfectamente á la cinta de seda verde. Luégo le dijo:

—La Inca Tolopalca me encarga te entregue eso, y que espere respuesta.

El conde quedó sorprendido, y mirando á los indios, contestó:

—Salid y esperad fuera de la tienda.

Despues se fijó en el rollo que tenia en la mano, sin acertar á comprender quién le habria proporcionado á la Inca pergamino y un secretario que supiese escribir.

—¿Qué dices de este despacho, Roberto?—preguntó á su hermano.

—Que estoy tan sorprendido como tú. Deslialo y sepamos...

—Tienes razon. Mira; líneas muy bien trazadas, escritas en español. ¡Parece increíble!

—Sepamos...

Odon leyó:

«Señor conde de Santomera: Mis vasallos me enteraron de cuanto deseabais. Muy ambicioso debe ser vuestro rey, toda vez que, siendo tan poderoso y fuerte, pretende usurpar á la nieta de Atahualpa Inca, emperador de estos reinos, hasta el último pedazo de tierra del poderoso imperio que Pachakamak otorgó á sus abuelos. ¡Ni las agrestes breñas de un monte deja á la que tanto ha quitado! ¡Qué magnánimo, qué generoso, qué justo! ¿Es lo mismo para con todos los demás? ¿Trata á los suyos con idéntica esplendidez? ¿Le aman; le obedecen; nadie se rebela contra él? Mis pobres montañeses os creen diablos; al principio me causó risa la nueva, hoy me aterra; pues si no traéis con vosotros espíritus maléficos, es porque sereis peores que ellos. Mis vasallos me eligieron reina porque era Inca, y porque dicen

sé más que todos juntos; me proporcionan lo que necesito; pero nada tengo, nada poseo, nada os puedo ceder; de ellos son las montañas donde nacieron, los campos y valles donde se criaron; les he interrogado, y aborrecen á vuestro rey y á vosotros; quieren sólo obedecerme á mí ó perecer. Venid mañana, y si la fuerza os da lo que os negó el derecho, vuestros serán estos montes y sus valles. Si mis pobres hijos supieran tanto como vosotros, no os hallaríais aquí; iría entonces á Cuzco y á Lima — La reina Tolopalca.

El conde y Roberto quedaron mirándose, sin poderse explicar nada de lo que acababan de leer el uno y de escuchar el otro. El primero exclamó:

— ¡Es un sueño ó realidad! ¿Qué mujer es esta, hermano?

— Parece una reina digna por su talento de ocupar un trono en Europa. ¡Qué valor, qué modo de expresarse! Odon, no hagamos la guerra á quien le sobra razon y derecho.

— Eso mismo opino; mas le ofrecimos á Julio conquistar estas montañas, y si volvemos sin verificarlo se disgustará, creyendo los restantes que hemos tenido miedo. Recuerda por otra parte, que estos salvajes están de acuerdo con los revolucionarios, y que pretenden como ellos dar fin de todos los españoles.

— Es cierto; Abancay y los suyos se dirigen contra nosotros.

— ¿No podrá ocurrir tambien, que este escrito sea de algun prisionero, el cual presentado á la Inca se hubiese enamorado de él, éste de ella, y trocado en indio...

— Comprendo, y no es inverosímil.

— Entre estas montañas se cree que quedaron muertos un capitan, tres alféreces y muchos soldados. ¿Por qué no pudo caer alguno vivo en poder de los salvajes?

— Es verdad; y tal suposicion es más creible que lo de convertir en mujer de talento y buena educacion á la reina de esos idiotas.

—¿Debo contestarle?

—De palabra y con ironía.

—Sea así.

El conde hizo entrar á los emisarios, y dirigiéndose al que le dió el pergamino, le dijo:

—Di á tu reina, que no esperaba hallar entre los Andes una Inca á la europea, por cuya razon no traje lo necesario para contestar por escrito á su bien redactada comunicacion. En cambio, le contesto de palabra, que si mi rey desea conquistar estas breñas, es sólo para que los hijos de los que hoy habitan la montaña, valles y selvas, no sean tan salvajes como sus padres. Al gran Felipe le sobran estados, y si manda sus vasallos aquí, no pretende agrandar un poderío que no tiene igual, ni la posesion de estos montes supondrá otra cosa en sus vastos dominios, que una gota de agua arrojada en el Océano. Quería evitar la guerra y el que pudiesen muchos de los que la Inca llama sus hijos; mas siendo así que léjos de ayudarme á contenerla la provoca, mañana al mediodía entraré en su palacio. Díselo de mi parte, y marcha cuando quieras.

Salieron los indios; Odon y Roberto hablaron una hora más, buscando en seguida las hamacas, en las que durmieron hasta el toque de diana.

Entraron sus criados y los cubrieron con cotas de malla, gabanes forrados de pieles, y cascos. Luégo apareció el maestre Velasco, y les dijo:

—Mis generales, el servicio de la noche ha sido regular; el enemigo no se acercó á nosotros ni se le ha vuelto á ver desde que anocheció hasta que, oyendo sin duda el toque de nuestros tambores y clarines, comienza de nuevo á reunirse en los sitios en que permaneció ayer; pero lo verifica con orden y concierto.

—No os extrañe, maestre de campo—le dijo el conde—debe haber entre ellos un jefe ú oficial español, de los que vinieron en otras ocasiones á conquistar estas montañas.

—Es posible, pues desaparecieron algunos, que creimos muertos, si bien en realidad no llegamos á saber qué habia sido de ellos.

—¿En qué sentido se halla la tropa?

—Obedece, calla, y no parece que estén descontentos. Sólo uno de los centinelas se quedó dormido esta noche, y ya sufrió el castigo que merecia.

—Bien hecho. ¿Y los oficiales?

—Muy bien, á excepcion de dos que ayer murmuraron por el rigor con que dicen se les trata, los encerré en mi tienda, y despues de demostrarles el delito que acababan de cometer, les ofrecí en vuestro nombre, pasarlos por las armas en el instante que volviesen á faltar á su deber. Ambos se retractaron, asegurando cumplirían como buenos españoles y leales soldados. No los pierdo de vista, y si algo intentasen...

—Los mandais colgar de un árbol para ejemplo de los demás. Me duele usar de tanta dureza; pero es indispensable, si queremos que marchen por el camino del deber. Estaban acostumbrados al *saco* y al *botín*, y eso se ha concluido para ellos. El soldado debe batirse únicamente por su patria y por su honor, jamás por lo que pueda producirle la victoria. Mucho rigor, Velasco; puesto que contamos con la mayoría, no tolerar la más leve falta mientras permanezcamos léjos del príncipe de Italia.

—Vivid descuidado, mi general, que conozco muy bien el carácter y tendencia de cada uno, y el que incurra en falta recibirá en el acto el castigo á que se haga acreedor.

—Maestre de campo—dijo el conde con acento solemne—de diez á once que almuercen todos; concluido, que formen en batalla, y á las doce batiremos á esos salvajes, tomando posesion del palacio de la Inca. Que no falte ninguno, á excepcion de los enfermos y de veinte hombres que quedarán para guardar el campamento. Llevaos esas instrucciones, y tenedlas muy en cuenta en lo sucesivo.

—¿Nada más teneis que mandarme?

—No, podeis retiraros.

Velasco se guardó los papeles que le dió Odon, y despidiéndose de sus dos generales salió de la tienda, con objeto de cumplimentar las órdenes que acababa de recibir. Poco despues se cogieron del brazo los dos hermanos Navarros, encaminándose á otra altura mayor que aquella en que tenían situada su tienda, y desde la cual dominaban el palacio de la Inca, los montes vecinos, y las hordas salvajes que se situaban en aquellos. Notaron que de la parte Norte de los Andes corrian en confuso tropel multitud de indios con sus caciques á la cabeza, en direccion de la morada de Tolopalca, uniéndose acto continuo á los muchos que ya esperaban allí las órdenes de su reina.

A las nueve de la mañana cesaron de llegar combatientes; mas habian aumentado su número hasta aproximarse á los veinte mil. El conde exclamaba, riéndose:

—¡Infelices! ¡tan juntos ahora, y cuán pronto se desbandarán en precipitada fuga!

—Sí—añadió Roberto—mas con objeto de ganar tiempo y de evitar nuevos derramamientos de sangre, juzgo conveniente darles hoy una leccion completa. Tu plan de anoche me parece excelente y de resultado definitivo.

Los dos hermanos continuaron sobre aquella altura hasta las diez de la mañana, en que, despues de haber admirado la multitud de panoramas que se presentaban á su vista, y el inmenso rio de las Amazonas que se confundia con el mar, se retiraron á su tienda, almorzaron, pidiendo acto continuo sus caballos. Cerca de mediodía montaron, reconocieron la columna, que ya les esperaba formada en batalla, partiendo inmediatamente en busca del salvaje enemigo. Iban delante el conde de Santomera, en medio de su hermano y de Velasco, precedidos únicamente de los guias; detrás seguian varios oficiales á caballo, y los tres criados de los jefes; caminaban en pos todos los peones, armados unos con pica,

espada y daga, y otros con hachas; y formaban la vanguardia los ciento cincuenta jinetes que tenían, á las órdenes de Andrés Zalla.

En el campamento dejaron los ocho heridos, que estaban ya concluyendo de restablecerse, diez y siete enfermos, y veinte soldados que cuidaban de aquellos y de la custodia y defensa del campo.

La columna se dirigió pausadamente en busca del enemigo; la caballería se fué quedando atrás, según avanzaban, continuando por el llano más despacio que la infantería, mientras que los jefes principales y peones torcieron al Este, y por entre la arboleda se acercaron á tiro de arcabuz de las hordas salvajes. Los individuos que componían éstas, prepararon sus flechas, llegando hasta Odon las voces y gritaría de los caciques, imponiendo orden y dictando medidas.

El conde de Santomera emboscó luego la caballería en un valle; situó los peones en otra arboleda, al abrigo de los dardos contrarios, é inmediatamente dispuso que los mosquetes principiaran á hacer fuego.

Diez minutos despues, bajo la certera puntería de los dos Navarros, comenzaron á dirigir balas á la masa contraria. El extenso y apiñado blanco que presentaban los indios que tenían enfrente, les proporcionó el que se aprovecharan todos los tiros.

Los montañeses y selvícolas oyeron aquel fuego graneado, que escuchaban por primera vez, aterrándoles los estampidos y terribles efectos que causaban entre sus filas. Al silencio y pavor de los primeros momentos, reemplazó una algarabía sin igual. Creyeron, como otros muchos americanos, que el sol lanzaba sus rayos contra ellos; y suponiendo que Pachakamak protegía á los contrarios, decían unos que los españoles eran hijos del sol, y otros del demonio. Los caciques mandaron disparar las flechas, no obstante, sobre sus enemigos emboscados; y aún cuando la mayor parte obedecieron, tiraron sin hacer puntería, y por consiguiente

sin resultado alguno; en tanto que los cien mosquetes de Odon seguian disparando tan certeros como al principio, y sin otros intervalos que los indispensables para cargar. Segun los indios corrian, se arremolinaban y acrecia su espanto, así avanzaban los mosqueteros, los peones y últimamente la caballería; pero sin dejar de hacer fuego los primeros, á excepcion de los instantes que empleaban en ganar el trecho que les acercaba á los defensores de Tolopalca.

Antes de espirar la primer hora, y cuando llevarian disparados mil tiros y mil indígenas derribados, dejaron éstos de escuchar la voz de los caciques, dando principio entre ellos la dispersion.

El conde creyó que era llegado el momento de que jugase el arma blanca, y dividiendo la infantería en tres columnas, corrieron en diferentes direcciones, saliendo á la vez la caballería. Ésta iba mandada por el valiente Zalla, y los peones por Odon, Roberto y Velasco. Los cien mosqueteros se situaron todavía más cerca del enemigo, y desde allí prosiguieron disparando.

En esta ocasion marchaban los españoles con estricta sujecion á las órdenes que habian recibido, siendo obedecidos los jefes y llevado á cabo el pensamiento del conde con entera exactitud.

El general en jefe, al frente de quinientos hombres, corrió hácia el monte donde estaba situado el palacio de la Inca; Roberto y Velasco debian tomar las alturas inmediatas, y la caballería en los llanos y sitios accesibles, acuchillar á las hordas contrarias que comenzaron á desbandarse.

Los peones mandados por Navarro menor y el maestro de campo, consiguieron lo que se proponian sin grandes dificultades; pero no así el conde, el cual halló admirablemente defendida por cuatro mil feroces montañeses la morada de Tolopalca. Todos ellos amaban á su reina, y no obstante participar de la creencia y espanto de sus compa-

ñeros, arrojaron las flechas, y enarbolando sus palos, en cuyo extremo superior llevaban un pedazo de hierro en forma de moharra, defendian el terreno sin orden y concierto, mas con valor verdaderamente salvaje. Morian sin cuento; pero escuchando la voz de su reina, que desde la puerta del palacio les impelia al combate, se dejaban matar primero que desobedecerla.

Fastidiado el conde de hallar una resistencia tan tenaz, dió algunas voces de mando, y obedecido que fué, cambió su espada por la lanza de un soldado; desde este instante comenzó á moverla y á matar indios con destreza y habilidad pasmosas. Delante de todos, y por un terreno quebrado y el ménos á propósito, hacia subir á su caballo, sembrando la muerte á derecha é izquierda. Por el hueco que dejaba subieron cincuenta peones, con cuyas picas ayudaron á su general, librándole varias veces de que le hirieran ó matasen el cuadrúpedo.

Aquellas pobres gentes morian casi sin defensa, hasta que, convencida la Inca de que si continuaban de aquel modo perecerian todos, les mandó que abandonasen el combate y huyeran.

Diez minutos despues se veia el monte salpicado de heridos y muertos indios, y de algunos, aunque pocos, españoles. Odon Navarro continuó subiendo hasta llegar á veinte varas del palacio de la reina; allí fué detenido por cuatrocientos ancianos, que, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y en actitud humilde, formaban una muralla á su señora, tan débil como imponente por la gravedad, afliccion y caducidad de los que la componian.

—¡Paso!—gritó el conde, llegando su caballo á los ancianos.

—Mátanos—le contestó uno—y pasarás; de otro modo es imposible.

El conde reparó entónces en ellos, viendo á la conclusion del cordon que formaban, á la reina Tolopalca, cubierta con

un manto de finísima lana, pero que le dejaba libre su bellísimo rostro. Odon fué sorprendido por aquella mágica figura, tan arrobadora como el hechizo. Ambos se miraron con fijeza, quedando el general sin accion ni movimiento, y como atraído por el flúido magnético que salia de los preciosos ojos de la Inca. Cuando volvió en sí de tan delicioso letargo, exclamó:

—Reina de los Andes, quiero hablar contigo, que nada perderás ni los indios que tan mal te defienden.

Tolopalca dijo algunas frases á uno de los ancianos que la rodeaban, el cual contestó al conde:

—Perdona á los que huyen; retírate con todos los tuyos, y vuelve mañana solo, si deseas ver á la reina.

Navarro meditó, y alzando de nuevo la cabeza, preguntó á la Inca:

—¿Me cumplirás la palabra?

Aquella hizo un signo afirmativo, é inmediatamente se volvió el general, mandó hacer alto el fuego, y los clarines comenzaron á tocar.

Callaron los mosquetes, la caballería comenzó á replegarse, y los peones que obedecian á Roberto y á Velasco descansaron sobre las armas. El conde dió otra orden, y los clarines tocaron retirada.

Un cuarto de hora más tarde, Navarro menor, el maestre de campo, la caballería y los mosqueteros estaban reunidos, esperando á su general en jefe, en tanto que los de Odon, por mandato de éste, habian recogido diez y nueve heridos y cinco muertos que tuvieron, é iban poco á poco descendiendo del monte. Entónces el conde se dirigió otra vez á la Inca, diciéndole:

—Hasta mañana, bellísima reina.

Y guió su caballo descendiendo al llano, donde revistó toda su columna. Ninguno faltaba; contando únicamente cuarenta y dos bajas entre heridos y muertos, y tres caballos extraviados.

Tolopalca quedó acompañada solamente de los cuatrocientos ancianos; sus veinte mil combatientes habian muerto unos, otros se hallaban heridos, y la mayor parte corrian lejos de allí, jurando no volver á pelear más contra los protegidos del sol.

A las cuatro de la tarde regresaron los españoles á su campamento: Odon estaba absorto por una idea, hasta el extremo de contestar como distraído, y sin comprender lo que le decian. Comió sin dirigir una sola frase á su hermano; y cuando hubo concluido, se encaminó á la tienda de Velasco, entablado con él un diálogo relativo á la Inca, el cual duró bastantes horas.

Roberto Navarro era el que más se parecia de los *invenibles* á Flaviano de Osorio; tenía un año ménos de edad, siendo por consiguiente el más jóven de los seis. Su rostro, no tan bello como el del duque, era más varonil; su estatura regular se igualaba á la de aquél; y aun cuando no era tan esbelto y gracioso, le aventajaba en gravedad y mesura, y le imitaba en su accion, modales y galanteria. Componia tambien versos, manejaba la lira y cantaba; pero su magnífica voz de barítono parecia gruesa y áspera al lado de la del privilegiado tenor, que era tambien más poeta y hábil. Roberto parecia un planeta eclipsado por el rey de los astros, al que representaba Flaviano. Por esta razon no hacia versos, cantaba ni movia las cuerdas de su cítara, estando cerca de aquél; pero cuando se hallaba lejos, lo verificaba con aplauso y admiracion de cuantos le oian. En valor se igualaba á todos sus compañeros, si bien, efecto de sus pocos años, demostraba la misma osadía, intrepidez é irreflexion, á veces, que el duque del Imperio.

Llegó, pues, á los Andes, acampó con su hermano sobre la altura que ya conocemos, y la poesia que brotaba de aquella naturaleza virgen y majestuosa, infiltró en su alma un entusiasmo indecible.

Cuando concluyó de comer y vió que el conde se mar-

chaba sin reparar en él, salió fuera de la tienda, exclamando:

—¡Ah, qué cuadro tan sublime! Valles, selvas, florestas, rios, lagos, montañas; el elevado pico de Sorata cubierto de nieve; el inmenso rio de las Amazonas, cuya márgen derecha no se distingue; al Sur el verano; al Este el otoño; á Occidente la primavera, y al Norte el invierno. ¡Oh, qué cuadro!... Dios mio, ¡qué cuadro!... No son las cinco aún; hasta las ocho no oscurece; mi hermano me abandona, y la orilla de ese rio me atrae á gozar de sus mil encantos. Dista poco más de una milla, y me quedan tres horas de luz.

Y llamando á su criado, se vistió, y le dijo:

—Rey, mis pistolas; coge las tuyas, una lanza corta, y sígueme.

—¿Dónde vamos, señor?

—A pescar caimanes; despacha.

—Dicen que son terribles los de ese rio, y que huelen á almizcle.

—Pues vamos á ver si es cierto.

—¿Y los indios, señor?

—¡Pobre gente! decian que eran tan bravos, y ya ves cómo han corrido. Si nos ven algunos se convertirán en corzos. ¿Qué haces, Rey?

—Ya estoy aquí, señor. Vuestras pistolas; las mias; una lanza que os puede servir de baston, y otra para mí, por si nos acometen muchos caimanes.

—¿No tienes miedo?

—Tímido y criado vuestro no puede ser, mi general.

—Es verdad; en marcha.

Y ambos salieron, dirigiéndose por entre la espesa arboleda á la orilla del rio. El amo contemplaba paisajes, entonaba poéticas canciones, y admiraba por último cuanto veía. Su criado caminaba detrás, cogiendo fruta silvestre y matando algunos de los muchos reptiles que encontraba á su paso.

Roberto quedó sorprendido al mirar de cerca aquel brazo de mar, pues más parece esto que río. Los montecillos que salían de entre sus aguas, formando preciosísimas cascadas; las plantas y flores acuáticas que sobresalían de tan cristalina superficie; los árboles derechos y caídos que se alzaban sobre las rocas; las cabezas de terribles caimanes que dejaban verse á menudo, enseñando sus formidables colmillos de marfil, y aquella corriente que atropellaba y contenía su curso, extendiéndose luego y precipitándose al insondable abismo del Océano, junto al que parecía este gigante de los ríos diminuto pigmeo; todo esto, en fin, llevó á nuestro valiente español á más de una legua en dirección de la corriente.

—Ni un bote, ni una triste canoa —exclamaba Roberto— se ve en tu incomparable márgen izquierda; los bárbaros que nacieron aquí tienen menos inteligencia que el león y el tigre que saludan tu ribera.

—Señor —le dijo Rey —que nos vamos alejando mucho y podemos perdernos.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Roberto.

—Ninguno, señor. ¡Cuánta culebra llevo muerta! una de ellas era de cascabel.

Cansado Navarro de andar, vió una piedra cerca del río, y se acomodó en ella, contemplando el agua sin hacer caso de lo que le decía su criado. Éste, notando la distracción de su amo, siguió en busca de reptiles, á los que gustaba herir con la punta de su lanza.

Media hora llevaban así, cuando Rey se alejó de Roberto, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señor, ya están aquí los caimanes! ¡Al río, canalla, al río! Aguardad uno y probará mi lanza.

Las voces del sirviente, seguidas del ruido que hacían los caimanes al lanzarse al agua, sacaron á Roberto de su éxtasis, y miró, notando con asombro que su criado corría en dirección de aquellos anfibios y terribles animales, los que,

saliendo de un valle, se precipitaban en el río. Iban más de cuarenta, y los había del tamaño de un carnero grande.

— ¡Rey! — gritó Navarro á su criado — vuelve, que te van á matar.

— ¿Pues no hemos venido á cazarlos? — le preguntó aquél, obedeciendo.

— Sí, pero no contaba yo con hallar tantos enemigos reunidos.

— Pues ha de haber más entre los árboles.

— Rey, va á anochecer, y esos animalitos tienen los colmillos muy largos, mucha fuerza, y son más fieros que el tigre; opino porque tornemos al campamento.

— Lo que es esta noche, creo que no dormimos en él.

— ¿Por qué?

— Estamos muy léjos, el sol se esconde, y si nos quedamos á oscuras no habrá otro remedio que subirnos á un árbol y esperar en él la llegada del día.

— Me he distraído demasiado, y en parte te sobra razón; pero á bien que no hay nubes como en las noches anteriores, y la claridad de la luna nos guiará.

— Señor, por allí corren cuatro indios; si entendiéramos esa jerga que ellos hablan, obligaríamos á uno á que nos acompañase.

— Anda más de prisa, y calla. Sigamos por la orilla del río, y cuando veas las hogueras del campamento, tuerce á la derecha y sigue de frente.

— ¿Y si encontramos leones, como halló el señor conde?...

— Más ligero, Rey; más ligero, ó pruebas el regatón de mi lanza. No tienes miedo á los caimanes, y temes á los leones.

— No lo creáis, señor; á mí no me asusta nada; lo sentiría únicamente por vos.

Ambos continuaron, según dejamos expuesto; media hora después les anocheció, prosiguiendo su camino á la pálida luz de la luna. De pronto se detuvo el criado, que iba delante, diciendo á su amo:

—Señor, entre aquellos árboles se ven luces; pero están muy cerca y no pueden ser las de las hogueras.

—Tienes razon—dijo Roberto, mirando el resplandor que distinguia á un cuarto de milla escaso.—En esa direccion debe estar el palacio de la Inca, pero algo más léjos. Rey, vamos á ver qué fulgor es ese.

—Señor, ¿y si nos perdemos?

—No lo creas; la luz de las hogueras y la luna nos guiarán. Sígueme.

Y ambos se encaminaron hácia la derecha. Segun avanzaban percibian más claridad, por cuya razon impuso silencio el amo al criado, y así prosiguieron hasta que fueron sorprendidos por varias teas encendidas que ardian en un edificio abierto por la parte que iban ellos.

—¡Es extraño!—exclamó Roberto, no acertando á comprender lo que tenía delante.—Ese edificio parece de piedra; se ven indios, y se oye la voz de uno que intenta invocar á los espíritus. ¡Ah! comprendo: éste será el templo en donde los bárbaros pretenden hablar con el demonio.

—¡Qué salvajes! ¿con que hacen una iglesia al diablo?

—Sí, y creen comunicarse con él; sueñan que les contesta á algunas preguntas que le dirigen, y dan por cierto lo que han imaginado escuchar.

—No se parecen á los de Lima; ¡aquellos saben mucho!

—Sí. Córrete á la izquierda, que quiero oírlos y contemplar lo que hacen.

Amo y criado lo verificaron así, llegando á una de las paredes; éstas eran efectivamente de piedra, y dentro tenian restos de los animales que sacrificaban y cabezas de españoles, que lograban conservar por medio de un líquido extraído de algunos prodigiosos árboles que crecian entre aquellos montes, y á merced del cual evitaban la putrefaccion. Veinte ancianos sujetaban en la mano otras tantas teas ardiendo, mientras que uno en calidad de sacerdote, tendido en el suelo, al borde de un pozo que habian hecho, invocaba

á los espíritus malignos. A la entrada, y sin cuidarse para nada de lo que hacian aquellos hombres, permanecia recostada en un trono de mimbres la reina Tolopalca. Cubierto su cuerpo con el manto, é inclinada la cabeza sobre el pecho, parecia meditar profundamente.

Cuando el audaz Navarro se cansó de escuchar los gritos del sacerdote indio, quiso mirar lo que practicaban, y entró seguido de su criado. Al verle los ancianos corrieron al lado de la Inca; pero Roberto se aproximó á ella ántes que los otros la rodeasen, y notando que no exageraron al ponderar su hermosura, le dijo:

—Puesto que la reina de estos bárbaros sabe escribir en español, podrá, si gusta, contestarme á la siguiente pregunta: ¿adorais las cabezas de esos infelices españoles que sacrificasteis, ó no contentos con haberlos muerto gozais mirándolas?

Tolopalca se fijó en el jóven *invencible*, contestándole:

—Ni lo uno ni lo otro; son ofrendas que mis vasallos hacen á un espíritu que suele responder á sus preguntas, segun ellos afirman.

La voz de la Inca era tan simpática como su rostro; pronunciaba el español muy bien, y Navarro comprendió al oirla que él y su hermano la juzgaron mal la noche anterior.

Ninguno de los que la acompañaban entendia nuestro idioma; pero al ver la actitud pacífica de los españoles y la tranquilidad de su reina, demostraron salir del sobresalto que sintieron poco há. Tolopalca preguntó á Roberto:

—¿Qué quieres? ¿á qué has venido á este lugar? ¿te trae algun fin siniestro?

—No; andaba por estos contornos; me llamaron la atencion esas luces, y quise saber lo que haciais.

—¿Has venido solo?

—Me acompaña ese criado.

—¿No tuviste miedo?

—Es enfermedad que jamás padecí.

—¿Quién eres?

—Roberto Navarro, grande de España, general y hermano del conde de Santomera.

—Tienes pocos años y ya eres muy valiente.

—En mi raza no nacen cobardes.

—Ni en la mia hubo villanos.

—Pero sí un rostro de ángel; una reina encantadora, á quien yo respeto y admiro.

—Gracias.

Ambos se miraron fijamente, y en verdad que la india sintió una impresion desconocida ante aquel jóven que veía por primera vez.

—Gracias—repitió—si te refieres á mí.

—¿A quién otra podia ser? Tu hermosura, Tolopalca, encanta; tu voz seduce; pródiga la naturaleza contigo, te ha hecho tan deliciosa como los ángeles del cielo. ¿Me comprendes?

—Sí—contestó la jóven, bajando la cabeza con rubor.

—¿Por qué dejas de mirarme? No llego á tí como vencedor, sino como vencido; no soy el guerrero audaz que humilla y destruye en el campo de batalla; esclavo aquí de tu sin igual belleza, me siento sin valor para otra cosa que para decirte: india, ¿por qué no naciste en España?

—Cuentan los que presumen conoceros, que los tuyos adulan y mienten.

—Hay algunos que lo hacen; mas yo no aprendí lo uno ni lo otro. Mirame.

—Tienen tus ojos un fuego que me abrasa y trastorna.

—Tienen los tuyos un brillo que apaga la luz del sol, enciende volcanes; que arroba, embriaga y deleita.

—¿Por qué llegaste á mí, jóven español!

—Me trajo acaso mi destino. ¿Qué te hice yo para que sientas mi llegada!

—Un daño que no puedes comprender.

—Demasiado, Tolopalca. Siento en mi corazon la herida de un dardo cruel.

—Tambien yo.

—¿Se atrevió hombre alguno á ofender tu virtud?

—Uno solo quiso hablarme como tú, y quedó aprisionado.

—¿Por qué lo toleras en mí?

—No lo sé.

—Si te molesto, te pediré perdon y me retiraré al punto.

—Deseo y temo que te separes de mí.

—Diera la mitad de mi existencia por no alejarme nunca de tu lado.

La india meditó, y alzando luégo la frente, dijo:

—Vete, no crean estas gentes otra cosa.

—¿Volveré á verte?

—Sí; vé mañana al bosque de tilos que se extiende en la falda de mi palacio, frente al rio.

—¿De dia, ó de noche?

—Despues que se haya ocultado el sol.

—No faltaré.

—Que nadie te acompañe.

—Iré solo. Tolopalca, te dejó mi corazon.

—Creo, español, que te llevas el mio.

—¿Me permites besar tu mano?

—Mañana.

—El cielo te proteja, hermosísima reina.

—Los rayos de Pachakamak defiendan tu vida.

Una tierna, profunda y amorosa mirada terminó aquella entrevista, desapareciendo Navarro en pos de su criado. Dos indios, por órden de la reina, los siguieron con teas encendidas, hasta que penetraron en su campamento. El jóven no desplegó los labios en todo el camino; su hermano le esperaba con gran ansiedad, se estrecharon, y despues que Odon hubo reprendido á Roberto por haberse alejado tanto, sin otro objeto que el de ver la orilla de un rio, pues fué esto solo lo que dijo aquél, se sentaron á la mesa, sin que ninguno

de ambos hiciera otra cosa que probar las viandas. El uno disculpaba su inapetencia por las frutas que decia haber comido, y el otro por el sobresalto que sintió durante la ausencia de su hermano menor. Tampoco tenían gana de hablar, por cuya razon se retiraron á sus respectivas hamacas. Durmieron poco, pensaban en un mismo objeto, mas los dos se ocultaban la causa que motivaba su falta de sueño, de apetito y del estado excepcional en que se encontraban.

Rey decia para sí, mientras comia las viandas que no quiso su amo:

—¡Pobre india! Se queda sin trono y sin... Lo que es mi señor, es incapaz de engañarla; ¡pero es tan bonita!... ¡Vaya una salvaje preciosa! Digo, que si fueran todas lo mismo, bien podíamos llevarnos tres ó cuatro cada uno. ¡Si la querrá mi amo! No puede ser; mas hablaba con tanta formalidad, y despedian sus ojos un fuego... ¡A mí qué me importa! Cerraré los labios, no vaya á cometer una imprudencia, en cuyo caso me deja sin lengua.

Media hora despues descansaban en el campamento los jefes, oficiales y soldados que no estaban de servicio.

CAPÍTULO XIX.

La luna de amor.—Un buen hermano.—Banquete salvaje.—Una reina como hay pocas.—Completa conquista.

A la mañana siguiente se levantaron los dos hermanos, impaciente y desasosegado el conde, y ansioso, alegre y esperanzado Roberto.

La verdad era que ambos estaban enamorados de la reina Tolopalca. ¿Qué tenía aquella mujer, qué era, qué representaba, para haber enamorado de aquel modo á dos hombres insensibles hasta ahora á tan dulce pasión? ¿Por qué logró ella lo que no pudieron conseguir las damas más bellas y elevadas de España, Francia, Alemania é isla maltesa? ¿Quién hubiera podido resistir ó rechazar la amorosa llama de cualquiera de los dos *invencibles*, grandes de España, generales, herederos del segundo caudillo del imperio de Carlos V, y tan denodados ambos que su renombre excedía al más popular?

La reina Inca era un brillante lanzado por la Providencia entre los salvajes de los Andes; pero sobre un suelo que se igualaba á ella en belleza y sublimidad. Tolopalca era blanca como las europeas; su gravedad y mesura sentaban bien á

una reina; su rostro y formas eran perfectas; su gracia encantadora; su estatura regular; su voz arrebatadora; su frente recta y despejada, y su talento, memoria y comprension, como los de los *invencibles*. No obstante el país que habitaba y la educacion que habia recibido, desde el momento que se la miraba atraia y fascinaba, como se supone de la sirena. Y era, en fin, uno de esos ángeles venidos al mundo como modelo de perfeccion. Tenia en su palacio culebras y otros reptiles, un leon, un tigre y muchas aves, que, como los salvajes que domeñaba, obedecian sumisos la voz de su señora, y se humillaban y deponian sus instintos feroces ante aquella mirada que vertia torrentes de un flúido irresistible.

Tolopalca cogió prisionero un capitan español, el cual se enamoró de ella y la enseñó á leer, escribir, las costumbres de su país y cuanto sabia; pero ella, que tenia más talento que él, cuando adquirió los conocimientos generales que deseaba, le mandó sujetar y le castigó á seis años de prision, por el atrevimiento de referirle sus amores. Sin embargo de esto, le obligaba á que le diese una leccion diaria, aumentando ó disminuyéndole la cantidad de alimentos y comodidades de su cautiverio, segun el interés que tomaba en su educacion. A los tres años concluyó de aprender cuanto queria, disponiendo que su prisionero enseñase á varios indios á construir edificios y otras cosas que ella juzgaba necesarias entre sus rudos vasallos.

Quando la entendida Inca meditaba en los medios de organizar un ejército; de utilizar los cuarenta mil brazos de sus gobernados, y de introducir, en una palabra, la civilizacion europea en aquellos montes, se presentó Roberto, y enamorada de él, dejó de ser reina para trocarse en la mujer más tierna y encantadora de la tierra. Sólo ella hubiera podido civilizar y hacer hombres á los fieros indígenas, sumisos siempre á su mágico acento; y es bien cierto, que si Navarro tardara un año en llegar á los Andes,

ni él, ni español alguno consiguiera atravesar sus montañas. Mas la Providencia dispuso que la civilizacion entrase allí de otra manera, y la hermosísima reina abandonó sus proyectos, destruyó sus planes, y se entregó en brazos de una pasion á la que debia corresponder dignamente el más jöven de los *invencibles*.

Avanzamos demasiado, y es preciso retroceder un poco.

Odon Navarro, tan enamorado de Tolopalca como su hermano Roberto, segun dijimos ántes, pidió un caballo, y se dispuso á partir en busca de su amada, en cumplimiento de lo que habian convenido la tarde anterior, y del deseo que le agitaba tenazmente. Fuera de la tienda esperaba que le ensillasen su potro, cuando se presentó un indio, el cual le entregó otro escrito de la Inca. El guerrero besó la rúbrica con amoroso afan, leyendo, ó mejor dicho devorando con la vista lo siguiente:

«Señor conde: os espero á media tarde; venid solo, que nadie os molestará en mis dominios. Deseo á toda costa evitar nuevo derramamiento de sangre, y os ruego encargueis á vuestros soldados, como yo lo hice anoche á cuantos me obedecen, que no se ofendan ni maltraten; ántes por el contrario, que se favorezcan en lo que puedan unos y otros. Me han enterado de quién sois, veo la diferencia que hay de vuestra gente á los españoles que llegaron hasta aquí, y desea trataros como mereceis—La reina Tolopalca.»

El conde dudó, y volviendo á leer el escrito, preguntó al emisario que se lo trajo:

—Indio, ¿hablas español?

—Sí.

—Pues bien: ó no contestes á mis preguntas, ó dime la verdad; porque de lo contrario te mando ahorcar.

—Nosotros no mentimos nunca.

—Dí, ¿quién le escribe esto á la Inca?

—Ella, señor.

—¿Quién la enseñó?

— El mismo que á mí: un esclavo español que se halla sujeto con gruesos cordeles.

— ¡Luego habla como yo!

— Mejor aún, y sabe más que todos vosotros.

— ¿Tiene amores?

— ¡Quién se habia de atrever! Sólo ese esclavo lo hizo, y bien caro paga su osadía.

— ¿No me engañas, indio?

— Esta tarde hablarás con ella y te convencerás.

— ¿Qué quieres de mí? Pídemelo algo.

— Esa daga que llevas al cinto.

— Tómala, y espera aquí la contestacion.

Y entrando en la tienda comenzó á redactar una carta, en la que, con frases tiernas y amorosas, ofrecia á la india acceder á sus deseos.

Su hermano Roberto habia oido el diálogo anterior; luego leyó el pergamino, y seguidamente se acercó al emisario y le preguntó muy quedo:

— ¿Qué te han dicho para mí?

— ¿Te llamas Roberto?

— Sí.

— Que no faltes.

— Contesta, que anhelo el momento, y que á nada se comprometa con mi hermano por miedo ni agradecimiento.

Y se separó de allí, para evitar que sospechase el conde. Éste salió despues, entregó la carta al enviado, dando la orden, delante de él, para que cesasen las hostilidades contra los indios.

Una hora más tarde almorzaron los dos hermanos, encerrándose despues el mayor con el maestre Velasco, mientras Roberto, cogido al brazo de Andrés Zalla, recorría los pintorescos valles cercanos, dándole instrucciones á la vez para que entretuviese á Odon, durante su cita con Tolopalca, y no le aguardase con la ansiedad é impaciencia que la noche anterior.

A las tres regresaron, comieron los cuatro juntos, es decir, los Navarros, Velasco y Zalla, y á media tarde montó el conde á caballo, desapareciendo de allí como un meteoro, sin enterar á nadie dónde ni á qué iba.

De este modo se acercó al palacio de la Inca; pero la halló á la puerta sentada en una silla de mimbres, rodeada de varios ancianos, los cuales permanecian de pié, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Odon se apeó, un indio cogió las bridas de su caballo, y despues de hacerse una mútua reverencia Navarro y la reina, dijo ésta:

—Sentaos, y perdonad si no os puedo ofrecer las comodidades que teneis en Europa.

El conde obedeció maquinalmente, y fijando en ella su ardiente mirada, quedó como arrobado. Tolopalca comprendió el éxtasis del general, y comenzó á hablarle de la guerra y de los medios de evitarla en lo sucesivo; mas él se contrajo á demostrarle su pasion, suponiendo que si ella lo amaba, terminaria la lucha con una paz que no volveria á alterarse. Y rehuyendo la una la cuestion de amores, y el otro la de combates, conquistas y asuntos de esta especie, anocheció sin haber acordado nada. La reina cerró el debate con las significativas frases siguientes:

—Puesto que os empeñais en que conteste á la tierna declaracion que tanto habeis repetido, voy á satisfaceros: volved á vuestra tienda; decid á vuestro hermano el deseo que abrigais, y si él no se opone, seré vuestra esposa y os seguiré á Europa.

—Entre nosotros, Tolopalca, la voluntad es libre; no teniendo necesidad de consultar con nadie, y ménos con nuestros hermanos menores, la realizacion del acto que tanto anhelo.

—Pero lo quiero yo, señor conde; y os vuelvo á rogar lo verifiqueis, segun os he encargado.

—De modo es, que si Roberto aprueba, accedereis gustosa.

—Con tal que dé su asentimiento sin violencia, sí.

Navarro se levantó, despidiéndose con las siguientes frases:

—Hasta mañana, deliciosa mujer.

—Pachakamak os proteja, noble y valiente guerrero.

El conde montó á caballo, y no aceptando los guías que con teas encendidas querían acompañarle, hizo volar á su corcel por entre aquellos riscos y valles, hasta que llegó á la puerta de su tienda.

—¡Roberto, hermano mio! —gritó desafortadamente.

Andrés Zalla se le presentó, contestándole:

—No está en el campamento.

—Que le busquen inmediatamente.

—Señor conde, mi general D. Roberto Navarro —añadió el capitán con gravedad —prohibió al salir que le siguiera ó acompañase alguno. —Si mi hermano me necesita, dijo, que espere; pues deseo que nadie me incomode, hasta que regrese al campamento.

Odon echó pié á tierra, y entrando en su tienda, seguido de Zalla, exclamó:

—Mucha falta me hace la presencia de Roberto; pero fué nombrado general el mismo día que yo, y fuerza es respetar su orden.

Y ambos continuaron hablando, creciendo por instantes la impaciencia del conde.

Sepamos ahora qué había sido y era del venturoso mancebo. En cuanto vió desaparecer á su hermano, se hizo vestir con traje de seda, botas ligeras, se ciñó una espada, y cubriéndose con capa negra y gorra de terciopelo con pluma blanca, se dirigió á la orilla del río, donde esperó con harta impaciencia la hora de la cita. Veía delante á la bellísima Tolopalca; la contemplaba con amoroso afán, improvisaba tiernos discursos, y así permanecía hasta que venía á distraerle la carrera del corzo, el salto de un caiman ó el alegre canto de algun ave americana.

Por fin el jóven distinguió el crepúsculo vespertino, y fué á dirigirse al bosque de tilos; pero á los veinte pasos le detuvo el emisario que recibió su hermano por la mañana, diciéndole:

— Señor, la reina Tolopalca me manda acompañarte para que no te extravíes ni ofendan.

— ¿Quién te ha dicho dónde me hallaba?

— Há mucho tiempo que recibí la órden, marché al campamento, y viéndote venir, te seguí hasta este instante.

— ¡Segun eso, la hermosa Inca piensa en mí!

— No lo sé, ni me importa otra cosa que obedecerla.

— Pues camina delante y corre, que me mata la ansiedad. Sepárate del sendero que ha llevado mi hermano.

Media hora despues llegaron ambos al centro de un bosque donde habia muchos tilos y árboles de diferentes clases; cerca del tronco de un corpulento sicomoro existia un asiento de mimbres, cubierto con hojas aromáticas que lo hacian agradable, cómodo, y en el cual habia espacio suficiente para dos personas.

— Espera aquí, español.

Le dijo el emisario, y desapareció de aquel sitio. Roberto comenzó á pasear, creciendo su impaciencia cada instante. Trascurrió un cuarto de hora, que duró para él un dia, viendo por fin asomar á la encantadora Inca, seguida de muchas indias jóvenes y hermosas, aun cuando distaban mucho de su señora.

La claridad de la luna, en su completa redondez, penetraba al través de los tilos, árboles y plantas, alumbrando cuanto necesitaban los enamorados el sitio en que se hallaban.

— Retiraos á vuestras hamacas— dijo en su idioma la reina, y las jóvenes treparon cada una á un árbol diferente, recostándose sobre un pedazo de lienzo, que en forma de hamaca tenian sujeto á las ramas, cubriendo sus carnes al mismo tiempo con el ligero manto que llevaban. La postura

y belleza las igualaba en tal instante á las ninfas hamadriadas de que nos habla la fábula. En la forma expresada rodeaban el asiento de mimbre y hojas, donde se dejó caer la reina, diciendo á Roberto:

—Siéntate y cuenta tus amores.

—El jóven tiró la capa y gorra sobre un extremo del banco, cogió la mano derecha de Tolopalca con su izquierda, y llevándose la otra al pecho, exclamó:

—He recorrido los pueblos más civilizados del mundo; visité los grandes salones de los reyes y primeros magnates de la tierra; ví multitud de hermosas mujeres que pasan por las más bellas y aristocráticas del globo: las hay efectivamente llenas de gracias naturales, son voluptuosas, arrobadoras, finas y corteses, visten con lujo y elegancia, y á sus dones físicos unen el adorno y la compostura que realzan más sus prodigiosos encantos. Pues bien, Tolopalca; yo fui adulado, requerido por esas damas; mi nombre, nunca mancillado, se pronunciaba por ellas como el de un héroe admirado, querido, solicitado. Éramos seis guerreros que los hombres llamaban *invencibles*, que el pueblo aplaudía, y que los grandes temían y respetaban. Estábamos unidos, la gloria llegó á ser patrimonio nuestro, el combate un entretenimiento pueril que nos servía de juego ó distraccion, y diestros, prácticos en la guerra, sin temor á nada y con mucha suerte, ¿qué mujer podía resistirse al *yo te amo* de uno de los seis? Mi padre, mi anciano padre, que murió há tres meses, representaba las glorias del primer imperio del mundo; fué conde, y sus dos hijos heredamos una gran fortuna, y un nombre ilustre y ennoblecido por varios de nuestros antepasados. Odon y Roberto Navarro eran los únicos de los seis amigos y compañeros que, á pesar de tantos halagos femeniles, permanecían solteros y libres sus corazones. No comprendo la causa, mi bella Inca; pero ni las princesas, damas elevadas, ni las mujeres más hermosas, causaron en mí sensacion alguna. Insensible al amor, veía



J. V. L. V. 30, dib.^o y lit.^o

V. H. de J. DUNN, Madrid.

— ¡ Te amo, español; valiente es tu hermano, pero te prefiero á ti !

sus gracias, recibia con agrado sus sonrisas, escuchaba con gusto sus palabras, y al poco tiempo me olvidaba completamente de todo, sin que ninguna consiguiera grabar su imágen en mi memoria. Un acontecimiento, el más grande de mi vida, me obliga á cruzar los mares, en union siempre de mis queridos compañeros. Llego á América, penetro en el Perú, y sin pretenderlo ni desearlo, me arroja el sino sobre estas rocas, donde sólo creia hallar árboles hermosos, lugares pintorescos, fieras, salvajes indómitos y mujeres idiotas. Me equivoqué. El destino que me arrancó de mi patria, de la casa paterna y me trajo aquí, me presentó ante un ángel tan bello y seductor como yo no pude nunca imaginar. Le ví anoche por primera vez, y me enamoraron sus ojos, su pura frente, sus perfectas mejillas, su incomparable boca, su preciosa garganta. Me atraieron á sí, su aliento, el fuego de la mirada, el fluído de su vista, su talento, la voz, el candor, la hermosura sin igual que la Providencia depositó en tí. El amor que me inspiras es la vida en el apogeo de su delicia, si ardiente y enamorada te unes á mí, aceptas mi nombre, religion, fortuna, y me sigues á Europa; es la muerte, si me rechazas ó prefieres á otro. ¿Comprendes ya mi amor, Tolopalca?

—Sí.

—¿Me amas, ángel del Perú?

—Te amo, español; valiente es tu hermano, pero te prefiero á tí.

La reina de los Andes se sentó al lado de Navarro, cubriendo sus carnes con el solo manto que vestia de finísima lana guarnecido con el fleco que formaba la misma tela; mas participando de la amorosa llama en que ardía Roberto; extasiada al oír al único hombre que consiguió apasionarla, se le habia ido cayendo insensiblemente, hasta el punto de dejar descubierta la mayor parte de su finísimo y blanco cutis, y su esbelta y deliciosa figura. Siguiendo la costumbre de su raza femenil, llevaba adornos de oro y ricas pie-

dras en la garganta de los piés, en la parte superior de los brazos, en el cuello y en la cabeza; cayéndole los negros cabellos sueltos en preciosas ondas, sobre sus torneados hombros y espaldas; presentándose en aquel instante tan encantadora, que le sobraban gracias para enloquecer al hombre más excéntrico de la tierra.

Navarro, que se estaba abrasando en la devoradora llama del amor, no pudo comprender el doble sentido de las frases que acababa de dirigirle la india; pero excitaron sus celos la cita de su hermano y la preferencia que le daba sobre aquél, pues deducía que debió fijarse mucho en el conde, toda vez que lo recordaba en tan críticos instantes; por cuya razon le dijo:

— ¡Luego viste á Odon y te fijaste en él!

— Le ví, admiré su valor, su heroísmo, y me enamoré de tí.

Tolopalca sonrió, comprendiendo los celos de Navarro. Tranquilizado éste con la explicacion que ella acababa de darle, añadió:

— Te he referido mi historia y amores; cuéntame los tuyos.

— Nieta de reyes — exclamó la Inca con sentimiento — tuve la desgracia de perder á mi padre al poco tiempo de haber nacido yo. Mi hermano, único individuo que quedaba de mi familia, se vió obligado á refugiarse en esas montañas, huyendo de los tuyos. Me llevó consigo; murió hace cuatro años, y compadecidas estas pobres gentes de mi orfandad y desgracias, suponiendo por otra parte los caciques y ancianos que tenía talento y fortaleza de espíritu dignos de una reina, me proclamaron soberana á los diez y seis años de edad. He cumplido ya los veinte, y sin embargo ningun hombre me inspiró amor, ni creí posible hasta anoche esa pasion entre dos seres que no tenían parentesco ni los unia lazo alguno de familia. Como á tí me arrojó la suerte desde el interior del Perú á estos valles, donde debia encon-

trarte; donde te hallé, para ser dichosa á tu lado, ó para morir en el instante que me abandones ó prefieras á otra.

—¡Luego serás mi esposa!

—Sí.

—¿Profesarás mi religion y me seguirás á Europa?

—Dejé de tener voluntad al darte mi corazon.

—¡Oh, en este instante recompensa el cielo todas las desgracias, los males que he sufrido! ¡premia los bienes que dí, los beneficios que otorgué! Ni seré ingrato contigo, Padre y Señor, á quien tanto debo, ni para tí, su ángel legado á mí, como el don supremo á que podia aspirar el más feliz de los mortales. Te llevaré al templo de Dios; te presentaré ante la imágen del divino Soberano que desconoces; te guiaré por el sendero de la virtud; y más hermosa que cuantas mujeres he visto, tan rica como la más poderosa, y defendida por mí, por un esposo que ya te idolatra, humillará la huérfana de los Incas, la perla de los Andes, á las primeras damas de la culta Europa. Y solos, enlazadas nuestras manos, mirándonos como ahora, aspirando nuestro mútuo aliento y nadando en un mar de dichas y de amor, cruzará nuestra vida en el esquiife del destino, sobre el mar de la felicidad. Soy tuyo; tuyo hasta el fin de los siglos.

—Tuya seré hasta la eternidad. Esclavas — gritó la reina — abrid los labios para cantar mis amores; cerradlos para el dolor y la pena. ¡Soy dichosa; cantad, cantad!

Las indias, recostadas sobre sus hamacas, entonaron un cántico imitando los trinos del ruiñeñor. Sus voces parecían de ángeles; la melodía natural y embriagadora, suplia la falta del arte con la dulzura del acento que la formaba. Y el cuadro en su conjunto no podia ser más sublime, poético y arrobador para los dos enamorados.

La luna continuaba clara, permitiendo á Roberto y á Toloalca contemplarse con éxtasis. Cogidos de las manos, fijas sus miradas y con ardiente frenesí, hablaban los jóvenes,

demostrándose el puro, el casto, el delicioso amor que se profesaban.

Hasta cerca de la media noche continuaron de este modo.

—Márchate ya — exclamó la Inca — y vé mañana á mi palacio, acompañado de algunos de los tuyos, para que los míos se vayan acostumbrando á verte y á verlos; para que yo vuelva á ser dichosa.

—Al salir el sol correré á tu lado, y permaneceré junto á tí todo el tiempo que quieras.

Los amantes se estrecharon las manos por última vez, exclamando Tolopalca:

—¡Las luces y mi litera!

Esta voz fué repetida por las ninfas, las que bajándose de los árboles rodearon á su señora. Luégo se acercaron varios indios con teas encendidas, á excepcion de cuatro que conducian una litera de mimbres y flores.

Roberto siguió á dos de los primeros, dirigiéndose al campamento, mientras que la Inca era llevada á su palacio en medio de aquella semi-régia comitiva. Sigamos al jóven y valiente general, que, dichoso y feliz, va sin saberlo á herir el corazon de su querido hermano el conde de Santomera.

El impaciente Odon, resignado á esperar á Roberto hasta que á éste le pluguiera volver, por la imposibilidad en que estaba de mandarle buscar, entretuvo la primera hora hablando unas veces con Zalla, y otras agitado por la cruel ansiedad que sentia, asustando al capitán, que no acertaba á comprender la causa del violento estado del conde. Durante la segunda hora cayó aquél en la postracion; no hablaba á Andrés, y á las preguntas que le hicieron sobre el ejército y el campamento, contestó con monosílabos. A la tercera se entregó al abatimiento; y á la cuarta, temiendo por la suerte de su hermano, se pintó la desesperacion en su semblante. Roberto era el retrato de su padre, y en estos momentos en que Odon le suponía víctima de alguna emi-

boscada, creia mirar ya el cadáver de éste unido al del anciano autor de sus dias con aquella idéntica semejanza, obligándole á exclamar:

— ¡Perdí á mi padre; me dejó el cielo en mi hermano menor un vivo retrato de él, y tambien me lo quita! ¡Qué hice yo para merecer tales castigos! ¡Maldicion!... ¡Si lo han muerto efectivamente, dejaré de existir!

En este instante gritó un centinela:

— ¡El general D. Roberto Navarro!

— ¿Qué dice? — preguntó el conde loco de alegría.

— Vuestro hermano, señor, vuestro hermano, mi amado jefe — contestó el capitan Zalla, participando del placer que embargaba á Odon.

— ¡Hermano! — gritó éste, abriendo los brazos.

— ¡Hermano mio! — le contestó aquél, llegando y estrechándolo tiernamente.

Ambos quedaron unidos, rodando por las mejillas del conde dos lágrimas impulsadas por la dicha; precursoras del dolor.

— ¿Vienes herido? — preguntó el mayor, separándole un poco y reconociéndolo de arriba abajo. — ¿Qué te aconteció? ¡Por qué me matas con el dardo de la ansiedad! ¡Feliz yo que puedo contemplarte otra vez!

Y estampó en la frente de su jóven hermano un beso tierno y cariñoso.

— Nada malo me ocurrió, mi querido Odon. Estuviste ansioso, sufriste por mí, mientras yo era el más feliz de los mortales. Fui egoista esta noche, lo confieso; pero tú, mi hermano mayor, mi padre, el hombre á quien más amo, me perdonará una falta que no pude dejar de cometer.

— Sí; todo lo olvido, Roberto; sólo anhelaba verte, y la satisfaccion que he tenido al conseguirlo, recompensa mis padecimientos. Dices que has sido dichoso, y en esta ocasion me complace doblemente, pues de ese modo lo seremos los dos, toda vez que está en tu mano el que yo lo sea tambien.

—No te comprendo, Odon; pero si es cierto que puedo hacerte feliz, lo conseguirás, aún cuando fuese á costa de mi vida.

—Lo sé, mi querido Roberto; comprendo cuánto me amas, y te devuelvo tu cariño con otro mayor, si es posible. Tengo más edad que tú, y por esa razon miras en mí á nuestro difunto padre, y yo lo veo en tí, porque eres un retrato vivo del noble anciano, cuya memoria no puedo olvidar un solo instante. Juntos nos educaron; unidos corrimos al combate; sin separarnos jamás partimos las glorias, las venturas, las desgracias, los males, los sinsabores. Con una sola voluntad, con un mismo deseo seguimos hasta este momento; y hoy que la suerte me presenta una gran felicidad que no podia partir contigo, te ofrece otra para tí y hasta se adelanta á dártela con beneplácito mio. ¡Ya ves, hermano, si tenemos que agradecerle á la Providencia! Siéntate á mi lado, y refiéreme tu ventura de esta noche; luego te contaré la mia, que será coronada con tu cariñosa aquiescencia.

Los dos hermanos se dejaron caer sobre sillas de campaña; el menor cogió entre las suyas una mano del mayor, y se dispuso á referirle sus amores. El rostro de Roberto se animó extraordinariamente; sus mejillas se tiñeron de púrpura; sus ojos despedían fuego, y lleno de entusiasmo, loco de alegría, dijo:

—Odon, hermano mio, amo y soy correspondido.

El conde se estremeció, su semblante se descompuso, concluyendo por mirar á Roberto con ojos espantados. Andrés Zalla, de pié frente á los dos, fijo en el recién venido, contemplaba aquella escena, participando de la alegría de sus generales. El amante favorecido de Tolopalca, sin reparar en la metamorfosis del conde, continuó:

—Odon, hermano mio, la Inca es un ángel puro, sublime; antes de anoche la calumniamos sin comprender lo que hacíamos. Yo he visto á esa deidad que ya conoces; su mirada

prendió en mi pecho un volcan; su perfeccion embargó mi mente, y la amé con delirio. No era posible otra cosa; ¡es tan bella, tan seductora!... Fui tan dichoso, que le declaré mi pasion, y aceptó gustosa mi nombre, religion y patria. ¡Me ama, Odon, me ama como yo á ella!... Pero, ¿qué tienes, hermano mio? Tu semblante parece el de un cadáver. ¿Qué sientes? Habla.

Y Roberto apoyó la cabeza del conde sobre su pecho, estrechándole con tierna solicitud y horrible ansiedad. Cada palabra del jóven habia causado en el corazon de su hermano mayor la herida de un dardo emponzoñado. De la alegría más grande, de la ventura, descendió al dolor más profundo, al abatimiento, al pesar, y luégo á la postracion. Las frases de Roberto fueron un martillo que poco á poco deshizo una por una las ilusiones del conde, su dicha y felicidad. En el primer instante tembló de ira; miró á su hermano, vió en él el rostro de su anciano padre, le amó más que nunca, é inclinó la cabeza, resignándose como un mártir. A las preguntas del futuro de Tolopalca contestó con un hondo suspiro que sobresaltó más y más á Roberto; luégo surcaron sus mejillas dos lágrimas hijas del sacrificio, y estrechándole por último, alzó la frente y le contestó:

—No temas; ya comienzo á sentirme bien. De pronto fui acometido de un dolor que no tuve jamás; hallé el corazon comprimido, trabada la lengua, y un sudor copioso bañó mi piel; pero á favor de esa misma traspiracion va terminando el accidente, y me encuentro cada vez mejor. Continúa, Roberto, que quiero gozar con tu dicha.

El noble, el generoso Odon, haciendo uso de todo su valor, apagó en su alma el fuego amoroso que la devoraba; tal esfuerzo era digno de su grandeza de espíritu, de su heroismo. Desde aquel instante vió en Tolopalca una hermana á quien debia proteger y amparar. El sacrificio no tenía rival en la tierra. Oigamos cómo lo consuma.

El jóven Navarro y el capitan Zalla cogieron en medio al

conde, y quisieron obligarle á que tomara algun medicamento; pero sólo aceptó un vaso de agua, diciendo:

—Basta; nada más necesito; corrí mucho esta tarde, padecí esta noche, y la sangre se agolpó á mi corazon; el que, libre ya de ese peso, dió por terminada su dolencia. Prosigue, hermano mio; tu ventura y dicha animarán mi sér, y facilitarán la expansion que necesito para hallarme completamente bien.

El hidalgo conde disimuló perfectamente, y estuvo tan en sí, que ni la profunda mirada de su hermano, ni su gran talento pudieron ver ó comprender cosa contraria á lo que aquél le decia. Zalla quiso adivinar en un principio algo más de lo que aparentaba Odon; pero concluyó creyendo lo mismo que Roberto.

Con semblante risueño y demostrando á cada instante mayor alegría, oyó el general en jefe el relato de las dos entrevistas que su hermano tuvo con la reina Tolopalca. El jóven finalizó su discurso con las siguientes frases:

—Ahora bien, hermano mio; te ruego aumentes mi dicha con tu aprobacion y beneplácito, y luégo con la grata noticia de tu ventura, que forma parte de la mia.

—Voy al momento á complacerte, Roberto. Ví á la Inca, y he formado de ella el mismo concepto que tú; la creo digna de mi hermano, protejo tus amores, y apruebo la union que deseais. Gano una hermana, y Dios una hija; ¡tu dicha me hace feliz!... Tan feliz, que no debes extrañar me falten frases para describirlo.

—¡Qué bueno eres, hermano mio!

Y el enamorado jóven besó la mano de Odon que oprimia entre las suyas. Luégo añadió:

—Cuéntame ahora en lo que fundas tu ventura; voy á gozar con ella tanto como tú con la mia.

El conde hizo un esfuerzo sobre sí, contestándole:

—Yo, que no estoy enamorado de mujer alguna, por más que quiera entrañablemente á nuestras hermanas, fundo hoy

mi felicidad en otra cosa muy diferente de la tuya, pero que tambien me hace dichoso, Roberto.

— Habla pronto, Odon.

— Al punto. Nuestro ejército de Lima se dividió en tres columnas, y poniéndonos al frente de una, fuimos encargados de llevar á cabo la mision más difícil de cuantas ofrecia el Perú. Tal honra debió enorgullecernos, toda vez que el héroe nuestro hermano nos anteponia á sí propio. Llegamos á estos montes, batimos á los indios, y adquirí el convencimiento de que era posible exterminar la raza salvaje, dando fin de ellos; pero en manera alguna dominarlos, atraerlos á nosotros é introducir aquí la civilizacion europea, que es á lo que hemos venido. Esta idea me quitó el sueño, la tranquilidad, y me hizo desgraciado. Decirle á Julio: Roberto y yo somos los únicos que nada hemos conseguido, que dejamos de corresponder á la confianza y alta idea que tenía de nosotros, era para mí peor que la muerte. Ayer tarde cambió completamente la escena; hablé con la Inca, y en vez de encontrarla, como suponía, tan salvaje é indómita como los cafres que la obedecen, hallé una reina ilustrada, dispuesta á hacer el bien de su pueblo y á secundar mis ideas, tal y como desea el príncipe de Italia.

— Y tan bella, pura y seductora como los ángeles, hermano mio.

— ¡Sí, Roberto, sí; como los ángeles! Este cambio nos presentará ante Julio como conquistadores de los Andes; la sangre que se ha derramado no habrá sido estéril, y me he creído feliz, puesto que yo no anhelaba otra cosa. Hasta aquí mis adelantos sobre el dominio de estas tierras; pero en vista de tus amores y próxima union, doy por terminada la conquista, siendo tú ahora el encargado de concluir ese asunto con tu bella Tolopalca. Su voluntad es aquí omnipotente; ponte al frente del ejército, manda tú solo, que yo apruebo de antemano las medidas y arreglo que determineis, toda vez que los intereses y amor á tu patria los antepon-

drás á cuanto existe. En tanto, y puesto que no hay peligro alguno, yo me entretendré en acabar de reconocer el país, tomando apuntes, y gozando, en fin, con la poesía y grandeza que presenta la admirable vegetacion de estos lugares. Debe amanecer pronto, por cuya razon no me acuesto ya. En cuanto llegue el dia pasaré al palacio de la Inca, le enteraré de mi plan, y despues de ratificar ante ella mi aprobacion á tus amores y enlace, volveré aquí para que puedas correr á su lado, y ser desde tal instante el jefe único del ejército.

Roberto convino en cuanto expuso su generoso hermano, viéndose obligado, por la obstinacion del conde, á buscar su hamaca. Lo mismo hizo Andrés Zalla, mientras que Odon, saliendo fuera de la tienda, distinguió al resplandor de las hogueras un sitio aislado, sobre el cual se sentó, y cubriéndose el rostro con las manos, siguió en aquella postura largo tiempo.

Eran las tres de la mañana cuando los dos hermanos terminaron su diálogo, y el conde se retiró al solitario paraje donde concluia de sentarse. Trascurrieron dos horas sin abandonar aquella postura; al cabo de este tiempo se puso en pié, y tendiendo la vista hácia el palacio de Tolopalca, exhaló un suspiro, retratándose en su semblante la fijeza de una idea, hija de su invariable conformidad. Luégo se dirigió á la tienda, mandó ensillar el caballo, diciéndo á Velasco, en tanto que le llevaban el potro:

—Maestre, creo que está terminada la conquista de los Andes, gracias al talento y buena estrella de mi hermano. En lo sucesivo entendeos con él para todo lo relativo al ejército.

Cruzó algunas frases más con aquél, encaminándose despues hácia el palacio de la Inca. El caballo marchaba al trote, mientras que el guerrero buscaba distraccion en los diferentes panoramas que se presentaban á su vista. Del dolor habia pasado al abatimiento; de éste á la conformidad, y de la última á la indiferencia.

Un cuarto de hora despues llegaba á la puerta de la morada de Tolopalca. Cuatro indios le salieron al encuentro, y cogiéndole el caballo, lo entraron á los patios del palacio. Seguidamente apareció el emisario que ya conocemos, diciéndole:

—Pasad, señor conde; la reina os espera.

Odon siguió á aquel hasta llegar á un salon cuadrado, en el cual existian varios asientos de junco forrados de tela de lana, algunas cortinas de algodón, hallándose el pavimento cubierto de hojas de flores que renovaban diariamente. En aquella habitacion estaba la bellísima jóven, sentada sobre un banco imitado á diván. Cuando vió al conde se separó un poco, para que éste pudiera descansar á su lado, y asomando á sus labios una sonrisa tan dulce como su voz, le dijo:

—Bien venido, mi estimado general; sentaos cerca de mí.

Odon le hizo una reverencia, se quitó la gorra de terciopelo con pluma negra, la arrojó sobre un asiento, y obediendo á la Inca, quedó junto á ella. El valeroso *invencible* hizo el último esfuerzo sobre sí, y tranquilo ya, dirigió á Tolopalca una mirada indiferente, que ella cambió por otra profunda é indagadora. Despues añadió:

—Os esperaba esta mañana, señor conde.

—¿A mí, ó á mi hermano?—le preguntó él.

—A vos. Conozco vuestro valor, nobleza y generosidad, y estaba segura que vendriais á verme.

—Teneis mucho talento; y en verdad que no lo creeria á no estarlo viendo.

—Los habitantes de estas breñas continúan en el mismo estado que al ser elegido emperador del Perú mi abuelo décimocuarto Mancocapac. De lo cual deducireis, que no llegó á penetrar aquí el rayo más opaco de ilustracion. Fuera de estos montes ya es otra cosa; los restantes peruanos discurren bien, tienen gran memoria, y su inteligencia nada envidia á la de los europeos. Por esa razón yo no me pa-

rezco á estos mis leales montañeses: nací en Cuzco, y me educó mi hermano. Supongo que hoy deseareis nos ocupemos de la guerra y de asuntos concernientes á la misma.

—No, hija mia. Oidme bien: ayer traia ese ánimo; mas por causa que desconozco, se extravió mi razon, y os hablé de otra cosa que no recuerdo; de la que me he olvidado para siempre. Si vos os acordaseis de ella, haced lo mismo que yo; amo mucho á mi hermano Roberto, antepongo su dicha á la mia, y es indispensable no destruirla. Tengo la creencia de que vos, tan buena y generosa, me ayudareis á fomentarla. ¿Es cierto, Tolopalca?

La hermosa jóven comprendió la grandeza de alma del conde, el sacrificio que hacia, y cogiendo una de sus manos, se la besó, diciendo:

—¡Qué corazon tan noble! ¡qué hidalgo sois! Nunca, nunca sabrá Roberto lo que pudisteis haberme dicho ayer, cuyas frases jamás volverán á mi memoria. Me han causado gozo vuestra actitud y últimas palabras; ¡mas siento á la vez una pena tan grande!... Hablemos de otra cosa, señor conde; ocupémonos de mejorar la condicion de estos pobres montañeses, los que obedecerán gustosos al gobierno de vuestro rey Felipe II, siendo yo la primera en acatarlo. Concluyó la nobilísima raza de los Incas; el último de sus vástagos pasará á formar parte de una familia europea, y todo el Perú será español.

—Eso deseamos, hija mia, por el bien de vuestros vasallos y el de este inculto país, que en breve se convertirá en rica y deliciosa comarca; pero es cuestion que debeis tratar con mi hermano; he delegado en él la direccion de esos asuntos, como igualmente el mando supremo del ejército, aprobando de antemano cuanto hagais y determineis. En consecuencia, termino esta entrevista con las siguientes frases: amad á Roberto, uníos á él y sed dichosos. En su día tendré el placer de reconocerlos como uno de los miembros más importantes de mi familia. Desde este instante veo en

tí, hermosa Tolopalca, una hermana, por cuya felicidad rogaré al cielo el resto de mi vida.

—Gracias, conde; sabía que eras generoso, pero no imaginé que llegase á tan alto grado tu admirable bondad.

—Adios, hermana mia; me espera Roberto...

—Siéntate. ¿Por qué marchas tan pronto? ¡Estás descolorido y padeces! Yo tambien he sufrido, y los ancianos de la selva mitigaron mi pena con el licor que extraen de un árbol prodigioso, mezclándolo al néctar de algunas frutas maravillosas. Veamos si te alivia.

Tolopalca llamó, acudieron varias jóvenes indias, á las que en su idioma pidió el líquido que acababa de citar, hablando despues con el conde de la belleza del país. Diez minutos más tarde le presentaron medio coco lleno del mencionado licor, el que, probado por ella, se lo alargó á Odon, diciendo:

—Bebe sin cuidado, que no te hará mal.

Aquél cogió la taza natural, y acercándosela á los labios, fué tragando todo su contenido.

—Rico aroma y sabor —exclamó.— No probé nunca nada más agradable.

—¿Notas si causa en tí algun efecto?

—Sí, me tranquiliza y alegra.

—Te ofrezco todos los dias una cantidad igual; pero has de venir á beberla.

—Lo haré.

—¿Otra vez te levantas?

—Sí; mi pobre hermano estará sufriendo mortal impaciencia, y no quiero que se violente por más tiempo. En lo sucesivo vendré con él, y hablaremos detenidamente.

—Gracias, gracias, incomparable español.

Ambos se despidieron; montó á caballo el conde, picó á su cuadrúpedo, y desapareció de allí como un relámpago. La Inca le acompañó hasta la puerta, exclamando al perderle de vista:

—Tiene razon mi prisionero; en su país existen hombres de una nobleza que no tiene rival. Gracias, Pachakamak; cumpliste mi deseo, y en breve cruzaré los mares y podré admirar ese mundo por que tanto he suspirado.

Y se sentó á la puerta del palacio, esperando la llegada de su amante. Cuarenta jóvenes indias la rodearon, y mientras le arreglaban su hermosa cabellera, cantaron lo mismo que la noche anterior.

Odon penetró en su tienda, en la que halló á Roberto almorzando tranquilamente, al parecer, mas impaciente en sumo grado por correr al lado de Tolopalca. El conde se sentó cerca de él, principiando tambien á desayunarse.

—Vete—le dijo—en el momento que concluyas; mas lleva mi capa de seda, y que hagan, por el pronto, una túnica á esa hermosa india. sastres y zapateros hay entre nuestros soldados; y toda vez que traemos ropa blanca y de seda, que la vistan lo ántes posible. Cuida tambien del capitan que tiene prisionero; baste ya de cautiverio para ese infeliz.

Todo lo hizo Roberto como su hermano le encargó, llevando además traje y armas para el preso.

Una hora más tarde, corria el jóven general al frente de veinte jinetes y á la derecha del capitan Zalla. Sobre la grupa conducian los soldados las capas de seda de los dos hermanos; dos gabanes de terciopelo; varios regalos para la Inca, y otra porcion de efectos que juzgó necesarios. Llegó, y tirándose de su corcel, le recibió su apasionada, más amorosa aún que la noche anterior. Despues le preguntó:

—¿Por qué has tardado tanto?

—La vida tenía aquí, lejos de ella me asediaba la muerte; ¡mas mi pobre hermano!...

—Tienes razon. Roberto mio, jamás disgustes al conde; ¡es tan bueno!

—Los seis somos lo mismo.

—No conozco más que á Odon...

—¿Recuerdas los compañeros de que te hablé anoche?...

—Si; ciertamente; mas esos cuatro...

—Todos nos amamos como hermanos.

—¿Y son tan nobles como el conde?

—Lo mismo, á excepcion de uno que vale más que todos juntos; ese es mi sobrino Julio de Silva, príncipe de Italia y primo del rey de España. Le queremos como á hermano, pero es nuestro padre; nuestro maestro; el héroe, en fin, á quien el mundo admira, respeta y venera.

—Ya tengo deseos de conocer á los cuatro.

—Serán hermanos para tí, y sus esposas compañeras que te amarán como ellos.

—Entremos, y que descansen tus soldados.

Roberto y la Inca penetraron en uno de los salones del palacio, donde pasaron cerca de dos horas contándose sus amores. Luégo le pidió permiso el jóven para llevar á cabo el pensamiento de vestirla, en lo posible á la europea, é inmediatamente dispuso que los sastres y zapateros le hicieran una túnica de seda y unos zapatos de terciopelo, con varias camisas de las suyas y de las de su hermano; encargándoles que cuando concluyeran, se ocupasen de un corsé, abrigo y cuanto pudiera salir de los trajes que condujeron. Sin perder un momento pasó á la prision del capitan español, le hizo multitud de preguntas, concluyendo por darle libertad, ropas con que cubrirse, y un puesto en el ejército. Aquel infeliz cayó de rodillas, besándole las manos anegado en lágrimas.

—No soy desgraciado —exclamaba— porque nadie lo es al lado de esa reina tan bondadosa y sábia; pero un español, aún cuando le proporcionen las mayores comodidades y regalos, no puede ser dichoso léjos de los suyos.

Roberto fué luégo reconociendo el palacio, que se componia de un solo piso, en el cual existian sin órden sesenta habitaciones ó departamentos. El centro lo ocupaba Tolo-palca; las estancias que rodeaban las suyas, las cuarenta

doncellas que la servian; y el resto varios ancianos, parientes todos de los caciques. No había lujo; pero las estancias de la reina ofrecían comodidades, teniendo el pavimento cubierto con hojas de flores, que formaban la más blanda y aromática alfombra. En uno de los extremos del alcázar permanecían encerrados un león, un tigre, varias otras fieras y diferentes reptiles; y en otro sitio contiguo, multitud de aves de todas clases y tamaños. La Inca cuidaba de la alimentación de aquellos animales, los que, sumisos siempre ante ella, á nadie molestaban, ínterin permanecía delante la jóven; sucediendo lo contrario cuando penetraba algun indio solo.

Roberto vió todo el palacio, entrando luégo con su amada en los departamentos de las fieras, reptiles y aves; con asombro miró el predominio que ejercía su futura entre tan dañinos animales. Abrieron la puerta, y ninguno se movió; los llamaba, y acudían á su voz; les tendía la mano, y recibía caricias de ellos; y lo mismo las fieras que los reptiles y las aves, se sentían subyugados ante la mirada ó flúido magnético de la Inca.

—¡Sublime cuadro!—exclamó Roberto.—Pero en verdad que tiemblo al verte rodeada de esos animales. Si el sacrificio no fuese muy grande, te rogaria les dieses libertad. Tu predominio sobre ellos es innegable; pero no abuses de tan admirable don.

—Sepárate—dijo Tolopalca, fijando en él amorosa y tierna mirada.

Y llamando á sus prisioneros, echó á andar, siguiéndole todos como ovejas. Cuando estuvo cerca de una de las puertas del palacio comenzó á gritarles en indio, y las fieras, los reptiles y las aves se dirigieron al monte, desapareciendo unos por el espacio, en tanto que los otros se perdieron entre la maleza y los árboles.

—¿Qué poder—preguntó Navarro—ejerces sobre aquellos animales para obedecerte de ese modo?

— Los he criado, les traté bien, y ninguno me aborrecía; pero ahora son más dichosos, pues tienen libertad y un mundo donde correr unos y volar otros.

— ¿Te hace sufrir la falta de ellos?

— No; sólo te amo á tí, y todo lo demás me sobra.

— Algo debe haber en tus ojos, para que lo mismo el león que la serpiente y el condor, se humillen ante tí. El haberlos cogido acabados de nacer no es razon bastante, aún cuando les tratases admirablemente.

Una de las cosas que llamó más la atención del guerrero, fué el baño de la reina; su construccion nada tenía de particular; era una enorme piedra labrada, en cuyo centro se veía el hueco suficiente; pero la india echaba en el agua en que diariamente se bañaba, el zumo de una planta, que dejaba aquella de color de leche, exhalando á la vez un aroma tan grato que asombró á Navarro. Aquel precioso líquido conservaba la piel, quitándole los efectos producidos por el viento y el sol. Por esta razon tenía la Inca el cutis tan suave y blanco como en los primeros dias de su infancia.

Algo después del mediodía les sirvieron á los amantes una abundante comida, compuesta de trozos de diferentes aves, frutas secas y pan de maiz. Los platos eran pedazos de coco y cascós de otras frutas, en forma de tazas; no tenían cubiertos, por cuya razon se lavaban continuamente las manos. Roberto se reía; y Tolopalca, que comprendió la causa, le dijo:

— Me has regalado adornos de oro y brillantes; ropas de telas que no conocía; mándame platos, cuchillo y tenedor, y comeré como tú; pues mi prisionero me enseñó. ¿Vuelves á reir? El banquete es salvaje; mas la culebra que comes y el ratón que te traerán despues, son manjares excelentes.¹

A la vez servían á los individuos de la escolta de Navarro de las mismas viandas.

¹ En la América del Sur hay mamíferos y reptiles de un sabor agradable.

A las cinco de la tarde presentaron á Roberto, y éste á la Inca, camisas, una túnica morada y zapatillas de terciopelo. Inmediatamente se puso todo aquello, y encima su manto de lana.

—Muy bien —dijo el general — ya imitas á una europea; y en breve, vestida como ellas, serás la más hermosa de cuantas existen.

Hasta las nueve de la noche pasaron los amantes discutiendo sobre los medios de obligar á los indios á que se sometieran al gobierno de Lima, haciendo á la vez que trabajasen las tierras, construyesen casas, formasen pueblos, y cambiara, en una palabra, el aspecto de aquel suelo tan rico y privilegiado. Despues se ocuparon de la marcha á Lima de Tolopalca; y cuando hubieron acordado un plan realizable y útil para todos, se despidieron hasta la mañana siguiente.

Eran las nueve de la noche cuando Roberto entró en el campamento, seguido de Zalla, individuos de su escolta y del capitán que tuvo prisionero la Inca. Odon recibió á Roberto con el más tierno interés, aprobó el plan de los enamorados, y enseñó á su jóven hermano el estudio que habia hecho del terreno y vegetales de aquel país. Cenaron luégo, retirándose acto continuo á sus hamacas. El ejército seguia tranquilo y obediente. Velasco no tuvo que participar á sus generales ni una sola queja durante los dos últimos dias.

La conquista quedaba terminada, conseguido el dominio, y sólo era ya cuestion de realizar las mejoras que se proponian introducir entre los indígenas y en el rico suelo que el Hacedor se habia dignado concederles.

CAPÍTULO XX.

Preparativos de marcha.—Despedida.—El Este del Perú.—Término de la revolución.—Cuzco.—El gran desierto.—Las catacumbas.—Los vivos y los muertos.

Ocho dias despues de aquel en que Roberto comió por primera vez con Tolopalca, se hallaba ésta con traje europeo y todo corriente para su marcha á Lima.

El campamento casi habia desaparecido, pues los soldados, unidos á los indios y con permiso de sus jefes, pasaban el dia en las orillas de los rios, cogiendo granos de oro; y por la noche se retiraban á las tiendas, situadas cerca del palacio de la Inca. Los generales, jefes y oficiales habitaban aquél; las indias que servian á la reina vestian todas túnicas de lana, y la armonía entre indígenas y españoles era completa. Cuantos montañeses y selvícolas existian en los dominios de Tolopalca habian venido por orden de aquella, con el objeto de que conociesen y trataran á los españoles, y desapareciera el odio y rencor que les profesaban; y como su voluntad era omnipotente entre los salvajes, consiguió de ellos cuanto quiso.

Roberto chapurreaba la jerga indica; sabia contar con los

cordeles y nudos que usaban los del país; y cada vez más enamorado, ocupaba parte del día al lado de su futura y de su hermano, y el resto estudiando el país y hablando con los indios, de los cuales gustaba hacerse comprender.

Los generales recibieron allí un parte de Julio y otro de Mauro, participándoles tener ya dominada la revolución, y marcando el itinerario que debían seguir en el momento que concluyesen su conquista, con el objeto de que vinieran á caer las tres columnas casi al mismo tiempo y por diferentes lados, sobre el terreno donde se iban replegando los pocos revolucionarios que quedaban libres.

Odon y Roberto contestaron á sus amigos, manifestándoles el gran éxito de su empresa, los amores del segundo, é indicando el día en que deberían reunirse á Mauro y Mendoza, que eran los que estaban más cerca de ellos.

Desde el momento que el correo partió, se ocuparon sin tregua ni descanso de la partida de Tolopalca y de la del ejército; pues la una debía seguir la falda derecha de los Andes, y los otros la izquierda.

Sabiendo la Inca el valor que tenía el oro entre los europeos, mandó que todos sus vasallos se dedicasen por espacio de ocho días á traerle granos, con lo cual llegó á reunir una cantidad fabulosa, llevándole por consiguiente á su esposo una dote verdaderamente régia.

Por último, amaneció el día destinado para la marcha, y todos se pusieron en movimiento. Cincuenta indios estaban encargados de llevar, alternando, la preciosa litera que los españoles construyeron para el viaje de Tolopalca. Otros tantos conducían el tesoro de su señora; de las cuarenta doncellas de ésta, fueron elegidas diez, para que continuasen sirviéndola en el Perú y en Europa; todos los caciques irían con ella; y Andres Zalla, al frente de cincuenta soldados españoles de los que ofrecieron más confianza á los generales, debían formar el resto de la escolta que acompañaba á la ex-reina de los Andes. En el palacio quedaban el capitán

que estuvo prisionero, con dos alféreces y trescientos soldados, cuya mayor parte conocian algun oficio; contrahida la obligacion de enseñar á los indios; empezando á introducir por este medio la civilizacion en aquella comarca. Zalla llevaba el encargo de ilustrar en lo posible á los caciques que le acompañaban, para que al regresar coadyuvasen á que la religion católica imperase allí, á la vez que se levantaban casas, se cultivaban los campos y se convertían en hombres á los salvajes. Debía mandar sacerdotes, operarios, herramientas y cuanto era necesario y existía en Lima; á cuyo fin dieron varias órdenes al activo capitán, para que el gobernador de la capital le facilitase lo que acabamos de expresar, incluso el palacio del virey, que habitaria Tolopalca y los individuos de su comitiva.

—Cuanto sois nos lo debeis, Andrés—decía Roberto á Zalla.—Vuestra cabeza me responde de la Inca; tratadla como á reina; que al llegar yo la encuentre según os la entrego, y continuaré siendo vuestro amigo el resto de la vida.

—Desde este instante seré su lebré, gran señor. ¡Guay si alguno osara ofenderla! Me hallareis muerto, pero infame nunca.

Tolopalca salió de su palacio, y con los ojos bañados en lágrimas se despidió de los indios, de los montes, de los valles y de cuanto le había rodeado hasta aquel instante. Luégo estrechó á su futuro, á su cuñado, y entrando en la litera pidió por favor que partieran lo antes posible. Un grito salvaje, pero unánime y tierno, contestó á su despedida; cuarenta mil voces exhalaban un suspiro, última ofrenda que elevaban hasta su reina; la infeliz sufría en aquel momento más que en su pasada existencia.

Partió ella, después su comitiva, y seguidamente Odon, Roberto y el resto de la columna: los primeros á Occidente, los otros al Este. El palacio que abandonaban debía transformarse en templo católico; los que quedaban en él en maes-

trós de un misero pueblo abandonado hasta aquel dia á sus instintos feroces.

Tambien Roberto dejaba con sentimiento las deliciosas márgenes del rio de las Amazonas, en las que sintió por primera vez las agradables impresiones de un amor tan puro y ardiente como su corazon. Aquel bosque de tilos, la multitud de enramadas que, formando un verde y agradable toldo, conducian á la morada de la Inca; aquel palacio semi-salvaje, perfumado á todas horas por las hojas de flores de que estaba alfombrado, y los encantos de su amada, lucientes entre las maravillas de una naturaleza virgen, lozana y majestuosa, no podia desecharlos de su memoria el valiente guerrero.

El conde de Santomera iba curándose poco á poco de la amorosa herida que le hizo la presencia de su futura cuñada; y áun cuando no recordaba con el mismo placer que su hermano los magníficos valles que dejaba atrás, sufría pena al abandonarlos para siempre.

El resto del ejército iba alegre y satisfecho, pues habian terminado lo más incómodo, molesto y peligroso de la campaña que les sacó de Lima, y sin exposicion alguna ni causando daño á los indios, consiguieron mayor recompensa que sus antecesores sembrando exterminio en las chozas y casas de los indígenas. Antes por el contrario, y ayudados por éstos, cogieron gran cantidad de granos de oro, que conducian en saquitos de lana.

Otra vez volvió á tomar el mando en jefe el conde de Santomera, y puesto con su hermano al frente de la columna, se encaminaron hácia el Este, por sitios poblados, todos los que se hallaban ya bajo el dominio de los españoles.

En los cincuenta dias, próximamente, que llevaban de haber salido de la capital, consiguieron sus compañeros, ó sean el príncipe de Italia, el duque del Imperio, Mauro y Mendoza, batir á los sublevados, cortando la revolucion en

las provincias, ó audiencias, como se llamaban entónces. La clase de enemigos, extension del terreno y algunas otras dificultades, hijas del país que recorrian, les obligó á dividir sus columnas en pequeñas partidas, dando de este modo una batida completa á sus amilanados contrarios.

Llegó Odon, aumentó el número de aquellas, é inclinándose siempre á Sudeste, consiguieron entre los seis encerrar en Cuzco á los pocos revolucionarios que quedaban. Esta poblacion, grande y antigua, fué la corte de los emperadores del Perú. La mayor parte de sus edificios estaban contruidos por los indios, viéndose en un extremo de la ciudad el palacio que habitaron los últimos cuanto desgraciados monarcas peruanos Huescar y Atahualpa, abuelos de Tolo-palca; el primero pereció combatiendo contra los españoles, y el segundo por mandato de Francisco Pizarro.

Se veian además en Cuzco algunos edificios y fuertes levantados por los españoles, con un débil muro que rodeaba la ciudad.

Una legua ántes de llegar al mencionado pueblo, fueron reuniéndose todas las columnas, hasta juntarse los cuatro mil hombres próximamente que salieron de Lima. Por fin tornaron á estrecharse los seis generales, regresando todos victoriosos y con pérdidas tan insignificantes, que no correspondian en verdad á la conquista que habian hecho y tranquilidad en que dejaban el país. El príncipe de Italia, que anduvo más de trescientas leguas y se batió diferentes veces, pudo conseguir al fin desterrar completamente los efectos de la terrible idea que un dia descompuso su cerebro y le amenazó en distintas ocasiones volver á hacerlo. Ahora recordaba á su difunto padre, veia su noble y bondadosa figura, estimulándole únicamente á practicar aquella caridad evangélica, innata en el admirable trinitario.

Flaviano suspiraba por su esposa, componia himnos guer-reros, y se batia con el heroismo de siempre.

Los restantes se igualaban á los anteriores, y con tal de

ver al príncipe alegre y satisfecho, daban por bien empleados los trabajos y padecimientos sufridos en la travesía del Océano y en la guerra que estaban á punto de terminar.

Siguiendo su costumbre, los seis se alojaron en el mejor edificio del pueblo, con ánimo de sitiar al día siguiente la antigua capital de Cuzco, donde se refugiaron los restos de la sublevacion peruana. Tenian tomados todos los caminos que partian de dicha ciudad; y encerrados sus contrarios en la plaza, podian ellos descansar aquella noche, con la seguridad de que ninguno se les escaparia.

Cenaron, pasando luégo algunas horas agradablemente entretenidos en oir á Roberto contar sus amores con la Inca, palabra empeñada y vivos deseos de unirse á ella; como tambien los elogios que hacia sobre la hermosura, talento y otras bellísimas cualidades que adornaban á Tolopalca. Despues dió cuenta el conde de Santomera del modo con que efectuaron la conquista de los Andes, hizo una descripcion exacta de aquellas deliciosas montañas, valles, rios y selvas, y terminó confirmando cuanto habia expuesto su hermano menor, respecto de la incomparable Inca.

Todos oyeron admirados el relato de los Navarros, dieron la enhorabuena á Roberto, diciéndole el príncipe:

—Muy bien, amigo mio; te unirás á esa bella reina, siendo yo padrino de la boda de ambos.

—Julio—añadió el conde de Santomera—eres nuestro sobrino y hermano; nos amamos los seis cuanto es posible; por cuyas razones me atrevo á pedirte una gracia en favor de Roberto, que espero no me negarás. Tú eres príncipe; Flaviano duque; Mauro, al morir su madre, será conde de Monterubio; Mendoza, al espirar su padre, marqués de Abella; yo soy conde; y nuestro hermano Roberto, que ya á casarse con la reina de los Andes y de la hermosura, no lleva título alguno. ¿Crees, como yo, que nuestra conquista merece un condado?

—Juzgo, hermano, que Roberto ha ganado diferentes

veces el título que me pides; pero si sus servicios no fuesen bastantes, añadiremos los prestados por los cinco, y serán suficientes. Por lo tanto, y en vista de que se va á unir con una dama que ha reinado en el Perú, le nombro, en vez de conde, duque de los Andes.

— ¡Bravo! — exclamaron Odon, Mauro, Flaviano y Mendoza, estrechando cariñosamente al venturoso jóven.

— Mis facultades son ilimitadas aquí — añadió el príncipe — por consiguiente, puedes firmarte desde ahora duque; en Lima mandaré extender tu título, que cambiarás en Madrid por otro que rubricará S. M.

Nuestros guerreros se retiraron despues á descansar; al ser de dia fueron despertados por los tambores y clarines, se vistieron, y puestos al frente del ejército marcharon hacia Cuzco, cuya ciudad sitiaron inmediatamente, intimando la rendicion á sus defensores. Existian dentro un capitán español, dos alféreces, ciento cincuenta soldados y cerca de tres mil indios, mal armados, abatidos y sin medios de defensa. Los jefes de la sublevacion se reunieron, con ánimo de deliberar sobre las condiciones, bajo las cuales deberian entregarse; mas llevaban dos horas discutiendo; el príncipe se impacientó, y volviéndose á Flaviano y á Roberto, les dijo:

— Duques, creo que esas pobres gentes no saben formular las bases de una capitulacion; reconoced la parte Sur de la ciudad, que está casi indefensa; echad las escalas, y redactad á esos rebeldes lo que les falte de las mencionadas bases.

Hora y media más tarde, mil españoles, á cuya cabeza iban los duques del Imperio y de los Andes, asaltaron el débil muro de Cuzco, penetraron en la ciudad, entregándose á discrecion todos sus defensores. El capitán y dos alféreces fueron sentenciados á la última pena, y los pocos españoles é indígenas que les seguian, á trabajos forzados. Quedó, pues, terminada definitivamente la revolucion, é imperando el gobierno de Felipe II, en todo el bajo y alto Perú.

Curado ya Julio, habia concluido la mision de los espa-

ñoles en el imperio de los Incas, toda vez que el resto del nuevo continente se hallaba en tranquila paz; mas dividido aquél en diferentes vireinatos, que eran el Perú, Nueva-Granada, Río de la Plata, Buenos-Aires y el Brasil, anexionado á España á la vez que Portugal, con otras audiencias subalternas, quiso el entendido príncipe dejar en el primero un gobierno y leyes que pudieran servir en su día de plantel ó modelo á los demás estados de la América meridional. Por consiguiente, cuando hubo terminado el consejo y los reos sufrieron unos el castigo á que se hicieron acreedores, y los otros se dirigian á cumplir su condena, dispuso que el ejército marchase á Lima, conducido por Velasco; quedándose en Cuzco los *invencibles*, Alvaro y Fermin Zalla, la escolta de Silva y cien jinetes más. Luégo reunió á los suyos el entendido generalísimo, los datos adquiridos por sus cinco compañeros en el país que cada uno habia recorrido, y cuando los hubo estudiado, dijo á sus hermanos:

—Señores, sólo nos falta reconocer el *País Desconocido*, ó sea ese inmenso desierto que se extiende al Este del Perú, el que andaremos en la parte que nos sea posible, subiendo despues á esas montañas que se elevan al Sur y á cuatro millas de Cuzco. Cuando hayamos concluido regresaremos á Lima; acabaremos de establecer allí un gobierno fuerte, estable y duradero; terminaré la legislacion empezada, é inmediatamente partiremos para Europa, sin detenernos hasta arribar á Venecia.

Todos aprobaron la idea del príncipe, marchando á la mañana siguiente en direccion del *País Desconocido*. Este es, segun hemos dicho, un inmenso desierto que tiene cientos de leguas, y en el que apenas hay árboles, no se conoce camino alguno ni se encuentra agua en su mayor parte. A pesar de los siglos que van trascurridos, todavía continúa inhabitado y hasta sin reconocer su dilatada extension. Era y es un páramo que parece no tener fin, el cual forma una verdadera antítesis del resto del Perú.

Bien pronto se convenció el príncipe de que aquel terreno era inhabitable, y regresaron, dedicándose al día siguiente á recorrer las altas montañas que hoy dividen parte del Perú de la república de Bolivia, y entónces formaban una muralla entre el alto y bajo reino peruano. Se decia por los moradores de Cuzco, que en aquellos montes habia ricas minas de plata y oro, y un ignorado cementerio, que en la antigüedad servia de panteon á los Incas, y en el que escondieron sus alhajas los dos últimos reyes ó emperadores. Los *invencibles* quisieron saber lo que existia de verdad, y salieron dos tardes á caballo, acompañados de varios oficiales y criados; pero nada consiguieron por lo escarpado y sinuoso del terreno, pues sus cuadrúpedos no podian subir las pendientes que á cada momento se les presentaban. Perseverantes en su idea, volvieron al día siguiente, solos y á pié, hallando un sitio, el cual, segun todas las apariencias, debia encerrar en sus entrañas un criadero de plata. Tomaron apuntes y descendieron; pero al abandonar tan agrestes montañas se sintieron cansados, dirigiéndose acto continuo á la casa de un indio, que distinguieron á corta distancia de ellos. Entraron en ella con ánimo de beber agua y descansar, si el dueño de tal vivienda podia proporcionarles sillas ó su equivalente; mas léjos de penetrar en la mísera choza de un pastor, vieron una casa amueblada con decencia y en la que habia algunas comodidades. Estaba la puerta abierta, y á los pocos pasos distinguieron un indio anciano que les facilitó lo que deseaban.

—¿Quién sois?—le preguntó el príncipe, aproximándose á él.

—Un pobre viejo, señor—contestó aquél.

—¿Cómo vivis tan retirado de la ciudad?

—Nací en esta casa; en ella murió mi esposa; dos hijos que tengo cultivan el terreno que me rodea, y aquí quiero morir. Cuando era jóven y reinaban en Cuzco Atahualpa y Huescar, de quienes fui amigo y vasallo, me apellidaban

señor de estos contornos, y en ellos he de acabar mis días.

— ¡Luego fuisteis cacique!

— Como mi padre y mis abuelos.

— ¿Os han hecho daño los españoles?

— Sí; mas no los amo ni les aborrezco.

— ¿Podría yo remediar los males que os han causado?

— Pareceis un gran señor, pero no os conozco.

— Soy el príncipe de Italia, virey del Perú.

El anciano se levantó, é inclinando una rodilla besó su mano con respeto; Silva le obligó á que se sentase nuevamente á su lado, añadiendo:

— Decidme lo que deseais, y si es justo os lo concederé.

— Cuentan de vos prodigios de valor, y dicen que sois bondadoso y leal. Así eran los Incas mis soberanos. Entre otras posesiones, me quitaron la de las Palmas que teneis enfrente; mis hijos suspiran por ella, y desearia obtenerla para ellos.

— Mañana volverá á vuestro poder si os asiste derecho.

— ¿Cómo podría yo pagaros?...

— Decidme: ¿conoceis bien el monte que se alza á espalda de vuestra casa?

— Como esta habitacion, alteza; lo estuve recorriendo desde mi infancia hasta que empezaron á flaquearme las piernas.

— En ese caso, pagadme el bien que os voy á hacer, enterándome del sitio donde los Incas escondian antiguamente su panteon.

— Los últimos emperadores debieron depositar allí parte de sus alhajas...

— Anciano, no vengo á buscar riquezas, que me sobran y no las ambiciono. Cuentan que hay varias obras de gran mérito, y desearia verlas, callando el secreto y respetando todo lo que hallase.

— No llegué á entrar, que me estaba prohibido, y jamás falté al mandato de mi señor; pero sé dónde se encuentra,

y os lo diré, siempre que vayais solo ó acompañado únicamente de hombres que se os parezcan en lealtad y nobleza.

—Vendrán conmigo el duque del Imperio, el de los Andes, el conde de Santomera, D. Mauro Nuñez de Lara y D. Rogelio Mendoza; cinco generales, de los que tambien habreis oido hablar y que ahora teneis delante.

El ex-cacique tornó á levantarse, y con la mayor alegría fué besando las manos de los cinco.

—Sí—exclamó—me contaron cuánto valeis los seis, y por lo mismo soy el primero en obedeceros y admirar esas frentes elevadas, que en nada se parecen á las de otros europeos. Si todos fuesen como vosotros, hubiéramos aprendido á conocer á Dios, guiados por ángeles; pero ya se ve, como en el mundo hay tambien demonios, llegaron algunos en el cuerpo de varios soldados, que ejercieron crueldades impropias de españoles.

Silva comprendió la razon que tenía el anciano, y rehu-yendo contestar á sus últimas indicaciones, le dijo:

—Segun vuestras palabras, sois católico.

—Mucho daño nos hicieron los vuestros, alteza; pero todo lo doy por bien empleado á cambio de haberme enseñado á conocer al Hacedor del universo. Los individuos de mi familia y cuantos me obedecen creemos en Dios, en su misericordia, y le amamos con ardiente pasion.

—¿Cuándo me dareis la noticia que os he pedido?

—En el momento que me lo mandeis; es un secreto que pensé llevar á la tumba; mas sois aquí el rey, hicisteis mucho bien á los mios, y es tanta vuestra bondad, que con gusto quebrantaré mi propósito. Venid mañana lo más temprano posible; yo os serviré el desayuno; luégo os daré noticia exacta del panteon de los Incas, y al regresar comereis aquí, consiguiendo de este modo volver á Cuzco sin molestaros mucho. Os advierto, que el lugar está distante; no se puede ir á caballo, y necesitais bastantes horas. Esta es la razon porque os invito á almorzar y comer en mi

casa, que es la más cercana al paraje que anhelaís conocer.

—Creo—le contestó el príncipe—que en nada habeis mentido; por cuya razon haré que os sea devuelta inmediatamente la posesion de esa hacienda que pretendéis.

Los *invencibles* se levantaron, el anciano besó otra vez sus manos, inclinando la rodilla como ántes delante del príncipe.

—No recibo ese homenaje—exclamó éste, levantándole—ni os permito que me deis tratamiento. Os agradezco el agua y sillas que nos habeis facilitado, aceptamos gustosos vuestros ofrecimientos, y al amanecer del próximo dia saldremos de Cuzco en direccion de vuestra casa.

Y los seis marcharon, satisfechos de poder admirar las tumbas de que tantos elogios les hicieron.

—Cuentan—decia el príncipe á sus amigos—que son unas misteriosas catacumbas donde se esconden los restos mortales de doce familias, cuyos cuerpos se conservan como acabados de espirar, por medio del líquido maravilloso que extraen de un árbol que todavía desconozco. Cada Inca reposa en una urna abierta, trabajada admirablemente; dentro tienen sus alhajas; y el lugar donde fijaron las mencionadas urnas está en las entrañas de un monte, formando una especie de templo; habiendo empleado muchos años y miles de brazos en su construccion.

Media hora despues llegaron á la ciudad, comieron, y enterado el príncipe de la justicia que asistia al anciano, en la demanda que le hizo, dispuso que inmediatamente le fuesen devueltos todos sus bienes, entre los cuales se hallaba la posesion de las Palmas, única que él anhelaba. Despues buscaron el lecho los seis, mandando los despertasen al amanecer.

A la mañana siguiente, gozosos con la idea de contemplar aquella maravilla oculta en el corazon de los montes, se encaminaron á la casa del anciano, el cual los recibió bañado en llanto, pues le habian participado ya que era dueño de cuanto poseia ántes de la conquista.

En medio de la sala principal de su casa situaron la mesa en que sirvieron á los generales un almuerzo tan bueno como el que pudieran ponerles en Cuzco; cuando éste hubo terminado, despidió el indio á sus dos hijos y demás parientes y criados que tenía en su morada, y quedándose solo con los *invencibles*, les dijo:

—¿Persistís en llegar á las tumbas de los Incas?

—Lo deseamos vivamente—contestó el príncipe.

—Entónces acercaos conmigo á esa ventana. ¿Veis—le preguntó—aquella roca que se eleva sobre todas las que tenemos enfrente?

—Sí, la que se inclina más hácia Oriente.

—Eso es. Dirigíos allí; á la derecha de la estribacion hallareis una calavera pintada de negro, otra á cien pasos, y así sucesivamente continuareis viendo de aquellas hasta llegar á una cueva ó caverna donde está la última, bastante mayor que las anteriores. Esa es la entrada de los sepulcros; ignoro lo que hay dentro, pues jamás penetré ni creo lo hayan verificado otros que los Incas, sus criados cuando conducian de noche y con sigilo los cadáveres, y los operarios que en su origen ejecutaron las obras interiores.

—Gracias, noble anciano—replicó Silva.—Vamos, señores, pues veo que está léjos y es conveniente abreviar.

—¿Os espero á comer?

—No; basta de molestias. Si deseais volver á verme, os advierto que permaneceré en Cuzco hasta pasado mañana.

—Regresareis muy tarde, y os va á molestar el hambre.

—Estamos acostumbrados á toda clase de privaciones, y no nos violentaremos por retrasar algunas horas la comida de hoy. Dios os proteja, anciano.

—Su Divina Majestad guie y defienda á tan nobles señores.

Y los seis amigos se dirigieron al monte, buscando en él las señales que les indicó el viejo indio.

Aquél no había mentido; á la derecha de una elevada

montaña, al Sur del Perú, vieron efectivamente pintada en el hueco de la roca la figura de una calavera, que en vano pretendieron borrar, pues parecia grabada en la piedra.

—Esto—decia el príncipe—lleva muchos siglos estampado aquí, y no obstante ha resistido á la humedad y al agua que continuamente lo ha bañado. ¡Qué componentes tendrá esta pintura!

—Uno solo—le contestó Roberto—el zumo de algun árbol, pues la vegetacion peruana presenta á cada paso fenómenos que nos son desconocidos.

—Ciertamente, Navarro; y he notado además, que al arribar aquí Francisco Pizarro, distaba mucho el Perú del estado salvaje en que se encontraban los habitantes de otros pueblos americanos al penetrar entre ellos los españoles.

—A excepcion del Norte de los Andes, donde aún continúan como hace diez siglos.

Convencidos los *invencibles* de que era inútil perder el tiempo en averiguar de qué se componia la pintura que presentaba aquel sello indeleble de muerte, prosiguieron adelante, guiados por multitud de calaveras iguales á la anterior. A cada cien pasos próximamente veian una idéntica á la que dejaban atrás, segun les indicó el anciano, fija en la piedra lo más disimuladamente posible.

—De haber andado gente por aquí—decia Flaviano—lo han verificado con intervalos tan grandes, que apenas se nota; ved las ortigas, musgo y lianas secas y verdes, que no parecen haber sido pisadas por planta humana.

Así era efectivamente; y los generales, abriéndose paso por entre espesos matorrales, subiendo y bajando cuevas y por terrenos de difícil acceso, despues de caminar tres horas, vieron en el centro de una cordillera de montañas la gran boca de una cueva, en cuya parte superior existia una calavera de más tamaño que las anteriores. Los seis llegaron al hueco y miraron hácia dentro, distinguiendo el principio de la parte interior lleno de grietas, pedazos de roca y en

su estado natural. A las diez varas ya no veían otra cosa que la densa oscuridad. Julio había previsto el caso, encargando á Mendoza llevase lo necesario para encender luz, y una linterna con dos velas, suficientes á prestarles claridad cuatro ó cinco horas.

Luégo fijaron el oído, pero nada sintieron; un profundo silencio reinaba en aquellas cavernas, cuyo interior se proponían reconocer. Fijaron, pues, una vela en la mencionada linterna, la encendieron, y cogiéndola el príncipe caminó delante, yendo detrás y uno á uno sus cinco compañeros. Al reflejo de la luz y ruido de pisadas saltaron algunas aves que anidaban en aquellos cóncavos, dando chirridos, cuyos ecos repetían de un modo siniestro los huecos y profundidades de tan tenebroso lugar. Vieron también correr algunas culebras y otros reptiles, los que prontamente buscaban sus madrigueras. Avanzaron más, y comenzaron á aspirar una atmósfera densa y húmeda que les hacía fatigosa la respiración; no obstante lo cual siguieron adelante. Ya no encontraban pájaros ni animales dañinos; pero el terreno sobre que descendían iba estrechando y haciéndose cada vez más incómodo é intransitable. La mayor parte del tiempo caminaban muy despacio y encorvados, hasta que por último penetraron en unos grandes huecos, donde empezaron á respirar con facilidad y á andar con ménos molestia.

—Estamos—dijo el príncipe—en las entrañas de un gran monte y á más de cincuenta varas del nivel del mar, según mi cálculo. Las anchurosas grietas que nos abren paso se extienden considerablemente, y veo tantas y tan complicadas, que es fácil perderse á la vuelta; y en verdad que los indios sólo fijaron señales en el camino exterior, mientras que por aquí no distingo marca alguna que nos indique la ruta que debemos seguir.

Y sacando él una piedra encarnada que llevaba á prevención, comenzó á fijar señales desde el sitio aquel en que podía ofrecerles dificultad el regreso.

Anduvieron diez minutos más, las aberturas ensacharon, penetrando en un sitio donde el monte presentaba multitud de huecos diferentes, siendo dudosa la eleccion de aquel que conduciría al panteon de los Incas. Silva dirigió la luz de la linterna al frente, y reconocido el terreno, vió con placer otra calavera pintada en el borde de una de las grietas. Se metieron por ella, llegando luégo á un punto en que apenas presentaba la abertura espacio suficiente para un hombre. Rozando sus vestiduras, encogidos y muy cansados, continuaron cerca de un cuarto de hora. Aquel trozo era el más intransitable de cuanto llevaban andado.

Preciso era todo el valor de estos hombres y su gran interés en reconocer la obra magna de los Incas, para seguir caminando por un paraje que á cada momento les ofrecía un nuevo peligro. En el corazon de aquel inmenso monte hallaban continuamente despeñaderos, cuevas resbalosas, pendientes incómodas y expuestas, silencio mayor que el de la tumba, y una atmósfera que no siempre aspiraban bien. Recorrian unas catacumbas más extensas, profundas y expuestas que las de Roma; pero en tan terrible y misterioso lugar hallaban los *invencibles* nuevas emociones, y un estudio que no habian hecho hasta entónces en las entrañas de las rocas. Cuando el terreno lo permitia se paraban, comentando el lugar y cuanto veian, y proseguian adelante sin temor de ningun género. Al acercarse á una abertura estrecha ó al borde de un precipicio, exclamaba Julio, que siempre iba delante:

— Hermanos, malo es esto; mas por aquí han cruzado los Incas y sus criados, y no es cosa de volverse atrás cuando ellos no lo hicieron.

Al cabo de una hora de fatiga y de atravesar las cavidades de la tierra, vió Julio á veinte pasos una gran bóveda de cien varas de extension, en forma circular, y cuyo piso parecia embaldosado en atencion al plano que presentaba.

—Creo que hemos llegado—añadió el príncipe.

Y los seis penetraron en aquel maravilloso salon construido en el centro de las entrañas del monte, y á una profundidad de doscientas varas del nivel del mar. Tenía ocho ó nueve siglos; y recordando la escasez de herramientas que conocian los indios, era colosal é incomprensible la obra que habian llevado á cabo. El piso, segun hemos dicho, estaba plano como el de una sala; cortaron la roca hasta formar un pavimento, y lo mismo hicieron en las paredes que componian aquella bóveda sin igual.

Lo más grandioso que hallaron los *invencibles*, y que era verdaderamente un prodigio del arte y paciencia humana, fueron las cuatrocientas urnas funerarias que se veian en torno de la bóveda. Existian dos órdenes, hallándose una encima de otra, á una vara de distancia, y todas salian fuera de la pared, habiendo sido construidas en la misma roca; pero en tal disposicion, que sobresalian, hasta el punto de estar unidas al muro por uno solo de sus costados. Era su figura cuadrilátera, y dentro de cada una se conservaban los restos de un Inca, vestido y alhajado como en el dia de más gala; en la de encima estaba el rey, debajo la reina de quien aquél tuvo sucesion primeramente, y á la izquierda seguian las restantes mujeres é hijos del soberano, hasta que concluia la familia, y empezaban los individuos de otra, dividida de la anterior por una franja negra marcada con el mismo betun ó pintura que las calaveras de que dejamos hecha mencion. Servia de sudario á los emperadores el manto real, y á los no reinantes el que usaban en público. Comenzaba á la derecha Mancocapac, primer legislador ó soberano del Perú; siguiendo á la familia de éste, en el orden que hemos expresado, once de sus trece sucesores, con los cuales y sus descendientes se ocuparon las cuatrocientas urnas; siendo de advertir, que en las mencionadas familias se contaban los padres, hijos, yernos, nietos y demás parientes varones y hembras; con la excepcion del nuevo emperador,

cuya parentela empezaba en él; por lo que cada una de aquellas se componia de treinta ó más individuos.

Las ropas, convertidas ya en polvo, se deshacian al contacto; pero la carne se conservaba como un carton, pues el zumo con que embalsamaban era mucho más activo y eficaz que los componentes que hoy se usan á este fin.

Los seis generales reconocieron cadáver por cadáver, asombrádoles la estatura de unos, la belleza que demostraban haber tenido otros, y el sin número de alhajas de gran valor de que estaban adornados, muy particularmente los últimos Incas.

—Nunca me pesará—exclamaba el príncipe—haber llegado hasta aquí; la obra, señores, que nos hallamos contemplando, es la maravilla del Nuevo Mundo, y puede formar parte de las que existen en el antiguo continente.

Concluido el reconocimiento, que duró más de una hora, quedaron los seis poseidos de ese recogimiento triste y silencioso á que se entrega el hombre en los cementerios, y que trae en pos la meditacion sobre un pasado, presente y futuro que arranca suspiros amargos.

Todo era allí lúgubre, imponente, terrorífico; el sitio, el silencio, la calma y cuanto les rodeaba infundia un pavor que á muy pocos es dado rechazar. Era aquella una verdadera mansion de la muerte, condénada en lugar, profundidad y aspecto al completo olvido de los seres vivientes.

Julio dió la linterna á Mendoza, sacó la cartera y lápiz, dibujó el panteon con entera exactitud, y cuando hubo acabado de tomar apuntes, dijo á sus compañeros:

—Hermanos, todavía continuaria aquí mucho tiempo, si atendiera sólo al estudio que esto merece y á mi deseo; pero notad que arde ya en la linterna la segunda y última vela, y que sólo nos queda la suficiente luz para hallar la salida. Marchemos, y con la prisa posible, pues de concluirse ántes de llegar á la entrada de la cueva, quedaremos todos sepultados entre las entrañas de las rocas.

Los seis salieron con sentimiento del panteon, comenzando á regresar por el mismo camino que habian traído. Iban silenciosos, tristes, uno detrás de otro, y como entregados á profunda meditacion.

Al cuarto de hora de andar se detuvo Julio, pareciéndole escuchar un ruido lejano; mas éste dejó de oirse, y continuaron marchando. Era la muerte, que les avisaba estar cerca de sus cabezas.

A los dos minutos se oyó un estampido mayor que el que puede producir la descarga de cien cañones; tembló el monte, pareció éste desgajarse, y un cuerpo invisible y de potencia desconocida arrojó al suelo á los *invencibles*, y hasta los arrolló algunos pasos. La linterna chocó en la roca, se rompieron sus cristales, y los pedazos, unidos á la vela, fueron impelidos por aquel coloso oculto á las miradas del hombre que derribó á los generales. Quedaron á oscuras; la muerte se aproximó á los infelices.

—Cogeos unos á otros —exclamó el príncipe, agarrándose á tientas á Mendoza.—Haceos atrás; más todavía; así. ¡Dios sea con nosotros!

En el mismo instante se oyó otro estampido más prolongado que el anterior; crujieron los montes; tembló la tierra, llegando á Silva y sus amigos un calor sofocante que estuvo á punto de asfixiarlos.

El fenómeno de que eran víctimas en este instante no fué otra cosa que un terremoto.¹ El huracan, con fuerza indecible, se abría paso por las entrañas de los montes, hasta

¹ En América se han sentido terremotos que han durado todo el año, habiendo producido diariamente muchas sacudidas muy violentas. En una palabra, nada hay más terrible ni vario que los efectos que producen los terremotos: unas veces se retira la mar muchas leguas, y deja en seco los navíos, para volver despues á sumergir las tierras con violencia; otras mudan de lugar terrenos muy considerables, corren como el agua, y van á llenar lagos; otras se desploman montañas, y en su lugar se forman lagos; tambien se ha visto abrirse la tierra y vomitar de su seno llamas, arena calcinada, piedras, aguas sulfurosas y de un olor insufrible; estas aberturas que se verifican en la tierra, suelen cerrarse de repente ó quedar en el mismo estado. (*Diccionario universal de Física*, por Brisson, tomo ix, letra T, página 404.)

salir al mar ó al espacio que cubre la tierra. Julio comprendió al momento lo que motivaba aquel estruendo, y á oscuras fué arrastrando á sus compañeros á la parte opuesta de una roca que los libertaba de aquella corriente, la cual los hubiera estrellado ó conducido al fondo del abismo.

— Hermanos — añadió, unido á ellos y formando los seis un solo grupo — permaneced así, sin moveros, pero á la vez encomendaos á Dios, pues es lo probable que no salgamos de aquí.

Estaban sentados, cogidos unos de las manos y otros abrazados, segun hemos dicho, cuando volvió á oirse el tercer estampido y movimiento de las rocas. Los generales oscilaron, volviendo á quedar como ántes; la corriente del aire cruzaba á tres varas de ellos, resguardándoles la roca en que felizmente reparó el príncipe, cuya idea conservó, y la que en este momento salvaba sus vidas, amenazadas no obstante por nuevos accidentes de que aquél no podia libertarlos.

Los infortunados dirigieron el pensamiento al Todopoderoso, temiendo, con sobrado motivo, que era llegado el último instante.

Media hora permanecieron de aquel modo, sufriendo además un calor sofocante, producido por la atmósfera que respiraban, la que en algunos momentos los dejaba en un principio de asfixia.

Despues que se hubieron encomendado á Dios y dispusieron sus almas para comparecer ante el tribunal del cielo, aguardaron tranquilos el instante en que un pedazo de roca se desprendiera y los pulverizara, ó se abriese la que tenían debajo y rodaran al abismo. El príncipe comenzó á hablarles, en tan críticos momentos, de lo mísero de la vida humana, y de las delicias que el Sumo Hacedor reserva en la otra á los que mueren sin pecado.

Sonó otro estampido, y á los cinco minutos oyeron el décimo, continuando de este modo doce horas consecutivas.

La oscuridad era completa; el calor el mismo, y la posicion de los generales se agravaba por momentos. A los estragos y peligro de los temblores de tierra y al principio de asfixia, acompañaban ahora el hambre, la sed y el dolor de las contusiones que recibieron al caer, durante el primer terremoto.

Trascurrieron otras doce horas, y con intervalos mayores ó menores, seguia el fiero huracan estremeciendo aquellos montes, hasta el punto de mover como un papel la roca que resguardaba á los *invencibles*. Éstos sentian más en tal momento los efectos del hambre y de la sed, que los de un viento que amenazaba continuamente estrellarlos. Perdieron la cuenta de las violentas sacudidas que habian experimentado; y aún cuando su indomable espíritu no decaía, se sentian desfallecer.

—Casi era preferible que nos hubiera estrellado el aire— exclamó el duque del Imperio— que la horrible muerte que nos depara nuestro destino, en el caso de que no nos aplaste una roca ó rodemos todavía al fondo. Si sólo sufriéramos la debilidad producida por la falta de alimento, agua y sueño, serian más soportables las calamidades que la Providencia tuvo á bien depararnos; pero tantas y tan continuas sacudidas creo que han roto todos los huesos de mi cuerpo, á juzgar por los dolores que sufro; y como si esto no fuese bastante, parece que respiramos fuego.

—Ten paciencia, Flaviano— le decía el príncipe— padece y no te quejes de tu suerte. Si Dios se apiada de nosotros y nos saca con bien, eso tenemos que agradecerle; y si por el contrario la guadaña siega nuestras vidas y vamos al Paraíso, mejor estaremos que en este valle de dolor.

—Salir de aquí es imposible, hermano mio; aún cuando cesaran esos horribles huracanes, no tenemos luz ni medio alguno de buscar la entrada de la cueva.

—Para la Providencia todo es posible, Osorio. ¡Bendigamos á Dios en medio de estas furias terrenales, y que se cumpla su suprema voluntad!

Treinta horas permanecieron todavía estos desgraciados de aquel modo y en idénticas circunstancias, si bien sus debilitadas fuerzas habian decaído hasta el extremo de hacerles insoportable la mísera existencia, que milagrosamente conservaban.

Doce horas más en tal situación, y sus vidas se hubieran apagado como una luz al sople del viento.

Sus oídos apenas percibían ya los estallidos espantosos ni los ímpetus de un huracán que movía los montes con la facilidad que las ramas de los árboles; pero sonó uno, seguido de varios truenos y tan fuerte, que pareció abrirse el monte y dar salida al terrible huracán, que llevaba en pos de sí peñascos y hasta rocas enteras que arrancó con ímpetu sobrenatural. A aquel ruido tan terrorífico, y superior en mucho á los anteriores, siguió otro continuado, igual al que produce un torrente desbordado. Este último duró cerca de cinco minutos; pero no movía la tierra, si bien aumentó considerablemente el sofocante calor que reinaba.

Los generales se juzgaron muertos; la roca que los guarecía del huracán desapareció impelida por aquél, y al volver á la vida se hallaron sueltos, con las manos cruzadas y tendidos en el suelo; ninguno hablaba; pues aún cuando el príncipe creyó comprender la causa del postrer sacudimiento, enmudeció también, aguardando saber si se había ó no equivocado.

Poco á poco fué desapareciendo el sofocante calor; reinando, á la hora del último estallido, la misma temperatura que al entrar en aquellos sitios.

—¡Dios mío—exclamó por fin el príncipe, alzando las manos—cúmplase tu soberana voluntad! Hermanos, los terremotos han terminado; y por si la Providencia nos concede fuerzas para salir de este horrible cautiverio, veamos si hay medio alguno de encontrar una luz que nos guíe.

—¡Imposible!—exclamaron los restantes, sin poder articular más frases por la debilidad y sed que los consumía.

El príncipe se inclinó sobre Mendoza, que estaba á su lado, y reconociéndole los bolsillos, encontró los artes, yesca y pajuela que aquél habia llevado. Ya en poder de Silva, arrancó varias hojas de su libro de memorias, formando con ellas una torcida lo más larga y gruesa posible; en seguida hizo prender la yesca, luégo la pajuela, y acto continuo el papel; apagó la segunda, y con la luz que le prestaba la última se apresuró á reconocer el paraje donde se hallaban, que era un pequeño hueco situado á orilla de una inmensa caverna que se extendia de Este á Occidente, por la cual corrieron los huracanes. Sin perder un momento entró en ella, buscando algun combustible que sirviera de equivalente á la tea; pero nada halló; el viento habia arrollado en pos de sí cuanto pudo existir en aquellos lugares.

La luz se apagó por falta de papel, desapareciendo la mitad de las ilusiones del príncipe; mas no desistió por eso; arrancó todas las hojas del libro, formó nueva torcida, y volvió á prenderla. Con ella, doblándosele las piernas por la gran debilidad y padecimientos sufridos, y casi sin esperanza, recorrió nuevamente con la vista el espacio que tenía delante, sin hallar combustible alguno ni nada en fin que les facilitara la salida de las entrañas de los montes. Convencido de lo inútil de sus tentativas, se volvió al lado de sus compañeros, en cuyo instante concluyó de quemarse la torcida últimamente hecha. A oscuras otra vez, cruzó las manos, y alzando la frente, exclamó:

—Gracias, Dios mio; nos llamas á tu reino, y gustoso me dispongo á recibir la muerte y volar donde tu divina Majestad me ordene.

—Há tiempo que lo estoy yo diciendo —tartamudeó Roberto. —Fué una locura meternos aquí. ¡Ay, pobre Tolopalca!

El príncipe fué á abrazarse á sus compañeros; pero en el mismo instante llegó á su mente otra nueva idea, y trató de realizarla; á cuyo fin se puso de pié y anduvo algunos

pasos, hasta quedar en el mismo sitio y forma que al sentir el primer terremoto. Ya allí, registró sus bolsillos, hallando únicamente el nombramiento de virey y representante de Felipe II, que llevaba siempre consigo. Formó con él otra torcida, encendió yesca y pajuela, y luego aquella; á su luz miró de frente, viendo una roca llena de grietas, como casi todas las que tenía en torno; se acercó, y reconociéndola detenidamente, notó, sin emocion alguna, que no se habia equivocado en su cálculo. Al caer en tierra por primera vez, se hizo pedazos la linterna, segun dijimos, llevándose el huracan los trozos de cristal y hasta la vela que tenía dentro; mas ésta fué á parar á una de las grietas de la roca que hemos mencionado; y como el viento corria siempre en la misma direccion, lejos de sacarla de aquel sitio, la metió con sus embates más y más, hasta que el mucho calor la pegó á la piedra, donde permanecia. Silva lo habia adivinado así, y no le sorprendió el hallarla, ni aún excitó su alegría; pues desde que falleció su anciano padre, conservaba poco apego á la vida. Inmediatamente desenvainó su daga, y metiendo la punta despegó la vela, y fué empujándola hasta que la pudo coger. Se gastó la tercer torcida, y tuvo que encaminarse á tientas adonde estaban sus compañeros.

—Hijos—exclamó sin demostrar placer—Dios Nuestro Señor quiere que vivamos aún. ¿Os hallais con fuerzas para llegar á la salida de estas cavernas?

—A mí me sobran—contestó Mendoza.

—Yo tengo suficientes—dijeron á la vez Mauro y Odon. Flaviano añadió:

—Yo me siento morir; pero aún cuando ese gigante me llevara al hombro, ¿quién nos iba á guiar? Para concluir estrellándonos, más vale quedarnos.

El príncipe encendió la vela de cera, y enseñándosela á sus compañeros, replicó:

—Ved la que nos proporcionará la salida; pero agrade-

cédsele á la Providencia, que me indicó el sitio donde debía hallarla.

—¡Julio!—exclamaron los cinco, levantándose y abrazándole, ébrios de alegría.—Partamos, hermano; puede concluirse, y con las nuevas tinieblas enseñarnos la muerte otra vez su horripilante faz.

—Pero es el caso—dijo Osorio—que mis pobres piernas no quieren moverse.

—Tampoco las mias—añadió Roberto.

—Cogeos á mí—replicó Mendoza—uno á cada lado; así; ¡vaya unos *invencibles*! En marcha, hermano Julio; yo cuidaré de ellos.

De este modo, agarrándose á las paredes, lo más de prisa posible y dando algunas caídas, comenzaron y siguieron su regreso los seis. El gigante Mendoza llevaba en vilo á sus dos compañeros menores cuando el terreno se lo permitía; y en los sitios por donde aquél angostaba y sólo podían ir uno tras otro, cogía Odon á Roberto, Rogelio á Flaviano, y medio á rastra los iban sacando, hasta que el mayor espacio les dejaba cogerlos ó ayudarles de otro modo.

El príncipe, sufriendo como los demás los efectos de la sed y de la terrible debilidad que se apoderó de ellos, iba delante, llevando la vela y dando ánimo á sus pobres compañeros.

Después de media hora de fatiga, golpes y de hacer todos los esfuerzos imaginables, sintió el generalísimo un ambiente fresco y agradable.

—Descansemos un poco—exclamó—y apagando la luz, se sentaron en el suelo, aspirando aquella brisa que los reanimó, ensanchó sus pulmones y les prestó alguna fuerza.

Un cuarto de hora después encendió nuevamente Julio su pequeño cabo, lo clavó en la punta de la daga para no quemarse los dedos, y continuaron andando. Según avanzaban iban sintiendo más fresco y agradable el ambiente que llegaba á sus rostros.

A los cinco minutos distinguieron una ráfaga de luz natural, y cayeron de rodillas, dando gracias á la Providencia que los libró de perecer entre aquellas horribles breñas. Cuando hubieron terminado, apagó el príncipe su diminuto cabo, lo guardó cuidadosamente como recuerdo de la catástrofe que veía terminar, y marcharon otra vez guiados ya por los reflejos del sol.

Volvieron á escuchar el ruido de los reptiles que se escondían, y el de las aves que abandonaban sus nidos, huyendo de los seis debilitados seres que, faltos de aliento y de fuerza, cruzaban el sitio por donde tres días ántes penetraron con paso firme y sin otra necesidad que la de satisfacer un deseo que les costó bien caro.

Al llegar á la puerta de la cueva, cayeron casi exánimes; descansaron media hora, y comenzaron á descender pausadamente por el monte; mas apenas llevarían andadas dos millas, rodaron por quinta vez, agotadas del todo sus fuerzas. Mendoza, único que pudo desplegar sus labios, exclamó: — Hemos dejado esa horrible caverna para ver cómo el sol descendía á su ocaso, espirando nosotros á la vez que él se ausenta de esta tierra maldita. No veo agua, ni yerbas, ni nada, en fin, que pueda devolvernos la vida que ya nos abandona.

Odon, Roberto, Mauro y Flaviano exhalaban tristes suspiros que hirieron el corazón del príncipe, el cual, haciendo un esfuerzo supremo, se incorporó y les dijo:

— No desmayad, amigos míos; de esta aridez brotarán agua y pan si la Providencia se apiada de nosotros.

Ninguno contestó á las consoladoras frases de Silva; la esperanza desaparecía de ellos según se aproximaba el momento en que debían exhalar el último suspiro.

Trascurrieron diez minutos, precursores, según Flaviano, de la agonía; mas al terminar aquellos, creyó Julio escuchar ruido de pasos; fijó su atención, viendo á diez varas de distancia al anciano indio que los había dirigido allí.



J. VALLEJO, dib.^a y lit.^a

Lit. de J. DONON Madrid.

— ¡No desmayad, amigos míos; de esta aridez brotarán agua y pan si la Providencia se apiada de nosotros.

—¡Agua, por Dios!—le dijo, pegada su lengua al paladar y sin que le fuera dable expresar más frases.

El recién venido los fué reconociendo uno por uno, y pudo comprender que aquellos infelices eran víctimas del hambre y la sed: miró en torno, distinguiendo una cantarilla arrojada sin duda en tal sitio por los criados de los Incas, la que cogió en el acto y desapareció.

Antes de trascurrir un cuarto de hora regresó, llevándola llena de agua.

—Tomad, señor—le dijo al príncipe—bebed todos, y tened confianza en Dios; si me ayuda como hasta aquí, pronto os traeré alimento.

Julio apagó la sed, sus compañeros hicieron lo mismo, la cantarilla quedó vacía, y los seis se sentaron; mas volvieron á recostarse, si bien ahora pudieron expresar algunas frases.

El viejo ex-cacique, no obstante sus ochenta años de edad, trepó hasta la cima de un monte, y sacando un silbato grande comenzó á tocarlo sin tregua ni descanso. Era el que usaba para llamar á los indios de aquella comarca, los que, ocultándose á los conquistadores, continuaban pres-tándole obediencia. Aquellos sonidos fueron escuchados por algunos, pues pronto aparecieron en los montes vecinos varios indígenas enarbolando una pica, por el estilo de las que usaban los hijos del Norte de los Andes. El anciano levantó los brazos, fijando luego sus manos en la cabeza. Aquellos comprendieron que eran muy necesarios á su jefe, y corrieron como ligeros corzos hasta acercarse á él.

—¡Vuestro, vuestro!—le decían según llegaban.

—Bien, hijos, bien—les contestó el anciano.—Tú, que habitas más cerca, tráeme al punto un jarro grande con caldo de ave; á la espalda de aquella roca te espero. Vuela. Vosotros corred también, y traedme al momento pan, jabalí, aves, frutas y cuanto tengais; os espero en el mismo sitio. Marchad, hijos, que os he de dar una recompensa digna del gran servicio que vais á prestarme.

Los indígenas desaparecieron, volviendo el anciano al sitio donde se encontraban los generales. El noble octogenario lanzó sobre ellos una mirada compasiva, viendo el terrible estado en que se hallaban. Sus vestiduras estaban hechas pedazos; sus cuerpos cubiertos de cardenales; pálidos sus semblantes; los ojos hundidos, y más que hombres parecían seis cadáveres movidos por una fuerza galbánica.

— Más agua, anciano — exclamó el príncipe — y que Dios bondadoso os premie el acto de caridad que estais ejerciendo con nosotros.

Con los ojos llenos de lágrimas cogió el ex-cacique el casco de Mendoza y la cantarilla, y desapareció nuevamente, tornando con el agua apetecida. Los seis bebieron hasta quedar satisfechos; le demostraron su agradecimiento, y se tendieron otra vez sobre el monte, faltos de fuerzas y casi de vida.

El anciano sacó su silbato y lo tocó de una manera extraña, con lo cual indicaba á los suyos lo urgente de su presencia. Y tocando unas veces y descansando otras, permaneció hasta que llegó el primero, llevando un gran jarro con caldo, que apuraron los generales.

Pronto comenzaron á sentir que sus fuerzas se reanimaban á merced de aquella sustancia. Abrieron los ojos, y con entrañable cariño alargaron las manos á su bienhechor, que las besó repetidas veces.

— Ahora — les dijo — ved si podeis dormir; al despertar estareis mejor, y comereis lo suficiente para destruir la debilidad que os estaba matando.

Los españoles le obedecieron, consiguiendo al cabo de algun tiempo conciliar el sueño. Asomó á los labios del octogenario una sonrisa que expresaba satisfaccion; luego fué recibiendo las frutas, aves condimentadas, pan y restantes viandas que los indios le llevaron.

— Quedarse cuatro aquí — les dijo. — Tú, vuelves y me traes inmediatamente todo el unto que tengas del árbol

amarillo. Vosotros regresad con teas, y lo necesario además para encender lumbre y calentar esas aves. Y tú—le dijo al último—llega á mi casa, encarga de mi parte que tengan seis camas dispuestas, diciendo ántes á los españoles que verás allí, que aguarden tranquilos la llegada de sus generales, los cuales están á mi lado; mas si te preguntasen dónde se encuentran, déjate matar ántes que declararlo.

El príncipe y sus amigos durmieron dos horas; terminadas éstas, fueron despertando y alargando la mano al noble anciano á quien tanto debían. En torno vieron cuatro indios con hachas encendidas, pues era ya completamente de noche; y cerca una hornilla formada con piedras, lumbre en ella, y trozos de ave y de jabalí puestos al calor. El ex-cacique fué frotándoles con un unto amarillento en todos los sitios en donde presentaban señales de golpes. Cuando hubo terminado, les dijo:

—En llegando á mi casa os desnudareis, y mis hijos y yo concluiremos de curaros; pues nuestro remedio es eficaz para sanar esas lesiones. Ahora comed y cobrad fuerzas para andar el terreno que falta.

Varios indios les fueron acercando, en platos de barro, los trozos de ave y de jabalí que los generales comían, notando á cada instante progresivo aumento de fuerzas; segun lo verificaban, preguntaron al anciano la causa de haber llegado tan á tiempo de salvarlos; aquél les contestó:

—Como no aceptasteis la comida que os ofrecí hace tres dias, no os esperé. Agradecido á vuestros beneficios, os recordaba á menudo; pero creí que despues de reconocer lo que anhelabais, os habriais marchado á Lima. Dos de vuestros criados y varios jinetes me sacaron esta mañana de mi error, pues llegando á mi casa me preguntaron, con lágrimas en los ojos algunos de ellos, si os ví pasar, ó tenía conocimiento del sitio en que os hallabais. En el instante comprendí que érais víctimas de algun siniestro ocurrido á consecuencia de los terremotos que por espacio de tres dias

han estremecido la tierra. No pudiendo guiarlos al lugar donde descansan los restos de mis soberanos, les hice entrar en mi casa, dándoles palabra de correr yo en busca vuestra y llevaros allí, en el caso de que no hubieseis perecido. Vuestros sirvientes y soldados contaban sesenta horas de cruzar por el monte y la selva, segun me dijeron, en averiguacion de vuestro paradero; y más que hombres parecian fieras dispuestas á dar fin de todos los peruanos, si os encontraban muertos á manos de los indios. Mi edad, los beneficios que acababa de recibir de vosotros y el prestigio que tengo en este país, les contuvo en mi casa, en la que os aguardan, pues saben ya que vivís los seis. En cuanto á mí, pronto dí la voz de alerta entre los montañeses que habitan estas rocas, y seguidamente me dirigí al panteon de los Incas, decidido á entrar, acompañado de algunos indios, si no os hallaba en el camino. Pero no me equivoqué: las suposiciones que habia hecho sobre la causa que os detuvo en las entrañas de las rocas se realizaron: los temblores de tierra os prohibieron salir de las cavernas; el cansancio y la debilidad os acometieron despues, y sin fuerzas para continuar adelante, pensé encontraros entre los montes; segun aconteció. Ignoro el motivo; mas no se me ocurrió una sola vez que perecieseis, no obstante la posibilidad, teniendo en cuenta el destrozo que habrán causado los huracanes en el corazon de estas breñas. Dios ha querido que yo os pagase la noble accion que practicasteis conmigo, y, como siempre, se cumplió su soberana voluntad.

— Gracias, anciano — exclamaron los *invencibles*, dejando de comer para estrecharlo nuevamente. El duque añadió, dirigiéndose á sus compañeros:

— Hermanos, tomad lo puramente indispensable para adquirir las fuerzas necesarias hasta llegar al llano, donde pasaremos la noche; nuestros estómagos no podrian resistir ahora mucha cantidad de alimentos.

Así lo hicieron los seis, admirándoles lo bien condimen-

tado de las viandas que les presentaban, y el gusto con que eran servidos por los indígenas.

Media hora despues se cogieron del brazo el príncipe y Mauro Nuñez de Lara, los dos Navarros y Flaviano y Mendoza; dirigiéndose acto continuo, por su pié, á la morada del ex-cacique. Iban delante y á los costados con hachas encendidas todos los indios que les llevaron la comida, y cogido á la mano izquierda del generalísimo el noble octogenario que con tanto placer acababa de salvar sus vidas.

—Venid á mi lado, pobre anciano—le decia Julio—vivimos por vos; y es más de agradecer, teniendo en cuenta los esfuerzos que habreis hecho para atravesar á vuestra edad tan agrestes montañas.

Y le oprimia la diestra con cariñoso interés.

De este modo llegaron los generales y su comitiva á la casa del ex-cacique, empleando dos horas en la travesía. No habian recobrado todas sus fuerzas; mas descendieron por el monte con facilidad y sin otras molestias que los dolores que aún sentian, efecto de los muchos golpes que llevaron. Sólo ellos que parecian de bronce, pudieron resistir la fatiga, contusiones y catástrofe de que fueron víctimas; hombres ménos duros y acostumbrados á los azares y penalidades de la guerra, es indudable que hubieran sucumbido. La suerte los llevó al borde de la tumba; pero al inclinar la cabeza para caer en ella, les alargó por centésima vez su bondadosa mano la Providencia, que jamás abandona á hombres de su nobleza de alma, hidalguía y acciones dignas de los discípulos y protegidos de Alberto de Silva.

Los Zallas y sus criados, reunidos en casa del anciano ex-cacique, como igualmente los individuos que componian la escolta del príncipe, los recibieron llorando, siendo estrechadas las demostraciones de cariño que hicieron al contemplar á aquellos héroes que juzgaron muertos. En su alegría sin igual, besaban los primeros hasta sus ropas.

—Basta, hijos míos, basta—les decia el príncipe.—Dios

nos ha traído con bien, y esas pruebas que nos dais de sincero afecto, recompensan en parte nuestros sufrimientos y agonía. Tranquilizaos; que aún cuando padecemos mucho, nos hallamos bien, gracias al todopoderoso. No ofended á los indígenas; léjos de molestarnos, debemos á ellos el encontrarnos vivos. Partid todos; reuníos á vuestros compañeros, que aún continúan buscándonos, y retiraos á Cuzco: nosotros pasaremos aquí la noche, y mañana nos volveréis á ver. Cuando haya amanecido, traednos caballos y ropas.

El príncipe obligó á marchar á cuantos le rodeaban, incluso sus criados; dando de este modo una prueba al ex-cacique, de la ilimitada confianza que le merecía.

Solos ya con los indios, buscaron, ayudados por éstos, la cama que á cada uno le tenía dispuesta la familia del agradecido y noble anciano. Éste y sus hijos fueron frotando con el unto amarillo, de que ántes hablamos, los sitios en que aquellos habian recibido golpes.

—No apretad tanto—les decia Flaviano—que me echareis á perder la piel.

—Es tan fina como la seda—replicó el ex-cacique—pero fuerte como vuestro corazon; sufrid un poco, que de este modo curareis pronto, desapareciendo toda señal.

—Si no os equivocais, oprimid cuanto os agrade; lo que más me interesa es arrancar esas manchas moradas que tanto afean.

—¡Siempre el mismo, Flaviano!—exclamó Julio sonriendo.

Concluida esta operacion, y sin moverse de sus respectivos lechos, tomaron los seis generales un nuevo y más sustancioso caldo de aves; comieron faisán, y á la media hora quedaron profundamente dormidos. Los indígenas padre é hijos velaron hasta la media noche, en que, viéndolos reposar sin ofrecer cuidado alguno su estado, se recostaron cerca de ellos, siendo presa los nueve del más tranquilo sueño.

El viaje del príncipe le curaba radicalmente; las emociones que recibia bastaban á cambiar el cerebro de un demente; pero las fatigas y trabajos que concluian de padecer se igualaban á los mayores que se pueden sufrir en este mísero valle de dolor.

De lucha en lucha, de azar en azar, de sufrimiento en sufrimiento van cruzando el árido y agreste camino de la vida. Ni los héroes con su genio, ni los poderosos con sus riquezas, ni los sabios con su ciencia, pueden destruir los cien abrojos que se encuentran á cada paso que da el hombre por el sendero que empieza en la cuna y termina en la fosa. Y como si esto fuese poco, continuamente avisa la muerte, demostrando que se halla en vela dispuesta á asaltar la débil existencia que dia y noche tiene sitiada.

Pronto concluirán los valientes generales la obra magna que los retiene en el Perú; ¿habrán dejado entónces de padecer? No, que desde allí van á Venecia, y en la ciudad acuática les esperan nuevos azares; éstos como todos los mortales acabarán de sufrir al exhalar el último suspiro.

CAPÍTULO XXI.

A Linna.—Recibimiento.—Despedida.—A Venecia.

A las ocho de la mañana fueron despertando los *invencibles*. Sus criados esperaban ya con buenos caballos y ropas; é inmediatamente vistieron á sus amos. Los alimentos, el sueño y las unturas que habian recibido curaron la debilidad y contusiones, hallándose ya en este momento en el mejor estado, y poco ménos que ántes de entrar en las terribles catacumbas de que tan tristes recuerdos conservaban. A ruego del noble anciano aceptaron un espléndido almuerzo que saborearon con placer, prestándoles algunas más fuerzas y brio. Terminado aquél, regalaron al éx-cacique las sortijas que llevaban consigo y tres magnificas espadas. Despues le estrecharon cordialmente, hicieron lo mismo con sus hijos, y partieron á Cuzco, donde entraron al poco tiempo. Inmediatamente dieron la órden de marchar al siguiente dia, descansando veinticuatro horas solamente.

Llegó el momento señalado por el príncipe, y puestos los *invencibles* al frente de la fuerza que tenian allí, abandonaron la ciudad que sirvió de corte á los Incas, dirigiéndose acto continuo á Lima. La travesía era larga, y Silva aprovechó los diez dias que debian emplear en ella, tomando datos y

más noticias sobre el terreno que andaban, pues de propio intento eligieron un camino diferente del que llevaron ántes las columnas.

Distaban de la Ciudad de los Reyes unas veinte leguas, cuando notaron el extenso cordon que formaban muchos indios, los que al verlos principiaron á correr una noticia del modo y manera que tenían costumbre entre ellos. Era una especie de telégrafo humano usado por los Incas, y el que consistia en situar hombres de cien en cien pasos, transmitiendo la nueva que querian comunicar de uno en otro; lo que verificaban con más velocidad que nuestros antiguos telégrafos ópticos.

Los *invencibles*, no pudiendo comprender lo que hacian aquellos hombres, metieron espuela á sus caballos, y cogiendo á uno en medio, le preguntó el príncipe:

—¿Por qué formais ese cordón? ¿Quién os manda? ¿Qué pretendéis?

—Lo dispuso la Inca, señor; la nieta de Atahualpa, nuestra reina y señora.

—Déjalos, Julio — se apresuró á decirle Roberto. — Continúa — añadió dirigiéndose al indio — si os lo ha mandado Tolopalca, bien hecho está.

Y aquellos siguieron su camino, permitiendo á los indígenas que circularan la noticia.

Por fin veían el término de aquel largo viaje. Cuatro leguas ántes de llegar á Lima distinguieron una carroza guardada por veinte jinetes; Roberto sintió latir su corazón fuertemente, comprendió la causa, y aguijoneando á su caballo, salió como una flecha, seguido de su criado.

— ¡Alto! — gritó al cochero; se tiró del potro, y un minuto después estrechaba tiernamente á la hermosa Tolopalca, que salió á recibirle acompañada de Andrés Zalla y de un anciano sacerdote. El joven general creyó no verla más, durante la catástrofe de las catacumbas, y su alegría era indecible al contemplarla nuevamente más bella y seductora

que ántes. Vestía la preciosísima Inca un traje de terciopelo morado á la europea, y por cierto que el vaticinio de su amante se cumplió con entera exactitud. Tolopalca lucía sus galas españolas con gracia, donaire y elegancia sorprendentes.

Los restantes generales echaron pié á tierra también, saludaron á su futura hermana, besaron su mano y dieron la enhorabuena á Roberto. Léjos de los Andes y entre los conquistadores del Perú, todavía era una reina en hermosura, modales y actitud la descendiente de los Incas. Al quinto día de haber llegado á Lima, ya estaba impuesta en los puntos cardinales de la religion católica; al sexto se hizo bautizar, poniéndole por nombre Erminia Inca de Navarro; siendo sus padrinos el presidente de la Audiencia y su esposa; y acompañada de ésta, de las principales damas de la ciudad, y seguida de Andrés Zalla y del patron Roch, visitaba los templos continuamente, aprendiendo además las costumbres y usos europeos que aún ignoraba. Su elevado talento y privilegiada memoria le facilitaron bien pronto el completo conocimiento de cuanto deseaba; y al presentarse ahora á los generales, lo verificaba con idénticos modales, trato y finura que cualquiera de las esposas de aquellos.

Andrés Zalla montó en el caballo del príncipe, y Rey cogió las riendas del de su amo, en tanto que Silva se sentó al lado del sacerdote, y Navarro al de su prometida.

Los cuatro *invencibles* restantes rodearon el coche; éste partió, y unidas las dos comitivas siguieron todos adelante. Flaviano decía á Mauro:

—No he visto mujer más hermosa; razon tenía yo en pretender ir á los Andes.

—Más tenía Julio en no dejarte; ¿pensabas casarte dos veces?

—No; mas quería ver esas bellas salvajes...

—Tan finas é ilustradas como tu señora, Osorio, á juzgar por la Inca.

—Habrá de todo, Nuñez.

—Ciertamente; mas ya te casaste, y debes olvidar al resto de las mujeres.

—Cada vez me gusta más la futura de Roberto.

—Pues me pongo yo á este otro lado, y dejarás de verla. Creo que tú sentarás la cabeza cuando á mí me nombren obispo.

—Qué intolerante eres y qué fastidioso, Mauro. Si me fijo en Erminia y admiro su belleza, no llega por eso á mi mente pensamiento alguno indigno de mí.

—Por si acaso.

—Acuérdate de Syra.

—Ya lo hago, pero no olvido tampoco tu conducta anterior; y cuenta que no te pierdo de vista hasta que entremos en Madrid.

A la puerta de la capital del Perú esperaban á los *invencibles*, el gobernador, Velasco, las demás autoridades civiles y militares, y el patron Roch; y por todas las calles que debian marchar, se hallaba tendida la guarnicion de Lima. Al verlos, tocaron marcha real las músicas y tambores, saludándolos, en union de las dignidades limeñas, un pueblo inmenso que acudió con deseo de aplaudir nuevamente á los valientes generales. Erminia entre ellos representaba en tal momento la union de España y el Perú; union que debia durar más de tres siglos, y la que rompió despues de ese tiempo una torpe revolucion que há cuarenta años devasta y aniquila á aquel infortunado país.

Desde la puerta hasta su palacio recibieron nuestros guerreros una continua ovacion. El príncipe de Italia tomó posesion por fin de su regio despacho, cediéndole gustoso á la Inca y doncellas que la acompañaban, las principales habitaciones del alcázar. En cuanto hubo mudado de traje y comido, recibió al gobernador, al presidente de la Audiencia y á Velasco, los cuales le dieron cuenta de lo acontecido en Lima durante su ausencia. Despachó con ellos dos horas, é

inmediatamente se puso á escribir, sin descansar hasta que dejó terminadas todas las leyes y reformas que creyó de necesidad; mandando copia de las mismas á los vireyes y gobernadores de Nueva-Granada, Rio de la Plata, Buenos-Aires, Méjico, Nueva-Méjico, Guatemala, Chile, Caracas, Santo Domingo, la Florida, Puerto-Rico y demás posesiones que tenía España en el Nuevo Continente, ó mejor dicho, desde el Cabo de Hornos hasta más allá de Méjico y de la Florida. En nombre del rey imponia á dichas autoridades la aplicacion de aquellas ordenanzas y sábias reformas, por tender todas al bien y prosperidad de tan vastos países.

Cuando hubo terminado la gran obra que se propuso elaborar con extrema sabiduría y conocimiento del terreno, se ocupó de la boda de Roberto, que tuvo lugar con la mayor esplendidez. Fué su padrino, y en representacion de la princesa, le acompañó la esposa del presidente de la Audiencia. Se dió un gran banquete, baile, y fueron convidadas cuantas personas notables existian en Lima. La bella Erminia admiró, no sólo por su hermosura y encantos, si que tambien por su talento y completa idea de la religion católica, usos, costumbres y trato europeo.

Sus doncellas aprendieron tambien algo de lo que sabía la Inca, é imitaban á su señora en cuanto les era dable.

Y por último, á las dos de la mañana se retiraron los convidados. Los duques de los Andes, dichosos y más enamorados que nunca, recibieron la bendicion del príncipe; los estrechó éste y sus restantes hermanos, buscando acto continuo el lecho nupcial.

Dos dias despues reunió el príncipe á sus amigos y á las autoridades y jefes militares de Lima. A presencia de todos nombró virey interino al presidente de la Audiencia; confirmó en el empleo de gobernador á D. Leonardo Alcalá; ascendió á general al maestro Velasco; confirió algunos otros cargos de ménos importancia; otorgó varias condecoraciones; y enterado de que la tropa, caciques é indios

de los Andes continuaban obedientes al gobierno de España, y que todos contribuian al mejoramiento y civilizacion de aquella comarca, dispuso su regreso á Europa para el siguiente dia.

Los restantes *invencibles* oyeron la nueva con gran placer, y desde aquel instante comenzaron á preparar lo necesario para su partida. Roch y el gobernador salieron una hora despues para el Callao, con objeto de dejar lista la escuadrilla peruana.

El príncipe de Italia habia llenado completamente la difícil mision que llevó al Nuevo Continente; y no quedándole nada que hacer, se retiraba satisfecho de lo que practicó y de la gran base de prosperidad futura que dejaba en el centro de la América meridional.

El presente dia lo emplearon los generales y la bella Erminia en despedirse de cuantos conocian en Lima; descansaron aquella noche, y á la mañana siguiente montaron otra vez á caballo los *invencibles*, tres Zallas, nueve criados, mayordomo, pajes y los quince artilleros, dirigiéndose al puerto del Callao. Todas las personas notables de la Ciudad de los Reyes, las autoridades, el ejército y el pueblo, hicieron á los generales una despedida tierna y cariñosa. Cuando pasaban junto al convento de Santiago se abrieron las celosías, y veinte comendadoras cubrieron de flores á los caballeros á quienes debian vida y honra.

Enternecido el príncipe con tantas demostraciones de afecto como recibia, aguijoneó á su caballo, saliendo de Lima inmediatamente. El pueblo les siguió hasta la puerta, donde quedó bendiciendo á sus inolvidables bienhechores.

Caminaban delante dos carrozas, en las que iban Erminia y sus doncellas; seguian los *invencibles* y Zallas; y entre los sirvientes y artilleros marchaban el mayordomo y pajes de Silva, pues desde muy temprano mandaron á Roch los equipajes, armas, municiones y cuanto debian embarcar.

Tres horas despues los recibia la escuadrilla anclada en

el Callao, reinando un viento fresco y favorable al derrotero que debian seguir.

Sin pérdida de tiempo mandó el príncipe levar ancla y hacerse á la vela en direccion de Panamá. Todos estrecharon cordialmente al gobernador Leonardo de Alcalá; éste los abrazó acongojado por la pena que le causaba aquella separacion, retirándose al puerto en un ligero bote.

Media hora más tarde cruzaban el mar Pacífico ó del Sur, pues de ambos modos llaman al gran Océano equinoccial. La alegría de volver á Europa embargaba á nuestros guerreros; no obstante lo cual, dejaban con admiracion aquel privilegiado país, donde la naturaleza les ofreció tantas maravillas como les llenaron de asombro. La corpulencia de los árboles; la belleza de las flores y plantas; los anchos y dilatados rios; los altos montes; las cordilleras, en fin, que se extendian centenares de leguas, elevándose poco ménos que el condor; las fieras, los cuadrúpedos, los reptiles, los mamíferos, los insectos, los peces y las aves, todos eran allí de otra forma diferente á los de Europa y más bellos, de clases infinitas y tan agradables á la vista, que hasta la culebra presentaba su escama tornasolada de plata y oro. En los huracanes, terremotos y volcanes habia una majestad, un poder superior á toda descripcion. Aquel suelo virgen, privilegiado, sublime, arrancó á los *invencibles* un hondo suspiro por lo que habian sufrido en él; un adios risueño y cariñoso por lo que admiraron y aprendieron.

Erminia Inca, cruzada de brazos, muda, fria, inmóvil, miró desaparecer las copas del coco y de la palmera; los pueblos y montañas peruanas; se limpió una ardiente lágrima, y cogiéndose al brazo de su cariñoso Roberto, exclamó:

—¡Adios, patria adorada; te dejo por un hombre que amo más que á tí; el nuevo mundo por que tanto he suspirado borrará la pena que grabas en mi alma!

La escuadra siguió viento en popa, y á los diez y ocho

dias arribó al puerto de Panamá, donde desembarcaron los *invencibles* y comitiva. A los tres dias cruzaron en canoas el rio Chagre, y seis despues habian atravesado el istmo, reembarcándose acto continuo en su magnifico galeon.

Al hallarse todos en tan cómodo y ligero navío, se creyeron seguros de los peligros marítimos que debian encontrar, y alegres y satisfechos requerian continuamente al hábil Roch, para que hiciera volar sobre las aguas de las Antillas al famoso *Leon*.

Algunos dias despues preguntaba el inteligente marino al príncipe de Italia:

—¿Adónde vamos, señor?

—A Tarifa, patron.

—Pues á Tarifa, y de bolina; que hemos dejado atrás las Antillas y cruzamos el Océano, cortando su blanda superficie.

El buque y cuanto ocurría en él llamaron la atencion de Erminia, que lo estudiaba todo detenidamente, comprendiendo y admirando el gran adelanto y superioridad de los europeos sobre los indios sus paisanos.

—Duquesa de los Andes —le decia el príncipe—esta vida monótona y cansada de la mar, te hará largas las horas, molesto el dia y pesada la noche.

—No lo creas, Julio —contestaba ella. —Rodeada de vosotros y contemplando al hombre que domina los vientos y los mares, soy dichosa; doblemente al lado de mi Roberto, al que amo cada dia más.

Con tiempo vario y los azares consiguientes en tan larga travesía, distinguieron por fin nuestros viajeros las islas Canarias. Acabaron de cruzar el Océano, dieron rumbo á Sudoeste, entraron en el Estrecho, anclando por último en Tarifa. Todos desembarcaron, saludando á la madre patria con los ojos llenos de lágrimas. El placer que sintieron les embargaba la voz y comprimía el corazon.

En una fonda, sin presentarse á autoridad alguna ni darse

á conocer, escribieron al rey, á sus esposas y familias, descansando dos dias que tardó Roch en hacerse de provisiones, vino, agua y cuanto podian necesitar. Roberto enseñó á su esposa aquella primera ciudad española, recorriendo con ella los templos, calles y paseos. La hermosísima Tolopalca era feliz; su gran talento se prestaba más á habitar en un pueblo civilizado que entre las hordas de los Andes. Todo era nuevo para ella; pero nada existia que no fuese de su agrado y que lo antepusiera á sus costumbres, alimentos y vida anterior.

Se embarcaron nuevamente, entraron en el Mediterráneo, comenzando á cruzar por frente á las costas de Andalucía, Murcia, Valencia, Cataluña, y luégo de Francia, hasta que dieron vista á Italia. Julio se acercó entónces á Roch, y le dijo:

—Quedad al paio frente á Malta, poniendo á mi disposicion un bote con seis remos. Quiero desembarcar solo y de incógnito, pues de lo contrario nos detendrian esos entusiastas isleños, y deseo llegar cuanto ántes á Venecia.

Al dia siguiente y cerca de anochecido llamó el patron al príncipe, participándole que el *Leon* estaba parado y aguardando una lancha para llevarlo á Malta. Julio se embozó en su capa, entró en el bote, desembarcando poco despues. Acto continuo se dirigió al palacio que le era tan conocido, sorprendió al gran maestre, y encerrado con él, permanecieron seis horas hablando y escribiendo.

Estrechó despues al noble y valiente jefe sanjuanista, y sin permitirle que saliera de su estancia, regresó al galeon, haciéndose á la vela inmediatamente.

En cuanto amaneció se puso en movimiento la escuadra maltesa, dando rumbo al Adriático. Iban en ella casi todos los sanjuanistas y el gran maestre, que desde el navío almirante mandaba á los individuos de su ínclita órden.

Algunos dias despues anclaba el *Leon* frente á Venecia, y no léjos de allí se mantenian á la capa las embarcaciones que salieron de Malta.

Los seis generales españoles se hallaban por fin en los mares de Europa, despues de haber andado miles de leguas, empleando en su última travesía, ó sea desde Lima á Venecia, cerca de seis meses. En ese tiempo sufrieron las consecuencias de aires contrarios, calmas, huracanes y tempestades, que hicieron zozobrar su nave unas veces, y otras la enclavaban en el agua, dejándola sin movimiento alguno; pero gracias á las magníficas condiciones del galeon, y al indisputable talento y destreza del hábil catalan Roch, pudieron llegar felizmente á Europa y dar principio á la última lucha que debian provocar.

Los enemigos con quienes tienen ahora que combatir se parecen más al traidor Gondi y sicarios que obedecian á éste, que á los franceses, turcos, españoles y peruanos que batieron frente á frente y en campo abierto. Van á un pueblo donde se maneja por algunos, mejor que la espada y la lanza, el puñal y el veneno; donde la intriga y la traicion son el alma de las lides, y entre hombres, en fin, que muchos de ellos combaten en tierra segun acabamos de decir, y en el mar imitando á Abancay. De todo lo cual deducirán nuestros lectores, que los *invencibles*, al aproximarse al término de su viaje, se hallan más expuestos que nunca. Contra el veneno y el puñal de los referidos venecianos de aquella época, no era bastante el talento de Salomon ni el valor del Cid.

Veamos ahora el recibimiento que hace la reina del Adriático á los seis primeros generales de Europa.

CAPÍTULO XXII.

Venecia, su república y habitantes.—Un carnaval sobre el agua.—
El Dux y Julio de Silva.

El galeon de los *invencibles* detuvo su curso en el puerto de Malamoco y á doscientas varas del famoso palacio del Dux. Era primer día de Carnaval, y no habian sonado aún las tres de la tarde. La gran plaza de San Márcos y la de Broglio se veian llenas de máscaras, hasta el punto de no poderse transitar en ninguna de ellas; lo mismo acontecia en los canales, sobre los que quinientas góndolas conducian vistosas comparsas, bellas y elegantes damas, gentiles caballeros, y treinta mil personas, en fin, que, cubierto el rostro con antifaz, daban vida y animacion al tan renombrado Carnaval de Venecia. Y no obstante la bulla, algazara y confusion á que parecia estar entregada la ciudad anfibia, se presentaron á bordo del *Leon*, en el instante que lo vieron anclar, la comision de sanidad primero, despues la policia del tribunal de *los diez*, y últimamente los esbirros del consejo de *los tres*.

Los pasajeros del navio sufrieron dos minuciosos reconocimientos en personas y documentos; mas el príncipe de

Italia habia previsto el caso, y probó hasta la evidencia que el galeon era un crucero español, puesto á las órdenes del gran maestro de Malta, para vigilar las costas de Turquía, y en caso de necesidad favorecer la causa de los caballeros sanjuanistas. Así lo declaraba bajo su firma el gran maestro, poniendo á renglon seguido la filiacion de los jefes, soldados y tripulantes que llevaba, entre los que aparecian con nombre supuesto y como simples oficiales los seis *inven-cibles*. La mencionada filiacion convenia exactamente con los individuos varones y hembras que iban á bordo del buque; y no obstante los escrúpulos de los esbirros del tribunal ó consejo de *los tres*, salieron del barco, convencidos hasta la evidencia de que el *Leon* anclaba allí para reponer víveres y líquidos.

Antes de pasar adelante digamos algo sobre Venecia, pues creemos que será del agrado de aquellos de nuestros lectores que no la conozcan, atendiendo á la importancia y popularidad que llegó á tener este pueblo y su extraña república en el siglo xvi.

La reina del Adriático, como algunos la llaman, se halla situada en el extremo del golfo que lleva su nombre, al final del mencionado Adriático, y sobre una fangosa y dilatada laguna. Debe su fundacion á los fugitivos de Atila, los cuales huyeron de Roma y otros puntos temiendo perecer á manos de las hordas acaudilladas por el bárbaro, á quien llamaban *el azote de Dios*; encerrándose en una ciudad anfibia, libre por esta causa de la caballería del feroz invasor. Sus palacios, casas, calles y plazas están contruidos sobre estacas, presentando todos un frente por lo ménos á alguno de los canales que forman sus segundas calles.

Además de las dos plazas mencionadas de San Márcos y de Broglio, hay algunas otras que no merecen tal nombre por lo diminutas que son, y multitud de callejuelas tan angostas, que por algunas de ellas no caben dos personas en ala. Son innumerables los puentes que existen en los cana-

les, contándose entre ellos el tristemente célebre de los *Suspiros*, de que hablaremos más adelante.

La famosa basílica de San Márcos tiene cinco grandes puertas, que dan frente á la plaza que lleva su nombre; estando sobre la primera los decantados caballos de bronce que se supone pertenecieron al arco de Neron, vencedor de los parthos. La iglesia es de mármol, con cinco cúpulas, cuya parte interior presenta, sobre fondo dorado, preciosos mosaicos; tiene el pavimento de pórfido y jaspe, viéndose multitud de columnas de las mencionadas piedras, á excepcion de las cuatro que hay en la capilla del Santísimo, que son de alabastro, y formaron parte del templo de Salomon, segun afirman. En dicha capilla guardan los restos de San Márcos, patron de la ciudad.

El palacio del Dux, primero en su clase, presenta una arquitectura exterior bastante celebrada y tan original como vistosa, luciendo en su gran pórtico la estatua de Fósforo y el leon dorado. Se entra por un inmenso patio que conduce á la escalera de los *Colosos*, tomando este nombre de las estatuas de Marte y Neptuno que se encuentran en ella. Penétrase luego en las cámaras del Dux, componiendo el resto del edificio grandes y magníficos salones destinados á los diferentes consejos de legisladores, magistrados y dignatarios de la república.

Su arsenal es uno de los primeros de Europa, llamando la atencion de los extraños sus espaciosos talleres y almacenes, y el sin número de operarios que trabajan en él.

Y por último, se hallan esparcidos en el casco de la ciudad ciento cuarenta palacios de particulares, de mármol, jaspe, pórfido y alabastro; ciento setenta y cinco estatuas de la primera piedra, y veinticinco de bronce.

Las góndolas que usan para andar por sus calles de agua, no son otra cosa que esquifes largos y estrechos, y en cuyo centro llevan todos una caja parecida á la de nuestras modernas berlinas, en la cual se colocan el dueño ó dueños de

aquellas. Las dirigen uno ó á lo más dos gondoleros, y reman del modo y forma que describimos al hablar del sparonaro que condujo á Julio de Silva y á Flaviano de Osorio á la isla de Malta. Como los referidos canales hacen el mismo uso en Venecia que las calles en los demás pueblos, entonan un canto especial los mencionados gondoleros, al doblar cada esquina; pues de lo contrario, serian infinitos los choques y desgracias.

La república veneciana no se parece en nada á las conocidas hasta el dia, siendo en algunas cosas la antítesis de lo que hoy se llama sistema democrático. Los cargos públicos de importancia, son desempeñados por los nobles; éstos eligen al Dux, primer magistrado, y llevan su aristocracia hasta el punto de no alternar con el pueblo, ni aún en el paseo; á cuyo fin destinan una parte de la plaza de Broglio para ellos, cediendo la otra á los que no ostentan título alguno.

En Venecia se desconoce la agricultura, y la industria está reducida á la fabricacion de cristales azogados y abalorio; mas explotan sus estados de Palma-Nova, la Dalmacia, las islas de Corfú, Zante, Cefalonia y parte del Paduano; y no obstante lo reducido y diseminado de sus posesiones, fué tanta la importancia que llegó á tener esta república, que solicitaban su alianza monarcas poderosos.

Se compone la sociedad veneciana de seis clases: cuatro nobles, la de ciudadanos y la plebe. Formaban la primera los descendientes de los que eligieron al primer Dux, año de 709. La segunda trae su origen del siglo xiii, en que se creó por el Dux Granedigo una aristocracia ó consejo, de los principales dignatarios del país. La tercera se reduce á ochenta familias que compraron el título de noble por cien mil ducados, durante los apuros del Tesoro en la guerra que sostuvo Venecia contra los turcos. La cuarta se contrae á grandes y potentados extranjeros, entre los que se cuentan reyes y príncipes. Los ciudadanos son un intermedio entre la nobleza y el pueblo. Y por último, la plebe, que es allí como

en todas partes la clase que no ostenta honores ni otros títulos que su honradez ó laboriosidad.

Continuando los venecianos en su afán de dividir la sociedad, llaman nobles de tierra firme á los nacidos en sus restantes posesiones, formando de éstos otra clase nueva.

El gobierno del Estado, cuyas riendas tenía el Dux, los consejos y tribunales, dejaba al pueblo huérfano y entregado al capricho de los quinientos ó más nobles que todo lo dirigian y avasallaban; y no conocemos nada más aristocrático que el sistema de tales republicanos.

Creemos que basta con lo expuesto, para que nuestros lectores puedan formar idea de lo que fué Venecia durante su apogeo, como asimismo de su posicion topográfica, tan especial y extraña, que sólo se conoce en el globo ese pueblo anfibio; el cual, no obstante las dificultades que ofrecia, llegó á ser una de las ciudades que ostentaron más ricos y espléndidos palacios.

Contraigámonos ahora al objeto que nos ha traído á Venecia, y frente á la que se hallan los principales personajes que figuran en nuestro libro.

Los nombres y hechos de los *invencibles* eran tan conocidos en Italia como en España; y de haber sabido los hijos de la ciudad anfibia, que estaban en el galeon los famosos generales, es indudable que se hubieran apresurado á hacerles un recibimiento entusiasta y digno de tan aristocráticos señores, sin perjuicio de mandarlos asesinar cuando conocieran algunos la noble idea que los llevaba allí; pero el príncipe de Italia previó esto último, y se presentaba, en union de sus compañeros, disfrazado de simple oficial de marina, escondiendo su rostro entre la larga barba que le creció durante la travesía.

Cuando hubieron comido y despachado á los muchos que fueron á reconocerlos, se encerró Silva con sus cinco compañeros, diciéndoles:

— Señores, tenemos delante una opulenta ciudad, en la

que habitan familias nobles y dignas de la mayor consideracion, y muchos malvados á quienes venimos á dar una leccion. Apoya nuestra idea la escuadra sanjuanista y los caballeros de esa órden con su jefe á la cabeza; y de los puñales y venenos venecianos, nos librarán nuestra destreza y precaucion. Se halla de Dux ó jefe supremo del Estado, Pedro Loredano, el cual prestó un gran servicio á mi padre en las guerras de la Liga; y sabiendo éste en Malta lo poco respetada que era la autoridad de su digno compañero, y las traiciones que se consumaban continuamente en esos palacios y canales, me rogó pagase á Loredano el servicio que recibió de él, lo cual he jurado hacer, y á eso hemos venido aquí. Es pues indispensable ser cautos y estar muy prevenidos. Ya he dado á Roch órdenes terminantes para que no permita desembarcar á ningun tripulante, artillero ni criado, ejerciendo sobre ellos una exquisita vigilancia. Hoy debereis permanecer vosotros en el *Leon*, á excepcion del conde, que partirá conmigo. Roberto no debe abandonar la nave, pues sería peligroso que contemplaran los venecianos la belleza de Erminia; y aún le aconsejo que no la deje subir á cubierta. Vosotros, Flaviano, Mauro y Mendoza, recorred mañana, si os place, esos canales; pero los tres juntos, y sin dirigir la palabra á nadie.

Despues encargó á Roch que alquilase dos góndolas con berlina ó caja cerrada, y que se las trajese inmediatamente. Cuando hubo regresado aquél, se cubrieron el rostro con mascarilla el príncipe y el conde, se ciñeron espadas, entraron en el esquife, y guiado éste por el criado del primero, que aprendió á remar en el sparonaro, se dirigieron á la plaza de San Márcos, por entre un diluvio de góndolas que apenas dejaban andar á la de ellos. Al llegar á la escalerilla de la suntuosa plaza que hemos citado, mandó el príncipe á su sirviente que no se separase de allí mientras ellos permanecian léjos, y acto continuo saltaron en tierra.

Con los rostros cubiertos y hablando siempre en español,



J. VALLEJO, dib.^o y lit.^o

Lit. de J. DONON, Madrid.

— ¡ Venecia es la reina del Adriático !
— ¡ No, de Europa !

comenzaron á pasear por la mencionada plaza, quedando asombrados ante el grandioso espectáculo que presentaba la inmensa laguna. Los ciento cuarenta palacios de mármol, y mil casas unidas y formando hileras, cuyo intermedio era una calle de agua; las estrechas callejuelas, en general de tabla, que, auxiliadas con un sin número de puentes, se consigue recorrer por ellas á pié las sesenta islas que forman todos aquellos edificios; el gran canal, el de Yudecca, y cien y cien más cuajados de góndolas llenas de venecianos varones y hembras que lucian riquísimos trajes; y el estrépito, en fin, de instrumentos y voces que se oían do quier, componian un conjunto extraño, sorprendente, admirable. Más que la grandeza de los edificios y ostentacion de sus moradores, llamaba la atencion y asombraba la situacion de una ciudad que no tiene parecido en el mundo.

Cuando los dos *invencibles* contemplaron desde San Márcos el golpe de vista que ofrecia la laguna, pasaron por el centro de la plaza, observando las diez mil máscaras que se apiñaban en ella: unos cantaban, otros reían, y oculto su rostro con el antifaz, se entregaban á toda clase de bromas, sin cuidarse de otra cosa que de animar aquella inmensa reunion tan celebrada en Europa. Allí se daban citas amorosas, noticias terribles, se escuchaban calumnias, salian desafíos y se perpetraban crímenes horrendos.

En su entusiasmo por tan extraña ciudad, concluian los cantores sus estrofas, gritando:

— ¡Venecia es la reina del Adriático!

— ¡No, de Europa!

Les contestaba la multitud, formando coro con ellos.

Oscuració, y las plazas, edificios y canales se llenaron de luces, trasformando en día artificial la noche que pretendia interrumpir con sus negras sombras las mascaradas venecianas.

En este instante se dirigieron el príncipe de Italia y el conde de Santomera á su góndola, diciendo el primero á Perez:

—Rema y atraca luego junto á la escalerilla de ese magnífico palacio unido á San Márcos.

Diez minutos despues entraron nuestros guerreros en la morada del Dux, se descubrieron el rostro, y atravesando el gran patio subieron la escalera de los *Colosos*. Allí fueron detenidos por varios guardias, uno de los cuales les preguntó:

—¿Qué pretendéis?

—Ver al Dux —le contestó el príncipe.

—No da audiencia á esta hora ni recibe á nadie.

—Pues es indispensable me lleveis á su presencia.

—S. A. se halla algo indispuerto.

—El Dux de Venecia jamás está enfermo para el despacho de asuntos como el que voy á someter á su resolucion.

—En dias como estos...

—Es de noche, y para el gobierno del Estado no hay horas señaladas ni diversiones que prohiban hacer el bien de la patria.

—Pasaré el recado, ya que tal empeño teneis. ¿Qué queris que le diga?

—Que traigo una mision del rey de España, habiéndome encargado mi soberano le vea inmediatamente.

—Seguidme.

Y haciendo entrar á los españoles en la sala del *buzon*, les dijo:

—Esperad aquí las órdenes de S. A.

Y ambos penetraron en un saloncito, en el que existia una cabeza de bronce, figurando la de un leon, por cuya movable boca se echaban las denuncias dirigidas al terrible consejo de *los tres*. Era un buzón del que se valian los malvados para vengarse de sus enemigos, pues los escritos que se ponian allí no necesitaban ir firmados, ni el inexorable tribunal de entónces solia por lo comun aplicar la justicia con la rectitud que el derecho individual reclamaba.

Julio y Odon, que conocian perfectamente la historia de

aquella cabeza de bronce, la miraron con horror, comprendiendo que la inquisicion española era ménos terrible y mucho más tolerable que aquel *trino*, á cuyas órdenes estaba el dorado buzón que contemplaban en tal instante.

Después de tres cuartos de hora entró un magistrado, les hizo varias preguntas, encaminándolos acto continuo al salón de audiencias del Dux Pedro Loredano. Se hallaba éste sentado en un gótico sillón, luciendo la túnica de terciopelo, cuyas mangas caían hasta el suelo. Tendría sesenta años de edad, y su figura era grave, respetuosa, previniendo favorablemente. Detrás de su asiento había dos pajes, y á la derecha se sentó, delante de una mesa, el magistrado que acompañó á los *invencibles*.

Silva avanzó hasta llegar á dos varas del Dux y le hizo una reverencia, cambiando una mirada profunda con el dictador. Éste le devolvió el saludo, exclamando:

—Decidme quién sois, manifestando luego vuestra embajada.

—Sirvo á S. M. el rey de España, y debo enterar á la república de Venecia de asuntos relativos á la guerra que Malta ha sostenido contra Turquía, y de la que esta última potencia pretende empeñar con España y el resto de Europa que todavía no domina.

—Don Felipe II—dijo Loredano—tiene aquí un representante extraordinario con poderes amplios, y es, á mi entender, el encargado de tratar conmigo sobre el asunto que acabais de indicarme.

—El conde de Lumbier ignora aún las últimas noticias que hay respecto del pensamiento de Soliman; y pareciéndome urgente el que la república tuviera conocimiento de ellas, quise ver á V. A. antes que al mencionado conde.

—En ese caso traereis documentos que den crédito á vuestras palabras, pues ya comprendereis que el referido asunto no se puede elevar hasta el Dux de Venecia por un desconocido.

Julio deslió un pliego que llevaba en forma de despacho, y se lo alargó, diciendo:

—Perdonad si no uso las formas exigidas por la etiqueta; pertenezco á la marina y desconozco las reglas.

El Dux leyó lo siguiente:

«Soy el príncipe de Italia; vengo á pagaros la deuda que contraí con vos mi difunto padre, y me acompañan el duque del Imperio, el de los Andes, el conde de Santomera, que tengo al lado, Mauro Nuñez de Lara y Rogelio Mendoza. Cerca de aquí se halla la escuadra de Malta con el gran maestre y todos los sanjuanistas, y más allá el imperio español, que apoyará cuanto yo haga ó pretenda. Conozco vuestra triste situacion, y llego con ánimo y desco de destruir á vuestros enemigos y entregaros un poder que os han arrancado de hecho, por más que en la forma parezca lo contrario.—Julio de Silva.»

Loredano miró con asombro al príncipe; pero disimulando su sorpresa, dobló el papel y se lo devolvió, diciendo:

—Teneis razón; esa carta vale tanto como las credenciales de un embajador; y á pesar de lo atrasado que estais en vuestra carrera, veo que hace gran estima de vos el rey D. Felipe.

—Así es la verdad, Sermo. Sr.; y cuando V. A. tenga á bien escucharme, daré principio al cumplimiento de mi mision.

El Dux miró á la derecha, dando á entender á Julio que el hombre sentado allí no merecia su confianza, pero que no hallaba medio de despedirlo sin excitar sospechas; á cuyo fin le preguntó:

—¿Es tan urgente que no pueda aguardarse á mañana?

—Debia enterar á V. A. en este mismo instante; mas si no os fuese posible escucharme, volveré despues.

—Hablad —replicó el Dux, comprendiendo la mirada que le devolvió Silva.

—Señor, vengo á participaros una noticia recibida por

buen conducto, pero que no puedo responder de ella; por lo que, y hasta tanto que mis agentes en Turquía la confirmen, debe guardarse la reserva posible. Creo en consecuencia que sólo á V. A...

—¿Qué decis, Régulo?—preguntó Loredano al magistrado.

—Me retiraré, pues comprendo que mi presencia es inútil—contestó aquél.

—Salid, alférez—añadió el príncipe, dirigiéndose á Odon.

Y en pos de éstos marcharon tambien los pajes que estaban detrás de su señor. El Dux oprimió un timbre, y apareciendo un ujier, le dijo:

—Cerrad las puertas del salon, y que nadie nos incomode.

Obedecido que fué, se acercó á un balcon que daba á la gran laguna, y estrechando cariñosamente la mano del príncipe, exclamó:

—La muerte de vuestro anciano padre causó en mí tan honda pena como la de un hermano. Éramos en Italia dos amigos íntimos; y si algo pude hacer por él, no merece ningun sacrificio de parte vuestra. Cumplí sólo con el deber que impone la amistad; por consiguiente, romped vuestro incógnito, presentaos en Venecia como quien sois, y que al héroe de Dreux, Cambray y Malta se le hagan los honores que merece. El genio que tanto admiré en la frente del primer príncipe de Italia brilla en la vuestra, y no es justo que permanezca oculto por más tiempo. Soy muy desgraciado, Silva; el poder que la república depositó en mis manos me lo han ido efectivamente arrancando poco á poco, hasta dejarme esclavo de un consejo que me amenaza continuamente, y que acaso concluirá por arrojarme de este palacio ó por conducirme al patíbulo. ¡Cómo ha de ser! Si mi destino me conduce allí, cruzaré los brazos y caminaré tranquilo y resignado.

El anciano exhaló un suspiro, y quedó mirando á Julio con interés y cariño; éste le cogió una mano, y besándosela con ternura, le contestó:

— Señor, fuisteis el compañero de mi padre; vuestra espada cortó la mano que debió clavar el puñal homicida en su noble y leal corazon, y mi sangre toda no sería bastante á pagar tan generosa accion. Espiró el autor de mis dias; al poco tiempo creí seguirle á la tumba; mas la Providencia dispuso otra cosa, y me lanzó fuera de España. Crucé los mares; atravesé los desiertos del Nuevo Continente, y seguido de unos cuantos héroes, vencí la revolucion, castigué á los malvados, y dejé tranquilo y dichoso al pueblo que me recibió á lanzazos y estocadas. Cuando me proponia reconquistar el reino peruano, juraba llegar á Venecia, destruir á vuestros enemigos, y depositar en vuestras manos el poder que os dió la república, y que en mal hora os arrancara la ambicion de unos cuantos malvados. Si me ayudais, llevaré á cabo mi pensamiento en el terreno de la intriga á que nos provocan vuestros enemigos; pero si no quereis tomar parte en la contienda, entraré en Venecia como en el Perú, me matarán en sus canales, ó acabaré como allí con los traidores. Sé que estoy en un país extranjero; conozco el poder de esta república; mas traigo facultades ilimitadas de Felipe II, y al que no há mucho venció al coloso de Oriente, no le será imposible humillar á los menguados de esta ciudad. Lo juré, y ya sabeis, gran señor, cómo cumplen los Silvas sus juramentos.

Loredano inclinó la cabeza, permaneciendo largo tiempo entregado á profundas meditaciones; el anciano luchaba con una idea que le halagaba, y temia á la vez su realizacion. Por fin adoptó una resolucion extrema, diciendo al príncipe:

— Hijo mio, nada me deben los Silvas; y si olvidais para siempre un acto de hidalguía, que hubiera practicado con cualquiera de las personas que me rodeaban, aceptaré vuestro generoso auxilio, y veremos si es posible destruir á mis contrarios y que impere en Venecia la justicia. No lo hago por mí; pero no puedo permanecer sordo á los lamentos que continuamente llegan á mi oido, de infelices viudas y padres,

cuyos esposos ó hijos fueron víctimas del puñal asesino ó de la maldad de unos jueces que no tienen conciencia ni humanidad. Ya supondreis que cuando se han atrevido conmigo, cuando me han atado las manos para que no pueda oponerme á sus crímenes, deben sucumbir ante ellos todos los que no se presten á servir de instrumento á sus bastardas pasiones. ¡Ay, príncipe, cuán desgraciado soy! Hasta mi hija, hasta mi pobre Corina fué arrancada del hogar paterno y encerrada en una prision, donde llora amargamente, sin que le sea dado á su triste padre tenderle una mano cariñosa. Mi poder es una ilusion; la sociedad un caos, y verdad sólo la infamia y la traicion. Desoyen mis ruegos, se burlan de mis amenazas, y dueños de la horrible situacion que con arteros manejos y hábiles intrigas supieron crear, me arrebataron ese pedazo de mi corazon, sin ver que era el báculo de mi vejez, el único sér que endulzaba las amarguras de mi vida.

—¿Quién se atrevió á prender á vuestra hija?

—El consejo de *los tres*.

—¿Qué motivo alegaron?

—Ninguno; ¡si es un ángel!

—Explicaos, señor.

—Creo que la ama uno de los individuos que componen dicho tribunal; el hombre más inicuo y ambicioso que existe. Ella le aborrece, lo odia, y esto ha sido suficiente para que, víctima mi Corina de la más torpe intriga, se la haya encerrado en un calabozo, donde permanece incomunicada.

—Bien; ¿pero qué causa alegan? ¿de qué la acusan?

—Han falsificado su firma, poniéndola al pié de una carta, en la cual se hace público un secreto de Estado. Suponen que espiaba mis acciones, leía cuantos documentos llegaban á mis manos, y hasta se han atrevido á asegurar que conspiraba contra la república.

—¡Infame traicion! ¡villanía sin igual! Pero yo la salvaré,

castigando á la vez á sus menguados asesinos. Y á vos, ¿qué excusas os dan?

—Tuvieron la insolencia de decirme que mi hija era mi mayor enemigo, presentándola ante mí como una ambiciosa intrigante; y como es gente que le conviene ver á cada instante una nueva conjuracion contra el Estado, dan por hecho que Corina se halla al frente de esas tramas que sólo ellos son capaces de fraguar.

—¿Podreis decirme qué se propone su terrible amante, viéndola padecer de ese modo?

—Obligarla á que se case con él; y si no accede en la prision y luégo en el tormento, vengarse de ella conduciéndola al patíbulo.

—¿Llegaria á tanto su osadía y vileza?

—¡Ay, príncipe! Desconocéis á sus enemigos. No hay dia que deje de tener noticia de asesinatos cometidos con la mayor alevosía, quedando todos ellos impunes. Viendo yo que ni el consejo de *los diez* ni el de *los tres* hallaban nunca á los asesinos, no obstante el terrible espionaje que ejercen sus cuatrocientos esbirros, me disfracé una noche, otra y otra, crucé los canales y la laguna, hasta encontrar la góndola en que se dió de puñaladas á un noble. Me lancé sobre los sicarios, pretendieron herirme, y les presenté mis pistolas; aterrados al verlas y reconocerme, quisieron huir; pero era tarde, pues los míos tenían ya amarrado su eskuife. Inmediatamente fueron maniatados, conducidos á mi palacio y entregados al verdugo, poniéndolos en el duro trance de morir ó declarar la causa y personas que les mandaban obrar de aquel modo. Apenas empezaba á interrogarles, cuando se me presentó un individuo del consejo de *los tres*, seguido de varios hombres armados, dió libertad á los asesinos, y me volvió la espalda, dejándome sobre la mesa la copia de una sentencia de muerte. Los presos por mí eran dependientes del tribunal de *los tres*, y éste ordenó la alevosía que yo presencié. Habian formado causa á la víctima

en vista de una denuncia sin firma, le condenaron, y sacándole de su palacio con un pretexto cualquiera, clavaron un puñal en su corazón, arrojándolo al Adriático para que sirviera de pasto á los peces. Esto se repite continuamente; y de los que obran así, ¿qué podrá esperar mi pobre Corina?

—Sepamos ántes de pasar adelante: en Venecia existe el gran consejo, compuesto de todos los nobles inscriptos en el libro de Oro; éste nombra de entre sus miembros los individuos que han de formar el consejo de *los diez*, los cuales están encargados de fallar en las causas sobre delitos políticos. De los mismos diez, alternando todos los meses, deben salir los que actúan como tribunal de *los tres*, cuya mision es instruir y terminar los restantes sumarios. Ahora bien: acusada vuestra hija de un crimen político, ¿por qué razon entiende el último de estos consejos y no el anterior?

—Componiendo el *trino* parte del tribunal de *los diez*, habrá alegado su infame amante cualquier pretexto para llevar la causa á un terreno donde le es mucho más fácil perder á mi pobre Corina.

—¡Luego esos diez hombres son, sin excepcion, unos miserables!

—Creo lo mismo. Todos adquirieron grandes fortunas; y con el oro, su refinada hipocresía y perniciosa habilidad, consiguieron ser elegidos para los cargos que hoy desempeñan, habiéndoles costado bien caro ya á algunos de los nobles que tan cándidamente cayeron en la red y los votaron. Silva, este es un país donde hay hombres modelos de hidalguía, valor y generosidad; pero á su lado existen otros peores que el mismo Lucifer.

—¿Será posible que diez miserables entregados al crimen y la maldad, se burlen de un pueblo entero, consintiendo todos que queden impunes sus delitos, y sin que haya nadie capaz de contenerles ó confundirlos?

—Tienen el poder, infundieron el terror entre los buenos, y nada es hoy suficiente á sobreponerse á ellos.

—Pardiez, se les coge y ahorca, del mismo modo que ellos disponen otros asesinatos que carecen de justificacion.

—Unos porque están vendidos al oro ó al favor, y los restantes por miedo, es lo cierto que todos les obedecen.

—Y esos hombres de valor é hidalguía, de que me hablabais ántes, ¿dónde se hallan?

—Son tantos los espías y sicarios de que disponen aquellos, que tiemblan los más valientes y no se fian ni aún de sus propios hermanos. Esta desconfianza los desune y aleja; y aún cuando los malos sean pocos, como están estrechamente ligados, dominan á los restantes, burlándose de todos.

—Muy bien, Dux de Venecia, soberano sin poder, rey que tiene en su casa un trono y fuera de ella nadie le obedece; yo os daré lo que os corresponde, salvaré á vuestra hija, confundiré á los malvados y os dejaré en aptitud de que podais presentar á la aprobacion del gran consejo un sistema de gobierno más racional y propio de esta importante república.

—Ante todo, y ya que vais á exponeros por mí, librad á mi hija lo primero.

—Veremos qué es más conveniente, señor de Loredano.

—No, hijo mio; compadeceos de esa infeliz, que gime en un calabozo rodeada de miserables verdugos.

—¿Temeis acaso por su honra?

—Eso no, que es tan fuerte como su padre; pero la matarán, y yo moriré de dolor. ¡Por vuestra madre os lo ruego!...

—Basta, señor, basta; salvaré á vuestra hija mañana mismo, si me es posible.

—Obrad con cordura, no os expongais demasiado.

—Dux, somos seis hermanos que el vulgo nos apellida...

—*Invencibles*, ya lo sé. Dicen verdad, os hacen justicia; pero son tan arteros, ruines y malvados esos hombres, que...

—Nada temed; aquí teneis un lápiz y papel; apuntad

sus nombres, añadiendo los de aquellos otros que deban acompañarles.

Loredano escribió: Donato, Grimani, Landi, Trevisano, Morosino, Faliero, Baduari, Bragadino, Michelo, Gradenigo.

—Es suficiente con estos diez—dijo el Dux, alargando el papel al príncipe.—De los restantes yo me encargo.

—Continuad—le contestó éste.—Indicadme los medios de que se han de valer los míos para entrar al servicio del tribunal de *los diez* ó del otro, en clase de soldados, agentes, esbirros, ó de lo que sea más fácil. Con poco que escribais tendremos suficiente.

Aqué! estampó once líneas, y dando nuevamente el papel á Silva, añadió:

—Ahí teneis lo que os hace falta. Cuento con marinos leales, y nobles de quienes puedo fiarme; les enteraré esta noche del pensamiento que os proponeis llevar á cabo, y no dudo que os ayudarán, velando á la vez por vuestras vidas. Para que os reconozcais fácilmente, usarán la contraseña de: *Venecia y Castilla*; respondiendo vosotros: *Castilla y Venecia*.

—Perfectamente. Dad órden para que me dejen entrar en el momento que llegue á vuestro palacio. Me llamo aquí el capitán Julio, y mis compañeros los alféreces Flaviano, Odon, Roberto, Mauro y Rogelio.

—¿Dónde parais?

—En el galeon que está anclado frente á estos balcones. Lo distingue un leon que sobresale en su proa.

—Escuchad y fíaros sin reparo alguno, de todo el que os dé la contraseña indicada.

—Estrechad mi mano, y que el cielo os guarde, venerable Dux.

—Visitad inmediatamente al conde de Lumbier.

—Me dirijo á su palacio desde el vuestro.

—Que Dios os acompañe y defienda, noble y poderoso príncipe de Italia.

Y saliendo Silva se incorporó al supuesto alférez Odon y

partieron, enterándose ántes del sitio donde se hallaba el palacio habitado por el representante extraordinario de Felipe II. Saltaron á la góndola, y favorecidos por la completa iluminacion con que los venecianos continuaban celebrando la primer noche de Carnaval, llegaron á los pocos instantes al mencionado edificio.

El conde de Lumbier recibia aquella noche á las principales familias de la ciudad acuática, y ya estaban sus salones llenos de los convidados que habian acudido, cuando le avisó un dependiente, que le esperaban en su despacho dos marinos españoles.

—Diles—respondió el conde—que vuelvan mañana.

Desapareció aquél, y volviendo al poco tiempo, añadió:

—Señor, han contestado que traen una mision secreta é importante de S. M. el rey; que no se marchan, y que si no vais entrarán aquí.

—¡Qué atrevimiento! Haz que sean inmediatamente echados de mi casa.

Cinco minutos despues rodaban los criados del conde por la escalera de palacio, á manos del alférez Odon. Al ruido volvió la cabeza Lumbier, hallándose frente á frente del príncipe, sobre el cual se fijaban en aquel instante las miradas de los convidados. Julio quedó parado delante del conde, enseñándole su insignia de capitan. Aturdido aquél al reconocerle, retrocedió dos pasos, queriendo luégo alargarle la mano; mas le contuvo la mirada de Silva. A la vez se presentó un criado, y le dijo:

—Señor, un compañero de este marino ha maltratado á un ujier y á cuatro criados.

—Bien, bien—replicó el conde, añadiendo á sus convidados:

—No os alarmeis, que no es nada. Deseaban verme dos españoles; mis criados interpretaron mal la orden que les dí, y esto promovió las voces que habeis oido. Dispensadme por un momento, que en breve volveré. Seguidme vos, capitan.

Y quiso entrar en su despacho; pero mucho ántes de llegar le detuvo Julio, diciendo:

—Aquí estamos solos, y os puedo enterar del asunto que me trae á vuestra casa.

—Príncipe, os ruego me perdoneis si anduve torpe esta noche.

—Conde de Lumbier, soy el capitán Julio, que trae al Dux una misión secreta de vuestro rey, cuyo augusto nombre olvidasteis poco há. Las órdenes firmadas por el mencionado capitán las obedecereis inmediatamente, advirtiéndolos que la menor imprudencia ó descuido os costará la vida. Que el cielo os guarde, señor embajador extraordinario.

—Príncipe...

—El capitán Julio os he dicho.

—Gran señor, perdonad mi falta, y honrad mi casa...

—Olvido la primera, Lumbier; divertíos, y cuidado con la segunda, si no quereis que vuestra esposa quede viuda.

Y le volvió la espalda, sin esperar respuesta.

Odon, cruzado de brazos é inmóvil como una estatua, miraba con fría indiferencia el auxilio que prestaban los restantes criados del palacio á los cinco que quisieron prohibir á Silva la entrada en los salones, y á los que hizo rodar uno á uno por la escalera, asustando á los restantes.

—Sígueme—le dijo el príncipe, y ambos partieron, dejando asombrado al conde y aturridos á sus sirvientes.

—¿Nos perjudicará ese escándalo?—preguntó Odon, penetrando en la berlina ó caja de la góndola.

—Antes al contrario—contestó Silva.—Nos evitó entrar en explicaciones con Lumbier, y exponernos á alguna imprudencia, hija de su falta de práctica y conocimiento de nuestro modo de obrar. Ahora le contendrá el miedo y lo poco que sabe de nosotros.

Un cuarto de hora despues subieron al galeon, donde eran esperados por sus cuatro compañeros restantes, Ermينيا y Roch.

El príncipe enteró á sus amigos del estado de Venecia, llenándoles de indignacion su relato, y jurando no abandonar aquella laguna hasta despues de salvar á la bella Corina y haber entregado al noble Dux el poder que arrancaron de su diestra diez hombres tan poderosos como ruines y villanos. Mauro, Rogelio, Odon, Roberto y hasta el príncipe, pronunciaron discursos, juramentos terribles y amenazas que en breve debian realizar, mientras que el astuto Flaviano se frotaba las manos y sonreia con toda la malicia de que era capaz.

—¿Por qué ries de ese modo?—le preguntó Mauro.

—¿No lo has comprendido? Te lo explicaré: nos hallamos en Venecia; estamos conspirando, y la mayor parte de la gloria de esta jornada me corresponde á mí. Habrá unto en la piel; disfraz de gondolero ó de algo ménos aún; sentaremos plaza de soldados, agentes ó esbirros; y la bella Corina, apoyada en el brazo de un caballero español, saldrá al aire libre del modo y manera que el célebre secretario de Felipe II, Antõnio Perez. ¿Recuerdas?

—Eso deseamos, Osorio—le contestó Silva—que mientras tú entretienes á los soldados, esbirros ó agentes, la hija del Dux sea conducida al *Leon*, apoyada en el brazo del muy noble señor conde de Santomera.

—Lo que tú dispongas, Julio; pero ya sabes que poseo el italiano lo mismo que el español.

—Por esa razon te quedarás entre los agentes, carceleros ó soldados, toda vez que Corina no tratará de indagar si su libertador es ó no extranjero.

—Me es igual, con tal de ir á esas prisiones y dirigir la escena; llevo conmigo siempre lo necesario, en Venecia hay vino abundante, y me será fácil adormecer á cuantos prueben el líquido compuesto por mí.

Los *invencibles* arreglaron su plan de campaña, ó mejor dicho, de intriga, sin amedrentarles ni por un segundo las dificultades con que tenian que luchar, y lo expuestos que

estaban á perecer entre los sicarios de Venecia. Despues se retiraron á descansar, con ánimo de emprender su noble propósito en cuanto amaneciese.

Era tal la hidalguía de los seis guerreros, que al simple anuncio de una infamia ó villanía les abandonaba el instinto de conservacion, se entregaban á la ira y deseo de confundir á los malvados, y sin reparar en el número, clase y condicion, se lanzaban sobre ellos, jugando sus vidas, sin exponerse á ganar otra cosa que la satisfaccion de haber defendido la justicia y castigado á los criminales. Con tanto talento, habilidad y destreza como valor y hasta heroismo, atacaban lo mismo en campo abierto y al frente de los ejércitos, que entre las sombras de la noche y en medio de intrigas, cubiertos con disfraces y descendiendo de sus elevadas posiciones para confundirse con la plebe, y en algunas ocasiones con lo más abyecto de la sociedad.

¡Quiera el cielo que en esta última jornada se cumpla el noble deseo que los alienta, sin que el envenenado puñal homicida derrame aquella sangre tan ardiente y poderosa!

CAPITULO XXIII.

Un marino veneciano.—Enganche.—Los dos nuevos servidores de la república.—De generalísimo á gondolero.—Las prisiones.—Corina de Loredano y sus verdugos.

En los momentos en que los seis generales se retiraban á sus camarotes, oyeron varias voces en italiano, á las cuales contestaba Roch.

—No acostaos — exclamó el generalísimo, y volvieron á reunirse en la cámara principal del buque.

Poco despues llegó el patron, diciendo á Julio:

—Señor, una lancha tripulada por marinos de la escuadra veneciana, acaba de detenerse junto al galeon; uno de los que vienen en ella dice que desea hablar con el capitan Julio.

—Que penetre hasta aquí, y sepamos lo que quiere; pero que sólo él desembarque, y vigilad vos á los otros.

Los *invencibles* se sentaron, viendo entrar algo más tarde á un embozado, el cual se descubrió, haciéndoles luégo una profunda reverencia. Era un jefe de la escuadra de la república.

—*Venecia y Castilla* — les dijo.

—*Castilla y Venecia* — le contestó el príncipe, añadiendo:

—Sentaos, señor marino. Podeis decirme cuanto gustéis, sin cuidado por las personas que nos rodean.

—¿Sois el capitán Julio?

—Ahora sí.

—Excelencia, ¿tendreis á bien decirme cuándo hablasteis con el Dux?

—Esta tarde; pero suprimid el tratamiento.

—Me lo han mandado, señor.

—Yo os lo prohibo; teneis la misma graduacion, segun veis, y sólo lo recibo de los que pretenden elevarse sobre nosotros.

Y ambos cambiaron una mirada, quedando satisfecho Silva de la frente y actitud del recién venido: era efectivamente un valiente marino, que amaba y obedecía al Dux con la lealtad de un caballero.

—Dicen — exclamó — que hay aquí dos hombres, los cuales desean entrar al servicio de la república; si no tienen inconveniente en seguirme, conseguirán su objeto esta misma noche. ¿Hablan bien el italiano?

—Perfectamente, y os acompañarán con mucho gusto.

—¿Están presentes?

—Sí, capitán; vedlos; el señor Odon y el señor Flaviano.

—*Corpo di Bacco!* — exclamó el marino, mirándolos con asombro. — Oí hablar de ellos, y conozco sus hechos.

—Son modestos, señor marino; y con tal de servir á la república, entrarán de soldados, agentes ó esbirros.

—Que se corten un poco las barbas; y cubiertos con jaiques del país, que se dispongan á seguirme; serán dos valientes paduanos que prestarán grandes servicios á mi patria.

—Obedeced, señores, volviendo lo ántes posible.

Flaviano y Odon salieron de allí, cambiando una sonrisa con el marino que los esperaba. Julio preguntó á éste:

—¿No os ha dado el Dux ninguna comision que os aleje de Venecia?

—Sí; al ser de día me haré á la vela para la costa de Dalmacia en mi navío *El Triunfo*.

—¿Que mandais vos?

—Que mando yo.

—¿Cuándo debeis regresar?

—En el instante que llegue á mis manos una orden del Dux, la cual deberá terminar con las frases *Venecia y Castilla*.

—¿Y si no fuese nunca?

—Entonces iré á España, preguntando por el príncipe de Italia.

—Perfectamente, amigo mio; cumplid vuestro encargo esta noche, y nada temais.

Algo despues se presentaron en la cámara del príncipe el duque del Imperio y el conde de Santomera, perfectamente disfrazados con trajes de los que usaba la plebe, cortadas las barbas, y barnizados los rostros y manos hasta poder confundirse con los hombres más expuestos á los rigores de la intemperie. Llevaban una sola daga en el cinto, y pistolas pequeñas escondidas en los bolsillos del jaique.

—¡Por San Márcos, que no os hubiera conocido!—exclamó el marino.—¡Bravo, señores; bien empezais! ¡Quiera el cielo que termineis lo mismo!

—¿Estarán cerca de las prisiones del Estado?—preguntó el príncipe al capitán.

—Dentro, señor; van á pertenecer á la guardia que más confianza merece al consejo de *los tres*.

—En ese caso, recordad ambos que en el canal próximo teneis dos góndolas y cuatro compañeros á vuestra disposicion.

Acto continuo se despidieron los tres de los *invencibles* que quedaban en el galeon, marchándose inmediatamente.

El príncipe dió algunas ordenes á Roch y á los Zallas, y unido al duque de los Andes, á Mauro y á Mendoza, se disfrazaron de gondoleros venecianos. Cogieron sus pistolas,

espadas y puñales, se despidieron de Erminia, y saltando á las dos góndolas que tenían alquiladas, escondieron en las berlinas sus armas, y en el mismo instante comenzaron á bogar, dirigiéndose hácia el puente de los *Suspiros*. Delante iban el príncipe y el duque, y detrás Mauro y Rogelio; llegaron al canal que bañaba los muros de las prisiones, y allí detuvieron sus esquifes, quedando tres recostados y dormidos, y el cuarto en vela, siendo reemplazado por uno de sus compañeros á las dos horas; y así sucesivamente continuaron, uno despierto y los restantes durmiendo. Dejémosles por algun tiempo para seguir á Flaviano y á Odon.

En pos éstos del capitan veneciano, entraron en una lancha movida por dos remos, bogando hácia el centro de Venecia, cuya ciudad continuaba aún entregada á la algazara, bailes, animacion y alegría de un pueblo que festejaba el Carnaval como ningun otro del mundo.

A los quince minutos de atravesar canales se detuvieron al pié de una casita de buen aspecto, y desembarcaron el capitan y los dos *invencibles*, entrando inmediatamente en aquella. Pronto salió á recibirles un italiano alto, delgado, de figura antipática, y en cuyo rostro se retrataba la perfidia. Era el capitan de la fuerza encargada de custodiar las prisiones de la ciudad anfibia, y se llamaba Carpóforo.

—Os presento, mi valiente amigo—le dijo el marino—á estos dos buenas piezas, hijos de Padua, y tan atrevidos y sagaces como los mejores que sirven á vuestras órdenes.

—Necesitaba ocho, segun os indiqué—contestó Carpóforo—y si son como decís, quedarán esta noche admitidos. Nada malo puede venir de vos, que sois un baluarte de la república; pero á esta canalla la entiendo yo mejor que vos, y me habreis de permitir que los examine. ¿Cómo os llamais?

—Yo, Flaviano.

—Y yo, Odon.

—¡Qué nombres tan raros! Acercaos; cogeos á mis ma-

nos; apretad. Basta; ¡*Diavolo!* teneis las fuerzas de un leon. ¿Habeis servido?

—Sí.

—¿En dónde?

—En Malta.

—¿Contra los turcos?

—Contra todo el mundo; para nosotros no hay más reina que Venecia.

—¿Manejais bien la espada?

—Y el puñal.

—¿Sois cobardes?

—No hay pedazo de nuestro cuerpo que no esté señalado por delante.

—¿Y la conciencia?

—Se la entregamos á nuestros jefes; á nosotros no nos hace falta.

—¡Bien dicho! Por San Márcos, que hablan como Séneca.

¿Qué deseais?

—Buena paga y el puesto de más peligro ó de responsabilidad.

—¿Qué os asusta en el mundo?

—El hambre.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Señor capitan, estos hombres son como recomendados por vos; me acomodan, y esta noche mismo quedarán incorporados á la compañía. ¿Teneis algo que hacer?—les preguntó á los españoles.

—Servir á la república y cobrar.

—Os daré medio ducado al dia, ropa, y entrareis mañana de servicio en las prisiones del Estado. ¿Os acomoda?

—Sí, señor.

—Pues esperad afuera y luégo os filiaré.

Carpóforo le dió las gracias al marino por los dos valientes que le habia presentado, cruzaron algunas frases sobre

el estado de la república, despidiéndose despues el supuesto protector de los españoles. Al cruzar por delante de éstos, les dijo:

—Muchachos, respondo de vosotros, porque os conozco mucho y creo que me dejareis bien.

—Descuidad, mi capitan—le contestó Osorio—que no tendreis queja de nosotros.

—Lo creo. Y vos, amigo Carpóforo, destinadlos á las prisiones que ofrezcan mayor cuidado é interés.

Salió el marino, y el capitan de tierra comenzó á tomar la filiacion á sus nuevos subordinados. Despues les adelantó cinco ducados á cada uno, los uniformó, dándoles espada y pica, é inmediatamente los mandó incorporar á la compañía, poniéndoles la nota de *muy útiles para los puntos de importancia y casos extremos*.

—¡Muy bien!—exclamó Carpóforo mirándolos.—Pareceis dos veteranos de la república; portaos como corresponde, y nada os faltará. Os advierto que podeis ganar mucho oro si es cierto lo de la conciencia y el puñal.

—Haced la prueba—le dijo Osorio con intencion.

—¡Vaya si la haré! En cuanto á eso, estad tranquilos, que las ocasiones menudean; habrá dinero largo, y sereis los preferidos. Uníos á vuestros compañeros, sellad lá boca y preparad los puños. ¡Ya sé yo que los paduanos tienen una sangre!...

El duque del Imperio y el conde de Santomera salieron de la casa de su capitan, acompañados de un sirviente. Vestian bota de badana, calzon de paño, una especie de trusa amarilla, gaban de pana carmesí y gorra negra sin pluma. Ceñian espada, empuñaban terribles picas, segun hemos dicho, y llevaban escondidas sus magníficas pistolas y dagas. El criado los condujo frente al edificio destinado á cárcel; allí encontraron durmiendo sobre jergones, los cuarenta individuos que estaban francos aquella noche. La casa ó cuartel donde se hallaban era un cuadrilátero, que formaba

una sola habitacion; en medio, y apoyadas en las pilastras ó piés derechos, estaban las armas, y alrededor junto á la pared cien tarimas que servian de camastros. Los sargentos ocupaban el frente, y la tropa los laterales. Tenian un centinela á la puerta, componiendo éste toda la guardia de prevencion. Desde esta casa á la puerta principal de las prisiones habia un puente que atravesaba el estrecho canal, único que separaba los dos edificios.

El mencionado centinela recibió á los tres que acababan de llegar, llamó al sargento, el que enterado del escrito y filiaciones que le mandaba Carpóforo, admitió á Osorio y Navarro, destinándoles dos camas, en las que ellos, despues de dejar sus armas entre las de sus compañeros, se acostaron tranquilamente.

Una hora despues dormian ambos como en sus propios lechos. El valor y sangre fria de estos hombres no tenía rival.

Los individuos de la compañía destinada exclusivamente al servicio de las prisiones, entraban de guardia la mitad de ellos próximamente un dia, y al otro descansaban; tenían el capitán que ya conocemos, dos alféreces, que habitaban en las cárceles, y otros tantos sargentos. Carpóforo vivia fuera, y si bien era el jefe absoluto de aquella fuerza, en cambio destruia lo halagüeño de su posicion la gran responsabilidad á que quedaba sujeto, pues contraia la obligacion de responder ante la república de la custodia de los presos y de los actos de sus subordinados. Era cargo tan odioso y expuesto, que sólo hombres como él podian aceptarlo; pero á nuestro terrible capitán se le toleraban faltas que otros hubieran llorado amargamente, en vista de los servicios extraordinarios que prestaba al consejo de *los tres*, para el cual no tenía voluntad ni conciencia.

A los primeros sonidos del toque de diana saltaron de la cama Odon y Flaviano, fingieron asearse, y comenzaron á hablar á sus compañeros con la misma familiaridad que si

los conocieran y trataran mucho tiempo. El audaz, ingenioso y festivo Osorio atrajo las simpatías de todos, siendo al poco tiempo aplaudido y estrechado por aquella soldadesca desenfrenada. Sus chistes y epigramas eran escuchados con mucho gusto, proporcionándole un puesto distinguido entre la gente que le rodeaba, cuyos modales, acciones y terribles votos imitaba admirablemente. Dos horas más tarde se presentó el capitán y un alférez, les pasaron revista, treinta de ellos cruzaron el puente, y llegando á las prisiones, relevaron al resto de la compañía; iban allí Odon y Flaviano; el primero debía entrar de centinela por la mañana, y el segundo por la noche. Ambos, unidos á algunos de sus compañeros, empezaron por reconocer el terreno, ó sean las localidades, prisiones y cuantos calabozos encerraba el extenso y lóbrego edificio; mas esto lo verificaban sin poder entrar en ninguno de los últimos, y ménos averiguar los nombres de los encerrados allí. En cambio aprendieron perfectamente las entradas y salidas, paseando desde el primero al tercer piso por todos los pasillos y hasta lugares más escondidos de la cárcel. Despues se asomaron á una ventana, viendo casi debajo de la misma las dos góndolas de sus compañeros, y en una de ellas, recostado y meditabundo, al generalísimo príncipe de Italia. Vestía de simple gondolero, y su blanco y hermoso cutis se hallaba barnizado, ni más ni ménos que el de los dos supuestos soldados de la república veneciana que le contemplaban.

Abstraído Julio en sus ideas, no miraba á la ventana; y creyendo Flaviano que sería conveniente supiera el sitio y posición que ocupaban, llamó su atención con la siguiente coplilla:

Tales fenómenos hay
en la patria de Faliero,
que á un general ví elevarse
de príncipe á gondolero.

Miró Silva, y no pudo ménos de sonreír al ver los trajes,

rostros y actitud de sus dos amigos. Poco despues cayó sobre su esquite una miga de pan bastante abultada; el generalísimo la cogió, le reemplazó el duque de los Andes, y entrando él en la berlina del bote, deshizo aquella, hallando dentro un pedazo de papel escrito con lápiz por ambos lados.

Inmediatamente desapareció una de las góndolas, regresando dos horas más tarde.

El conde de Santomera y el duque del Imperio continuaron atrayéndose las simpatías de sus compañeros, conocieron los alcaides y carceleros que existian allí, sin dejar por eso de examinar cuanto les era dable. El primero hizo sus dos horas de centinela, retirándose despues á un sitio apartado con su amigo Flaviano; pero nada pudieron acordar definitivamente, toda vez que, reuniéndose á las siete el consejo de *los diez*, y luégo el de *los tres*, y viéndose obligados durante el tiempo que se emplease en los interrogatorios de ambos tribunales á permanecer formados, decidieron aguardar el término de aquellos, para llevar á cabo la temeraria idea que se proponian.

En cuanto anocheció cerraron las puertas y ventanas del edificio, reuniéndose inmediatamente los que no estaban de centinela, con un alferez á la cabeza. Poco despues llegó el capitan, eligió cuatro soldados, siendo uno de ellos Odon Navarro, marchando luégo á un saloncito donde estaban el alcaide y dos carceleros. En aquel sitio debian esperar las órdenes del consejo.

No habia trascurrido media hora, cuando se abrió una puerta de aquella habitacion, presentándose un ujier, que dijo:

— ¡El capitan Carpóforo! Tomad esa orden de los señores del tribunal.

Y desapareció, dejando abierta la puerta por donde acababa de salir.

En el papel que le dió iban los nombres de los reos á quienes estimaba oir el consejo de *los diez*.

—Alcaide—exclamó el capitán—traed inmediatamente á Prisco Faviano.

Marchó aquél, seguido de los dos carceleros, regresando con un anciano, el cual iba sujeto con esposas y grillete.

—Dos de vosotros—añadió Carpóforo, dirigiéndose á los cuatro soldados—llevad á ese hombre ante los señores del consejo.

Odon avanzó el primero, otro le siguió, cogieron en medio al reo, y penetraron con él en el puente de los *Suspiros*. Éste se hallaba cubierto á las miradas del público por gruesas paredes y techo, uniendo de este modo un costado de las cárceles con otro del palacio del Dux, pues ambos edificios estaban separados por aquella parte, por solo el estrecho canal que atravesaba el mencionado puente. Se llamaba desde muy antiguo de los *Suspiros*, en razon á que era el sitio por donde pasaban las victimas para sufrir unas veces el interrogatorio del tribunal correspondiente, y oir otras la sentencia que las condenaba al patíbulo.

Odon, conduciendo al anciano Prisco, aprendió el camino, conoció á los que componian el consejo de *los diez*, y llevando y trayendo reos se enteró de cuanto creyó útil y conveniente.

Por fin terminó este consejo, reuniéndose acto continuo el de *los tres*.

Apareció otro ujier en el saloncito donde se hallaba Carpóforo; mas en vez de llevar una orden con varios nombres, exclamó desde la puerta:

—Los señores sólo interrogarán esta noche á la signora Corina di Loredano. Conducidla inmediatamente á su presencia.

Y desapareció. El conde de Santomera sintió al oir aquel nombre una impresion que no pudo explicarse; pero disimuló cuanto pudo, y cruzando los brazos quedó mirando hácia el puente. Como no habia acompañado al último reo, le correspondia ir con la hija del Dux, y la ocasion que se

le presentaba no podía ser mejor. El valiente guerrero dió las gracias al cielo, y esperó tranquilo la llegada de la dama.

Esta vez fueron en busca de la víctima el capitan, el alcaide y los dos carceleros.

En tal momento molestaban al conde de Santomera una ansiedad, un deseo que no sintió jamás. Acostumbrado á combatir la injusticia de los hombres contra otros del mismo sexo, le parecía sublime su mision en aquel instante, en que trataba de arrancar de mano de sus verdugos una víctima tan inocente como pura y bella. Su alma noble y generosa le presentaba á Corina Loredano como un ángel ultrajado por sayones sin corazon ni piedad. La juzgaba hermosa, casta, y tan entendida y arrebatadora como la mujer más ideal; y pensando así acrecia su impaciencia, aumentaba el deseo y le atormentaba la ansiedad.

Por fin oyó el ruido que producian las monótonas pisadas de los que salieron poco ántes, y fijó su vista con avidez en la puerta de entrada. Un minuto más tarde apareció Corina en medio del capitan y del alcaide, yendo detrás los dos carceleros.

La noble hija del Dux tenía veintidos años; su fino y terso cútis presentaba un moreno claro y agradable; sus ojos eran negros, grandes y rasgados; sus facciones perfectas, y en el conjunto de su expresivo rostro habia tanta majestad como altivez. A su estatura, más que regular, acompañaba una forma esbelta y elegante; y era, en fin, el verdadero tipo veneciano en su mayor grado de altanería y belleza. Llevaba un vestido de terciopelo negro, con puños, hombros y cuello de finísimo encaje rizado; un poco de escote le dejaba lucir, sobre la hermosa garganta, un collar de perlas ménos finas que su epidermis, é iguales á las que adornaban el prendido que sujetaba sus negros cabellos. Tenía en la mano izquierda un rico pañuelo de batista, y le cubria la faz un velo tan claro que permitia ver perfectamente sus facciones. No demostraba en aquel instante pesar

ni angustia, y más que reo parecía una reina que pisaba las gradas del trono.

Navarro se fijó en ella, y efecto sin duda de contemplarla por el prisma de las desgracias que afligian á la hermosa jóven, la juzgó más bella aún de lo que era en realidad, más candorosa, é infinitamente más simpática y deliciosa. Su apasionado é hidalgo corazon sintió una impresion más profunda al ver á Corina, que la recibida al hallarse por primera vez delante de Tolopalca; bien es verdad que si ésta era más hermosa, las desgracias de aquella la elevaban á mayor altura para los ojos del noble guerrero.

— Dos soldados y seguidme los tres — exclamó el capitán, y se dirigió al puente de los *Suspiros*.

Odon y otro guardia se pusieron á los costados de Corina, marchando detrás de Carpóforo. De este modo atravesaron el puente. Al salir de él para entrar en el palacio del Dux, sacó el conde de Santomera un papelito escrito con lápiz, que llevaba á prevencion, y con el mayor disimulo lo acercó á la mano de Corina; ésta dudó, mas fijándose en el rostro de Navarro, hubo de comprender que la tierna mirada que éste le devolvió no era la de un sicario, y le cogió, desliándolo entre su pañuelo, con el cual lo cubria. Odon respiró con más tranquilidad, y los cuatro siguieron marchando adelante.

Ya en el palacio ducal, en vez de dirigirse por la espléndida escalera de los *Colosos* al gran salon donde estuvo reunido el consejo de *los diez*, continuaron por el piso bajo, entrando luego en un pasillo muy angosto, y en el que sólo podian caminar uno á uno, por cuya razon siguió al capitán un guardia, detrás iba Corina, y en pos el conde de Santomera. El mencionado pasillo estaba lo suficientemente alumbrado para que la hermosa y sagaz jóven leyera el papelito, cubriéndolo siempre con su pañuelo. Navarro le decia lo siguiente:

« Soy el conde de Santomera, y me acompañan los gene-

rales españoles que el vulgo llama *invencibles*. Valor, bella Corina, que los seis cumpliremos á vuestro padre la palabra de salvaros, empeñada por el príncipe de Italia.

Con la mano izquierda se llevó la hija del Dux el papelito á la boca, le mascó y se lo tragó, en tanto que alargaba la derecha al conde, por la espalda y con la mayor cautela. Éste se inclinó y estampó en ella un beso, estrechándola á la vez, con algo más que sentimiento y dolor.

Aquella escena duró ménos que un relámpago; ni el capitán ni el otro guardia que iban delante pudieron percibir nada, continuando la comitiva por los pasillos de la parte baja del palacio.

Si al ver á Corina recibió Navarro una impresion tan fuerte y agradable, fué todavía más profunda y sensible la que experimentó al estrechar la suave y diminuta diestra de la hija del Dux. Dos veces volvió ésta la cabeza y miró agradecida á su protector, recibiendo él aquellas miradas con éxtasis, que demostró á la jóven el verdadero efecto que le causaban.

Tres minutos despues penetraron por una puerta pequeña que abrieron los dos esbirros que la guardaban, entrando acto continuo en una sala húmeda y mal alumbrada.

— Esperad aquí — dijo el capitán, y llegando á otra puerta que habia enfrente, dió un golpecito, exclamando:

— La signora Corina.

Y quedó apoyado á la pared y como aguardando allí las órdenes del tribunal.

Algo más tarde se oyó repetido tres veces el sonido de una campanilla de oro; entónces entreabrió la puerta Carpóforo, diciendo á la hija del Dux:

— Avanzad; el alto y poderoso consejo de *los tres* os espera.

Con frente erguida y la majestad de una reina anduvó lentamente la hermosa víctima, entrando en la sala del tribunal; el capitán cerró la puerta y salió de aquella estancia, diciendo á los guardias:

—A veinte pasos de vosotros estoy; si ocurre algo, avisadme.

Y se incorporó con los esbirros que continuaban fuera, á los que comenzó á preguntar varias cosas.

Corina llegó hasta situarse cerca de una mesa cubierta con paño negro, sobre la que habia varios papeles, y en torno tres hombres enmascarados y envueltos en un ropon, negro tambien, que era la toga usada por ellos. Sobre el pecho tenían bordada una calavera blanca, y debajo de ésta un número; el que ocupaba el centro ostentaba el uno; el de su derecha el tres, y el de la izquierda el dos. La actitud de aquellos terribles jueces era arrogante y severa; la de Corina tan altiva como desdeñosa. Eran los encubiertos Donato, Grimani y Landi. El primero de estos, que se hallaba sentado á la izquierda y tenía el número dos, era el amante tantas veces despreciado por su bella prisionera.

La estancia en que se encontraban, tan extensa como lóbrega, estaba poco alumbrada, viéndose en las paredes cuadros que representaban reos en el acto de oír su sentencia de muerte, y ajusticiados, cuyas cabezas enseñaba el verdugo á la multitud. Y el conjunto de cuanto allí existia no podia ser más sombrío, triste y aterrador; pero nada bastó á doblegar la entereza y valor de la altiva heredera del Dux.

Su juez número dos se fijó en ella con amoroso afán; mas la joven le miró con el más soberano desprecio; entónces cogió el enmascarado un sumario y leyó el extracto del mismo, el cual se contraía á enterar á Corina de los delitos que se le imputaban. Concluido el relato le preguntó el número uno:

—¿Qué teneis que alegar contra los crímenes de que estais acusada?

La víctima nada contestó. El número dos la dijo:

—Sois joven, hermosa, y el porvenir os brinda con placeres y dichas de que podreis gozar muchos años. Abando-



J. VALLEJO, dib.^o y lit.^o

Imp. de J. DUNON Madrid.

— ¡Nada os contesto, asesinos !

nad esa altivez; ved en nosotros tres jueces que anhelan vuestro bien, y disculpaos, si os es posible, del delito que habeis escuchado.

Y tornó á fijarse en ella con ardiente afán.

La hija de Loredano volvió á mirar á Donato con más desprecio que nunca. El número tres, fingiendo la voz cuanto pudo, añadió:

—Vuestro silencio, signora Corina, os va á costar la vida; hablad, siquiera por vuestro anciano padre. Os advierto que es la tercera y última vez que os llama el consejo.

—¡Nada os contesto, asesinos!

Dijo la altanera jóven, mientras sus jueces oprimieron los puños con ira y soberbia sin igual. Los tres se miraron, exclamando el número uno:

—A la causa de esa mujer sólo resta el inapelable fallo. ¿Os parece lo mismo?

—Sí—replicaron los otros.

Y levantándose el número tres, puso sobre la mesa un globo de metal, en el que echó cada cual una bola que sacaron de sus bolsillos. El número dos abrió aquél, y aparecieron en el fondo tres bolas negras.

—¡La muerte!—dijo el mismo, asomando á sus labios una terrible sonrisa.

—La muerte—repitió con entereza Corina—primero que la infamia y el baldon; ántes que llegue á mí el corrompido aliento de ninguno de vosotros, miserables verdugos.

En el mismo instante se pusieron de pié los números uno y tres, diciendo al dos, ó sea al amante de Corina:

—Extended esta noche su sentencia, que deberá cumplirse pasado mañana.

Y salieron, dejándole solo con su víctima.

Sepamos qué ocurría en tanto en la habitacion donde estaba el conde de Santomera. Éste, en cuanto salió el capitán, se acercó á la puerta por donde entró su protegida, y no pudiendo ver nada, aplicó el oído con objeto de escuchar

lo que se hablaba en el tribunal; pero en el mismo instante se acercó el otro soldado, diciéndole:

—¡Qué haces, insensato! Quita de ahí; ¡si te ven te cuesta la vida!

—Calla, tonto —le contestó Navarro con indiferencia.—
¿Cómo hemos de saber si ocurre algo para avisar al capitán?
¡Contento se pondría si llamaran y no oyésemos!

—No seas terco; séparate, que te matan.

—Vete tú y déjame, que yo sé lo que hago.

Y el conde quedó escuchando, mientras el otro, retirado á un extremo, se cubría la cara con las manos, horrorizado al comprender la suerte que esperaba á su compañero, si llegaban á verle.

Aquel prosiguió inalterable, percibiendo el relato de la causa, y las preguntas y contestaciones que mediaron entre los jueces y la víctima. El valiente español se crispaba de alegría al escuchar á la jóven, oprimía la empuñadura de su espada con una mano, y con la otra acariciaba sus hermosas pistolas.

Quando acababan de retirarse los jueces sintió los pasos del capitán, y se quitó de allí, comenzando á pasear con calma é indiferencia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Carpóforo, entrando.

—Nada —le contestó Odon con la mayor tranquilidad.—
Eso va largo, y podeis marchar si quereis, que yo os avisaré si llaman.

—No, ya he concluido, y esperaré aquí.

Y comenzó á pasear tambien por el extremo opuesto al sitio donde lo verificaba el conde. Así permanecieron todavía un cuarto de hora.

Averigüemos qué causa motivaba aquel retraso en salir la infeliz prisionera.

Sola con el iracundo amante, sufrió con su innata altivez dos miradas terribles que le dirigió. Visto por Donato que su amada tenía tanto valor como odio hácia él, inclinó la

cabeza, permaneciendo algun tiempo entregado á sus pensamientos. Luégo la dijo:

—Corina, vas á morir y yo á ser el más desgraciado de los hombres, cuando ambos podíamos ser dichosos; pertenezco á una de las familias más nobles de Venecia; poseo más riquezas que tú; tengo más poder que tu padre, y no obstante la superioridad, todo lo arrojo á tus piés, me humillo ante tí, y por última vez te ruego correspondas á mi amor. Si lo haces así, quedarás en libertad ahora mismo, y mañana te envidiarán las mujeres más poderosas de Europa; tendrás esclavos, criados sin cuento, palacios y cuanto anheles, siendo yo el primero en obedecer y amarte con ciega idolatría. ¿Qué me contestas, Corina?

—Os he dicho y repito, que prefiero la muerte á unirme á vos; podrá saber mi noble y anciano padre que he perecido, víctima de un asesino; pero jamás le dirán, con razon, que la heredera de su nombre se envileció casándose con un hombre tan miserable y criminal como vos.

Donato se arrancó la careta, presentándole la horrible deformidad de un semblante bañado por la ira, el encono y la más refinada perversidad.

—Bueno — exclamó, fingiendo tranquilidad y calma. — Si te empeñas en perecer, cortarán tu cabeza; tu padre morirá de sentimiento, y yo seré Dux, casándome con la dama más bella y poderosa de Venecia; pero ántes, Corina, ántes vas á ser mía.

— ¡Eso nunca!

—No lo creas; ahora mismo; estamos solos, nadie nos oye, toda vez que el capitan y los guardias son mudos y sordos, y ya comprenderás que siendo más fuerte, mucho más fuerte que tú, no te queda otro remedio que sucumbir... Sucumbir; ser mía una hora, y luégo del verdugo.

El malvado abrió los brazos, y trémulo, desencajado, horrible, se dirigió á la casta y hermosísima virgen, dispuesto á saciar su nefando y brutal deseo.

La valerosa hija del Dux se estremeció, comprendiendo lo espantoso y crítico de su situacion.

— ¡Me va á infamar este hombre! — se dijo. — Ese noble español correrá en mi auxilio, y seremos dos víctimas. ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme!

Y comenzó á dar vueltas alrededor de la mesa, huyendo de los brazos de su inícuo amante.

De pronto se detuvo; Donato la cogió una mano; pero ella consiguió desasirla, diciéndole á la vez:

— Deteneos, Donato; la última idea que habeis expresado hirió mi corazon, y no puedo permanecer sorda á sus voces. Teneis razon: si yo perezco morirá mi padre, y todo es preferible á la desgracia de ese infeliz anciano que me dió el sér.

El miserable verdugo se echó atrás, sonrió de un modo extraño, y desapareciendo de su vista las sombras rojas que se acumularon en ella, le contestó:

— Si quieres ser mi esposa, si me juras unirme á mí, te deajo en libertad ahora mismo. Apoyada en mi brazo correrás á estrechar á tu padre; mas es preciso que no pierdas un instante; habla. ¡Vé que estoy fuera de mí!

— Sí, creo que seré vuestra esposa; pero necesito algun tiempo para pensarlo. No seais cruel con la mujer con quien quereis partir el lecho. Sólo os pido veinticuatro horas.

— ¡Te daré ocho!

— ¡No, veinticuatro!

— ¡Diez y seis!

— ¡Veinticuatro!

— ¡Veinte!

— ¡Veinticuatro!

— Sean, y que el infierno te confunda si me engañas. ¡Ay de tí si tal hicieras! Toda Venecia sabria tu deshonra, y luégo verian rodar tu cabeza escarnecida por la multitud.

— ¡No conoceis mi apellido!

— Sé que no mienten los que le llevan; mas como tú no te has comprometido á nada...

—Veinticuatro horas no es un siglo.

—Son mil cuatrocientos cuarenta minutos, que contaré uno á uno, sufriendo mortal ansiedad, horrible duda.

—Si me uno á vos tendré muy en cuenta la generosidad que usais ahora conmigo, y os pagaré la accion en los restantes millones de minutos que nos quedan de existencia.

—Bien, sea así; pero sal al punto de aquí; tu hermosura y esa altivez de reina me partirán el corazon hasta que pueda decir: son mias; soy su dueño. Sal, sal inmediatamente.

Y con mano convulsa movió la campanilla de oro tres veces, se abrió la puerta, apareciendo el capitan Carpóforo.

La jóven miró á su asesino sin demostrar ira, desprecio ni rencor, diciéndole:

—Tranquilizaos, Donato; mañana será otro dia.

Nada le contestó aquél, concretándose á coger los papeles que estaban sobre la mesa y á salir de allí con la ligereza que pudo.

Corina le vió partir, y anduvo lentamente hasta que comprendió que no podia oirla Donato; en cuyo instante, alzando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Morir, trascurridas veinticuatro horas!... ¡Dios mio, Dios mio, quién me salvará!

Y se cubrió el rostro con las manos, fijándose luégo en Odon. Éste se llevó la diestra al pecho, como diciéndole:

—Yo.

Viendo la desgraciada jóven que habia sido comprendida por aquel á quien iban dirigidas las anteriores frases, siguió á los guardias y al capitan en la forma que llegaron hasta allí. Carpóforo oyó la exclamacion anterior y nada dijo, ni demostró alegría ni sentimiento.

Volvieron á entrar en el largo y angosto pasillo; el capitan marchó delante, detrás el soldado, á éste seguia Corina, y últimamente iba Navarro, el cual estrechó dos veces, con ardiente afan, la suave mano que su protegida le alargó.

De este modo cruzaron el piso bajo del palacio del Dux, subieron al puente de los *Suspiros*, y entraron en las prisiones. Segun pasaban se iban cerrando todas las puertas; cuando llegaron á la estancia donde esperaban los otros dos guardias y carceleros, se unieron éstos y el alcaide á la comitiva, dirigiéndose al calabozo de la hija del Dux, quedando allí los cuatro soldados; mas en el momento que aquellos se alejaron, echó á andar Navarro en seguimiento de los mismos. Sus compañeros le gritaron; pero él no se dió por entendido, y prosiguió adelante hasta llegar, casi al mismo tiempo que los que acompañaban á Corina, á la puerta de la prision de ésta. Inmediatamente encerraron á la prisionera, guardándose la llave el alcaide, despues que se enteró el capitan de si estaba ó no bien sujeto el candado. Luégo se volvió, hallándose frente al conde.

—¿Quién te ha mandado seguirnos?—le preguntó con ira—¿qué haces aqui?

—Pues qué—le dijo Odon con fingida candidez—¿no he debido continuar acompañando como ántes al reo?

Carpóforo le miró detenidamente, y juzgando disculpable la equivocacion de su subordinado, exclamó:

—Comprendo; eres uno de los recién enganchados, é ignorabas que debiste quedar con tus tres compañeros.

—Sí, señor, eso es. ¿Dónde voy ahora?

—Puedes retirarte al cuerpo de guardia.

—Perdonad, mi capitan; pero no sé en qué parte me hallo del edificio, y voy á estar dando vueltas una hora...

—Tienes razon, hombre. Uno de vosotros acompañad á ese soldado, que es nuevo y no conoce el terreno.

E incorporándose con él uno de los carceleros, le encaminó al cuerpo de guardia, llegando en los momentos en que Flaviano entraba de centinela.

Media hora despues salió el capitan, retirándose á su casa tranquilo y satisfecho. Los alcaides, carceleros y mozos se acostaron, y el alferez que quedaba mandando la guardia

recogió las llaves de las dos puertas de salida y se echó tambien, haciendo lo mismo los soldados, con la sola excepcion de Flaviano, que estaba de centinela, su amigo Odon, que hablaba con él, y un vigilante.

Los dos *invencibles* se encontraban en este instante en la situacion más crítica; pues de no salvar aquella noche á Corina, no era posible verificarlo al siguiente dia, en cuyo caso todo se habia perdido.

—¡Juguemos el *todo* por el *todo*; muramos ó arranquemos á esa infeliz de las manos de sus verdugos!

Dijo el conde, asomando á los labios de Osorio una sonrisa siniestra, presagio inequívoco de que se disponia á hacer uso, si no lo estaba verificando ya, de toda su atroz temeridad.

El jóven duque del Imperio unia á su incomparable valor y elevado ingenio una conciencia tan pasmosamente elástica, cuando se trataba de castigar á criminales, que parecia ocultar en el fondo de su corazon, en tales momentos, el gérmen de nobleza é hidalguía que tanto elogiaba el mundo en los seis compañeros; mas es lo cierto, que en las críticas circunstancias en que se hallaban, sólo el atrevido, sagaz y despreocupado Flaviano podia facilitar á su amigo Odon los medios de salvar á la inocente y bella hija del Dux, segun veremos más adelante.

CAPÍTULO XXIV.

Para cincuenta miserables sobran dos españoles.— Críticos instantes.— El amor en su infancia.— Un padre dichoso.— El tercer día de Carnaval.

Serian las once de la noche cuando el capitán Carpóforo salió de las prisiones y se retiró á su casa. Durante el día y parte de la noche transcurridos, continuaron los festejos como en los anteriores; mirándose las plazas y canales de Venecia llenos de máscaras, que á pié y en góndolas prosiguieron en sus bromas y algazara, tan propias allí en las Carnestolendas. A las diez de la noche se vieron obligados á retirarse, los nobles á sus palacios y casas, y el pueblo á las hosterías y sitios análogos, pues se levantó un huracan tan fuerte, que apagó todas las luces y amenazaba estrellar contra los muros de los edificios los quinientos ó más esquifes que surcaban los canales. Se halló, pues, la laguna entregada al silencio y abandono, si bien en la parte interior de los establecimientos bailaban, bebían y continuaba la multitud entregada á su insaciable expansion.

Las góndolas habian sido amarradas en los parajes que tenían al efecto, quedando los vendabales dueños absolutos de la parte exterior de la ciudad.

Al pié de las prisiones seguian no obstante dos esquifes que sujetaba contra la pared el gigante Mendoza, mientras el príncipe de Italia, el duque de los Andes y Mauro Nuñez de Lara, fijos en la puerta y ventanas de la cárcel, esperaban el momento en que cualquiera de sus compañeros reclamase su auxilio.

Durante el dia y parte de la noche habian recibido varias bolitas de pan, dentro de las cuales hallaban siempre un papel escrito con lápiz por Flaviano ú Odon. Les decian en el último, que era indispensable salvar aquella noche á Corina, y que harian lo posible por conseguirlo, encargándoles que permaneciesen alerta; lo que ellos verificaban, segun acabamos de decir.

Penetremos nuevamente en la parte interior de la cárcel.

El conde de Santomera se acercó al duque del Imperio y le enteró de cuanto ocurría, y de la imprescindible necesidad de dejar inmediatamente en libertad á la hija del Dux; pero Flaviano sonreía del modo que hemos dicho ántes, sin contestarle nada. Fastidiado Navarro, le preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿qué has preparado? ¿Me ayudas ó no?

—¡Bravas preguntas!—le contestó el jóven, sin dejar de reir.—Mira al vigilante. ¿Qué notas en él?

—Se le doblan las piernas... inclina la cabeza... ¡cae!... ¡Magnífico! ¿Lo has emborrachado?

—Algo más, hijo; mucho más. Se me fué la mano en ese maldito brevaie que traía preparado, y en verdad que ignoro si despertará en este mundo ó en el otro.

—¿Luego está narcotizado?

—A juzgar por la cantidad que le eché en el vino, casi envenenado. Quien á hierro mata, etc.

—Hiciste bien; son peores que Caín.

—Tales cosas me contaron, que pensando en sus crímenes me distraje, y eché en los jarros del líquido todos los polvos; y en verdad que la cantidad era excesiva..

—Luego los soldados...

—Están lo mismo que el vigilante.

—¿Y los tres que regresaron con el capitán?

—Al llegar bebieron también la ración que les aparté, la que tuvieron buen cuidado de darles sus queridos camaradas, y no tardarán en caer lo mismo que los otros.

—Ya, pero el alférez...

—En cuanto á ese, no hay cuidado; positivamente revienta.

—¿También le diste?...

—Y brindó conmigo por la salud de la república. Es un tuno tan perverso como Carpóforo.

—Lo malo es, que quedan los alcaides y carceleros, pueden gritar, acudirán los de la casa-cuartel, y entonces estamos perdidos.

—Conde, á excepcion de los tres que permanecieron con vosotros, los restantes de esta casa se hallan en idénticas circunstancias.

—¡A todos les diste el brevaje!

—Sí; Siracusa para los dos alféreces y los dos alcaides, y tinto para los restantes. Hubo mucho vino y sobrado narcótico.

—¡Por eso te reías de aquel modo tan siniestro!

—Sí; en esta ocasión les toca á ellos solos llorar.

—¿Cómo te compusiste?

—No vayas á creer, mi querido Odon, que fué debido al talento y habilidad que me suponeis, nada de eso; ellos mismos me vinieron á buscar. Figúrate que comenzaron á darme broma, diciendo que había pasado el día y que no se celebraba nuestro ingreso en tan honroso cuerpo. «¡Gloria á la esplendidez paduana!» esclamaban. ¡Qué ocasión, Navarro! Me resigné al sacrificio, y con permiso del alférez, el cual dice que es una virtud beber mucho vino, fui por él, acompañado de dos pobres gondoleros que hallé en el canal contiguo, el infeliz príncipe de Italia y el desgraciado duque de los Andes. Traíamos entre los tres seis grandes jarros

llenos, cinco de tinto y uno de Siracusa; los pobres marinos se marcharon, y ellos bebieron hasta quedar como ves.

—Pues manos á la obra, y despachemos lo ántes posible; ya suponía yo que te portarías como siempre.

—Me está prohibido por el príncipe acompañar á la hermosa Corina; vé tú, en tanto que yo le arranco al alferez la llave de esta puerta y dejo expedita la salida.

—¿Cómo abriré la de la prision?

—¿No pudiste averiguar dónde guardan las llaves?

—No, y gracias que conocí el calabozo en que la tienen encerrada.

—Entónces no hay más remedio que romper el candado con la daga. Se busca la hendidura, se mete la punta del puñal, y puesto que tú eres de los seis el que sigue á Mendoza en fuerza... ¿No has abierto ninguno de ese modo?

—Sí; mas ¿y si hago ruido y acuden el alcaide y los dos carceleros que no probaron el brevaje?

—Los matas, y negocio concluido. ¿Me he atrevido yo con cuarenta y siete, y tú no puedes con los tres que quedan?

—Despachemos. ¿Dónde hay una linterna?

—Marcha, y si te se escapa alguno de esos tres, no le sigas, que al llegar aquí... Anda, hombre; parece que estás aturdido.

Cada uno cogió su linterna. Flaviano se dirigió al cuarto del alferez de guardia, tomó la llave que tenía á la cabecera de la cama, abriendo inmediatamente la puerta de salida, la que dejó entornada; luégo pasó revista á la tropa, notando con placer que todos dormían con sueño parecido á la muerte. Terminada su inspeccion, dejó la linterna en el suelo, tiró de la espada, y esperó frente al pasillo por donde debía regresar Odon.

El conde se encontraba medio aturdido, segun le dijo Flaviano; pero no lo motivaba la falta de valor ni serenidad; era la idea de hallarse solo con la bella Corina, libertarla y

devolvérsela á su padre; eran además las sensaciones que experimentaba al recordar su hermosura, talento y valor; era, en fin, que la amaba y temía, si no ya á su hermano, á otro que se le hubiera adelantado; pues visto lo que aconteció con Tolopalca, á pesar de su gentileza, posicion y renombre, dudaba de su buena estrella en cuestion de amores. El noble guerrero exhaló un suspiro, é inclinando la cabeza, siguió hasta llegar á la puerta del calabozo. Dejó la linterna en el suelo, sacó la daga, y buscando la union de la chapa, hizo varios esfuerzos hasta que consiguió introducir la punta de aquella por la mencionada union; no obstante el buen temple del arma, se rompió ésta sin que consiguiera su objeto. Metió nuevamente el pedazo que le quedaba y continuó forcejeando, hasta que le fué dable introducir los dedos, haciendo pedazos de este modo la referida chapa, si bien rasgó su piel, vertiendo sangre por la herida. Sin cuidarse para nada de tal incidente, corrió el pestillo, sacó el candado, y cogiendo otra vez la linterna, penetró en el lóbrego calabozo de la hija del Dux. Éste contenia una mesa con un crucifijo, una cama con jergon de paja y una silla de madera; no tenía luz ni otra comunicacion que la puerta, por cuyas hendiduras entraba el aire insalubre que há seis días respiraba aquella infeliz. Donato quiso afligirla y atormentarla cuanto le fué posible, creyendo que de este modo conseguiria ablandar el duro corazon de la altiva dama.

Cuando se presentó Navarro se hallaba Corina de rodillas, besando la efigie del Redentor y humedeciéndola con sus lágrimas. Al ver al conde se puso en pié, dejó el crucifijo sobre la mesa, y se limpió los ojos con presteza. Luégo cambiaron una mirada, tierna y cariñosa la del conde, y de duda é incertidumbre la de la dama, preguntando esta en español:

—¿Sois uno de mis verdugos, ó el ángel que me manda el cielo en los instantes más crueles y amargos de mi vida?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy, bella Corina, quien os he

dicho ántes; un hombre, en fin, que expone su vida por salvar gustoso de la infamia y la muerte á la casta doncella que en breve tendrá por cárcel el mundo y por esclavos á seis grandes de España. No hagais caso del color de mi piel; para poder libertaros tuve, en union de mis compañeros, que barnizarla, y vestir este *honroso* uniforme que veis.

—Perdonad mi duda, señor; vuestro acento, modales y el fuego que despiden vuestros ojos confirman lo que estais diciendo. Dadme vuestro brazo y no perdamos un momento, que ahora temo más por vos que por mí.

—Cogeos y desechad ese miedo; vuestros verdugos están narcotizados, y para los nuevos que pudieran llegar sobra con vuestros seis protectores.

Odon dió el brazo á Corina, cogió la linterna y comenaron á cruzar los largos y estrechos pasillos, cuyos cóncavos repetian lastimeros ayes de infelices que gemian en prisiones peores aún que la que abandonaba la hija de Loredano. Ésta sentia un temblor nervioso que la agitaba é impelia hácia la salida; el conde temia llegar, porque iba á dejar de sentir el dulce calor del brazo que enlazaba al suyo. Cruzaron cinco pasillos, viendo en el extremo del sexto al audaz Flaviano, que les estaba esperando con la sonrisa en los labios y su constante impavidez. La dama se estremeció, quedando parada.

—No temais, Corina — le dijo Odon — es mi amigo y compañero, Flaviano de Osorio, duque del Imperio.

La jóven anduvo hasta que se incorporaron con aquél.

—El cielo guarde á la hija del Dux — exclamó el poeta — que es bella como los ángeles, fuerte como su raza, y tan libre ya como el águila.

—Gracias, señor — le contestó aquella. — Ni aún en las cárceles desmentís vuestro renombre de galante y caballero.

—Flaviano, vé delante y avisa.

Añadió el conde, asustándole las frases de Osorio, no obs-

tante ser casado y tan buen compañero y amigo como el príncipe de Italia.

Diez minutos despues estaban los seis *invencibles* reunidos en las góndolas, y la hija del Dux en medio de ellos, reclinada junto á Navarro en una de las berlinas ó cajas de aquellas.

—¿Qué hacemos?

Gritó Mendoza impaciente, viendo que el príncipe no disponia la partida.

—Calla — le contestó aquél — esperemos á ver si nos dan tiempo para enterar al Dux de lo que acontece.

Y siguió pendiente de un rumor lejano que sintió dentro de la cárcel.

Julio no se habia equivocado. La mujer de uno de los alcaides narcotizados, oyó el ruido que hizo Navarro al romper el candado y quitar el pasador; llamó á su marido, y no pudiéndole despertar, se tiró de la cama, dirigiéndose al sitio donde juzgó que forzaban la puerta de una prision, llegando en el instante en que Odon y Corina caminaban sin cuidarse de lo que quedaba atrás. Aquella mujer comprendió lo que ocurría, confirmando su idea el hecho de escaparse los tres, dejar la puerta abierta y no quedar centinela alguno. Temiendo por la suerte de su marido, llamó inútilmente al alferez; quiso despertar á los soldados, y no logrando tampoco esto, corrió por los pasillos de la cárcel, dando desaforados gritos, hasta ser escuchada por el alcaide y los dos carceleros que no estaban narcotizados. Unidos los cuatro trataron de hacer levantar á los individuos que componian la guardia; mas no pudiéndolo conseguir, cruzaron el puente, llamaron en la casa-cuartel, alarmando á los cuarenta guardias que dormían allí.

Fijo el príncipe en aquel sitio, oyó las primeras voces que exhaló la mujer del alcaide; y dando por hecho que habia sido descubierta la evasión, dispuso la retirada; lo que efectuaron los seis, haciendo volar sobre los canales las

dos ligeras góndolas. Según se alejaban, oían las voces del alcaide, carceleros y soldados, escuchando poco despues el sonido de la campana situada en la cárcel, con la cual anunciaban el acontecimiento que acababa de tener lugar.

El huracan proseguia azotando los palacios y casas de Venecia, formando coro sus silbidos con el ruido de armas, golpes de remos y tañido de la campana, que ponía en movimiento á las autoridades y soldados de la ciudad.

Fué avisado inmediatamente el capitán que mandaba la fuerza encargada de la custodia de las prisiones; luégo los individuos que componian el consejo de *los diez*, y últimamente supieron casi todos los habitantes de la capital, que la hija del Dux se habia fugado poco despues de acordar su sentencia de muerte el tribunal de *los tres*. En el primer momento ninguno se podia explicar aquella evasion; y áun cuando las sospechas recaian en el padre de Corina, se ordenó que la policía y cuantos agentes tenía la república á su disposicion, comenzasen á averiguar el paradero de la escapada y el de aquellos que osaron cometer tan atroz delito, libertando á la víctima del fiero tribunal.

Los *invencibles* tuvieron tiempo sobrado para llegar al galeon y trasbordarse, lo que verificaron, conduciendo al camarote de Tolopalca á la hija del Dux.

Inmediatamente dispuso el príncipe que sus amigos se vistieran con arreglo á su clase. Despues redactó una extensa carta, y llamando al patron Roch, le dijo:

— Valiente marino, ¿os atreveréis á llevar este escrito al gran maestre de la órden de San Juan, que se halla en el navío almirante de la escuadra que tenemos á la espalda?

— Sí, señor.

— ¿Lo habeis meditado bien? El huracan y el agua os han roto la cadena de un áncora, y temo que no podais llegar adonde están las naves de la ínelita.

— Cumpliré con exactitud vuestro deseo, pues el viento comienza á ser reemplazado por el agua que cae ya á tor-

rentes; la mar va tranquilizándose, y la armada maltesa está cerca de nosotros.

—Entonces partid inmediatamente; no perded un instante.

Roch cogió el despacho y desapareció. Julio continuó escribiendo; luego llamó á su criado, diciéndole:

—Ponte el traje que yo usé antes de ayer, y sin que te detenga el alboroto que se nota en la ciudad, penetra en el palacio del Dux, y dale esa carta. Te dejas matar primero que entregársela á otro. La contraseña que ya conoces te facilitará la entrada. Lleva pistolas, que te acompañen los que tú quieras, y que nada te detenga. Te anuncias el capitán Julio.

Tambien salió Perez, obedeciendo á su amo. Éste se quitó el barniz que cubria su piel, é inmediatamente se vistió con arreglo á su clase. Ya le estaban esperando en la cámara de popa todos sus amigos, á excepcion del conde de Santomera, el cual, engalanado tambien y notando que el principe tardaria en concluir, pasó á la cámara de Tolopalca, donde halló á la hermosa Corina hablando con la Inca. Al ver ésta á su valiente libertador quedó sorprendida agradablemente, pues no suponía que el barniz que poco há cubria el rostro de aquél, hubiera podido desfigurar tanto una fisonomía tan bella, noble y varonil. Navarro era efectivamente la antítesis del infame Donato. La hija del Dux comprendia ya lo que expresaban las ardientes miradas del guerrero, y su corazon latia con más júbilo que al hallarse en el canal de la cárcel, libre de sus perversos enemigos.

Odon saludó á las damas, tembló delante de Corina, y adivinando Erminia la causa que conmovia de aquel modo al conde, se valió de un pretexto para retirarse acto continuo á la cámara de sus doncellas.

Quedaron solos el libertador y la libertada.

—Sentaos, mi noble señor —le dijo la dama.— Os debo vida y honra, y me encuentro feliz á vuestro lado.

Navarro obedeció, contestándole:

—Lo que hice por vos esta noche lo hubiera verificado en favor de cualquier desgraciada. Cumplí con el deber de un caballero; y si la accion nada tiene de extraña en nosotros, me juzgo dichoso recordando que ha recaído en dama tan bella y entendida. Escuché las contestaciones que disteis al tribunal, y admiraba, tanto como vuestros encantos, el talento y valor con que respondiais á aquellos miserables; en vuestra soledad y desamparo os sobreponiais á lo más grande que he conocido. ¡Feliz el hombre que consiga ser amado de una mujer como vos!

—Veo con placer, que los seis reunís á la generosidad y valor, una galantería que nadie os puede disputar. Mucho halagan frases tan lisonjeras; pero no causa extrañeza oírlas en hombres tan corteses.

—No lo creais, Corina; soy la excepcion de mis cinco hermanos, y en verdad que no tengo la costumbre de contar amores á las bellas ni prodigarles lisonjas.

—¿Por qué me las decís á mí?

—¡Sois tan hermosa, tan fuerte!...

—Proseguid.

—No, que suponeis serme deudora de honra y vida, y esa creencia sella mis labios.

—¿Por qué?

—Podia deciros demasiado, y el acontecimiento que acaba de tener lugar no debe ser causa de que os violentéis, y ménos de que cambie en desdicha la felicidad que disfrutais esta noche.

—¡Quién sabe, señor conde!... Así como una desgracia suele ser acompañada de otras, la ventura puede tambien no llegar sola.

—¡Qué halagüena esperanza me presta esa idea! Mas ¡sería terrible si me equivocara!...

—Hablad sin temor, yo os lo ruego.

En este instante oyeron la voz del príncipe, que decia:

—¿No está Odon? ¿dónde se halla?

Navarro levantó la vista al cielo con pesar, se puso en pié, y estrechando tiernamente la mano de Corina, exclamó:

—Si yo os amara...

—¡Odon! —gritó nuevamente Silva.

—Voy al momento, Julio. —Y continuó sin dejar la mano de la hija del Dux. —Si os amara, ¿seriais ménos feliz que há un momento?

La dama inclinó la frente, y apareciendo el rubor en su semblante, contestó:

—Si fuese cierto; si la impresion que recibisteis esta noche no es una quimera mañana; si el noble y gentil caballero, cuyo renombre se extendió por el mundo, amase de veras...

Navarro cayó de rodillas, besó la mano que tenía asida, y con el mayor júbilo exclamó:

—Vuestras frases, vuestra mirada, ese carmin que aparece en vuestro bellissimo rostro, me dicen que no es el agradecimiento lo que os obliga á pensar de ese modo. ¡Os amo, Corina, os amo!...

La puerta del camarote se abrió, apareciendo el príncipe, el cual vió la escena, y cruzándose de brazos, exclamó:

—Bien, mi querido hermano; rompes una cadena y forjas otra con que sujetar á la bellissima hija de mi amigo Loredano.

Los enamorados se pusieron en pié, sin hallar nada que contestar. Por fin Odon tartamudeó:

—¿Crees que he faltado, Julio?

—Sal, y luégo te daré la contestacion.

Aquél obedeció, y acercándose éste á la jóven, le preguntó:

—¿Amais al conde mi amigo? Decidme la verdad; yo os lo ruego en nombre de vuestro padre.

—Sí.

—¿No teneis en cuenta lo que hicimos esta noche por vos?

—No.

— Sois fuerte é incapaz de mentir ; ¡ mas podeis engañaros á vos misma !

— Perdonad, príncipe ; pero en esta ocasion no es admisible esa duda.

— ¿ Nos seguiriais á Madrid ?

— Mucho lloraria verme obligada á abandonar al noble anciano que me dió el sér ; pero...

— Comprendo. ¿ Oís ? Todas las campanas de Venecia tocan á rebato ; seis mil puñales se alzan ya contra el Dux y los que osaron libertar á su hija ; con terrible acento maldicen nuestros nombres ; con fiera daga buscan nuestros pechos ; permitidme, Corina, que dé gusto á vuestros paisanos. Veamos si con los siete hay bastante para todos.

— ¡ Mi padre ! ¡ vosotros seis ! ¡ Dios mio, Dios mio, van á perecer, y cruzaré por última vez el puente de los *Suspiros* !

— No, hija, no ; venceremos, y mañana á estas horas estareis al lado de Pedro Loredano.

— ¡ Sois tan pocos !...

— Si contaís el número, reparad en la calidad.

— ¡ Dios os defienda y ayude !

— Os repito que venceremos. El cielo os guarde, bella Corina.

— Príncipe, ¿ y...

— Hablad.

— ¿ Y luégo ?

— Os casareis con él.

Salió Julio, y acercándose á su oído Navarro, le preguntó :

— ¿ Y luégo ?...

— Te casarás con ella.

— ¡ A Venecia ! — le dijeron los cuatro restantes. — Salvemos al Dux, ó perezcamos, que no hemos venido aquí á libertar solamente una dama.

— Despacio, hijos ; que aquí no sois generales ; mando yo solo, y no tengo más soldados que vosotros.

—¡Bastamos para exterminar á esa canalla, para confundir á los miserables!

—Eso deseo; mas soy yo el que lo ha de disponer; bien que prepareis las armas; pero tened calma, que aún no es tiempo. A cubierta, señores, que no está Roch, y es preciso aguardarle.

El príncipe hizo armar á cuantos se hallaban en el galeon, fijando despues la vista sobre el cuadro que presentaba la ciudad. Todas las campanas tocaban á vuelo; las casas y palacios se iban iluminando; cien góndolas surcaban los canales en diferentes direcciones; los soldados formaban, y los agentes y esbirros corrian de un lado para otro, desplegando toda su energía y habilidad.

En este instante se oyeron cuatro detonaciones, se escucharon las voces de Perez, de Ros y de Rey, presentándose poco despues los tres sobre cubierta. Julio les salió al encuentro, preguntando al primero:

—¿Te han herido?

—No, señor.

—¡Pero tú has hecho fuego!

—Los tres, señor, los tres. Me llevé á Ros y á Rey, y al volver nos interceptaron el canal y...

—Y os abristeis paso á tiros; así te lo encargué, y bien hecho está. ¿Viste al Dux?

—Sí, señor.

—¿Qué te dijo?

—Que os ama como á hijo suyo, y que os entregara esta carta; añadiendo, que se halla rodeado de amigos y parciales, y que podrá defenderse veinticuatro horas.

—Muy bien; armaos los tres, y esperad mis órdenes.

Acto continuo leyó el escrito de Loredano y esperó la llegada de Roch. Media hora despues se presentó el marino, llevándole otra carta del gran maestre.

—¿Dónde está la escuadra?—le preguntó el príncipe.

—A poco más de media milla, señor; pero os advierto,

que en el instante de salir yo daban la órden de zarpar, ignorando adónde se dirigen.

—¿Os dijo algo el soberano de Malta?

—No, señor; me entregó ese escrito, y dispuso lo que os acabo de indicar.

Julio volvió á separarse, leyendo el despacho que concluían de traerle. Seguidamente se incorporó con Roch, diciéndole:

—Inmediatamente levais ancla, quedando al paio.

Y dirigiéndose á Andrés Zalla, añadió:

—Capitan, con los quince artilleros, vuestro criado y los tripulantes que están armados, defendeis el buque, caso de que algunos intentaran entrar en él, no siendo los caballeros de la órden de San Juan. En nombre del rey de España haceis fuego hasta perecer todos, primero que un veneciano pise la cubierta. Que permanezcan los unos con las mechas encendidas, y los otros dispuestos al combate. Guardad como os enseñé el único castillo flotante que representa en estas aguas al imperio español.

Un cuarto de hora más tarde saltaron á las góndolas los seis *invencibles*, dos Zallas y ocho criados. Erminia y Corina miraban desde una puerta de luz á los nobles guerreros que tan generosamente corrian, despues de haberlas estrechado, en defensa de una causa justa, pero con ménos probabilidades de éxito que de perecer. La Inca exhaló un triste suspiro, mientras que la hija de Loredano, en brazos de terrible ansiedad, padecía al verlos abandonar el buque, y á la vez le alegraba que marchasen á libertar á su padre.

Los españoles llevaban cota interior que cubrian con ricos trajes de seda; ocultaban cada uno dos magníficas pistolas, pendiendo de sus cintos ricas espadas toledanas. Y completaba el traje que acabamos de describir, gorras de terciopelo negro y capas del mismo color.

Llegaron á la embocadura del primer canal, y quisieron detener el curso de sus esquifes varios otros llenos de esbirros.

— ¡Alto! — les gritaron.

— ¡Paso al príncipe de Italia!

Les contestó Julio; dudaron aquellos; mas cuando intentaban interponérseles, ya estaban junto á la escalerilla del palacio del Dux.

Los diez y seis abandonaron las góndolas, saltaron á tierra, é inmediatamente se dirigieron al palacio ducal.

Eran las tres y media de la madrugada, y no obstante la oscuridad de la noche y el fuerte aguacero que caía, se hallaban cuajadas de soldados la gran plaza de San Márcos, las estrechas calles circunvecinas y los patios del regio edificio. En el ancho zaguan, antesala y pasillos se encontraban multitud de caballeros, jefes y oficiales del ejército y armada. La sola evasión de una dama habia alarmado á todos los habitantes de Venecia; bien es verdad que aquella era hija del Dux, y en el hecho veian una traicion y desacato cometidos contra el poderoso é intransigente tribunal de *los tres*.

— ¡Ay de Corina, de su padre y de los que hayan osado libertarla! Mañana á estas horas habrán dejado de existir.

Esto exclamaban los venecianos; y aún cuando la mayoría suspiraba por la suerte del anciano y de la desgraciada jóven, unos y otros inclinaban la frente y se disponian á tolerar cuanto quisiera hacer el fiero consejo que obedecian, más por temor que por otra causa, pues eran los ménos los ligados á tan sanguinarios jueces.

Los seis *invencibles*, dos Zallas y ocho criados, quisieron penetrar en el palacio del Dux; mas fueron detenidos por multitud de caballeros y guardias, preguntándoles uno de los primeros:

— ¿Quiénes sois?

— El príncipe de Italia, cinco generales españoles, dos capitanes y ocho criados.

— ¿A quién buscais?

— Al soberano de Venecia.

— Aquí no hay monarcas.

—Quiero hablar con Pedro Loredano, jefe supremo de la república.

—¡Atrás! Sólo obedecemos al consejo de *los diez*.

—¡En nombre del rey de España, paso al generalísimo de sus ejércitos!

—¡En nombre de la república, atravesad el corazón al que pise esos umbrales! —dijo el jefe de aquella guardia á los que le obedecían.

Al oír esta orden, treinta caballeros y cincuenta soldados desnudaron sus aceros, con intención de atacar á los diez y seis si intentaban seguir adelante. Casi á la vez gritó el príncipe de Italia:

—¡Fuego al que os estorbe el paso!

En el mismo instante se descubrieron los diez y seis, presentando á sus contrarios treinta y dos pistolas montadas, que helaron la sangre de los más valientes.

—¡Los *invencibles* de España!

Exclamaron dos caballeros, repitiendo los restantes:

—¡Los de Malta! ¡los de Malta!

—¡A ellos, miserables!

Tornó á gritar el que parecía jefe de aquellos hombres; pero ninguno se movió. Los generales, Zallas y criados atravesaron el zaguán con paso lento, mirada insultante y una altanería digna en tales momentos del heroísmo de aquellos gigantes.

El jefe veneciano, no obstante ser desobedecido, insistió en su idea, y avanzando hasta colocarse frente al príncipe, le dijo:

—Deteneos, por Dios, pues debo responder con mi cabeza si os permito la entrada. Aguardad á que se reúna el consejo de *los diez*, y os anunciaré.

—Hacedlo así—le contestó el generalísimo—y si esos señores se dignan recibir á seis grandes de España, avisad y pasaremos al sitio donde se hallen. Al lado del Dux aguardo la contestación.

—¡Por favor!...

No pudo continuar. El cañon de una de las pistolas de Flaviano se fijó en su sien, y mientras inclinaba la cabeza y se resignaba á sufrir su suerte, los diez y seis comenzaron á subir la escalera de los *Colosos*, llegando, sin que ninguno se atreviera á detenerlos, á las habitaciones del Dux. Encontraron las puertas cerradas; llamó Julio dos veces, pero nadie le contestó. Seguidamente se acercó á la cerradura, exclamando:

—¡Castilla y Venecia!

En el mismo instante se oyeron correr los cerrojos, y abriéndose la puerta, respondió un general:

—¡Venecia y Castilla!

—¿Y el Dux, dónde se halla?—preguntó el generalísimo.

—Aquí, mi querido hijo—le dijo el anciano echándole los brazos al cuello.—Salvasteis á mi Corina—añadió—pero temo que perezcamos todos.

Entraron los diez y seis, la puerta se cerró, y Pedro Loredano fué estrechando las manos de los restantes *invencibles*. Silva le contestó:

—Desechad esos temores, amigo mio, y comprended que los que han salvado á vuestra hija os librarán á vos y á cuantos os defiendan.

—¿No habeis notado la alarma, el aparato de fuerza, las precauciones que se toman y la gente que obedece á esos malvados?

—Pasé por medio de todos, me prohibieron avanzar, y llegué hasta aquí sin que ninguno osara acercarse lo suficiente á estorbarme el paso.

—Ahora nos tienen encerrados; sitiarán seis mil hombres el palacio, y tendremos que sucumbir, si bien lo haremos vendiendo caras nuestras vidas.

—Tan caras, noble Dux, que acaso no haya quien las compre.

—¡Triste sería que los seis primeros generales de Europa,

impelidos por una idea, cuya realizacion sólo ellos pudieron intentar, quedasen enterrados en el cieno de esta inmundada laguna!

—El soldado, señor, camina siempre en pos de la muerte, y jamás debe ocuparse del momento en que ésta cortará su vida. Tranquila su conciencia, marcha por el sendero del honor, siendo su último suspiro el postrer átomo de gloria que ofrece á su querida patria.

El príncipe, unido al Dux y seguido de los suyos, fué atravesando los salones que formaban la morada de aquél, saludando á cuantos veían allí, y reconociendo de paso su número y calidad. Los defensores de Loredano, encerrados en el alcázar, no pasarían de trescientos; y á excepcion de cincuenta guardias, eran los demás generales, individuos del gran consejo y autoridades de Venecia; y se hallaban dispuestos á perecer, ántes que consentir ofendiesen al jefe supremo del Estado. Los guardias estaban perfectamente armados, teniendo además un mosquete cada uno con algunas municiones. Cuando llegó Julio comenzaban á parapetarse con los muebles de los salones; concluida esta operacion, se dividieron, quedando frente á las cuatro puertas que tenían las habitaciones de que disponia el Dux. Éste se encerró en su despacho con los *invencibles*, mientras los demás ocupaban sus puestos, con orden de defender el terreno palmo á palmo.

La ciudad continuó en su anterior agitacion desde la una de la noche que se supo la noticia de la evasion de Corina, hasta las cuatro de la mañana que cesaron de tocar las campanas, de correr los soldados y agentes del consejo, y de que, no obstante existir el mismo peligro y alarma, todos quedaron esperando las órdenes del tribunal de *los diez*, el cual acababa de trasladarse al salon de sesiones que le estaba destinado en el palacio ducal.

Los individuos del senado y del gran consejo seguían en sus casas sin atreverse á cumplir las prescripciones que les

imponia la ley, de acudir, á los primeros síntomas de alarma, en torno del primer legislador. Unos y otros aguardaban ser llamados por los diez individuos, por ser éstos real y verdaderamente los que tenian las riendas del poder; mas el terrible tribunal, sin cuidarse para nada de ellos, comenzó á dictar medidas, como si fuese el único á quien competia el gobierno del Estado.

Por fin la policía averiguó que Carpóforo fué sorprendido, admitiendo en sus filas á dos españoles que se fingieron paduanos, y que éstos llevaron á cabo la evasion de Corina Loredano, del modo que aconteció; todo lo cual, unido á la inexplicable aparicion de los *invencibles* españoles, y á la estancia del galeon en el puerto de Malamoco, hicieron ver claramente á los del consejo la verdad de cuanto acababa de suceder. En vista de las noticias exactas que recibieron y de sus verosímiles presunciones, comenzaron á dictar órdenes con la energia que tenian de costumbre jueces ó mandarines tan terribles.

Dijimos que al huracan habia reemplazado el aguacero; á éste siguió una madrugada serena, apareciendo despues el sol que comenzó á dorar las aguas del Adriático. Al asomar el astro de la mañana parecia Venecia muda espectadora de grandes acontecimientos. En las góndolas, calles, plazas y edificios públicos sólo se veian agentes, esbirros y soldados obedientes al tribunal de *los diez*; y aún cuando se miraban unos á otros, ninguno osaba dirigir la palabra á su compañero. El conflicto empezó por la evasion de una presa, y lo elevaba á su colmo la lucha de dos poderes, el del Dux y el de *los diez*; el gran partido de éstos que se disponia á caer sobre Pedro Loredano y los trescientos valientes que le defendian. Los restantes, armados y escondidos en sus palacios ó casas, esperaban el desenlace de la trágica escena que preveian, dispuestos á defender cada cual, única y exclusivamente, su persona, familia é intereses.

En tal estado amaneció, viéndose al hermoso galeon del

príncipe de Italia rodeado por veinte navíos venecianos. Diez artilleros españoles tenían en la mano otras tantas mechas encendidas, esperando la orden de su jefe para hacer fuego contra aquella triple fila de castillos flotantes que les circunvalaban; Roch, tan sereno y frío como los *invencibles*, ocupaba su puesto, aguardando que el *Leon* fuese atacado para hacerle virar según conviniera á su defensa, sin que por eso dejase de blandir su hacha de abordaje, ostentando en su cinto las magníficas pistolas que le regaló el príncipe de Italia. De vez en cuando miraba hácia Levante, fijándose luego en un papel que tenía en la mano, en el cual estaban escritas las instrucciones que recibió del generalísimo. En el castillo de proa y costados babor y estribor del buque, se extendían los cinco artilleros restantes y varios individuos de la tripulación, armados de hacha y picas; y en el alcázar de popa se veía al capitán Zalla, que, como muda estatua, miraba á sus enemigos, dispuesto á perecer con todos los suyos ántes que un veneciano pisara las tablas del barco, cuya defensa le estaba encomendada.

El piloto, contramaestres, grumetes y marineros, tan serenos como sus restantes compañeros, provistos cada cual de un hacha que llevaban sujeta á la cintura, aguardaban en el palo mayor, mesana, trinquete y bauprés, vergas, mástiles y cofas, oír la voz del entendido Roch, para obedecerle, según tenían de costumbre.

Los marinos de la escuadra veneciana habían sitiado, por orden del consejo de *los diez*, al hermoso galeón que en este momento contemplaban admirados. Las magníficas condiciones del buque y la actitud de cuantos le defendían y tripulaban, llamaron mucho su atención; pues lejos de imponerles la muralla de cañones con que le tenían rodeado, parecían desafiar con la vista á su poderoso enemigo; pero aumentó mucho más la sorpresa de los hijos de Venecia un nuevo compañero que se agregó á los defensores del *Leon*. Cuando cada uno de éstos ocupaba su puesto, se presentó

sobre la cubierta, y subió en dos saltos al alcázar de popa, la incomparable Tolopalca.

—Hijos— exclamó al llegar, con voz que todos oyeron— haceos dignos de los valientes guerreros vuestros jefes, que os abandonaron para desafiar el poder de esa ciudad que tenemos delante. Vengo entre vosotros á defenderos y á herir con mi espada al que dude en acometer á sus enemigos.

Y sin oir las reflexiones que le hacia el capitán Zalla, se colocó delante de él, tendiendo una mirada desdeñosa sobre la escuadra veneciana.

—¡Atrás, Zalla!— añadió.—Si nos acometen, mandaré yo sola; y ¡ay de vos si me desobedeceis!

Y quedó tan fria é inmóvil como los restantes.

Llevaba la preciosísima reina una túnica corta de terciopelo morado, su manto peruano sobre los hombros, y una gorra negra con pluma blanca que le sujetaba su hermosa cabellera; en la mano izquierda tenía una pequeña rodela de plata, en cuyo centro aparecía en relieve el escudo de armas de su esposo, y con la diestra blandía la espada con puño de oro que usaba el duque de los Andes cuando iba de corte.

Acababa de amanecer, y los pálidos rayos del naciente sol hirieron aquella faz tan perfecta, altiva y seductora. En el primer instante creyeron los jefes de la escuadra sitiadora que era Corina Loredano; pero bien pronto se convencieron que la sorprendente heroína tenía el cutis más blanco, que era otro tipo, y más hermosa, en fin, que la bella prisionera y cuantas venecianas encerraba la ciudad acuática. La argentina voz de la india llegó hasta los navíos próximos, excitando más y más la admiración de sus enemigos; todos los que se fijaron en ella con sorpresa é interés.

En tal estado se presentó en el puerto de Malamoco una góndola, y acercándose al jefe de la armada veneciana, le entregó un despacho del consejo de *los diez*, en el cual iban escritas las siguientes frases:

«Antes de una hora nos presentareis vivos ó muertos á los pasajeros y tripulantes del galeon español que teneis rodeado.—El presidente, Grimani.»

El general acusó el recibo, desapareció la góndola, y aquél se dispuso á cumplimentar la orden que acababa de recibir. En consecuencia, comenzó por redactar y remitir al jefe del galeon el siguiente despacho:

«Señor: la república de Venecia, dueña y señora de las aguas donde teneis surto el navío *Leon*, me ordena presente ante el consejo supremo del Estado á cuantos soldados, pasajeros y tripulantes se hallan en ese barco. Toda resistencia es inútil, pues de no obedecer á la república será en el acto echado á pique vuestro galeon y todos perecereis; mas como no es ni aún verosímil que pretendais resistir, mandaré seis botes para que os conduzcan al palacio ducal, en el instante que dejeis anclado y al cuidado de los míos vuestro bajel.—El general, Prioli.»

Desde el alcázar de popa vió Tolopalca la lancha y el enviado que les mandaba el jefe marino, distinguiendo luego el despacho que aquél llevaba en la mano, que era el mismo que concluimos de leer.

—¿Entendeis el italiano? — le preguntó á Zalla la hermosa peruana.

—Un poco—le contestó éste.

—Pues bien; si ese mensajero viene al galeon, leed el escrito que trae; y si algo indigno os impusieran en él, rompedlo y arrojad los pedazos al emisario. Bajad, que ya llega.

El valiente capitan se acercó á la barandilla babor de popa. Dos minutos despues oyó gritar:

—¡Ah del capitan del *Leon*!

—Yo soy; ¿qué quereis?

—Entregaros este despacho escrito por el general de la escuadra que os rodea.

—Sujetadlo á la punta de un remo.

El mensajero ató la carta con un pañuelo al extremo del

palo, y la subió. Zalla cogió el escrito y lo fué leyendo detenidamente hasta comprender lo que le decían.

—¿Qué digo al general?—le preguntó el emisario.

—Eso—contestó Zalla, arrojándole al rostro los pedazos de papel.

—¡Ay de vosotros!—exclamó el mensajero, retirándose.

—¡Ay de los malvados!—replicó el temerario capitán, subiendo al alcázar de popa.

—¿Qué quieren?—le preguntó la Inca.

—Prendernos y conducirnos ante ese consejo de asesinos.

—¡Qué mal nos juzgan, Zalla! Pronto comprenderán su error.

Y quedaron todos los del galeon en la misma actitud que estaban anteriormente.

En cuanto el general veneciano supo la insultante y desdenosa contestación que habían dado los españoles á su despacho, dispuso se lanzasen contra el *Leon* diez andanadas, verificando el abordaje al acabar, pasando á cuchillo á los que quedasen con vida.

—¡No haya cuartel para esos villanos españoles!—exclamaba con ira satánica el irascible veneciano.—Es preciso avisar al momento al supremo consejo, que los cadáveres de esos miserables están en nuestras lanchas, atracadas junto al muro del palacio ducal.

Partieron los botes que llevaban orden tan terrible, viéndose acto continuo que la escuadra veneciana tomaba posiciones para destruir en el ménos tiempo posible al hermoso galeon.

La mar estaba tranquila, por cuya razón se hallaban las naves muy cerca unas de otras, y todas próximas al *Leon*. Éste seguía al paio y tan inmóvil como sus defensores. Desde el bauprés caía una hermosa bandera española de seda encarnada y amarilla, que tampoco se movía, efecto de la completa calma que reinaba. Tolopalca miraba con desden el movimiento de la armada; Andrés Zalla sonreía del modo

sinistro que aprendió de los *invencibles* en los momentos de peligro; y Roch, sin perder de vista un solo buque veneciano, estudiaba la maniobra que efectuaba la escuadra. Ésta, aunque con trabajo por la falta de viento, comenzó á tomar posiciones. Ochenta piezas de artillería buscaban ya la popa del galeon y el principio de sus costados babor y estribor, para acribillarlos, echándolo á pique sin dar tiempo para el abordaje, que estaba dispuesto si no desaparecía ante la terrible descarga.

Roch podía con hábiles movimientos descomponer la puntería de los cañones contrarios; pero lejos de eso continuaba observando á la armada contraria, mirando á la vez el reloj, la aguja y el papel donde se hallaban las instrucciones que le dió el príncipe.

El frio estoicismo de los defensores del *Leon* era incomprendible para los marinos de la ciudad anfibia; y no pudiendo achacarlo á otra cosa, creyeron que era hijo de la pedantería, por lo cual exclamaban:

—Esos malditos tienen más amor propio que sentido común; y por San Márcos que les va á costar la vida su insensata necesidad.

Habia trascurrido la hora prescrita por el consejo para la presentacion de los soldados, tripulantes y pasajeros del *Leon*; y viendo el general marino que la calma reinante no le permitía abreviar, segun deseaba el tribunal, mandó el siguiente oficio:

«Sermos. Sres.: el galeon español que debo apresar, presentando ante ese supremo consejo los pasajeros, soldados y tripulacion, pretende defenderse, toda vez que á la rendicion que le intimé en nombre de la república, contestaron con un insulto que merecia por sí solo la muerte de quien lo profirió. En el acto mandé cumplir las órdenes de vuestras serenísimas; pero tal es la calma reinante, que á pesar de la hora trascurrida, aún no ha sido dable á la armada de la república formar en disposicion de hacer fuego contra el

mencionado galeon, sin exponer á alguno de los navíos que me están encomendados. No obstante lo manifestado, cumpliré con el celo, energía y brevedad posibles el mandato de ese supremo consejo, ante el cual se postra—El general Prioli.»

Un emisario llevó este parte á los jueces á quienes iba dirigido, sin que éstos se dignasen contestar.

La armada seguía maniobrando con pasmosa lentitud, siendo al parecer aquella calma precursora de la muerte y de la destruccion del hermoso navío español, que no há mucho cruzó dos veces el dilatado Océano. La encantadora Erminia Inca de Navarro, la bella Corina Loredano, las doncellas de la primera, el valiente Zalla, el inteligente cuanto intrépido Roch, los quince artilleros, y la magnífica tripulacion que con tanto acierto y bravura secundaron al eminente catalan, iban á ser divididos por las mortíferas balas de cañon ó las tremendas hachas venecianas, sirviendo todos de pasto á los peces que se movian entre el cieno de aquella fangosa laguna.

La infeliz Corina dejó el hediondo calabozo de una lóbrega cárcel, para venir á enterrarse entre las aguas del puerto de Malamoco. Se libró de una muerte probable para alcanzar otra segura y tan despiadada como la que ántes le amenazaba.

—Muerte por muerte—exclamó la desgraciada, viendo desde una puerta de luz aproximarse los cañones contrarios—perezca bendiciendo al Sumo Hacedor que me libró de morir deshonorada. ¡Pobre padre mio! ¡Ay del noble caballero que tan generosamente me alargó una mano, la cual creí en un momento de ilusion tener asida el resto de mi existencia! ¡Dios mio, ya que yo muera, salvadlo á él; mi vida por la suya! ¡Es tan valiente, tan hidalgo, tan gentil!... ¡Cómo ha de ser! ¡Todo lo he perdido, todo! No abandoneis, gran Señor, á esta infeliz en tan supremo instante.

Y cogiendo un crucifijo cayó de rodillas, estrechándolo contra su pecho.

Luégo prorumpió en llanto capaz de ablandar el corazón más duro; pero nadie había cerca de ella que pudiera consolarla ó aminorar su dolor. Era el único sér que existía en el *Leon* que temiese de aquel modo la muerte que les amenazaba; bien es verdad que ninguno conocía mejor los instintos feroces y sanguinarios de sus paisanos.

Las doncellas de Erminia miraban por las puertas de luz, sin experimentar el miedo de Corina; el cocinero seguía preparando el almuerzo, sin cuidarse de otra cosa que de disponer las viandas; sus dos ayudantes cantaban y reían, ignorando por lo visto el peligro de que estaban cercados; y los que permanecían sobre la cubierta, todos, desde Zalla y Roch hasta el grumete más jóven, aguardaban impávidos el momento de morir ó vencer. Parecía que los *invencibles* dejaron su poderoso aliento en la corriente de aire que aspiraban los del *Leon*, y al llegar á sus pulmones había enardecido su sangre, prestándoles á todos el admirable valor y sangre fría de los inimitables guerreros. Ni un suspiro, ni una queja, ni una maldición, ni la más leve señal de despecho ó pavor se notaba en ninguno de ellos; ántes al contrario, se veían retratados en sus rostros el valor y hasta la fiereza. La hermosísima Inca parecía el ángel exterminador que debía destruir el universo. Sus ojos despedían fuego; fuego era su aliento; y ardiendo su régia sangre, la abrasaba é impelia á un combate que la infortunada deseaba por lo mismo que era harto desigual, por el cuadro horrible que presentaba aquella república, y por la heroicidad de atacar veinte navíos á una sola nave casi indefensa.

¡Infelices! Si Dios no hace un milagro, en breve las bocas de cien cañones darán fin de todos, sin que les haya servido de nada el heroismo que pareció infundirles el aliento de sus caudillos. Pronto, si la Providencia no se apiada de ellos, serán pasto de los peces.

El tercer día de Carnaval empezaba en Venecia presidido por la muerte; el huracan que la noche anterior descompuso su fiesta y algazara, les anunció las escenas de sangre y exterminio que debian tener lugar en el último día de sus célebres Carnestolendas.

Llegó el crítico instante en que desde el príncipe de Italia hasta su mayordomo y pajes, que duermen en un estrecho camarote del galeon sin sospechar nada de lo que acontece, se hallen otra vez cruelmente amenazados por la muerte. Ninguno conoce el plan de Silva, el cual se contrae á demostrar en tales momentos al consejo de *los diez* la impotencia y casi nulidad de los pocos españoles que existen en Venecia, para caer de improviso sobre ellos y confundirlos, y atacar seguidamente á sus parciales y amigos, dando fin de todos en el presente día.

Pronto veremos si consigue realizar su pensamiento, ó acompañado de los suyos queda enterrado entre las fangosas aguas de la laguna veneciana.

CAPÍTULO XXV.

Un cañonazo á tiempo.—Las dos armadas.—Diez jueces y seis españoles.—
Combate.—Fin del tercer día de Carnaval.

Parte de la armada veneciana habia conseguido ya ocupar el puesto que le estaba mandado; pero faltaban dos navíos, que por tener contrario el poco viento que reinaba, calculó Roch que aún tardarian media hora en poder hacer fuego, formando parte del ala que debia destruir el galeon.

Eran las seis de la mañana, y un sol diáfano y ardiente doraba las transparentes aguas del Adriático. Venecia, el mar y los buques permanecian silenciosos, y cual mudos espectadores de una gran escena que no podia hacerse esperar. Aquella calma de la naturaleza era precursora de una revolucion espantosa entre los hombres.

El inteligente Roch miró por última vez el reloj, la posicion de la escuadra contraria, y exclamó, dirigiéndose á Zalla:

—Capitan, segun las instrucciones del príncipe, aguardé hasta el último momento; pero ya no es posible esperar un solo instante; mandad hacer fuego.

—Batería de babor—gritó Andrés—¡fuego al primer cañon de proa!

El artillero aplicó la mecha, sonó el estampido, y una bala de veinticuatro libras salvó los navíos enemigos, la ciudad de Venecia, y cruzando por encima de todos, corrió dos millas, apagando en el agua el ímpetu que la arrojó á aquella distancia.

Los habitantes de la ciudad anfibia se estremecieron; los marinos de la escuadra se fijaron en el galeon; el humo cubrió á éste, y cuando fué desapareciendo, quedó todo en el mismo estado que anteriormente.

— Ese cañonazo es sólo un aviso — exclamaban los jefes venecianos — pero ¿á quién llaman ó advierten esos ignorantes?

Y no viendo buques algunos que pudieran serles sospechosos, ni salir nadie de Venecia, continuaron su maniobra.

La bala dirigida por el capitán Zalla parece que dió movimiento al aire que hasta entónces continuó en calma, pues á la fina brisa de la mañana reemplazó un Levante que refrescaba á cada momento; éste era contrario á los dos únicos navíos que aún no estaban en ala, retrasando más la orden del general, léjos de favorecerla.

Iracundo aquél, votaba por diez, concluyendo por maldecir á los que entónces se llamaban cuatro elementos. Los oficiales que le obedecian, fijos en Erminia, aguardaban con ansiedad el momento de disputarse tan rica presa, mientras los soldados pensaban en el botín y refriega que creian cercanos.

Pronto se convertirán sus ilusiones en la amarga realidad, cuya aproximacion ignoran.

Sonaron las seis y media de la mañana, y por fin pudieron los dos navíos ponerse en ala y dirigir la puntería de sus cañones al galeon, sin temor de errar por lo cerca que lo tenian, ni de mandar una bala á sus compañeros de mar ó tierra, por la magnífica posicion que ya ocupaban. Cien cañones apuntaban, y otras tantas mechas se alzaron, espe-

rando los que las tenían la voz de sus jefes, para destruir, para aniquilar al pigmeo marítimo que veían delante, cuando se oyó un grito unánime, terrible, pavoroso, exhalado por mil personas á la vez. Cuantos individuos de tropa y mar se hallaban en la armada veneciana, miraron en torno, quedando sorprendidos y confusos. El cañonazo lanzado por el *Leon* habia sido efectivamente un aviso, y éste escuchado por cuarenta navíos malteses y por toda la ínclita y militar órden de San Juan de Jerusalem. Viento en popa y á fuerza de remo y de vela, atravesó una armada por medio de la otra, fué rodeado casi instantáneamente el galeon español, quedando entre éste y la escuadra veneciana una muralla impenetrable de hierro, cobre, madera y carne humana. A los doscientos cañones venecianos opusieron quinientos los sanjuanistas; y sin consideracion á la república ni á los republicanos, apuntaron con unos hácia la ciudad anfibia, y con los otros á sus baterías flotantes.

—¡Hurra!—exclamaban los de la ínclita.—¡España y Malta! ¡Ay de sus enemigos!

—¡Ah del bauprés!—gritó Roch.—¡Esa bandera al palo mayor para que la distingan bien los venecianos!

Y cinco minutos despues ondeaba la bandera española en el extremo del mencionado palo, desafiando con sus continuos embates el poder de la reina del Adriático.

Los marinos venecianos quedaron confundidos, sin saber qué hacer ni qué determinar; entre Venecia y ellos tenían un muro incontrastable, y ni aún les quedaba el recurso de poder mandar un parte al consejo de *los diez*, por habérseles interpuesto la escuadra maltesa. De empeñar un combate con los sanjuanistas, que eran en aquella época de los primeros marinos de Europa, sólo conseguirían la completa destruccion de su armada; y como á esto se unia la lucha del consejo de *los diez* contra el Dux, no tenían confianza en las baterías de tierra, ni sabían qué partido tomar.

Por último, dispuso el general mantenerse á la capa, y

que los acontecimientos le indicasen la conducta que debía seguir en trance tan apurado.

Queriendo honrar el gran maestre el hermoso buque de sus amigos los *invencibles*, dió algunas órdenes y se trasladó á aquél, seguido de doscientos sanjuanistas. Inmediatamente comenzó á moverse su escuadra, quedando el galeon casi pegado al palacio del Dux, mientras diez navíos malteses se extendieron por el gran canal que atraviesa á Venecia. Los otros treinta continuaron en el puerto de Malamoco, observando las naves venecianas y el casco de la ciudad.

Sus contrarios vieron aquella maniobra, y que las baterías de tierra permanecían mudas, no obstante haber tomado los sanjuanistas el gran canal que formaba la calle Mayor de la ciudad; por consiguiente, persistieron en su idea de mantenerse á la capa sin hacer ostentacion alguna de fuerza.

El gran maestre y los caballeros que le seguían felicitaban á la amazona Tolopalca, colmándola de elogios; Zalla les dijo quién era, y el valor, talento y sangre fría con que el cielo la había dotado, y la duquesa de los Andes recibió de tan valerosos marinos una completa ovación. Después hicieron subir sobre cubierta á la angustiada Corina de Lorredano, la cual, cogida al brazo del gran maestre, vió la morada de su padre, permaneciendo allí hasta mucho después de haber desembarcado los doscientos sanjuanistas que estaban en el galeon.

Pasemos ahora á saber qué ha sido de los *invencibles*, y si llegaba ó no tarde para ellos la escuadra de la ínclita.

Retrocedamos pues, penetrando en el despacho del Dux, donde éste se había encerrado con los seis generales. El príncipe le preguntó:

—¿Creeis que penetrarán en estas habitaciones los parciales de esos miserables que forman el consejo de *los diez*?

—Sí, son capaces de todo lo malo que podáis imaginar.

—¿Cuándo juzgais que podrán verificarlo?

—Vuestra inesperada presencia les contendrá algo, no

tanto por vuestro heroismo, como por el parentesco que tenéis con Felipe II; mas á pesar de todo, y aún cuando tarden, se resolverán á atacarnos; son hombres que nada les detiene.

—Concretad más la afirmativa: ¿á qué hora suponeis que mandarán asaltar estos salones?

—Concluirán por eso; de consiguiente, no es lo probable hasta la noche; pero debo advertiros, que tendrán ya en su poder al embajador español, y se dispondrán á asaltar vuestro barco, en el cual han supuesto que está mi hija y hombres que puedan decirles lo que os ha traído á Venecia.

—Poco se pierde con lo primero; en cuanto á lo segundo, es casi imposible; léjos de eso, tendremos en breve quienes nos ayuden de la gente de mar que defiende mi galeon.

—Supongo que os referís á los caballeros malteses; y aún cuando os deben mucho, ignoro si temerán indisponerse con esta república.

—Esos isleños nos aman como á hermanos; son valientes hasta el heroismo, y nos defenderán en Venecia como yo á ellos en Malta; estoy seguro.

—De todos modos, no puede prolongarse mucho tiempo tal estado de cosas; pues si bien es cierto que yo hice retirar de aquí la mayor parte de la escuadra, no debe hallarse léjos, y acaso corran ya en su busca.

—De llegar las ochenta naves de que dispone la república, todo se habria perdido; mas necesitan para esto emplear cuatro ó seis dias, y pienso, si Dios me ayuda, dejar hoy mismo terminada esta cuestion. Decidme, ¿dónde se reúne ese consejo?

—En el salon contiguo al que está más próximo de este despacho.

—¿De quién se hallan acompañados cuando están en sesion?

—De nadie; permanecen siempre solos y encerrados.

—¿No tiene la estancia ninguna comunicacion con vuesttras habitaciones?

—Sí, hay una puerta secreta mandada poner por mi antecesor Gritti; pero se cierra por ambos lados, y desde que fué nombrado el actual consejo de *los diez* no se abrió.

—El pasador de la parte opuesta, ¿es muy grueso?

—No, apenas tendrá dos líneas.

—Entónces esperemos tranquilos; dejémosles que confíen, que luégo mis cinco hermanos y yo os cumpliremos la palabra empeñada.

—¿Qué meditais, hijo mio?

—Cuando éntre más el día os lo diré. Puesto que teneis á vuestro lado á algunas de las autoridades venecianas, encerraos aquí con ellas, dictándoles todas las medidas que juzgueis convenientes á la prosperidad de la república. Empezad por extender un título de nobleza para cada uno de nosotros seis, con el objeto de que podamos formar parte del gran consejo que deberá reunirse hoy para nombrar á los individuos que han de componer en lo sucesivo el tribunal de *los diez*. En las órdenes ó leyes que redactéis, procurad que el Dux de Venecia tenga el poder del Estado, y que nadie pueda anteponérsele, segun corresponde á un dictador ó soberano. Y todo esto verificadlo como si hubieran perecido los diez hombres que, escalando el poder, se han constituido en fieros déspotas que lograron avasallar al mismo Dux. Convinimos hace tres dias en que nosotros nos ocupariamos de los referidos diez malvados, y vos de sus parientes, amigos y secuaces. Comenzad, pues, á desempeñar vuestra mision, que nosotros no tardaremos en terminar la nuestra. Despues ayudarán mis cinco hermanos á vuestros partidarios, y, Dios mediante, todo quedará hoy concluido.

Pedro Loredano pareció entregarse á profundas meditaciones; cuando hubo concluido, exclamó:

—Príncipe de Italia, nada indigno se puede esperar de vos ni de estos cinco caballeros, cuyos hechos gloriosos asombraron al mundo; acepto vuestro plan, sea el que fuere, y me dispongo á secundarlo, dudando del triunfo, pero se-

guro de marchar por el sendero del honor. Si en el camino nos sorprende la muerte, exhalemos el último suspiro con la conciencia tranquila y la sonrisa en los labios.

—Olvidad, amigo mio, tan tristes ideas, pensando únicamente en hacer la ventura de ese infeliz pueblo amenazado dia y noche por el puñal asesino. Pero ántes decidme dónde está esa puerta secreta de que me acabais de hablar.

Los siete se levantaron, y llegándose el Dux con Julio á un gran espejo que habia en el salon contiguo, tocó un disimulado resorte, corriéndose á la vez el pasador de una puerta; pero ésta permaneció cerrada, siendo así que tenía echado otro igual por la habitacion inmediata. Silva llamó al gigante Mendoza, y aproximándose al mencionado cerrojo, lo corrió y descorrió sin hacer ruido alguno, preguntándole:

—¿Te atreverias á romper uno igual, que queda echado por el lado contrario?

—Yo lo creo; fijo el hombro en ese sitio, hago un esfuerzo, y se irá combando hasta romperse ó abrirse la puerta.

—¿Será instantánea la operacion?

—Cosa de un minuto.

—¿Te estorba la luna del espejo?

—No, porque me apoyaré en el marco.

Silva dejó corrido el cerrojo y guardada aquella salida por quince soldados que habia situado allí el Dux, y volviéndose á éste, añadió:

—Podeis entrar en el despacho cuando gustéis, dejándonos en estos salones, donde deberemos mandar como vos. Ya encerrado con vuestros amigos, no salid hasta que yo pase á veros.

El Dux reunió en torno á cuantos grandes y pequeños le obedecian, encargándoles reiteradas veces que obedecieran al principe de Italia y á sus cinco amigos, en cuanto tuviesen á bien mandarles, y que los siguieran hasta perecer. Luego llamó á diez y se entró con ellos en el despacho, cum-

pliendo fielmente el encargo que le habia hecho el príncipe. Verificado esto dispusieron los *invencibles* lo que juzgaron conveniente para evitar una sorpresa, quedando uno de ellos delante de cada puerta de salida, al frente de los guardias y caballeros que estaban allí. El príncipe y el duque del Imperio, viendo que habia amanecido, se acercaron á una ventana, fijándose ambos en su hermoso galeon y en la escuadrá que le rodeaba.

— Los momentos — decia Flaviano — no pueden ser más críticos; tienen sitiado al *Leon*; lo estamos nosotros, y no se ve un buque sanjuanista. Creo, mi querido Julio, que jamás nos encontramos más próximos á perecer que en esta ocasion.

— Opino que exageras el peligro, lo cual no me extraña, toda vez que desconoces mi plan. Es cierto que existe gran exposicion; mas nada hay imposible para la Providencia, y confio que no nos abandonará en los críticos instantes en que nos hallamos defendiendo una causa tan justa.

— Ciertamente; pero en verdad que es duro y cruel estar en medio de tan villanos enemigos, cruzarse de brazos y no poder hacer nada.

— Osorio, eres ya duque, grande de España, y un general de valor y renombre; y aún cuando tienes poca edad, es indispensable que vayas adquiriendo la calma y sangre fria que requiere tu posicion. Te sobran talento y destreza; desecha de tí esa viveza impropia en un jefe tan entendido como tú, y brillarás cuanto anhele tu genio. Las grandes operaciones son siempre fruto de un plan concienzudamente estudiado, y su realizacion no debe nunca atropellarse.

Los dos amigos continuaban hablando sin dejar de mirar al galeon, aplaudiendo interiormente la actitud severa y fria de sus subordinados, y muy particularmente la de la hermosa Tolopalca, á la que distinguian sobre el alcázar de popa, segun la vimos anteriormente. La calma de Silva tendia á hacer creer á los del consejo que no tenía medio

de atacar, para caer de improviso y en el momento que estuviesen más confiados.

Así permanecieron cerca de dos horas; percibieron al emisario que mandó el consejo de *los diez* al jefe de su escuadra, y adivinaron el mensaje que llevaba, como asimismo la temeraria contestacion del capitan Zalla; y ambos elogiaron la entereza del bravo español. Luégo se fijaron en la maniobra de la armada veneciana, contando Osorio los minutos que empleaban en ella, siendo agitado nuevamente por mortal ansiedad.

—Julio— exclamó sin poderse contener— el galeon va á ser echado á pique, y esos infelices perecerán todos. ¿No hacemos nada?

—Paciencia, general— le contestó el duque, cogiéndole el brazo izquierdo.— ¿Es ese el caso que haces de mis consejos? ¿el remedio que aplicas contra tu perjudicial viveza? Nota que se ha levantado un viento que imposibilita la operacion de aquellos dos navíos, los cuales no pueden entrar en ala; en tanto que chocará en la popa de la escuadra maltesa. ¡Mírala! ¿Distingues en lontananza las velas de los sanjuanistas? ¡Oh! en breve volarán sobre esa blanda y azulada superficie. Falta sólo un cañonazo para que lo verifiquen, y éste no se hará esperar mucho tiempo. El buen Roch obedece mis instrucciones con pasmosa sangre fria. Aprende, Osorio, aprende de ese impávido marino. ¡Le rodea la muerte por todas partes, y va contando los segundos uno á uno, sin moverse hasta que llegue el último! Me comprende, sí; mira cómo desprecia el peligro, sabiendo que un vasto plan no debe alterarse ni adelantar un minuto la más leve de sus operaciones.

En este instante sonó el cañonazo de aviso, la bala cruzó por encima de los dos *invencibles*, añadiendo Julio:

—¡Bravo! Calculó mi amado catalan como un sabio; no le han de sobrar muchos instantes.

—Príncipe— dijo Osorio— los dos navíos entran en ala,

y aún cuando avanza la escuadra sanjuanista, pueden romper el fuego ántes que llegue. ¡Oh! ¡ese endiablado marino tardó mucho en hacer la señal! ¿Ves el estribor de las dos últimas naves? Comienzan á dirigir la puntería de sus cañones hácia el *Leon*. La línea está formada; mira cómo apuntan; ¡maldicion!...

— Ahora tienes razon, Flaviano — exclamó el príncipe, agitado como su amigo. — Las galeras sanjuanistas vuelan; pero basta un segundo para que todo se haya perdido. ¡Será posible que perezcan esos desgraciados!

— Levantan las mechas, Julio; ¡voto al!...

— Calla; ¿oyes ese rumor? Han bajado las mechas; vieron la escuadra maltesa. ¡Ahora comprenden el aviso de que ántes no hicieron caso! ¡Oh! ¡mi plan es infalible, puesto que lo apoya la Providencia! ¡Mira la cruz blanca de los caballeros de Malta sobre el castillo y leon de España! ¡Vé cómo van llegando! ¡Se salvó el galeon y el honor de nuestra patria! ¡Hurra! dicen los bravos de la ínclita. ¡Hurra! duque del Imperio; principiemos nosotros; salvemos al Dux de Venecia, y acabemos de una vez la difícil mision que nos sacó de Madrid.

Y retirándose de la ventana, se hicieron rodear por cuantos nobles y caballeros se hallaban en los salones contiguos. Ya en medio de ellos el príncipe, exclamó:

— Señores, llegó el supremo instante de vencer ó morir. Nada más debo decir á hombres de vuestro valor y amor á la justicia. Quitad inmediatamente todos esos parapetos; y en el momento que veais detenerse frente á esos balcones un navío con doscientos caballeros de la orden de San Juan, salid fuera de estas habitaciones, y bajando al zaguan, gritadles: ¡*Venecia, Castilla y Malta!* Inmediatamente correrán en vuestro auxilio; sereis entónces quinientos; con ellos idnos á buscar al salon donde continúan encerrados los individuos que componen el consejo de *los diez*. Un tiro, una estocada ó un lanzazo al que os estorbe el paso, sin olvidar

que los valientes jamás cuentan el número de sus contrarios. Herid bien y mucho, si no quereis exponeros á recibir una leccion de esos intrépidos isleños. Corred; no perded un minuto, que la ocasion ha llegado y es preciso no despreciarla.

Todos obedecieron la voz de Silva, dedicándose acto continuo á destruir, entre los trescientos, los parapetos que no há mucho formaron; luego enarbolaron sus mortíferos aceeros, quedando delante de la puerta más cercana á la escalera, esperando la voz de un general, que observaba desde la ventana la llegada de los sanjuanistas.

Mientras éstos cumplimentaban las órdenes del príncipe, reunió éste á sus cinco compañeros, dos Zallas y ocho criados, y añadió:

—Hijos, si en el salon donde vamos á entrar—dijo á los segundos y últimos—hay sólo diez hombres, dejadnos á los seis, tomando vosotros todas las puertas, sin permitir que penetre ninguno de los que ignoren nuestra contraseña. Si existiesen más, si el salon estuviese lleno, seguidme todos y matad como yo. Mendoza, toca el resorte, fija el hombro, y rompe el pestillo de la parte de adentro en el ménos tiempo posible. No te detengas; ¡y que Dios sea con nosotros!

El gigante oprimió el resorte, apoyó el hombro sobre el marco del espejo, hizo un esfuerzo supremo, y rompiendo el pasador de la parte interior, se abrió la puerta, precipitándose los diez y seis en la extensa habitacion donde se hallaba reunido el consejo de *los diez*. Estaban estos terribles jueces de pié, y cuestionando acaloradamente sobre los medios de que debian valerse para matar al Dux y á cuantos le defendian, incluso los seis españoles, si se hallaban entre el número de aquellos. Creyeron que el cañonazo que tiraron los del *Leon*, habia sido lanzado por los de su escuadra contra el buque español; y suponian que ya estarían en poder de los suyos los defensores de aquél. Las estancias

contiguas se encontraban cuajadas de amigos, parciales y soldados de estos miserables; pero ellos continuaban encerrados, segun costumbre; y aún cuando el jefe del puerto de Malamoco les habia querido participar la llegada de la escuadra maltesa, no oyeron los tres golpes que dieron á la puerta, entretenidos con el acalorado debate que sostenían. Todos anhelaban que pudiesen el Dux, sus amigos, defensores y hasta los *invencibles*; pero no estaban conformes en los medios que debian emplearse, formándose entre ellos dos partidos que opinaban de distinta manera. Y esto dió lugar á las voces, desórden y conflicto en que se hallaban cuando Mendoza puso á prueba sus hercúleas fuerzas, y abriendo la puerta secreta, se encontraron frente á frente de seis leones y de diez feroces panteras.

Sobrecogidos de espanto, quisieron gritar; mas las bocas de treinta y dos pistolas sellaron las suyas, pasando del sobresalto al pánico.

Instantáneamente tomaron Alvaro Zalla y cuatro criados una puerta, y su hermano Fermin, en union de los restantes sirvientes, la otra; visto lo cual por el príncipe, guardó las pistolas y tiró de la espada, imitándole sus cinco compañeros.

—Al que grite de esos diez—dijo á los capitanes y criados—mandadle una bala; pero si permaneciesen mudos, consentid hasta que nos maten. ¡Guay si alguno me desobedece!

El salon en que se encontraban era extensísimo; los diez jueces estaban en un extremo, hácia el cual avanzó el príncipe, seguido de sus dignos amigos. A tres pasos de aquellos se detuvo, diciéndoles:

—Somos españoles, pero defendemos la justicia en donde quiera que la hallamos ultrajada por sangrientas víboras como vosotros, miserables verdugos. Venimos desde el Nuevo-Mundo á mataros, porque habeis de saber que vuestra fama de villanos corre por el orbe, no ignorándose ya

en ninguna parte vuestros inícuos hechos. Hombres como vosotros, comprenderán fácilmente que nuestro renombre de *invencibles* es una vulgaridad que sólo cree y comenta el pueblo que no nos conoce ni sabe apreciarnos. Somos vencibles como todo sér que puede morir; y en esta ocasion sois diez contra seis. Si os defendeis, os mataremos ó nos matareis; si no lo haceis así, os asesinarán nuestros criados, imitando á los mil sicarios que, obedeciendo vuestras órdenes, sembraron de víctimas el fondo de vuestra cenagosa laguna. ¡En guardia, hijos expúreos de un pueblo noble y valiente! Os concedo el que os defendais, porque no debo imitaros.

Los jueces comprendieron que de no batirse desharían sus cráneos las balas de las pistolas que tenían tan cerca; pero temieron, vacilaron, y mirándose unos á otros, echaron mano á las empuñaduras de las espadas, faltándoles valor para sacarlas.

El conde de Santomera se acercó á dos pasos de Donato, diciéndole:

—Escuché ayer las frases que dirigisteis á mi futura, Corina de Loredano, y no me extraña veros temblar ante mí, puesto que tan valiente estabais delante de una mujer. Aquel hecho merece esto.

Y fijó su diestra en el rostro del miserable, añadiendo:

—Y la bola negra con que la sentenciasteis á muerte, esto otro.

Y se echó atrás con ánimo de atravesarle el corazón; lo mismo hicieron sus cinco compañeros restantes.

Los jueces retrocedieron, y sacando por fin los aceros, comenzaron á defenderse y á atacar. Donato gritó:

—¡Favor al consejo!

Y cayó en tierra, deshecha su cabeza por una bala que le dirigió Alvaro Zalla. Los nueve restantes, convertidos en tigres, sellaron sus labios, tratando de hacer pagar caras sus vidas.

La voz de Donato y el tiro disparado por Zalla se oyeron en los salones contiguos, y los amigos y parciales de los jueces comenzaron primero á llamar, intentando luégo echar abajo las puertas; pero los ocho criados y Zallas fijaron en ellas las mesas, sillones y cuantos objetos encontraron en la parte del salon en que podian andar, dejándolas aseguradas por quince minutos lo ménos.

El príncipe, el duque del Imperio, el de los Andes, el conde de Santomera, Mauro y Mendoza, más que atacar á sus nueve contrarios, les estaban proporcionando una agonía larga y tan cruel como la muerte. Llevaban cinco minutos de lucha, y sólo desarmes y heridas leves les habian causado, permitiéndoles que se rehicieran y acometiesen. Eran seis consumados profesores de esgrima, que se entretenian en dar lecciones á nueve tórpes y aturdidos discípulos. Era la Providencia, que comenzaba á castigar el vicio y la infamia de aquellos malvados.

Así permanecieron otros cinco minutos. Los parciales de los jueces gritaban y hacian esfuerzos para arrancar de cuajo las dos puertas del salon del combate, que indudablemente hubieran tirado, sin las mesas, planchas de mármol y palancas que las sujetaban por dentro.

Los nueve jueces estaban perdidos; les flaqueaban las piernas, se les desvanecía la vista y temblaban; pero se defendian. En este instante oyó Julio un rumor lejano, creyendo percibir la contraseña de: *Venecia, Castilla y Malta.*

— ¡Hermanos — gritó — llegan los sanjuanistas; matemos á estos miserables!

Dos minutos despues los nueve jueces tenian atravesado el corazon, sin haber conseguido tocar á uno solo de los *invencibles*. Alvaro Zalla mató al primero, el príncipe á dos, Flaviano otros dos, igual número el conde de Santomera, y los otros tres á los restantes.

— ¡Fuera esos parapetos! — gritó Silva — y retiraos los diez detrás de esa puerta secreta.

En el acto fué obedecido, quedando solos los *invencibles*, tres á cada lado de los cadáveres, con las espadas desnudas y humeantes aún por la sangre de los muertos.

Poco despues cedieron las dos puertas de aquel gran salon, precipitándose por ellas los parientes, amigos y multitud de parciales de los que acababan de sucumbir. Llegaron junto á los cadáveres, los reconocieron, miraron á los seis generales, retrocediendo llenos de espanto y terror.

— ¡Mataron á los diez! — exclamaron.

Y se echaron nuevamente atrás.

— En lucha bien desigual para nosotros — les contestó el príncipe — como morirá hoy en Venecia todo el que no acate la autoridad del Dux; el que no se incline ante la justicia ó desobedezca las leyes de su país. Con vuestros jefes dieron fin vuestras infamias.

Pasados los primeros momentos de estupor, comenzó un murmullo que fué acreciendo por instantes, gritando por último casi todos los que concluian de entrar:

— ¡Muera el Dux! ¡Mueran los españoles!

Y corrieron con ánimo de herir á los generales. Éstos les hicieron frente, descargando sus pistolas y derribando á doce; los restantes quisieron huir, pero ya era tarde para poder conseguirlo. Apenas acababan de disparar aquellos sus armas, penetraron en la estancia doscientos sanjuanistas, guiados por varios amigos del Dux, hiriendo y matando á cuantos alzaban sus armas contra los *invencibles*. Y como si esto no fuese bastante, salieron tambien los dos Zallas y ocho criados, se pusieron delante de sus jefes, disparando sobre los parientes, amigos y parciales de los que formaron el consejo de *los diez*.

— ¡Herid al que os ataque! — gritó el príncipe. — ¡Desarmad á los que se entreguen, y terminad lo ántes posible la revolucion empezada. Os dejo; comprended la causa de mi ausencia.

Los amigos y defensores de Loredano, los sanjuanistas,

Zallas y criados, siguieron á Osorio, Navarro, Mauro y Mendoza, y se extendieron, primero por el palacio y luégo por las plazas, calles y canales de Venecia, victoreando al Dux, infundiendo terror y acuchillando á los que pretendian defenderse, siendo ayudados y protegidos por el galeon, diez navíos malteses y cincuenta lanchas. Los primeros de estos buques cruzaban por el gran canal y el de Yudecca, y los otros por los restantes.

El príncipe tendió una mirada sombría sobre el cuadro de muerte que presentaba el salon de sesiones del consejo de *los diez*, y se fué solo en busca del Dux, al que halló en su despacho, rodeado de las autoridades de Venecia que se encerraron con él. Estaba ansioso é impaciente, pero sin atreverse á salir por temor de contrariar la órden de su poderoso defensor.

Cuando entró Silva, tenía el rostro cubierto con las manos, y parecia presa de terrible abatimiento. Los que le acompañaban participaban del mismo estado que su jefe.

—Pedro Loredano—dijo Silva penetrando allí—ya sois Dux de Venecia, sin que haya poder alguno que pretenda sobreponerse al vuestro. Cumplí la palabra que ofreciera á mi anciano padre, y acabé de sufrir azares y fatigas en el largo viaje que emprendí há cerca de un año.

Y se dejó caer en el sillón, libre de un peso que parecia abrumarle hace tiempo.

El Dux le miró con marcadas muestras de ansiedad, preguntándole:

—¿Qué es de mi hija, de vuestros compañeros, del consejo de *los diez*?

—Corina, defendida por los míos, pronto correrá á vuestros brazos; mis amigos están concluyendo de arrancar á la revolucion una victoria, que os asegurará en el solio de Venecia mientras vivais; y los que componian el miserable consejo de *los diez* exhalaban ya los últimos suspiros á manos de nosotros seis, en lucha ventajosa para ellos; pero fueron

tan poco diestros, que se dejaron matar sin haber logrado tocar nuestros vestidos.

—¿Y el sin número de parientes, amigos y parciales de que estaban rodeados en mi palacio y en toda Venecia?

—Unos han sucumbido ya, otros se humillan ante mis huestes, los más huyen temerosos de sufrir la suerte de sus compañeros, y muchos se defienden, queriendo asir nuevamente el poder que se les cayó de las manos.

El Dux y cuantos le rodeaban quedaron sorprendidos, oyendo el verídico relato del tranquilo y satisfecho príncipe de Italia. Todavía se estremecían, no obstante, al escuchar los gritos de muerte, vivas y golpes estridentes del combate, que parecía alejarse cada vez más del palacio ducal. La ansiedad y terrible estado de aquellos hombres contrastaba con la fría indiferencia y aplomo de Julio de Silva.

—Príncipe — exclamó el Dux — ¿cómo abandonais á vuestros amigos? ¿Por qué les niega vuestro elevado genio esa radiante luz que el mundo os envidia? ¿Sabeis lo que son los venecianos? Los individuos del consejo de *los diez* tienen parientes y amigos poderosos, que tratarán de sofocar la revolucion. El poder que pretendéis arrancar á esas familias, costará un rio de sangre.

—Peor para ellas, pues de ese modo lo perderán con la vida. En cuanto á mis amigos, lleva cada cual una antorcha que alumbra, por lo menos, tanto como la luz que suponeis á mi genio. Como á mí, llaman á ellos tambien *invencibles*; y porque conozco bien á los parientes, amigos y parciales de esos desgraciados jueces que dejaron de existir, no corro yo al combate. El príncipe de Italia, señor, suele llevar la muerte en la punta de su espada y el perdon en los labios; y como, segun decís, son tan malos esos hombres, conviene que sólo mis cinco compañeros, que han salido sin el perdon y con aceros iguales al mio, terminen la revolucion. Costará más víctimas, pero quedareis más seguros, y la justicia mucho más respetada.

—Silva, encerrados en sus palacios, herirán impunemente á los vuestros.

—Mis amigos, Dux, vienen de entre panteras, tigres y leones, y aprendieron á escalar edificios, á destruir alcázares y á vencer toda clase de hombres y fieras.

—Se llenarán de góndolas los canales, y la muerte se esconderá detrás de cada esquina que intenten doblar.

—Han luchado ellos con los primeros piratas del antiguo y del nuevo Continente; y los que sostuvieron abordajes en medio de los mares y echaron navíos á pique, ya comprendereis cuán fácil les será destruir los débiles esquifes venecianos.

—¡Quiénes son esos hombres, príncipe de Italia!

—Los *invencibles*, señor, segun los apellida el mundo.

—¿Oís? Suenan los cañones; la escuadra veneciana ataca á vuestros soldados.

—No lo creais, gran señor; son los sanjuanistas y mi esbelto galeon, que hacen fuego contra esos palacios y góndolas de que me hablabais ántes.

—Va á arder Venecia, hijo mio.

—Dejadla, de ese modo se abrasará tanto malo como encierra.

—¿Cómo sabeis que son los vuestros los que disponen esas descargas de artillería?

—Comprendiendo que los otros no son capaces de hacer fuego contra los doscientos cañones que tengo dentro de la ciudad, en los once buques que surcan el gran canal.

—¿Y los veinte navíos venecianos?

—Están rodeados por treinta malteses.

—¿Y ese infierno que domina en mi pobre, en mi querida patria?

—Lo habrá traído Lucifer, que se apodera en estos instantes de los réprobos que sentenciaron á muerte á vuestra hija, y que asesinaban hasta hace poco en las plazas, edificios, calles, canales y laguna.

— ¡Qué será de mi Corina en medio de ese fragor espantoso y horrible!

— Os ha oído y corre á vuestros brazos. Vedla llegar, cogida al de su libertador el conde de Santomera.

Así era efectivamente. En el instante que Odon comprendió que la revolucion se extendia vencedora, entró en el galeon, y despues de mil protestas de amor, sacó á su bella protegida, y en este momento se la entregaba á su padre, el cual, anegado en lágrimas, la estrechaba, sin poder expresar frase alguna.

— ¡Hija mia! — exclamó por fin, besando su frente. — ¡Cómo podré yo pagar á ese gentil caballero la felicidad que me devuelve en este dia!

— Padre mio — le contestó Corina bajando la cabeza — yo satisfaré la deuda. Mi protector, el señor conde de Santomera, dice que me ama, y yo...

— ¡Habla, Corina, habla por Dios! Pero no te violentes, que el hijo de mi amigo Navarro será tan noble y generoso como lo fué el autor de sus dias.

— Padre mio, no pudiendo dominar los impulsos de mi corazon, le amé tambien, hasta el punto de creerme la mujer más feliz, si le aceptais por hijo.

— ¡Al conde de Santomera; al compañero del príncipe de Italia; al hijo del primer general de España; á tu libertador! ¡Dios mio, Dios mio, parece un sueño la dicha de hoy comparada con la desgracia de ayer! Acepto esa union; tendré dos hijos... Pero abrazadme. La ventura de este instante recompensa las amarguras, tormentos y desgracias que he sufrido durante diez años.

El cuadro enterneció al príncipe y á las autoridades de Venecia presentes allí; mas vinieron á descomponerlo tres descargas cerradas de doce cañonazos cada una. El Dux se estremeció nuevamente, vió el humo que entraba por los balcones del palacio ducal, y desprendiéndose de sus hijos, gritó:

— Príncipe de Italia, conde de Santomera, la lucha acrece, y vosotros permanecéis léjos de vuestros compañeros.

Navarro desapareció de allí al oír las primeras frases de Loredano; pero Silva hizo sentar á su lado á la bella Corina, le cogió una mano, y comenzó á hablarle de sus amores con Navarro.

— Príncipe, vuestra calma y sangre fría me asesinan — añadió el Dux. — Por vuestro padre os ruego terciéis en la contienda, y veamos terminar lo ántes posible esa lucha fratricida.

— No puedo permanecer quieto ante el augusto nombre que acabais de invocar. Saldré, en cinco minutos cesará el combate; pero os advierto, que quedará prendida la tea de la discordia, y sereis víctima más adelante de la contrarevolucion que empezará á fraguarse esta noche.

Y fué á partir; mas Corina le detuvo, se cogió á uno de sus brazos, y le dijo:

— No, príncipe de Italia; no salid de aquí. Mi padre se queda sin mí, y ya que viva solo en Venecia, dejad que exterminen los vuestros, como deseais, á todos sus enemigos.

— ¿Qué decís, señor? — preguntó Silva á Loredano.

— Nada, Julio; si no quereis partir, quedaos, y que se cumpla la voluntad de Dios.

Y se dejó caer en el sillón, tornando á cubrir el rostro con las manos.

Poco despues vieron entrar al gran maestre de la orden de San Juan, en cuyo brazo iba apoyada Erminia Inca de Navarro, seguida de sus doncellas. Ambos llegaban cuestionando, pues la valerosa india abandonó con gran trabajo la nave desde la cual contemplaba gozosa á los venecianos, mirándolos sucumbir ante los aceros de los *invencibles*.

El soberano de Malta estrechó al Dux y á Silva, saludó á los restantes, y aceptando un sillón, le dijo al príncipe:

— Haciendo uso de toda mi autoridad, pude conseguir traeros esta dama, que en verdad tiene tan buena sangre

como su valiente esposo. Sus vestiduras se hallan agujereadas por dos balas; otras muchas han cruzado por cerca de su cabeza, y todavía se resistía á obedecerme.

—Y me sobraba razon — contestó la Inca — pues he debido seguir la suerte de mi marido.

—Quedaos, hija mia — le dijo Silva — que el duque de los Andes no tardará en correr á vuestro lado, trayendo otra corona más, sobre las muchas que ya orlan su frente. ¿Qué estado tiene la revolucion? — preguntó al jefe sanjuanista.

—Comienza á declinar y en breve terminará, siendo completa la victoria. El duque del Imperio se puso al frente de todos mis caballeros, que le conocen bien y le aman como merece, y se ha convertido con ellos en un ángel exterminador. Le acompaña el duque de los Andes, que es tan temerario como él, y... y pronto darán fin de todos los enemigos del Dux. Disponen de doscientos cañones, de ochocientos arcabuces, de mil espadas y de cuatro mil picas, con todo lo cual han cerrado el paso á sus contrarios, y en buena lid acabarán con ellos. El conde de Santomera, Rogelio Mendoza y Mauro Nuñez de Lara, al frente de los partidarios de Pedro Loredano, engrosan sus filas, y divididos por calles, plazas y canales, secundan á sus compañeros; siendo los cinco, jefes supremos de una revolucion como se han visto pocas. Sus muchos enemigos, temiendo dejar el poder, y acaso la vida, se defienden en las casas, palacios y góndolas; pero tus hermanos, hijo mio, escalan los alcázares, prenden fuego á las casas, y con tanto valor como acierto, dominan la ciudad, son obedecidos hasta por mis generales y los de la república veneciana, y rayan en heroicas las pruebas de inteligencia y valor que dan en estos instantes. Flaviano te busca con la vista, y no hallándote, exclama: «No estando el héroe, suprimid la palabra perdon.» Y manda, dirige, ataca, vence, y es el primero en llegar á los puntos de más peligro. Lo mismo aquí que en Malta, te imita ese niño de un modo admirable.

Las frases del anciano habian expresado la verdad. Los cinco *invencibles* comprendieron que la ausencia de Julio queria decirles: «Destruid á esa canalla,» y lo realizaban admirablemente. Sus enemigos, áun cuando fueron sorprendidos, se rehicieron prontamente, y trataron de conservar un poder y preponderancia que les arrancaban á cañonazos, tiros y estocadas los defensores del Dux.

Siete horas duró la revolucion. A las cuatro de la tarde el que no se habia rendido ó escapado de la ciudad, fué muerto por los *invencibles*. Cesó por fin el estruendo de las batallas, comenzando á correr, como de costumbre, el arroyo de lágrimas que vertian las mujeres, madres é hijas de las víctimas. Tuvieron bastantes bajas los sanjuanistas y parciales de Loredano; pero los españoles salieron milagrosamente ilesos.

A las cuatro y media se presentaron en el extenso despacho del Dux, Osorio, los Navarros, Lara y Mendoza, negros del humo y de la pólvora, rotas sus vestiduras, vacías las pistolas, y teñidas de sangre hasta las empuñaduras de sus espadas. Causaba horror y admiracion el aspecto que ofrecian en aquellos instantes.

Loredano estrechó á los cinco generales, demostrándoles su gratitud por los inapreciables servicios que acababan de prestar á él y á la república. Tambien fueron colmados de elogios por el gran maestre de la órden de San Juan, cuyos caballeros iban entrando en pos de Osorio.

Media hora más tarde, y despues de una tierna despedida, se hizo á la vela la escuadra maltesa en direccion de sus tres islas; pues no siendo ya necesarios allí, estimó conveniente el soberano volar á la patria que dejó abandonada y expuesta á una nueva invasion de turcos. Tan poderosa razon convenció á los venecianos y españoles, permitiéndoles partir sin oponerles resistencia alguna. Por fin los últimos tomaron posesion de algunas habitaciones del palacio ducal, donde fueron hospedados, y mudaron de

traje, pasando luégo á hacer la primera comida en tan terrible dia.

El Dux, sus amigos, autoridades y parciales, comenzaron desde aquel instante á sacar todo el partido posible de la revolucion, consolidando su poder de un modo seguro y estable. Reunieron el gran consejo y el senado, que eran los dos cuerpos colegisladores de la república; y prescindiendo de las fórmulas anteriores, se nombró un nuevo tribunal de *los diez*, recayendo la votacion en nobles ancianos, de reconocido patriotismo, saber y amor á la justicia. En esta eleccion influyeron poderosamente los *invencibles*, designando ellos, por indicacion del Dux, los diez consejeros, de entre los cuales se formó, como de costumbre, el tribunal de *los tres*; pero muy aminoradas sus atribuciones, evitando de esta manera en lo sucesivo el que se pudiera abusar como ántes. Se suprimieron las denuncias sin firma, conservando como recuerdo únicamente la célebre cabeza dorada de la fiera que sirvió de buzón. Se nombraron autoridades, jefes de ejército y de marina, se mudó la policía y se suprimieron los esbirros. E imperando la ley y la justicia, se dieron la libertad y derecho de expansion compatibles con la tranquilidad y sosiego de un pueblo, víctima de la opresion y tiranía que ejerció la horda de asesinos y ambiciosos que en mal hora gobernaron hasta entónces.

Los *invencibles* se retiraron en busca de sus lechos á las nueve y media de la noche, en cuyo instante quedaron elegidos los individuos que componian ya el consejo de *los diez*. Sólo el conde de Santomera continuó en pié y al lado de la bella Corina, dando expansion á la amorosa llama en que ardía su pecho; mas se vió obligado á interrumpir su apasionada conversacion, para practicar un hecho honrosísimo, del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI.

Noble accion.—El anciano Prisco Faviano.—Andrés Zalla, su hermano Fermin y el marino Roch.—Tres venecianas para tres españoles.

Eran más de las diez de la noche. El galeon estaba anclado otra vez en el puerto de Malamoco, y al cuidado del piloto, contra maestres y tripulacion; la escuadra maltesa surcaba en direccion de sus islas, habiendo dejado en Venecia siete muertos y veintiocho heridos; de los últimos se hizo cargo el Dux, mandándolos á Malta en cuanto fueron curados. Los españoles, á excepcion de Odon, se hallaban acostados; los altos cuerpos y autoridades funcionaban; la ciudad estaba sumida en la mayor calma y tranquilidad, y el conde de Santomera y Corina de Loredano se contaban sus amores, comentando la envidiable felicidad con que les convidaba el porvenir. Y embriagados con su dicha presente y futura, se contemplaban extasiados por el amor y la ventura.

De pronto se plegó de arrugas la frente del conde, é inclinó la cabeza como abrumado por una idea que le atormentaba.

—¿Qué tienes, Odon?—le preguntó su amada.—¿Qué pesar comprime tu corazon y nubla tu semblante?

— Como no puede haber dicha completa — contestó Navarro — se me ha presentado delante, ahora que soy el más feliz de los hombres, la figura de un anciano septuagenario que anoche, á estas horas próximamente, acompañé ante el consejo de *los diez*. El desgraciado vertía por el camino abundantes lágrimas, imploró vanamente la justicia de sus jueces, y en su desconsuelo suspiraba por tres hijas que decia tener desamparadas. Estoy seguro que aquel infortunado es inocente, reteniéndole allí la infamia de algun malvado de los que hemos exterminado hoy. Corina, ¿quieres ayudarme á salvarle?

— Con mucho gusto; pero no comprendo...

— De este modo.

Odon se acercó á una mesa, cogió papel y pluma, escribiendo:

«Dejad libre en el acto al anciano Prisco Faviano.»

— Toma; haz que tu padre firme y selle esa orden.

— Se halla presidiendo el gran consejo...

— No importa; para hacer bien no deben perdonarse sacrificios.

— ¿Pero te vas á marchar?

— ¡Egoísta! Irán los Zallas con ese escrito.

La jóven desapareció, y no obstante encontrarse su padre rodeado de la mayor parte de los nobles de Venecia, se llegó á él sin vacilar, diciendo:

— Señores, permitidme que os interrumpa por un momento. Padre mio, un compañero de desgracia continúa gimiendo en los calabozos de la cárcel; firmad esta orden para que le pongan inmediatamente en libertad; yo os lo suplico.

— No es posible, Corina; todos los sumarios instruidos por el antiguo consejo de *los diez* se han mandado traer; mañana quedarán examinados, y en breve serán absueltos los que se hallen inocentes.

— Señor, mi recomendado tiene setenta años de edad, y

si pasa una noche más en su lóbrego calabozo, puede costarle la vida, y dejará tres hijas huérfanas y desamparadas.

Las últimas frases de Corina enternecieron al Dux, que cogió el papel y leyó fuerte:

«Prisco Faviano.»

—¡Es inocente! ¡es inocente!—gritó la asamblea.

—Le conozco—añadió el Dux—es un noble que jamás dió motivo alguno para ser reprendido.

Y firmó, puso el sello y entregó el papel á su hija, que inclinó la cabeza, y dando las gracias desapareció.

Mientras ella habia practicado este acto, Navarro mandó llamar á los Zallas. Poco despues entraron Fermin y Andrés, acompañados del marino Roch.

—Mi hermano Alvaro—dijo el primero al conde—dió una caída esta tarde, durante la lucha; le molesta la fiebre, y ha dispuesto el facultativo que no abandone el lecho. En su lugar traemos al bravo patron, si es que os dignais tolerar una falta de que ninguno somos culpables.

—Bastaba con vosotros dos, amigos mios; pero ya que ha venido Roch, id los tres á la cárcel con esta orden, dejad en libertad al anciano á que se contrae la misma, acompañándole despues á su casa. Llevad dinero, dadle cuanto quiera, ofreciéndole mi proteccion. Si algo más necesita, que venga á verme mañana. Vais á practicar una accion noble, por lo cual no he dudado en obligaros á abandonar el lecho. Se trata de salvar á un infeliz que se halla en las mismas circunstancias que lo estaba ayer Corina Loredano.

—Muy bien, mi general—contestó Roch.—Haremos cuanto deseais con el mayor placer.

Y salieron los tres.

Los amantes continuaron hasta cerca de media noche en venturosa plática, retirándose luégo á sus respectivas habitaciones, tan dichosos y felices como dos enamorados que no encuentran oposicion alguna.

Los Zallas y el marino entraron en una de las góndolas

del Dux, y se hicieron conducir inmediatamente á la cárcel. Roch hablaba bien el italiano, por cuya razon fué el encargado de entenderse con los carceleros y guardias. Todo estaba allí variado; la compañía de Carpóforo habia desaparecido en pos de su capitan y alféreces, reemplazándoles jefes y soldados venecianos de otra índole muy diferente; los alcaides eran tambien nuevos, y una comision nombrada por el gran consejo se hallaba en aquel momento reconociendo uno por uno á todos los desgraciados que gemian en tan angustiosas mazmorras.

El inteligente catalan, seguido de los dos capitanes, presentó al oficial de guardia la orden del Dux, éste á la comision, é inmediatamente les fué entregado el anciano Prisco Faviano.

—Apoyaos en nosotros—le dijeron los dos Zallas, y le ofreció cada uno un brazo, viéndole tan agobiado por el peso de la edad y del infortunio.

Prisco miró á los tres españoles, preguntándoles:

—¿Qué hice yo para que el consejo me tratase con tanta crueldad? ¿Me volveis á llevar al puente de los *Suspiros*? ¿Van á leerme la sentencia de muerte? ¿Pobres hijas mias! ¡Ay de los miserables que las condenan á la orfandad y la deshonra! ¡Los emplazaré ante Dios, y allí serán confundidos segun merecen sus crímenes!

É inclinó la cabeza, dejando rodar por sus arrugadas mejillas abundantes lágrimas. Roch le cogió una mano, y con el mayor cariño le contestó:

—No os aflijais de ese modo ni temais; que os han puesto en libertad, os llevaremos á vuestra casa, y se os dará cuanto necesiteis.

Faviano miró al catalan con ojos espantados, preguntándole:

—¿Deshonraron ya á mis hijas? ¿Las obligaron á sucumbir?

—No, amigo mio—se apresuró á contestar aquél.—Esta

tarde hubo una revolucion en Venecia, durante la cual perecieron los villanos que oprimian al pueblo, sembrando con crímenes vuestra extensa laguna.

Y en seguida refirió al anciano lo acontecido en aquel dia.

Se hallaban los cuatro en el zaguan, rodeados de la mayor parte de los individuos que componian la nueva guardia, los que confirmaban el relato de Roch, con movimientos de cabeza. El anciano fué poco á poco alzando la frente, miró en torno, y comprendiendo por fin la verdad, preguntó, trémulo y apareciendo la alegría en su caduco semblante:

—¿Sois vosotros de esos españoles que han vencido hoy?

—Sí; estos dos son capitanes, y yo el jefe del galeon que los ha conducido.

—¿Perteneceis á la escolta de aquellos hombres tan nobles y valientes que llaman *invencibles*?

—Uno de los seis generales, el mismo que salvó á Corina Loredano, os vió anoche, y es el que nos entregó la orden del Dux y al único que debeis la libertad.

—Luego estariais con ellos en Malta.

—A su lado vencimos al imperio turco, y en pos de ellos aniquilamos hoy á los del consejo de *los diez* y á todos los verdugos de Venecia.

—¿Cómo se llama mi bienhechor?

—Odon Navarro, conde de Santomera, general y grande de España.

—¡El que dirigió en Malta la artillería!

—Sí, señor.

—Llevadme á su presencia; deseo contemplarle, caer á sus piés, abrazarme á sus rodillas, demostrándole de este modo mi agradecimiento y admiracion.

—Anciano, el señor conde nos ha encargado os diésemos libertad y cuanto necesiteis, lo que haremos con mucho gusto. Añadió, que si algo más queriais de él, fueseis al palacio ducal donde se halla; pero ha permanecido combatiendo todo el dia, y rendido por la fatiga y el sueño, deberá

estar descansando en este momento; por consiguiente, os ruego dejéis para mañana la realizacion de vuestro deseo.

—Teneis razon; en cuanto amanezca correré al palacio y bendeciré á tan noble guerrero, como lo verifico ahora con su nombre. ¡Bendito, si, el que protege la virtud, ampara la inocencia, y castiga el vicio y la maldad con tan heroico valor! Llevadme, amigos mios, con mis pobres hijas; há más de un mes que no las veo; y aún cuando temo encontrar en ellas el sello de la infamia, confio en que Dios misericordioso las habrá protegido. Vamos, hijos, vamos, y sea lo que el Hacedor disponga.

Y cogiéndose á uno de los capitanes, entraron los cuatro en el esquife.

—¿Adónde nos dirigimos?—preguntó el marinero.

—Al canal de Yudecca—contestó el anciano.—Deteneos frente al edificio que hay junto al palacio de Mocenigo.

Partió la góndola; el punto adonde iban se hallaba distante de allí, por cuya razon tuvieron que atravesar toda Venecia. Tranquilos ya los tres españoles y con la calma necesaria, fueron viendo el destrozo hecho por las descargas de artillería, dirigidas por los *invencibles* y sanjuanistas, y el sello de muerte que dejaron en los palacios, casas, plazas, calles y canales; el agua parecia enrojecida, algunos edificios estaban manchados de sangre, y varios ardian aún, no obstante los muchos operarios que se ocupaban en contener y acabar con el incendio. Muertos que los conducian al cementerio; heridos trasladados al hospital, y presos que llevaban á la cárcel veian do quier, siendo ellos mismos detenidos continuamente por los agentes y partidarios del Dux; pero en el instante que eran reconocidos los españoles, se descubrían aquellos y hasta los victoreaban con entusiasmo no exento de temor. El poder del antiguo tribunal de *los diez* y el de toda la república, residia ya única y exclusivamente en Pedro Loredano.

La góndola llegó delante de la casa del anciano Prisco;

y éste, haciendo un esfuerzo sobrehumano, salvó de un salto la escalerilla, y con mano trémula y ansiedad terrible, llamó.

Un silencio continuado siguió á los repetidos golpes del aldabon. Cada vez más impaciente y temeroso el infeliz padre, se acercó á la cerradura, gritando:

— ¡Zeneida, Sotera, Lucila! ¡hijas mías, soy yo; abrid, no temais!

Nadie contestó; el anciano repitió sus voces y aldabonazos hasta que por fin se abrió la puerta, presentándose en sus umbrales un viejo criado, el más antiguo de los que tenía Faviano. Éste, con voz ronca y más angustiado que nunca, exclamó:

— ¿Y mis hijas? ¿Dónde están mis hijas?

El sirviente miró á los tres españoles que rodeaban á su amo, y con algun temor le contestó:

— Están buenas, señor; mas no se hallan en Venecia.

— ¡Qué dices! ¿Dónde están? ¿Qué ha sido de ellas? Tú me engañas, Saturio.

— Señor... — tartamudeó el criado, demostrando tener miedo por la presencia de los castellanos.

— Habla, no temas nada; estos caballeros son mis libertadores. Quiero ver al instante á mis hijas, sin pérdida de tiempo; habla, habla.

— Pues bien, señor. Cuando vuestra hermana tuvo noticia de vuestra prision y de la causa que la motivaba, vino aquí, las disfrazó perfectamente y las ocultó en casa de una antigua nodriza, cuyo esposo se halla empleado en el arsenal, y allí continúan visitadas únicamente por su tia y por mí, que pasé tres veces á llevarles ropa. ¡Y qué bien hizo la señora en esconderlas! No habia trascurrido una hora, desde el momento en que ellas desaparecieron, cuando se presentaron varios enmascarados, y no hallándolas ni queriéndoles decir nosotros dónde se ocultaban, nos castigaron horriblemente, amenazándonos con que os matarian, si no contestábamos á sus preguntas.

—¿Qué hicisteis vosotros?

—Participamos lo ocurrido á la señora, la cual se llevó á las doncellas y restantes criados, dejándome solo, por suponer que era el más fuerte y leal. ¡Caro me costó, amor mio! Los enmascarados volvieron diferentes veces y cometieron conmigo toda clase de atropellos, hasta poner ennegrecidas mis carnes con tanto castigo. He sabido que tambien reconocieron las casas de todos vuestros parientes, y aún las de algunos de vuestros amigos; pero no consiguieron dar con ellas, ni á éstas les ha acontecido nada durante la gran revolucion que hubo hoy en Venecia, pues corrí á verlas y regresé poco há, dejándolas con solo el sobresalto y temor que vos les inspirais.

—Gracias, mi querido Saturio. Durante el resto de mi vida recompensaré lo que has sufrido por mí. Cierra la puerta y espéranos desvelado, pues corro en busca de esos pedazos de mi corazon, y no tardaré en volver. Acompañadme vosotros, nobles españoles; vereis cuán hermosas y buenas son.

—Señor—le gritó Saturio—la nodriza vive en la última casa del gran canal, á la izquierda, piso bajo.

Los cuatro volvieron á embarcarse, dirigiéndose la góndola hácia la habitacion designada por el sirviente.

Diez minutos más tarde saltaron á tierra, llamando á una de las rejas de la casa. El anciano repitió su nombre, hasta que, abierta la puerta, se presentaron sus tres hijas, que al verle lo abrazaron, vertiendo lágrimas que el septuagenario detenía con sus besos y caricias. Era una escena muda, pero tan tierna y conmovedora, que enterneció á los tres españoles, los cuales, con los brazos cruzados y la vista fija en el cuadro, dejaron humedecer sus ojos con llanto tan noble como sus almas.

Las jóvenes presentaban ese tipo veneciano, que une á los encantos naturales la gracia que participa tanto de los efectos del arte como de la verdad. Sus facciones eran perfectas,

morena la piel, esbeltos sus talles, y un baño de candor hermanaba admirablemente con el terso cutis y el negro esmalte de sus rasgados ojos. La mayor tenía veinticinco años, y la menor frisaba en los veinte. Aquella se llamaba Zeneida; la segunda Sotera, y la última Lucila.

En cuanto el anciano Prisco estrechó y besó á sus hijas, se desasíó de ellas, diciéndoles:

—Esos tres caballeros que veis á la puerta son mis libertadores, y formaron parte, durante el día, de los que han combatido y aniquilado á nuestros enemigos, á los malvados de Venecia. Acercaos, señores. Hijas mías, besad sus manos, dadles las gracias, y amadlos como yo. Siguen y pelean al lado de aquellos seis guerreros, cuyas hazañas en Malta os he referido tantas veces.

Antes que las jóvenes se inclinaran, les cogieron las manos los españoles, estampando en ellas un ósculo. La mayor les dijo:

—Gracias, señores, gracias. Salvasteis la vida de mi anciano padre, y nuestro reconocimiento será eterno. No nos extraña la accion, pues sabemos cuán nobles y valerosos sois.

—Perdonad, hijas mías — se apresuró á contestar Roch — pero fué el conde de Santomera, uno de los seis *invencibles*, el que nos entregó la órden para libertar á vuestro padre; y si bien nosotros le obedecemos con mucho gusto, es á nuestro general á quien se lo debeis todo.

—Mañana — replicó el anciano — las llevaré ante ese poderoso señor, para que me ayuden á darle gracias, y para que contemple la gratitud de los cuatro.

Todavía continuaron hablando los siete hasta la una de la madrugada, en cuyo instante entregó Andrés Zalla á la nodriza un bolsillo repleto de oro, en nombre de Faviano, por el cuidado que tuvo con sus hijas, y por lo mucho que ella y su marido se habian expuesto. Seguidamente saltaron á la góndola, llegando poco despues á casa de Prisco, donde dejaron á éste y á sus hijas. Uno y otras volvieron á demostrar

á los españoles su agradecimiento y afecto; y cambiando ellas una mirada ardiente con los tres guerreros, se encaminaron éstos al palacio del Dux, mientras la familia Faviano buscaba en el hogar doméstico un reposo y tranquilidad de que há tiempo carecía.

Roch decia en este momento á los dos capitanes:

—¡Qué hermosa es Zeneida!

—Lo es más, mucho más, Sotera —le contestó Andrés.

—La más bonita es la menor —replicó Fermin —la encantadora Lucila, cuya piel es más fina que el raso.

—La estatura y talle esbelto de Sotera superan á todo —añadió el segundo.

—Los ojos, rostro y candor de mi Zeneida...

—¡Qué decís! —preguntaron los dos hermanos al patron.

—Me equivoqué; de la mayor, que no tienen rival en Venecia. Hablando con ella y mirándola, he sentido unas impresiones tan gratas y extrañas...

—Y yo.

—Y yo.

—Sed francos, señores: ¿os habeis enamorado los dos hermanos de las dos menores?

—Roch, ¿lo estais vos?

—¡Yo enamorarme! ¡Un marino no puede!... Pero, señores, ¡es tan bonita! Zeneida es un ángel.

—Declarad franca y categóricamente, que, marino y todo, estais enamorado.

—Vosotros sí que lo estais.

—No.

—No.

—Sí, sí; y voy creyendo que los tres. Señores, y no tendria nada de particular; cuando uno se encuentra, sin pretenderlo ni buscarlo, con ángeles tan seductores, claro es que la Providencia lo dispone.

—No tiene duda.

—Yo se lo digo al conde en cuanto amanezca.

— Y yo al príncipe.

— El caso es, que yo tengo cerca de cincuenta años. ¿Os parece que soy muy viejo para poder aspirar á la mano de Zeneida?

— Todo lo contrario, amigo mio — le contestó Andrés. — Ella frisará en los veinticinco, y ya no es una niña; y vos estais en una edad buena, y tan fuerte y robusto que nadie podrá criticar vuestra boda. Sois, por otra parte, el primer marino que conocemos, contaís con la proteccion y apoyo del príncipe, y la dama á quien os dirijais puede creerse honrada uniéndose á vos. Vuestro gran talento y carácter afable responden además de la felicidad de vuestra esposa.

— Entónces, me caso.

— Y yo.

— Y yo.

— Vamos á cuentas, señores: ¿nos querrán ellas?

— Lo que es ellas... yo no sé si ellas nos querrán, patron.

— No somos tan feos... ¡pero son tan bonitas!...

— Mucho sentiria que Zeneida no me amase.

— Lo mismo digo de Sotera.

— Idem idem respecto de Lucila.

— Vamos á volver, y declarémonos á su padre.

— Patron, esta noche delirais. Dejemos que amanezca; vos que os expresais mejor, se lo referís al conde, y si contamos con su proteccion, entónces le rogaremos que se declare por nosotros.

— Eso último no puede ser.

En este instante llegó el esquife al palacio ducal; saltaron á tierra nuestros tres españoles, y cogidos del brazo se dirigieron á sus habitaciones, arreglando en una de ellas su plan para el dia siguiente.

Despues se metieron en cama, buscando inútilmente el sueño. Cerca de las cinco se levantaron sin haber conseguido dormir; los tres estaban enamorados, lo que no debe extrañarse, teniendo en cuenta la rara belleza de las hermanas.

Venecia seguia tranquila; el Dux y los altos cuerpos colegisladores permanecieron en vela toda la noche; las autoridades, agentes y partidarios de Loredano tampoco durmieron, dictando medidas los unos y ejecutándolas los otros. El partido del Dux acrecia por momentos, mientras que el de los malvados iba poco á poco desapareciendo de Venecia y sus estados. Siguiendo Loredano y sus amigos los consejos del príncipe de Italia, prendian y desterraban aún á aquellos grandes y pequeños de quienes se sospechaba que pudieran alterar la tranquilidad pública en lo sucesivo, por sus miras bastardas y torpe ambicion.

Poco despues que hubo amanecido volvieron á reunirse los dos capitanes y el marino, y cubiertos con sus mejores galas, aguardaron en el salon contiguo á la alcoba del conde de Santomera á que éste se levantara.

A las seis llamó Navarro á su criado, se hizo vestir, é incorporándose con Roch y los Zallas, les preguntó:

—¿Cómo ha pasado la noche Alvaro?

—Muy bien, señor; gracias á Dios durmió, y esta mañana ha despertado sin fiebre. La contusion que recibió no es grave, y hoy podrá abandonar el lecho.

—Me alegro mucho; si no se levantara, luégo pasaré á verlo. Y vosotros, ¿despachasteis la comision que os dí?

—En el acto, señor conde; á las dos regresamos, dejando en su casa, tranquilo y sosegado, al anciano Prisco.

—¿No os parece, como á mí, que es inocente?

—¡Quién lo duda! Es una verdadera víctima de esos malvados que confundimos ayer.

—Me agrada la noticia; pues siendo así, resultará que mis amores con la bella Corina se inauguraron con una accion noble y digna de nosotros. Ya os habrán dicho, mis valientes amigos, que nos amamos, y que en breve asistiréis á nuestra boda. Roch, preparadnos un cómodo camarote en el galeon, para que pueda ir la hermosa dama con la ménos molestia posible.

—Lo haré con mucho gusto, gran señor; y mi único sentimiento y el de estos valerosos capitanes, será el que vos no honreis otras bodas... ¿Es verdad, señor conde, que son muy bellas las venecianas?

—No os entiendo, patron; ¿qué diantre quereis decir?

—Sois tan bueno, que no vereis mal el que Andrés y Fermin... y yo mismo, señor, á pesar de estar entrado en años... Pero hombres, ¡no decís nada vosotros!...

Los Zallas no se atrevieron ni aún á alzar la frente; aquellos temerarios en el campo de batalla, y aquel héroe en la mar y en tierra, se convirtieron en este instante en tímidas doncellas que no osaban levantar la vista del suelo. El conde sonrió al comprender de lo que se trataba, y estrechando la mano de Roch, le dijo:

—Hablad vos en nombre de los tres, contando desde luego con mi proteccion, la de mis cinco hermanos y la aquiescencia de los seis. Todo cuanto querais pedirnos será poco, comparado con lo que mereceis y con lo que nos hallamos dispuestos á otorgaros.

Roch cobró ánimo, y alzando la frente, añadió:

—Señor, es el caso, que el anciano Prisco tiene tres hijas...

—Ya lo sabía; ¿qué más?

—¡Son tan bonitas!...

—Si se parecen á mi Corina, serán preciosas.

—Tanto como eso no diré yo; pero creed que son bellas.

—¿Recordais que sólo os encargué la libertad del padre?— dijo Navarro, sonriendo.

—Sí, señor; mas fuimos por sus hijas, y nos hemos enamorado de ellas.

—¿Los tres de las tres? ¡Rara casualidad!

—Pero es lo cierto, señor, que yo no he dormido esta noche.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Estamos iguales, hijos; yo tampoco. Y puesto que los cuatro padecemos una misma enfermedad, nos curaremos á la vez, ó de otro modo, nos casaremos en el mismo día.

—Señor conde, vos ignorais que ellas no saben nada todavía.

—Eso no importa; ¡quién ha de desairar á tres hombres como vosotros! Os casais el mismo día que yo.

—Hoy vendrán el padre y las hijas; y si no os pareciese mal, mientras el primero habla con vos, nosotros nos declararemos...

—Aprobado; entretendré al viejo cuanto necesiteis.

—¿Juzgais, señor, que no me llamará viejo mi Zeneida, la cual vendrá á tener veinticinco años de edad?

—¡Brava pregunta! ¡viejo el que ayer escalaba los palacios en pos de Flaviano, como el jacal detrás del león, hiriendo y matando á los más valientes venecianos! Pero aquí llega Osorio, y él os contestará. Adelante, duque. Me pregunta nuestro incomparable marino, si podrá aspirar á la mano de una veneciana de veinticinco años. De otro modo, si su edad le permitirá pretender la dama en cuestion. Contestale tú, que tanto las conoces, que eres más voto.

—Veamos—dijo Flaviano con gravedad.—¿Os habeis vuelto loco, patron Roch?

—Creo que no, señor.

—¿Os falta algun sentido?

—Tampoco.

—¿Y las potencias del alma?...

—Perfectamente, señor.

—¡Y os quereis casar!

—Como vos, como el señor conde, como todo el mundo.

—Lo siento, señor marino; creí que vos érais algo más cuerdo que nosotros; y si teneis tal empeño, sólo os ruego que espereis á que hayamos llegado á España; porque de naufragar vos en la laguna de Venecia, nos echais á pique en el Adriático ó en el Mediterráneo.

—No lo imaginéis, gran señor; si llevo á unirme á Zenaida, si la llevo á mi lado, surcaremos los mares viento en popa ó de bolina, y el mundo será estrecho para nuestro hermoso galeón. Cerca de ella, desafío á los elementos; me cojo al timón de mi buque, y le obligaré á cruzar sobre las olas como el águila por encima de los montes. ¡Es tan bella!...

—¿De veras? ¿Cuándo me la enseñáis?

—Aún no sé si me quiere, señor duque; temo que me juzgue viejo...

—¡Qué decís, insensato! Indicadle únicamente vuestro cariño, y os dirigirá un memorial. ¡Viejo mi bravo Roch! Si tal cosa creyera, no dignaos mirarla; que valeis vos tanto, por lo menos, como las seis venecianas más jóvenes y bellas.

En este instante se presentó un ujier, anunciando desde la puerta:

—El noble anciano Prisco Faviano, desea merecer la honra de que el señor conde de Santomera le permita penetrar aquí. Viene seguido de tres damas, que también pretenden hablar con su señoría.

—Aguarda ahí—le contestó Navarro.

Y dirigiéndose al duque del Imperio, le dijo:

—Flaviano, sal por la puerta de escape de mi alcoba, y déjanos solos; Roch, Andrés y Fermin están enamorados como yo, y tus bromas en cuestiones de esta especie podrían ahora perjudicarles.

—¡También los Zallas! ¡Infelices! Parto, sí, que los quiero demasiado y no me hallo con fuerzas suficientes para presenciar su naufragio.

Y marchó entonando un ária, con voz tan envidiable como seductora. Ayer era el ángel exterminador que asoló á Venecia; hoy, engalanado y luciendo los dones con que le favoreció la naturaleza, pródiga con él hasta lo infinito, era el mismo ángel, pero tierno, agradable, seductor. La edad viril robustecía ya sus fuerzas, valor y entendimiento, presentándole cada vez más bello, varonil é irresistible.

Cuando hubo desaparecido, dijo el conde de Santomera á los tres enamorados:

—Salid por la misma puerta que Osorio, llevaos esas damas al parque, y entre los árboles y las flores declaradles vuestra pasión. Luégo regresais aquí con ellas, que yo entretendré á su anciano padre. Abreviad en lo posible, pues ya comprendereis que Corina...

—Gracias, señor; no os haremos esperar mucho tiempo.

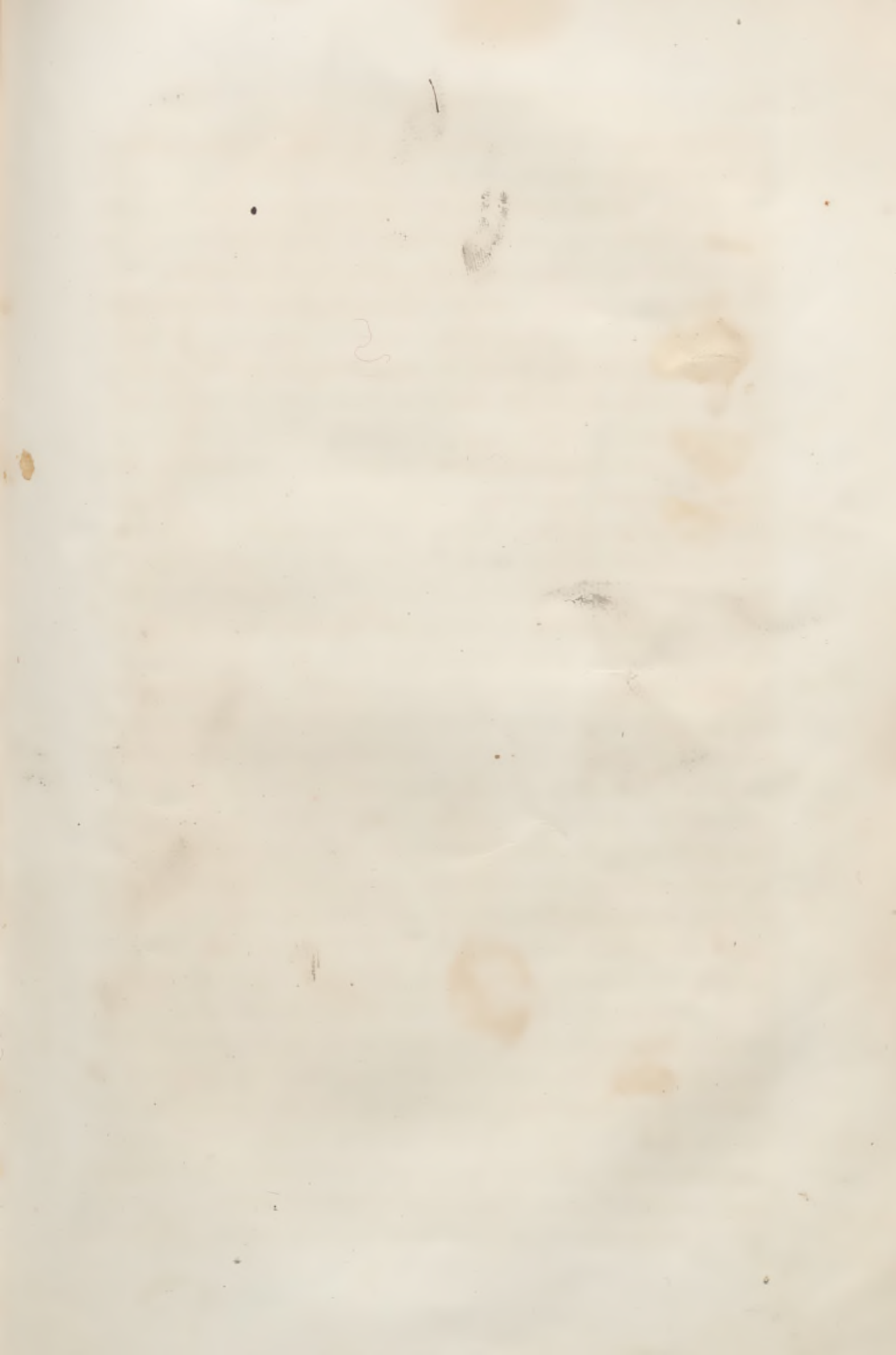
Y partieron segun les acababa de indicar Navarro. Este dijo al ujier:

—Que pase inmediatamente ese anciano, teniendo á bien sus hijas esperar un poco.

Algo más tarde entró Prisco Faviano, el cual cayó á los piés del conde, se abrazó á sus rodillas y comenzó á darle gracias anegado en lágrimas. Odon lo levantó, le hizo sentar á su lado y comenzó á hablar con él, estrechando una de sus manos con el mayor afecto.

Los Zallas y Roch llegaron á la estancia donde se hallaban las hermanas, rogándoles en nombre del conde esperasen un poco, á cuyo fin les encargaba á ellos les hiciesen compañía. Las tres al verles echaron atrás los velos con que cubrian sus rostros, y les alargaron las manos, en la que cada uno de ellos estampó un beso. Luégo cambiaron algunas miradas tan amorosas como significativas. Roch parecia tranquilizarse, mientras en los Zallas acrecia el entusiasmo y casi la seguridad de ser correspondidos. Cada uno dirigió la palabra al objeto de sus pensamientos; pero estaban en un sitio en el que entraban y salian ujieres, militares y paisanos, y las conversaciones se concretaron á la revolucion del dia anterior, padecimientos de Prisco y al porvenir de la república, cosas todas que no eran del agrado de los seis. Los Zallas tendieron una mirada suplicante á Roch, y comprendiendo éste lo que le indicaban sus amigos y su propio corazon, hizo un esfuerzo, diciendo:

—Entretenido el general con vuestro padre, de cuya





J. VALLEJO, dib.^o y lit.^o

Int. de J. DONON. Madrid.

— Los tres os amamos.

— Las tres admitimos.

felicidad quiere ocuparse ántes de que entren sus hijas, tardará algún tiempo en daros permiso para llegar á su presencia. El día, bellísimas venecianas, convida á pasear por el parque de este espléndido palacio. ¿Quereis acompañarnos y os haremos más grato el tiempo que permanezcáis separadas de vuestro anciano padre?

—Con mucho gusto— contestaron las tres. — ¡Qué podríamos negar á los que tanto debemos!

—Gracias, hermosa Zeneida.

—Gracias, encantadora Sotera.

—Gracias, deliciosa Lucila.

Exclamaron los tres, alargando el brazo á su respectiva amada. Ellas se cogieron, y las parejas se encaminaron hácia el parque.

El contacto de aquellas mujeres, lo solitario de la galería que cruzaban y el amor que ardía en ellos, los trasportaba en tal instante á un mundo ideal; pero es lo cierto, que ninguno se atrevía á declararse á la bella que llevaba cogida de su brazo. Cambiaban, si, miradas amorosas; se decían frases halagüeñas; mas el *yo te amo* no lo articulaba ninguno. Así llegaron á una escalera interior, al final de la que se soltaron, quedando frente á frente, mirándose con delirante afán.

Roch hizo el último esfuerzo sobre sí, exclamando por fin con voz ronca y destemplada:

— Los tres os amamos.

— Las tres admitimos — contestaron ellas, y continuaron mirándose con éxtasis, que terminó Roch con las siguientes frases:

— Pues si correspondeis á nuestro amor, si quereis seguirnos á la patria de los héroes, de los nobles, de los caballeros, os llevaremos al altar, sereis nuestras esposas, y nosotros los más felices de los hombres.

— Y nosotras las más dichosas de las mujeres. Dios — añadió Zeneida — defendió nuestra virtud y salvó á nuestro

anciano padre, reservándonos al final la postrer ventura, á que en verdad no somos acreedoras.

— Un trono merecíais vosotras, ángeles que el Hacedor Supremo nos otorga para endulzar tanta amargura como hallamos en el camino de nuestra vida.

Las tres parejas tornaron á cogerse del brazo, llegaron al parque, continuaron por espacio de media hora en amorosos diálogos, é inmediatamente volvieron al salon donde se hallaban hablando el conde y Prisco, á cuyas plantas cayeron los seis, sin atreverse á expresar frase alguna.

— ¿Qué ocurre, hijas mías? ¿Por qué se arrodillan estos caballeros?

Navarro les hizo ponerse en pié, contempló á las damas, y comprendiendo cuanto era necesario, le dijo á Prisco:

— ¿Veis ese caballero que inclina la frente con timidez y respeto ante vos? Pues es el primer marino en talento, destreza y saber; y como si esto no fuera bastante, se bate en la mar como un héroe, y en tierra como yo. Reparad ahora en esos dos jóvenes capitanes que no se atreven á levantar la vista del suelo. ¿Veis cuán modestos y avergonzados están? Pues son dos valientes á quienes el mundo aplaude, el ejército elogia y nosotros seis protegemos y distinguimos ménos aún de lo que ellos merecen. Los tres aman á vuestras hijas, son correspondidos por ellas, y yo os pido sus manos, sin que para tal consentimiento deba influir en vos nada de lo que aconteció anoche. Contestad, Faviano, con la sinceridad de un noble, con la franqueza de un caballero. Ellos merecen damas tan virtuosas y bellas; ellas son dignas de tan hidalgos mancebos; pero si á vos no os agradan esas bodas, volverán á España mis valientes amigos, y allí ahogarán la pasión amorosa que arde en sus pechos.

Trémulo el anciano, lleno de gozo y alegría, miró las tres parejas, sus ojos se humedecieron, exclamando por fin:

— ¡Mis hijas, mis pobres hijas, enamoradas y correspondidas por tres guerreros, cuyo renombre y fama siguen á

los vuestros!... Señor, no puede ser. ¿Qué hice yo para merecer tanta felicidad? Os digo, señor conde, que no es posible; vos os equivocais, se equivocan ellos, ellas creen una ilusion, y yo un delirio.

Y el anciano rompió en llanto, hijo de la felicidad. El septuagenario creia, dudaba luego, y le parecia un sueño la realidad que tenía ante sus ojos.

El conde le cogió una mano, diciéndole:

—Serenaos, amigo mio; lo que suponéis vana ilusion es la verdad, que os halaga como á mí, como á vuestras hijas. Otorgad el consentimiento que os he pedido, y el próximo domingo se unirán los seis, una hora despues que lo haya verificado yo con Corina Loredano. De este modo mi esposa y yo seremos padrinos de sus bodas.

—Pero, señor, ¿es cierto lo que me decís? ¿no es una ficcion lo que contemplo? ¿la ventura que preveo es positiva?

—Sí, Faviano; si se destruye será por culpa vuestra.

—Eso no; yo no quiero más que la felicidad de mis hijas. Doy mi consentimiento con un placer que vos no podeis comprender; porque ni ellos ni ellas me abandonarán en Venecia ¿es cierto? ¿Me llevareis con vosotros? Un padre tan cariñoso como yo, no puede molestar á sus hijos.

—Jamás os separareis de nosotras —dijeron ellas.

—Nosotros velaremos por vos y os haremos feliz —añadieron ellos.

—¡Hijos, hijas!...

Exclamó el anciano, y abriendo los brazos se estrecharon los siete, formando un grupo indescriptible.

En este instante aparecieron en el salon Corina Loredano, cogida al brazo del príncipe de Italia, y en pos el Dux de Venecia. El conde besó la diestra de su amada, estrechó á Julio y á su futuro padre, diciéndoles:

—Llegais á tiempo, amigos míos; ved un cuadro digno de llamar vuestra atencion.

—No comprendo—exclamó el príncipe, mirando á los siete abrazados todavía y con los ojos húmedos.

—Yo os lo explicaré. Este anciano es un noble de Venecia, llamado Prisco Faviano, víctima ayer de la maldad de esos sicarios que confundimos. Le ví comparecer ante el tribunal de *los diez*, y me convencí de que era inocente; por cuya razon propuse á Corina que pidiese á nuestro padre su libertad, que fué otorgada en el acto. Estas damas, tan bellas como virtuosas, son hijas suyas. Los miserables que ayer aniquilamos quisieron manchar su honra, y no consiguiéndolo, encerraron en lóbrega mazmorra á ese infortunado anciano, con objeto de saciar su brutal deseo. La Providencia veló, no obstante, por ellas y por él. Y ahí los teneis, honradas las unas y dichoso el otro. Ellos son el inimitable Roch, el valiente Andrés y el intrépido Fermin, nuestros protegidos, á quienes encargué anoche dejasen en libertad al padre; ocurriendo que durante el desempeño de su noble mision, se enamoraron de las hijas, y en este momento disponen sus bodas, que se efectuarán una hora despues que la mia, si tú, nuestro jefe, y vos Loredano, nuestro amigo y señor, dais vuestro beneplácito.

Los siete rodearon al Dux y al príncipe, cayendo á sus piés y besando sus diestras con delirante afan.

—Hijos—exclamó Silva enternecido—levantad del suelo, venid á mis brazos, y no inclinaos ante nadie; que al otorgaros mi proteccion y cariño, os he igualado á mí. Os casareis; el hecho me envanece; y si estas damas son dignas de vosotros, os presentareis con ellas en la corte de España, y sereis saludados con respeto por los que se crean más elevados.

—Conozco á Faviano y á sus hijas—replicó el Dux—y son dignas de estos caballeros. Apruebo el enlace, se celebrará en mi casa, os dotaré á las tres; y ya que mi hijo el conde se me adelantó en el honroso acto de dar libertad al anciano Prisco, apoyaré la idea constituyéndome en protector vuestro.

Al acabar entraron los duques de los Andes, el del Imperio, Mauro Nuñez de Lara y Rogelio Mendoza, los cuales, enterados de lo que acontecía, saludaron á las tres damas, felicitando cordialmente á los siete. Faviano reía, lloraba, y la ventura embargaba su voz continuamente.

Quedaron, pues, aplazadas las bodas para el próximo domingo, y el regreso á España para dos días después. El Dux se opuso á marcha tan repentina; pero los *invencibles* se disculparon con la ansiedad en que debían estar sus familias, y Loredano tuvo que acceder, bien á pesar suyo.

Cuando hubieron terminado se retiraron el Dux, Prisco y sus hijas. El primero entró en el salón de sesiones del gran consejo, y los otros cuatro partieron á su casa, empezando á disponer las galas, pues sólo contaban con cuatro días para los preparativos de las bodas y marcha. Mientras las hijas se ocupaban de esto, el padre enteraba á sus parientes y amigos de tan grata nueva, procurando á la vez la venta de los bienes que poseía en los estados de la república.

Corina se cogió al brazo de la duquesa de los Andes, y seguidas de los seis generales, pasaron al comedor, donde les fué servido un espléndido almuerzo. Concluido éste, les dispusieron dos elegantes góndolas, donde entraron los ocho, entreteniéndose el día en reconocer y estudiar las magníficas obras que encerraba la inimitable ciudad. Penetraron primero en la basilica de San Márcos, se postraron en tierra, é imitando todos al príncipe, oraron durante una hora, dando después gracias al Todopoderoso por los beneficios que concluía de otorgarles, y la ventura con que les brindaba el porvenir. Después admiraron la suntuosidad de aquel hermoso templo, recorriendo acto continuo los canales y edificios notables de Venecia.

Los Zallas y Roch pasaron á la alcoba de Alvaro; éste se hallaba vestido, sin fiebre y notablemente mejorado; por cuya razón se unieron los cuatro, tomaron una góndola, di-

rigiéndose al galeon. Sobre cubierta les sirvieron un abundante y exquisito almuerzo, y entre botellas y brindis celebraron la ventura de los tres futuros esposos.

El capitán Alvaro, esposo de la bella Syra, aplaudía aquellos enlaces y era el primero en elogiar el nuevo estado á que iban á pertenecer sus dos hermanos y amigo.

— ¡Bravo! — exclamaba. — Si vuestras futuras se parecen en talento, hermosura y gracia á mi griega, seremos los cuatro los más venturosos de la tierra.

— ¡Son encantadoras!

— ¡Ideales!

— ¡Deliciosas! Brindemos por ellas, y porque nuestra alegría no tenga fin.

Todos son felices en este día. ¡Quiera el cielo que su dicha se prolongue cuanto ellos merecen y anhelan!

CAPÍTULO XXVII.

Nuevas de Madrid.—Caridad evangélica.—Las bodas.—Banquete y sarao.

A las cuatro de la tarde se reunieron en el palacio ducal los seis generales, tres Zallas, Roch, Corina y Tolopálca, dirigiéndose al comedor, donde les esperaban el Dux y los individuos que componian el nuevo consejo de *los diez*. Se sentaron á la mesa y comenzaron á servirles manjares, reinando en este banquete una animacion y alegría propias en los que habian sabido hacer una revolucion, vencer al inmenso partido contrario, y plantear un gobierno fuerte, estable y justo. El pueblo veneciano, los ciudadanos y la nobleza aplaudian ya al Dux y á los altos funcionarios que le ayudaban á dirigir la nave del Estado. Y lo merecian, pues las medidas tomadas hasta aquel instante, como las nuevas leyes proclamadas, tendian á la ventura y prosperidad de la república. En todos los círculos se comentaban los hechos de tan rectos magistrados, y ninguno hallaba la más leve objecion contra la calidad y proceder de aquellos.

En cuanto á los españoles, no obstante ser extranjeros y el destrozo que hicieron en hombres y edificios, ninguno les negaba el heroismo, bravura y acierto con que se habían

batido y llevado á cabo tan gran revolucion. Sus nombres corrian de boca en boca, siendo ensalzados hasta por las principales damas de la ciudad anfibia. Lo único que solian algunos poner en duda, era que aquellos leones, tan audaces y fieros en el campo de batalla, pudieran ser lo atentos, corteses y galantes que su fama pregonaba. Pronto debian convencerse de la verdad.

Concluido el banquete, recibieron los españoles una noticia que les fué sumamente grata. Les anunciaron que el conde de Lumbier, enviado extraordinario de Felipe II, deseaba ver al principe de Italia; y éste, que no era partidario de la diplomacia, le hizo entrar en el comedor, donde se hallaban reunidos todavía.

Lumbier permaneció encerrado en su palacio durante la revolucion y dia siguiente, hasta que, noticioso del triunfo conseguido por sus paisanos, hizo un esfuerzo sobre sí y se atrevió á recibir un correo que le mandaba su señor. Enterado del regio mensaje, y constándole que no existia peligro alguno, se esforzó nuevamente, saltó á una góndola, dirigiéndose al palacio ducal. No era valiente, como comprenderán nuestros lectores, y su miedo estaba en relacion con la agudeza que desplegaba en algunos asuntos de la exclusiva competencia de un diplomático.

Al presentarse delante del principe, conservaba aún la palidez que suele bañar el rostro de los cobardes durante el peligro; pero ese color y aún lo desencajado de su semblante, lo disimuló el hábil cortesano con afectacion, amaneramiento y postura.

Saludó uno á uno á todos los presentes, quedando frente al principe, en actitud humilde.

— Bien venido, señor conde— le dijo Silva. — Me place veros, y en prueba de distincion, os recibo en esta cámara, como en familia. Sentaos, y no extrañeis mi falta de ceremonial diplomático; soy soldado, y si alguna duda os quedaba, ayer pudisteis convenceros.

El embajador comprendió el doble sentido de las palabras del príncipe, palideció más, y notando que le flaqueaban las piernas, aceptó el sillón que le ofrecía un paje, en vista de la insinuación de Silva. Luego contestó:

—Gran señor, hace muchos años que escucho doquier los merecidos elogios que tributan al genio que brilla en la frente de V. E. Me consta, además, que sois tan atento y cortés como el más cumplido caballero; y el honor que me dispensais al recibirme sentado á la mesa, en torno de personas tan dignísimas, se lo agradeceré á V. E. el resto de mi vida.

Julio, que no admitía tratamiento ni aún de sus lacayos, lo recibió de Lumbier, representante allí del austero Felipe II, y uno de los hombres más aristocráticos de España.

—Gracias—le replicó—por vuestros favores; pero dice el refrán, que «lisonjas en boca de embajador, tienen mal sabor.»

—Señor, por mucho que yo quisiera elogiar lo que es, lo que vale el príncipe de Italia, primo de mi augusto soberano, no podría decir tanto como el menor de sus hechos; esto lo atestiguan la batalla de San Quintín, las de Africa, Dreux, Flandes, Malta, el Perú y Venecia.

—¿Qué os pareció nuestra conducta de ayer?

—Admirable, excelencia.

—¿Qué hicisteis vos, enviado extraordinario de S. M. el rey de España, al oír que peligraba la vida del primo de vuestro soberano?

—Yo, señor... como yo... es decir, como pertenezco al cuerpo diplomático... pero á haber sabido que peligraba la vida de V. E., mi palacio, intereses y persona...

—Debisteis suponerlo, Lumbier; éramos seis generales, pero no teníamos soldados; y no obstante eso, luchamos contra una república poderosa.

—Los sanjuanistas, gran señor...

—¿Dónde estaban? ¿Cuándo llegaron? ¿Quién os dijo que venian á defendernos?

—Todo lo ignoraba, señor, es cierto; me cogió tan de improviso, tan desprevenido...

—¿Un diplomático ignorar de ese modo!...

—Es que V. E. sabe más que toda la diplomacia; y como os ví llegar de incógnito, no me atreví á indagar nada.

Silva se compadeció de la triste posición en que habia colocado á su infeliz compatriota, y mudando de conversacion, le preguntó:

—¿Venís á visitarme, ú os trae algun asunto particular?

—Señor, acabo de recibir correo de Madrid, y me encarga S. M. ponga en manos de V. E. este pliego sellado con las armas reales, y estos otros que ignoro quién os los dirige.

Julio cogió tres despachos abultados que le alargó Lum-bier, exclamando con alegría:

—Nos escriben el rey, nuestras esposas y familias. Nueva tan grata os reconcilia conmigo, conde.

—Deseo, gran señor, poder complacer á V. E., y le suplico olvide si en alguna ocasion, efecto de una ligereza perdonable, me atreví á disgustar á príncipe que tanto respeto y venero.

—De todo me olvido, amigo mio, dándoos gracias por el bien que indudablemente me traéis entre esos papeles.

Poco despues se levantó el embajador, marchando de allí, satisfecho de la afectuosa despedida que le hicieron el príncipe y sus amigos. No tardaron mucho en retirarse tambien el Dux y los individuos del consejo de *los diez*, quedando solos los *invencibles*, la duquesa de los Andes, Corina, los Zallas y Roch.

Silva entónces abrió el pliego más abultado, sacando varias cartas de su esposa, de las de sus compañeros y de Syra, en las cuales hallaron, entre amorosas frases, tiernos suspiros, y la enhorabuena que todas daban á los duques de los Andes.

Luégo abrió otro, en el que escribían el conde de Arahál, el marqués de Abella y la condesa de Monterubio, en sentido tan halagüeño para los *invencibles* como las cartas anteriores.

Y por último, halló el del rey, acompañado del título de duque, otorgado por Silva á Roberto Navarro, y el de capitán de la marina real, en favor de Roch. S. M. felicitaba á los seis generales por los eminentes servicios que le habían prestado en el Nuevo Mundo, participándoles que todos sus actos merecieron la régia aprobacion y un aplauso general; y concluía rogándoles regresaran á Madrid lo antes posible, pues decia tener vehemente deseo de verlos y de que permaneciesen á su lado. Por separado daba instrucciones al príncipe sobre un pacto que queria celebrar con la república de Venecia, para que ésta le ayudase á contener la nueva invasion con que amenazaba la Turquía; pacto que llevó á cabo el entendido Silva, y que dió por resultado la tan célebre batalla de Lepanto, donde unos cuantos buques españoles, algunos italianos y otros venecianos, derrotaron la primera armada del mundo en aquella época, inutilizando á la Puerta Otomana para intentar en lo sucesivo invasion alguna contra Europa.

Todos los presentes gozaron con la lectura de aquellos escritos, y más aún recordando lo próximo que estaba el día de su regreso á Madrid. Veían ya el término de tantos azares, angustias, privaciones, insomnios, fatigas, y contemplaban en lontananza, ébrios de placer, el hogar doméstico con la tranquilidad y dicha que les ofrecía el destino al lado de sus tiernas esposas.

Andrés y Fermin Zalla, unidos á Roch, pidieron permiso para retirarse, y concedido éste, se dispusieron á partir.

—Señor— exclamó Alvaro, dirigiéndose al príncipe— estos van á casa de sus futuras; y si no os desagrada, les acompañaré; mientras hablan y saborean su dicha, yo me entretendré en referir al anciano Prisco lo difícil que es

en Madrid hallar lo que aquí sobra tanto; es decir, el agua y los republicanos.

—Acompañadlos, y no retiraos tarde, siendo así que aún estais delicado del golpe que recibisteis ayer.

Los cuatro saltaron á una góndola, impelida por dos de sus sirvientes, que la hicieron volar por los anchos y estrechos canales de Venecia, hasta detenerse al pié de la casa de Flaviano. Los españoles entraron, hallando reunidos á los parientes y amigos de sus futuras, todos los que estaban esperándoles para conocerlos y felicitarles. Alvaro Zalla hizo público el nombramiento de Roch, como capitán de la marina real española, título que el modesto y sabio catalán ofreció con marcada ironía, pues no tenía intencion de aceptarlo.

—Seré capitán—exclamaba—hasta llegar á España; y en vez de tomar posesion de mi nuevo empleo, lo perderé para ganar á mi bella Zeneida, de la que no quiero separarme nunca ni exponerla á los azares del mar.

Los cuatro permanecieron allí hasta las doce de la noche, siendo muy elogiados por los parientes de Prisco, y recibiendo de sus futuras inequívocas muestras de amor.

La reunion se deshizo, y unos y otros buscaron el descanso y la quietud.

Los *invencibles* y Corina oyeron cantar á Flaviano, á Roberto y á Erminia, pasando agradablemente hasta media noche, en que tambien buscaron el reposo.

A la mañana siguiente llamó el príncipe al duque del Imperio y al de los Andes, preguntando al primero:

—¿Tienes conocimiento del oro que conservamos en el galeon?

—Sí, ayer me dijo tu mayordomo que quedaban dos mil ducados.

—Mucho se ha gastado en el Perú, y en verdad que no queda lo suficiente.

Al contrario, amigo mio; al llegar á España vendemos el galeon, y nos sobrará una cantidad inmensa.

—Ese buque, hermano, se lo quiero regalar al capitán Roch.

—Muy bien hecho; pero así y todo, hay con los dos mil ducados lo suficiente para llegar á Madrid, desembarcando en Alicante. Todo se reduce á que corramos en los caballos de la posta.

—No es eso, Flaviano; antes de ayer quedaron viudas y huérfanas muchas desgraciadas, á las que anhelo mejorar de suerte. El domingo se casa nuestro hermano Odon, y es preciso que todos hagamos un regalo espléndido á la bella Corina, según practicamos con Tolopalca; y es, por último, que no quiero viajar con poco dinero. Somos muy ricos, concluimos por ahora de luchas y exterminio, y necesario es que empecemos á imitar á mi padre, derramando el bien.

—¿Qué necesitas, Julio?—le preguntó el duque de los Andes.

—Lo ménos veinte mil ducados.

—Luégo tendrás á tu disposición cuarenta mil.

—¿Qué vas á hacer?

—Vienen en el galeon cincuenta saquitos llenos de oro en grano, que componen la dote de mi esposa; venderé cuatro, y te sobrará dinero. De todos modos, en llegando á Madrid ha de formar parte de la caja común, y es igual vender aquí un poco que enajenarlo allí todo.

—Tienes razón, mi querido Roberto; si lo pagan bien, vende seis ú ocho. Que te dé el Dux una carta para el jefe de la casa de moneda, y manda con ella á mi mayordomo; pues no parece bien que tú vayas con esa comision. Que trasladen despues la caja que tenemos en el buque á una de nuestras habitaciones, y mientras yo me ocupo de los desgraciados de Venecia, comprad vosotros ricos presentes para Corina y para las prometidas de los Zallas y de Roch. Daos prisa, pues de lo contrario es muy expuesto que yo os deje sin lo suficiente para adquirir esos regalos.

—Eso es difícil, hermano—le contestó Navarro.—Pronto lo verás.

Inmediatamente, unidos Roberto y Flaviano, dieron principio á la ejecucion del encargo del príncipe. Éste saludó á sus restantes hermanos, al Dux, á su hija, y despues de encargarles que no le esperasen en todo el dia, se cubrió con el traje más modesto que tenía, saltando á una góndola impelida por solo su criado Perez.

—¿Adónde vamos, señor?—preguntó aquél, cerrando la berlina en que acababa de entrar su amo.

—Al palacio del patriarca de Venecia.

—¿Dónde está?

—En el gran canal.

La góndola partió, deteniéndose á los pocos minutos al pié de un hermoso alcázar de mármol y jaspe. Silva saltó á tierra, siendo detenido en el zaguan del mencionado edificio por varios lacayos, uno de los cuales le preguntó:

—¿Quién sois?

—El príncipe de Italia.

Todos se descubrieron, mirando con asombro á Julio.

—Al estrado, señor; dignaos subir mientras avisamos á su eminencia.

Silva atravesó una ancha y espaciosa escalera de mármol, penetrando luégo en un gran salón espléndidamente decorado.

Tres minutos más tarde se hallaba frente á frente del venerable prelado á quien iba á visitar.

—No merezco—le dijo el sacerdote—la honra que me haceis; pero la acepto con júbilo, y os ruego descanséis, pues os hallais, gran señor, en vuestra casa.

El príncipe besó la mano del patriarca, y cogiendo un sillón, le contestó:

—Gracias, venerable anciano; tanto y tan bien oí hablar á mi padre de vos, que me he atrevido á interrumpir vuestro sosiego, con ánimo de pedir os un favor que espero no me negareis.

—Todo cuanto querais, mi amado señor; os debe Venecia una dicha, paz y ventura envidiables; por nosotros, por una causa justa, expusisteis vuestra vida con valor sin igual. ¡Qué podria yo negaros! Conocí efectivamente en Roma á vuestro noble padre, héroe digno de la fama y renombre que pregonaba el mundo; pero su hijo no desmerece, no niega la poderosa sangre que heredó.

—Vuestra bondad me eleva al sitio que no debo ocupar. ¡Qué valgo yo, miserable pigmeo, comparado con aquel santo, modelo de virtud, de abnegacion y de caridad! Perdonad, señor patriarca, si se agolparon á mis ojos dos lágrimas de recuerdo, de dolor y de orgullo, por ser el hijo de un sér á quien no me es dable imitar.

El prelado comprendió que habia entristecido al príncipe con la cita del autor de sus dias, y se apresuró á decirle:

—A las doce pasará la nobleza de Venecia á felicitaros, y á las dos tendré el honor de presidir una comision del clero, que va con el mismo objeto.

—Siento—le contestó Silva—que os molesteis unos y otros, pues no merezco esa prueba de distincion, ni me será posible recibirla, toda vez que hasta muy entrada la noche no regresaré á la morada del Dux.

—Mucho lo sentiremos todos; mas no por eso dejaremos de cumplir con nuestro deber. Si no os vemos á vos visitaremos á vuestros dignos compañeros. La honra de recibirlos en mi casa excede ya á lo que yo podia aspirar. Deseo que os digneis mandarme, en el caso de que efectivamente pueda complaceros en algo.

—Si, noble patriarca; creo que satisfareis mi ambicion.

—Hablad, príncipe.

—Tengo noticia de que el pastor de Venecia es el padre de los desgraciados; la revolucion de antes de ayer habrá aumentado indudablemente el número de aquellos, y quiero ayudarlos á mitigar en parte las desventuras que afligen á este misero pueblo. Soy extranjero, no conozco el país,

y sentiria herir la susceptibilidad de seres á quienes no he tratado; y temiendo equivocarme, llego á vos, rogándoos me faciliteis un compañero que me ayude á recorrer durante el dia y la noche las casas de los infortunados de Venecia.

—¡Pensais ir en persona!...

—Como lo haceis vos, como me enseñó á practicarlo el superior de la orden de trinitarios, vuestro amigo y mi señor.

—¡Y osasteis decir que no lo imitabais! Sois el mismo príncipe de Italia; tan héroe como él; tan bondadoso, caritativo y modesto como aquel santo. Dejadlo para mañana, y yo os acompañaré.

—Esta ciudad es muy grande, y los infelices estarán en relacion del número de habitantes; prestadme hoy un guia, al que podreis reemplazar mañana.

—Os sobra razon y no me niego. ¿Cuándo le necesitais?

—Ahora mismo.

—Voy á instruirle en lo que debe hacer, pues habita conmigo. Perdonad si os dejo solo.

—Id con Dios, y tardad cuanto necesiteis, que me hallo bien aquí.

Salió el patriarca, y el príncipe se puso en pié, permaneciendo media hora admirando los cuadros que existian en aquel salon, donde halló la escuela italiana perfectamente representada. Al cabo de este tiempo regresó el prelado, diciéndole:

—En la caja de vuestra góndola os espera un sacerdote, el cual os acompañará durante el dia y la noche. Si mañana deseais continuar, á las siete os aguardaré en un esquiife al pié del palacio ducal.

—Acepto, y no os haré esperar.

El príncipe volvió á besar la mano del patriarca, éste lo estrechó tiernamente, y ambos se despidieron hasta el siguiente dia.

Silva entró en su góndola, saludó al sacerdote que le aguardaba, y ambos comenzaron á recorrer los canales, calles y plazas de Venecia, deteniéndose á cada momento para hacer la suerte de una familia desgraciada.

De este modo empleó el príncipe aquel día y el siguiente, repartiendo más de treinta mil ducados; almorzó, comió y cenó en miseras hosterías, retirándose á las doce de la noche para emprender de nuevo su noble mision á las siete del día inmediato. El patriarca le ayudó en tan caritativo trabajo, regalando tambien más de seis mil ducados.

Ya no eran solas las clases de nobles y ciudadanos las que elogiaban á los *invencibles*. Desde el Dux hasta el más infeliz jornalero colmaban de elogios á los héroes en el campo de batalla; al inimitable Silva entre los infortunados de la ciudad. Sus nombres, tan temidos al principio, iban apareciendo como égidas del hidalgo pueblo que empezaba á conocerlos y á hacerles justicia.

Llegó el día señalado para las cuatro bodas que debía bendecir el patriarca en la basílica de San Márcos, y desde muy temprano acudió el pueblo á la gran plaza del mismo nombre, calles y canales circunvecinos.

Eran padrinos de Navarro y Corina el príncipe de Italia y la duquesa de los Andes, y de los Zallas y Roch los condes de Santomera. Estaban convidados á este acto, al banquete y al sarao que se daban en obsequio de los novios, todas las personas notables de Venecia.

La nobleza, los ciudadanos y el pueblo aguardaban este día, para demostrar á los *invencibles* su reconocimiento por los grandes servicios que acababan de prestar á la república; y con permiso de las autoridades construyeron arcos y engalanaron los edificios, canales y calles, disponiendo á la vez funciones y festejos.

Hasta las once de la mañana permanecieron todos silenciosos; pero en este instante aparecieron los *invencibles* y comitiva, dirigiéndose desde el palacio ducal al vecino tem-

plo de San Márcos. Entónces rompió el pueblo en vivas; las campanas tocaron á vuelo; se cubrieron los canales de góndolas vistosamente adornadas; prendieron fuegos artificiales que tenian dispuestos, quedando sólo en sus casas los que por enfermedad, infancia ó vejez no pudieron asistir.

La alegría, animacion y algazara de este dia reemplazó sobradamente á las que ahogó la revolucion el último de Carnaval. Venecia, la espléndida, altiva y poderosa Venecia, daba en este momento á los españoles una solemne prueba de que sus hijos no nacieron ingratos ni desagradecidos.

El conde de Santomera, ébrio de dicha y placer, se enlazó á Corina Loredano, siendo aplaudida esta union por todos los presentes. El Dux lloraba de alegría y estrechaba continuamente al príncipe de Italia, diciéndole:

—A vos os lo debo todo, hijo mio; ¡cómo podria pagar la ventura que me estais proporcionando! Dicha, poder, tranquilidad; ¡cuánto habeis hecho por mí!

—Agradecédselo á mi padre—contestaba Silva.—Por él he venido aquí.

—Alberto fué primero un héroe, y luégo un santo; pero vos sois las dos cosas á la vez; y como continueis encerrado en tan exagerada modestia, voy á proclamar á la faz del mundo que ós sobreponeis al autor de vuestros dias.

—¡No, por Dios!

—¡Sí, por la Virgen! Vos no podeis juzgaros, y yo fui tan amigo de Alberto como lo soy de Julio.

Desposados ya los condes, oyeron todos una misa, á la cual asistieron los mejores músicos de Venecia. Concluida ésta se unieron los Zallas y Roch á las tres hijas de Faviano, cantándose otra misa, que tambien oyeron los convidados. Y acto continuo regresaron, en el mismo orden que habian ido, al palacio del Dux, siendo sorprendidos por multitud de danzas, músicas y toda clase de festejos, inventados para felicitar á los novios y demostrar su agradecimiento á los *invencibles*.

Los recién casados, parientes, amigos y comitiva, entraron en el palacio ducal, mientras los ciudadanos y el pueblo comenzaron á extenderse por Venecia, permaneciendo en su afán de aplaudir á los españoles, desquitándose del mal día que les proporcionó la revolucion.

Una hora despues, convertido el principal salon de la suntuosa morada de Loredano en comedor, se fueron sentando á la mesa los novios, las familias de éstos, los *inven-cibles* y hasta doscientos convidados más, siendo uno de ellos el patriarca de Venecia, que más que comer devoraba con la vista al príncipe de Italia, que tenía enfrente. Allí estaban los individuos que componian el consejo de *los diez*, las principales autoridades, y representados el ejército, la marina, el gran consejo, el senado, y los principales personajes, en fin, que encerraba la ciudad anfibia. Fué un regio banquete, en el que sirvieron las mejores viandas de Italia, los vinos más exquisitos de Europa, y en el que se lucieron piedras, trajes y galas de un valor incalculable. Tambien estaba el cuerpo diplomático, siendo uno de sus representantes el conde de Lumbier, el cual solia decir al enviado de Francia que tenía á su izquierda:

—Baron, no ví jamás mesa tan espléndida, reunion tan magna, ni el lujo que tenemos delante.

Concluyó el banquete, y todos se fueron retirando para mudar de traje y asistir al gran sarao que debia empezar á las nueve de la noche, en los mismos salones que abandonaban.

Odon, Roch, Andrés y Fermin, en union de sus esposas, eran los seres más felices de Venecia. Los ocho recibieron por la mañana ricos presentes de Julio, Flaviano, Mauro, Mendoza, de los duques de los Andes, del Dux y de algunos parientes de éste; tambien el anciano Prisco gastó la mitad de su fortuna en una espada y un aderezo que regaló á los condes de Santomera, en los trajes y adornos de sus hijas, y en las joyas que ofreció á sus maridos.

Llegó la noche, y Venecia se convirtió en día artificial. Los palacios, las casas, las calles y canales se iluminaron de pronto, reinando una claridad que pretendia imitar la del sol. El pueblo continuaba desquitándose de la supresion de fiesta á que fué condenado el tercer dia de Carnaval; y tanto por obsequiar á los *invencibles*, como por dar rienda suelta á la alegría y expansion á que era tan aficionado, permaneció hasta media noche sobre los canales, las plazas y las calles.

Dieron las nueve, y comenzaron á surcar en direccion del palacio ducal ricas góndolas, que son allí el equivalente á los carruajes y trenes de nuestra aristocracia. En ellas iban las principales damas y caballeros de la ciudad anfibia. Al banquete asistieron sobre trescientas personas, y al sarao estaban convidadas más de tres mil.

Todo el palacio ducal se hallaba á disposicion de los venecianos; se habian habilitado los muchos salones destinados á los diferentes consejos y cuerpos legislativos que celebraban allí sus reuniones; asombraba el alumbrado, y el lujo que se desplegó era verdaderamente veneciano. Desde el zaguan hasta la conclusion de la escalera de los *Colosos*, se veian dos filas de lacayos, que terminaban varios otros criados, mayordomos, pajes y ujieres. A la servidumbre del Dux se añadió la de los *invencibles*, por lo cual al lado de un tímido y adulador sirviente, se veía el rostro grave y altanero de Perez, ó el de algun osado guerrero, como Ros, Rey, etc. Al pié de la escalera empezaban los tiestos con flores, plantas y árboles pequeños que embalsamaban la atmósfera con la fragancia que despedian, presentando un golpe de vista agradable y poético. En los salones y entre los mencionados tiestos se admiraban las columnas y estátuas de mármol, jaspe, pórfido, alabastro y bronce; las ricas sedas de Oriente, los espejos venecianos, y un lujo, en fin, completamente regio.

En el salon principal estaban el Dux, los seis *invencibles*,

Corina y la duquesa de los Andes, recibiendo á los convidados que iban llegando y extendiéndose por los quince salones que se encontraban á su disposicion; y una hora despues se hallaban reunidos todos los nobles y personas notables de la capital.

El lujo desplegado en esta ocasion por aquellos rayaba en fabuloso; y la gracia, finos modales y belleza de las venecianas, se hermanaban perfectamente con la gravedad y mesura de los senadores, jueces y cuerpo diplomático; con la gentileza, apostura y cortesanía de los jóvenes y restantes caballeros. Cuatro músicas rompieron á la vez, extendiendo por todos los salones alegres melodías que convidaban á danzar, y quinientas parejas aprovechaban la ocasion dando principio al baile.

Pronto se convencieron los convidados de ambos sexos, que los *invencibles*, cuyos nombres escucharon con terror, eran léjos del campo de batalla los hombres más atentos y corteses que conocieron. Sólo el conde de Santomera bailaba; los cinco restantes, en union de Erminia, recibian á los que todavía llegaban, agasajando á cuantos se acercaban á saludarles.

Iba hermosa y llamó bastante la atencion, la altiva Corina Loredano de Navarro; habia además, entre otras, cien venecianas, de belleza, gracia y modales encantadores; pero la reina de la funcion lo estaba siendo la incomparable Inca, duquesa de los Andes. Lucia un rico traje, que le regaló en Lima el príncipe de Italia; su prendido era sencillo, mas sus atractivos no tenian rival. Dejó el trono de los Andes, pero continuaba siendo soberana de la hermosura. Los marinos de Venecia, alguno de los cuales la vieron sobre el galeon, hacian público el valor, serenidad y arrogancia de Tolopalca; Roch refirió su historia, concluyendo por ser el blanco de la admiracion y comentarios de todos los convidados.

Flaviano, aquel poeta tan valiente como bello, elegante

y cortés, era allí como en todas partes el hombre más cumplido y atento. Sus labios dejaban salir un torrente de poesía, de frases halagüeñas y de elogios á la hermosura, que arrancaron muchos suspiros é hicieron concebir más de una esperanza, que pronto se trocaron en ilusiones, que deshizo el rápido curso del galeon español.

Los salones en que ántes se sentenciaba á muerte, á prisión y destierro, servían ahora para acoger la alegría, expansión y regocijo. En la misma estancia donde el terrible consejo de *los diez* ensangrentó sus manos diariamente, se veían en este momento un grupo de parejas que danzaban, mientras en otro discutían varios senadores, individuos del gran consejo y magistrados, sobre un plan de gobierno, que tendía única y exclusivamente á la felicidad de la patria. En otra habitación donde se reunía há poco la escoria de la nobleza veneciana para fraguar tramas inicuas y traiciones sin cuento, se hallaban en este instante varios generales de mar y tierra, hablando sobre las reformas que pensaban proponer al Dux respecto del ejército y la marina, reformas todas que conducían á la preponderancia de la república. Y por último, un grupo de ciudadanos, todos los que ocupaban posiciones oficiales, trataban no lejos de allí, de elevar á la superioridad medios de mejorar la suerte del pueblo.

En las cárceles sólo se hallaban criminales; se habían levantado multitud de confiscaciones injustas; y la libertad, hermanada con el orden y la justicia, imperaban por completo en la ciudad anfibia.

Todo se lo debían á los seis generales, que con tanta abnegación como heroísmo osaron derrocar al déspota y cruel gobierno que avasallaba á los grandes y chicos de aquel reino; y comprendiéndolo así los venecianos, hombres y mujeres rodeaban á nuestros españoles, para admirarlos y demostrarles su agradecimiento.

Se abrieron las grandes puertas de los salones del ambigú,

y doscientos criados comenzaron á servir manjares, helados y toda clase de bebidas. La direccion del sarao fué confiada por el Dux á los duques del Imperio y de los Andes; éstos cambiaron ocho talegos de oro en grano por doscientos mil ducados, y nada economizaron para que la funcion fuese digna de ellos y del jefe supremo de la república.

A las tres de la madrugada terminó el baile, dando principio un concierto, en el cual tomaron parte varios venecianos y venecianas, los duques de los Andes, Corina y el inimitable duque del Imperio. Éste quiso ser el último en dar á conocer su acento, é hizo bien, pues de lo contrario nadie hubiera osado cantar despues. Cuando todos concluyeron empezó un ária, cuya letra y música estaban compuestas por él. Hasta aquel instante se habian oido muchos aplausos, notándose gran entusiasmo en el público, particularmente al acabar Roberto y la Inca; pero al escuchar la admirable voz de Flaviano, quedaron los convidados como heridos por un rayo que los tenía pendientes del curso que llevaba. Cada nota que daba el afortunado poeta hacia latir los corazones, dejando sin accion á los que le oian; y comprendiendo él el gran efecto de su canto, se esforzó cuanto pudo, y comenzó á salir por entre sus finos labios un raudal de mágicos encantos que conmovian y excitaban de un modo pasmoso.

Habian cesado los aplausos; desapareció el entusiasmo, y un silencio no interrumpido permitia que la voz de Flaviano reinase sola en el palacio del Dux. Terminó el ária, y entónces recibió el jóven más elogios de los que nosotros podemos relatar.

Desde Loredano hasta el último caballero, todos, hombres y mujeres, le suplicaron que volviese á cantar; lo cual verificó entonando una romanza, con el mismo fuego, acierto y mágico acento que anteriormente.

Al acabar, y mientras Osorio recibia nueva ovacion, decia el príncipe á su amigo Loredano:

—Bien hice en casar á mi amigo Flaviano; reparad en vuestras convidadas, y notareis que no hay una sola doncella que no lo devore con la vista.

La reunion, temiendo molestar al sublime tenor, no se atrevió á rogarle que continuase; mas el principe, que comprendia el deseo general, alzando su voz, le dijo:

—Duque, añade en obsequio mio las seis canciones que me tienes dedicadas.

Eran aquellas una especie de *popurri*, compuesto tambien por Flaviano, y el que contenia seis estrofas escritas cada una en diferente idioma. Así las cantó Osorio, llamando ahora tanto la atencion su hermosa voz, como el conocimiento que tenía de las seis lenguas de que se componia su cancion.

A las cinco de la madrugada concluyó aquella fiesta, dejando un recuerdo eterno en los venecianos y venecianas que asistieron á ella.

Odon y Corina recibieron la bendicion del Dux y del principe, retirándose acto continuo á sus lechos. Los Zallas, Roch y sus esposas la recibieron tambien de los mismos, de Prisco su padre y de los condes de Santomera, marchando igualmente á sus habitaciones.

Ya solos, tambien buscaron el descanso y quietud Pedro Loredano, los restantes *invencibles* y Alvaro Zalla. La música apagó sus acordes, y el palacio ducal fué presa de un continuado silencio.

En la memoria de todos los concurrentes quedaban grabados el recuerdo y figuras de los *invencibles*, las que no olvidaron jamás.

CAPÍTULO XXVIII.

Despedida.—Embarque.—Las seis coronas maltesas.—Nuevos peligros.—
Alicante y Madrid.

Al día siguiente lunes, tornaron á ser felicitados los *invencibles* por las personas notables de Venecia; el martes y miércoles devolvieron dichas visitas, despidiéndose á la vez de todos, pues tenían dispuesta su marcha para el jueves siguiente, la cual se habian visto obligados á retrasar cuarenta y ocho horas por la causa expuesta.

Amaneció por fin el día por que tanto suspiraban nuestros españoles, cubriéndose al poco tiempo el puerto de Malamoco con cuantas góndolas existian en la ciudad anfibia. Grandes y chicos, mujeres y hombres, sacerdotes y seglares, funcionarios públicos, militares y paisanos, todos acudieron á la laguna con deseo vehemente de despedir á los nobles guerreros, que encontraron á Venecia presa de la anarquia, el terror, el asesinato y el pillaje, y la dejaban, gracias á su heroismo, en paz octaviana é imperando en ella la justicia, la libertad y la grandeza.

En cuanto amaneció se trasladaron al galeon, Roch, su esposa y padre, é inmediatamente comenzó el embarque de

efectos. A éste siguió el de los Zallas y sus mujeres, y últimamente el del mayordomo, pajes y criados.

A las nueve almorzaron los generales, Erminia y Corina con el Dux, los que componian el consejo de *los diez*, y varios senadores y nobles. A las diez y media les avisó Roch que el galeon estaba listo, mandándoles los dos botes mayores que tenía.

En este instante se levantaron de la mesa, pasando al salon principal, donde les esperaban, para estrecharlos, cuantos componian el gran consejo, el senado y las primeras dignidades de la magistratura, con algunos individuos del cuerpo diplomático y el patriarca de Venecia.

Enternecidos el príncipe y sus amigos, y más que todos Corina Loredano, procuraron abreviar, y abrazándolos á todos, saltaron á los botes y se dirigieron al puerto. Iban en uno de aquellos el Dux, su hija, el príncipe, el conde de Santomera y los duques de los Andes, y en el otro los restantes *invencibles*.

—Volad—dijo Silva á los remeros.

Y partieron las lanchas, llegando cinco minutos despues á la escala real del *Leon*; pero á la vez que ellos, se acercaron tambien las doscientas góndolas que conducian á los senadores, magistrados, etc.

Llegó el momento fatal para el Dux; su hija, Erminia y los *invencibles*, bañados en llanto, estrecharon por última vez al desconsolado anciano, que, anegado en lágrimas y casi acongojado, quiso hablar y no pudo, fué á moverse y le faltaron las fuerzas; partia su hija, único sér á quien amaba en el mundo, y se sintió desfallecer. Cuatro senadores y dos individuos del consejo de *los diez*, que estaban más inmediatos, lo trasladaron á su góndola y trataron vanamente de consolarle.

Los españoles, Corina y Erminia subieron la escala real, ésta se alzó, se cerró el portalon, é inmediatamente sonó el cañonazo de leva, que disparó el galeon. La marina de

Venecia y las baterías de tierra contestaron con salvas que la república no hacia ni al mismo Dux, y que por una excepcion dispuso que se efectuaran al partir los *invencibles*.

Acto continuo comenzó á moverse el *Leon*, y á la vez veinte mil pañuelos blancos extendidos por el puerto de Malamoco. Corina Loredano contemplaba anegada en lágrimas á su padre, el cual permanecia casi sin sentido. Los *invencibles* tenian tambien los ojos húmedos, y sólo sonreia sobre la cubierta del buque el anciano Prisco, que, desde la obra muerta, saludaba á sus parientes y amigos, diciendo para sí:

—Ingrata fué conmigo esa preciosa ciudad; pero á bien que la dejo para siempre.

Y como un niño estrechaba á sus hijos, andaba por el buque y se creia el más feliz de los hombres.

El esbelto galeon continuaba moviéndose en direccion del Adriático, dejando atrás la laguna que contenia en tales momentos, segun hemos dicho, todas las góndolas de Venecia y cuantas personas pudieron salir.

Roch dió algunas voces de mando, y comenzó á ser obedecido por sus marineros y grumetes; dictó la última orden al piloto, y cinco minutos despues salió el *Leon* de bolina, andando como tenia de costumbre.

Un cuarto de hora más tarde se perdieron de vista las góndolas; Venecia aparecia como ráfagas oscuras que empañaban el terso brillo de las aguas, percibiéndose confusamente el estampido de los cañones que aún continuaban haciendo salvas. Media hora más, y sólo vieron las costas de Italia y las aguas del Adriático. El Dux fué trasladado á su alcázar en estado terrible de abatimiento y dolor. Los restantes iban tristes y cabizbajos.

Erminia y los *invencibles* rodearon y trataban de distraer á Corina, en tanto que el anciano Prisco, cogido al brazo de Roch, le preguntaba continuamente los dias que tardarian en llegar, los azares á que estaban expuestos, y si los

españoles entendían el italiano. Zeneida, reunida á sus hermanas y junto á los Zallas, contemplaban las torres de Italia y el grandioso espectáculo que se les presentaba á cada momento. Sólo Corina suspiraba ya por el abandono en que dejaba á su padre; y en honor á la verdad, la iban calmando las caricias de su esposo y los halagos de Erminia y de los generales.

Por la tarde comieron, y cuando empezó á anochecer, bajaron á la cámara principal, templó su lira el dulce Flaviano, y consiguió que se olvidara de Venecia la noble hija del Dux. Despues cenaron, quedando de sobremesa hasta las diez de la noche, en que Roch y Zeneida subieron á cubierta, y los restantes se retiraron á sus camarotes.

Durante aquella noche siguieron de bolina, andando cuanto deseaba el capitan Roch.

A la mañana siguiente se levantaron, corriendo á cubierta, desde donde vieron otra vez las costas de Italia. El aire les favorecia, y sin contratiempo alguno prosiguieron su marcha. El dia inmediato distinguieron las costas de Nápoles, y dos despues dejaron el Adriático, entrando en el mar Jónico. Al llegar allí aflojó bastante el viento, no obstante lo cual continuaron adelante, andando la mitad de millas por hora que los dias anteriores, pero sin incidente alguno desagradable. De este modo penetraron en el Mediterráneo.

Tres dias más tarde, á las siete de la mañana, entró Roch en el camarote del principe, y sin consideracion alguna le dijo:

—Señor, que os vistan inmediatamente, y subid á cubierta; vuestra presencia es allí indispensable.

Y desapareció, mandando tocar la campana, para que todos acudiesen.

Silva no esperó á que entrase su criado; él mismo se puso las calzas, se cubrió con su gaban y gorra, y acercándose al marino, le preguntó:

—¿Qué acontece, capitan?

Éste se hallaba junto á la banda estribor del *Leon*, mirando á la derecha.

—Fijaos, gran señor—le contestó—en el navío que se distingue al Norte; es una galera de guerra de gran porte, cuya tripulacion al vernos ha tirado un cañonazo, y me ha parecido oír el estampido de otro que contestaba. Nos hallamos frente á Sicilia, y no sería extraño queuviésemos cerca la escuadra turca. ¿Qué hacemos?

Silva se fijó en la galera, mas no pudo reconocerla ni adivinar á qué nacion pertenecia, pues no llevaba bandera, ni se veía otra cosa sobre cubierta que velas, palos y cañones.

—Ese buque está al paio—exclamó.

—Sí, señor, pero nada se distingue que nos lo dé á conocer.

—Patron, por si son enemigos dirijámonos hácia ellos, toda vez que lo más malo que se puede hacer, lo mismo en tierra que en el mar, es demostrar miedo á los contrarios.

—Me consta—exclamó el conde de Santomera, acercándose.—La única vez que desconocí el axioma, no me comieron las fieras por milagro de Dios.

—A tiempo llegas, Odon—le dijo el príncipe.—Encárgate de dirigir los cañones, mientras yo hago que se armen todos los defensores de nuestro buque. En cuanto á vos, capitán de marina, dad rumbo hácia esa galera, y que Dios disponga lo demás.

Diez minutos despues, y mientras Erminia cuidaba de Corina y entretenia á las hijas de Faviano, la cubierta del *Leon* se llenaba de guerreros, dispuestos no sólo á defenderse, sino á atacar á sus enemigos; el zafarrancho les era ya tan conocido como las luchas de tierra.

El príncipe buscó con la vista la galera, y no hallándola, preguntó al marino:

—Capitán, ¿y el buque sospechoso?

—Señor, en cuanto vió que nos dirigiamos hácia él, viró al Norte y desapareció viento en popa.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Seguir nuestro derrotero y avanzar cuanto nos sea posible. El viento ha refrescado, y volvemos á andar como al salir de Venecia.

—Lo apruebo, pero que cada uno ocupe su puesto por lo que pudiera acontecer.

Las damas almorzaron solas, y nuestros valientes lo verificaron sobre cubierta y de pié. Del mismo modo y guardando idéntica actitud comieron, continuando en tal estado hasta las cuatro de la tarde, en que un vigia exclamó:

—Capitan Roch, navíos al Norte.

Todos guardaron el más profundo silencio.

Un cuarto de hora despues, volvió á gritar el mismo:

—Capitan Roch, seis navíos de guerra al Norte; parecen malteses, y se dirigen hácia nosotros.

—Parecen malteses — repitió el marino — mas podrán ser africanos. Conde de Santomera, no alejaos, y que vuestros artilleros permanezcan al pié de los cañones.

La cubierta del galeon se llenó de guerreros, que con hacha, pica, espada ó pistolas, se disponian á recibir á sus contrarios, en el caso de que lo fuesen, con el valor que aquella gente tenía de costumbre. Diez artilleros contemplaban sus mechas encendidas, y cinco con otros tantos marineros prácticos y entendidos, esperaban oír el estampido del cañon para cargarlos nuevamente. Los *invencibles* veían acercarse los seis barcos anunciados, pero no distinguían lo suficiente para juzgar si podrian ó no ser enemigos.

Reinaba en el buque un silencio interrumpido únicamente por el movimiento de las velas; la ansiedad crecía, y todas las miradas se dirigieron al Norte, cuando el vigia tornó á exclamar:

—Los seis navíos de guerra; malteses; distingo las banderas, y veo á los caballeros de la orden de San Juan. Quedan á la capa y como esperando al galeon.

—Alguna sorpresa agradable— exclamó el príncipe— que nos preparan nuestros amigos. Apagad esas mechas— añadió— guardad las armas, y disponed, capitán Roch, que el *Leon* se detenga y permanezca al paio cuando se halle entre los seis navíos. Odon, Roberto, Zallas, que suban vuestras esposas, y calmad el temor de que están poseidas.

Así se hizo efectivamente, quedando diez minutos despues como enclavado en el agua el buque español. En el mismo instante echó al mar cuatro lanchas cada navío maltés, dirigiéndose á fuerza de remo hácia el galeon. Iban en ellas doscientos cuarenta sanjuanistas, dos generales y el prior de la órden.

Roch mandó bajar la escala real, por la que subieron aquellos bravos marinos, á los cuales fueron estrechando los *invencibles*. Cuando todos estuvieron sobre cubierta, exclamó el prior, dirigiéndose á los generales españoles:

—Señores, os hallais en las aguas de Malta, y la ínclita órden de San Juan, que esperaba encontraros en este sitio, á cuyo fin puso en acecho varios de sus cruceros, os ruega acepteis una ofrenda que valdria muy poco si no llevara consigo la expresion de afecto y gratitud de todos los habitantes de Malta, Gozzo y Comino. Nosotros, intérpretes de los deseos que animan á los individuos de la órden de San Juan y restantes isleños, al ofreceros una débil prueba de admiracion y agradecimiento, os rogamos nos tengais en vuestra memoria, y no olvideis nunca el aislamiento en que vivimos y el poder de los enemigos que pretenden despojarnos de nuestra patria adoptiva. Nuestro jefe y soberano añade, que en Malta dejais vuestro pueblo para defenderlo, si lo viéseis oprimido, ó para que os abra los brazos y os acoja como á dueños, si necesitais un dia de los malteses.

Calló el prior, mientras seis sanjuanistas presentaron á cada uno de los *invencibles* una caja abierta, las cuales contenian cinco coronas iguales de oro y brillantes, con los apellidos de Osorio, Navarro mayor y menor, Nuñez de Lara

y Mendoza; y otra verdaderamente régia, del mismo metal y piedras, que decia simplemente: «Al héroe,» la que entregaron al príncipe. Se retiraron aquellos seis, despues que los generales españoles habian cogido las cajas, y se aproximaron otros tantos, presentándoles igual número de aderezos para sus esposas; y en todos los que se leia en letras formadas con brillantes: «Malta á la esposa del *invencible*,» siguiendo el apellido de uno de ellos.

Este obsequio de tan cumplidos caballeros, lo recibian los guerreros castellanos poco despues de haber atravesado los mares toda la órden de San Juan por salvarlos, exponiendo sus vidas y la suerte de su escuadra. Julio comprendió lo que valia y significaba aquella ofrenda en medio del mar, terminado el hecho que acabamos de referir, y casi enterrecido, contestó:

—Lo que os agradecemos este presente, no lo pueden expresar nuestros labios. ¿Qué es ello en sí? Una prueba más de la hidalguía y esplendidez de los primeros caballeros de Europa; una gota de agua arrojada en el Océano. Por ventura, ¿no os conocemos? ¿existe alguno que ignore vuestra nobleza y caballerosidad? Pero lo habeis hecho vosotros, y sólo nos resta admitir la honra, el favor, el cariño que demuestra. Malta—dijimos un dia—ó la muerte. Os ayudamos á vencer, y aquellas frases que equivalian á un juramento, no se contraian á una semana, á un período, á una época dada; debe permanecer mientras vivamos. Si Malta tiene enemigos que la ataquen, tambien cuenta con defensores que correrán desde España á pelear en su suelo. Y si la suerte nos fuese adversa y la patria que tanto amamos nos arrojase ingrata de su seno, Malta nos hallaria en sus calles, y vosotros, nuestros hermanos, en vuestras casas; el pan del infortunio se trocaria á vuestro lado en manjar de dicha. Vuestro soberano, mi amigo y señor Lavalett; ese venerable anciano que me llama hijo y fué un dia el amigo íntimo, el compañero de mi padre, decidle... Que

habeis visto surcadas mis mejillas por dos lágrimas hijas del amor de un desgraciado que recuerda la memoria de su padre; feliz al pensar en vuestro incomparable jefe.

Invencibles y sanjuanistas, á todos enternecieron las frases del príncipe; y creció la angustia al estrecharse unos y otros, acaso por última vez; al darse aquel postrer adios exhalado por corazones que unia fraternal afecto.

— ¡Hurra! — decian los sanjuanistas á sus remeros. — Moved esos palos bien, y huyamos de la nave donde nos han comprimido el corazon y torturado el alma. ¡Hurra, y á Malta! Desafiemos el poder otomano, que nada es imposible para nosotros contando con los seis colosos de Europa.

— Conde de Santomera — exclamó á la vez el príncipe — saludad á los navíos malteses.

— ¡Artilleros — gritó Navarro — arriba esos cañones! ¡Fuego la banda de estribor; fuego la de babor!

Y con un pequeño intervalo se oyeron diez estampidos, que no tardaron en ser contestados por la artillería de los buques sanjuanistas.

El *Leon* continuó su derrotero, mientras aquellos se dirigian á la capital de sus islas.

Las coronas y aderezos regalados por los caballeros malteses eran de gran valor, admiraba su construccion, siendo digna ofrenda de un pueblo que pagaba con aquella muestra de afecto la heroica abnegacion de sus seis defensores.

Con tiempo vario prosiguió surcando el *Leon* las aguas del Mediterráneo. Próximo ya á Cerdeña, anocheció el duodécimo dia de viaje, presentándose una calma propia del estío, y natural en tal época en los mares que atravesaban. A las diez de la noche se encerraron en sus camarotes los *invencibles*, Zallas, esposas, sirvientes y artilleros, quedando sólo sobre cubierta el de centinela y una parte de la tripulacion.

Roch continuó observando el tiempo hasta las once, en cuyo instante, notando que no existia señal alguna que le

indicase el término de la calma reinante, dió algunas órdenes al piloto y contraмаestre de guardia, y se retiró tambien al camarote de su esposa, donde se acostó, quedando poco despues dormido.

El galeon cruzaba por unos sitios libres de escollos, pero en los cuales solian aparecer de pronto, muy particularmente en verano, tormentas, que áun cuando breves, hacian zozobrar á los buques que atravesaban por allí. No tenian período fijo ni se anunciaban con señales anticipadas, que jamás pasaban desapercibidas para el experto y entendido Roch.

A la una de la madrugada relevó el segundo contraмаestre al primero, y un práctico al piloto; y media hora despues comenzaron á aparecer en el horizonte algunas nubes, impelidas sin duda por el Levante que empezaba á refrescar. El viento continuó arreciando, pero el galeon lo llevaba de popa y no ofrecia al práctico ningun temor; las esparcidas nubes se fueron reuniendo hasta encapotar el espacio; caian grandes gotas de agua, se cargó la atmósfera de electricidad, pero nada de esto juzgaron el segundo contraмаestre y práctico que era motivo suficiente para molestar á su capitan, toda vez que el movimiento del aire favorecia la marcha del buque. Diez minutos despues variaron de opinion, cambiando su anterior seguridad por el conflicto más cruel. La tormenta estalló de pronto; varió el aire; ensoberbecióse el mar; las rugientes olas se alzaron con ímpetu terrible; cubrióse el espacio; y como el galeon llevaba mucha vela, se corrió la estiva y dió á la banda. Un brazo de mar barrió la cubierta, y penetrando por las escotillas y demás agujeros, llegó hasta los camarotes de los *invencibles*.

— ¡Galeon á la banda!

Comenzó á gritar la tripulacion; la campana sonó tres veces, apareciendo inmediatamente el resto de la gente de mar, y por último el capitan Roch. Éste miró el espacio,

la aguja, el buque, lanzó dos votos de marino, y creyendo que lo habian despertado tarde, reprendió duramente al piloto y primer contramaestre, cruzóse de brazos, y con fria calma les dijo:

—La tormenta arrecia; el *Leon* puede zozobrar; mas toda vez que nacisteis en la mar, salvad el buque, si es que lo creéis posible.

En este instante subieron los generales y Zallas.

—¿No os lo previne? —exclamó el duque del Imperio. — Naufragó Roch en Venecia, por cuya razon debia echarnos á pique en el Mediterráneo.

—¿Por qué decís eso, señor? —le preguntó el hábil catalán.

—Porque si no os hubierais marchado á dormir con vuestra esposa, no diera á la banda el galeon.

—Es posible, señor duque; pero estaba previsto el caso, y llegué á tiempo.

—¿De ahogaros?

—No, de adrizarlo sin cortar los palos.

—Notad que se ha corrido toda la estiva.

—Lo sé. ¡Que abrevien esos hombres, piloto! Y vosotros, señores, bajaos y no sufríreis los golpes de esas terribles olas.

—Capitan —le contestó Osorio —yo me quedo, pues deseo presenciar el naufragio sobre cubierta.

—Permanezcamos aquí —dijo el príncipe —y disponed de nosotros para todo, que el peligro es inminente. ¡No os moveis, Roch!

—No, gran señor; quiero ver lo que vale mi tripulacion.

Y continuó con los brazos cruzados.

El piloto ordenó que se amarrasen al chicote de una guindaleza una verga de juanete y un botalon, lo que echaron fuera por una de las portas de la aleta de sotavento; despues trataron de orientar las velas para adrizar la nave; pero de nada sirvió. Las corrientes de aire chocaban en el

casco del buque; el velámen perdió su fuerza por la posición horizontal de los palos, haciendo ir á aquel á sotavento, sin haber podido conseguir con la guindaleza y operación practicada dirigirlo hácia barlovento, y ménos poner el aire por la aleta de estribor.

El piloto, contra maestres y tripulación hicieron esfuerzos imaginables por adrizar el buque; mas el viento cambió en huracán, las olas crecieron, logrando únicamente que la guindaleza sostuviera á la nave sin tumbarla más, pero dejándola inclinada á la banda. En tal conflicto, exclamó el piloto:

— ¡Capitan, sólo nos resta cortar los palos!

— Eso se hace — contestó aquél — cuando se está á punto de zozobrar.

— Creo llegado ese caso.

— ¿Y vos, contra maestro?

— Opino lo mismo, capitan, pues no hay fondo.

— Veamos si yo os enseño algo. Puesto que no habeis podido virar por redondo con la guindaleza, dirijamos la proa al viento.

É hizo subir la pieza más grande de la madera de respeto, poniéndole un pié de gallo, al cual mandó unir otra nueva guindaleza. El chicote del calabrote dispuso que lo trajeran desde la amura fuera de toda jarcia por barlovento á popa, dejándole firme al pié de gallo de la percha, y el que arrojaron al mar acto continuo. El *Leon* empezó á ir á la ronzá para sotavento, gritando Roch:

— ¡Arria calabrote! ¡Amarra!

Y como únicamente obedecía la popa, fué sola á sotavento, quedó la proa al viento, cayendo de la otra amura; cuya operación, difícil y acertada, no tenía equivalente, áun cuando hubieran podido capear con cualquiera de las velas mayores. Seguidamente añadió:

— ¡El lastre á la banda contraria! ¡Fuera toda la estiva! Que os ayuden los artilleros y sirvientes.

Media hora despues preguntaba Roch á su segundo:

—¿Qué decís, piloto?

—Mi capitan, que el buque está adrizado, y que sabeis vos más que todos nosotros juntos.

Los *invencibles* vieron con asombro la admirable operacion dirigida con prodigiosa habilidad por el sabio marino, contemplando con indecible placer casi derecha la nave donde se hallaban, en medio de los huracanes, los tremendos golpes de mar, y una tormenta, en fin, horrorosa. Los truenos, exhalaciones y chubasco, nada significaban comparados con los torbellinos de agua y viento que ponian al galeon en peligro inminente de perecer; pero al ver el milagro que acababa de hacer Roch, sonreian, creyéndose seguros de los azares que todavía les amenazaban.

El audaz Flaviano preguntaba al patron:

—¿Os ha inspirado tan magnífica operacion la bella Zeneida?

—No, mi general; me la enseñó el arte, y la experiencia me probó su infalibilidad.

Cuando la estiva fué trasladada á sitio conveniente, comenzaron á desaguar el buque, y hombres y mujeres de los que no pertenecian á la tripulacion se mudaron hasta de camisa, por no haberse podido librar uno solo del agua que corrió por todas partes mientras el barco permaneció á la banda.

Se encontraban los españoles en los mares de Italia, y era una noche de estío, segun dijimos; por cuyas razones la tormenta fué tan grande como breve, y una hora despues continuó el galeon con viento flojo y sin rumbo fijo, pues las nubes cubrian todavía el espacio, reinaba una oscuridad profunda, é ignoraba Roch el punto donde se hallaban. Más tarde refrescó el aire, deshizo las nubes, é impelió la nave con rapidez que disgustaba al capitan.

Pronto amaneció, y á los primeros albores de la aurora vieron que se encontraban á tres millas de Cerdeña, en el

golfo de Cagliari. Desde este instante, y despues de atra-
vesar el mencionado golfo, comenzaron á virar hácia las
costas de España.

El galeon pudo muy bien haber naufragado aquella no-
che; mas la suerte, que parecia decidirse en favor de los
invencibles, áun quando se hallasen en el mayor peligro, los
sacó con bien de esta última catástrofe, alcanzando un triunfo
completo el capitan Roch por sus grandes conocimientos
marítimos y elevado talento. El *Leon* iba ahora de bolina,
cortando el agua con rapidez pasmosa. A la terrible noche
reemplazó un dia claro y despejado; el sol comenzó á tender
sus dorados rayos sobre las azuladas aguas del Mediterrá-
neo; se abrieron las escotillas, puertas de luz y cuantos
agujeros tenía el barco; se secó éste, volviendo todo á su
anterior estado. Por el dia miraban los pasajeros, primero
las costas de Francia, y luégo las de España; y por la noche
tenían un pequeño concierto, en el cual lucia sus incompa-
rables dotes el duque del Imperio, siendo dignamente acom-
pañado por Roberto, Erminia y Corina. El marino Roch solia
ser á menudo el blanco de los epigramas de Osorio; pero
él, cada dia más enamorado, los escuchaba con mucho gusto,
y hasta se los devolvía á veces con tanta agudeza como
acierto.

No obstante la diferencia de caractéres, clases y condi-
ciones de los encerrados en el galeon, jamás tenían cues-
tiones desagradables, ni daba ninguno motivo para la más
leve reprension del príncipe, ante el cual se postraban con
cariñoso respeto.

Cruzaba el buque por frente de la hermosa Barcelona, y
todos estaban sobre cubierta, contemplando en lontananza
sus palacios, alcázares, castillos, templos y torres, parecién-
doles á Erminia y Corina un nuevo mundo aquella deliciosa
ciudad y la multitud de jardines, valles, casas de recreo y
huertas que se extendían en torno de la misma. El marino
explicaba á las bellas viajeras los encantos de su pueblo

natal, y ellas le escuchaban con gran interés, cuando vino á interrumpirles un paje del príncipe, diciendo:

—Capitan Roch, S. E. mi amo y señor os ruega bajeis á la cámara.

El conde de Santomera continuó describiendo á las damas el magnífico cuadro á que daba frente la banda estribor de la nave, mientras el marino se presentó ante Silva, y descubriendo su cabeza, le dijo:

—A vuestras órdenes, mi amado general.

—Sentaos, amigo mio, junto á mí; deseo hablar con vos, y aprovecho la ocasion en que podemos hacerlo sin testigos. Ya tenia conocimiento de lo mucho que valeis en mar y tierra; del gran talento que Dios se dignó otorgaros; pero esta noche me convencí de que vuestra inteligencia supera á lo que yo creia. Me habeis prestado servicios tan eminentes, y tal es mi cariño hácia vos, que todo cuanto me pidais será poco á satisfacer mi deseo. Sois capitan de la marina real de España; os regalo el galeon; pero como ambas cosas nada valen, comparado con aquello á que os hicisteis acreedor, os ruego me pidais sin tasa cuanto querais. El rey nada puede negarme, y nosotros somos suficientemente ricos para añadir á la régia esplendidez de S. M. lo que falte. No es el príncipe de Italia quien os habla ahora; es vuestro padre.

—Habia previsto este instante—contestó el marino—anhelaba que llegase, y tengo echadas cuentas y muy estudiado mi plan. Renuncio al galeon, que podremos vender en Alicante, y á mi título de capitan, por ser muy poco, segun opinion del elevado príncipe de Italia. Quiero ser almirante de vuestra marina.

—No os comprendo, Roch.

—Me explicaré, gran señor. En cuanto lleguemos á Madrid haré un estanque en vuestro jardin; construiré barquitos, y enseñaré á navegar á vuestros hijos, á los de vuestros amigos y á los mios, cuando Dios se digne concedérmolos. Si nuevos acontecimientos os trajesen al mar, mandaré el

barco donde vayais, os seguiré á tierra y me batiré á vuestro lado; pues, gracias á Dios, si sirvo en el agua, no me quedo atrás en el suelo. En una palabra, gran señor, si quereis mi felicidad, retenerme siempre á vuestro lado; á ser posible, en vuestra propia casa. Anhele cuestionar con vos sobre ciencias, artes y literatura; escuchar continuamente los chistes y epigramas de vuestro digno hermano el duque del Imperio, é imitaros á los seis en nobleza, generosidad é hidalguía. Un cubierto en vuestra mesa vale más para mí que el cetro de generalísimo de mar y tierra que ganasteis cien veces y el rey os otorgó; pero si vos disponeis otra cosa; si me mandais que sirva de grumete en un mísero sparono, inclinaré la frente y os obedeceré gustoso.

—Deseo, mi valiente marino, vuestra felicidad—dijo el príncipe.—En consecuencia, vivireis á mi lado, en mi propio palacio, é ireis donde yo vaya. Conservad vuestro título de capitán; el rey os relevará de todo servicio, y yo os cederé una de mis posesiones, de la que sereis dueño y señor, y cuya renta asciende á tres mil ducados anuales. El reino perderá su mejor marino, pero lo ganaré yo. ¿Estais satisfecho?

—Algo más, señor; me juzgo feliz. ¿Vendo el galeon en Alicante?

—No; en cuanto lleguemos lo dejais á las órdenes del jefe de marina, pues se lo regalo al rey, para que forme parte de las escuadras de S. M. Recompensad espléndidamente á todos los individuos que componen la tripulación; y si quieren continuar sirviendo en nuestro buque, le decís de mi parte al mencionado jefe, que tengo empeño en que no despida á ninguno. ¿Quereis algo más?

—No, señor; de sobra nos dais á todos.

—Entónces enterad á vuestra esposa, y continuad dirigiendo el *Leon*.

Roch demostró al príncipe su agradecimiento, se unió á

Zeneida y á Prisco, les refirió el diálogo que tuvo con Julio, y los tres participaron de igual alegría.

— ¡Qué peso me quitas, esposo! — dijo la hermosa veneciana. — Ni me gusta la vida del mar, ni te quiero marino. ¡No olvidaré jamás la noche que pasamos frente á Cerdeña, próximos al golfo de Cagliari! No naufragamos porque Dios te inspiró; pero ¡qué horas tan crueles! La mar, esposo mio, es para los peces; nosotros estamos mejor en tierra.

— Te se cumplió el deseo, y á vos, mi venerable padre. Ya somos ricos, dueños y señores del estado que debo á la régia munificencia del príncipe, y podemos acabar nuestros días dichosos y felices. Sólo os falta un nieto, querido padre, y ese os lo dará en breve vuestra hija mayor; le corresponde por edad, y es tan buena, que no se lo negará el cielo.

— Calla, Roch; no digas eso — contestó ruborizada la bella Zeneida.

Su esposo no se equivocó, pues fué la primera de las tres hermanas que dió á luz un hermoso niño; el Hacedor se dignó oír los ruegos del noble y cariñoso padre.

Continuó el viaje, el viento favorable, y el galeon prosiguió su curso, llegando á Alicante á los veintisiete dias de haber salido de Venecia. Durante esta última travesía sufrieron algunos chubascos que asustaron á las damas, á excepcion de Erminia, y pusieron en cuidado á los *invencibles*; pero aquellos fueron los ménos, por cuya razon rieron, cantaron, ocupando el tiempo lo más agradablemente posible. Roch dirigió su buque con el acierto que tenía de costumbre, dando á la vez dos lecciones diarias de idioma español á su padre político, esposa y cuñadas. Corina lo hablaba bien, y la Inca se confundía ya con la dama española más fina, entendida y elevada.

Llegaron á Alicante á las doce del dia, desembarcaron en el acto, y seguidamente fueron á casa del gobernador, el cual era amigo íntimo y muy afecto á los seis generales. Durante el resto de la tarde sacaron el equipo, armas y

cuanto traian, haciendo despues la entrega del buque, cañones y tripulacion al jefe del puerto, que los recibió en nombre del rey, agregando el galeon á la escuadra real, luégo que hubo admitido al servicio del Estado á todos los individuos de la tripulacion; éstos se despidieron aquella noche de Roch y de los *invencibles* con lágrimas y suspiros.

En tanto que el marino terminaba el desembarco, buscó el mayordomo del príncipe cuatro carros y quince caballos, saliendo poco despues, en union de los pajes y artilleros, en direccion de Madrid, con el equipaje, armas, talegos de oro y objetos desconocidos en Europa que traian del Perú.

Los generales, Zallas, Roch, damas, Prisco, doncellas y criados descansaron aquel dia y noche en el palacio del gobernador, sin darse á conocer los primeros á otros que á dicha autoridad y al jefe del puerto.

En cuanto amaneció, sabiendo el dueño de la casa el deseo que tenian los *invencibles* de regresar á la corte y estrechar á sus esposas, puso á disposicion de los mismos tres carrozas para las damas y doncellas, seis magníficos caballos para ellos, cuatro para los Zallas y Roch, y diez para los criados. Despues les ofreció un espléndido almuerzo, que ellos aceptaron gustosos. Concluido este acto, estrecharon los seis á su generoso amigo el gobernador, partiendo acto continuo del modo siguiente: en una de las carrozas subieron la duquesa de los Andes y la condesa de Santomera, con una doncella de la primera y la única que llevaba la segunda; en otra entraron Prisco y sus tres hijas, y en la tercera se acomodaron las cinco restantes doncellas de Erminia. Los demás montaron á caballo, y dando el último adios á la autoridad superior de Alicante, partieron en direccion de Madrid.

El dia se presentaba como de estío; pero ninguno de ellos, no obstante hallarse en el Mediodia de España, temia al polvo ni á los abrasadores rayos del sol, y ménos despues de haber sufrido el ardiente del Trópico y el del Perú; no

obstante lo cual, á la una de la tarde se vieron obligados á descansar, pues Corina y sus cuatro paisanas estaban acongojadas por el excesivo calor. Ya en una posada, sonreía la Inca, preguntando al príncipe con ironía, si el resto de las europeas eran tan fuertes como las cinco venecianas.

—Poco más ó menos, lo mismo — contestó Silva. — Y á tí, ¿te ha molestado el sol ó el polvo?

—No, hermano — replicó la india. — Creí que respiraba una atmósfera agradable é incapaz de causar el estado en que veo á esas damas.

Comprendiendo Julio que sería peligroso proseguir de aquella manera, dispuso continuar su marcha descansando desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, durante el viaje. Así lo verificaron, sin que volviera á molestar el calor á las venecianas.

A los seis dias distinguieron, cerca de anochecer, á Ocaña, donde hallaron una temperatura ménos incómoda que la que dejaban atrás; por consiguiente, y restándoles sólo que andar nueve leguas, determinó Silva pasar allí la noche, para entrar á la siguiente en Madrid, pues no quería penetrar con sol, para evitar los aplausos y ovacion de sus paisanos.

Durmieron, pues, tranquilamente, y al amanecer emprendieron de nuevo su viaje con la rapidez posible, entrando á las doce del dia en Pinto, donde se detuvieron, con objeto de descansar, comer y esperar que pasasen las cuatro horas de calor.

El príncipe llamó á su criado, y le dijo:

—Toma algun alimento, monta á caballo, adelántate, y sin darte á conocer, llega al palacio y dí á tu señora que nos esperen á las ocho; mas sin aparato alguno ni participar á nadie nuestro regreso. Para las ocho y cuarto que tengan enganchadas las carrozas del duque del Imperio, la del conde de Santomera y la mia.

Así lo hizo el fiel sirviente: comió unos fiambres, y montando en el caballo de Ros, que era mejor que el suyo,

partió á galope, entrando en el alcázar de su señor á las tres de la tarde.

El conde de Arahál, el marqués de Abella, sus esposas, la condesa de Monterubio y sus hijos se hallaban sentados en aquel instante á la mesa con la princesa de Italia, la duquesa del Imperio, Aurea Navarro, la esposa de Mendoza y la de Alvaro Zalla. Perez se presentó en el comedor sin que nadie le anunciara, exclamando:

—Los generales están en Pinto sin novedad, y llegarán á las ocho.

De este modo evitó el experto sirviente la mala impresion que debia causar su presencia sin la de su amo.

Cuantos estaban en aquella cámara dejaron de comer, y poniéndose en pié, rodearon al leal criado, haciéndole un millon de preguntas, á las que él contestaba con ménos viveza de la que hubieran deseado sus oyentes.

La noticia corrió por el alcázar, y no obstante la subordinacion que reinaba allí, se llenó el comedor de mayordomos, pajes, doncellas, criados, lacayos, y aún algunos soldados de los que componian la guardia del palacio; ansiando todos saber de los *invencibles*, pues no habia allí un solo individuo que no los amase.

Perez entró en el zaguán, se tiró del caballo, y en dos saltos subió la escalera, penetrando en el mencionado comedor, sin contestar á la pregunta que le hizo el único mayordomo que encontró á su paso. Por esta razon se atrevieron á faltar todos corriendo tras él, anhelando oir noticias de sus amos.

La alegría, el júbilo se retrataron en aquellos semblantes; las esposas lloraban de placer, y un grito unánime, cuyos ecos repitieron los cóncavos del palacio, acabó de demostrar la satisfaccion que todos experimentaban.

Se suprimió el resto de la comida; y despedidos de aquella estancia los criados, continuó Perez su relato con las frases siguientes:

—No obstante los mil azares y peligros que hemos sufrido, venimos todos más gruesos, infinitamente más morenos, según veis, y con ánimo de pasar muchos años sin salir de Madrid. Así nos lo ha asegurado mi amo, que llegará esta noche, desconocido, pues no le queda señal alguna de la gran enfermedad que padeció. Mi general don Roberto, duque de los Andes, casó con una reina tan bonita y tan valiente, que supera á todo cuanto yo os pueda decir; y el señor conde de Santomera, su hermano, se unió á Corina Loredano, hija del Dux de Venecia, muy bella también, y á la que salvó vida y honra. En buen aprieto nos pusieron ella y su padre; pero mi amo sabe más que todos los italianos juntos, y unidos los seis y detrás nosotros, podemos con tres ejércitos. Los venecianos nos dieron un mal rato; mas llegó el día de la expiación, y dejamos cubiertas de cadáveres todas las calles principales de aquella ciudad, que son de agua. En siete horas despachamos, concluyendo con todos nuestros enemigos, que eran muchos y se defendieron mal.

Perez prosiguió contestando á las mil preguntas que le hicieron hasta que anocheció, en cuyo instante se mandó cerrar la puerta del zaguan, bajando las cuatro esposas de los *invencibles*, Syra y las familias de Mendoza, Osorio y Mauro, permaneciendo allí un cuarto de hora que tardaron en presentarse los seis generales y comitiva.

La escena habida en el mencionado zaguan entre los recién venidos y los que les aguardaban, no es para describirla. Abrazos, besos, lágrimas y protestas; era el amor oculto, comprimido, que estallaba para presentarse en toda su grandeza y ardimiento.

Era la felicidad, la dicha, que llegaban por fin entre aquellos seres tan poderosos y elevados, pero sin que hasta este momento les hubiera dejado el destino libar la ventura que el amor, la tranquilidad y sus brillantes posiciones les ofrecían.

CAPITULO XXIX.

El alcázar real.—El rey y sus generales.—Esplendidez de uno y otros.—
El aliento del primer príncipe de Italia.

Media hora más tarde cortaba el príncipe aquel acto de ternura y expansion, mandando á sus amigos y á Roch que subieran en las carrozas que tenian dispuestas, para marchar á palacio. Luégo encargó á su esposa que hiciese sacar seis cajas que venian en los coches que trajeron de Alicante, y que remitiera inmediatamente al real alcázar la bandeja y objetos que contenia cada una de aquellas, cubiertas con paños de terciopelo. Y seguidamente montó en el carruaje en que iban el duque del Imperio y el conde de Santomera, dirigiéndose á la plaza de palacio.

Prisco, sus tres hijas, la duquesa de los Andes y Corina, quedaron entre las esposas y familias de los *invencibles*; y las siete doncellas, con las de igual clase de la princesa y restantes damas del palacio. Éstas hablaban en italiano con las cuatro venecianas, y en español con la Inca, recibiendo multitud de caricias las cinco, muy particularmente la condesa de Santomera y la duquesa de los Andes, á las que tenian en medio y estrechaban, con natural afecto, Aurea, Elvira, Elisa y Adela.

Con el polvo y traje de camino subieron los seis generales, tres Zallas y Roch la régia escalera, penetrando en la cámara de Felipe II, donde recibieron enhorabuenas, plácemes y bastante adulacion de los cortesanos que estaban de guardia.

Era dia de cuaresma y de ayuno, y S. M. se hallaba en el comedor, haciendo colacion, cuando le avisaron la llegada de su primo y compañeros.

—Decidles — contestó el rey — que pasen á mi despacho, y que ántes de cinco minutos tendré el gusto de verlos.

El enviado quiso salir; pero fué detenido por la voz del bufon Morata, el que, abandonando los piés de su amo que tenía cogidos debajo de la mesa, gritó:

—¡Alto, canalla! No eres tú el primero que debes ver á esos héroes; soy yo, que áun cuando malo, disto bastante de vosotros. Cena, amo mio, que yo les llevaré el recado.

Y con los ojos húmedos corrió á la cámara, exclamando:

—¿Dónde están el rey del heroísmo y la hidalguía, y sus cinco dignísimos compañeros?

Los *invencibles* se volvieron, hallando frente á ellos al astuto bufon. Éste fué observándolos uno á uno, quedando fijo en el príncipe.

—Desapareció — dijo — aquella mirada sombría, aquel semblante que marcaba la demencia. ¡Bendito sea Dios!

Y cayó á los piés de Silva, cogiéndose á sus manos y besándolas con tierno afecto. Aquél lo levantó, le rodearon los seis, y le estrecharon cariñosamente.

—Entrad, hijos, entrad — añadió — no respireis la atmósfera que perfuman estos señores.

Y condujo á los guerreros á la cámara de escribir de Felipe II. Ellos penetraban por una puerta, y el monarca por la de enfrente. Contra su costumbre, abrió los brazos el austero señor, y permaneció un minuto estrechando á su primo; luego cogió una tras otra las diestras de los cinco

invencibles restantes, dando por último á besar la suya á Roch y á los Zallas.

—Acabais de venir, segun indica vuestro traje—les dijo.

—Sí, señor—contestó el príncipe.

Y fijándose en éste, añadió:

—Noto que llegais buenos, y era cuanto deseaba. La peligrosa mision que te encargué en el Perú, fué un pretexto de que me valí, por consejo del sabio Vallés y del duque del Imperio, para que sanase tu cerebro. Jamás se me hubiera ocurrido mandar tan léjos á hombres que tanto valen y de los que continuamente necesita su rey cerca de él; más siendo así que donde pisais vosotros allí brota el bien, para el dichoso país cuyo destino rijo, dejasteis el Nuevo Continente con el sello de la paz, ventura y tranquilidad, de que tanto necesitaba. Gracias, hijos míos, gracias en nombre de la patria que os bendice; desde hoy en adelante formareis los seis mi consejo privado, y desde Madrid, sosegados ya y al lado de vuestras esposas, me ayudareis á gobernar los sesenta millones de almas que hay en nuestros estados.

—Señor—le contestó enternecido el príncipe—hasta este momento no he sabido la causa verdadera de mi marcha al Nuevo Continente; yo os agradezco la bondad con que me habeis tratado, cuya accion no olvidaré en el resto de mi vida. Y vosotros, mis nobles amigos y compañeros, que por seguirme, por no abandonar á vuestro demente hermano, expusisteis vidas, tranquilidad y dicha, sufriendo tantas penalidades, azares y disgustos, para vosotros no tengo yo palabras.

Y sacando un pañuelo, se limpió las lágrimas que comenzaron á verter sus ojos.

—Perdonadme, señor—continuó—si demuestro delante de V. M., á estos vuestros leales vasallos, el agradecimiento que engendraron en mi alma las frases pronunciadas por mi augusto soberano.

Despues se sentó el rey, hizo que su primo lo verificase

tambien, rogándole relatase cuanto practicaron desde que salieron de Madrid.

Con su calma y habitual aplomo, fué contándole Silva lo que deseaba S. M., sin quitar ni añadir una coma. El rey le escuchaba sorprendido; pero al oír la descripción de los acontecimientos de Venecia, creció su admiración, quedando, al terminar tan larga historia, entregado á profundas meditaciones; luégo alzó la frente, exclamando:

—Yo tampoco hallo frases suficientes á elogiar vuestros hechos. Apruebo cuanto hicisteis en el Perú; sostengo lo de Venecia; nombro jefe de escuadra á ese marino; maestros de campo á los tres capitanes que le acompañan; y á vosotros os regalaré doce señoríos, que aumentarán considerablemente vuestro patrimonio. Los seis comereis todos los domingos á mi mesa, acompañados de vuestras esposas; y además los jueves cenarán conmigo los príncipes de Italia. Nombro damas de honor á la duquesa de los Andes y á la condesa de Santomera; y á tí, primo mio, te faculto para que me propongas cuanto quieras; que todo será concedido.

—Sólo deseo, señor —contestó Julio— que admita V. M. el galeon que compramos en Cádiz, y seis recuerdos que os traemos de Lima. Roch, que entren esos pajes, si lo permite S. M.

—Que pasen, sí —contestó el rey.

Y acto continuo pusieron sobre su mesa seis bandejas de oro, llenas de ricos objetos traídos del Nuevo Mundo. El monarca los fué mirando uno por uno, quedando agradecido á aquella muestra de cariño de sus mejores vasallos.

Más tarde penetraron, por orden del soberano, los individuos de la familia real, los cuales estrecharon al príncipe, saludando á sus restantes compañeros.

Y por último, despues de escuchar las frases más halagüeñas del rey, salieron de la cámara, satisfechos unos y otros de aquella entrevista tan agradable para todos. Morata

les acompañó hasta el carruaje, besando sus manos y lanzando terribles epigramas contra los cortesanos que hallaba á su paso. El bufon amaba tanto á estos hombres, como aborrecía á la mayor parte de los que rodeaban á Felipe II.

Cuando los *invencibles* llegaron á su palacio, se hallaban en los salones multitud de grandes y damas, parientes y amigos, que sabiendo su regreso, habian ido á felicitarlos. A la una de la noche cenaron, no pudiendo retirarse á descansar hasta las dos.

Los Zallas, Roch y Prisco ocuparon varias habitaciones del piso bajo, que les destinó el principe para mientras viviesen; y éste, sus amigos, esposas, y las familias de Arahal, Monterubio y Abella, se dividieron todo el piso principal, cuya extension, magnificencia y lujo superaban á cuanto pudieran necesitar.

El principe de Italia cogió por fin del brazo á Elvira su esposa, retirándose con ella á la cámara de dormir; pero cuál sería su sorpresa al descorrer un paje las cortinas de la alcoba, y ver sentado á la cabecera del lecho un hombre, que al pronto no pudo reconocer. Maquinalmente echó mano á la empuñadura de la espada, con intencion siniestra; la princesa quiso interponerse entre el desconocido y su esposo, y el paje fué á gritar, cuando se puso en pié el atrevido intruso, exclamando:

—No merezco una estocada, sino vuestros brazos.

—¡Vallés!

—¡Julio! ¡Hijo mio!

Gritaron los dos, quedando tiernamente enlazados.

Era efectivamente el sabio, el moderno Hipócrates, el divino Vallés, que, como médico, le esperaba á la cabecera del lecho.

Cuando los principes y el Galeno hubieron cruzado afectuosas frases, reconoció el último á Silva detenidamente, le hizo sentar á su lado, y fijo en él, le preguntó:

—¿Pensais en vuestro padre?

—Sí, amigo mio; no le olvido un momento.

El médico le miró todavía con más fijeza, añadiendo:

—¿Os acordais de los postreros segundos de su vida?

—Sí; continuamente.

—¿Recordais bien el instante en que cerró los ojos; el último movimiento de sus labios; el calor paternal que su piel os prestaba ántes de aparecer yerta, fria, helada?

—¡Quién podria olvidar aquellos minutos! ¿Por qué me haceis esas preguntas? ¿Por qué me mirais de ese modo?

—Concretaos á contestarme: ¿olvidasteis unas voces que parecian celestiales, y que dicen se oyeron despues de espirar Alberto de Silva?

—No; eran de ángeles que arrebatában su espíritu. Las recuerdo perfectamente.

—¿Y un olor grato, embriagador, incomparable, que se extendió por la celda donde estabais?...

—Tampoco lo olvidé; era el aliento de los querubens, el incienso del cielo... ¡Oh, no os puedo describir lo que sentia al aspirar tan mágica esencia!

—¿Todo eso lo teneis bien presente? ¿Lo recordasteis durante vuestro viaje?

—Sí, Vallés; en medio de los mares; entre las olas, los huracanes y la tormenta; rodeado de piratas que me enseñaban los dientes y la horrible guadaña; en pos ó delante de fieros enemigos; en el fragor de la batalla; sobre montones de cadáveres; en torno de sangre humana; en medio de los aplausos y de los vítores; hastiado de grandezas y poder; falto de aliento y de vida; acosado por el hambre ó sobrado de opulencia; siempre y en todas partes he visto, veo y continuaré contemplando la noble faz, el venerable rostro de mi amado padre.

Calló el príncipe, y ámbos quedaron mirándose fijamente.

—Bien — dijo el sabio Galeno. — Contestadme ahora: ¿notasteis debilidad en el cerebro, ó dificultad al concebir y expresar las ideas?

—No.

—Trasladad vuestra imaginacion al Perú; traed ante vos una de las batallas que disteis; estudiadla, y decidme si os acordais de sus detalles; si podriais describírmela tal como fué, con todos sus pormenores.

—Sí, señor; lo tengo presente como si acabase de ocurrir.

—Entónces, príncipe de Italia, habeis regresado completamente sano, y no hay miedo alguno de que pueda volver á descomponerse vuestro privilegiado cerebro.

—Creo lo mismo, sabio amigo mio, debiéndoos la razon que tuve perdida.

—Algo hizo la ciencia; pero mucho se debe tambien á vuestra admirable organizacion.

—Quiero ser vuestro amigo mientras viva.

—Lo fui de vuestro padre, querido príncipe, é ignoro si podré acostumbrarme á contemplar en vos otra cosa que un sér allegado, un hijo á quien ví nacer y desarrollarse de un modo que apenas acierto á comprender.

—Muy bien, padre mio; acepto el nombre, y os impongo las consecuencias: comereis á mi mesa lo ménos una vez al dia.

—Con mucho gusto.

—Habitareis mi palacio.

—Eso no puede ser; quiere el rey que viva en su casa, y se ofenderia de lo contrario.

—Os doy en equivalencia una carroza igual á la mia, servida por mis criados, la cual debereis usar mientras vivais; y juro, por la memoria de mi padre, defender vuestra existencia y tranquilidad mientras aliente.

—Eso es mucho...

—Vida por vida, amigo mio; el que salvó la mia tiene derecho á que yo defienda la suya.

Vallés se puso en pié, asomaron dos lágrimas de agradecimiento á sus ojos, y estrechando á Julio y á Elvira, articuló:

—Retiraos á descansar, hijos mios, y que el cielo siga premiando la bondad de vuestras almas. Hasta mañana, hijos, hasta mañana.

Y desapareció enjugándose los ojos.

Una hora despues todos dormian, tranquilos por el presente y satisfechos por el porvenir. La desgracia desapareció por fin del opulento alcázar donde moraban los seres más nobles é hidalgos del reino. El padre Alberto rogaba por ellos en el cielo, y oyendo la Providencia la súplica del santo, empezaba ya á colmarlos de los bienes y ventura terrenal á que ellos por otra parte se hacían acreedores. Ellas amaban á sus esposos con delirio; se querian como hermanas; é imitando todos al príncipe, comenzaron á andar desde el dia siguiente por el angosto y difícil sendero que les trazó, al espirar, el religioso trinitario Alberto de Silva. Eran trece familias distintas; más de ochenta entre soldados, dependientes y criados, y ninguno osó jamás alterar la tranquilidad de aquella morada, donde todavía quedaba puro, santo, el mágico aliento del primer príncipe de Italia.

CONCLUSION.

Cinco dias despues de llegar los *invencibles* á Madrid, salió D. Juan de Austria, con destino á embarcarse en el navio almirante de la armada española, que, unida á la romana y á la de Venecia, dieron y ganaron la célebre batalla de Lepanto, en la cual quedó inútil el imperio turco para intentar por tercera vez una nueva invasion contra Europa.

Pedro Loredano, que en esta ocasion hizo todo lo posible por complacer al rey de España, vivió ó fué Dux doce años, empezando su verdadero reinado desde el momento en que los *invencibles* le pusieron en aptitud de ser árbitro de los destinos de la república. Mientras existió, desde ese dia en adelante, le dieron tratamiento de Serenísima; presidió todos los consejos; y áun quando á sus antecesores únicamente los reconocieron como soberanos ó dictadores en solo los actos oficiales, á Loredano le guardaron mientras vivió todas las consideraciones de Dux, lo mismo en su palacio que fuera de él. Las monedas llevaron su nombre, si bien no se varió la efigie del anverso, en la cual se representaba á un hombre revestido de las insignias ducales, de rodillas ante San Márcos, símbolo de la república, dando así á conocer la inferioridad de los Dux ante el Estado.

El fausto de estos semi-reyes de Venecia era increíble durante las ceremonias, y muy particularmente en su famoso casamiento con el mar Adriático.

Loredano fué reconocido en el derecho europeo, despues de los emperadores y reyes; pero ántes que los demás príncipes soberanos. Vivió querido y respetado; escribía continuamente á su hija y á los *invencibles*, y ninguno osó, con posterioridad á su triunfo, anteponérsele ni conspirar contra su gobierno.

Roch aceptó su nombramiento de jefe de escuadra, con la obligacion de permanecer al lado del príncipe; lo mismo exactamente que los tres Zallas. El anciano Prisco aprendió el español, exclamando continuamente, que le gustaba más la solidez de nuestras calles que las blandas aguas que formaban las de su país, muriendo dos años más tarde abrazado á sus hijos.

Los *invencibles* despachaban diariamente con el rey, siguiendo éste con gusto los consejos de Silva, al que cada día estimaba más.

Las familias del marqués de Abella, conde de Arahál y condesa de Monterubio, quisieron que se celebrasen nuevamente las bodas de Odon, Roberto, Roch, Fermín y Andrés Zalla; y al efecto se dispuso un gran banquete, que tuvo lugar al tercer día del regreso de los generales. Sentados todos en torno de una mesa proporcionada á las trece familias, comenzó el banquete con alguna languidez, hasta que se levantó Flaviano, y cogiendo una copa, exclamó:

—Dé principio nuestra felicidad en el mundo; bebamos, olvidemos, y que nos sorprenda la muerte entre estos ángeles, lejos de aquellos demonios.

Todos repitieron el brindis, y desde aquel instante comenzó la alegría, siendo el príncipe uno de los que más contribuyeron á animar el banquete donde inauguraban el principio de su felicidad en la tierra.

A la vez celebraban la bienvenida, los diez criados que



J VALLEJO, dib.^o y lit.^o

Lit de J. DONON. Madrid.

— ¡Dé principio vuestra felicidad en el mundo; bebamos, olvidemos, y que nos sorprenda la muerte entre estos ángeles, lejos de aquellos demonios !

regresaron con los generales, algunos pajes, y todas las doncellas y mayordomos del palacio.

El príncipe de Italia comenzó á salir de noche en busca de la desgracia, que socorria con régia esplendidez. Mucho trajeron de Malta y el Perú; la donacion que les hizo el rey era inmensa; mas imitando los cinco á Silva, y las esposas á sus maridos, daban con arreglo á lo que tenian, distribuyendo una parte mayor de la que gastaban en sus individualidades.

El pueblo les aplaudia cuantas veces los hallaba, y los grandes y nobles se inclinaban ante ellos, reconociéndoles superioridad como valientes, como entendidos y como generosos. Ante la corte fueron siempre altivos y desdeñosos, fieros en el campo de batalla, y humildes, afables y bondadosos para el pueblo, que veia en los seis, ídolos á los que cada día amaba más.

Cinco de ellos eran modelos de esposos; el sexto, ó sea el duque del Imperio, no dió jamás á su mujer motivo grave de queja, pero sí le causó desasosiego y malestar; no cometió *pecados mortales*, mas sí muchos, muchísimos veniales; lo que era disculpable, teniendo en cuenta el gérmen de poesía, de fuego, de pasion que existia en su pecho, lo bello que era y lo solicitado que estaba continuamente por miradas tan imprudentes como arrobadoras.

El príncipe lo dirigia, y con ternura extremada censuró sus pequeños defectos, hasta conseguir que le imitase en todo; era el cariñoso padre, ante el cual los cinco, sus esposas y cuantos habitaban el palacio, se prosternaban para oir el consejo, la amenaza ó el elogio del infalible oráculo.

La Inquisicion funcionaba; mas encerrados sus jefes en el estricto cumplimiento de su mision, daban lo suyo á la época, sin atender la voz del fanatismo ni extralimitarse por causa alguna. Julio de Silva, siguiendo en todo la senda que le trazó su padre, introdujo la caridad en aquellas lóbregas mazmorras, las que visitaba continuamente acom-

pañado del rey, cuyo carácter severo é intolerante variaba oyendo los consejos de su incomparable primo.

Su aspecto sombrío y taciturno, su fría mirada, y hasta lo tétrico de la atmósfera que le rodeaba, cambiaban ó desaparecían al penetrar Julio de Silva en el despacho de Felipe II. El monarca oía con su calma habitual al príncipe, meditaba sobre las grandes ideas que brotaban de sus labios, y aún cuando debatía con él, concluía siempre por modificar su conducta, siguiendo el camino que le trazaba el digno heredero del inolvidable trinitario.

La época era terrible; los acontecimientos se sucedían con pasmosa rapidez; y llegado el conflicto, cuando el monarca no hallaba solución al intrincado laberinto de hechos, azares y amenazas, los *invencibles*, y muy principalmente el generalísimo de mar y tierra, eran el áncora de salvación de la nave del Estado.

Pasaban de sesenta millones de habitantes los que obedecían á Felipe II en los vastos estados que componían su imperio; era España, indudablemente, la potencia más poderosa y fuerte del mundo; pero diseminados sus dominios en Europa, Africa, Nuevo Continente y mar Índico, acontecía con frecuencia que su mucha extensión le proporcionaba guerras y conflictos que nadie hubiera osado promoverle, reconcentrado su poder en un solo estado, aún cuando éste no abarcara tantos millones de almas.

La avaricia de los unos, la ambición de los otros y el deseo de independencia de los ménos, tenían siempre en jaque el brazo derecho del monarca español, sin que bastasen las continuas derrotas y rudos escarmientos, á contener bastadas pasiones y el encono y venganza de los más. Los extranjeros nos envidiaban tanto como nos aborrecían; y como en toda nación crecen hijos expúreos, sucedía constantemente que, terminada una guerra de invasión, se presentaba otra civil, cuando no existían las dos á la vez.

Por todo lo cual se veía obligado el austero monarca á

hacer uso á cada momento de su mucha astucia, talento, y de los grandes recursos de que disponia; siendo esta la causa, en nuestro concepto, de que no siempre estuviera escrupuloso al emplear los medios con que intentaba combatir las locas pretensiones de sus muchos y terribles enemigos.

El príncipe de Italia, el duque del Imperio, el conde de Santomera y restantes compañeros, le ayudaron, unas veces con sus consejos y otras con la espada, á sostener incólume la religion católica y sus derechos de soberano; verificándolo con la lealtad, patriotismo, decision y esfuerzo que tenian de costumbre los héroes de Dreux, Cambray, Malta, Perú y Venecia.

Y por último: comprendiendo al cabo Felipe lo que valian aquellos hombres, los antepuso siempre á sus parientes y amigos.

Quedan los *invencibles* libando dichas y ventura; pero tan jóvenes y en un *valle* donde emanan tanta amargura, dolo y pesar, que aún deben apurar hasta las heces el cáliz de la desgracia humana que el destino alarga continuamente á todo mísero mortal. ¿Volveremos á hallarlos? Acaso, si nos ayuda la constancia de nuestros amados lectores.

BIOGRAFIA DE FELIPE II

ESCRITA POR

D. FRANCISCO DE P. SAN MILLAN.¹

Nació Felipe II en Valladolid el 21 de Mayo de 1527. Fueron sus padres el emperador Carlos V y Doña María Isabel, hija de D. Manuel, rey de Portugal; y recibió el agua del bautismo de manos del arzobispo de Toledo D. Alonso Fonseca, en la iglesia de San Pablo de la misma ciudad, el 5 de Junio del mencionado año. Hiciéronse con este motivo grandes festejos, que fueron suspendidos por la noticia del saco de Roma y prision del papa Clemente VII.

Durante los continuos viajes del emperador, quedó al cuidado de su madre, y tuvo por ayo, primero á D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y despues á D. Juan Zúñiga, comendador mayor de Castilla; y por maestro al catedrático de Salamanca Dr. D. Juan Martinez Silíceo, despues arzobispo de Toledo.

Mostróse D. Felipe más apto y aficionado á las ciencias que á las buenas letras, y desde niño demostró el aplomo y severidad que más adelante formaron su carácter tétrico

¹ La variedad con que se ha hablado de Felipe II, lo interesante de su reinado y lo difícil si no imposible de ceñirse en una novela á la verdad histórica sin que desaparezca la fábula ó quede la narracion desnuda de poesía y de esos encantos que le presta la inventiva, de acuerdo con el autor del libro que acabamos de imprimir, añadimos la presente biografía, debida á la pluma del erudito San Millan. De este modo, y en solo unas cuantas hojas más, podrán nuestros lectores formar juicio exacto sobre lo que fué el grave y austero monarca que há mucho tiempo viene sirviendo de tema á cuentos absurdos que circulan por nuestra moderna sociedad con la pretension de hechos verídicos. La biografía que insertamos es concisa, raquítica si se quiere, pues su autor ha temido cansar á nuestros ilustrados lectores con largos apuntes y extensas descripciones; pero está fundada en datos históricos que nos merecen el mayor crédito. (*Nota de los autores empresarios de la BIBLIOTECA SELECTA.*)

y sombrío. También adquirió gran destreza en la equitación y manejo de las armas.

En ausencia de su padre, y al lado de las personas que quedaban al frente de los asuntos de España, se enteraba Felipe de ellos en muy tierna edad, haciendo de regente desde 1539, en que murió su madre; y cuyo cargo le fué conferido en efecto en 1542, cuando obligado por las guerras de Italia y Alemania, salió el emperador para dichos países. Quedaron como consejeros del príncipe, el duque de Alba para los negocios de guerra, y para lo demás Francisco de los Cobos. Tenía entonces diez y seis años, y marchó con las tropas que su padre mandó sobre Perpiñan, á la sazón sitiado por los franceses.

Casó con Doña María su prima, hija de D. Juan III, rey de Portugal, y de Doña Catalina, en la ciudad de Salamanca, el 15 de Noviembre de 1543, teniendo ambos contrayentes la misma edad; durando las fiestas y regocijos hasta el 19 de dicho mes, en que los novios, pasando por Tordesillas, donde visitaron á su abuela Doña Juana, se trasladaron á Valladolid.

El 8 de Junio de 1545 nació el príncipe D. Carlos; muriendo cuatro dias despues la princesa, á consecuencia del parto. El sentimiento de D. Felipe fué tanto mayor, cuanto que el matrimonio con la portuguesa, enteramente de inclinacion, le forzó á desechar el que su padre y la política le aconsejaban, con Margarita de Francia, hija de Francisco I.

Despachó Felipe á Ruy Gomez, principe de Éboli, para que diese cuenta al emperador del no muy buen espíritu de los aragoneses en las Cortes que celebraba en Monzon (1547), y presidia él mismo, jurado sucesor en Agosto de 1542; ó segun otros, el objeto de este viaje fué felicitar al emperador por los triunfos conseguidos por sus armas sobre los he-rejes alemanes. El César, entonces enfermo en Augsburgo, temiendo morir, hizo llamar á su hijo; y por si no llegaba

á tiempo, le envió muchos sabios y prudentes consejos. Quedó de regente el príncipe Maximiliano, hijo de Fernando, hermano del emperador, y futuro esposo de su hija María; y el 19 de Octubre, despues de haber anunciado su partida en las Córtes de Castilla, que convocó al efecto, y de haberse verificado el proyectado enlace de su hermana y tío que quedaban de regentes, se embarcó Felipe en Rosas, en las galeras de Andrea Doria, y pasando por Sabona, Génova, Milan y Mántua, marchó al Tirol, atravesó la Alemania, y llegó á los Países Bajos, donde en Bruselas halló á su padre y á la gobernadora de aquellas provincias, su tía Doña María, reina viuda de Hungría. Reconociéronle por sucesor de aquellos estados, durando tres meses las fiestas que se hicieron por esta causa en las diferentes ciudades que iba visitando (1549); y aún hubieran continuado, sin un nuevo ataque de gota que sufrió el emperador, y sin la noticia de la muerte de Paulo III.

En las fiestas que por entónces se celebraron en Bruselas, rompió Felipe una lanza con el conde de Mansfeld, valiente y gallardo guerrero, y recibió un golpe de lanza que D. Luis de Requesens le dió en un torneo, que le hizo perder el sentido. En 1550 pasó con su padre á Augsburgo, en cuya dieta procuró y no consiguió el emperador que su hijo le sucediese en la corona del imperio. Al año siguiente (1551) volvió Felipe á España, pasando por Trento, donde se hallaba reunido el famoso concilio, con los más ámplios poderes como regente de Castilla y Aragon.

El 2 de Abril de 1554 se firmó en Lóndres el contrato de casamiento entre el príncipe D. Felipe y la reina María, firmándole éste cuando se le presentó, á pesar de ser su nueva esposa de cerca de once años mayor que él, y no muy bella, y si hemos de creer á Leti, á pesar tambien de sus relaciones amorosas con Doña Catalina Lenez. Quedó de regenta en España Doña Juana, viuda del príncipe de Portugal y madre del desdichado D. Sebastian, y D. Felipe

partió para Inglaterra con muy grande y lucido acompañamiento, embarcándose en la Coruña el 13 de Julio de 1554. El 18 llegó á Southampton, y el 25 se firmaron las capitulaciones. Cedió el emperador á su hijo con este motivo el reino de Nápoles y el ducado de Milan.

Muy duros se mostraron María y Felipe con los disidentes; puesto que aunque éste hizo mucho para dulcificar la suerte de ellos y se mostró tolerante, en general nadie le creyó sincero; pero no sería justo acusar de crueldad particularmente á Felipe, cuando su esposa, sobre sus creencias religiosas, tenía tantas y tan crueles ofensas que vengar. Puede decirse que, á pesar del disimulo del príncipe, reinaba grande igualdad de miras en los dos cónyuges, sólo en esto conformes, puesto que, vista su esterilidad, creció en Felipe la repugnancia que ya habia hecho nacer en su ánimo la falta de juventud y de belleza de su esposa.

Después de dejar medianamente arreglados los negocios europeos y ajustada una tregua con Francia, llamó el emperador á su hijo, quien, á pesar de los ruegos y súplicas de la reina, obedeció gustoso, por dejar á su esposa y á Inglaterra, que le eran igualmente desagradables. Salió, pues, el 8 de Octubre de 1555 para Bruselas, donde su padre el 25 de dicho mes, y en una pomposísima sesión de los Estados, hizo renuncia de la soberanía de los Países Bajos en favor del príncipe. El 27 juró Felipe guardar las leyes y privilegios de las provincias, y éstas por sus representantes obediencia y fidelidad. En 16 de Enero siguiente hizo el emperador igual cesion, en favor de su hijo, de las coronas de Castilla y Aragon.

Paulo IV se manifestó enemigo de Felipe, como lo habia sido de su padre, intrigando con los franceses á fin de que le hiciesen guerra, al mismo tiempo que se presentaba como mediador; y tan luego como pudo contar con ellos, insultando y vejando á los españoles, y al rey citándole á comparecer en juicio, y haciendo tales cosas, en fin, que el

duque de Alba no temió calificarlas de fechorías en una carta que escribió á Paulo, en la que tambien le decia que «no sólo no hay arrimo verdadero para fiar de las palabras de Vuestra Santidad, cosa que en el hombre más bajo se tiene por infamia, etc.» Dícele tambien, que reúne medios «áun para poner á Roma en tal aprieto, que conozca en su estrago se ha callado por respeto, y se sabe demoler sus muros cuando la razon hace que se acabe la paciencia.» La mala voluntad de Paulo, forzó al príncipe á apoderarse de sus ciudades y saquearlas, como vivamente lo hizo, aunque tanto el monarca como su general hacian á disgusto esta guerra. Con esperanza de terminarla se ajustó una tregua de cuarenta dias; pero ántes de que espirasen ya estaban los franceses en Italia, al mismo tiempo que trataban de sorprender la plaza de Douai. Envalentonado el papa con esto y la presencia del duque de Guisa, á quien recibió como en triunfo, siguieron las hostilidades; pero los ofrecidos recursos del pontífice eran escasos, y no muchos los que trajo Guisa, para contrarestar el poder y más aún la habilidad del duque de Alba.

Como el papa vió las tropas españolas en las inmediaciones de Roma, y tuvo conocimiento del giro de la campaña de Francia, tan apremiante entónces, que el rey llamaba á toda prisa al duque de Guisa y sus soldados, se apresuró á separarse de la liga con los franceses. Los españoles anduvieron tan generosos con el pontífice, que no sólo devolvieron cuanto habian tomado de los estados romanos, sino hasta las armas y municiones que el derecho de guerra habia puesto en sus manos; y al ver las condiciones de paz, todos creerian vencedor al vencido, y vencido al vencedor.

La campaña de Francia fué señalada por la batalla de San Quintín, dada el 10 de Agosto de 1557, y en que se ganaron 70 banderas y estandartes, y cayeron prisioneros los principales personajes franceses, así como en el subsiguiente asalto de San Quintín, á que ya concurrió el rey en persona (todo

gloriosísimo, aunque los vencedores anduvieron harto crueles despues del asalto); y por las tomas del Chatelet y Ham. Los franceses tomaron á Calais, último resto de la dominacion de los ingleses en Francia, suceso tan doloroso para la reina María, que se cree apresuró el fin de su existencia. Murió esta reina sin haber dado sucesion á Felipe, el 17 de noviembre de 1558, poco despues que el emperador Cárlos V, que murió en Yuste el 21 de Setiembre, y cuyos consejos desde aquel retiro habian sido muy útiles á la gobernacion del reino, como de quien tan ávezado estaba á ella.

Perdimos despues á Dunquerque, que tomó el mariscal de Termes; pero estos reveses fueron brillantemente reparados con la batalla de Gravelines ó Gravelingas, dada el 13 de Julio de 1558, en que puede decirse concluyó todo el ejército de Termes, teniendo él mismo que rendir su espada, y muriendo ó quedando prisioneros los 15,000 hombres que le componian, á excepcion de unos 300 que pudieron salvarse.

En 3 de Abril de 1559 se firmó en Château-Cambressis la paz entre España y Francia, siendo una de sus condiciones el matrimonio de Isabel, hija del rey de Francia, con Felipe II. Anteriormente se trató de casarla con el príncipe D. Cárlos, durante la vida de su madrastra la reina de Inglaterra, y aún despues, porque la primera idea de su padre al enviudar, fué casarse con Isabel, hermana de la difunta y su sucesora en el trono. Mientras Felipe le ocupaba, habia sido su protector, y tal vez la habia librado de la muerte, cuando, cómplice en las tramas de los partidarios de Juana Grey, fué encerrada en una torre por la reina su hermana, hija de Catalina, que pudo aprovechar la ocasion de satisfacer su odio contra la hija de Ana Bolena; pero el enlace propuesto no fué del gusto de la nueva soberana, y esta circunstancia hizo para siempre enemigos á los dos monarcas.

Nombrada gobernadora de los Países Bajos Margarita,

duquesa de Parma, hermana de Felipe, se embarcó éste en Flesinga el 20 de Agosto de 1559, llegó á Laredo nueve dias despues, y á Valladolid el 8 de Setiembre, siendo recibido en dicha ciudad por el príncipe D. Carlos y la regente Doña Juana. Pocos dias ántes se habia celebrado allí un auto de fe; y como el rey mostrase sentimiento de no haberle solemnizado con su presencia, se dispuso otro, que en efecto se celebró el 4 de Octubre, con cuya ocasion dijo el rey con insistencia, que «por la religion sacrificaría á su propio hijo.» Acúsase por muchos con este motivo á Felipe de fanático y sanguinario; y si bien es verdad que era firme y tenaz en su creencia, no sería extraño que la política entrase por mucho en estas manifestaciones. ¿Quién podría esperar gracia ni piedad en un rey, que aseguraba sacrificaría á su propio hijo por causas religiosas?

No dejemos de marcar, que los perseguidos y sentenciados por la Inquisicion solian ser eclesiásticos ó personas notables por su alcurnia. En los dos autos que dejamos mencionados, figuraron: el doctor y canónigo Cazalla y todos sus parientes, incluso los huesos de su difunta madre: en casa de ésta se tuvieron las reuniones de los sectarios luteranos que el doctor y sus hermanos iban reclutando; D. Cristóbal Ocampo, caballero de San Juan, limosnero del gran prior de Castilla y Leon; Doña Catalina Ortega, viuda del comendador Loaisa, é hija de un fiscal del Consejo Real de Castilla; D. Pedro Sarmiento, comendador mayor de Quintana en la órden de Santiago, hijo del primer marqués de la Poza, y su mujer Doña Ana Enriquez, hija del marqués de Alcañices; Doña María de Rojas y Juana Velazquez, hermana la primera y criada la segunda de la marquesa del mismo título.

Prácticamente, todo en este mundo está sujeto al poder de los números; y por más que la proposicion escandalice á los utopistas y visionarios, no hay resultado que no deba medirse y aquilatarse por medio de suma y resta. Si el

horrendo y verdaderamente repugnante espectáculo del auto de fe, libertó á nuestra España de escenas semejantes á las que ofreció París el tremendo dia de San Bartolomé, ciertamente la resta quedará á favor de la previsora política del rey Felipe.

El 4 de Enero de 1560 llegó Isabel á España, y en principios de Febrero se ratificó su casamiento en Guadalajara, donde la esperaba el rey, el príncipe D. Carlos y los demás príncipes. El duque de Alba se habia desposado con ella por poderes en Nuestra Señora de París. Hubo grandes y verdaderos regocijos, y la bella reina fué generalmente llamada Doña Isabel de la Paz, con cuyo dulce nombre se recordaba que su matrimonio habia puesto término á una guerra larga y sangrienta de que el pueblo estaba cansado. Pasaron en seguida los reyes á Toledo, donde se celebraban Córtes, en las que fué jurado sucesor y heredero el príncipe D. Carlos. Celebróse esta ceremonia con gran magnificencia en la catedral el 22 de Febrero de dicho año, reuniéndose así las fiestas de la jura del hijo y las del casamiento del padre; fiestas que vino á enturbiar la noticia de la fatal expedicion del duque de Medinaceli á Africa, y su derrota en la isla de los Gelves. Hubo de envalentonar esto á los turcos y africanos, que se atrevieron á sitiar nuestras plazas de Orán y Mazalquivir, asaltándolas repetidas veces con rabioso teson é infeliz resultado, hasta que la llegada de nuestras armadas los puso en fuga (1563).

En el mismo año comenzó este monarca la maravillosa obra del monasterio del Escorial, que vió terminada veintinueve años despues, y será siempre un timbre de gloria para el cristiano y para el artista.

La guerra de religion habia estallado en Francia, contando los disidentes con el apoyo de Inglaterra. El papa Pio V la declaró guerra religiosa, y el rey Católico envió tropas contra ellos, que sirvieron eficazmente en hacer levantar el cerco de París, y en la subsiguiente batalla de

Dreux, dada el 19 de Octubre de 1562. En el de 1565 acaeció la gloriosísima defensa de la isla de Malta, por sus señores los caballeros de San Juan, contra los turcos, á cuyo sitio puso fin una expedicion española enviada desde Sicilia.

Mientras tanto y paso á paso cundia el espíritu de rebellion en los Países Bajos: la disidencia religiosa, que en todas partes era tea de guerra civil, servia en aquellas regiones de lazo de union para los grandes y los pequeños contra la dominacion extranjera. La regente era débil, y el cardenal Granvela ambicioso, soberbio y poco flexible: contra este personaje se dirigieron primero los ataques y representaciones de los grandes, y Felipe II anduvo torpe en sostenerle contra el torrente de la opinion, y más torpe todavía en ceder, cuando habiéndole ya patrocinado tan abiertamente, sólo á debilidad pudo achacarse su separacion de aquellos países. Lo fué en efecto, y no menor, el concentrar y retirar las tropas españolas despues de haberlo resistido largo tiempo. Se quiso y no se pudo ó no se supo dividir entre sí los grandes de aquellos estados, y no hubo firmeza en el gobierno, tirando ó aflojando en cada ciudad, segun la resistencia que se encontraba.

Los señores que vinieron con uno de los varios mensajes de los grandes, hallaron medio de interesar en su favor al príncipe D. Carlos, como se dirá al llegar á este importantísimo episodio de la vida de nuestro rey. Tratóse en consejo de si el monarca debia presentarse en los Países Bajos, y si armado: así lo hubiera hecho sin duda su padre; pero en el consejo prevaleció la idea de que el rey no fuese, y se decidió que el duque de Alba marchara y sometiese por el rigor á los herejes y á los turbulentos. En esta ocasion se esforzó D. Carlos por pasar con esta expedicion á Flandes; y no habiéndolo conseguido, se descompuso grandemente con el duque cuando fué á despedirse de él.

La llegada del duque á Flandes con un grueso de infantería española y caballería italiana y alemana, inspiró grandes

temores á los naturales, á la sazón sosegados. Huyeron muchos de los importantes, y los demás quedaron recelosos. Aunque no se habia quitado el poder á la regente, y el duque sólo aparecia jefe de las armas, las medidas de rigor que iba dictando, y particularmente la prision que hizo del conde de Egmont, del conde de Horn, del burgomaestre de Amberes y otros personajes importantes, dieron á entender á la duquesa su verdadera posicion. Poco satisfecha del papel que se le hacia desempeñar, pidió al rey varias veces licencia de dejar la representacion del gobierno que ejercia; y habiéndola obtenido, salió de Bruselas el dia de año nuevo de 1568, con singular dolor de los flamencos.

Tocamos ahora en el punto que ha dado márgen á más divergencia de opiniones, y ocasion á explayarse la imaginacion de los escritores. Decir al protestante ó al extranjero, cuyo orgullo nacional ó intereses religiosos se vieron humillados ó entorpecidos, que renuncie á la acusacion de parricidio, que no sin alguna apariencia puede lanzar á la cabeza del *demonio del Mediodia*, es pedir más de lo que es dado á la generosidad comun de los mortales, y aún se necesita más que mediano esfuerzo para que no suceda lo mismo al que ve en Felipe II la encarnacion del despotismo y la tiranía. Quien representa entidades tan execrables, debe estar manchado con todos los crímenes de que ellas son capaces. Escritores hay que, sin estas causas y sin darse cuenta de las que verdaderamente les impulsan á ello, son enemigos de Felipe, y se enorgullecen de hacer frente al inmenso poder de aquel monarca como si existiese aún; y si alguno defiende, excusa ó meramente explica su conducta, se hallan inclinados á afrentarle con el feo nombre de adulador. ¡Hasta tal punto es grande para ellos el prestigio del poder, aún el ya pasado!

Esto sentado, diremos las principales versiones sobre la prision y muerte del príncipe D. Carlos, teniendo desde luego el valor de manifestar, que, aún cuando se lancen contra el

mayor tirano, no estamos dispuestos á patrocinar acusaciones que no traen casi más prueba que el dicho de los enemigos naturales del acusado; y esto, aunque las acusaciones fuesen ménos, mucho ménos graves que la muerte de un hijo por su padre.

Nació D. Cárlos, como saben nuestros lectores, en 8 de Junio de 1545 en Valladolid, muriendo su madre de sobreparto. Los grandes sucesos y continuados viajes de su padre hicieron que rara vez estuviese á su lado durante la infancia. ¡Deplorable condición de los príncipes! ¡Mal hayan todas las grandezas, mal haya la gloria, si ha de comprarse con la pérdida del amor de la familia, santa delicia de la tierra, único consuelo de las penas inherentes á la humana peregrinacion! Criaron, en ausencia del monarca, á este príncipe los de Bohemia, á cuyo cargo quedó tambien la gobernacion del reino. Su tia la princesa Doña Juana, era de un natural muy bondadoso; lo que, unido á ver en D. Cárlos el sucesor único de tan vastos dominios, hizo que corriesen sus primeros años rodeado de tales obsequios, consideraciones y condescendencias, que no sintió el dulce, pero poderoso freno de la primera edad, que amansa el carácter violento con que todos nacemos, y nos enseña á contrariar los caprichos infantiles, como ensayo de la lucha con que en la adolescencia hemos de vencer nuestras pasiones. A este mal precedente hay que unir otro: cualquiera que sea la importancia que queramos dar á la fuerza de la sangre, es lo cierto que un padre y un hijo separados largo tiempo y abstraídos despues, el uno por los cuidados de su política y el otro por sus placeres, no han tenido ocasion de dar mucho pábulo á su recíproco afecto.

Vuelto Felipe á sus estados de Castilla, fué muy luégo advertido del violento carácter de su hijo, que un mal entendido egoismo le hizo disimular, mientras recayeron las imprudencias del príncipe en sus criados y servidores. Reconocen esto hasta los escritores partidarios de D. Cárlos,

diciendo varios de ellos que iba siempre armado de pistoles; que su cámara parecía un arsenal, y que alguna vez llegó á poner su airada mano en el rostro de sus dependientes. No aparecen estas aserciones suficientemente probadas, y sólo un hecho público, que vamos á citar, nos inclina á creer posible una conducta tan contraria á la dignidad, no ya de un príncipe, sino de un caballero medianamente cortés.

Gustaba extremadamente D. Carlos del cómico Cisneros; y como el cardenal Espinosa le hubiese desterrado, viendo entrar á su eminencia en una cámara de palacio, se precipitó sobre él, y cogiéndole del roquete, le amenazó con su puñal, diciendo: «Curilla, vos os atreveis á mí, no dejando venir á servirme Cisneros; por vida de mi padre que os tengo de matar.» Consideren nuestros lectores el escándalo que una escena semejante produciría hoy, y no tendrán sino una sombra de lo que debió ser en aquellos tiempos, en que la autoridad y la religion infundian en la generalidad un sentimiento de respeto y veneracion que con dificultad pueden concebirse hoy. Así es que, no pudiendo explicarse tal suceso, recurrieron los más á pensar que el príncipe estaba loco, diciendo que su cerebro habia quedado débil, á consecuencia de la caída que tuvo en una escalera de Alcalá de Henares y le ocasionó una grave enfermedad. Sólo así podia pasarse tal desacato á lo que todos veneraban, sin condenar la respetada persona del príncipe. No carecía D. Carlos de alguna instruccion, bastando en este punto decir, que Luis Vives fué su maestro. En Febrero de 1560 se convocaron Cortes en Toledo y se juró á D. Carlos sucesor á la corona, teniendo quince años.

Los negocios de Flandes iban tomando cada vez más vuelo y maleándose por momentos, como dejamos dicho en su lugar; y cuando vinieron el marqués de Bergh y el hermano del conde de Horn, trajeron cartas del conde de Egmond para el príncipe. Venian estos señores enviados

por la gobernadora de los Países Bajos, para buscar algun remedio á los disturbios de aquellos estados. Hablaron ellos al príncipe en nombre de los rebeldes, ó más bien entónces descontentos, y le hicieron entender que por intolerancia del rey se perderian aquellos estados, y que él podria conservarlos poniéndose á su frente, para unirlos al resto de los dominios que debia heredar. Hay quien añade, que el emperador le ofrecia auxiliarle y darle por mujer á la infanta Doña Ana. Nada de esto es probado; aunque por tal puede tenerse que D. Carlos se mostró favorable á las pretensiones de los enviados, con quienes tuvo varias conferencias, que un escritor moderno y partidario del príncipe califica de *cándidas*, no sabemos en qué sentido.

Nada ignoraba el rey de cuanto pasaba, y así no es de extrañar que no accediese al deseo de su hijo, enviándole á someter á los rebeldes de Flandes; puesto que, áun sin temer la traicion, la sola tolerancia ó lenidad era un grande obstáculo en tiempos en que apenas se conocia más medio de gobierno que la fuerza y el rigor. No se engañó ciertamente el rey, si con esta idea nombró al duque de Alba para aquel empleo. Sintió mucho el príncipe este desaire, y más si con él se hacia imposible la realizacion de planes ulteriores; asegurándose que fué tal el odio que concibió por esta preferencia hácia el duque, que trató de hacerle asesinar. No lo creemos, siendo más verosímil que se contentara con desatarse en injurias siempre que hablaba de aquel general. Fuese ó nó con intencion de fugarse de la casa paterna, el hecho es que el príncipe sondeó la fidelidad de algunos grandes, y pidió dinero á varios de ellos; uno y otro por cartas que llegaron á manos de su padre ántes que la contestacion á las suyas. Garci Alvarez de Ossorio, guardajoyas del príncipe, pudo allegar alguna suma (150,000 escudos á lo que se dice), con cuyo auxilio creyó posible plantear su proyecto. A este fin, sin duda, dió orden al correo mayor para prepararle ocho caballos; contestó éste no podia

dárselos, á causa de la reciente marcha del rey al Escorial, y avisó de todo al monarca; no quedando ya duda alguna en el ánimo de su padre; vino del Escorial al dia siguiente, y en la noche inmediata (19 de Enero de 1568), reunido el consejo de Estado y Guerra, y auxiliado de su guardia, mandada por el duque de Feria, bajaron á los entresuelos del palacio, donde á mano derecha estaba el aposento del príncipe, sin saber los más del acompañamiento adónde se dirigian. Penetraron por fin en el cuarto de S. A., á quien hallaron con varios señores de su servicio. Sobresaltóse el príncipe con tan no esperada y ceremoniosa visita; y aunque esto es natural, no lo son tanto las palabras con que recibió á su padre, y en que concuerdan amigos y adversarios: «¿Qué es esto? ¿Quiéreme matar V. M.?» Qué idea tenía el príncipe de su padre, ó qué recelos de su propia conducta le arrancaron aquellas frases, no podemos saberlo; pero se presta en todos casos á muchas conjeturas. El rey respondió: «No os quiero matar, sino poner orden en vuestra conducta.» El propio rey tomó algunas llaves, lleváronse todos los papeles del príncipe, y encomendóse su guardia al duque de Feria y á los monteros de Espinosa que allí estaban, haciendo venir otros de la cámara de la reina, con lo que se da á entender que tal vez se temía que el príncipe tratase de evadirse. No es presumible que quien mereció el nombre de prudente á los amigos y de astuto á los adversarios, hiciese esto en un momento de arrebató; y que dió á tal suceso la importancia que realmente tenía, lo probó mandando que se diese cuenta de lo ocurrido á las cabezas de reino ó de provincia y á los grandes, y dándola él mismo á sus consejos, al papa, al emperador, á Francia y á Portugal. En la carta escrita al papa Pio V el dia siguiente al de la prision del príncipe, dice su padre que el mal natural de D. Cárlos habia hecho inútiles desde la niñez sus cuidados paternales. Injusticia grave; ¿qué cuidados eran los que el rey se habia tomado por la educacion de su hijo?

En una venganza particular ó de familia, en aquellos tiempos, un veneno hubiera evitado escándalos y complicaciones; y es simpleza creer que al rey, á quien se acusa de haber empleado poco despues este medio con su esposa, no se le ocurrió respecto á D. Carlos sino despues de llamar sobre él la atencion de España y de Europa. Extraordinarios son estos sucesos de todos modos; y no es justo negar que Felipe II se condujo con dureza, pasando meses enteros sin visitar á su hijo en la prision y sin sacarle de ella, viendo que su carácter podria conducirle á cualquier extremo deplorable, no siendo imposible á tan poderoso rey proveer á la seguridad de su hijo rebelde por otros medios; y sin embargo, no ha parecido bastante esta acusacion á sus enemigos, ni estos sucesos suficientemente novelescos. Convenimos de buen grado en que los relatos que ellos hacen son más maravillosos; pero por lo mismo, ménos creibles.

Ya hemos dicho, que en los preliminares de la paz con Francia, se pensó en casar á D. Carlos con Doña Isabel de Valois; y que habiendo enviudado su padre por entónces, su presunta esposa vino á ser su madrastra. Esta circunstancia, segun no pocos escritores, disgustó al príncipe sobremanera; y como Doña Isabel era muy linda, la amó; ella por su parte le hubiera preferido, por su juventud y carácter ménos tétrico que el del rey. Cada escritor da á su antojo más ó ménos importancia á las consecuencias de estas naturales disposiciones de ambos jóvenes; pero convienen en que se manifestaron lo bastante para que, apercibido de ello el monarca, diese rienda suelta al más cruel de los odios, el que tiene á los celos por progenitores. Por ellos, aunque se le quisieron dar apariencias políticas, se verificó la prision y muerte de D. Carlos, á quien su padre y rival se gozó en atormentar, privándole de los muebles y tapicerías de su cámara, y hasta del lecho, sustituido con un miserable colchon en el suelo, y á quien sólo dejó escasos y enlutados servidores. Dicen tambien, que en la noche de su prision el

príncipe se arrojó en el fuego de su chimenea, donde buscaba y hubiera hallado una terrible muerte, si no le hubieran arrancado de ella violentamente los circunstantes; que despues ensayó varios géneros de suicidio, ya queriendo tragarse un diamante, ya desabrigándose, ya bebiendo agua con increíble exceso; pero como con nada de esto consiguiese su objeto, su padre le hizo, segun unos, envenenar; segun otros, estrangular; no faltando quien diga que fué degollado, aduciendo como prueba que el cadáver de este desgraciado príncipe tiene la cabeza separada del tronco. Este hecho es exacto; y la razon de que esto sucede por ser chica la caja de plomo en que se encerró, sólo serviria para dar más fuerza á la opinion de los que creen que fué decapitado, si no fuera porque Madrid entero vió al príncipe en los dias siguientes á su fallecimiento. Complétase tan horripilante relato con el envenenamiento de Doña Isabel, cuya muerte vino á suceder setenta dias despues que la de su amante. Fuerte en demasía es menester que se suponga á esta princesa para asistir á los funerales de su sacrificado cómplice, sin que la corte y el pueblo todo leyese en su semblante los tormentos horribles que deberia experimentar á presencia del cadáver de aquel á quien amó hasta el adulterio y el incesto.

El P. Florez dice que D. Cárlos estuvo en su reclusion, *sin mudársele el rostro hasta que, entrado el verano, molestándole el calor, dió en andar sin ropa, dormir al sereno, beber mucha agua fria á todas horas y deshoras, comer mucha fruta, y hasta llegar á echar nieve en la cama. Con esto fué perdiendo el color natural, y llegó á no poder retener el alimento y consumirse, de suerte que falleció, etc.* Tampoco nos satisface este relato; pareciéndonos lo más cierto que el príncipe, por más que sufrió su prision con entereza y sin que se le conociese decaimiento de espíritu en toda su duracion, se hallaba en un estado de violenta irritacion, ó por ver frustrados sus planes, si realmente los tuvo; y si no, por verse privado de tal modo

de su libertad, él que acostumbraba muy de continuo á correr la villa como simple particular; y lo más importante tal vez, verse humillado el que en altivez no cedia ciertamente á su padre.

Semejante estado y el calor de Julio hubieron de producirle una disenteria, que parece se complicó con unas tercianas dobles, enfermedad que las circunstancias del Madrid de entónces hacian muy frecuente en él. El proto-médico doctor Olivares le asistió, y cuando llegó el caso de declarar que la dolencia del príncipe era mortal, se consultó si su padre deberia ir á darle su bendicion. Creyeron los teólogos consultados que la visita del rey podria distraerle del pensamiento que únicamente le ocupaba, de morir como cristiano; de suerte que, aunque por fin recibió la bendicion, esto se hizo sin que el moribundo viese á su padre. ¡Terrible padre el que espera tanto para llegar al lecho del dolor, ¿qué decimos? al lecho de muerte de su hijo!

Otorgó el príncipe testamento, con muchas mandas para los pobres y las iglesias, ante su secretario Martin Gastellú, y murió á la una de la madrugada del viernes 24 de Julio de 1568. Llevóse su cadáver procesionalmente á depositar en Santo Domingo el Real, acompañado de todos los príncipes, duques, marqueses y personajes de la corte, los príncipes de Bohemia y el arzobispo de Rosano, despues papa. Recibieronle en la iglesia y firmaron su depósito gran número de dignidades eclesiásticas, y la priora y superiora del convento, donde estuvo depositado tres dias. Estupendo número de cómplices ó de necios (en que se incluyen algunos súbditos, extranjeros, y los propios tios que con tan excesivo cariño habian criado al desdichado príncipe), que no vieron las señales de la decapitacion ó del garrote; porque, como ya hemos dicho más arriba, para recurrir al veneno, cinco meses ántes habria muerto el príncipe, sin que una larga prision hubiera llamado sobre él la atencion de Europa, y dado pábulo á sospechas, cálculos y comentarios.

De duro ó de fanático, de cruel ó despótico, de lo que quieran, tildarán sus enemigos á Felipe II; pero nadie le ha creído mentecato, y mentecato hubiera sido semejante modo de conducirse.

No concluiremos este punto sin llamar la atencion de nuestros lectores sobre una anomalía. Los escritores entusiastas de cierto partido político, hacen uno de los mayores héroes de un romano que sólo interpuso la tela de su manto entré su rostro y el suplicio de sus hijos, á quienes condenó como conspiradores contra la libertad de su patria. Estos mismos escritores suponen que Felipe sometió á su hijo al fallo de la Inquisicion, cuya sentencia capital llevó á cabo, y Felipe es el más horrible de los monstruos, por más que pudiese creer tan horrendo sacrificio necesario á la integridad del imperio que regía, á la conservacion de la religion que adoraba, y al bien de muchos millones de hombres, que sólo así podian escapar á los horrores de las guerras religiosas que asolaban por entónces lo mejor de Europa.

En 1573 fué trasladado al panteon del Escorial, por orden de su padre, el cadáver de D. Carlos, haciendo beneficios al convento de Santo Domingo el Real, por haber estado en él depositado el cadáver de su amado hijo.

En 3 de Octubre de 1568 murió Doña Isabel, que enfermó durante un embarazo, empezando por hincharse y concluyendo por una calentura maligna. Dijo al rey en su lecho de muerte lo mucho que sentia no dejarle un hijo varon, y le recomendó sus dos hijas Doña Clara Eugenia y Doña Catalina Eugenia, nacidas la primera en 1564, y en 1567 la segunda. Fueron magníficas las reales exequias.

La necesidad de sucesion varonil hizo que ántes de dos meses empezasen ya intrigas para el nuevo casamiento del rey, quien se decidió por su sobrina Doña Ana de Austria, no dejando de ser difícil obtener la dispensa del papa Pio V. En Enero de 1570 se ajustaron los contratos; á principios de Octubre desembarcó Doña Ana en Santander; en 12 de

Noviembre recibió en Búrgos la bendicion, y catorce dias despues vino á Madrid.

Ya desde el año de 1568 se hicieron notables los estragos causados por algunos bandidos moriscos llamados *monfis*, que empezaron años atrás á recorrer el reino de Granada; y el mal entendido celo religioso, que habia hecho ya por diversos medios apresurar la conversion de los moriscos al cristianismo, aprovechó la ocasion para dictar medidas de cruel rigor, quitando á aquellos desdichados su traje, idioma, costumbres (áun las más inocentes), al mismo tiempo que la religion de sus mayores. Sólo el hierro y el fuego fuerza á un pueblo á tan cruel sacrificio; así fué, que se encendió la guerra en que, por una y otra parte, se cometieron terribles destrozos. Don Fernando Valor, trocado su nombre en el de Aben-Humeya, en recuerdo de los Omeyas sus ascendientes, fué elegido rey de los moriscos, á quienes no nos atrevemos á llamar rebeldes, como los escritores coetáneos lo hacen, porque asegurados por capitulacion de que conservarian sus usos y ritos religiosos, al verse arrancar violentamente unos y otros, era natural que ensayasen á procurarse por las armas lo que la razon y el derecho no bastaban á conservarles. El cruel y enérgico marqués de los Velez, y el más político y mesurado marqués de Mondéjar, mandaron las tropas encargadas de someterlos, hasta que habiendo opinado algunos en el Consejo Real que el mismo rey deberia ponerse á su frente, éste, más dado al gabinete que al campamento, evitó su marcha nombrando para ello á su hermano. D. Juan de Austria.

Habia nacido este príncipe en Ratisbona el 24 de Febrero de 1545, hijo natural del emperador y de una gran señora (muchos dicen fué Bárbara de Blomberg). Confió el emperador la crianza y educacion de este niño á su mayordomo D. Luis de Quijada, señor de Villagarcía, quien llevó á cabo su cometido con gran cariño y sigilo, primero en Alemania y luego en Leganés, y en sus propios estados. Ultimamente

estuvo en Yuste al lado del mayordomo, con lo que el padre gozaba de su vista en su retiro. Quedó muy recomendado por su augusto padre al rey, quien le reconoció como hermano suyo en 1559, instalándole en su corte y familia.

Fué á Granada en efecto este príncipe, acompañado de Quijada, y allí se le recibió con grande ostentacion, y aun, excediéndose en el agasajo, se le dió tratamiento de Alteza, puesto que sólo de Excelencia le había recibido del rey.

Era D. Juan afable, modesto, amigo de complacer y deseoso de emplear su persona, y comenzó por contener los excesos de la soldadesca, de manera que se ganaba la voluntad de todos. No hacia, sin embargo, lo que queria, porque su grande autoridad más era aparente que real, sujeto en un todo al parecer de las personas que se le dieron por consejeros. Sosteníase una continuada guerrilla de sorpresas y correrías; y no pudiendo darse batallas decisivas, se pensó en otros medios, mandando el rey que los moriscos habitantes en Granada, se repartiesen en pueblos de Andalucía y Castilla; cruelísima orden que se llevó á cabo con todo rigor. Mondéjar fué llamado á la corte, y su propio orgullo alejó de Granada al marqués de los Velez, quedando así más expedita la accion del príncipe.

La crueldad con sus mismos parientes y una intriga de amores, hizo que Aben-Humeya fuese asesinado: Aben-Abóo, con nombre de Muley-Abdalla, le sucedió.

Ganó D. Juan sucesivamente varios puntos fuertes, entre ellos Galera, que le costó tres asaltos y mucha gente, y cuyos habitantes pasó á cuchillo; y Seron, de donde ántes se retiraron los nuestros con mucha pérdida y el sentimiento de la muerte de D. Luis Quijada, segundo padre de D. Juan. La otra parte del ejército, que á las inmediatas órdenes del duque de Sessa hacia frente á Aben-Abóo, estuvo ménos feliz.

Esperaban los moriscos, y los turcos les hacian esperar grandes refuerzos y socorros, que no recibieron, en efecto, sino muy tardíos y mermados, con cuyo desengaño se fue-

ron desanimando; los nuestros habian tenido ya ocasiones de rico botin, que deseaban gozar en paz, y el rey Felipe ansiaba poder disponer de su hermano para una grande empresa. Por estas causas deseaban todos concluir la guerra: así es que, despues de algunas negociaciones, los moriscos verificaron su sumision en el Fondon de Andarax el 13 de Febrero de 1570.

El rey morisco se arrepintió muy luégo de la sumision; la dió por no hecha; hizo matar á su ministro y principal negociante el Habaqui, y quiso continuar la guerra; pero le fué imposible por el cansancio general, viéndose errante y fugitivo hasta que fué asesinado por el Senix, jefe monfi, que compró de esta suerte su perdon y el de los suyos.

D. Juan volvió á la corte, donde fué recibido por su hermano, como por quien conoce y agradece grandes servicios; aunque se dice, que no dejaba de temer que, en lo sucesivo, el principe pudiese abusar de sus triunfos.

Ya hemos dicho, que en 1565 los turcos fueron rechazados de Malta por el heroismo de sus caballeros y los socorros de España: fortificóse la isla, á lo que ayudaron el papa, nuestro rey y algun otro principe; y muerto Soliman en Hungría, cesó de temerse que los turcos invadiesen de nuevo los estados cristianos; pero la ambicion y la audacia de Selim II no eran menores que la de Soliman, y la toma y destrozo de Nicosia lo hizo conocer bien pronto. Inmediatamente despues se preparó al sitio de Famagosta; pero no pudo llevarle á cabo por impedirselo, aunque sin combatir, las galeras de España y Venecia.

Trabajaba en tanto con el mayor celo por el bien de la cristiandad el papa Pio V, esforzándose á unir las fuerzas de todos contra los turcos; y aunque sólo consiguió unirse con los españoles y venecianos, esto bastó para reunir una formidable escuadra, á cuyo frente se colocó D. Juan de Austria como generalísimo de la liga. El 15 de Setiembre de 1571 salió la expedicion de Messina, y el esforzado prin-

cipe hizo que su consejo de guerra se decidiese por la ofensiva; por igual partido se decidió Ali, jefe de la escuadra enemiga, aunque contra el parecer de muchos de sus capitanes; así es, que brevemente se encontraron ambas escuadras. Dióse la batalla el 7 de Octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, alcanzando las armas cristianas, aunque con grandes y dolorosas pérdidas, la más brillante victoria; haciendo al enemigo 25,000 muertos ó prisioneros, quitándole ó quemándole 200 galeras, y libertando 20,000 esclavos cristianos. Recibió el rey esta noticia hallándose con los monjes en el coro del Escorial, y no manifestó sensacion alguna hasta que, concluidos los rezos, dijo al prior que se cantase un *Te-Deum* en accion de gracias por un triunfo de sus armas.

Desconfianzas entre los aliados; gana de saborear el triunfo por parte de los generales, y despues la mala fe de los venecianos y la necesidad de estar las naves españolas á la vista de Génova, cuyo protectorado ejercia Felipe II, y á la sazón se hallaba amenazada de una guerra civil que los franceses atizaban, fueron otros tantos motivos para esterilizar tan costosa y memorable victoria.

En los dos años siguientes conquistó D. Juan á Túnez, y faltando á las órdenes de su hermano, no la arrasó: dijose que porque esperaba hacerse rey de aquel territorio, cuya investidura le habia ofrecido el papa: grave falta que debió sentir sobremanera, cuando de nuevo cayó aquel país en manos del enemigo.

No obstante la gran desconfianza que despertó en el rey la conducta de D. Juan, le recibió, cuando en 1575 volvió á España, con señales de satisfaccion; y, lo que es más, muy luego le dió un mando importantísimo.

En 4 de Diciembre de 1571 nació el príncipe D. Fernando, que fué jurado sucesor y murió de dos años de edad; en 1573 otro príncipe, que recibió el nombre de Carlos, y tambien murió muy niño; y en 1575 otro, que se llamó

D. Diego Félix, que, como los anteriores, fué jurado sucesor y murió en la infancia.

Volviendo á Flandes, que dejamos á la llegada del duque de Alba á aquellos estados y consiguiente salida de la princesa, diremos que el duque justificó inmediatamente los temores y la animadversion de los naturales con rigorosas medidas; siendo la principal, despues de las prisiones referidas anteriormente, la creacion de un tribunal de doce personajes, cuya presidencia se reservó, y que comenzó á verter pródigamente la sangre de los que habian figurado en los pasados disturbios. Llamó á ser juzgados por él á los grandes ausentes, que claro está que no vinieron ni reconocieron la posibilidad de semejante juicio.

Encendióse de nuevo la guerra; entraron los emigrados por dos puntos á la vez, siendo derrotados en el uno, mientras en el otro conseguian un notable triunfo sobre nuestro general el duque de Aremberg, á quien dieron muerte. Salió el de Alba á reparar este desastre, cuyo efecto quiso neutralizar con el terror producido por el suplicio de los condes de Egmont y de Horn, á quienes trajo á degollar en una plaza de Bruselas. Cayó el duque sobre el enemigo, que sitiaba á Groninga, y aunque éste se hizo fuerte en una formidable posicion, le derrotó completamente, matándole casi la mitad de la fuerza. El otro ejército era más numeroso que el nuestro, pero escaso de dinero y víveres, y no consiguió jamás que el duque aceptase una batalla. Contentábase nuestro general con hostigarlos y molestarlos continuamente, y destruir cualquier cuerpo que se separaba del grueso del ejército, con cuyo sistema los puso en la necesidad de abandonar el teatro de la guerra. Quiso considerarse como duradera la subsiguiente paz, y tal vez lo hubiera sido, si inmediatamente despues de haberse publicado un perdon general en 1570, no se hubiesen impuesto fuertes tributos, y particularmente la décima. Mientras se trató de opiniones y derechos, no tomó activamente parte el elemento popular,

con que los disidentes contaron por completo tan luégo como fué cuestion de dinero. Reaparecieron los partidarios conocidos con nombre de mendigos, y se apoderaron de Brille; se insurreccionó la Holanda y la Zelanda; varias plazas cerraron sus puertas á los españoles, y los franceses disidentes enviaron refuerzos á sus correligionarios de los Países Bajos; pero no por esto decayó un punto el ánimo del duque de Alba ni aflojó en sus rigores.

Esperaba Orange que el rey de Francia aprovechase este conflicto para hostilizar al de España; pero desengañado con la noticia de la horrenda carnicería del día de San Bartolomé, se retiró á Delft. No dejemos esta ocasion de pintar la época, haciendo notar que el rey de Francia escribió al de España, dándose por autor de aquella matanza, y que éste le contestó felicitándole por ello. El conde de Nassau, hermano de Orange, entregó la plaza de Mons y marchó á Alemania, rindiéndose sucesivamente todas las plazas que estaban por el príncipe de Orange; en las que, y singularmente en la de Malinas, hizo el duque de Alba tremendos castigos. Su hijo D. Fadrique tomó y saqueó á Zutphen y Nardem, y luégo á Harlem, aunque despues de ocho meses de sitio. No fueron tan dichosas nuestras armas contra los mendigos de mar.

D. Luis de Requesens relevó en su gobierno al duque de Alba, que fué muy bien recibido del rey; y cierto que, si como gobernante no, como general todo lo merecia (1574). La moderacion de Requesens, haciendo contraste con la inflexible dureza de su antecesor, pareció abandono á los enemigos, y los envalentonó, dando á conocer los efectos del exceso contrario á el en que cayó el duque. Como militar no desmintió su antigua reputacion, aunque nuestras naves sufrieron una derrota en el Escalda y se perdió Middelburgo, última plaza que nos quedaba en Zelanda. Requesens, marchando sobre el conde de Nassau, que trataba de apoderarse de Maestricht, le forzó á una batalla, en que

perecieron Luis y Enrique de Nassau, Cristóbal Palatino y alrededor de 4,000 de los suyos, perdiendo tambien su artillería, bagajes, etc. Incalculables hubieran sido los resultados de esta victoria, si nuestros soldados no se hubieran amotinado por la falta de paga, falta que Requesens se apresuró á hacer cesar con el auxilio de algunos naturales acaudalados y vendiendo sus propias joyas. Sitióse despues á Leyden; pero habiendo roto varios diques el enemigo, se anegó todo el país, viéndose nuestras tropas obligadas á una retirada desastrosa. Despues se tomaron varias plazas de Holanda y Güeldres, no sin haber tenido que apaciguar primero otro motin de los soldados por falta de pagas. Siguióse á esto la gloriosísima expedicion á Zelanda, en que nuestros soldados marcharon desnudos y con el agua á la cintura, y así se batieron contra barcos armados de artillería y trincheras formidables. Todo lo venció su heroismo increíble, apoderándose por fin de Ziriczée, capital de la isla de Schowen.

Vuelto de tan ilustre expedicion, falleció Requesens en Bruselas (1576), á consecuencia de una enfermedad que sufría de tiempo atrás. Requesens no indicó, ó no se quiso reconocer la indicacion que hizo de sucesor, y quedó el gobierno en manos del consejo de Estado, cometiendo Felipe la imprudencia de no nombrar inmediatamente gobernador á D. Juan de Austria, como muchos se lo aconsejaban, y como lo hizo al fin cuando, sublevadas otra vez las tropas españolas por falta de pagas, encendieron nuevamente con sus excesos el odio de los naturales.

El consejo de Estado decidió por fin la expulsion de los españoles, y se unió á los enemigos del rey, formándose en Gante una confederacion contra los españoles todos, aunque aparecia únicamente contra los sublevados, que entre tanto se apoderaron valientemente de Maestricht. Los ciudadanos de Amberes trataron de atacar la guarnicion de la ciudadela; pero reforzada con los sublevados que acudieron á su

socorro, tomaron y saquearon horribilmente la ciudad el 4 de Noviembre de 1576.

A la muerte de Requesens, los negocios de los Países Bajos estaban mejor para España que cuando salió Alba; pero á la llegada de D. Juan (1576), estaban peor que nunca; así es que este príncipe hubo de reconocer, y esto con autorizacion del rey, la confederacion de Gante y la expulsion de las tropas españolas, que fué difícil de operar, y con lo que el gobernador, al entrar en Bruselas, quedaba enteramente á merced de sus gobernados (1578).

Las insinuaciones del príncipe de Orange, y más que todo la fuerza de las cosas, hizo creer poco sincera la conducta de D. Juan, mientras éste tuvo más que sospechas de que se le queria asesinar. En semejantes circunstancias y con plausibles pretextos se alejó de Bruselas, y astuciosamente se apoderó de Namur, con lo que, cesando los miramientos por ambos lados, principiaron de nuevo los preparativos de guerra, esperando D. Juan un ejército que le traia el príncipe de Parma, y poniéndose los Estados bajo el mando nominal del archiduque Matías, y en realidad del príncipe de Orange. A dar noticia de estos sucesos y procurar toda clase de recursos, vino á España Juan de Escobedo, de cuyo trágico fin y sus consecuencias hablaremos despues.

Llegado el príncipe de Parma, principió la campaña bajo no muy felices auspicios; pero despues la batalla de Gemblours, que puso en manos de D. Juan esta plaza, cerca de la cual hizo al enemigo 10,000 muertos y prisioneros, manifestó de nuevo lo que valia D. Juan, haciendo concebir grandes esperanzas respecto á lo que sería el príncipe de Parma. Siguióse la rendicion de diversas plazas; y retirado D. Juan á cuidar de su salud, el príncipe de Parma pacificó en breve la provincia de Limburgo, y la trató con clemencia, exceptuando á Dalem, que, tomada por asalto, hubo de sufrir las naturales consecuencias.

Todavía mandó D. Juan otra batalla, sin que en ella se

le pueda declarar vencedor ni vencido. Pedia con insistencia grandes recursos, que la union de los alemanes á los flamencos hacia necesarios; pero no hubo medios de enviárseles, y, con instancias de pacificacion por parte del enemigo, se le dió orden de proceder á algun convenio. Sospéchase que D. Juan no pensó nunca en obedecer esta orden.

Desgraciadamente se agravó su dolencia, y trasladado á un fuerte que hacia construir cerca de Namur, falleció el 28 de Setiembre de 1578, despues de encomendar el mando al príncipe de Parma, Alejandro Farnesio; disposicion que el rey confirmó, á pesar de mil razones que le dieron y mil intrigas que se fraguaron en contra.

En 14 de Abril del mismo año nació D. Felipe, que sucedió á su padre en el trono. En 4 de Agosto dió el rey don Sebastian de Portugal la desdichada batalla de Mazalquivir, en que murió peleando gloriosísimamente, y donde, de un ejército de 14,000 hombres, sólo se salvaron 45. Verificó esta expedicion contra los consejos de su tío el rey de España, que trató de disuadirle de ella en la entrevista que tuvieron en Guadalupe en 1577; contra la opinion general de su reino, y contra los consejos prudentes que en Cádiz le dió el duque de Medinasidonia.

Sucedió á D. Sebastian el cardenal D. Enrique, su tío, hombre de setenta y cuatro años, y por cuya muerte era heredero el rey de España, aunque en concurrencia con otros muchos pretendientes, y en oposicion á las constituciones de Lamego, por las que toda princesa de Portugal renuncia á sus derechos de herencia á este reino al aceptar la mano de un príncipe extranjero.

En Enero de 1580 murió el rey de Portugal, y los portugueses quisieron juzgar sobre las pretensiones de los diversos aspirantes al trono; pero quien tiene el poder de Felipe II no se somete á tales fallos. Su confesor y la universidad de Alcalá, consultados por él, opinaron que no debia esperar la sentencia de nadie. En su consecuencia se trasladó á

Guadalupe, y luégo á Badajoz, para preparar un ejército cuyo mando dió al duque de Alba, desterrado y desfavorecido desde poco despues de su vuelta de Flandes, y á la sazón preso en Uceda. De los muchos pretendientes, sólo Braganza y el prior de Crato tenían algun partido, por ser portugueses.

Principiaba á desenvolverse la anarquía, y los regentes cerraron las Córtes; el prior de Crato, sin esperar la decantada decision, allega gente armada y se hace proclamar rey en Santarem, y despues en Setubal y Lisboa; huyen los regentes á los Algarbes, y todavía desde allí quieren detener al rey de España con la pretendida decision, dándole á entender que le sería favorable. No quiso Felipe II esperar más, y mandó entrar su ejército en Portugal. Verificóse la entrada el 27 de Junio de 1580, despues de una gran revista. Componíase el ejército de 12,000 infantes y 1,500 caballos, que el marqués de Santa Cruz auxiliaria con galeras donde iban otros 4,000 hombres.

Cayó malo el rey en esta ocasion, y se mostró la reina muy cariñosa y tierna con él, que, aún convaleciente, tuvo el dolor de ver enfermar y morir tan buena esposa el 26 de Octubre de 1580.

La campaña de Portugal fué brevísima y gloriosa, y el duque se manifestó más político y ménos duro que en otras ocasiones. En 5 de Diciembre entró Felipe en su nuevo reino; en 16 de Abril de 1581 celebró Córtes en Thomar, donde fué proclamado rey, y en 29 de Junio hizo su entrada solemne en Lisboa, recibiendo el parabien del papa y demás soberanos, aunque los más de ellos no estaban exentos de envidia ó de recelos. Bien lo demostró el rey de Francia, en los cañones y gente que suministró al prior de Crato para la defensa de las islas Terceras, que costaron dos gloriosas campañas al marqués de Santa Cruz, pero que fueron conquistadas con horrible estrago de sus defensores (1583).

El principe de Parma, que, al tomar el mando de los

Países Bajos, sólo contaba con tres provincias sujetas á sus armas, y todas las demás en abierta rebelion, y cuyo ejército apenas contaba 25,000 hombres, se decidió sin embargo á tomar la ofensiva. Carten, Erelens y Estrala cayeron en manos de sus capitanes, y el enemigo se hizo dueño de la plaza de Deventer, reduciéndose la guerra al asedio y toma recíproca de plazas. Tomó luego á Vort; hizo retirar á Amberes el campo atrincherado que el enemigo tenía delante de esta ciudad, cuyos arrabales incendió; y despues, aunque á costa de un sitio de dos meses y varios asaltos, tomó á Maestricht el 29 de Junio de 1579, y la saqueó. Por el mismo tiempo se ajustó entre el rey y los Estados un nuevo convenio, en que fué medianero el emperador, y en virtud del cual salieron otra vez las tropas extranjeras, formándose simultáneamente la confederacion de Utrecht, en que varias provincias se declaraban tácitamente independientes.

Quiso Felipe que la princesa Margarita gobernase de nuevo los Países Bajos; pero tanto ella como su hijo el príncipe de Parma representaron tantos inconvenientes á esta medida, que fué revocada. Poco despues, y á instigacion de Orange, nombraron los Estados al duque de Anjou, hermano del rey de Francia, por su príncipe, habiendo Felipe perdido sus derechos, á causa de sus infracciones á los privilegios del país. El duque aceptó, y Felipe irritado ofreció 25,000 escudos de oro á quien matase al príncipe de Orange, que respondió al decreto de proscripcion en que se prometian, como es de suponer. En este escrito acusaba al rey de asesino de su hijo y envenenador de su mujer, aunque sin más prueba que su dicho.

Llegó el nuevo príncipe hasta Cambray; pero los Estados no tenían los recursos que él creyó y necesitaba, ni él traía los que los Estados necesitaban; renunció, pues, entónces á su entrada, que hizo despues con gran pompa con los medios que le suministró la reina de Inglaterra.

Seguian los encuentros parciales, y el príncipe tuvo maña

para que los mismos habitantes adictos al rey pidiesen la vuelta de las tropas extranjeras, á lo que el rey accedió con la facilidad que es de presumir. Los capitanes del príncipe de Parma lograron algunas ventajas, y el mismo príncipe tomó á Tournay por capitulación el 30 de Noviembre de 1581, recibiendo en el sitio de esta plaza una pedrada que le quitó el sentido. En Julio de 1582 tomó á Ondenarda, que se consideraba como una de las primeras fortalezas de los Países Bajos: durante el sitio de esta plaza se le sublevaron los alemanes; y fué tal el arrojo y valentía del príncipe, que entrándose solo por las filas de los insurrectos, cogió por su mano de entre ellas algunos de los más ardientes, á quienes hizo ahorcar al frente de sus compañeros, á los que mandó diezmar; si bien este castigo no se llevó á cabo, atendiendo á su pronta sumision. Habíase verificado todo esto ántes de la llegada de las tropas que se esperaban, y que llegaron precisamente al mismo tiempo que el enemigo recibia poderosos refuerzos de Francia.

Principió la campaña bajo buenos auspicios; y mientras Anjou tomaba algunos puntos de escasa importancia, Menin, Verbick, Poperinge, Lira, Catan-Cambresis, Clusa, Ninove, Gasbec y Stenowich eran presa del de Parma ó sus capitanes. Bajo los muros de Gante sufrió el príncipe de Parma un descalabro, despues de haber ido largo tiempo picando la retaguardia del enemigo, hasta que el amparo de la plaza le dió la superioridad, haciéndonos perder 800 hombres. En suma, sin embargo, las armas del rey llevaban lo mejor, á lo que vino á agregarse una circunstancia favorable. El duque de Anjou, que no tenía de soberano más que el nombre, quiso realmente serlo, haciendo sorprender por sus tropas varias plazas á devocion de los Estados, de estos mismos Estados de que era jefe titular: lo consiguió en algunas; pero en Amberes, donde en persona pensó llevar á cabo su intento, fué repelido y escarmentado: de suerte que los Países Bajos se encontraban con tres ejércitos y tres

distintas soberanías, obrando cada una en su particular provecho, y negociando en daño de las otras.

Decidido el príncipe de Parma á esperar más de sus armas que de la intriga, tomó á Eindoven, Dalem, Sichen y Vesterloo; derrotó y echó del país al mariscal Biron; y tomó en 1583 á Dunkerque, de donde huyó á Francia el duque de Anjou para no volver, puesto que poco despues murió, contribuyendo á ello el despecho y desesperacion en que le puso su mala suerte. Muchas é importantísimas plazas fueron sucesivamente tomadas por el de Parma; y, para colmo de ventura, terminada entónces la expedicion de las islas Terceiras, el rey le ofrecia el envío de las fuerzas que se habian empleado en ella.

El príncipe de Orange fué asesinado en Delft de un pistoletazo por el borgoñon Gerard, habiendo escapado ántes, como por milagro, á otro atentado de un vizcaíno, que le atravesó ambos carrillos de un balazo. Tal se presentaba entónces la causa de los Estados, que pidieron su proteccion al rey de Francia en concepto de agregarse á sus dominios, y el rey no se atrevió á aceptar tan seductora oferta.

Interrumpimos un momento la relacion de los sucesos de Flandes, para decir que en 1584 convocó el rey Córtes en Madrid, para jurar sucesor al príncipe D. Felipe: ya lo habia sido en Portugal en 1583, y lo fué en Navarra en 1592.

Viéndose en tan propicias circunstancias, decidió el príncipe de Parma el sitio de Amberes, empresa que á muchos pareció imposible y á todos colosal. En efecto, lo fué, siendo de ello buenas pruebas el puente ó cortadura establecida por los sitiadores sobre el Escalda, largo de 2.400 piés; la construccion por ellos mismos de un canal de cinco leguas, para traer los barcos sin ser molestados por la plaza; la invencion por los sitiados de las barcas de fuego ó brulotes, máquinas infernales de tal especie, que una sola nos produjo 500 muertos, entre ellos el marqués de Rubais, y multitud

de heridos; y el barco-castillo, obra colosal de los sitiadores, que pomposamente nombraron *Fin de la guerra*, aunque tuvo poco efecto. En el solo ataque de un dique perdieron los sitiados 300 hombres, sin que sus continuadas pérdidas, y la noticia de la toma por los nuestros de Terramunda y Gante, y de la rendicion de Nimega y Bruselas, les hiciese desmayar; hasta que el hambre y el desengaño de los auxilios que esperaban de Inglaterra, les hizo rendirse, con no muy duras condiciones, en el verano de 1585. Durante este sitio recibió el príncipe de Parma el toison de oro, que estrenó en su entrada triunfal.

No dejemos en olvido una particular circunstancia: el rey, que recibió la noticia de Lepanto como han visto nuestros lectores, y la de la pérdida de la *Invencible* como verán, hizo con motivo de la toma de Amberes una extraordinaria excepcion á sus costumbres y á su carácter. Recibió la noticia de noche, y levantándose de su lecho, tomó una luz y fué á la puerta de la cámara de la infanta; llamó dando algunos golpes, y dijo: «Hija mia, Amberes es ya nuestro.»

Cada vez más apretados los flamencos, ofrecieron su soberanía á la reina de Inglaterra, que aceptó el protectorado, enviando al conde de Leicester con tropas que desembarcaron en Holanda, y que no evitaron la toma de Grave y la de Venloo por el príncipe de Parma. Separado un tanto éste del teatro de la guerra, por auxiliar al arzobispo de Colonia, donde rindió á Nuiss y Rimberg, Leicester se apoderó por sorpresa de Axel y puso sitio á Zutphen, á cuyo socorro acudió el príncipe de Parma, forzando al inglés á desistir de su empresa, retirándose á la Haya.

El príncipe, que acababa de heredar el ducado de Parma, pidió al rey con insistencia permiso para pasar á sus estados; pero el rey se le negó siempre, tan complacido de su general como disgustados del suyo estaban los enemigos.

Retiróse Leicester á Inglaterra, y aún se abrió informacion sobre su conducta; pero el conde era muy bello y elegante

para que se convenciesese de su insuficiencia la reina Isabel. Volvió otra vez el conde á los Países Bajos con refuerzos y dinero, que no le sirvieron para evitar nuevos progresos del príncipe de Parma, y la toma por éste de la Exclusa; con lo que, creciendo de nuevo las quejas de los Estados, se volvió á Inglaterra, habiendo hecho siempre un triste papel ante el príncipe de Parma (1587): mejor figura era la del príncipe Mauricio de Nassau.

Manifestaba la reina de Inglaterra su odio á España, no sólo con sus auxilios á los Países Bajos y los prestados al prior de Crato, sino que Drake y otros marinos ingleses ejercian en Europa y América los más terribles actos de piratería en las posesiones del rey, que juzgó político disimularlos cuando se veia rodeado de tantos y tan importantes embarazos en Flandes, en Portugal y en Francia mismo, donde sus medios y socorros le hacian ser el jefe oculto de la famosa liga católica; mas coincidiendo la conclusion de la campaña á las islas Terceras, y los grandes progresos de nuestras armas en Flandes, con el horrible asesinato de Maria Stuardo, reina católica, cuyas faltas ó si se quiere crímenes no excusaban la negra perfidia y la escandalosa violacion de todo derecho consumada por Isabel, Felipe se decidió á hacerle la guerra, para lo que, durante dos años, preparó la más formidable escuadra á que su gran poderío alcanzaba entónces (1588).

No se descuidó Isabel en prepararse á recibir la tal armada, que se llamó pomposamente la *Invencible*; y lo hubiera sido tal vez, si D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, la hubiese mandado; pero desgraciadamente este gran marino murió cuando, acabando de prepararse la expedicion, se disponia al embarque. Se dijo que duras palabras dirigidas por el rey al marqués, con objeto de activar la expedicion, abreviaron su vida; y si esto es cierto, puede decirse que la impaciencia del monarca mató la expedicion. Tomó el mando de ella el duque de Medinasidonia, y desde muy

luégo se advirtió vacilacion, aturdimiento, falta de prevision; de modo que, aún sin las tempestades que desordenaron y consumieron la tercera parte de la escuadra, es de temer que su efecto no hubiera sido el deseado; habiéndose ya atrevido á molestarla las fuerzas inglesas ántes del gran desastre de los temporales. Felipe II, que, segun dijo, habia preparado su escuadra contra los hombres y no contra los elementos, no se admiró de que éstos hubieran triunfado de ella, ni manifestó dar grande importancia á la noticia.

Tal ánimo dió esto á los ingleses, que vinieron á sitiar la Coruña, de donde con valor fueron rechazados (cuyo acontecimiento no puede recordarse sin nombrar á María Fernandez Pita, que se cubrió de gloria en aquella defensa): pasaron despues á Portugal (1589), donde no fueron más felices, y se volvieron á Inglaterra reducidos á la mitad. Iba en esta expedicion el prior de Crato, esperando grandes movimientos de sus partidarios; esperanza enteramente fallida.

El príncipe de Parma debió embarcarse en la *Invencible* con un buen ejército; pero ni él tenia barcos con que acercarse á la escuadra, ni ésta contaba con buques de poco calado con que acercarse á la costa; y entre tanto su ejército permanecia en la inaccion, y los flamencos aprovecharon bien este respiro.

Volviendo á la continuacion de la guerra, mencionaremos el infructuoso ataque de Berg-op-zoom y la toma de Wachtendonck, donde se vieron por primera vez las bombas, causando un increíble espanto en los habitantes. En una corta ausencia del príncipe se sublevó el famoso tercio viejo contra el conde de Mansfeld, que ocupó su puesto, y á su vuelta hizo el príncipe que el tercio fuese desarmado (1590), á pesar de reputarse el mejor y más glorioso de todo el ejército; *porque, decia el príncipe, ningún servicio ni sacrificio es nada para borrar la mancha de la insubordinacion.*

Una órden del rey, varias veces repetida con motivo de

las representaciones que Farnesio hizo en contra, le obligaron á dejar los Países Bajos para entrar en Francia, donde los intereses católicos estaban muy comprometidos, hallándose la capital sitiada por Enrique de Navarra, ó más bien de Francia y de Navarra, como despues se tituló. Aunque por derecho de sucesion era el rey legítimo, siendo calvinista, ni la famosa liga católica ni la mayoría de sus súbditos podian reconocerle, y le era preciso conquistar el reino que heredó. Tenía en grande aprieto á París, cuyos habitantes habian llegado á los últimos extremos, y á libertar la gran ciudad entró Farnesio en Francia. En breve tiempo consiguió su objeto, merced á sus operaciones, mucho más que á la sangre de sus soldados, y se volvió inmediatamente á Flandes, donde conocia que su falta era dañosísima: añadiase á esto que desconfiaba de los ligueros franceses, tanto como ellos de él, aunque le hubiesen cedido el mando supremo de las fuerzas reunidas.

No bien vuelto á los Países Bajos, y sin haber podido aún detener los progresos que durante su ausencia habia hecho el príncipe Mauricio, hubo de volver de nuevo á Francia para libertar, como en efecto libertó, la ciudad de Ruan. Por consejo de los ligueros sitió despues á Candebec y la tomó; pero esta operación le forzó á encerrarse en el país de Caux, como en un saco, y hubiera sido causa de la pérdida total del ejército sin el atrevido paso del rio Sena, que verificó á la vista de buques enemigos y con el ejército de Enrique á retaguardia.

Volvió de nuevo á Flandes, donde, viendo el funesto resultado de sus ausencias, se acrecieron en gran manera sus padecimientos físicos; y, no obstante esto, recibiendo nuevamente la orden de pasar á Francia, lo verificó inmediatamente, estableciendo su cuartel general en Arras, de donde no pasó; pues habiéndose agravado repentinamente en sus dolencias, falleció el 2 de Diciembre de 1592, dejando un vacío que Felipe no encontró ya nunca medios de llenar.

La obstinacion del rey en posponer sus propios negocios á los del vecino, ha hecho creer á algunos que pudo pensar alguna vez que las turbulencias francesas podrian, con el auxilio de la liga, darle la soberanía de aquel país; pero no creemos fundado que quien tan bien conocia los hombres y las cosas de dicho reino, cayese en tal ilusion; siendo más conforme á la razon creer, que Felipe veia en los calvinistas de Francia los fautores de la heregía en las fronteras de sus estados, y que destruido aquel foco, todo lo demás era sencillez y pronto; y de aquí que á tan apremiante necesidad las pospusiese todas.

Durante todo el año anterior habia sido Aragon teatro de revueltas, que el poder de Felipe II ahogó en sangre, destruyéndose entónces las instituciones de aquel reino unido, pero no amalgamado, con el de Castilla. Para llegar á estos importantes sucesos nos es preciso retroceder muchos años, y hacer una sucinta relacion de la vida de Antonio Perez, causa ocasional si no motor de aquellas turbulencias.

Era Antonio Perez hijo natural de Gonzalo, secretario que fué de Carlos I y de su hijo, y de Juana de Escobar. Recibió una brillantísima instruccion en las universidades de Alcalá, Pádua y Salamanca, y en Venecia y Lovaina, acompañando á su padre en sus viajes. Unia á sus vastos conocimientos un genio pronto, grande elocuencia, exquisita urbanidad, buen rostro y gentil continente, siendo naturalmente espléndido, generoso, grave y reservado. Conoció en él Felipe estas cualidades, habiéndole llamado la atencion sobre ellas su favorito el principe Rui Gomez, y vió en el hombre en quien concurrían un excelente instrumento para su política; así es que le nombró secretario de cámara y estado del Consejo de Italia en 1569, y en 1570 su secretario de estado, por muerte de Francisco de Eraso. El rey le fió todos los negocios, no ya sólo los políticos, sino aún las intrigas de familia y hasta sus lances amorosos.

Siempre excitó algunos recelos en el ánimo suspicaz de

aquel monarca la brillante figura de su hermano D. Juan de Austria, procurando siempre tener noticia de cuanto hacian él ó sus servidores. Cuando la guerra de Granada habia Felipe dado á su hermano por secretario á Juan de Soto, creyendo de este modo tener noticia hasta de los pensamientos del príncipe; pero no fué así: ántes por el contrario, Juan de Soto aconsejaba á su señor, procurando hacer que se desarrollase en él la ambicion, creyendo ser tanto más, cuanto más fuese su amo. Despues de la victoria de Lepanto hubo de ser ménos el recato de Soto ó más la suspicacia del rey, quien, para separarle de D. Juan, le dió un alto puesto en la armada.

Pasó entónces á ser secretario de D. Juan, Juan de Escobedo, hombre de toda confianza para el rey, por haberse criado en casa de Gonzalo Perez, y por deber todos sus empleos al príncipe Rui Gomez; pero no fué más fiel confidente éste que su antecesor, cuyas mismas opiniones y esperanzas adoptó. Para ponerlas en planta encontró Escobedo medios de llegar hasta la reina de Inglaterra, cuya mano hacia esperar á su señor, persuadiéndole sería á ello conducente que se coronase rey de Argel ó Túnez. Nada de esto se ignoraba cuando Escobedo vino á Madrid en la ocasion y con el encargo que dejamos dicho en otro lugar. Dicese que Escobedo mereció los favores de la princesa de Éboli, y dicese que no los mereció; pero que su grande amistad con esta dama le hizo atreverse á afearle, que á un tiempo fuese la amante del rey y de su ministro. Los celos en el primer caso y el temor en el segundo, debieron hacer que Perez aprovechase con ánsia cualquiera ocasion de deshacerse del rival ó del peligroso censor.

Ni una ni otra cosa presenta los visos de certeza que la doble relacion de Doña Ana de Mendoza y la Cerda con el rey y su secretario. Era la princesa Doña Ana mujer de singular travesura y tal belleza, que no bastaba á aminorarla la falta de un ojo.

Sin duda más que á intrigas amorosas, á sus intrigas políticas debió Escobedo su trágico fin; porque en efecto, fiel á su dueño, habia faltado á la confianza que en él depositaron los que, como espía, le colocaron á su lado; y por otra parte, no quedaba más medio que el crimen, si no se queria comprometer al hermano del rey, ó si no habia atrevimiento para perseguir á un sujeto que debia contar con todo el amparo y proteccion del que por sus hazañas era ídolo de los soldados. Así lo pensó el rey, y á lo que parece, así se lo aconsejaron D. Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, y D. Pedro Fajardo, marqués de los Velez: de suerte, que se decidió hacerle dar muerte, de manera que el suceso se achacase al robo ó á una venganza personal; apresurándose el efecto de esta resolucion por las reiteradas instancias de D. Juan, para que su secretario volviese á su lado. Antonio Perez recibió y aceptó este encargo, como todos los que su amo le hacia, y lo llevó á cabo olvidándose de la amistad que, desde su más tierna infancia, le unia á Escobedo, que fué en efecto asesinado el lunes de Pascua de 1578, no léjos de la casa de la princesa de Éboli; *sin averiguarse, dice Quintana Dueñas, quiénes fueron los agresores, ó porque no se pudo ó porque no se quiso.* Eran éstos seis, y segun se asegura, fueron unos á Nápoles y otros á los Países Bajos, con puestos militares en pago de su servicio. Más certera que la justicia, la voz popular señaló muy luégo como instigadores de la muerte de Escobedo á Antonio Perez y la de Éboli; y tal fuerza fué cobrando esta opinion, que la viuda y los hijos del muerto encargaron á Mateo Vazquez entablase en los tribunales demanda criminal contra Perez. D. Antonio Pazos, presidente del Consejo, dió tales seguridades al demandante, como sacerdote y caballero, sobre la inculpabilidad de Perez, que los que no habian temido luchar con la importancia y posicion del ministro, creyeron deber renunciar á su justa queja.

Dícese que, con licencia del rey, Perez hizo confesion de

todo á Pazos; quien considerando que Perez obró con órden del monarca, pudo asegurar que no estaba culpado. No se consideraba el secretario desagraviado con la retirada de la demanda, y pretendia que Mateo Vazquez se retractase. Este ruidoso negocio habia llegado á interesar vivamente al público, no hablándose de otra cosa en la corte y en la villa; poniéndose pasquines en las esquinas, y enviándose al mismo rey escritos anónimos.

Así estaban las cosas, cuando el 28 de Julio de 1579 acaecieron las prisiones de Antonio Perez y de la princesa de Éboli, creyéndose generalmente fueron debidas á conocer el rey la traicion amorosa de su ministro confidente y de su amante.

Duró la prision de Perez más de once años, con alternativas de más ó ménos rigor; estando primero en casa de un alcalde de corte, luégo en su casa, en Turuégano, en Pinto y en otros diversos lugares: siendo todo ello tan misterioso, que raya en inconcebible; pues cualquiera que fuese el delito de Perez, ya el que se quiso hacer creer de traicion política, ya el que generalmente se supuso, parece que la cólera del monarca, que se dejó contener por la prudencia el año 79, no debió crecer con el trascurso de los años hasta arriesgar la tranquilidad de los reinos; y sin embargo, tal era la saña del rey, que habiendo obtenido Perez y otros magnates amigos suyos el perdon del demandante Pedro Escobedo, Vazquez escribió al monarca no ser bastante á su libertad por lo mucho que el asunto habia dado que decir, y suplicó al rey mandase á Perez declarar la verdad, y el monarca lo hizo así, dándose por entendido de la muerte, porque, á la verdad, no era la persecucion por haberla hecho, sino por haberla aconsejado.

Al principio despachaba Perez en su prision los más importantes negocios, que nadie alcanzaba á comprender cómo se fiaban á tan culpable servidor ó desleal amigo. Fué creciendo despues el rigor de la persecucion, hasta que proce-

diéndose contra el reo en cuanto al homicidio, «se llegó al tormento, que fué con más rigor que el de costumbre. » Confesó que la hizo; pero por mandado del rey: apretaron los jueces en que dijese las causas, y respondió eran tan secretas, que al mismo rey no convenia se declarasen: insistió el rey en que dijese las causas, y él se amparó para no decirlas en el secreto y fidelidad que le debia, escogiendo más el padecer que el quebrantarla. Y si esto fuera así, más digno era de remuneracion que de castigo, » dice el historiador de quien copiamos estas palabras; y añadiremos nosotros: extrañísimo que no creyese faltar al rey acusándole de asesinato, y no pudiese declarar las causas que á ello le determinaron; y cuidado que las causas de silencio respecto á D. Juan de Austria, habian cesado con el fallecimiento del príncipe, ocurrido en 1578, como ya dijimos.

Estaba casado Perez con Doña Juana Coello, de una ilustre familia y persona muy instruida, verdadero modelo de esposas, que hizo cuanto pudo en favor de aquél, ya interesando á los jueces, ya al confesor del rey Fr. Domingo de Chaves, ya siguiendo al monarca á Portugal, donde fué presa y malparió. Suponíase que conservaba importantísimos papeles de su marido, y no hubo género de intimidacion, súplica ni medio que, para arrancárselos, no se pusiese en juego, resistiendo á todos con heróica constancia.

Una de las veces que ésta señora hablaba con el confesor del rey, y le hacia entender que Rodrigo Vazquez, presidente de Hacienda, á quien entónces estaba encomendado el proceso de su marido, era muy enemigo suyo; respondióle el confesor, no se sabe si inocentemente ó con grandísima intencion: «Descuidad, que en estos dias no teneis tanto que temer.» Ahora bien: como aquellos dias eran la Semana Santa, pronto entendieron los interesados que se trataba de una sentencia de muerte, que en tan devotos dias no puede ejecutarse; con lo que apresuraron la evasion que diestra y largamente tenian prevenida.

Ayudó á la determinada esposa el genovés Juan Francisco Mayorini, grande amigo del preso, que se procuró moldes en cera de las guardas de las llaves de la prision (que era la casa frontera á la iglesia de San Salvador, propia de don Benito Cisneros), que custodiaban dos alguaciles. Para más sigilo fueron hechas en Sigüenza las dobles llaves. El miércoles Santo por la mañana salió Doña Juana, al parecer á sus devociones, despues de haber pasado, como de costumbre, la noche con su marido, y dijo á los guardas que dejasen dormir á Perez, que habia estado indispuerto y sin pegar los ojos en toda la noche. Creyéronlo los alguaciles, con lo que le dieron más tiempo á tomar delantera, puesto que aquella noche, martes Santo de 1590, se habia efectuado la fuga del preso; quien, acompañado del valiente alférez Gil de Mesa su pariente, y del estudiante Gil Gonzalez, habia tomado el camino de Aragon con la presteza de quien huye de la muerte.

No obstante su diligencia, en Calatayud le alcanzaron las órdenes de prenderle, y en tales términos, que no se temió violar el sagrado asilo del convento de dominicos donde se habia refugiado, violacion que hizo que el pueblo se amotinase y armase en su favor. Invocó el tribunal del justicia de Aragon, y pidió que se le trasfriesse á Zaragoza; y los soldados, ménos tal vez como reconocimiento de un derecho que como transaccion con el pueblo armado, convinieron en ello. Acompañáronle todo el camino grandes pelotones del pueblo, hasta dejarle en Zaragoza y en las prisiones de la Manifestacion, ordinaria residencia de los encausados que apelaban al justicia de Aragon, y donde visitaron á Perez los caballeros y gente principal de Zaragoza, orgullosos de ver sus fueros sobre el poder del rey.

Viéndose Perez seguro, publicó un librillo ó memorial del hecho de su causa, que hizo tal impresion, que el rey se separó de la causa en un curiosísimo escrito, de que no podemos ménos de copiar una pequeña parte.

«....Y si como son públicas las defensas que Antonio Perez ha dado, lo pudiese ser la réplica dellas, fuera bien cierto que no hubiera duda en la graueza de sus delitos, ni dificultad en su condenacion por ellos, y aunque mi deseo en este negocio fué encaminado como en los demás á dar la satisfaccion general que yo pretendo y procuro, y esto ha sido la causa de su larga prision, y de haberse lleuado estas cosas por la via ordinaria que se han seguido..... aseguro que los delitos de Antonio Perez son tan graues, quanto nunca vassallo los hizo contra su rey y señor, assí en las circunstancias dellas, como en la coyuntura, tiempo y forma de cometerlos.....»

Sin embargo de todo esto, no desistia el rey de sus intentos contra Perez; y así es que el tribunal de Enquesta, especie de tribunal para residenciar los actos de los servidores del rey, le citó inmediatamente despues, queriendo sustraerle á la jurisdiccion del justicia y atraerle á la suya; lo que indignó al justicia, hasta el punto de decretar contra los fiscales que tal pidieron, sentencia en que se les declaraba inhábiles para seguir en el ejercicio de sus empleos, y para ocupar otros, cualesquiera que ellos fuesen, en el reino de Aragon. Es de advertir, que ya anteriormente una comision ó tribunal, llamado de *Visita*, y con atribuciones semejantes á la Enquesta de Aragon, habia condenado á Perez en 1581, á una prision de dos ó más años, á voluntad del rey, destierro de otros diez, y restitution de 12.224,793 maravedises.

Crecia la rabia del rey con cada nuevo obstáculo, y decidió acudir al último recurso, poniendo en juego la Inquisicion, ante cuyo tribunal fué acusado, recibiendo el marqués de Almenara orden de trasferirle de la prision del justicia á la del Santo Oficio. Ejecutólo así el marqués, con asentimiento del justicia, en 24 de Mayo de 1591; pero fué tal y tan imponente la sublevacion popular, que no se atrevió á sostener lo hecho, debilidad que, como todas las de la auto-

ridad, fué funestísima, pues que tan luégo como consiguieron que Perez volviese á la cárcel de los Manifestados, pensaron que se debia castigar á la autoridad que, habiéndole sacado de ella, habia violado sus fueros: preparábanse á hacerlo; y el justicia, por libertar al marqués, dió orden de prenderle: quiso éste resistirse; y acudiendo el pueblo, recibió en la lucha tantos y tales golpes, que á los pocos dias falleció. Costóle, pues, la vida su debilidad, y al pueblo arroyos de sangre.

En todo lo que hace relacion á Perez, no vemos el tacto y habitual prudencia del rey; notándose en todo ello un ensañamiento y una pasion que, aunque poco afectos á las cosas novelescas, no podemos ménos de inclinarnos á que los celos, pasion de suyo loca, tuvieron mucha parte en estos sucesos. Así es que Madrid vió con escándalo conducir presa con todos sus hijos á Doña Juana Coello, acusada ésta de haber ayudado á la fuga de su esposo, y aquellos, sin duda, de ser desdichados. Para colmo de escándalo, se efectuaba el traslado á la cárcel de aquella mísera familia el jueves Santo, y para darle paso fué menester que se interrumpiese el curso de la solemne procesion que anualmente recorre las principales calles de Madrid en dia tan señalado; produciendo todo esto malísimo efecto en el público, que comparaba á Doña Juana, como salvadora de su esposo, con las más célebres heroínas bíblicas é históricas.

En 24 de Setiembre del propio año se trató de nuevo de llevar á Perez á la cárcel de los inquisidores, con orden del nuevo justicia (D. Juan de Lanuza, hijo de su antecesor, fallecido en aquellos dias); y el pueblo, sublevado de nuevo, le puso en libertad, no sin algunas muertes y heridas en la refriega. Llegadas las cosas á este término, era extremado el entusiasmo del pueblo, teniendo en poco todo el poder de Felipe II. No lo pensaron así algunos personajes importantes y el mismo Perez, que aprovecharon la mejor ocasion que se les presentó para pasarse á Francia.

Brevemente acreditó el tiempo quién tenía razon, con la llegada del general D. Alonso de Vargas, cuyo valor y pericia eran de antiguo conocidos en Flandes, y que reprimió todo movimiento, hasta tal punto, que los que no pudieron ver menoscabada la autoridad del justicia, vieron á D. Juan de Lanuza decapitado en la plaza pública el 20 de Diciembre de 1591. Fueron ajusticiados otros muchos, entre ellos don Juan de Luna y D. Diego de Heredia. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda murieron en prision, si bien despues no se les juzgó culpables.

El justicia habia convocado un ejército que no supo disciplinar, y que abandonó, así como otros jefes, á la aproximacion de Vargas. La tal tropa se desbandó, como era preciso, mientras Lanuza se volvía tranquilamente á Zaragoza; y tal era su obcecacion, que la noche que precedió á su muerte no se cansaba de preguntar en la capilla qué delito era el suyo. Preguntaba tambien, y á la verdad con más razon, quiénes eran sus jueces, puesto que sólo Córtes enteras podian serlo; pero no tuvo juez ninguno, ni más sentencia que una orden del rey para prenderle, queriendo S. M. saber al mismo tiempo el cumplimiento de esta orden y la muerte de Lanuza.

Todavía duraban los rigores con que se castigaba la insurreccion de Zaragoza, cuando algunos de los emigrados vinieron, auxiliados de los calvinistas bearneses, á probar fortuna: ésta les fué adversa, y la tal invasion no sirvió para otra cosa que para hacer más y mayores los castigos, que fueron muchos, y comprendieron desde el justicia, primera jerarquía del reino, hasta Juan Miguel el verdugo, que feneció tambien en un suplicio.

No acabaremos la reseña de estos sucesos sin decir que en 1592 se celebraron Córtes en Tarazona, cuyos trabajos, incluyendo en ellos los de una comision ó delegacion de parte de sus miembros, apoderados al efecto, con nombre de Concordia, duraron hasta Enero de 1594, y se contrajeron,

fuera de alguna cosa de escasa importancia, á evitar, destruyendo para ello los fueros del reino, la repetición de los pasados disturbios. «El justicia será amovible á voluntad del rey; los vireyes de Aragon podrán ser extranjeros; los criminales refugiados en Aragon serán entregados al rey, si éste lo pide, sean ó no naturales del reino, siendo criados suyos, ó ministros ó *secretario*.» Tales fueron algunas de las resoluciones de aquellas Córtes, por las que se podrá ver el espíritu de las demás.

Durante su reunion alimentaba Felipe esperanzas de hacerse dueño de Francia, ya siendo nombrado rey por los Estados generales (y ved aquí á Felipe II reconociendo la soberanía nacional), ya reconociendo aquella asamblea los pretendidos derechos de la infanta Doña Clara Eugenia, ó ya casando á ésta con el duque de Guisa, reconocido rey. Sin la muerte del duque de Parma; ó si éste, continuamente llamado á Flandes por la necesidad de aquella guerra, hubiera podido seguir la campaña despues de haber levantado el sitio de Paris, es de creer que Felipe no hubiera perdido del todo los cuantiosos sacrificios hechos con este objeto á favor de la liga; pero le faltó la fuerza en el momento crítico, y el entusiasmo, que en todas partes dura poco, es en Francia tal vez más vivo, pero de seguro más pasajero que en parte alguna. Así es que, apoyándose en la conversion al catolicismo que hizo Enrique en 22 de Julio de 1593, los más se pasaron á sus banderas, quedando sólo enfrente los más fanáticos.

No habia sido en tanto muy dichoso el conde de Mansfeld en Flandes, ya por no tener las dotes del príncipe de Parma, ni tal vez las de Mauricio su adversario, ya por la escasez de fuerzas y dinero en que se hallaba. El archiduque Ernesto, sobrino del rey, fué nombrado gobernador general de los Países Bajos; y en la necesidad de enviar fuerzas á Francia, no pudo oponerse á los rápidos progresos de Mauricio, que se apoderó de Groninga y otros puntos: para colmo

de desdichas, los italianos, faltos de pagas, se sublevaron y cometieron graves desórdenes. Las tropas de que se desprendió, y cuya ausencia fué tan fatal en los Países Bajos, no eran tan numerosas que su presencia en Francia, á las órdenes del duque de Mayena, pudiese hacerse sentir favorablemente.

Pocos meses duró el gobierno del archiduque, que murió dejando buen nombre, y tuvo tal vez la idea, más que cándida, de reconquistar con bondad y dulzura un país que llevaba tantos años de desastrosa guerra. Por su muerte recayó el mando en el conde de Fuentes, hombre en todo diferente, cuya dureza huyeron hasta algunos jefes de su ejército, que inmediatamente redujo á disciplina y supo aumentar de manera, que con una parte á las órdenes de Verdugo, contuvo á Mauricio; y con el resto, declarada por Enrique la guerra á España en 1595, entró en Picardía, tomó á Chatelet, y por traicion á Ham, aunque no su castillo; después á Doullens, que Bouillon socorrió en vano, siendo completamente derrotado; y por fin, tomó la importantísima plaza de Cambray.

Seguian los marinos ingleses hostilizando los buques españoles, procurando apoderarse de los ricos galeones que venian de nuestras posesiones ultramarinas, ó atacando y saqueando algunos puntos de estos mismos dominios. En este mismo año de 1595 hizo una expedicion Sir Raleigh, en que logró mucho botin en la isla de la Trinidad; y en el siguiente de 1596 dispuso otra Drake (cuyo nombre se hizo, entre nosotros, sinónimo de diablo), en que saqueó Nombre de Dios y Portobelo: durante ella falleció de una enfermedad epidémica que se desarrolló en su armada. En el año siguiente, 90 buques ingleses, franceses y holandeses, mandados por Lord Howard, y con 23,000 hombres de desembarco á las órdenes del conde de Essex, favorito de Isabel, tomó y saqueó á Cádiz, conquista inestimable que, á pesar de sus fuerzas, no se atrevieron á conservar. Con este motivo

formó el rey una grande escuadra para enviarla á Irlanda, á la sazón rebelada contra Isabel; y los ingleses, noticiosos de ello, aprestaban otra en Plymouth; pero ni esta ni aquella dieron resultados, destrozadas por los mismos temporales: los restos de la inglesa, sin embargo, bajo las órdenes de Essex, alcanzaron á hacer algunas presas en una de las islas Terceras y en nuestros galeones.

Después de mil intrigas del rey de Francia, á que el de España oponia las suyas, admitió el papa la abjuración de sus errores; con lo que, como hemos dicho, cansados de guerra, le reconocieron todos los jefes ligueros, incluso el mismo duque de Mayena.

Casi nada se habia hecho por ninguno de los cuerpos beligerantes en los Países Bajos durante la ausencia del conde de Fuentes, quien, de vuelta de la gloriosa campaña de que hemos hecho mención, se vió sustituido por el archiduque Alberto en el gobierno de aquellos Estados. Llegó el archiduque, cuyo carácter era tan bondadoso como el de su hermano Ernesto, en 1596, y recogiendo las mejores tropas marchó á Francia, donde, ya que no pudo conseguir que se levantase el sitio de La Fère, tomó á Calais y luego á Ardres, en cuya plaza entró el mismo día que Enrique en La Fère. Marchó Enrique á su capital, donde le llamaban cuidados políticos, y el archiduque á Flandes, donde nada notable habia sucedido mientras su ausencia; y después de un glorioso sitio, tomó la plaza de Ulst en el mismo año de 1596, y se volvió á Bruselas, donde sus rápidos triunfos fueron solemnizados con una magnífica entrada.

Mientras, sufrieron una derrota nuestras tropas, mandadas por el marqués de Barambon, que fué hecho prisionero, y reemplazado por el marqués de Chimay, que no pudo tampoco hacerse superior al mariscal Biron. En el año siguiente, Varas, hermano de Barambon, tuvo la misma suerte, siendo derrotado y muerto por las tropas de Mauricio; cuya catástrofe fué contrapesada con la toma de la importante plaza

de Amiens, debida á una estratagema. No duró mucho esta plaza en nuestro poder, recuperándola Enrique IV gloriosamente, habiendo tenido el archiduque el dolor de no acudir á su socorro, por falta de recursos, hasta que, cuando se presentó ante las líneas de los sitiadores, eran éstas tan formidables, que no se atrevió á forzarlas: de suerte, que esta nueva salida fué ineficaz respecto á Francia, y perjudicialísima para los Países Bajos, porque Mauricio supo aprovecharla, apoderándose de Rinberg, Meurs, Groll, Brevort y Linjen (1597).

Estaba Felipe II muy viejo y achacososo; y visto su modo de proceder en 1598, cualquiera podría creer que preveía que aquel año iba á ser el último de su vida: en efecto, en el mes de Abril se firmó en Francia la paz llamada de Verbins, por haberse negociado en aquel punto, bajo los auspicios del papa, y venciendo las intrigas y manejos de Inglaterra y los Países Bajos, tan interesados en entorpecer cualquier concierto que dejase desembarazado á su enemigo. En el mes siguiente firmó el rey la cesion de los Países Bajos en favor del archiduque Alberto, que, aunque nombrado arzobispo de Toledo, no habia recibido órdenes sacerdotales, y se casaria con la infanta Doña Clara Eugenia. Quedaba así el rey en paz, puesto que la guerra con los ingleses era más aparente que real.

Todas las antedichas determinaciones podian pasar por disposiciones testamentarias, puesto que se verificaron en Abril y Mayo del mismo año en que falleció. La horrible enfermedad, la manera con que la soportó, y la resignacion y fortaleza con que vió paso á paso llegar la muerte, bien merece que nos detengamos un poco; y no se extrañe que lo hagamos así, despues de haber consagrado sólo dos líneas á considerables victorias alcanzadas por sus generales; porque hay más grandeza en ser superior á los propios dolores, ya fisicos, ya morales, que en despreciar la vida de nuestros semejantes.

El día postrero del mes de Junio, y cuando hacia más de catorce años que sufría cruelmente de la gota, y con especialidad en la segunda mitad de este periodo, en que los médicos no juzgaron ya prudente sangrarle, le causaba crudísimos dolores, obligándole á ir constantemente apoyado en una muetilla; y cuando hacia más de dos años que le consumia una fiebre lenta, decidió marchar al Escorial, lo que sólo pudo verificar yendo en una especie de camilla y llevado por hombres, cuyo paso lento y acompasado evitaba en parte los dolores que el menor movimiento le hacia sentir. Seis días se emplearon en este último y penoso viaje.

La vista de su maravillosa obra, las nuevas reliquias con que acababa de enriquecerse, la compañía de la comunidad que miraba como su familia, parecieron haberle reanimado. Al día siguiente se hizo llevar al templo, donde durante largo tiempo oró con fervor, dando despues principio á una minuciosa visita del monasterio, examinando escrupulosamente hasta los más insignificantes detalles. Mientras en esto se ocupaba, encontraba una tregua á sus acerbos dolores; pero no por eso era ménos dañoso para él, fijarse y conmoverse tanto como por necesidad se fijaba y conmovia, en presencia de objetos que le eran tan gratos y tanto le habian preocupado durante años consecutivos; así es que al cuarto día de su inspeccion se hallaba agobiado por la fatiga, y la calentura se desarrolló tomando el carácter de terciana.

Aunque en el año de 1592, y casi uno tras de otro, habia perdido á Vallés, que mereció el renombre de *divino*, y al eminente doctor Victoria, no dejaba por eso de hallarse rodeado de hombres de gran mérito en la medicina, como eran los médicos de cámara García Oñate y Zamudio de Alfaro, auxiliados por su compañero el doctor Gomez de Sanabria y el hábil cirujano de cámara Juan de Vergara. Se consiguió por ellos cortar la terciana, aunque luchandó para la aplicacion de medicinas con la múltiple complicacion de dolen-

cias que á un tiempo afligian al paciente; pero no pudieron evitar que repitiese con tan largos accesos, que venia á hacerse continua.

Al terminar el primer septenario se presentó en la parte superior de la rodilla derecha una postema maligna, que fué preciso reventar, aún á riesgo de que el rey, por razon de su debilidad, no pudiese soportar la operacion. Tan luégo como el paciente se enteró de su estado, quiso prepararse á la muerte; y lo hizo con una confesion general, en que mostró grande arrepentimiento de sus culpas, y manifestó estar pronto á toda penitencia ó sacrificio que se le impusiese. El 6 de Agosto se hizo la dolorosísima operacion, sin que se escapase un gemido ni un suspiro de los labios del rey, que sólo parecia prestar atencion á la lectura del evangelio de San Mateo, que, por su órden, se estaba haciendo mientras operaba Juan de Vergara. Por la abertura practicada por el cirujano, y otras dos que se abrieron espontáneamente, salian arroyos de materia, cuyo contacto irritante convirtió en una prolongada llaga todo el cuerpo del rey, que además soportaba el ardor de la fiebre y la sed devorante de la hidropesía.

Cincuenta y tres dias se vió Felipe II sometido á estos tormentos, sin que ni un solo instante le abandonase la resignacion, y sin dar en todos ellos una señal de impaciencia ó de irritacion. El dia 1.º de Setiembre le dió la extrema-uncion el arzobispo de Toledo D. García de Loaisa, estando presente el principe heredero, á quien, terminada la administracion del sacramento, dijo su padre: «Os he hecho venir, para que veais en qué pára todo.» Hizo en seguida salir á todos los asistentes, y encerrado con su sucesor, le habló por espacio de dos horas, dándole consejos como rey y como padre; y desde entónces dejó de ocuparse del gobierno del reino, en que, á pesar del estado que hemos descrito, se ocupaba asiduamente, si bien aún despues habló todavía de algun asunto de estado, á vueltas de la incom-

preensible minuciosidad con que disponia todo lo concerniente á su ataud, entierro, etc., etc.

Por anterior mandato suyo fué necesario anunciarle que su vida sólo podria prolongarse algunas horas, noticia que no le hizo experimentar ni la más ligera alteracion, pero que aprovechó para entregarse enteramente desde aquel momento á prácticas religiosas. A las cuatro de la madrugada pidió un crucifijo, que tuvo en sus últimos instantes el emperador Carlos V, le tomó en una de sus manos, mientras en la otra tenia una vela, y conservó ambos objetos durante una hora; al cabo de la cual, y diciendo que moria como católico, falleció, sin que el tránsito de la vida á la muerte se hiciese perceptible en él más que por un ligero estremecimiento y una contraccion de sus labios, dos ó tres veces repetida (13 de Setiembre de 1598).

Sin pretender juzgar, lo que sería difícil sin parcialidad, la conducta de un monarca tan poderoso y que reinó en una época de tan grandes acontecimientos, puede asegurarse que sus aciertos y sus desaciertos fueron muy grandes, como no podian dejar de ser, al ménos en sus consecuencias, hallándose colocado en tan alto lugar y en tales circunstancias. Su cetro, sin embargo, debe ser bendecido por los españoles, puesto que les libertó de las horribles conmociones religiosas, y les ahorró los torrentes de sangre que manos fraticidas vertieron en Francia y Alemania; y esto, aún cuando no se olvide que miras de ambicion ó de mal entendida política le hicieron ser pródigo de sangre española en los Países Bajos y en Francia. No tratamos de defender todos sus actos ni las costumbres de su época, así como habrá visto el lector que no hemos procurado omitir nada de lo que pueda serle contrario, en la rapidísima ojeada que acabamos de echar sobre su reinado; pero si al hacerlo así hemos cumplido con un deber de justicia, los no ménos sagrados de patriotismo y de imparcialidad nos impelen á protestar de nuevo contra las apasionadas ó ignorantes cen-

suras de los autores extranjeros. Antes de condenar á uno de nuestros reyes, y ántes de acusar á nuestros abuelos de fanatismo, crueldad y barbarie, y como si por estas cualidades se hubiesen distinguido de sus contemporáneos, contemplen aquellos escritores quiénes eran sus reyes, y cuáles las mansas é ilustradas costumbres de sus antepasados en la misma época. Recuerden los franceses que Francisco II, débil, enfermizo y sin carácter, no tuvo de rey sino el nombre; y puesto que parece lo han olvidado, que durante el reinado de Cárlos IX estalló cuatro veces la guerra civil, sin que pudiese terminarla con medidas conciliadoras ni atajarla con resoluciones enérgicas, sin embargo de la horrible carnicería del día de San Bartolomé en París, y las que en los siguientes días se hicieron en las principales ciudades de Francia. Los campos de aquel desgraciado país estaban cubiertos de cadáveres, y por largo tiempo ni se pudo beber el agua ni comer los peces de los rios, inficionados por el increíble número de muertos que á ellos fueron precipitados. En tanto nosotros recordaremos tambien que, al tener noticia de aquellos sucesos, uno de los fanáticos y bárbaros españoles de entónces, el duque del Infantado, exclamó: «¡Es posible que siendo cristianos y franceses, se asesine á esas gentes como á bestias fieras!»

Acabamos de ver cómo murió Felipe; espectros horribles y gritos de agonía persiguieron sin cesar la vista y el oído de Cárlos, hasta que á impulso de sus crueles remordimientos rindió la vida.

Pudo Enrique III tener buenas intenciones; pero por falta de firmeza y de perseverancia fueron inútiles; y dejadas las riendas del gobierno en manos de su madre, se rodeó de infames y despreciables favoritos, y entre ellos vivió hasta que el puñal asesino, que él hizo caer sobre el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, puso fin á su carrera cuando se disponia á sitiar su propia capital.

En Inglaterra fué rey Enrique VIII; y aunque de seme-

jante monstruo basta el nombre, nos permitiremos, sin embargo, traer á la memoria que al principio de su reinado mereció alcanzar el título de defensor de la fe, y que despues por inconstancia ó por lujuria se sustrajo á la obediencia del papa, se declaró jefe de la iglesia de su reino, destruyó bárbaramente á cuantos se opusieron á semejante apostasia, y derribó los conventos y casas de religion. La cabeza de Tomás Moro, la del cardenal Fischer y las de otros muchos ilustres personajes rodaron por el cadalso, que enrojeció la sangre de Ana Bolena y Catalina Howard, que habian, entre otras varias mujeres, ocupado el lecho infame de aquel monarca. Dícese que, en esos últimos momentos de la vida en que el hombre parece como que se encuentra en cierto modo en presencia de la verdad eterna, Enrique exclamó, dirigiéndose á las personas que le rodeaban: «Amigos míos, todo lo hemos perdido; el Estado, la fama, la conciencia y el cielo;» y aunque los protestantes niegan la exactitud del hecho histórico, no puede negarse que todo eso, y por motivos muy mezquinos y vergonzosos, fué perdido ó muy comprometido por el personaje á quien aquel dicho se atribuye.

Nada diremos de su hijo y sucesor Eduardo, que aún no había cumplido diez y seis años cuando murió, ni de María, de quien ya hemos hecho mencion como esposa de Felipe II; pero no podemos omitir un ligero recuerdo de lo que realmente fué la decantada Isabel de Inglaterra. Hízose coronar por un obispo católico, para tomar poco despues el título de *soberana de la iglesia de Inglaterra para lo espiritual y temporal*. Dícese que fué una excelente politica, y no negaremos esta cualidad; aunque pudiéramos decir, con el célebre Hume, que las crueles ejecuciones de que con frecuencia se sirvió, no eran el mejor método de reconciliar con el gobierno y la religion nacional á sus adversarios. Quieren muchos que las persecuciones ejercidas por Isabel fuesen imperiosa necesidad de su politica, y la religion meramente pretexto, y encuentran una disculpa en esta circunstancia; y al hacer

comparacion de esta soberana con Felipe II, la hacen aparecer desventajosa á este último, que dicen perseguia las opiniones religiosas por sí mismas: extraño raciocinio, en que resulta con ventaja la falacia sobre la buena fe. La verdad es, que por razones que se dejan fácilmente comprender, lo que no puede perdonarse á nuestro Felipe, es la sinceridad, el fanatismo, si se quiere, de sus creencias, y el teson con que rechazando la novedad de que tantos se pagaron, se dedicó á defender á la vez la integridad de la fe y del territorio que juntos habia heredado de sus mayores.

Isabel concedió un asilo en Inglaterra á Maria Estuardo; y su hospitalidad fué tal, que la infeliz reina de Escocia, despues de diez y ocho años de cautiverio, fué degollada de órden suya, más por celos mujeriles de belleza, que por otra causa. Isabel vertió lágrimas, y quiso castigar á los fieles cumplidores de sus órdenes en esta ocasion; pero semejante hipocresia no pudo tener otro resultado que el de hacer su crueldad más repugnante, sin lograr engañar á nadie. Tambien murió en un cadalso el conde de Essex, aquel que, en otros tiempos, entraba con bata de casa en las cámaras reales, y llevaba pendiente de su gorra un guante de su soberana como adorno ó como trofeo.

Llámenenos en buen hora fanáticos los ingleses; nadie como ellos tienen derecho á extrañar nuestra tenacidad: católicos primero, fueron despues herejes con Enrique VIII; de nuevo católicos con Maria, y otra vez herejes con Isabel; y esto en el corto espacio de cuarenta años, y siempre convencidos por la hoguera, el hacha ó las alabardas de los guardias de la torre de Lóndres. Todo este período —dice Voltaire— es digno de ser escrito por el verdugo, que recogió las últimas palabras de tantos hombres de Estado como le fueron abandonados.

El rigor con que el duque de Alba hacia la guerra en los Países Bajos, no era mayor ciertamente que el que Estéban Bathori, rey de Polonia, desplegó contra los habitantes de

Dantzie y los de Soko. Cristian II de Dinamarca convidó á un banquete á 94 de los principales señores de la Suecia, á quienes en lugar del prometido festín, suplició cruelmente; á uno de ellos se le abrió el vientre para sacarle el corazon; hizo arrojar al mar dentro de un saco dos inocentes princesas; y llegó su ferocidad hasta hacer desenterrar á alguno de sus enemigos, para tener el incomprensible deleite de morder su cadáver. A Cristian se le dió el nombre de tirano; á Felipe se le llamó demonio.

Los personajes italianos de entónces no gozaban de suficiente libertad para que se les juzgue como políticos, siendo siempre juguete del interés de sus poderosos vecinos; pero como particulares, D. García de Médicis asesina á su hermano mayor el cardenal D. Juan, y Cosme I castiga á su hijo fratricida dándole de puñaladas en los brazos mismos de su desdichada madre.

Prolongáramos desmesurada é inútilmente este escrito, si quisiéramos seguir la repugnante revista en que nos hemos detenido, ya tal vez más de lo necesario, para que imparcialmente se compare á Felipe II con sus contemporáneos, y para que se vea el cuadro que presentaba entónces España, y si en su conjunto era inferior ó superior al de las demás naciones europeas; si bien para poder hacer con fruto semejante comparacion, sea menester estudiar qué amalgama de elementos diversos componian entónces la monarquía española, y no olvidar que la prosperidad de un país, segun la política de aquel tiempo, y aún la de hoy para muchos, consistia en componerse de muchas leguas de territorio y de gran número de millones de hombres. Hallábase por consiguiente el rey de España en la necesidad de atender á la conservacion de muy dilatados dominios, que no todos estaban contiguos y que se encontraban rodeados de ambiciosos vecinos, y algunos de ellos con grandes deseos de independencia. En tales circunstancias, y considerándose la particular constitucion y coste de los ejércitos de entónces, no debe ex-

trañarse que no bastase á triunfar de todo y de todos, ni la gran política de Felipe, ni la pericia militar de D. Juan de Austria, el príncipe de Parma y el duque de Alba, ni el increíble heroísmo de los tercios de Italia y Flandes. No cabe, pues, en nuestro concepto mayor injusticia que comparar el resultado final de los reinados de Isabel de Inglaterra y Felipe de España, siendo tan distintas la posición y las necesidades de uno y otro reino, y olvidando ó descartando de entre las consecuencias del de aquella soberana las ulteriores revoluciones y catástrofes, fruto indudable del restablecimiento hecho por ella de la seeta de que su padre se sirvió como de un escudo que defendiese ú ocultase al ménos sus desórdenes, y no teniendo en cuenta que el mayor triunfo de la política inglesa de entónces contra nosotros, consistió en tener por aliados á los elementos cuando la famosa armada del año 1588.

Al oír á muchas personas, España y Felipe hubieron de ser los inventores de las hogueras, y sólo á ellos se les ocurrió conducir al fuego á los que disentan de sus opiniones religiosas: algunos amplían la acusación á los católicos todos; y simulan haber olvidado que Calvino estaba en este punto enteramente de acuerdo con el feroz Felipe, puesto que escribió «que el magistrado puede dar sentencia de muerte contra los herejes,» y que en virtud de esto murió entre las llamas el sabio médico español Miguel Serveto en Ginebra, como hubiera muerto en Francia poco ántes á no haberse escapado de las cárceles de Viena en el Delfinado, donde se quemó su efígie y sus libros, ó ¿por qué lo hemos de negar? en la plaza Mayor de Madrid ó de Valladolid.

Nada es más comun que la idea de que los déspotas, y como tal Felipe II, era enemigo del saber, del estudio y de la instrucción. Los franceses é ingleses, particularmente, afectan creer que las hogueras inquisitoriales tenían por objeto apagar ante sus fulgores el resplandor de toda otra luz; pero para saber qué sentimientos eran los de aquel mo-

marca sobre la ilustracion, bastará leer, en las instrucciones que dirigia al Dr. Arias Montano para llevar á cabo la impresion de la *Biblia Régia*, el párrafo en que, refiriéndose á la biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, dice: «Esta es una de las principales riquezas que yo queria dejar á los religiosos que en él hubieren de residir, como lo más útil y necesario.» Por otra parte, el siglo xvi ha sido para España como para Italia, el siglo de oro de la literatura, mientras la mayor parte de las naciones gemian aún en la rudeza y en una cuasi barbarie (Véase el abate Andrés, *Historia literaria*); y si el sistema de Felipe no fué beneficioso á ese desarrollo intelectual, forzoso será convenir en que no le imposibilitó ni entorpeció, apreciando y premiando á los hombres que él conocia como más distinguidos. Es notable, entre otros, Martin de Azpilcueta, el famoso *doctor navarro*, á quien dió grandes pruebas de deferencia y encargos de confianza, y á quien quiso colocar en el consejo supremo de la Inquisicion, no obstante haber defendido públicamente en la universidad de Coimbra esta conclusion: *Regnum non est regis, sed communitatis; et ipsa regia potestas jure naturali est ipsius communitatis, et non regis; ob idque non potest communitas ab se penitus abdicare.* «No es del rey el reino, sino de la comunidad; y la misma potestad real, por derecho natural, es de la comunidad y no del rey, y por lo mismo la comunidad no la puede del todo abdicar.»

Creemos haber dado una idea verdadera de lo que fué este monarca, hasta donde permite al ménos el breve espacio que á ello dedicamos, y haber suficientemente demostrado la grande injusticia de los que singularizan en él los errores ó las faltas que, por ser consecuencia de la época en que vivió, vemos reproducidos en la mayor parte, si no que en todos los hombres que en aquel tiempo vivieron, y sin que contradiga esta regla general el hallarse colocados en diversas condiciones y dirigidos por opuestos intereses. No puede negarse que en este tiempo, y sobre todo hácia el fin

de este reinado, empezó á marcarse la decadencia del poderio é importancia de nuestra patria; pero este infeliz resultado, producto de un cúmulo de circunstancias superiores á la humana voluntad, no es imputable á Felipe II. Considerando la historia de todos los pueblos, parece que su fortuna y prosperidad están sujetas, como la inmensidad de los mares, á un continuado flujo y reflujo; y siguiendo esta regla, ¿qué podia esperar la gloriosa España de los reyes Católicos y de Carlos V? Vimos despues descender progresivamente nuestra importancia en Europa, sin que bastasen á evitarlo los arroyos de sangre heroica que derramaron nuestros padres, ni los imperecederos laureles de Bailén, Gerona y Zaragoza; despues empezó á brillar de nuevo la luz de la esperanza, que por grados vemos crecer, y saludamos entusiasmados y poseidos del santo amor de la patria.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE FELIPE II.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Páginas.
CAPITULO PRIMERO.	
Cuatro palabras sobre el tribunal de la Inquisicion, el rey, la época, y los acontecimientos. — Causa del auto de fe. — Preliminares relativos al auto.	3
CAPITULO II.	
Construccion del teatro. — Formacion de la soldadesca. — Presentacion al monarca del primer haz de leña. — Procesion de las cruces verde y blanca. — La Inquisicion y el rey.	49
CAPITULO III.	
Los reos. — La carrera. — El auto. — El brasero. — Las víctimas.	33
CAPITULO IV.	
Los sentenciados á muerte. — Descripcion del brasero. — El suplicio de fuego. — Cuadro terrible. — Los condenados á azotes y á la vergüenza pública.	47
CAPITULO V.	
El nuevo príncipe de Italia, el jóven duque del Imperio, el conde de Santomera y sus tres restantes compañeros. — Peligro inminente. — Flaviano, Valdés, el Hipócrates español y Felipe II.	53
CAPITULO VI.	
Los familiares. — Electos que produce la bula real. — Socorro oportuno. — Visita régia.	83
CAPITULO VII.	
Prision y destierro. — Resignacion de un fanático. — La calle de Atocha. — Nuevo llanto. — Rech en campaña.	117

CAPITULO VIII.

Decaimiento. — La carrera. — Llegada á Alicante. — Regreso. 157

CAPITULO IX.

Un bufon digno del austero Felipe. — Explicaciones de Flaviano. —
El palacio de Valdés. — La morada de los *invencibles*. 157

CAPITULO X.

Despedida. — Marcha. — A Cádiz. — Embarque. 169

CAPITULO XI.

Despedida de la madre patria. — Canarias. — Cielo y agua. — Abordaje. 191

CAPITULO XII.

Las Antillas. — Portobelo. — Chagre. — Istmo de Panamá. 219

CAPITULO XIII.

El Callao. — Perú. — Lima. — El convento. — Los treinta y cinco. —
La revolución. 231

CAPITULO XIV.

Consecuencias de la llegada de los invencibles. — El nuevo gober-
nador de Lima. — El ex-virey y las autoridades de la capital. 255

CAPITULO XV.

Revista. — Alocucion. — Estado de Lima. — La revolucion en pro-
vincias. 267

CAPITULO XVI.

Tranquilidad de Lima. — Efectos del paternal gobierno del príncipe
de Italia. — Las tres divisiones. — Los dos Navarros. — Indios pasados
á cuchillo. — Odon y Abancay. 285

CAPITULO XVII.

Los Andes. — Valles y rios. — Observaciones. — Actitud de los in-
dios. — Leones y reptiles. 297

CAPITULO XVIII.

Reconocimiento. — La reina Tolopalca. — Batalla y dispersion. —
El templo del diablo. — La segunda edicion de Flaviano. 313

CAPITULO XIX.

La luna de amor. — Un buen hermano. — Banquete salvaje. — Una reina como hay pocas. — Completa conquista. 555

CAPITULO XX.

Preparativos de marcha. — Despedida. — El Este del Perú. — Término de la revolucion. — Cuzco. — El gran desierto. — Las catacumbas. — Los vivos y los muertos. 561

CAPITULO XXI.

A Lima. — Recibimiento. — Despedida. — A Venecia. 595

CAPITULO XXII.

Venecia, su república y habitantes. — Un carnaval sobre el agua. — El Dux y Julio de Silva. 405

CAPITULO XXIII.

Un marino veneciano. — Enganche. — Los dos nuevos servidores de la república. — De generalísimo á gondolero. — Las prisiones. — Corina de Loredano y sus verdugos. 427

CAPITULO XXIV.

Para cincuenta miserables sobran dos españoles. — Críticos instantes. — El amor en su infancia. — Un padre dichoso. — El tercer dia de Carnaval. 449

CAPITULO XXV.

Un cañonazo á tiempo. — Las dos armadas. — Diez jueces y seis españoles. — Combate. — Fin del tercer dia de Carnaval. 477

CAPITULO XXVI.

Noble accion. — El anciano Prisco Faviano — Andrés Zalla, su hermano Fermin y el marino Roch. — Tres venecianas para tres españoles. 501

CAPITULO XXVII.

Nuevas de Madrid. — Caridad evangélica. — Las bodas. — Banquete y sarao. 525

CAPITULO XXVIII.

Despedida. — Embarque. — Las seis coronas maltesas. — Nuevos peligros. — Alicante y Madrid.	541
---	-----

CAPITULO XXIX.

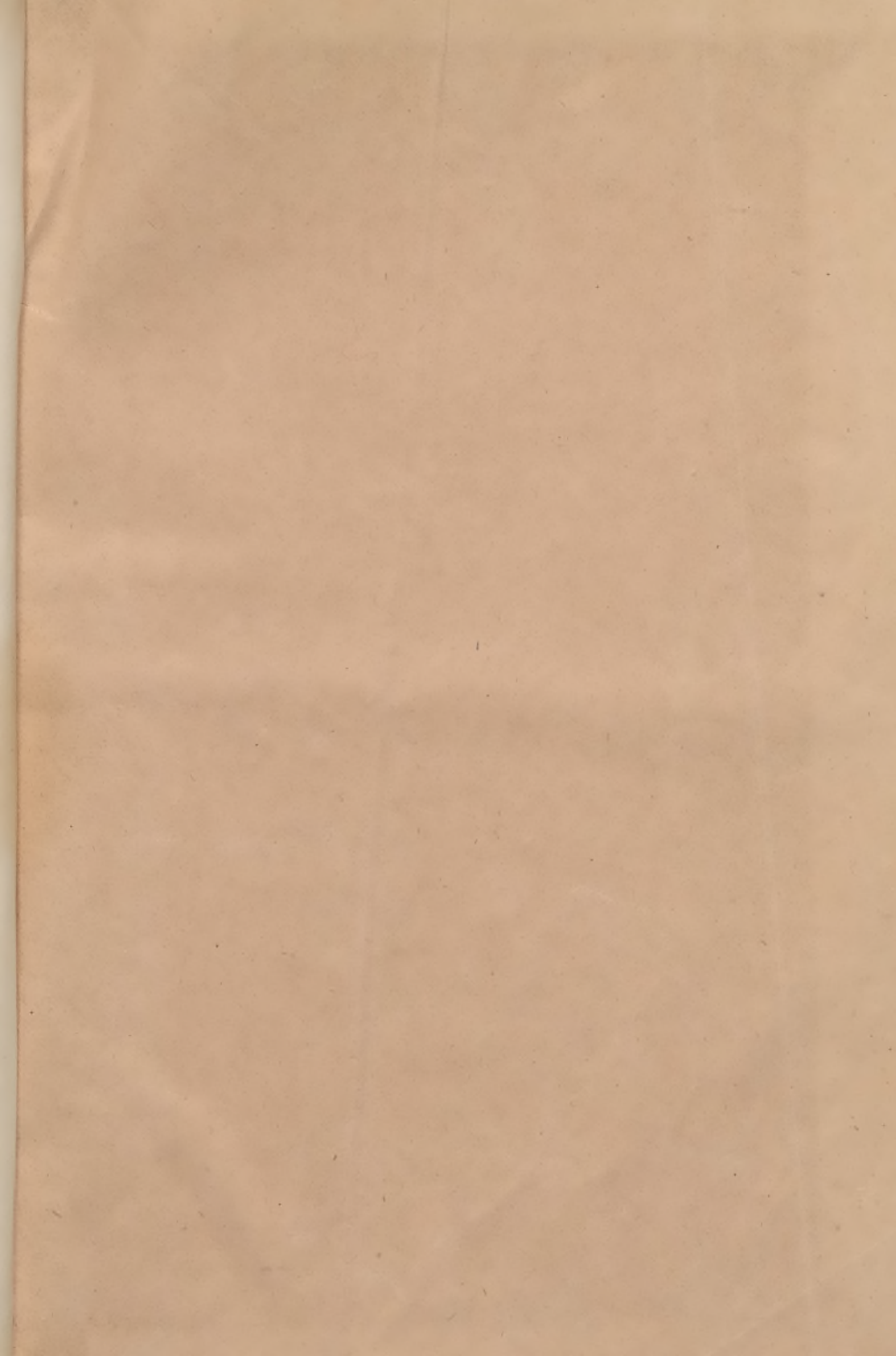
El alcázar real. — El rey y sus generales. — Esplendidez de uno y otros. — El aliento del primer principe de Italia.	563
CONCLUSION.	571
BIOGRAFIA DE FELIPE II.	577

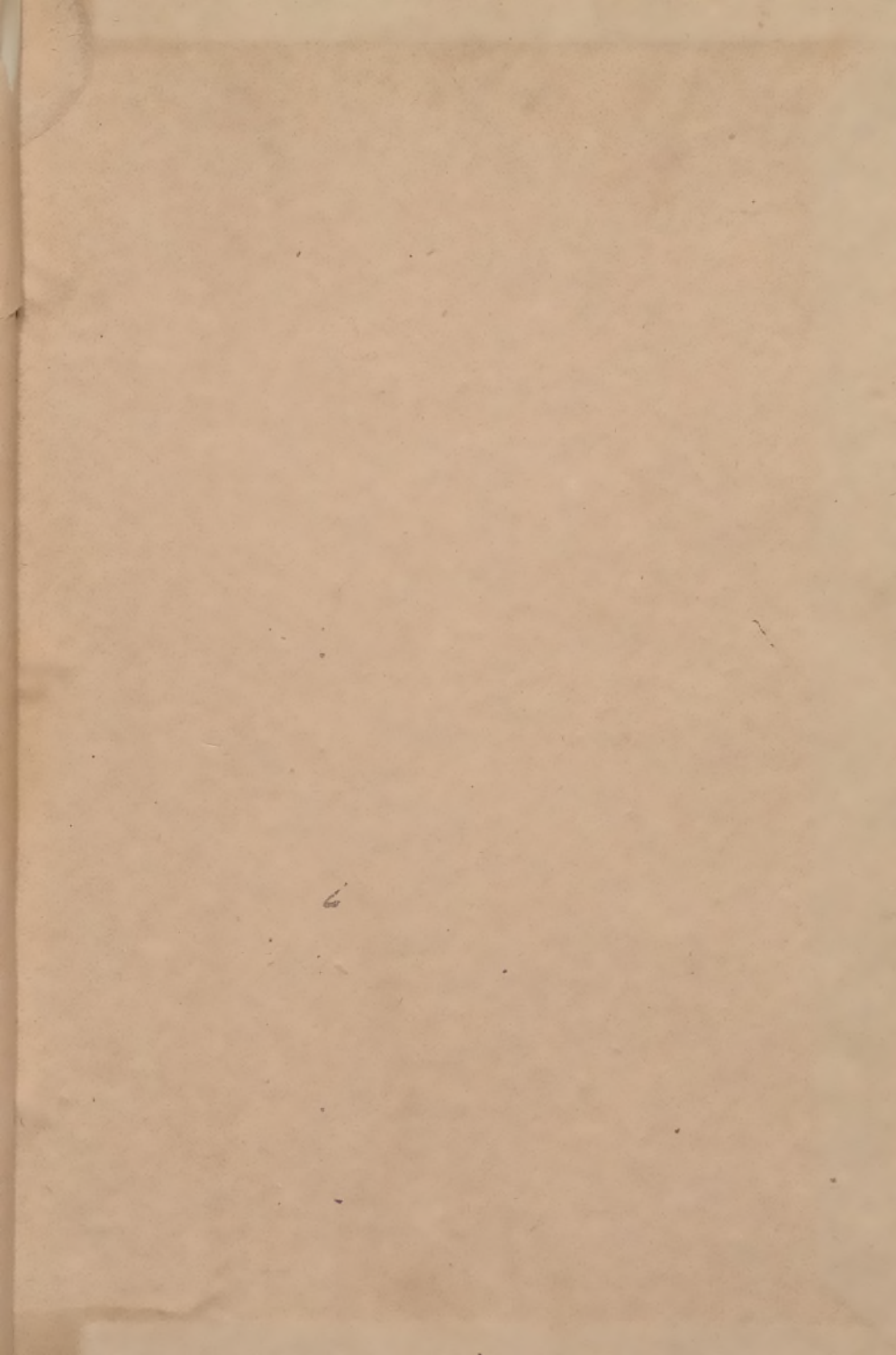
PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
La portada ó el retrato del autor ¹	3
Novena.	214
Décima.	294
Undécima.	343
Duodécima.	386
Décimatercera.	411
Décimacuarta.	441
Décimaquinta.	517
Décimasexta.	572

¹ Véase la advertencia que hacemos en la plantilla del tomo primero.







LA
INQUISICION
EL REY

EL REY I EL NUEVO
MUNDO

2

G 44822